

STORIA
ANCIA

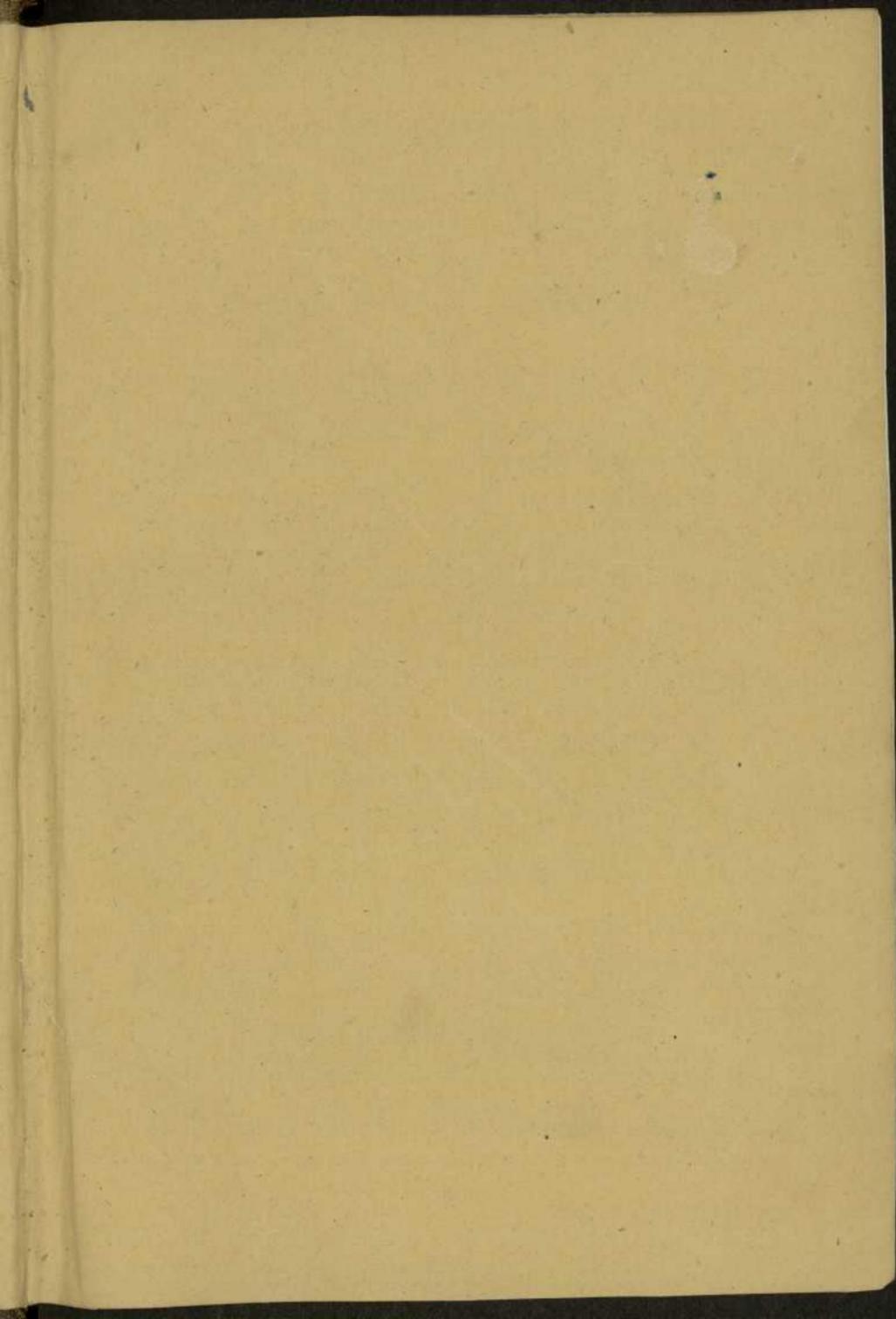


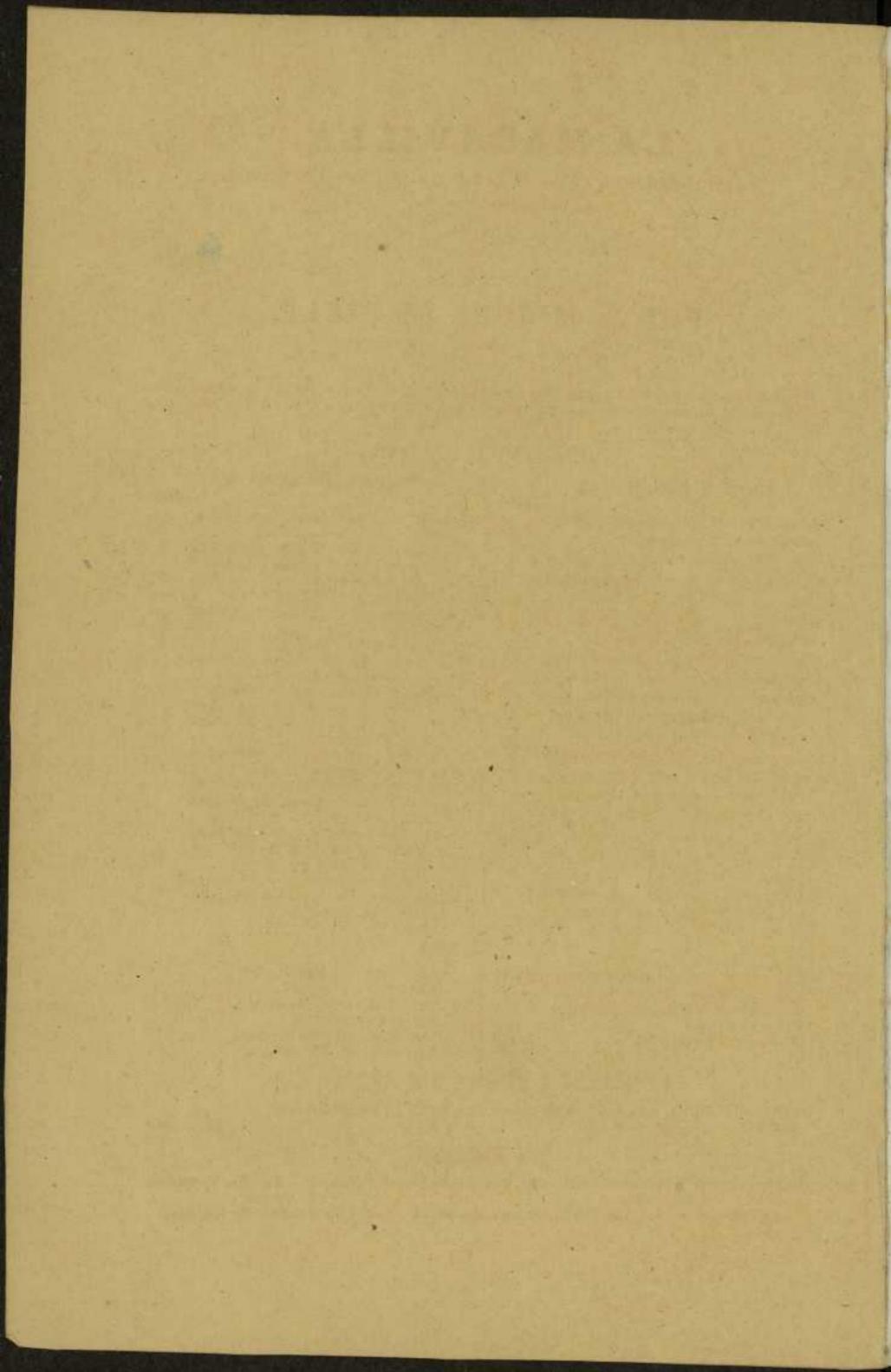
123

16133
~~8066~~

21
10

103112





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º con primorosas laminas, y ricamente encuadernados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.

	Tomos
<i>La Geografia Universal</i> , por Malte-Brun, Balbi y otros.	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2
<i>La Moral Social</i> , por Adolfo Garnier.	1
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> , por el P. Fernando Scio (con licencias).	1
<i>Historia Antigua</i> , por Mr. Guillemin.	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2
<i>Historia de Portugal</i> , por Bouchot.	1
<i>Historia de Rusia</i> , por Romey y Jacobo.	2
<i>Historia de las Cruzadas</i> , por Michaud y Poujoulat.	1
<i>Historia de Francia</i> por Teófilo Lavalée (vá publicado 4 tomo.)	

Seccion Recreativa.

	Tomos
<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage.	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Quentin Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	4
<i>Guy Mannering y el Oficial Aventureiro</i> , por Sir Walter Scott.	2
<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Dumas.	2
<i>Obras selectas. críticas, satíricas y juvenas</i> , de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	1
<i>A Bordo y en Tierra</i> , por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
<i>Lucia Hardinge</i> , por Fenimore Cooper.—Segunda parte de <i>Abordo y en Tierra</i>	1
<i>Veinte años Despues</i> , por Dumas.—2.ª parte de los <i>Tres Mosqueteros</i>	2
<i>Los Amores de Paris</i> , por Feval.	2
<i>El Visconde de Bragelone</i> 3.ª parte de los <i>Tres Mosqueteros</i> (van publicados 2 tomos.)	

EN PRENSA.

Historia de los Estados Escandinavos.
 Historia de los Estados Unidos.
 Historia filosófica de la Mujer.
 Historia Griega.
 Cronología Universal.

La Bruja del Mar.
 El Corsario Rojo.
 Los Piratas del Mississippi.
 Bella-Rosa.
 Recuerdos de un Médico.
 El conde de Lavernie.

PUBLICADA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel. 40 tomos.

EN PRENSA.

Historia de los Soberanos Pontífices, por Artaud de Montor. . . de 12 á 14 tomos.
 Publicados. 4 tomos.

LAS OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por D. Angel Fernandez de los Rios.

LA MARAVILLA.

Administración, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial.

Directa

POR D. MIGUEL DE BALB.

Publica las más importantes obras de España, y las que se publican en el extranjero, en las lenguas castellana, catalana, valenciana y gallega.

OTRAS PUBLICACIONES.

Sección Instructiva.	Sección Recreativa.
1. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	1. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
2. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	2. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
3. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	3. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
4. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	4. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
5. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	5. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
6. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	6. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
7. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	7. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
8. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	8. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
9. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	9. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.
10. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.	10. Historia de España, por M. de Balb. 2 tomos.

EN PRENSA.

Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.
 Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.
 Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.
 Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.
 Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.

PUBLICADA FUERA DE ESPAÑA.

La Gran Enciclopedia, en 10 tomos, en castellano y catalán, por M. de Balb. 10 tomos.

EN PRENSA.

Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.
 Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.
 Historia de las Estancias Españolas, por M. de Balb. 2 tomos.

Las OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por M. de Balb. 10 tomos.



HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO I.

HISTORIA

FRANCISSES

1800

OSTORIA

FRANCIS

FOR THE



828



FRANCISCO DE URBIETA

FRANCISCO DE URBIETA
Escritor de la vida de don Juan de Austria
y de don Juan de Borja

HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edicion

POR D. GREGORIO AMADO LARROSA.

El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.

—
TOMO PRIMERO.
—

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

DE LOS

FRANCOSES

PRELUDIO DEL AÑO

DE 1808

POR M. TEÓFILO LAVALLÉE

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.

calle Guardia, 15.

TOMO PRIMERO

BARCELONA

LIBRERIA DEL PLUS ULTRA

Calle del Centro, 10.

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

Calle de la Victoria, 9.

1888

PREFACIO DEL AUTOR.

Segun expresion del capitán del siglo, la historia de Francia debe escribirse en un solo volumen ó en ciento (1). Esta última empresa, ó la historia completa y detallada, ha sido llevada á cabo con gloriosa constancia por el sábio M. de Sismondi: yo me contento con la humilde esperanza de escribir la historia en compendio, es decir, en un solo tomo.

Inmensa revolucion han hecho en la ciencia los trabajos de los grandes historiadores de nuestra época, en especial los de M. Guizot; pero no se han vulgarizado aun sus descubrimientos á pesar de haber sido admirados y adoptados por todos los sábios. No cesa empero la prensa de reproducir las infieles y ridículas recopilaciones de antiguos historiadores, como principalmente la de Anquetil: respétalas la enseñanza pública, y así es como se propagan interminablemente hasta entre las personas ilustradas, en los libros graves y en la tribuna nacional los errores y juicios mas falsos, y su influencia se ejerce del modo mas lamentable en la educacion política de Francia. Forzoso es destruir ya ese tejido de necedades y mentiras que se ha considerado hasta hoy como nuestra historia: es indispensable vulgarizar la ciencia moderna, ponerla al alcance de todos, mostrar el pasado de Francia sin falsedades, y hacer de este modo popular la

(1) Memor. de Santa Elena, tom. II, pág. 265.

fe de su destino. Solo de esta suerte es como puede reanimarse en todos los corazones el extinguido culto de la patria que parece va á hundirse en el naufragio de todos los cultos. Esta ha sido mi ambicion: mis editores la han comprendido y coadyuvado; y nuestros esfuerzos reunidos se dirigen á dar al pueblo, á los colegios, á las escuelas militares, y á todos los que leen, un libro concienzudo, escrito bajo la inspiracion del amor á la religion, á la libertad y al país. Doce años consagrados á escribir estos tomos, pueden servirme de testimonio de que si profusamente me he valido de los trabajos de Guizot, Sismondi, Thierry, etc., no he cambiado á ciegas bajo la fe de guías tan excelentes, abandonando los manantiales en su origen, y que mi trabajo ha sido ilustrado por los escritores de filosofía histórica desde Bossuet, Vico y Herder, hasta Ballanche, Saint-Simon, etc.

No considero la historia como una árida série de sucesos y una tabla de nombres y de fechas, sino como la ciencia filosófica por excelencia, y la justificacion de los destinos de la humanidad. Bajo este principio he entresacado todos los pormenores fastidiosos ó inútiles, los hechos aislados, las biografías y las anécdotas: cuento no solo todo lo que interesa, sino tambien lo que es útil, pues esta era la imperiosa ley del cuadro que me habia diseñado: no me ciño á la historia material de los sucesos exteriores, pues he trazado tambien la historia intelectual, científica y artística, y sobre todo la historia moral, la filosófica, la de la religion y la del corazon humano. No ha sido para mí la historia un curioso espectáculo, sino una instruccion de la mas elevada solemnidad; y he creido que no solamente debia el historiador cumplir con una mision literaria, sino con una especie de sacerdocio.

La historia del cristianismo, que es la base de todas las civilizaciones, y por medio de la cual se explican los destinos de Francia de una manera tan grave y luminosa, ha sido la unidad moral de mi trabajo; y la material la historia, de la nacionalidad francesa conservada y progresando al través de todas las revoluciones con admirable perseverancia. He considerado á la Francia como á la nacion que ha ejercido en todas las épocas la magistratura moral de Europa, que ha tenido la mision provi-

dencial de esparcir y llevar á todas partes el progreso, y que ha marchado siempre al frente de las demás naciones trazándoles el camino de su porvenir; y por estas razones es su historia la de la humanidad en el Occidente.

He aquí el espíritu que anima á mi trabajo, el cual está hecho con toda conciencia, y que si no es útil para los demás, lo será al menos para mí; y al darlo á luz confieso que no puedo separarme sin dolor del que ha sido el compañero de mi juventud y objeto de todos mis afanes. ¡Tal vez pueda reanimar alguna chispa del fuego sagrado! ¡Tal vez pueda volver á poner sobre sus altares á este país privilegiado, cuya historia es la mas majestuosa de las epopeyas, á esta nacion simpática, inteligente, y la cual no se puede seguir al través de las tempestades de su vida sin amarla con entusiasmo; á esta nacion frecuentemente engañada y vencida, pero siempre animosa y leal; á la fraccion de la gran familia humana mas digna de cariño, sobre la cual todos los pueblos tienen constantemente fijas sus miradas, y cuyas dichas y desventuras son las de todos los otros; centro de vida, corazon de la Europa... La Francia de Carlomagno, de San Luis y Napoleon!—T. LAVALLÉE.

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DÍAS.

TOMO PRIMERO.

LA GALIA INDEPENDIENTE

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO

CAPÍTULO I.

Ojeada sobre el mundo antiguo.

§. I.—*Pueblos de la Europa antigua.*—Segun la tradicion de todos los pueblos el Asia debe considerarse como la cuna del género humano. De allí salieron para poblar la Europa tres grandes razas blancas ó caucasicas, que son la céltica, la teutónica y la eslava.

Extendióse la raza céltica por la Europa en diversas direcciones y en épocas anteriores á las nociones históricas, y sus invasiones produjeron la formacion de las naciones civilizadas de la antigüedad. Los principales pueblos de esta raza, segun el orden de su venida, son los *Pelasgos*, los *Iberos* y los *Galos* ó *Keltas* (1).

Los pelasgos vinieron por el Cáucaso y el Asia Menor, y se situaron al principio en la península comprendida entre la cade-

(1) De la voz céltica *Gals*, formaron los griegos la de *Keltas* y los romanos la de *Galli*.

na del Hemus, el mar Egeo y el golfo Adriático, que tomó el nombre de *helénica* ó *griega* de los *helenos* ó *griegos*, que poblaron despues este país. Extendiéronse despues por la parte meridional de la península que abraza el golfo Adriático, el Mediterráneo inferior y los Alpes la que tomó el nombre de *itálica*, de una de sus tribus.

Probablemente vinieron los iberos por la parte del norte y ocuparon la parte septentrional de la península itálica, bajo la denominacion de *Etruscos*, el mediodía de la Galia con el nombre de *Aquitanos*, y toda la península que se llamó despues *hispanica*.

Siguieron los galos á los iberos ocupando el norte del país al que dieron el nombre de Galia (*Gallia*) y las grandes islas del Océano llamadas *Albion* ó *Hibernia* (2000 años antes de Jesucristo).

Reemplazó la raza teutónica á la céltica en la parte de Europa que está abandonada, y se situó al norte de los galos á lo largo del continente desde el Ponto-Euxino hasta los mares de Scandinavia.

Los principales pueblos de esta raza eran los kimris, que estaban cerca del Ponto-Euxino y la Laguna Meotides, los godos que poblaban la península scandinava, y los teutones que habitaban en las orillas del mar Báltico. Veamos como las invasiones de esta raza en el mediodía causaron la formacion de las naciones modernas.

La raza eslava reemplazó á la germánica en la parte del Asia que está abandonada, y numerosas tribus penetraron por el Cáucaso y el Asia menor en el norte de la península helénica, con el nombre de *tracios* y de *ilirios*, en las riberas del Danubio con el de *mæsios* y de *dácios*, y en el norte de la península itálica bajo la denominacion de *venetos*. El resto de la raza quedó allende el Tanais empujada por el oriente por la *escita* ó *tártara* que pertenecía á la familia *amarilla* ó *mongólica* del género humano, y empujando por el occidente á la raza *finica*, cuarta raza europea, que probablemente cruzára por entre la céltica y la teutónica, quedando despues confinada en las regiones del norte.

§. II.—*Establecimiento de los kimris y griegos en la Galia.—Emigracion de los galos á Italia y Grecia.*—Los pueblos durante

estas grandes emigraciones se empujaron, mezclaron y confundieron: los galos obligaron á los iberos á retroceder desde el Loira al Garona; diez y seis siglos antes de Jesucristo penetraron en la península ibérica, se posesionaron de la parte central y occidental que tomaron el nombre de *Celtiberia* y *Galiccia*; y obligaron á los iberos á hacer otra emigracion, los cuales bajo la denominacion de *ligurios* se establecieron en las costas del Mediterráneo desde los Pirineos hasta los Apeninos. En el siglo décimocuarto, antes de la era vulgar, los pueblos gálicos conocidos con el nombre de ombrios conquistaron la ribera del Po, de donde no fueron arrojados sino cuatrocientos años despues por los etruscos, y en el sexto siglo una primera oleada de la raza teutónica vino á turbar los pueblos de la Galia.

Arrojados los kimris del Ponto-Euxino por un inmenso movimiento de pueblos del Asia septentrional, se dirigieron por la cuenca del Danubio hasta el Rhin que atravesaron, se repartieron por la Galia á lo largo del Océano hasta el Garona, y arrojaron á los galos á las montañas que forman la línea de particion de las aguas de este país desde los Vosgos hasta los Cevenas. Despues de medio siglo de espantosas guerras entre las poblaciones opresoras y oprimidas, acabaron de establecerse los kimris en la Galia del nordeste desde el Rhin hasta el Garona, dejando á los galos la parte del sudeste, y mezclándose con ellos, principalmente en el país que hay entre el Sena y el Garona (631 á 587).

Penetraron al mismo tiempo otras hordas en la isla de Albion, la que tomó el nombre de *Bridain* ó *Bretaña* de uno de sus jefes, se posesionaron de toda la parte meridional, y arrojaron á la poblacion de la Gálica septentrional llamada *Caledonia* y de la isla de *Hibernia*. Los kimris que no pasaron el Rhin, enseñorearon la isla izquierda del Danubio y de los países próximos al Océano desde el Rhin hasta el Oder. Ocuparon sus principales confederaciones la península que corta la entrada del Báltico y que tomó el nombre de *Chersoneso Kimrico* ó *Cimbrico*, despues la cuenca superior del Elba que se denominó *Bohemia*, (*Boiokeim*) por llamarse así la tribu en ella establecida; y por último el país que hay entre el Rhein y el Weser que habitaron las belicosas tribus de los *belgas*. Cerca de dos siglos despues de esta

gran invasion pasaron el Rhin estas últimas, estableciéronse en la Galia septentrional, y dieron el nombre de *Bélgica* al país situado entre el Rhin y el Sena. Algunas de sus tribus, en especial las de los *tectósagos*, llegaron hasta el Garona y se establecieron en Tolosa (1).

Cuando acaecian estos trastornos causados por la invasion de los kimris, vino á establecerse en la Galia una colonia griega.

Los fenicios, los mas atrevidos marinos de la antigüedad, descubrieron la Galia en el siglo oncenno de la era antigua: exploraron las minas de los Pirineos y de los Cevenas; enseñaron á los galos, que llevaban la vida nómada y cazadora, el uso de los metales y la agricultura; y edificaron muchas ciudades, de las cuales *Alesia* «se convirtió despues en centro y metrópoli de la Galia (2).»

Luego que el poder comercial de los fenicios pasó á Cartago y á las ciudades de la Jonia y Grecia, algunos habitantes de Focea, ciudad griega del Asia Menor, vinieron á establecerse cerca de las bocas del Ródano y fundaron en el territorio de los ligurios á *Massalia* (Marsella) (599). Y cuando Focea fué conquistada por los persas en la época en que la invasion asiática acometia á las colonias griegas de Europa, una parte de la poblacion vino á refugiarse en sus muros (539). Heredó entonces el comercio y los establecimientos de los fenicios, y por medio de usurpaciones continuadas de que fueron víctimas los ligurios, acabó por dominar todo el litoral desde el Ebro hasta el Var. Por ella fueron conquistadas ó fundadas las ciudades de *Emporiae* (Ampurias), *Rhoda* (Rosas), *Agatha* (Agde), *Antipolis* (Antibes) y *Nicea* (Nice). Estableció factorías en toda la Galia: comerció con la isla de Albion, y bien pronto no tuvo en el Mediterráneo mas rival que Cartago. La hicieron célebre tanto su civilizacion, su amor á las artes y sus grandes hombres, como sus riquezas comerciales; pero permaneció siempre con el espíritu griego, de modo que sus instituciones políticas y religiosas fueron la causa de que no ejerciera sobre el país mas que una corta influencia,

(1) Amadeo Thierry, Hist. de las Galias I. I. cap. 4. Pezron, Antig. de los Celtas p. 49.—(2) Diodoro de Sicilia, lib. IV. *Alesia* que ha dado su nombre á Auxois (departamento de la Cote-d'Or) estaba probablemente donde ahora se vé la aldea de Sainte-Reine.

aunque tuviera la ambición de dominar la Galia entera. Dióle empero su alfabeto, sus medallas y algunos monumentos, y si su lengua y sus costumbres no se propagaron mas que á las ciudades cercanas, fué porque los galos no veían en ella mas que una extranjera situada momentáneamente en su territorio.

Entre tanto la invasion de los kimris, trasformando toda la Galia, habia producido numerosas emigraciones.

La primera, compuesta en parte de las naciones del centro y mandada por Beloveso, arrastró á su paso una multitud de tribus hasta de los mismos Kimris: pasó los Alpes, ocupó todo el valle del Po, que tomó el nombre de *Galia de detrás de los Alpes* (Galia cisalpina), y arrojó de allí á la poblacion etrusca. Esparcióse desde allí por toda la península, y dos años despues de su establecimiento en Italia, se encontró en la embocadura del Tiber con la reducida nacion que se creia predestinada para la conquista del mundo. Era la de los romanos, que despues de trescientos años de existencia no habian podido vencer aun la cómarca guerrera y pobre del Lacio. Incendiaron los galos su ciudad, y les obligaron á rescatarla á precio de oro (390). Durante dos siglos hubo entre ellos una sangrienta lucha, en la que los romanos «no solamente defendian el imperio sino la vida (1);» y por eso juraron pelear «mientras existiera un solo hombre de la raza que habia convertido á Roma en cenizas (2).» Reunieron para seguir las guerras gálicas un tesoro particular, perpétuo y sagrado, y mas de una vez para tener los dioses propicios, sacrificaron cautivos galos que enterraban vivos en la plaza de la ciudad. Sometiéronse al fin los cisalpinos, aunque no fueron vencidos, y hasta que se presentaron adversarios contra sus enemigos, y hasta que Anibal apareciéndose sobre los Alpes los convidó para la destruccion de Roma, no volvieron á tomar las armas, dando á Cartago las glorias de Trebia, Trasimeno y Cannas,» y mostrándose en Zama inflamados por el odio natural contra el pueblo romano y particular de su raza (3).

Continuaron la guerra con encarnizamiento despues de la ruina de sus aliados, y no dejaron las armas hasta que sus pueblos mas indómitos fueron arrojados de las riberas del Po (201—170).

(1) Salustio, Guerra de Jugurta.—(2) Floro, lib. 1 cap. 43.—(3) Tito Livio, Lib. XXX cap. 33.

La suerte de Roma llegó entonces hasta las cimas de los Alpes, y declaró á los galos «que aunque la naturaleza habia puesto una barrera entre la Galia y la Italia, castigaria al que las osase atravesar (1).»

La Cisalpina se convirtió en una provincia romana.

Componíase la segunda emigracion de los galos de los pueblos del oriente mandados por Sigoveso: se dirigió por el valle del Danubio á establecerse sobre la ribera derecha de este rio, y permaneció durante tres siglos cerca de los Alpes ilirios. Acabado este espacio de tiempo los galos pasaron el monte Hemus, y entraron en relaciones con la Grecia. Los habitantes de aquel país despues de haber preservado á la Europa de la invasion asiática, llevaron tambien la guerra hasta la misma Persia, y bajo el reinado de Alejandro, rey de Macedonia, conquistaron toda el Asia occidental. A la muerte de este grande hombre, sus capitanes se repartieron su imperio, y sucumbió la Grecia bajo la dominacion de los reyes de Macedonia, que tomaron á sueldo á los galos de la Iliria y del Danubio. Entonces se mezclaron en todos los negocios de aquel país que acabaron por invadir con formidables ejércitos (281). Alteróse la Grecia á la vista de estos hombres tan salvajes que acuchillaban las olas del Océano, lanzaban sus flechas contra la tempestad, y que, segun habian dicho á Alejandro, no temian mas que la caída del cielo. Asolaron espantosamente la Macedonia, la Tesalia y la Etolia, «porque no era una guerra de libertad como en tiempo de los persas, sino de muerte y exterminio (2).»

Los griegos se reunieron al rededor del templo de Delfos cuyas riquezas codiciaban los galos, y en la batalla que tuvieron en este antiguo foco de su nacion, venció la civilizacion á la barbarie; y los galos apoderados de un pánico terror, hicieron la retirada mas desastrosa (229). Algunos de ellos pasaron al Asia Menor y se refugiaron en las ciudades del litoral. «Los reyes de Oriente los tomaron asalariados, y su brayura se hizo tan célebre, que bien pronto todas sus comarcas tuvieron tropas de galos auxiliares; y tanto era el terror de su nombre y la fama de sus armas, que ningun príncipe creia tener seguro su

(1) Tito Livio lib. XXIX. cap. 54.—(2) Pausanias, lib. X.

poder sin su apoyo (1). Las demás hordas, unas fueron vencidas por los reyes de Pérgamo, otras acabaron por establecerse entre el Sangarisis y el Halis en la alta Frigia que tomó el nombre de Galacia (217—343); mezcláronse con las poblaciones de este país, siguieron su destino, y sufrieron con ellas la conquista de los romanos que los reconocieron por su valor (2).

§. III.—*Poblacion de la Galia en el siglo segundo antes de J. C.*—La Galia habia adquirido una situacion mas regular durante estas largas emigraciones á Italia y Grecia, y su poblacion estaba definitivamente formada de iberos, galos y kimris, ó como dice César de aquitanos, celtas y belgas.

Dividíanse los iberos en aquitanos y ligurios. Los aquitanos no tenian ciudades y vivian en un estado casi salvaje bajo la dominación absoluta de los jefes de familia. Como eran pobres, ignorantes y apasionados por su independenciam, evitaban el mezclarse con los galos. Al través de tantas revoluciones conservan aun los vascos sus descepdientes, sus costumbres y su lengua, y habitan en la actualidad en las dos pendientes de los Pirineos occidentales. Los ligurios, que se habian mezclado mas fácilmente con los galos, se entregaron á la piratería, tuvieron con los marselleses una guerra casi continúa, y fundaron muchas ciudades como *Ruscino* (Perpiñan), *Narbona*, *Arles*, etc.

Los galos y los kimris comenzaban á confundirse bajo el único nombre de galos, aunque permaneciesen siempre separados tanto de afecciones como de intereses « por la lengua, las costumbres y las leyes (3).»

Las galos se dividieron en veinte y dos tribus, los galos kimris (entre el Sena y el Garona) en diez y siete, y los kimris-belgas en veinte y tres. Formaban en su principio la mayor parte de estas tribus teocracias completas, pero despues de tres siglos de existencia, los jefes de tribus cambiaron esta forma de gobierno, estableciendo en su lugar pequeñas monarquías y aristocracias guerreras parecidas á las de Grecia; y entonces fué cuando en el espacio de cien años, guerras continuas trastornaron la Galia. Hacia la mitad del segundo siglo casi todas las tribus

(1) Justino, lib. XXV. cap. 2.—(2) Historia de las Galias y de las conquistas de los galos por Martín.—(3) César lib. I. cap. 4.

galas formaban confederaciones de ciudades ó distritos, y ya, rivales ó enemigas, no tenían mas lazo comun que una asamblea nacional raras veces convocada.

Las veinte y dos tribus gálicas se reunian en tres grandes confederaciones que se disputaban continuamente la supremacía con las armas en la mano, y al frente de ellas se hallaban los *arvernos*, los *eduenses* y los *seguanos*. Los arvernos, ó habitantes de las alturas, ocupaban el país montañoso situado entre el Loira, los Cevenas y el Garona: *Gergovia* (Clermont) era su capital; y dominaban á los *helvios* (Vivarais), á los *relarnios* (Velay) á los *garallos* (Gevaudan), á los *ruthenos* (Rouergue), á los *cadurcos* (Querey) etc.—Los eduenses ocupaban los valles del Saona y el alto Loira; *Bibracte* (Autun), era su capital y mandaban á los *ambarros* (Bresse), á los *segusios* (Forez), á los *mandubios* (Auxois), á los *bitúrigos* (Berri), etc.—Los séguanos habitaban el país situado entre el Jura, el Saona y el Ródano y su capital era *Vesontio* (Besançon).—Negábanse á entrar en estas tres ligas dos pueblos poderosos, que eran los *altobroges*, y que vivían en la vertiente occidental de los Alpes hasta el Ródano, y los *helvetos*, que eran dueños del país que hay entre el alto Rhin, el Jura y el alto Ródano.

La principal confederacion de los galo-kimris era la de los pueblos *armoricanos*, ó habitantes de las costas, que ocupaban el país que abraza el Loira y el Sena, y que dirigian los venetos (Vannes). No solo se agregaban á esta confederacion los *andes* (Angers), los *turonos* (Tours), los *carmitos* (Chartres), los *seuones* (Sens), los *lingones* (Langres), etc., sino tambien en las circunstancias graves, los pueblos situados entre el Loira y el Garona, como los *pictones* (Poitou), los *santonos* (Saintonge), los *semoricios* (Simousin), los *petrocorios* (Perigort).

Los kimris-belgas no formaban confederaciones, pero sus principales pueblos eran los *remenses* (Reims), los *seusonenses* (Soissons), los *bellocacos* (Beauvais), los *ambianos* (Amiens), los *atrebatos* (Arras), los *eburones* (Lieja), los *nervios* (Mons), los *trevirios* (Tréveris) etc. (1).

Estos eran los pueblos que componian la Galia en la época en

(1) Véase el Cuadro de las divisiones políticas de la Galia en la Geografía física, histórica y militar del autor de la historia, 3.ª edic. p. 107.

que su historia comienza á tener alguna certeza, es decir, dos siglos antes de J. C.: la masa compuesta de galos y cimbrios se confundía bajo el único nombre de galos: los aquitanos y los ligurios se hallaban aislados en el mediodía; y algunos griegos estaban establecidos en las orillas del Mediterráneo (1).

Veamos cual era su estado social en comparacion con el de los otros pueblos de la antigüedad.

§. IV.—*Triple error social de la antigüedad.*—Luego que empezara la civilizacion á oscurecerse en las extensas llanuras del Asia, debía venir al desierto suelo de la Europa para efectuar en él todo su desarrollo. Este fué su camino; pero lo hizo siguiendo el orden de las penínsulas del Mediterráneo, la Grécia, Italia é Iberia, subiendo despues al norte por la Galia y los paises teutónicos y eslavos, y disminuyendo de tal modo, que mientras la Grecia arrojaba la mas viva luz, la Eslavonia se hallaba sumergida en la mas salvaje oscuridad. La Galia gozaba de una existencia intermedia, pues aunque conocia las artes útiles, ignoraba las bellas artes; y si tenia ciudades grandes y fuertes, si estaba regida por instituciones regulares y poseia riquísimas minas; tenia no obstante un territorio cubierto de bosques y pantanos, pocos caminos y mas industria que comercio, y sin tener el lujo de los griegos y romanos, «no se diferenciaba en nada de ellos en todos los usos de la vida (2).»

No obstante, cualquiera que fuese el grado de civilizacion material é intelectual á que llegaran ó debieran llegar los pueblos de las tres grandes razas, como no eran mas que ramas separadas de un mismo tronco, se asemejaban por los idiomas, las religiones y las formas sociales. Tenian tambien un carácter comun, que igualaba al salvaje del Báltico que se alimentaba de pescado y vivia bajo chozas, con el ciudadano de Atenas célebre por sus templos de mármol y sus divinos poetas; y esto consistia, en que su civilizacion moral era igualmente imperfecta, y en que todas las sociedades de la antigüedad, bárbaras ó cultas, con su diversidad de costumbres, luces y destinos, estaban basadas sobre estos tres errores capitales: 1.º la multiplicidad de dioses,

(1) Todos estos pueblos formaban unos siete ú ocho millones de habitantes.—

(2) César, lib. VI, cap. 18.

2.º la esclavitud, y 3.º el envilecimiento de las mujeres y los hijos.

1.º Todas las religiones de la Europa antigua tenían por origen la deificación de los objetos de la naturaleza, y por base sentimental el terror (1). Esta circunstancia causaba la similitud entre el guerrero y sanguinario culto de la Escandinavia y la graciosa é impúdica mitología de la Grecia; y la misma raza hizo que el fetichismo grosero en que consistía la primitiva religión de los galos, elevándose despues paulatinamente por medio de las concepciones mas abstractas, se confundiera casi enteramente con el politeísmo helénico, apesar de las salvajes prácticas que tomó de los cultos del norte. Sin embargo, la religión que trajeron los cimbrios cuando llegaron á la Galia, era mas pura y mas mística. Llamábase de los *druidas* (hombres de las encinas), y era un especie de panteísmo que guardaba con los cultos del Oriente una marcada analogía, cuya base era la eternidad de la materia y del espíritu y la trasmigración de las almas, y que inspiraba á sus sectarios una fe ardiente por otro mundo superior, y por consecuencia el mayor desprecio de esta vida. Adoptaron las clases elevadas esta nueva religión y conservaron la antigua las personas de inferior condicion. Los druidas establecieron una teocracia tiránica é ilustrada, análoga á la del Egipto: reunieron á los pueblos dispersos y enemigos; dieron fin al estado de barbarie y de inacción de las tribus; edificaron ciudades; propagaron las artes útiles; y enviaron sus guerreros á remotas empresas. La legislación, el gobierno, la educación pública, la conservación de las costumbres, la administración de justicia, la inspección de los astros, la adivinación y el cuidado de los enfermos estaban á cargo de estos sacerdotes: no escribían nunca: ellos eran la ley viviente y la inteligencia de la nación: ellos los depositarios de todas las ciencias, de la historia y de la poesía; y ellos á su gusto hacían hablar al cielo y á la naturaleza. Multiplicaron los sacrificios humanos, usados ya por la religión antigua, práctica comun á todos los pueblos de la antigüedad (2); y de su culto formaron ellos un medio de go-

(1) Los antiguos creían que el panteísmo egipcio había sido el origen de todas las religiones (Herodoto, lib. II, cap. 50. Diodoro de Sicilia, lib. I, pág. 6).—(2) Antes de la batalla de Salamina, Temístocles sacrificó á Baco tres jóvenes cautivos,

bierno. Eran sus templos los bosques, la encina su árbol sagrado y su remedio universal y símbolo místico el muérdago de la misma encina. Solamente nos han dejado groseros monumentos formados con piedras perpendiculares (*meu hirs*), con piedras horizontales (*dolmens*), ó con túmulos de tierra de los cuales el mas extraño es el de Carnac (1).

Su culto estaba en su mayor vigor en los países armoricanos, bajo un cielo cubierto siempre de espesas nieblas en las costas azotadas por la tempestad, y entre sus pueblos mas rústicos y feroces; y en ellos fué donde despues de cuatro siglos de dominacion, se conservaba aun su influencia, perdiendo su pujanza política por las revueltas de los jefes de tribus, y no quedándoles mas que su poder moral é intelectual (2).

Resumiendo, diremos que las religiones antiguas como basadas, no sobre verdades universales, sino sobre supersticiones locales, eran cultos de forma, pero nó de sentimiento; que en ellas se interesaba la sociedad civil y no la conciencia individual; que como instituciones políticas, mas tendian á la conservacion del Estado que á la perfeccion moral de los ciudadanos; y que con ellas ninguna comunidad de creencias ni unidad simpática podia enlazar, no solamente las razas entre sí mismas, y las diversas sociedades que formaban, sino mucho menos las familias que eran sus principales elementos.

Puede decirse que en la antigüedad solo habia dos especies de hombres; los que poseian y los que eran poseidos; los señores y los esclavos; los nobles y los clientes: eran sagrados los primeros, y tenian nombre, culto, tierra y familia; y los segundos eran «no solamente viles, sino nulos (3);» y no tenian nombre, ni dioses, ni bienes, ni familia. Los señores eran hombres, los esclavos cosas. Esta grande division de la especie humana en dos clases tan diferentes, fué no obstante el primer progreso de

los mas hermosos del mundo, que se decia eran sobrinos del rey de Persia. Plutarco, vida de Temístocles.—(1) Está situado en la entrada de la península de Quiberon: se compone de cuatro mil rocas sin labrar en forma de groseros obeliscos cuya punta está fijada en tierra y que tienen veinte piés de altura: están colocadas en once filas perpendiculares junto á la costa.—(2) La religion de los galos, por Dom. J. Martin.—Historia de los Celtas, por Pelloutier.—(3) *Non tan vilis quam nullus*, dice la ley romana.

humanidad y la que engendró la guerra y el derecho del mas fuerte: en vez de matar ó comerse al enemigo, se prefirió conservarlo para servirse de él como de una cosa: tuvieron sobre esta propiedad, como sobre todas las demás, el derecho de usar, ó de hacer abuso; por lo que el esclavo, al alvedrío de su amo, era explotado como una máquina, vendido como ganado, ó muerto como un enemigo; y era además sacrificado entre los galos sobre el sepulcro de su señor, para que fuera á servirle al otro mundo (1).

La esclavitud fué para la antigüedad el objeto principal y el mas poderoso medio de actividad, el instrumento de sus riquezas, el secreto de sus monumentos y la piedra angular de su civilización: en manos de los esclavos estaban la agricultura, la industria, el comercio y las bellas artes, porque «los hombres libres necesitaban, segun ellos decian, estar ociosos para practicar la virtud y ejercer las funciones del gobierno (2).» Persuadiéronse de que la esclavitud era indispensable á la humanidad: los filósofos decian que no podia existir sociedad sin esclavos; y el genio más vasto de la antigüedad, el mismo Aristóteles defendía «que los hombres habian nacido para ser los unos libres por naturaleza, y los otros criaturas que es útil y justo que vivan en la esclavitud; que no habia mas diferencia entre los esclavos y las bestias que la del sentimiento de la razon que gozan como los hombres libres y que no usan para ellos; que estos instrumentos animados no son capaces de la suficiente virtud para dejar el trabajo, y que por fin los dioses les habian dado la fuerza necesaria para las ocupaciones serviles, como á los hombres libres la inteligencia para mandar (3).

Era vulgar opinión entre los antiguos el atribuir la invención de la esclavitud á los espartanos; á aquel reducido pueblo de la Grecia, cuyas instituciones se consideraban como modelos, aunque ultrajasen todos los sentimientos de la naturaleza. Aquellos hombres feroces justificaban esta fama mostrándose los mas crueles de los amos. Habian declarado perpétuo el estado de guerra contra sus esclavos, y todos los años enviaban sus hijos á cazarlos y matarlos, tanto por diversion como por ejercicio militar. En Roma habia dos clases de señores, los patricios y los plebe-

(1) César, lib. VI, cap. 19.—(2) Aristóteles, Moral lib. VIII, cap. 8.—(3) Idem, Política, lib. IV y V; Moral, lib. I, cap. 24.

yos: gozaban los primeros, á quienes se les consideraba como unos genios terrestres ú semi-dioses, de las funciones civiles y religiosas; y los segundos, que eran en su origen esclavos, después de esfuerzos y luchas únicas en la historia antigua, llegaron á ser iguales á sus señores. Inferiormente los unos á los otros se veía una inmensa multitud de esclavos que habían adquirido en sus continuas guerras, y de los que hacían un espantoso consumo en sus diversiones particulares y en las fiestas públicas obligándoles á que se mataran unos á otros. Como la adquisición de hombres era su mayor y única industria, llegaron á ser tan numerosos los esclavos en su imperio, que fué indispensable prohibir que vistieran un traje distintivo para que no pudieran contarse. Subleváronse muchas veces, haciendo correr á los libres inminentes peligros, y la esclavitud fué definitivamente la causa de su ruina (1).

Los sacerdotes y los guerreros eran entre los galos las dos clases de hombres de distinción é importancia; los unos como intérpretes de la ley y poseedores de la ciencia, y los otros como ejecutores de la ley y poseedores de la familia y de los bienes. Era esclavo el resto de la población; los unos como clientes ó dependientes de los guerreros que los hacían trabajar, los llevaban á la guerra, y tenían sobre ellos el derecho de los amos sobre los esclavos; y los demás como siervos ó instrumentos ciegos incorporados á la tierra y siguiendo su destino (2).

Estas consideraciones nos conducen á terminar diciendo que lo que llamaban *libertad* los antiguos, no era mas que la exclusiva posesión de todos los derechos para muy pocos, y lo que llamaban *patria* la posesión también exclusiva para los mismos de todos los bienes. Ellos solos constituían el pueblo y el Estado, y el resto era *extranjero* y *enemigo* (3). Por esta razón el amor á la libertad y á la patria era el sentimiento mas poderoso de la antigüedad; y el objeto á que tendían todas las leyes religiosas y políticas y las fuerzas individuales y sociales, era á la conservación y acrecentamiento de la raza (*gens*). Todos los pensamientos y acciones de los hombres libres, de los patricios y de los no-

(1) César, lib. VI, cap. 43.—(2) *Patria, res patrium*.—(3) Eran sinónimas estas palabras. *hóstem vel peregrinum*, dice la ley de las doce tablas. Véase á Ciceron, *de officiis* lib. I, XII, y á Varron, *de lingua latina* lib. IV.

bles, estaban dedicados á defender su *cosa pública* (res pública), contra los esclavos, plebeyos y cliénten, y en esto consistian sus deberes, sus sacrificios y su virtud.

3.^o La organizacion doméstica era un remedo, ó por mejor decir, el elemento de la organizacion social. El padre de familia no existia mas que socialmente, era el dios de su casa, su sacerdote y su magistrado, y él daba su nombre á su familia, á sus dependientes, y á sus esclavos. La mujer y los hijos vivian en un estado tan pasivo que se diferenciaban muy poco de los esclavos: el hombre tenia sobre ellos, lo mismo que sobre sus esclavos, el derecho de vida y muerte; y eran, segun expresion de Aristóteles, su propiedad animada y una parte de sí mismos. Dividíase la familia, considerada como elemento social, en alma y cuerpo: el marido era el alma, y formaban el cuerpo la mujer con sus hijos, sus esclavos y sus bienes. En casi todos los idiomas antiguos las palabras padre y marido, eran sinónimas de amo, lo mismo que las de hijo y mujer lo eran de la palabra esclavo. Las mujeres no conocian cual era su mision sobre la tierra, y no pensaban que pudiesen tener sobre el hombre mas poder que el de los sentidos: los mismos filósofos se preguntaban si eran susceptibles de virtud (1): hacian de ellas en todas partes un bajo comercio (2); y estaba en uso la poligamia, ya manifiesta, ya disfrazada bajo el nombre de divorcio. La prostitucion estaba honrada y hasta ordenada por la religion y la ley, de modo que se llegaba á practicar en los lugares mas sagrados y hasta en los mismos altares (3). Poblado estaba el mundo de templos consagrados á Venus la adúltera y cortesana, y no habia uno tan solo dedicado al amor conyugal. Seres sin pudor ni delicadeza eran en Esparta las mujeres, y se prestaban á todos segun la ley de Licurgo, con el objeto de dar hermosos hijos á la república (4).

En Atenas se las alquilaba á precio de oro, ó se las aprisionaba en casa, donde solo haciéndose cortesanas, adquirian influencia. Contadas como cosas en Roma por una ley que declaraba, que en defecto de instrumento justificativo, podian reclamarse despues de servirse de ellas y poseerlas por espacio de un año entero; se las mataba por la falta mas leve como haber robado una

(1) Aristóteles, Moral, lib. I, cap. 5.—(2) Idem, Política, lib. II, cap. 8.—(3) Herodoto, lib. II y III, Strabon, lib. XVI.—(4) Plutarco, Vida de Licurgo.

llave ó bebido vino (1), ó se las repudiaba por los pretestos mas frívolos, cuando eran viejas, ó con el objeto de amontonar dotes. Mayores desprecios y peor tratamiento alcanzaban en la Galia: trabajaban tanto ó mas que los hombres y hasta llegaban á cultivar ellas solas la tierra. No eran mas respetados los hijos, á quienes mataban si nacian débiles y enfermizos, ó abandonaban para impedir el excesivo incremento de la poblacion.

Carecian además de santidad el matrimonio y la paternidad, que eran mas bien funciones de ciudadanos que afecciones de hombre (2). No existia el amor á la familia, ni habia costumbres domésticas y existencia interior; y entre las afecciones individuales, regularmente débiles, solo podia esceptuarse tal vez la amistad, y aun esta por lo regular bajo la forma mas abominable, aunque autorizada por las costumbres y las leyes (3). Ignorábanse por fin los sentimientos tiernos y las ideas delicadas; la vida pública absorbía la vida privada, y el Estado borraba á la sociedad. He aquí porque los hechos exteriores, y no las sensaciones íntimas, forman toda la historia de los antiguos, porque los conocemos mas por la plaza pública que por el hogar doméstico, y porque nos parece que los antiguos tuvieron cabeza pero no corazon.

Resumiremos diciendo que el mundo antiguo ignoraba casi completamente las tres grandes pasiones del mundo moderno, la fe, la libertad y el amor; y las razas del norte que Roma y Atenas llamaban bárbaras eran los únicos pueblos que tenian el instinto y adivinaban con su ardor las creencias, respetaban la voluntad y amaban la familia, siendo los que materialmente debian regenerar la humanidad.

El triple error del mundo antiguo causaba por consecuencia el odio eterno entre las razas, en las sociedades y en las familias y la guerra era su estado normal. Todo el objeto de su actividad

(1) Plinio, lib. XIV, cap. 43.—(2) «Si la naturaleza hubiese sido con nosotros tan bienhechora que nos hubiera dado la existencia sin mujeres, estaríamos libres de una importunísima compañía.» Así dijo el censor Metelo Numídico ante el pueblo romano, y añadió «que debia considerarse el matrimonio como el sacrificio de un placer particular ó un deber público» (Aulo-Gelo, I, 46). Véase tambien el Jenofonte del tratado de Hieron y Plutarco, obras morales, p. 600.—(3) Véase á Plutarco: Vidas de Solon y Agebilas; á Platon, t. II, p. 229; Moral de Aristóteles, lib. II; Aristóteles, Luciano, Ateneo, etc.

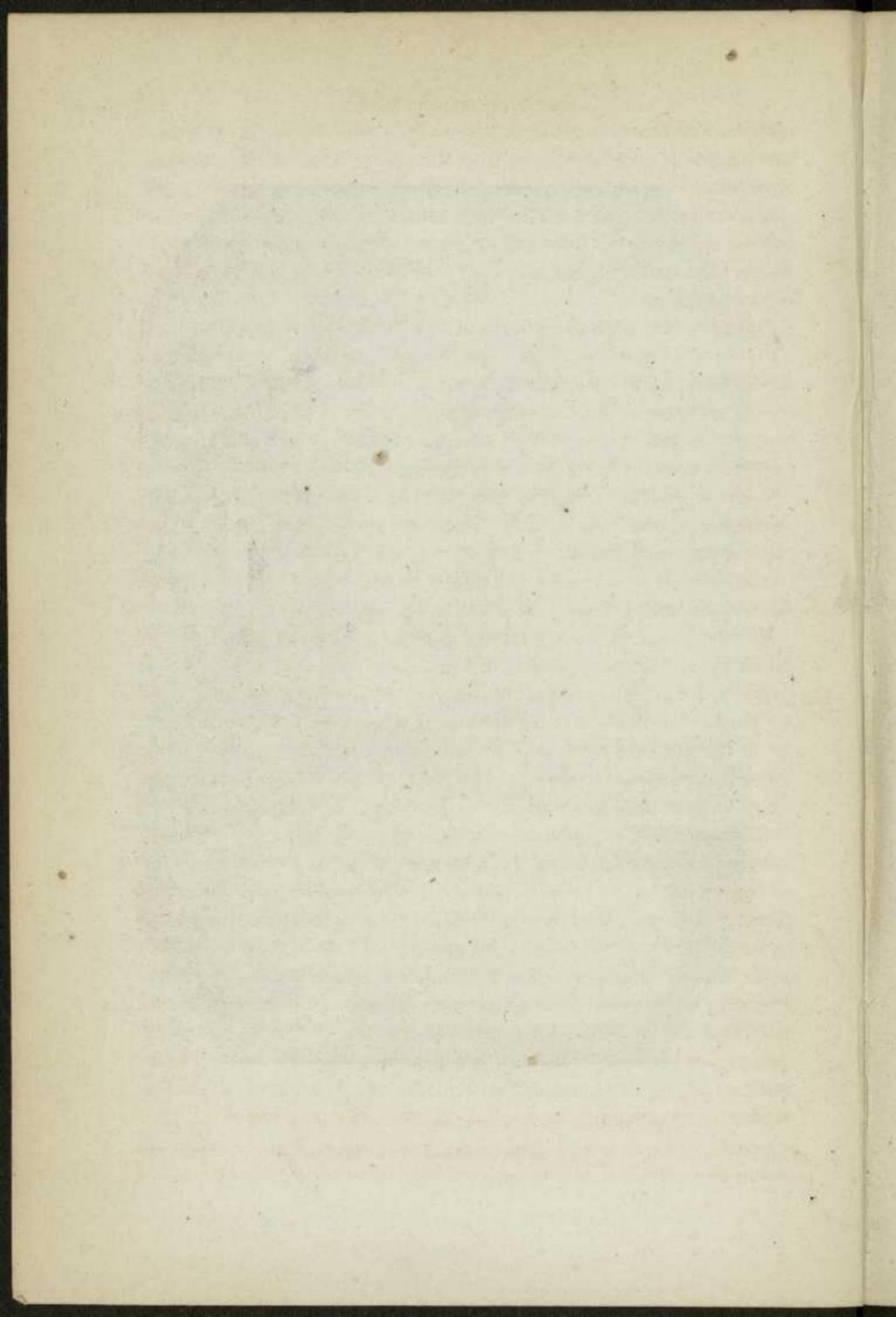
individual y social, toda su religion, organizacion política ó interés privado, se reducian á *adquirir y conservar* (1), y por esto como su guerra era de ferocidad y desesperacion, se gritaba *no haya piedad con los vencidos!* Esta terrible sentencia, que resume todo el derecho de gentes de la antigüedad, fué la que pronunciaron los galos en el incendio de Roma, repitiéndola por muchos siglos los romanos al pelear contra todos los pueblos y hasta contra los mismos galos. Estes solo fueron inspirados por la locura de la guerra, los romanos por el genio: los galos parecia que solo peleaban por salvaje deleite, por derramar sangre, ganar esclavos y oro; pero los romanos tenian un objeto único, el imperio del mundo.

§. V.—*Provenir de la especie humana.*—De este modo se componia pues la sociedad en la Galia en el siglo segundo antes de J. C.: respeto á moral era idéntica á los demás pueblos, inferior á la Grecia en los adelantos intelectuales y á Roma en las ideas políticas, no siendo superior á ninguno. Haciale empero eminentemente perfectible una circunstancia, y era la facultad simpática que debia servirle despues para absorver, trasformar y asimilarse las cosas é ideas de las otras razas, en especial de las de Grecia, Roma y Judea.

1.º Después de haber buscado en vano la Grecia la unidad política bajo los reyes de Macedonia, fué conquistada por los romanos, y su ambición se cifró ya en ilustrar el mundo con sus ideas; pues Atenas, la sociedad mas progresista y democrática de la antigüedad, fué la que fecundó el entendimiento humano descubriendo los secretos de los elementos, y revelando los misterios del arte, de la ciencia y de la filosofía. Dos siglos antes, habia ya Sócrates inaugurado la reaccion contra las instituciones religiosas y políticas del mundo antiguo, aplicando á un objeto práctico y social las ideas morales ocultas en los templos bajo los mitos mas ininteligibles, creando la filosofía y despertando en el hombre la reflexion aplicada en todo y sobre todo al conocimiento de sí mismo. Asignó al pensamiento su punto de

(1) «La guerra es un medio de adquirir, y se usa de él no solo contra las bestias, sino contra los hombres, que habiendo nacido para obedecer no quieren hacerlo. Esta especie de guerra es de derecho natural.» (Política de Aristóteles, libro I, cap. 8.





partida, estableció como centro de todos los estudios la naturaleza humana, comprendió la unidad de Dios, y entrevió algunas ideas evangélicas; pero lo que debe extrañarse sobre manera, es que permaneció frío y ciego contemplando el estado de las mujeres y los esclavos. En fin, aquel hombre que se llamaba el ciudadano del universo, selló con su vida su protesta contra la sociedad antigua.

Nacieron de Sócrates, ó por mejor decir, del entendimiento humano que Sócrates hizo salir de su infancia, con Platon y Aristóteles las dos grandes divisiones de la filosofía, el idealismo y el sensualismo. Platon dijo que Dios es el supremo bien; que nuestra alma originalmente libre, aunque hoy esclavizada, es eterna como Dios; y que nuestra razon es un reflejo de la *razon divina*, la cual necesita iluminarse por este reflejo para elevarse á la razon divina; que el hombre no debe ocuparse de la naturaleza y del mundo sino para buscar las leyes generales y remontarse desde ellas hasta Dios; y que la virtud es un esfuerzo de la humanidad para esperar asemejarse á su autor (1).

En el espacio de tres siglos la doctrina de Platon fué el gran móvil del perfeccionamiento del hombre; y en moral, ciencia y política dirigió el mundo sensible y cambió el mundo ideal que es donde se halla la verdad eterna. ¡Y apesar de todo, este pensador tan sublime no sospechó que debia dedicar algunas palabras á la esclavitud que creyó establecida por derecho divino, negó la paternidad, y ensalzó la comunidad de las mujeres!

Elevóse frente á frente de esta filosofía esencialmente contemplativa, la de Aristóteles, llena de actividad, que reconociendo el origen divino de la razon, no se servia de ella para lanzarse fuera del mundo, sino para internarse en el estudio de la materia y del espíritu, del hombre y la naturaleza, de la ciencia y del arte. Entendimiento crítico, universal y generalizador, creó las ciencias naturales, fué el primero en comparar las instituciones políticas y en analizar los procederes de la inteligencia; genio práctico y racional, no afirmó nada que no probase antes, hizo sucumbir las ilusiones del entendimiento y se elevó hasta las doctrinas al través de los hechos (2). Formuláronse entonces cla-

(1) Véase á Timeo, traduccion de Cousin, obras de Platon, t. II.—(2) Cousin, introduccion á la Historia de la Filosofía y la Filosofía del siglo XVIII, t. I.

ramente con las *ideas* de Platon y el *método* de Aristóteles las dos grandes potencias del organismo humano, y tras las cuales no ha hecho despues el pensamiento humano mas que ir de la una á la otra. Representa la una el idealismo y la fe, la otra la sensacion y el exámen: existe en la una la poesia y el arte, y en la otra la ciencia y la industria; y esta inmensa division del pensamiento, tan antigua como el hombre, vivirá tanto como él, y la volveremos á hallar en todos los siglos bajo diversas denominaciones.

2.º Ningun otro pueblo conservó tan largo tiempo la organizacion enteramente guerrera de las sociedades primitivas como Roma: el ejército formaba en ella la nacion, y la legion era la imágen de la ciudadanía: ignoraba las artes de la Grecia; y satisfecha con ser inteligente en la guerra y la política, ponía en accion todos los medios que, como el valor, la crueldad, la destreza y la perfidia, servían para el cumplimiento de esta máxima: «la mayor gloria consiste en la mayor dominacion.» Combatía no obstante esta organizacion guerrera la lucha interior entre patricios y plebeyos, lucha que daba al mundo el grande ejemplo de la restauracion de los oprimidos contra los opresores, y de la tendencia de los esclavos á dominar á sus amos. Este fué el móvil que impelió á la aristocracia romana, que fué la mas hábil y constante que se ha conocido, á enviar á sus dependientes á la conquista del mundo para distraerlos de las ambiciones de la plaza pública y conservar la antigua organizacion de la ciudad. Esta grande lucha en que consiste casi toda su historia, es la que llevó á Roma á pelear á todos los pueblos, á sembrar los huesos de sus ciudadanos por el mundo entero, y á recibir en cambio millones de esclavos. Había conquistado la Italia, la Grecia y el Asia: ya no existían Cartago y Numancia; rebosaba en cautivos y riquezas, y parecía empujada continuamente por la mano de Dios: iba á hacer de todos los pueblos uno solo, á nivelar las naciones, asimilar y confundir las costumbres, religiones é instituciones de los vencidos, imponiéndoles su gobierno y su idioma; y parecía que todo el mundo iba á ser romano.

3.º En el fondo del Mediterráneo y en los confines de las tres partes del mundo vivía un pequeño pueblo ignorado y despreciado de los demás. Eran los hebreos que habían sido sucesiva-

mente sojuzgados por los asirios, los persas y los reyes de Siria. Siempre conquistados, y sin poder jamás formar una nacion, profesaban un odio implacable al resto del mundo, y rehusaban con obstinacion el mezclar su raza privilegiada con ninguna de las otras. Eran sus anales los mas antiguos y menos interrumpidos, sus instituciones las mas morales y sus costumbres las menos inhumanas. Era el único pueblo en el que la religion formaba su ley social, en el que la guerra no era el único objeto de la vida, y el que conservaba con el mayor aprecio el dogma de la unidad de Dios, base de su unidad política. Para él solo era la esclavitud temporal, y honrada y respetada la familia; y él fué el único por fin que fundó todas sus esperanzas en la venida de un Salvador que habia de regenerar el mundo por medio de la destruccion de su triple error social.

El porvenir de la humanidad se hallaba pues en estos tres pueblos: los griegos, los romanos y los hebreos.

CAPÍTULO II.

Conquista de la Galia por los romanos.

§. I.—*Conversion del sudeste de la Galia en provincia romana.*— A las conquistas del pueblo rey era deudora Marsella, su aliada antigua é inalterable, de la mayor parte de su poder comercial: á medida que se sometian las ciudades mercantiles de Italia, Grecia y Asia, se aprovechaba de sus descalabros para engrandecer sus establecimientos, y no tuvo ya mas rivales en el Mediterráneo despues de la destruccion de Cartago. Pero no satisfacía su ambicion su prosperidad exterior: anhelaba ganar poder territorial en la Galia, y ensayaba romper la barrera que le oponian los ligurios; pero cansada de una guerra en la que avanzaba muy despacio, llamó en su ayuda á sus fieles aliados (154). Los romanos que acababan de vencer á los galos en Italia y en el Asia Menor, aprovecharon con entusiasmo la ocasion de hacer la guerra en su propio país á tan indómitos enemigos: pasaron los Alpes, derrotaron á los ligurios, sometieron toda la comarca que hay entre el Ródano y el Durance, vendieron pública-

mente la población, y fundaron en el territorio galo su primera ciudad *Aguas Santinas* ó Aix (123).

Dominaba en aquella época á las naciones gálicas la liga de los arbenos aliada con los allobroges y estaba en guerra con los eduenses. Excitados estos por los marselleses, hicieron tratados con los romanos, recibieron de ellos el título fatal de *amigos y hermanos* que imponía una especie de esclavitud, y los empeñaron á marchar contra los arbenos. Trabóse una gran batalla sobre las orillas del Ródano, donde fueron completamente vencidos los arbenos: los allobroges y demás tribus que custodiaban el paso de los Alpes, fueron sojuzgados por los romanos, y el senado declaró *provincia romana* al país comprendido entre el Ródano, los Alpes y los Cevenas.

La sumision de estos pueblos para con Roma fué de diversos grados: unos recibieron el nombre de *confederados*, conservaron sus leyes y gobierno y estuvieron sujetos al estado de *prefecturas*, es decir, regidos por un prefecto romano, que exigía de ellos, segun las órdenes del senado, tierras, dinero y hombres; y otros por fin que bajaron al estado de *súbditos provinciales* que se diferenciaba muy poco de la esclavitud. Despojados estos últimos de su suelo, sus leyes y su existencia nacional, fueron gobernados por procónsules que reunían al mismo tiempo el poder administrativo, judicial y militar, que les imponían toda clase de exacciones y se entregaban sin freno á todos los caprichos y tiranías del despotismo. Este último estado fué el que tocó á los ligurios y allobroges (1).

Con el objeto de conservar en la obediencia á la Provincia, y habituarla á las leyes y lengua de Roma, fundáronse, ya en las ciudades galas, ya en las nuevamente construidas, *municipios* ó *colonias romanas*, latinas é itálicas (2).

Componíanse estos municipios de ciudadanos romanos trasla-

(1) Se dió á los marselleses Arles, el país de los Volscios arcómicos, cuya capital era Nimes, el de los Helvecios, etc.—(2) Había en un principio algunas diferencias entre las colonias romanas y latinas é itálicas. Consistían principalmente en que estas últimas no disfrutaban los derechos políticos que no poseían aun los pueblos del Lacio y de Italia; y subsistieron hasta que ellos mismos los consiguieron (90 años antes de J. C.). Era menester empezar por el derecho itálico para adquirir el latino, y por el latino, antes de adquirir el romano.

dados de Roma, del Lacio ó de Italia y de habitantes de la Provincia que por sus señalados servicios habian obtenido el título de ciudadanos romanos. Disfrutaban los habitantes de estas colonias libertades, prerogativas y derechos políticos iguales á los de los ciudadanos de Roma; pero eran ilusorios para casi todos, pues no pudiéndolos gozar mas que en la misma ciudad, pocos colonos tenian deseo de ir hasta Roma. La metrópoli era la que declaraba la guerra, fijaba los impuestos, formulaba las leyes, y enviaba á las colonias sus gobernadores, soldados y jueces, no quedándoles en realidad á los colonos mas que el poder local, restringido y mal definido, la administracion de las rentas de la ciudad, la eleccion de las magistraturas municipales y la intendencia de los edificios y del culto. Veremos despues como los derechos de los municipios por los desastres del gobierno central van poco á poco engrandeciéndose hasta servir de fundamento á las libertades de la edad media, y perpetuarse hasta nuestros dias en sus vestigios. Esforzaronse los municipios en ser una imágen de Roma en su gobierno, sus magistrados y sus monumentos, para inspirar mas respeto á los pueblos vencidos: reemplazaron al senado con la *curia*, cuyos miembros se denominaban *decuriones* ó *curiales*; á los cónsules por *duumvros* ó *triumvros*, etc. y se veían como en Roma *ediles*, *cuestores*, y *prettores* encargados de la policia, de la hacienda pública y de la justicia: cada municipio tenia su foro, su capitolio, sus circos y sus templos; y todavía se conservan los gloriosos vestigios de aquellos monumentos.

La primera colonia romana que llegó á ser capital de la Provenza y rival de Marsella, fué Narbona. Establecieronse despues en municipios Nimes, Besieres, Arles, Aviñon, Carcasona, etc.

§ II.—*Invasión de los teutones y los cimbrios.*—*Guerras civiles de Mario y Sila.*—Interrumpió las conquistas de los romanos una terrible invasion que amenazó con destruir de un mismo modo á los vencedores y á los vencidos. Las hordas de kimris que habitaban en las costas del Báltico, emigraron de pronto arrastrado con ellas á las de los teutones: volvieron á subir el Elba, cruzaron el Danubio, talaron la Norica y la Iliria durante tres años, entraron en la Helvecia, cuyos pueblos se agregaron á ellas, penetraron despues en el país de los belgas, que se defen-

dieron, volvieron á caer sobre la Galia central que asolaron espantosamente, y por último invadieron la Provenza. Seis ejércitos romanos habian sucumbido ya bajo su poder y la Italia temblaba de espanto, cuando los bárbaros se arrojaron sobre España que saquearon durante dos años. Volvieron despues á la Galia y se atrevieron á invadir la Italia en dos divisiones, los teutones por los Alpes marítimos y los kimris por los centrales; pero Roma habia enviado á la Provenza á su gran capitan Mario, que despues de dos años de estar acampado junto á Aix, se preparaba á recibir á los bárbaros con su ejército. Tratóse una batalla terrible en que destruyó á los teutones, y fué tanto el estrago, que el campo se alimentó de cadáveres para muchos siglos, y todavía conserva su nombre de *Pourrieres* (1). De allí pasó Mario á Italia, y al tiempo de bajar los kimris por los Alpes, los acabó de destruir cerca de Verceil en una batalla aun mas sangrienta, donde fué preciso matar hasta las mujeres y perros de los bárbaros.

En esta epoca comenzaba á terminar y á disolverse la obra guerrera y la organizacion social de Roma, fundada únicamente en la guerra despues de haber conquistado la mayor parte del mundo civilizado; y tomó una nueva forma la lucha entre los patricios y los plebeyos, convirtiéndose en una lucha de los pobres contra los ricos. Los patricios disfrutaban de todos los empleos, llenaban el senado, dominaban en los comicios, poseian la Italia entera por medio de sus dependientes ó esclavos, y despojaban el mundo conquistado, ya como pretores, ya como prócsules. Los plebeyos no eran mas que un conjunto de libertos salidos de todos los ángulos de la tierra, que despues, adquirida una igualdad ilusoria de derechos, pedian tambien riquezas. No poseian tierras, no ejercian ninguna funcion política, y era enteramente inútil su voto. Volvióse contra sí mismo el espíritu militar de Roma engendrando la guerra civil. Comenzó esta obra Mario, hombre del pueblo, llamando al servicio militar á todos los pobres, y concediendo á todos los pueblos de Italia el

(1) *Campi putridi*. Celebrose casi hasta nuestros dias la fiesta conmemorativa de esta batalla en un templo dedicado á la Victoria, transformado por el cristianismo en una iglesia puesta bajo la advocacion de Santa Victoria, y cuyas ruinas existen en la actualidad. Amadeo Thierry, t. II, p. 226.

derecho de ciudadanía. No eran entonces como en otro tiempo las legiones la ciudad armada, sino bandas sin patria, afanosas de oro y pillaje y que debían enseñorearse del poder para ponerlo en manos del jefe de su elección. Convirtiéronse las asambleas del foro en tumultos y combates que hicieron imposible el gobierno, y empezó entonces la guerra civil, poniéndose Sila al frente de los ricos ó patricios, y acaudillando Mario á los pobres ó plebeyos (90).

Mucha parte tomó en esta guerra la Provenza convertida ya en romana: Marsella y Narbona abrazaron la causa de la aristocracia; las demás ciudades la del partido popular: pero venció por fin la riqueza; y humillada la Italia, y restaurado el antiguo patriciado, se conservó la unidad de Roma contra sus aliados. Se hizo dueño el senado de todos los poderes y anuló el tribunado, los comicios y el órden de caballeros: se hizo mas espantoso el latrocinio de los ricos, mas devoradora la esclavitud, y mas insufrible la situacion de los pueblos conquistados. Sirvió la Provenza de asilo á los proscritos del partido popular: Pompeyo, que era entonces el jefe de la aristocracia, se vengó cruelmente devastando todo el país; destruyó muchas ciudades cediendo su territorio á Narbona y á Marsella, y fundó en Bessiers, Perpignan y Tolosa colonias militares que se repartieron los bienes de los galos proscritos. Corrió la sangre á rios para apaciguar las sublevaciones de la Provenza que parecia animada de un pensamiento de independenciam: se la molestó con exacciones: quitáronle lo que le quedaba de sus antiguas libertades y se trasladó toda su poblacion armada al país donde Roma hacia la guerra. Fonteyo, que fué por último su procónsul, se señaló con una tiranía y rapacidad tan extremas, que aun despues de terminada la guerra, sus habitantes pidieron á Roma justicia contra sus crímenes (96).

El célebre orador Ciceron tomó su defensa, llenó de ironías é insultos á los bárbaros que se atrevian á acusar á un ciudadano romano, fué absuelto el procónsul; y la Provenza entregada desde entonces á discrecion de sus gobernadores, se anonadó con la dominacion romana y perdió hasta el mas leve vestigio de su independenciam.

§. III.—*Primeras guerras de César contra los helvecios y germa-*

nos.—Tal era el aislamiento en que vivían las diversas naciones de la Galia, que ninguna emoción les causó la servidumbre de los ligurios y allobroges. Pero muy al contrario los eduenses, que en su orgullo de ser amigos de los romanos, se regocijaron en tener por vecinos á tan poderosos aliados, creyendo merecer la supremacía sobre los demás pueblos gálicos. Cansados de su tiranía los seguanos, intentaron destruirla, y para equilibrar el auxilio de los romanos, buscaron también defensores fuera de la Galia. Avanzaron en aquella época hacia el mediodía las hordas teutónicas aprovechándose del anonadamiento de la raza cimbrica: habían ocupado todas las regiones trasrinianas; y estaban unidos en relaciones con los belgas y los helvecios que los conocían bajo el nombre de *germana* (germanos) hombres de guerra. A estos bárbaros pidieron auxilio los seguanos. Guiados por uno de sus jefes llamado Ariovisto, pasaron el Rhin los *germanos*, vencieron á los eduenses, arrebatándoles sus armas y sus hijos, y volvieron después contra los seguanos á quienes obligaron á cederles el tercio de su territorio (63). Opusieron estos resistencia, y en peligro tan eminente, imploraron el auxilio de los eduenses. Convertidos en amigos los dos pueblos en la comunidad de su desgracia, se dirigieron á pelear con los germanos, y fueron completamente vencidos en Magatobriga (Mogte-de-Broie, en la confluencia del Saona y del Ognon). Entonces Ariovisto ejerció sobre toda la Galia oriental la dominación más tiránica.

Pidieron auxilio los eduenses á los romanos; pero estos se hallaban á la sazón ocupados en las turbulencias de Italia, donde había vuelto á renacer la lucha entre los ricos y los pobres. Tres hombres, Pompeyo, César y Craso se habían repartido el imperio. Ya no se trataba solo de libertad y de constitución: el mundo romano estaba trastornado con la destrucción de las antiguas razas, las usurpaciones de los esclavos y el principio de una nueva organización social. César, que tenía ideas extensas y modernas, conoció que debía alejarse de Roma entregada á la anarquía, dejando gastarse á todas las medianías como Pompeyo, Craso y Cicerón, é ir á preparar su fortuna en un país nuevo y lleno de porvenir como la Galia. Después de haberla conquistado, adivinaba que alcanzaría gloria, soldados y riqueza, y que Roma sería suya.

En aquella época los helvecios molestados con la vecindad de los germanos, y ansiosos de poseer las tierras fabulosamente fértiles de las llanuras occidentales de la Galia, resolvieron ir á conquistarlas y abandonar sus montañas. Al saber el senado romano esta noticia, envió dos legiones á situarse en el Ródano y el lago Lemán combinándose con los cuarenses y eduenses, para que defendiesen los pasos del Jura, y alcanzó que Ariovisto permaneciese tranquilo é indiferente. Durante dos años hicieron los helvecios sus preparativos para esta expedición, destruyeron sus doce ciudades y sus cuatrocientas aldeas, reunieron víveres para tres meses; y partieron en número de trescientos sesenta y ocho mil personas, de las cuales noventa mil eran guerreros. Llegaron á las orillas del Ródano y pidieron á la Provenza el permiso de pasar al otro lado. El procónsul á quien se dirigieron era César, que acababa de conseguir por cinco años el gobierno de las dos Galias (Cisalpina y Provincial). Negóse á su demanda, se dió prisa en reunir sus legiones, y guarneció el río con una muralla y un foso que no pudieron forzar los helvecios. Arrojárónse entonces estos por los desfiladeros del Jura, atravesaron el país de los seguanos y eduenses, y llegaron á las orillas del Saona. Persiguiólos César, trabó con ellos una terrible batalla cerca de Bibracte y los venció completamente. Reducida entonces la nación á ciento treinta mil individuos, tomó la dirección del norte para atravesar el Rhin, pero como carecía de víveres, se vió obligada á capitular, rindió sus armas y se volvió á su país.

Muchas fueron las felicitaciones que los pueblos de la Galia hicieron á César por haberlos salvado «de una guerra cruel y tal vez de la esclavitud: suplicáronle secretamente los eduenses que los libertase de los germanos que habian pasado el Rhin en tan excesivo número» que segun ellos dijeron «bien pronto toda la Galia iba á convertirse en Germania.» César respondió que la dominación de Ariovisto sobre una nación aliada de los romanos, «era un ultraje á este pueblo omnipotente y que no podia durar mas tiempo», y acogió con benignidad la súplica de los eduenses. La invasión de los helvecios le habia conquistado además al procónsul el protectorado de los pueblos gálicos: veía ya llegada la ocasión de asegurar su dominación sobre ellos; y co-

mo no deseaba partir con nadie tan rica presa, mandó á Ariovisto que devolviese la libertad á los aliados del pueblo romano. Respondióle el bárbaro que «aquella parte de la Galia era su *provincia* lo mismo que la otra era *provincia romana* (1).» César marchó contra él, le venció, y arrojó allende el Rhin á todos los germanos (58).

§. IV.—*Primera, segunda, tercera, cuarta y quinta campaña de César.*—Grande fué al principio el alborozo de los pueblos gálicos al verse libertados de los germanos, pero bien pronto se trocó en dolor al ver que el ejército invernaba y se establecía en su país, que César exigía tributos, recogía víveres y gobernaba las asambleas federales. Entonces reconocieron que no habían alcanzado mas que mudar de señor (57). Los romanos buscaban en tanto una propicia ocasion para extender sus conquistas por el norte de la Galia; se aliaron con los remos, que era uno de los mas poderosos pueblos de la Bélgica y aproximaron hácia aquél sus cuarteles. Alarmáronse las naciones belgas (2), formaron una grande liga contra los romanos, y pusieron en pié de guerra un ejército de trescientos mil hombres, al frente de los cuales se veían á los suesones y poelovacos. César al recibir esta noticia, arrojó la máscara bajo la que habia esclavizado una parte de la Galia, y resolvió comenzar abiertamente la guerra de conquista.

Setenta ú ochenta mil hombres contaba el ejército romano cuando entró en Bélgica: tuvo que abrirse un camino en aquel país aun enteramente salvaje con el hacha en la mano, pasar los rios á nado, y hundirse en sus lodazales y pantanos. Halló en fin, despues de una penosa marcha, á los belgas sobre las orillas del Aisne, destruyó la mitad de su ejército, apoderóse de sus fortificaciones, y se adelantó hasta el territorio de los nervienos. Era el pueblo mas bárbaro y belicoso de la Galia: esperó á los romanos en las orillas del Sambre, y trabó una espantosa batalla donde fué completamente exterminado. Tambien los aduáticos quisieron hacer alguna resistencia, pero fueron igual-

(1) César, lib I, cap. 44.—(2) «César dice que eran los mas bárbaros de la Galia porque eran los que mas lejanos vivian de la Provenza: no habia llegado hasta ellos el lujo y la civilizacion: raras veces los visitaban los comerciantes extrangeros, y no querian lo que pudiera amortiguar su valor.» Lib. I, cap. I.

mente vencidos y vendidos como esclavos en número de cincuenta y tres mil (1).

Solo una legion bastó entonces para recorrer la costa entre el Sena y el Loira y someter á los pueblos armoricanos, dando término á toda la conquista de la Bélgica.

Y esta fué la primera campaña de César.

El procónsul acantonó sus legiones en la orilla derecha del Loira con el objeto de vigilar á los armoricanos, su caballería en la Bélgica, una legion en los Alpes peninos para asegurar los pasos de Italia, y él partió á arreglar los negocios de la Cisalpina y á velar por los intereses de su partido. Bien pronto fueron atacados sus soldados: vióse obligada la legion de los Alpes á refugiarse en el país de los allobroges: tomaron las armas los morinos, ménapos y otras tribus belgas: confederáronse las ciudades de la Armórica: se apoderaron de los tribunos y prefectos romanos como en rehenes; y organizaron una inmensa escuadra. El alma de esta liga que se propagó hasta el Garona eran los venetos. Luego que César lo supo, mandó reunir sus bajeles, envió doce cohortes y una numerosa caballería al país que hay entre el Loira y el Garona: impidió por medio de su teniente Labieno, que avanzasen los belgas, y dió una terrible batalla á la flota armoricana que fué completamente destruída (56).

Rindiéronse los venetos; «el vencedor hizo degollar á todos sus senadores, y el resto del pueblo fué vendido públicamente (2)» Las tres legiones derrotaban entretanto á las tribus del interior: con el mismo éxito avanzaban las doce cohortes, que pasando el Garona y reforzadas con las milicias de la Pronvenza, atacaban á los aquitanos; pero una sola batalla fué bastante para decidirse la rendicion de unos pueblos que dos años antes habian destruido dos ejércitos romanos. Solo faltaba vencer á las tribus belgas: el mismo César marchó contra los morinos y los ménapos; y despues de haber talado el país, volvió á la Armórica á tomar cuarteles de invierno.

Este fué el resultado de su segunda campaña.

Vencida estaba la Galia, pero era forzoso asegurar su sumi-

(1) César, lib. II, cap. 33.—(2) Lib. V, cap. 54.

sion en el exterior: Roma se veía en la precisión de conquistar á los bárbaros si no quería ser por ellos conquistada: una detención era un retroceso, ó una derrota; y debía incesantemente engrandecer el círculo de la civilización para asegurar la conservación del centro. Solo le infundían ya temor los galos: el peligro estaba á la otra parte del Rhin, y era indispensable convertir á la Galia en una barrera entre la Italia y los germanos. Grandes guerras intestinas que arrojaban á las orillas del Rhin una multitud de bárbaros, agitaba en aquel entonces á las regiones trasrinianas: decíase que eran ya mas de cuatrocientos mil los que habían pasado el río: llenos de ansiedad y de consternación estaban los galos: unos miraban á los germanos como auxiliares, y otros llamaban en su defensa á los romanos. Al ver César amenazada su conquista interior y exteriormente, reunió sus legiones, convocó á los galos para la defensa común, marchó contra los bárbaros; y ganó una fácil victoria á precio de un perjurio. Completó pues su victoria, y llevando por la primera vez las águilas romanas á la otra parte del Rhin, causó un profundo espanto á las naciones germánicas (55).

El infatigable conquistador, volvió sus miradas á la Bretaña á la vuelta de esta expedición. Habitaban esta isla los kimris en el mediodía, y los galos en el norte, pueblos salvajes, cazadores ó pescadores; desnudos de cuerpo y pintados de colores, con mujeres comunes y viviendo bajo la absoluta dependencia de los jefes de familia; y estaban en relaciones amistosas con sus hermanos del continente, habiendo enviado auxilios á los venetos. Dos expediciones hizo á la Bretaña con el objeto de aislar á la Galia de los países vecinos y hacer retroceder el dominio de la barbarie: había llevado tras sí á toda la nobleza gala para que sucumbiera en esta guerra; pero tuvo tan poco éxito en estas dos empresas, que replegó sus legiones al continente y las acantonó en la Bélgica.

Este fué el fin de su tercera campaña.

Grande era el disgusto y la impaciencia de los galos al ver que unos extranjeros disponían de sus bienes, dirigían sus gobiernos, y les hacían morir en guerras extranjeras: ya no volvió á reunirse la asamblea sino en presencia de César, y ejecutaba tan solo su voluntad; apoyándose en ella, daba un tinte

legítimo á sus usurpaciones, y alcanzaba por ella hombres y dinero para someter á la Galia. Él mismo dice «que no sabe si debe causar admiracion; pero que una nacion que sobresalió entre las demás por su virtud guerrera, no podia sin un vivo dolor ver perdida su fama y sucumbir al yugo de los romanos (1).» Por esto, al volver de Bretaña, estalló una terrible insurreccion, la cual comenzó en el país de los carnutos y se propagó hasta el de los eburones, los treviros y los armoricanos. Únicamente permanecieron firmes á la alianza de César los ednenses y los remos. Ambiorix jefe de los eburones, sorprendió un cuartel de diez mil romanos que invernaban en su país, y los destruyó completamente: la misma suerte hubiera alcanzado otro cuartel que estaba sitiado allí, si el procónsul no lo hubiera auxiliado con dos legiones; y fué necesaria una gran victoria para contener la insurreccion general.

A esto se redujo la cuarta campaña de César.

Al ver desvanecido el prestigio de sus primeras empresas, el procónsul hizo grandes preparativos de guerra, y los galos por su parte se prepararon abiertamente á una desesperada resistencia. Lleno de impaciencia por abrir la campaña, convocó por su órden á la asamblea general de las ciudades en Lutecia, capital de los parisienses (2). Negáronse á enviar sus diputados los carnutos, los serones y los treviros: declarólos rebeldes al pueblo romano y marchó contra ellos: los derrotó en todas partes, mandó degollar sus jefes; y se dirigió secretamente al país de los eburones «cuya raza y nombre queria exterminar (3).» Atrajo á este país maldito á los malvados de todos los países cercanos, hasta de la Germania; entregó los cuerpos y los bienes de sus habitantes al que primero los ocupase, y mandó destruirlo todo á sangre y fuego. Y este fué el fin de su quinta campaña.

§. V.—*Sexta campaña de César.*—La república romana agonizaba en su anarquía durante estas gloriosas expediciones, y el mundo tenia sus ojos vueltos hácia la Galia, esperando de este país la solucion de su destino. Muerto Craso en la guerra de los partos, se circunscribia la cuestion á César y Pompeyo. Mientras este al frente del partido aristocrático recibia del senado el

(1) César, lib. V, cap. 55.—(2) César lib. VI, cap. 3.—Es la primera vez que se halla en la historia el nombre de la capital de Francia.—(3) Lib. VI, cap. 34.

encargo de reformar la república, César se ofrecía á los plebeyos como representante de sus intereses y ejecutor de sus antiguos odios contra los grandes y los ricos. Todo se preparaba para una guerra civil. La conquista de la Galia le habia dado el fruto que esperaba: mayor era su gloria que la de Mario; érale adicto su ejército; y podia á manos llenas arrojar el oro «porque, segun dice Suetonio, habian sido saqueadas con increíble avidéz, y mas bien por su opulencia que por crimen, las ciudades, los templos y tesoros de la Galia.» De modo, que él era quien pagaba los ejércitos, edificaba las ciudades, y tenia en Pisa una especie de corte, ó por mejor decir mercado, donde un cónsul le vendia su neutralidad por ocho millones, y un tribuno por doce su alianza.

Al ver los galos que César únicamente se ocupaba de sus ambiciosos proyectos, que las legiones estaban diseminadas, y que Roma absorbía toda la atención pública, se resolvieron á hacer un desesperado esfuerzo para recobrar su independéncia. «¡Muramos, dijeron, muramos antes que perder nuestra antigua gloria y la libertad que nos legaron nuestros padres!» El mas impenetrable secreto ayudó á esta inmensa conjuración (1): reuniéronse armas y víveres con el mayor silencio: dispuestos estaban todos los hombres de guerra; dióse por fin la voz de independéncia y libertad por los carnutos que destrozaron á los romanos establecidos en Genabusa (Orléans), y clamorosos gritos de aldea en aldea comunicaron la sublevación en tres dias á toda la Galia. Bien pronto tomaron las armas los albornos, los armoricanos y todas las naciones que habia entre el Sena y el Garona: vigilados los belgas por diez legiones, no osaron declararse: los eduenses se estremecieron de dolor y de vergüenza al saber que sus compatriotas les acusaban de causadores de las desgracias de la Galia; y solamente los remos permanecieron abiertamente infieles á la causa comun. La asamblea general dió el mando del ejército con autoridad absoluta á Vercingetorix, descendiente de los reyes arvernos y principal motor del levantamiento de la Galia. Era la vez primera que los galos esperaban su salvación de la unanimidad de los esfuerzos y de la unidad del poder.

(1) César, lib. VII, cap. I.

Organiza Vercingetorix rápida y violentamente la mas vigorosa resistencia: marcha al país de los bitúriges á combatir las legiones del norte mandadas por Labieno; y envia á su teniente Lúctero á sublevar la Aquitania y á acometer la Provenza para cerrar á los romanos el camino de la Italia. Luego empero que César tiene noticias de la insurreccion, pasa los Alpes, liberta la Provenza, arroja sobre la Aquitania algunas tropas, atraviesa los Cevenas á pesar de una nevada de seis piés de altura, y se precipita sobre los pavoridos arvernos. El general galo vuelve atrás; pero César deja una parte de su ejército en la Arvernia, cruza rápidamente con su caballería al través del país de los eduenses, replega dos legiones de Labieno y llama á las otras. Adivina Vercingetorix sus proyectos, devasta el país de los eduenses, y obliga á César á socorrer á sus aliados; pero no pudiendo impedir que se apodere de las ciudades del Loira, cambia de plan, incendia todos los pueblos de los bituriges, carnutos y los de las cercanías; y quiere hacer morir de hambre á su enemigo. Solo le queda Avaricum (Bourges) capital de los bituriges. Sitfale César, asalta sus muros, y la entrega á la matanza y á la destruccion. Retrocede Vercingetorix para defender la Arvernia: César envia entonces al procónsul Labieno con cuatro legiones á someter los pueblos del Sena, y él con las otras seis se dirige hácia Gergovia, que era capital de los arvernos. Malógrase el sitio de esta ciudad, y quiere retirarse al país de los eduenses; pero este pueblo que compone toda su caballería y es el «único que retarda la infalible victoria de los galos,» rompe bruscamente su alianza con los romanos y abraza con el mayor ardor la causa general. Aun le era posible á César ganar el camino de la Provenza, pero quiere reunirse á las legiones de Labieno é intenta pasar el Loira. Halla todos los pasos guardados por los eduenses, y se ve estrechado en un país saqueado, y teniendo detrás de sí el ejército galo. Sube hácia el norte: burla á los eduenses por medio de contramarchas, y espera á Labieno en el país de los senones. Éste, luego que supo los desastres de su general, habia vuelto al Sena ocupado por un ejército belga, ganando el paso del rio en una batalla dada cerca de Lutecia, y vuelve á conducir sus legiones al país de los senones.

«La traicion de los eduenses habia propagado la insurrec-

cion:» los galos estaban poseidos del mas vivo entusiasmo, y confirmaron en una grande asamblea tenida en Bibracte, el supremo mando á Vercingetorix, que habia hecho sublevar todo el mediodía y hasta el país de los allobroges. César reunió sus legiones, pero como se hallaba sin caballería, sin provisiones y sin comunicacion con Italia, se vió obligado á abrirse paso para llegar á la Provenza. Salió del país de los lesigones siguiendo el Saona, y volvió á encontrar el ejército galó. «Llegó el día de la victoria, gritó Vercingetorix; los romanos abandonan la Galia y huyen á la Provenza. Es forzoso acabar con ellos para que no vuelvan á pisar nuestra patria.» Y sus soldados hicieron el juramento de no volver á ver á sus mujeres y á sus hijos sin haber antes atravesado dos veces el ejército romano (1). Terrible fué la batalla: César se vió en tan inminente peligro, que su espada quedó en poder de sus enemigos; pero alcanzó la mas completa victoria. Llenos de pánico terror se refugiaron los galos en número de noventa mil bajo las murallas de Alesia, que era la plaza mas fuerte de la Galia: César los persigue, resuelve sitiar á un tiempo al ejército y á la ciudad; y construye con este objeto una línea de circunvalacion de once millas de extension con un triple foso, terraplenes, muros, empalizadas, calzadas y torres á cuatrocientos pasos de distancia. Protege tambien su campamento por el lado de la campiña por una línea de contravalacion muy formidable de catorce millas de circunferencia; y hace estas obras por manos de sesenta mil hombres. Tranquilos los romanos con esta doble línea de defensa, esperaron que el hambre rindiera á Alesia, á Vercingetorix y á su ejército.

Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los galos para impedir los trabajos: cerrados en esta estrecha prision y desesperados de poderla forzar, enviaron por toda la Galia emisarios pidiendo que los salvaran (51). Decretó la asamblea general una leva de ciento cincuenta mil hombres, y todos los pueblos excepto los remos, dieron gente para formarla; « tanta era la union que reinaba entre los galos para recobrar su libertad y su antigua gloria, y de tal modo sacrificaban su vida y sus bienes por la causa nacional (2).» Llegó este ejército ante el campamento

(1) César, lib. VII, cap. 66.—(2) *Id.* *ibid.* cap. 76.

romano en el momento en que el ejército de Alesia estaba reducido al último extremo: los dos dieron concertadamente y á un tiempo dos terribles asaltos á la formidable valla que los separaba, y nunca la suerte de César corrió mas peligro; pero el patriotismo, el valor y la desesperacion de los galos se estrellaron inútilmente contra la fuerza de las líneas, la disciplina y las máquinas de las legiones. Dispersóse medio destruido el ejército libertador: rindióse el sitiado; y fueron repartidos como botin á los soldados romanos sesenta mil prisioneros. Vercingetorix cargado de cadenas, fué enviado á Roma y hundido en un calabozo: y no salió de allí hasta dos años despues, el dia en que César solemnizó su triunfo, no solo por haber vencido al patriado, sino por haber sojuzgado á la Galia. Segun costumbre de los romanos que mancillaban sus fiestas con la sangre de los vencidos, cayó la cabeza del héroe bajo el hacha del verdugo con muchísimas otras. Era la última ofrenda de sangre libre. El mundo y Roma tenian entonces ya un soberano.

§. VI.—*Sumision definitiva de la Galia.—César emperador.—Fin de la sociedad antigua.*—Despues del desastre de Alesia dejaron las armas los eduenses y arvernos: continuaron los demás pueblos resistiéndose, pero como les hacian la guerra aisladamente, cayeron unos despues de otros. Su sumision fué objeto de la séptima y última campaña de César. Fueron arrojados de su país los carnutos y los bituriges: rindiéronse á discrecion los armoricanos; y vencidos los belgas en muchas refriegas, se vieron obligados á rendir sus armas y huir en gran número á la otra parte del Rhin. Mas tiempo resistieron las naciones del sudoeste: mandábalas Lúctero, quien enfermó en Uxellodunum, ciudad de los cadurcios, fué sitiado y se vió obligado á rendirse tras una larga defensa. «Viendo entonces César que no podia terminar la guerra de las Galias, resolvió aterrorizar á los pueblos con un escarmiento terrible: mandó cortar las manos á todos los que acababa de vencer, y les dejó la vida para que su mutilacion les recordase para siempre su rebelion y su castigo (1).» De allí partió para la Aquitania que se rindió sin obstáculo, y despues recorrió sus conquistas sumisas ya y silenciosas.

(1) Hirtio, cap. 44.

Aquel fué el fin de tan larga y terrible lucha, decisiva no solo para la Galia sino para el mundo entero, y durante la cual, segun dice Plutarco, « César ganó con las armas ochocientas ciudades, sometió mas de trescientos pueblos, y peleó contra tres millones de hombres, de los cuales un millon pereció en las batallas, y otro cayó esclavo.»

Luego que se terminó la guerra, deseó el conquistador que tanta sangre vertida hiciese germinar la civilizacion: entonces acometió el trabajo maravilloso de trasformar completamente á los vencidos en vencedores, con lo cual la Galia acabó de perder los recuerdos de su origen, de su religion, de su lengua y de su historia; y pareció que su existencia no era anterior á la de Julio César. Del resto del país además de la Provenza, hizo una segunda provincia romana, que denominó *Galia cabelluda*: dejóles á todas las tribus su religion, sus leyes, sus jefes y sus bienes: llenó de honores y riquezas á las principales familias; concedió los derechos romanos á muchas ciudades: se contentó con un tributo de ocho millones; y abandonó por decirlo así, la Galia á sí misma para que se restableciese de sus heridas. Era porque el ambicioso romano presagiaba que habia llegado ya la ocasion de comenzar la guerra, que habia sido el deseo de toda su vida y de la que no era mas que un preludio la conquista de la Galia. Esta guerra interior, pacífica, sumisa y favorable al mismo vencedor, era el arma preparada para vencer el patriciado. Ansiosos de combatir y admiradores de la gloria romana, los galos entraron en inmenso número en los ejércitos de César: diéronle los belgas su infantería ligera; los aquitanos y las naciones del centro su caballería: toda una legion se formó de galos y se hizo célebre bajo el nombre de *legion de la Alondra*; y por fin la Galia iba á vengarse de su servidumbre empleándola en beneficio de sus vencedores.

Lleno de inquietud el senado con estos preparativos, manda á César que despida á sus legiones: pasa este el Rubicon que separa la Cisalpina de la Italia, y se dirige á Roma con un ejército compuesto de los guerreros mas esforzados de España, Italia y Galia (1). Huye el senado, Pompeyo y todos los grandes y ricos

(1) Dion. X, 55.

al ver á los bárbaros, diciendo : « Dos años de permanencia entre esos pueblos feroces, han vuelto á Cesar mas feroz que ellos. » Desencadena desde las cimas de los Alpes la furia gala, subleva á toda esta raza con la promesa del saqueo de Roma..... ¡ y vedla como desde las orillas del Océano y del Rhin sigue sus pasos (1) ! Soberano de la ciudad, el procónsul rompe con el hacha el tesoro acumulado durante tres siglos para resistir á las invasiones de los galos ; tesoro que habia sido respetado hasta en los tiempos de Anibal y de Mario ; y lo distribuye á los soldados diciéndoles : « nada tiene ya que temer la república..... ya no hay galos (2). »

Persiguió al partido de Pompeyo en España ; venciólo en Farsalia : conquistó el Egipto, una porción del Asia y del Africa ; y volvió por fin á Roma seguido de su ejército de bárbaros adictos los cuales colmó de riquezas y cuyos jefes hizo él mismo entrar en el senado. Celebróse su regreso con increíbles fiestas..... Eran las últimas saturnales del mundo antiguo en torno del hombre que reinaba sobre él como *dictador perpétuo, emperador, padre de la patria, libertador y dios.*

Calló la Galia durante la guerra civil, y solo la Provenza tomó en ella una parte activa abrazando la causa de Pompeyo. Pero cuando César pasó á España, atravesó la Provenza y sitió á Marsella, que fué tomada, y destruyó sus libertades, sus armas y sus tesoros, arruinando su comercio para fundar á Forum Julii (Frejus); de modo que la antigua aliada de Roma, la única ciudad que conservaba su independencia, fué unida al vasto imperio que se apellidaba entonces soberano y destructor de la nacion gala.

Dominó entonces en todo el Occidente la unidad romana, llamóse la tierra el *mundo romano*, y se cerró el templo de Jano. No teniendo Roma que conquistar, acabó de ser lo que era : se habia ya cumplido su mision ; y la sociedad antigua, de quien era la última y la mas vasta extension, habia acabado su carrera. Impaciente y anhelando el movimiento, la humanidad se replegó sobre sí misma y se envolvió en el egoismo, en la perversion y en la crueldad : llegaron á su apojeos los tres errores capitales

(1) Lucano, Farsalia lib. I.—(2) Apiano, lib. II, pág. 455.

del mundo antiguo: había treinta mil dioses en el capitolio: los esclavos eran arrojados á los viveros para cebar murenas; y un decreto romano dió á César todas las mujeres.

Nació entonces en un establo de la pequeña ciudad de Judea, el CRISTO!.... Poco tiempo despues los germanos se dieron á conocer al mundo con la carnicería de las legiones de Varo!.... Jesucristo y los germanos iban á renovar la humanidad real y materialmente.... Aquí comienza el tiempo de la descomposicion social, la cual prepara la época de transicion de la sociedad antigua y la edad media.

LA GALIA ROMANA.

DESDE EL TIEMPO DE LOS GALOS HASTA 406.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principio del cristianismo y de los bárbaros.—1 á 324.

§. I.—*Organizacion de la Galia bajo el reinado de Augusto.*— El patriciado volvió á alzarse despues de su derrota y mató á César. Nuevamente volvió á ser vencido, y dos hombres se disputaron el dominio del hacinamiento de todas las naciones llamado siempre pueblo rey. Octavio sobrino de César venció á Antonio en la batalla de Actium, y quedó único soberano del mundo romano con el nombre de Augusto que le dió el senado.

Sometióse entonces el imperio á un extraño gobierno, que siendo república en el nombre y en la forma, era en realidad monarquía despótica; y su jefe reconcentraba todas las magistraturas y resumía todo el Estado en su persona bajo el nuevo dictado de emperador. ¡Formidable unidad que tenia en sus manos la religion como gran pontífice, la ley como tribuno perpétuo, y el ejército como general! Representaba el emperador en

el interior á los comicios, al elector de los cónsules y al presidente del senado; y en lo exterior era la imagen de toda Roma, y ejercía él solo el despotismo que se atribuía al pueblo rey sobre las naciones vencidas. Esta anarquía organizada, cuyo jefe lo era también del ejército, y cuyo ejército gozaba de todo el poder político, era el término á que forzosamente debía llegar la constitución absolutamente guerrera de Roma, cuando se hubiera terminado su obra de las armas. No hubo más que un pueblo sin distinción de razas: fueron aptos los plebeyos para todas las funciones que no pudieron desempeñar por su corrupción, y contemplaron sin quejarse llevar al senado las elecciones. Conservaron los patricios las apariencias de soberanía, hicieron las leyes, los magistrados y hasta los emperadores; pero no fueron más que instrumentos de los déspotas que eran semejanzas de sus ministros y cuya omnipotencia solo en su baja estaba basada. Convirtiéronse por fin las legiones, las cuales fueron permanentes desde entonces y compuestas de hombres de todos los países, en soberanas de Roma por el poder de las guardias imperiales ó pretorianas instituidas por Augusto, y las que hicieron todas las revoluciones.

Se hicieron dos grandes divisiones de las provincias: las más adictas y centrales fueron regidas legalmente por el senado: las más lejanas y sediciosas se establecieron bajo un régimen puramente militar, es decir bajo el inmediato del emperador; y la Galia fué contada en el número de estas últimas. Continuó Octavio con ardor la transformación romana de este país; lo visitó muchas veces para poner por obra sus proyectos de ataque contra lo pasado, y destruyó todo lo que podía recordar á los galos que habían formado una nación. Dividió la Galia cabelluda en tres grandes provincias, que fueron la Augusta comprendida entre los Pirineos, los Cevenas y el Loira; la Bélgica entre el Sena y el Rhin, y la Leonesa (Lugdunensis) que abarcaba todo el centro.

Fué la capital de su país Lion (Lugdunum), ciudad nueva y sin pasado: en ella estaba la residencia de los gobernadores, y era el punto de donde partían las grandes vías militares que terminaban en el Rhin, en el Océano y en los Pirineos. Quedó separada la Provenza con el nombre de Narbonesa que fué devuel-

ta al gobierno legal del senado; pues acababa de ser poblada con nuevas colonias militares, gozaba casi íntegro el derecho romano, y contaba ya en el senado muchos de sus ciudadanos.

Destruyó Octavio con esta nueva division las antiguas ligas, las diferencias de razas y los recuerdos de independencía. Al mismo tiempo puso un especial cuidado en causar la ruina de las ciudades antiguas en beneficio de las modernas, en crear ciudades *Julianas* ó *Augustas*, cuyos nuevos nombres hicieron olvidar las tradiciones nacionales; y agració con numerosas concesiones á los pueblos, que saliendo por lo general de la condición de súbditos, muchos de ellos alcanzaron los derechos municipales. Estos derechos llegaron á adquirir tanta importancia, que despues que el despotismo imperial hizo ilusorios los comicios, los ciudadanos no fueron mas á Roma á ejercer sus derechos políticos, sino que concentraron toda su actividad en los intereses de su ciudad.

Los poderes aislados y opresivos de los antiguos jefes y prócsules desaparecieron ante la unidad de la potencia imperial que dió al país gobernadores mas estables, menos absolutos y mas ocupados en el bien público. Trastornóse desde sus cimientos la antigua sociedad gala: ideas de orden substituyeron á los centros de autoridad ó de influencia: no existía ya la institucion de la clientela que habia sido el manantial del poder de las grandes ciudades, dividióse su territorio, y se esparramaron y confundieron sus tribus (1).

Perdió la aristocracia toda su influencia política, aunque conservó sus riquezas. Augusto le dió honores, la hizo entrar en los senados municipales, en la administracion, en los tribunales y en todos los negocios en que usaba la lengua latina. Estudió la aristocracia con ardor y por ambicion en las escuelas donde se enseñaban las leyes y las ciencias de los vencedores; y se adhirió al orden establecido por la conquista, porque veía en las instituciones romanas un nuevo manantial de poder y de crédito.

Desarmóse á las provincias del mediodía y del centro dejándoles una guardia insignificante para la policia: se dejaron las armas á las del norte para defenderse de los germanos que cau

(1) Amadeo Thierry, tomo III pág. 283.

saban la principal inquietud de Roma : una parte del territorio de la izquierda del Rhin , desde que este sale de Helvecia hasta sus bocas , fué erigida en una nueva provincia que se llamó Germania ; y con el objeto de oponer una barrera contra los invasores , se la pobló de germanos y fué el principio de la poblacion tudesca que habita en la actualidad aquel país. Levantáronse plazas de guerra, campos atrincherados, y se amontonaron en ella ocho legiones que componian cerca de cincuenta mil hombres. Constituían estas legiones casi todas las tropas de la Galia, porque, segun dice Josefo, « doscientos hombres eran suficientes en el interior para conservar las mil y cien ciudades de esta comarca ilustrada por siete siglos de victorias y conquistas (1). »

Los soldados galos , disciplinados á la romana , mezclados con los romanos y llevados á todas las naciones del imperio, tomaron las costumbres y simpatías de los ejércitos imperiales , y fueron por fin extranjeros en su patria.

Uno de los deseos de Augusto consistió en el establecimiento de la unidad administrativa al mismo tiempo que la del poder: mandó hacer un censo de la poblacion y de las tierras con el objeto de fijar los impuestos que cada año eran mas exorbitantes: se establecieron sobre las tierras y sobre las personas : la cuota de las tierras se determinó cada quince años por un padron llamado indicacion ; y hubo además otras cuotas extraordinarias ó superindicciones que solo podia imponerlas el emperador. La de las personas solo tocaba á los hombres libres , pero la repartian los propietarios á los colonos ; y aumentó constantemente , subiendo al terminar el siglo tercero á cinco monedas de oro ó mil quinientos cuarenta y cuatro reales por cabeza. Ascendia en esta época el número de hombres libres á cerca de quinientos mil y á nueve ó diez millones la poblacion entera (2).

Enriquecíase además la renta imperial con las de las tierras confiscadas y comprendidas entre las posesiones del Estado, cuyos productos estaban principalmente destinados para la manu-

(1) De Bello Judaico, lib. II cap. 16.—(2) El territorio de los eduenses, que era el mas rico y poblado de la Galia contaba 25,000 hombres libres y de 5 á 600,000 habitantes. Los departamentos de la Costa de Oro y del Saoná y Loira, que casi comprendian igual territorio, tenian 900,000.

tencion de los ejércitos con los impuestos con que arbitraria é irregularmente se recargaban las mercancías, con los que gravitaban sobre los objetos de consumo y sobre las cosas mas mínimas, con la cuota sobre los legados y herencias; y por fin con los donativos gratuitos que se hacian á los emperadores en su advenimiento y que eran los mas insufribles (1).

Faltaba además de la unidad de administracion otra mas importante aun que era la de religion. Roma que habia dado en su capitolio dèrecho de ciudadanía á todos los dioses del mundo, no quiso admitir á los de los druidas, porque su culto misterioso, como símbolo de la nacionalidad gala, era incompatible con su dominacion política. Es cierto que los druidas habian representado gran papel en la guerra de la independenciam, pero con defecto de la influencia política, habian conservado toda su autoridad científica y moral. Augusto minó pues en secreto el druidismo con numerosas vejaciones y obstáculos: exigió el abandono de este culto por garantía de sus favores; y como tenian mucha semejanza en sus atributos los dioses helénicos y los galos, transformó á los unos en los otros. Se identificaron con tanta rapidez ambas religiones, y se erigieron tantos templos á los dioses vencedores, al mismo Augusto y á la ciudad de Roma como divinidades tutelares de la Galia, que el druidismo fué abandonado luego y quedó tan solo arraigado en las clases ínfimas, en especial los armoricanos, entre los cuales hicieron cortos progresos las influencias romanas y por quienes fué mirado como los sagrados restos de su independenciam.

No se llevaron á cabo cambios tan trascendentales sin vivas resistencias ni grandes sufrimientos; pero una vez conseguidos, fué para la Galia un beneficio su asimilacion á los romanos. A pesar de su despotismo y su centralizacion, la administracion imperial fué ilustrada, protectora, y causa de que progresara rápidamente la civilizacion intelectual y material del país. Acrecentóse la poblacion, enriqueciéronse las ciudades por las artes de lujo, prosperaron la agricultura y el comercio, y la Galia entera se pobló de escuelas, monumentos y caminos. Empero esta civilizacion no se esparcia en realidad mas que en las familias

(1) Gibbon, historia de la decadencia del imperio romano, tomo III.

ricas y poderosas, y puede muy bien afirmarse que no era ella mas que el traje romano que cubria el cuerpo de los galos. Adoptaban estas familias con entusiasmo las costumbres y las artes de Roma, y se hacian romanas de corazon y de espíritu, de hábitos y de nombre; pero la masa gala quedaba inculta, primitiva y original: se cuidaba muy poco del imperio donde no veía mas que soberanos, se aisló en su nulidad social y en su ignorancia; y esta es la razon de que hallemos aun en nuestros dias numerosas huellas célticas en la lengua y costumbres de Francia. Además repartióse muy desigualmente esta civilizacion en el norte y en el mediodía. Ocupada esta parte antes que las demás por los romanos, poblada de numerosas colonias, ilustrada constantemente por la vecindad de Roma, se penetró tan rápida y entusiastamente de las ideas y letras romanas, que aventajó á la misma Italia en civilizacion en el siglo IV, y conservó mas tiempo que el resto del mundo, hundido ya en la barbarie, sus vestigios (1). Alejado el norte de Roma no se pudo someter y organizar tan fácilmente y amenazado casi continuamente por los germanos, conservó por el contacto con los bárbaros, una fisonomía ruda y salvaje que solamente perdió con la regeneracion de la edad media.

§ II.—*La Galia bajo los sucesores de Augusto.*—Continuaron la obra de César Octavio sus sucesores, y el emperador Claudio que era hijo de Lion, puso toda su atencion en la Galia donde prohibió bajo la última pena, las ceremonias drúidicas, y desterró á los sacerdotes que hallaron un refugio en la Bretaña. Envió tambien sus legiones á esa isla para completar la sumision de los pueblos galos, y convirtió en provincia romana la parte meridional ó kimrica. Los galos conservaron su independencia en las montañas del norte, y bajo la denominacion de pictos y escotos se hicieron temer de los bretones y de las guarniciones romanas.

Conserváronse á pesar de la persecucion de Claudio los restos del druidismo en la Galia hasta el siglo IX; y las ideas maravillosas de su culto fueron objeto de los cuentos de hadas y las novelas de la edad media.

Y no terminó el emperador en su empresa hasta hacer una pe-

(1) «La Italia misma es acaso mas que una provincia?» dice Plinio.

tion que mereció la oposicion de los patricios que veian debilitada la patria romana al tomar tanta extension, en la que se declaraba á todos los galos aptos para ejercer las funciones públicas y para entrar en el senado (48). Fué entonces la Galia definitivamente romana, é iniciada en los destinos de Roma, tuvo sábios, generales y emperadores, y empezó á tener influencia por su posicion geográfica sobre el resto de Europa. Pero nada hizo para sí ni por sí sola, pues como miembro del coloso romano, toda su existencia y su historia es la del imperio.

Dió la Galia solamente una vez pruebas de que tenia recuerdos de independenciam, y fué cuando un bátavo llamado Civilis quiso crear un imperio galo (69). Decia que las provincias habian sido vencidas por sí mismas, que la Galia no habia sucumbido mas que bajo sus propias fuerzas, y que no formaba mas que un solo cuerpo. Que podia resignarse á servir el Oriente acostumbrado á tener reyes, pero que habia aun galos que habian nacido antes del despotismo romano (1).

Todo el norte y el oriente se sublevaron á este llamamiento: volvieron á aparecer los druidas diciendo que habia llegado la hora en que el imperio de las cosas humanas debia pasar á las naciones transalpinas (2): soñóse en la independenciam, en la vuelta de las antiguas confederaciones y el antiguo culto, y se proclamó un *imperio galo* al que se vieron obligados á prestar juramento las legiones acantonadas en la Galia. Pero bien pronto se introdujo la discordia en las provincias, donde la administracion romana alimentaba cuidadosamente las rivalidades; y Roma envió un ejército mandado por Cerialis para apaciguar esta amenazadora rebelion. Tranquilas habian permanecido las provincias de oriente, las de occidente se rindieron fácilmente, y solo ofrecieron resistencia las septentrionales. Convocó Cerialis una grande asamblea, en la que dijo á los galos «que el bátavo Civilis no era mas que un nuevo Ariovisto, y que buscaban su perdicion deseando una Galia imposible. Ocho siglos de una suerte y disciplina constantes han sido necesarios para levantar el coloso romano, y no puede destruirse sin la ruina de sus destructores.—Que desaparezcan los romanos de la tierra, y vereis una guerra universal apoderarse de las naciones. Ellos son el lazo del

(1) Tacito, lib. IV.—(2) Id. id.

mundo.—No vinieron al Rhin para proteger la Italia, sino para libertar y defender á la Galia de las invasiones germánicas.—¿Y de qué os quejais? ¿No es todo comun entre vosotros y ellos? ¿Gozan acaso algun privilegio, alguna exclusion? Nó; vosotros mandais las provincias, los ejércitos y el senado..... Amad pues á esa Roma que protege lo mismo á los vencidos que á los vencedores (1).»

Tan notables palabras fueron apoyadas por numerosas victorias y volvió la Galia á someterse. No era llegado aun el dia en que debia disolverse la unidad romana, y para volver á ganar su independendencia, tenian los pueblos que ser empapados en ideas nuevas y existir nuevos hombres.

Estas ideas y estos hombres se adelantaban silenciosamente y preparaban contra Roma sus armas.

§. III.—*Cuadro de la sociedad romana.—Principio del cristianismo.*—El politeismo, que entre los romanos era contado como instrumento de gobierno, siguió el destino de sus instituciones políticas. Vanamente conjuraba el poder público á la incredulidad con religiosas pompas, en vano sus sacerdotes amontonaban dioses en el capitolio y poblaban el cielo desnudo y desierto con los mónstruos que gobernaban á Roma; abandonada estaba ya la antigua religion, y sus dioses merecian la mofa públicamente en la escena, en la tribuna y en los libros (2). La elegancia del culto griego fué substituida por las monstruosidades del culto egipcio, y solo por medio de bufonadas salvajes é impúdicas, de ritos sangrientos y grotescos, se quiso reanimar la incredulidad. Desencadenáronse sobre este pueblo todas las imposturas y supersticiones, y despues de haber abandonado los dioses, se consultaron los hechiceros, se desenterraron los muertos y se degollaron los niños para leer el porvenir en sus entrañas.

El universo entero parecia herido del delirio: segun dice Plutarco, hombres de todas edades y condiciones poseidos de una frenética desesperacion, desgarraban sus vestiduras y se revolcaban por el fango gritando que estaban maldecidos por los dioses (3). La filosoffa griega se habia apoderado del mundo romano; pero habian sido desnaturalizadas las progresivas doctrinas

(1) Tito, lib. VI.—(2) Véase Diálogo de Luciano y Ciceron, de natura Deorum.

(3) Plutarco de Superstit. lib. III. Juvenal, sat. VI.

de Platon y de Aristóteles por el estoicismo y el epicurismo; filosofías antisociales que Roma exajeró para precipitar su ruina. El estoicismo, como moral de solitario y de esclavo que reprobaba la naturaleza, extinguía las pasiones y convertía al hombre en un ser apático, inmóvil y egoísta; tenía pocos prosélitos por su desdeñosa dignidad y su rigorismo exclusivo: y dió pruebas de su impotencia social cuando, llegando hasta el trono con los Antoninos, quedó insensible y ciego ante los males de la humanidad.

La doctrina de Epicuro, empero, formando del placer el objeto principal de la vida, lo útil como base del derecho, y acabando por el materialismo mas grosero y el mas completo egoísmo, invadió todas las clases de la sociedad; y Lucrecio le dedicaba el encanto de sus hermosos versos «para librar á las almas de las cadenas de la religion (1).» La misma Roma que había visto como el César declaraba que todo acababa con la muerte (2) aplaudía frenéticamente en el teatro al oír estas palabras: «Después de la muerte no hay nada: la misma muerte no es nada (3).»

El pueblo vivía en el materialismo del presente y sin creencias de ningun porvenir: amaba tanto mas á los soberanos que le daban, cuanto mas crueles y déspotas eran; y privado del derecho de eleccion, despreciando la industria y viviendo cubierto de andrajos en las plazas públicas (4), pedía á sus tiranos favoritos espectáculos y suplicios. Neron y Calígula fieles á su mandato popular «amaban con furor todo lo que el pueblo amaba», contribuyendo á sus diversiones y placeres, no solo con su poder, sino con su misma persona, y obedecían y servían á esta majestad ociosa é impura los despojos del mundo, la sangre de los gladiadores y las cabezas de los patricios.

La sociedad romana ya no era mas que un cadáver que se iba convirtiendo en polvo.

La esclavitud con su cortejo de crueldades y corrupciones había destruido en ella la fuerza política, viciado la vida interior y secado los últimos elementos de conservacion. Nadie se casaba,

(1) Lucrecio lib. IV.—(2) Salustio guerra de Catilina.—(3) Séneca el Trágico.—(4) Del padron hecho por César resultaron 450,000 ciudadanos, de los cuales 320,000, casi todos de origen esclavo, eran absolutamente pobres y no dejaban de ejercer sus derechos políticos en un imperio de 120 millones de habitantes.

en vez de hijos no habia mas que libertos, se extinguian las razas, y no existia la familia. Roma descubria públicamente todas sus llagas; los combates del circo, la exposicion de los hijos, la prostitucion legal de las mujeres, la apoteosis de Antinoó, la arbitrariedad en los suplicios, la muerte prodigada como diversion y como espectáculo en los teatros y en los festines, y en fin aquella espantosa relajacion en la que la imaginacion delirante inventaba prodigios de vicio, y en la que no se respetaba ni el sexo, ni el parentesco, ni la humanidad. Era una orgía universal, en la que se apresuraban á gastar placeres y sufrimientos, riquezas y miserias; y al leer los pormenores de esta corrupcion en Tácito, Suetonio y Juvenal, se inclina uno á llamar con todo afan á los terribles destructores de este pueblo maldito, y se bendice con entusiasmo la sangre que vertieron los héroes de Cristo para lavar esa infame cloaca de la sociedad romana.

Pero sin que el mundo lo advirtiera le agitaba el instinto del cristianismo: dos siglos hacia que los misterios de los templos de Egipto, de Grecia y hasta de Galia iniciaban en el sagrado é incomunicable dogma de la unidad de Dios á un pequeño número de elejidos: buscaban algunas elevadas inteligencias la solucion de los problemas de la humanidad en la filosofia de Platon; y la escuela de Alejandria, que quiso ser despues la rival del cristianismo, se precipitó en las locuras del misticismo, desesperando de su causa. Habia quien deseaba restaurar el culto antiguo introduciendo la unidad y la moral, y no se lograba mas que trastornarlo y hacerlo mas desconocido. A atormentado Séneca por un presentimiento cristiano, invocaba los derechos de la humanidad en favor de los esclavos: divinizaba la virtud y predicaba la inmortalidad del alma (1). Salia entonces de la Armenia y esparcía por todas partes la filosofia oriental con sus doctrinas sobre el origen del bien y el mal y su ardiente y místico espiritualismo; y «las desgracias de la guerra, el cautiverio y el comercio habian causado el principio de la dispersion de los judfos, y arrojado las páginas de sus sagrados libros por todo el universo (2).» La especie humana estaba devorada por una sed de creencias: pedia luz, aspiraba á la verdad, entreveia que exis-

(1) Séneca, *de Benefic.* cap. 23, 29, 30.—(2) Villemain, *Misceláneas literarias.*

tia alguna cosa mas allá de aquel abismo donde se ahogaba: llamaba con todas sus fuerzas á la puerta del porvenir; y volvía á caer impotente y desesperada.

De pronto hé aquí que parten de la Judea «para ir á instruir á todas las naciones» doce hombres pobres é ignorantes: proclaman el amor de Dios y de los hombres, y arrojan en medio del mundo clasificado por medio de la espada y basado sobre la esclavitud, el dogma de la paz y de la fraternidad universal. «Dios ha hecho, dicen ellos, de un solo hombre el género humano y todos somos hijos é imágenes de Dios (1).»

¡Era la *buena nueva* tanto tiempo esperada! tenían ya por fin dioses la pobreza, la debilidad y el sufrimiento! La fe, el amor y la libertad, estas virtudes apenas previstas por el mundo antiguo, se aparecian al hombre para regenerar sus sentimientos y sus ideas, para cambiar su corazon y su razon, y para darle otra vida. Una religion plebeya, de sentimiento, de abnegacion y de espíritu ocupaba el lugar de la idolatría de los patricios, que divinizaba la forma, el egoismo y los sentidos. El tipo de la religion griega era el placer, era Venus saliendo del seno de las aguas; el símbolo del cristianismo era el dolor, era Jesus muriendo en una cruz.

Rapidísimos fueron los principios de la nueva religion á favor de la reunion de todos los pueblos en un solo imperio: «la ciudad reina, dice san Agustin, se encargó de imponer á las naciones, no solo su yugo sino su lengua, para que fuesen numerosos los intérpretes del Evangelio (2)». Predicábase casi al mismo tiempo en Jerusalem y en Roma: la Grecia y el Asia la adoptaban sin resistencia; y aunque la Galia no la disfrutó hasta el segundo siglo, fué su fe ardiente y enérgica (3).

No era el cristianismo una reforma científica y especulativa que debiera reformarse en una escuela ó en un templo, sino una reforma moral práctica, universal y que tenia un carácter eminentemente humano y social: y por esta razon los primeros que la abrazaron fueron los pobres, los ignorantes, los esclavos y las

(1) Actas de los Apóstoles, cap. 17.—(2) De civitat. Dei, lib. XIX, cap. 7.—(3) Los primeros mártires y doctores de la Galia se hallan en Lion, en el año 177 bajo el reinado de Marco-Aurelio. El primer doctor es el obispo san Ireneo, discípulo de san Policarpo: el primer mártir una mujer esclava, santa Blandina.

mujeres, y despues de ellos todas las inteligencias ardientes que se hallaban dispuestas á adoptarla por las doctrinas de Platon, y tenian grande deseo de creencias.

Apoderóse la religion de toda la vida del hombre. La inició en la sociedad cristiana por medio del bautismo, y santificó todos los actos de su vida civil con los otros sacramentos. «Perfeccionáronse todos los estados de la vida humana bajo el fundamento de la caridad, fuente de la religion, alma de las virtudes y apoyo de la ley.» La mujer, emancipada por Jesucristo en la persona de su madre, halló una existencia nueva, libre é independiente en el celibato, y la vírgen cristiana fué un ser superior y respetado. El matrimonio desde entonces, santificado y fortalecido, se convirtió en una alianza entre iguales, «y esta santa union solo terminaba con la muerte.» Aprendieron los superiores que estaban al servicio de los demás y que debian dedicarse á hacer su bien, y los inferiores reconocieron el mandato de Dios en las potencias lejítimas, aunque hiciesen abuso de su autoridad (1).

De este modo se estableció en una sociedad civil ya decrépita, una sociedad religiosa, llena de vigor y juventud; de este modo se formó en medio de un mundo corrompido de señores y de esclavos, un pueblo *casto* y libre, lleno de porvenir sobre la tierra, porque su religion, enseñándole á despreciar «este valle de lágrimas,» le enseñaba tambien sus deberes. Dios haciéndose hombre, habia dado á la humanidad un precio infinito.

San Pablo dió la primera organizacion al pueblo cristiano, para el cual en su principio todo era libre y espontáneo. Gobernado en un principio por la reunion de todos los fieles, se compuso de un gran número de comunidades ó *iglesias* iguales é independientes, y que tenian por jefes á los ancianos ó *sacerdotes* instituidos por los Apóstoles ó elegidos por sus hermanos. Reinaba una perfecta igualdad entre los miembros de estas iglesias, entre el señor y el esclavo, entre el romano y el bárbaro, entre el marido y la mujer, y entre el padre y el hijo: todos se amaban y ponian en comun sus bienes, su crédito y su talento: todos, sin distincion de nacimiento, de rango y de fortuna, eran admitidos al gobierno de la comunidad, y solo la santidad daba derecho

(1) Bossuet, discurso sobre la Historia universal.

para mandar: llevaban una vida sencilla, casta y sóbria, huían de los juegos del circo, obedecían las leyes, pagaban los tributos; y tenían sus reuniones en las cabañas aisladas, en los cementerios y en los subterráneos (1).

Era preciso conservar la unidad, ya en la doctrina, ya en el gobierno entre todas aquellas pequeñas sociedades, en donde el objeto de ellas enjendraba las elecciones ó herejías, y cuya marcha particular podía poner trabas al gobierno general. Hicieron entonces mas frecuentes las relaciones entre las diferentes iglesias, y dieron lugar á una especie de asambleas representativas, llamadas *sinodos* ó *concilios*, en las que se discutían el dogma, la disciplina y los intereses de la iglesia universal, cuyas decisiones tuvieron fuerza de ley entre los fieles. Los jefes de las comunidades cristianas eran ordinariamente los diputados de estas asambleas, y engrandeciéndose con este motivo la desigualdad social entre los sacerdotes y los fieles. El clero se convirtió en un cuerpo distinto y permanente, que tendía á organizar y á concentrar en sí el gobierno de la Iglesia; y el sacerdocio no era una función civil como entre los paganos, sino que hubo entre sus miembros relaciones de disciplina que enjendraron la jerarquía eclesiástica. Los jefes de las iglesias de las grandes ciudades gozaban de una especie de superioridad sobre las de las ciudades pequeñas, en especial cuando habían sido ordenados por los Apóstoles. Este fué el origen de los *obispos* (vijilantes), encargados de inspeccionar las pequeñas comunidades cercanas de la ciudad, de las cuales eran jefes religiosos. Escogíanse estos dignatarios, lo mismo entre los ignorantes y pobres, que entre los sábios y ricos: era una pesada tarea que se evitaba con todo empeño, y que por lo regular conducía al suplicio; y segun Orígenes «no se alcanzaba con ella el mando, sino el servicio de toda la Iglesia.»

Los obispos de Jerusalen, de Alejandría y de Roma, ciudades consideradas como las capitales de la cristiandad, lograron desde el principio una grande influencia y una especie de supremacía sobre toda la Iglesia, y en especial los obispos de Roma, como sucesores del jefe de los Apóstoles. Por otra parte Roma, como

(1) Véase la apología de Tertuliano, y á Orígenes *contra Celso*.—Fleuri, *Historia eclesiástica*, t. I.

centro de gobierno civil y alma del cuerpo romano, no tenía igual, y los obispos de esta ciudad heredaron la mágica de su nombre. Alcanzaron pues no solamente deferencia, sino sumisión: se les tomó como árbitros en las diferencias que sobrevinían entre los fieles ó en las cuestiones de creencia; y de este modo adquirieron una preeminencia moral no disputada, que parecía hacer de ellos los jefes de la Iglesia universal. Esta preeminencia, empero, no desmembró la soberanía de los concilios en materia de fe, ni la independencia de los demás obispos en el gobierno de sus iglesias; y por otra parte, no tenía ninguna base política, porque no tenían los pontífices de Roma, lo mismo que los demás obispos, ningún poder temporal. Vióseles empero tomar la idea gigantesca de continuar la dominación de Roma sobre el mundo, no por la fuerza sino por la fe, y hacer suceder un imperio cristiano al imperio romano.

El objeto inmediato del cristianismo era la purificación interior del hombre individual, logrando por consecuencia necesaria el mejoramiento del hombre social: á la revolución moral debía seguir inevitablemente la política, y de la libertad espiritual de los individuos debía derivarse el establecimiento material de la libertad de los pueblos. No dejó por eso de hallar oposición de parte del poder imperial una sociedad que, como la cristiana, hacía bambolear con su moral y sus sacramentos la ley y la sociedad civiles. Mecenas aconsejaba á Octavio que aborreciese y castigase á los factores de religiones extranjeras, por cuanto los que introducían dioses nuevos inducían á seguir leyes extranjeras, y originaban uniones juramentadas y asociaciones, cosas todas peligrosas para una monarquía (1). Roma además contaba al dios de los judíos entre los dioses que había vencido, y querer hacerle reinar, era trastornar los fundamentos del imperio romano, era olvidar las victorias y el poder del pueblo romano (2).

Los emperadores persiguieron por esto á los cristianos como á enemigos de los dioses, enemigos de los intereses romanos, y dignos, dice Tácito, del odio del género humano. Se les miraba como locos y furibundos, se les acusaba de todos los crímenes,

(1) Dion Casio, lib. XLII cap. 36.—(2) Bossuet, Historia universal, pág. 320.

y se les atribuían todas las calamidades del imperio. Desnaturalizábanse sus doctrinas, las cuales se entregaban al ridículo y al desprecio: se pedía toda clase de suplicios para estos innovadores «que excitaban á la revolución, decía Celso, á las mujeres y á los niños;» y sus adversarios tenían como locura ó crímenes sus mas elevadas virtudes. «Es inaudito, escribía Luciano, el amor de estos hombres para con sus hermanos: si alguno de ellos cae en la desgracia, no perdonan nada; y como estos miserables creen que vivirán despues de este mundo, desprecian la muerte, y muchos van voluntariamente al suplicio (1).» No fué mas perspicaz la filosofía cuando subió al trono con Marco Aurelio; este discípulo de Epicteto, que buscaba la verdad con tan buena fe, y tenía un sentimiento tan delicado de sus deberes, tuvo la desgracia de no reconocer unos hermanos en los cristianos oscuros que despreciaba por orgullo filosófico, y que perseguía por preocupacion política. Pero no pudieron detener la propagacion del Evangelio todos estos ultrajes, odios y suplicios: los cristianos lo sufrieron todo sin quejarse ni sublevarse: defendiéronse tan solo con sus virtudes, sus escritos, y su constancia en morir por la verdad: se creyó muy bueno el matarlos: ganábase siempre el número de los que sufrían, y por último resultado siempre quedaba la victoria por la religion del sufrimiento. «Nos multiplicamos, decía Tertuliano á los emperadores, á medida que nos segais, pues los cristianos nacen de la sangre de los mártires. Somos de ayer y llenamos ya todo lo que es vuestro, las ciudades, los campos, los palacios, el senado y el foro. No os dejamos mas que vuestros templos.» Y Plinio justificaba estas palabras al escribir á Trajano las siguientes: «Esta supersticion no solo ha infestado las ciudades, sino tambien las campiñas: los templos están casi abandonados, interrumpidos los solemnes sacrificios, y no hallan compradores las víctimas... (2)» Apenas hacia un siglo que habia nacido Jesucristo. ¡Acababa de morir el apóstol san Juan!

El cristianismo no era el enemigo social que minaba la sociedad romana: pronto iba á combatirla el enemigo material.

§. IV.—*Primeras invasiones de los bárbaros.*—*Pueblos de raza*

(1) Luciano, in peregrino.—Historia eclesiástica de Fleuri.—(2) Plinio, lib. X cap. 97. Eusebio, lib. III cap. 33.

germánica.—Roma se había fijado como límites de su imperio el Rhin y el Eufrates; y si continuaba peleando con los germanos por un lado, y con los partos por el otro, mas era para que la respetasen, que para conquistarlos. Así que cesó de detener el torrente de los bárbaros, volvió á emprender su marcha natural hácia los países ricos y civilizados, y bien pronto se rompió la valla. Pero Roma que no veía en las fronteras mas que su seguridad y el temor de sus enemigos, creyó que nada debía temer, y apesar de eso, en aquellos desiertos es donde el Todopoderoso juntó el ejército de las naciones. Mas de cuatrocientos años son necesarios para reunir este innumerable ejército, aunque compuesto de bárbaros que van impelidos como las aguas del mar á precipitarse impetuosamente. Un milagroso instinto les conduce: les faltan guias, y las bestias de los bosques les sirven de alimento. Han oido una voz que los llamaba desde el septentrion al mediodía, y desde el ocaso á la aurora. ¿Quiénes son? Solo Dios sabe sus nombres. Tan desconocidos como los desiertos de donde salen, no saben de donde vienen ni á donde van. Marchan hácia el Capitolio, y han sido llamados, segun dicen, á la destruccion del imperio romano como para un festin (1).

Ya hemos visto como despues que los pueblos célticos se establecieron en el mediodía de Europa para formar las principales naciones de la antigüedad, la raza germánica habia hecho numerosos esfuerzos para penetrar en las comarcas meridionales. Sabemos que los kimris invadieron la Galia en el siglo séptimo antes de J. C., que nuevamente la invadieron con los teutones en tiempo de Mario, y que tuvieron guerras perpétuas con los romanos, etc. Todo esto no servia mas que para acercar al Rhin y al Danubio á la raza que debia dar principio á las naciones modernas. Habia llegado su tiempo. Ocupaba entonces la Escandinavia, las costas del Báltico, los países situados entre el Vístula, el Rhin y el Danubio, y se componia de una infinidad de naciones que estaban entre sí en continúa fluctuacion, y que no tenian ni existencia ni límites bien determinados. Los germanos, que eran completamente salvajes, amaban la vida nómada y guerrera, aborrecian la permanencia en las ciudades, y conocian los

(1) Chateaubriand, Estudios históricos, t. I, p. 15.

metales, la agricultura y el comercio. Tenian algunas de sus tribus «reyes que elegian entre sus nobles, y jefes de guerra que eran elegidos por su valor,» pero la mayor parte estaban gobernados por asambleas de hombres libres (1). Orgullosos con su independencia individual, prestaban una obediencia y adhesion sin límites al jefe que habian escogido, y formaban en torno suyo numerosas cuadrillas que partian á aventuradas expediciones. Consistia su religion en la vagorosa y guerrera mitología del Asia, en la que estaban groseramente alegorizadas las fuerzas de la naturaleza, ú Odin, el dios supremo que no abria su paraíso mas que á los que morian por el hierro. Dice Tácito «que sus esclavos no dependian del servicio doméstico del mismo modo que los otros; que cada uno de ellos tenia su familia y su casa; que el señor le imponia un tributo de grano ó vestidos; y que á esto se reducía su esclavitud.» Respetaban á las mujeres, en las que reconocian alguna cosa divina (2), y á pesar de que las compraban, se contentaban con una sola esposa, de la que hacian una compañera para vivir y morir (3). El amor á la familia era su sentimiento mas poderoso, y apesar de sus costumbres groseras, rapaces y feroces, habia en ellos un fondo de moralidad, de sencillez y de energía que los hacia aptos para recibir la doctrina evangélica.

Los principales pueblos de esta raza eran:

- 1.º Los *godos*, subdivididos en *ostrogodos*, *visigodos* y *gépidos*. Habitaron en un principio la Escandinavia; pero despues de numerosos rodeos, acabaron por establecerse en el siglo III entre el Boristenes, el Tanais y el Ponto Euxino.
- 2.º Los *vándalos*, subdivididos en *vándalos burgundos* ó *borgoñones*, *hércilos* y *longobardos* ó *lombardos*. Habitaban entre el Elba, el Vístula y el mar Báltico.
- 3.º Los *sajones* y los *anglos*, confederacion de tribus distintas; vivian en el Chersoneso Címbrico.
- 4.º Los *alemanes* y los *suecos*, confederacion de distintas tribus y que habitaban entre el Mein, el Rhin y el Danubio.
- 5.º Los *francos*, confederacion de pueblos antiguamente distintos y cuyos principales eran; los *saliskos* ó *salienses*, ha-

(1) Tácito, costumbres de los germanos, 48.—(2) Tácito ibid.—(3) Tácito ibid.

bitantes de las orillas del Issel; los *ripentarios* ó *ripuarios*, que vivían en las orillas del Rhin, y los *sicambros*, que habitaban entre el Sieg y el Róer mezclados siempre con los salientes. Confinaban con las confederaciones rivales de los sajones y alemanes, pero variaban continuamente los límites de su territorio; y tribus enteras de grado ó por fuerza pasaban alternativamente de una confederacion á otra. Algunos hasta llegaron á asalariarse con los romanos, y formaron contra los demás bárbaros una frontera trasriniana. Los francos estaban destinados á ser los representantes de toda la raza germánica, y era el pueblo que debía constituir la sociedad moderna sobre los restos de lo pasado.

Veremos á todos estos pueblos atravesar el territorio de la Galia y talarlo dejando en él colonias. Tres fueron solamente las que establecieron allí su permanencia, y han sido posteriormente, al mezclarse con los galos, los principales elementos de la nacion moderna. Estos son los visigodos que dieron su nombre á la *Guiena* (Gotiana), los burgundos á la *Borgoña* y los francos á la *Francia*. Los vándalos dejaron su nombre á la Andalucía, los longobardos á la Lombardía, los anglos á la Inglaterra, y los sajones, suevos y alemanes, á la Sajonia, Suavia y Alemania.

No era sola la raza germánica la que estaba llamada para la destruccion del imperio romano: empujábale por detrás la raza eslava que, aprovechándose de los movimientos que habia hecho la primera, le habia reemplazado en todo el norte de Europa desde el Vístula al Borístenes. Y por fin la raza eslava era impelida por la raza amarilla, la raza tártara que venia de las orillas del Caspio con el nombre de hunos, alanos, ábaros, búlgaros, etc. Uno de los pueblos de la raza tártara estaba mezclado con la eslava y la dominaba. Eran los *sármatas*.

De modo que mientras la raza germánica apoyaba su ala derecha en el mar Báltico y su izquierda en el mar Negro, y tenía al frente el Rhin y el Danubio, la raza eslava ocupaba el centro posterior. Los tártaros, que debían dar empuje á estas dos razas, «solo estaban separados por un lado de los godos por la laguna Meótida, y alcanzaban por el otro á los persas, á los que casi habian sujetado. Estos últimos continuaban la cadena con

[los árabes ó sarracenos en el Asia; estos se daban la mano por el África con las tribus errantes de Bara y de Sahara, y estos últimos con los moros del Atlas, acabando de encarcelar con un círculo de pueblos vengadores á los dioses que habian invadido el cielo, y á los romanos que habian oprimido la tierra (1).»

§. V.—*Continuacion de la historia de la Galia desde el emperador Justiniano hasta Constantino.*—Á la mitad del siglo III acumuláronse los bárbaros en todas las fronteras; «y parecia que el rumor de los pasos y los gritos de esta muchedumbre hacian estremecer al Capitolio (2).

Pasan los galos el Danubio y devastan la Tracia, derrotan y matan al emperador Decio que se habia señalado con su odio contra los cristianos, llevan la devastacion al Asia Menor y á la Grecia; y mientras se apoderan los godos de Atenas, penetran casi hasta las puertas de Roma los alemanes, y se arrojan los francos sobre la Galia, la España y el África. Treinta generales ó tiranos, algunos de ellos galos, se disputan por fin la púrpura romana; quiere separase la Galia del imperio, y se conserva la unidad á fuerza de sangre y ruinas. Durante aquellos desastres la fe cristiana, tan largo tiempo estéril en esta comarca, se propaga en ella con rapidez, y se ven comenzar las iglesias de Tours, Clermont, Narbona, Arles, París, Tolosa, etc.

Salvaron al imperio Claudio y Aurelio. Probo acabó la obra de estos emperadores arrojando allende el Rhin á las hordas germánicas, que permanecieron en reposo durante cien años. Quiso este que sirvieran de defensa al pueblo romano, pues la cobardía de los ciudadanos, y la despoblacion de las provincias hacian cada dia mas difícil el reclutar las legiones, é impuso con este objeto á los germanos vencidos el tributo de darle diez y seis mil soldados anuales, y entregó las fronteras devastadas á algunas de sus colonias. Apesar de todos estos cuidados no avanzó la prosperidad del imperio: comenzó á disminuir la civilizacion al mismo tiempo que su poblacion, murió la industria con la destruccion de los esclavos, los objetos de consumo llegaron á una carestía exorbitante, no se renovó la riqueza, y el despotismo imperial se hizo mas opresivo y menos fuerte, mas exi-

(1) Chateaubriand, estudios históricos, tomo I. pág. 17.—(2) Chateaubriand, *ibid.*

gente y menos protector. Solo el sistema municipal conservó su vigor; y habiendo sido concedido á todo el imperio el derecho de ciudadano romano por una combinacion financiera de Caracalla, acabó de extinguirse. Los cargos curiales fueron entonces mas importantes y estudiados, y los senados municipales se vieron en posesion de toda la administracion de las ciudades.

Continúa la decadencia bajo el reinado de los sucesores de Probo, y parece ya imposible que baste un solo hombre para defender todas las fronteras. Entonces Diocleciano divide en cuatro trozos la púrpura imperial (284). Lo hacia mas por el interés de su poder que por el del imperio: como la libertad habia pasado del foro á los campamentos, salian de ellos todas las revoluciones; y los emperadores ya no temian al pueblo que tranquilo y asegurado en su bajeza disfrutaba de los frutos de su tiranía, sino á los soldados que habian heredado todos los derechos de eleccion. Esperaba Diocleciano que mandando á los cuatro ejércitos principales hombres que tuvieran intereses comunes, balancearian mútuamente su influencia y dejarian asegurados el poder y la vida del César. Era destruir la obra de diez siglos, y la fortuna, el lazo y la garantía del imperio. Dividido el mundo romano entre cuatro soberanos, no fué mas que un agregado de pueblos diferentes y enemigos. Dejó Roma de ser «la patria comun de todas las naciones», el corazon y el centro del imperio, y hasta la residencia de los emperadores. Diocleciano trasladó su corte á Nicomedia, y acabó de trastornar la constitucion romana despojando al senado, que era la imágen augusta del antiguo gobierno y de los últimos restos de su poder. Emanaron entonces las leyes directamente del emperador, que ya no fué el general sino el soberano de la república. Despreció Diocleciano los títulos de cónsul, censor y tribuno, y añadió al de emperador, que tomó un nuevo sentido, el título de señor: usurpó las atribuciones de la divinidad; se atrevió á ceñir diadema: imitó el fausto y la etiqueta de los monarcas del Oriente, y como lo habia previsto el déspota, expiró el reinado de las legiones; pero al mismo tiempo comenzó el poder de los criados de palacio y de los eunucos, y las revoluciones y guerras nacieron desde entonces, nó ya en las tiendas pretorianas, sino en el hogar im-

perial. El despotismo, fijado antes en los hombres, pasó á las instituciones: el imperio fué mas una propiedad que una magistratura, y la *cosa pública* se convirtió en *cosa privada*. El nombre de *súbditos* (*subjecti*) pasó de los pueblos vencidos al pueblo vencedor: la fidelidad al príncipe fué sustituida con el amor al país, y el honor fué entonces la adhesion á su persona: se convirtieron en dignidades las funciones domésticas: las adoraciones y el servilismo del Asia sucedieron á las costumbres libres de Europa: reemplazó al patriciado una nobleza titulada: los grandes y sencillos nombres de la antigua Roma se *proscribieron* con los de *duques, condes, clarísimos, nobilísimos, serenísimos y sublimes*; y se acabó con las blasfemias de *vuestra divinidad y vuestra eternidad*, que se daban al emperador.

Estos cambios en la constitucion del Estado acarrearón los de la administracion. Diocleciano hizo una nueva division de las provincias y de todas las partes del servicio público, y multiplicó hasta el infinito los funcionarios y empleados para buscar y regularizar los recursos del imperio agotado. Esto fué una nueva calamidad: un ejército de colectores de impuestos cayó de golpe sobre las provincias, y se trabó una espantosa lucha entre los funcionarios y los contribuyentes, lucha que apenas tuvo un momento de plazo y que fué una de las causas mas activas de la ruina del imperio. «Todas estas gentes, dice Lactancio, no entienden mas que condenas, destierros, perpétuas exacciones, é insufribles ultrajes.—Se miden los campos por surcos, se cuentan los árboles y los piés de cepas, se apuntan los animales, se registran los hombres, y no se oyen mas que los látigos y los gritos del tormento.» Insurreccionáronse los colonos y siervos de la Galia bajo el nombre de *bagaudos*, é hicieron la última oposicion á la conquista romana con una guerra sangrienta que renovó muchas veces.

Mientras creía Diocleciano asegurar la defensa del imperio contra los bárbaros destruyendo su unidad, ensayaba la consolidacion del orden social condenando al cristianismo á una sangrientísima y universal proscripcion (303); pero tan impotentes fueron sus esfuerzos contra los cristianos como contra los bárbaros. Habia llegado ya la hora del triunfo de los oprimidos,

y el patíbulo de los esclavos iba á reemplazar al águila de los césares.

Abdica Diocleciano. Le suceden Galerio y Constancio, y este gobierna la Galla y se muestra favorable á los cristianos. Es elegido despues de él por las legiones del Rhin su hijo Constantino, que era jóven, ambicioso y lleno de porvenir. Tiende por el mundo una mirada, y ve que su fortuna y su gloria estriba en la «locura de la cruz» que es ya la locura de la mitad del imperio. «Arrebatado por la inspiracion de la divinidad y la grandeza de su genio» toma por bandera la cruz, y seguro de «vencer con este signo» disputa el imperio á seis rivales. Se da una batalla en Roma entre Constantino, protector del cristianismo, y Majencio, defensor del antiguo órden social. Era un espectáculo solemne ver al mundo decrepito y al mundo naciente frente á frente delante del Capitolio. Constantino es vencedor, y el cristianismo entra con él en triunfo en la ciudad Eterna (312).

Doce años despues se vé libre Constantino de su último rival: el imperio no tiene mas que un soberano; y es general la paz. Ábrese entonces el concilio universal de Nicea bajo la presidencia del emperador. Era la primera grande asamblea de los cristianos. En ella se proclamó el símbolo de sus creencias, y se declaró definitivamente constituido el cristianismo (325).

CAPÍTULO II.

Triunfo del cristianismo é invasion de los bárbaros (312—406.)

§. I.—*Constantino cambia la religion, la constitucion y la capital del imperio.*—Con los ensayos de Diocleciano, conoció Constantino que era ya imposible la unidad del imperio fundada solamente en la de la administracion: quiso sustituirle la unidad religiosa, y retener á los pueblos bajo su poder por el lazo de una misma fe. Veía que el imperio necesitaba una nueva constitucion que estuviera en armonía con las nuevas costumbres de la sociedad romana, y quiso crear una monarquía regular y de derecho divino. Sabía que Roma solo por su nombre se acordaba de su antigua libertad y de sus antiguos dioses, y quiso

fundar otra Roma que representara las nuevas ideas y el nuevo imperio. De modo que el cambio de religion, de constitucion y de capital, fué la triple revolucion por la que salió de su inmovilidad el mundo romano, y que no hizo más que apresurar su ruina, en vez de consolidarlo.

§. II.—*Cambio de religion.—Poder de la Iglesia.—Herejía de Arrio.*—El emperador era cristiano; pero las leyes, la administracion, las costumbres, las letras y la filosofia eran enteramente paganas en la sociedad civil, y oponian una viva resistencia á la nueva sociedad religiosa que se mostraba con claridad. La Iglesia tenia necesidad de proteccion, y se cubrió con la púrpura imperial. Tomó las formas, los medios y la fuerza del gobierno civil, y mostróse sumisa y reconocida al poder que la habia librado de la persecucion. Intervino pues el emperador en todos sus asuntos: presidió los concilios; interpuso su autoridad en las cuestiones de fe, y pareció que hacia coexistir la Iglesia en el Estado. Introdujo al mismo tiempo á los obispos en sus consejos, les confió las funciones políticas, les concedió el derecho de juzgar sin apelacion, y mandó que se encargasen de las causas civiles cuando una de las dos partes lo exigiese. Dejó á los fieles la facultad de legar sus bienes á las Iglesias, aun en perjuicio de sus familias, declaró exento al clero de todo servicio público, excepto del pago de impuestos; y gracias á estos favores, la nueva religion hizo rápidos progresos, no solamente entre los oprimidos y entusiastas, sino tambien entre los ambiciosos é indiferentes. Además el politeísmo mas era un culto de costumbre que de conviccion: no podia tener mártires; y no hubo sino filósofos y poetas que quisieran defender lo pasado, trabando con los sacerdotes una lucha nueva é interesante.

La Iglesia por mas que se esforzó mezclándose con la sociedad civil, adquiriendo la fuerza del gobierno imperial, y recibiendo de él favores políticos, temia estar en lucha por sus instituciones é ideas con la sociedad, y conocia que era mas exterior que real su dominacion y poder temporal. De modo que en el tribunal de la confesion eran mas respetados sus fallos que en los tribunales civiles, y recompensaba y castigaba por medio de la canonizacion y el anatema con mas eficacia que la mano

imperial. Sabia mejor que el cadalso excitar por medio de la penitencia pública el arrepentimiento del criminal y el terror del oyente; y era por fin por medio de los sacramentos mas soberana que la ley romana en los actos de la vida civil. Habíase refugiado en ella toda la libertad antigua: los nuevos tribunales eran los obispos elegidos libremente y por todos en las asambleas de los fieles: los concilios eran los nuevos comicios: en ellos se manifestaba el espíritu de oposicion al despotismo, y eran elaborados profundamente todos los problemas del pensamiento; y la tribuna estaba muda, pero hablaba la cátedra y jamás voz alguna fué tan elocuente. En fin la Iglesia se cubrió con el gran principio de la separacion de los poderes temporal y espiritual, desde el momento que vió que existia en el gobierno civil, amenazada de ser por él absorbida. Esto era proclamar la independencia del pensamiento, la libertad de conciencia, y la idea fecunda y sublime de que «la fuerza material no tiene derecho ni poder sobre los entendimientos, sino la conviccion y la verdad.»

Caminaba pues la sociedad cristiana á grandes pasos hácia el poder universal, y la unidad religiosa hubiera podido dar al mundo romano algunos siglos de existencia, si no hubieran venido las herejías á embarazar los progresos del cristianismo, y á acelerar la decadencia del imperio. El fundamento filosófico de la religion cristiana es la fe ó la abnegacion de la razon individual para someterse á la autoridad divina; pero como atosiga al espíritu humano un continuo deseo de discusion y de exámen, esta fué la razon porque desde que se proclamó la fe, se engendró la duda y la protesta, y nacieron las herejías. Aunque en los tiempos de la persecucion las herejías eran oscuras, escasas y débiles, se hicieron públicas, numerosas é invencibles despues de la victoria. Casi todas nacieron del espíritu sutil y de la imaginacion alegórica de los griegos: eran hijas de las antiguas escuelas filosóficas; pero deshonoraban su origen con un encadenamiento lamentable de locuras, crímenes y puerilidades. Menos sofisticado y mas frio el Occidente, padeció menos confusion que el Oriente: las rechazó como por instinto: aceptó con sencillez todas las decisiones de la Iglesia, que puso desde entonces en él su fuerza y su esperanza; y por él se ha conservado y fecundado la civilizacion cristiana.

La mas indómita y fuerte de las herejías fué la de Arrio, hija del platonismo, que ciertos sofistas querian introducir en la doctrina evangélica; y á la sombra de una oscurísima metafísica, quería destruir el misterio de la Trinidad, admitiendo que solo habia sido increado el Padre. Esto en realidad era negar la divinidad de Jesucristo, y una cuestion vital para el cristianismo, que resultaba ser una doctrina inventada y no revelada; era declarar que su fundamento era falible, que no era ley divina el Evangelio, y por fin era asegurar por consecuencia que podía algun dia un legislador mejor inspirado traer otra mas perfecta. Si hubiera triunfado el arrianismo, hubiese reducido al cristianismo á una secta platónica, mezquina, efímera y esclava del despotismo imperial, y hubiera hecho retroceder al género humano á los caminos del pasado. Pero, como mas metódico y mejor razonado que las demás herejías, causó una viva excitacion á las inteligencias que se habian dormido demasiado pronto en la fe; y obligó al catolicismo á trabajar mas profundamente en sus creencias y á enunciarlas mas explícitamente.

Protegida al principio y perseguida despues por los emperadores, la doctrina de Arrio tuvo sus obispos y concilios, y pareció destinada á dominar el imperio. El Oriente, siempre disputador y ligero, la adoptó con entusiasmo, y la rechazó el Occidente, en especial la Gallia, que se llenó contra ella de invencibles adversarios. Tendieron entonces los arrianos la mano á los bárbaros cercanos del imperio, convirtieron á los godos á sus dogmas, lo mismo que á borgoñones y vándalos, y arruinaron el porvenir de estos pueblos. Combatió la Iglesia á la herejía con una actividad y energía extremas, y era su cabeza Atanasio patriarca de Alejandria, genio profundo é intrépido que volvió á colocar sobre su base el edificio cristiano estremecido. Todo lo puso por obra para combatir los herejes, hasta la persecucion: desarrolló gloriosamente su doctrina en el concilio de Nicea, y salió victorioso de esta tempestad. Pero sostuvo doscientos años de combate el arrianismo, y le veremos aun mezclarse en todos los sucesos posteriores. Quedó definitivamente en el Oriente esta herejía, donde engendró numerosas sectas, y Mahoma llegó en el siglo séptimo para recoger y fecundar este gérmen [fatal. En fin, aun hoy existe el arrianismo.

§. III.—*Cambio de constitucion.—Nueva organizacion del imperio.*—Habíase presentado Constantino á los romanos tanto como protector del cristianismo como restaurador del imperio: y la unidad religiosa por él ensayada, no era mas que el restablecimiento y la consolidacion de la unidad política. Creia con razon que el bien del Estado no consistia en la resurreccion de las libertades inútiles, sino en la estabilidad hereditaria del poder imperial; pensaba que una monarquía regularmente despótica, ilustrada y fuerte, que pusiera un término al desórden de la hacienda y á la indisciplina de las legiones, aseguraria la tranquilidad y prosperidad interior, y garantizaria las fronteras contra los bárbaros. Reformó pues las rentas, puso término á las exacciones de los agentes fiscales, perdonó los impuestos atrasados y disminuyó el número de contribuyentes. Licenció los guardias pretorianas, y creó en vez del pretorio (especie de visir que hacia y deshacia emperadores) cuatro prefectos que no tuvieron mas que funciones civiles. Hizo por fin que las legiones dependiesen inmediatamente del poder imperial y estuviesen mas á su disposicion, haciéndolas venir de las fronteras y acuartelándolas en las ciudades. Todo esto era una continuacion de la obra de Diocleciano. Acabaron de caer entonces con el antiguo culto las antiguas instituciones: las formas mismas de la república, aunque solo existieran en el nombre, se abandonaron enteramente: el emperador se hizo al mismo tiempo la personificacion del Estado y el representante terrestre de la divinidad: y el imperio se convirtió en un dominio que repartió el soberano entre sus hijos.

— Por consecuencia de estos cambios, la organizacion administrativa recibió modificaciones, que unidas á las de los sucesores de Constantino, acabaron por dividir el imperio mas de lo que ya estaba. Habia cuatro prefecturas; dos en Orienté, y dos en Occidente. Las dos de Occidente eran las de las Galias y la de Italia; la de las Galias comprendia tres *vice-prefecturas*, que eran la de Galia, la de España y la de Bretaña. Al frente de cada prefectura habia un *prefecto de pretorio*, que no recibia órdenes ni era inferior sino del emperador, y que mandaba á los tres *vice-prefectos*. El prefecto de las Galias residia en Tréveris, y el vicepresidente en Arles. El mando militar de la prefectura estaba á cargo

de un maestro de milicias, que tenia bajo sus órdenes en las viceprefecturas á tres tenientes llamados *condes*. La viceprefectura de la Galia se dividia en diez y siete provincias, administradas cada una de ellas por gobernadores llamados *consulares* 6] *presidentes* y por último cada provincia se subdividia en ciudades gobernadas por *curias* (1).

Estaban encargados los gobernadores de provincia de la recaudacion de impuestos, de la administracion de justicia, de los dominios públicos y de los cargos imperiales. De este modo, á excepcion de la guerra, mandaban en todo lo demás á la sociedad. Ocupando la dignidad de prefecto, ó lo que es lo mismo la del emperador, y teniendo bajo sus órdenes una extensa cohorte de funcionarios exactamente subordinados los unos á los otros, el gobierno de las provincias era un despotismo puro, y la administracion general del imperio estaba entera y absolutamente centralizada en las manos imperiales.

§. IV.—*Cambio de capital.—Fundacion de Constantinopla.*—Con una religion y constitucion nuevas, hacia falta una nueva capital. Roma por solo su nombre recordaba el senado sábio y altivo, el pueblo potente y glorioso, y los dioses que le habian prometido y dado el imperio del mundo. Para destruir todo el pasado hubiera sido forzoso destruir completamente á Roma. Constantino prefirió crear otra Roma, que cristiana y monárquica como su imperio, fuese la expresion material de las nuevas ideas. Fundóse pues Constantinopla en la mas bella posicion del mundo, cerca de aquella Asia cuyos pueblos se humillaban tan fácilmente á los soberanos, y léjos de los germanos que empezaban á abrir brecha en las fronteras de la Galia. Este gran cambio debia prolongar la existencia de una parte del mundo por espacio de mil años; pero desde aquella fecha concluye realmente la historia de Roma y comienza la del Bajo Imperio.

§. V.—*Poblacion de la Galia en el siglo IV.*—Inútiles fueron los esfuerzos de Constantino y sus sucesores para hallar elementos de conservacion para el imperio: solo consideraban como causas materiales de su decadencia las légiones, las rentas y los bárba-

(1) Véase. *Cuadro de las divisiones políticas de la Galia en el siglo cuarto en la geografía física, histórica y militar del autor*; 3.ª edic. pág. 103.

ros; pero el daño mas incurable estaba en la misma poblacion. Una ojeada sobre la poblacion de la Galia durante el siglo IV nos mostrará los piés de barro que sostenian al coloso romano.

Veíanse en primer lugar las familias senatoriales, ó las de aquellos cuyos miembros pertenecian al senado romano y que habian ejercido los grandes empleos del imperio. Estaban exentos de impuestos, poseian mas de la mitad de las tierras y gozaban de vanos títulos honoríficos. Mas apesar de estos privilegios y aunque eran descendientes de antiguos jefes de tribus galas, no tenian una condicion social diferente: formaban una aristocracia sin poder, sin influencia, sin popularidad, sin independencia, y que todo menos las riquezas lo debia á los emperadores; y que por lo mismo no era capaz de gobernar ni de defender el país.

Veíanse en segundo término los curiales, ó los ciudadanos que poseian veinte y cinco fanegas de tierra, y que formaban parte con este título en los senados municipales ó curiales. Administraban ellos los negocios de la ciudad, mandaban las milicias urbanas, y elegian los cuatro magistrados supremos encargados de la justicia, de las rentas, de las obras, etc. Era la clase media y la mas ilustrada de la poblacion. El gobierno imperial habia no obstante hecho sufrir numerosas modificaciones á las instituciones municipales, pues en vez de los cuatro magistrados supremos, habia creado uno llamado *principe*, nombrado por órden de antigüedad y para diez ó quince años. Esta reforma era enteramente monárquica, y dió á las libertades de los curiales un golpe funesto. Pero la herida mortal le fué dada por el decreto que los declaraba fiadores de los impuestos sobre sus propios bienes. Resultó de esto que las contribuciones que pagaban ellos por adelantado, se repartian despues á su gusto entre los demás habitantes, y se convirtieron en agentes gratuitos del gobierno en cuyo provecho despojaban á sus conciudadanos ó se despojaban á sí mismos. Hicieron todos los esfuerzos posibles para desembarazarse de una carga tan insufrible, y entre los diferentes medios que inventaron, fué uno el de descender á la condicion de esclavos ó colonos. El gobierno por su parte se esforzó en dar las funciones municipales á cualquiera que

puñera desempeñarlas, é hizo entrar en la curia á los bastardos, á los judíos, á los clérigos indignos del sacerdocio, y hasta á los que los tribunales declaraban infames. Los decretos imperiales aprisionaron á los curiales en su ciudad, obligándoles á no poder salir de su residencia magistrativa: prohibióseles, lo mismo que á sus hijos, el vender sus propiedades, ausentarse de la ciudad, entrar en el clero, en las legiones, en las plazas administrativas (y adviértase que los sacerdotes, los soldados y los agentes imperiales estaban exceptuados de formar parte de la curia); y por fin sus bienes y sus personas fueron completamente hipotecados para el servicio público, mandando forzosamente que se casaran, y que no saliesen sus tierras de la curia en caso de morir sin hijos. La ley decía que eran los esclavos de la república. Ella castigaba con la muerte al curial fugitivo y al que le daba asilo; todo, segun decía la misma, para ensalzar esta magistratura. Apesar de todas estas precauciones, disminuyóse cada dia mas el número de los curiales, y en el siglo V apenas contaba un centenar cada ciudad.

Fueron tan numerosas las tierras que quedaron abandonadas, que el Estado las cedió á quien las quiso cultivar, y principalmente á los soldados y confederados. Dos años de ocupacion eran bastantes para asegurar la propiedad. A consecuencia de todas estas calamidades la curia degeneró en imponente y opresora, y además de ser incapaz de proteger á la ciudad contra la administracion imperial, la abrumó con las vejaciones, y se puso en perpetua guerra con la poblacion. Instituyóse entonces por el gobierno una nueva magistratura, que era la del *defensor*, escogido fuera de la curia y nombrado por todos los ciudadanos, y la cual estaba encargada de protegerles contra las exacciones de los curiales y las injusticias de los empleados imperiales. Bien pronto se convirtió el defensor en el único magistrado de la ciudad, y anuló completamente la autoridad del príncipe. Pero cuando fueron llamados los obispos, encargados ya de la administracion de justicia, por medio de decretos imperiales á tomar parte en las funciones municipales, hicieron, con la influencia inmensa que tenían sobre los ciudadanos, tan inútil como la otra la nueva magistratura. Suprimiéronse entonces los defensores, y los obispos, al sucederles sencillamente en su posicion, heredaron ente-

ramente la autoridad municipal y fueron los únicos señores de las ciudades (1).

En último término, y en un grado mas inferior que los curiales estaban primeramente los pequeños propietarios, clase numerosísima y que habia sido una de las causas del engrandecimiento romano, aunque en parte habia desaparecido: venían despues los comerciantes y artesanos libres que vivían en las grandes ciudades, y que eran casi todos libertos sin consideracion ni influencia, y sujetos por los reglamentos imperiales; y últimamente se veían las nueve décimas partes de la poblacion de la Gallia, que eran los esclavos, y que se dividían en dos clases principales. La primera comprendía los esclavos domésticos, que eran contados, marcados y tratados como bestias de carga, y que estaban encargados de casi todas las artes industriales; y la segunda los esclavos rurales, ligados á la tierra bajo condiciones mas ó menos duras, y que la cultivaban mediante un tributo. Generalmente se les daba el nombre de *colonos*. Eran aptos estos colonos para entrar en el ejército, poseer en propiedad y contraer legalmente matrimonio: no tenia el dueño sobre ellos derecho de muerte, y la ley indicaba los castigos que debían darles y los tributos que podía exigirles; y por último eran de tal modo de la misma condicion que las tierras, que estas no podían ser vendidas sin ellos, ni ellos sin ellas.

Sobre esta poblacion agrícola pesaban las mayores cargas, porque los propietarios hacían que recayesen en ella todas las tiranías rentísticas, y fué disminuyendo tan rápidamente, que fué imposible despues llenar sus vacíos (2). De modo que la sociedad romana se componía de señores sin influencia y de esclavos sin patria, y que no tenia clase intermedia en la que pudieran renovarse las familias senatoriales y curiales. Estos elementos de poblacion nos explican con claridad porque, vencidas que fueron las legiones, se apoderaron los bárbaros del imperio como de un desierto; y porque la masa de los libertos, colonos y esclavos, extranjera para la sociedad pagana, y á la que no ha-

(1) Código de Teodosio, lib. VIII, IX y XII.—Código de Justiniano, lib. X.—Guizot, primer ensayo sobre la historia de francia.—Savigni, historia del derecho romano, tomo I. cap. 2.—Fauriel, historia de la Gallia meridional, tomo I pág. 356.—

(2) Savigny, Historia del derecho romano, tomo I.—Código de Teodosio, *passim*.

bian dejado puesto en la sociedad los señores, entró con tanto ardor en la cristiana cuyos jefes les tendian los brazos como iguales y hermanos.

La aristocracia senatorial y la curial no eran mas que un fantasma; el clero se convirtió en verdadera aristocracia: dejó de existir el pueblo romano, y solo hubo un pueblo cristiano (1).

§. VI.—*Sucesores de Constantino, Juliano; Valentiniano, Graciano* (337).—Dividió Constantino el imperio entre sus hijos; pero queriendo reinar solo el primogénito, Constancio, hizo degollar á toda la familia. Mas ocupado en las controversias religiosas, que en los negocios del Estado, persigue á los católicos en favor de los arrianos, y deja que sus ejércitos llenos ya de bárbaros nombren pretendientes al imperio. Se hace proclamar emperador en Autun un galo llamado Majencio, y Constancio se ve obligado para vencerlo á pedir auxilio á los alemanes (350). Estos peligrosos aliados abren las puertas á los francos, saquean cuarenta y cinco ciudades de la Galia, y hacen retroceder á la poblacion y la agricultura á mas de treinta leguas del Rhin. Envía el emperador contra ellos á su sobrino Juliano, que era el único que habia escapado del degüello de su familia; pero no le da mas que trece mil hombres, porque el imperio se veía al mismo tiempo atacado por los godos y por los persas, y le rodea de espías que entorpecen todos sus pasos. Juliano era un jóven filósofo apasionado por la gloria y el culto de la antigua Roma, á quien arrancaron con dolor de las escuelas de Atenas para ir á combatir á los bárbaros. Suplió su genio á los medios; venció á los germanos, les arrojó á la otra parte del Rhin, les obligó á restituirle veinte mil cautivos, y dejó á los francos la posesion de la isla de los Batavos bajo la condicion de que defenderian el rio como aliados de Roma (358). Dedicóse entonces á remediar los de-

(1) Guizot. Civil. franc. tomo I: pag. 83.—Explica que las lenguas galas no han dejado vestigios sino muy insignificantes, porque los ricos se habian trasformado completamente en romanos, y los esclavos conservaban su idioma ó hablaban la de sus señores. Solo algunas partes de la Galia han conservado por su aislamiento su lengua original.—1.º La península armoricana, donde no penetró casi la civilizacion romana y cuyas costas han conservado la lengua céltica; 2.º los valles altos de los Pirineos occidentales ó los vascos hablan aun la antigua lengua iberá; 3.º las provincias de la izquierda del Rhin, que se llamaban las dos Germanias y que han conservado la lengua tedesca.

sastres de la invasion, y proporcionó alguna prosperidad á la Galia por medio de una severa administracion, la aligeracion de los impuestos (pues el personal se redujo á siete piezas de oro, ó 368 reales), y el restablecimiento de muchas ciudades. La pobre aldea de los *parisienses*, encerrada entonces en una isla del Sena y á la cual llamaba su *querida Lutecia*, era su morada predilecta. Constancio, celoso de su gloria, le pide sus legiones para hacer la guerra á los persas. Los soldados de Juliano le saludan como emperador, y le obligan á marchar contra su tío (360). Este llama á los germanos: derrótalos Juliano, y muerto Constancio, queda el único soberano del imperio (1).

Viendo este gran hombre que las disputas religiosas llenaban de sediciones y trastornos el Estado, creyó que el cristianismo era la causa de la decadencia del mundo romano. Todo lo ha perdido la locura de los galileos, decía; y abjurando la ley de Cristo, intentó restablecer el politeísmo, rejuveneciéndolo con la filosofía de Platon. Era una absurda tentativa. No podia dudarse que el cristianismo con sus tendencias á un orden social mas apropiado á su naturaleza, era uno de los martillos empleados en la destruccion del imperio, pero no fué el único; y aun figurándose que no hubiera podido existir el cristianismo, bastaban para arruinar el viejo mundo la esclavitud, la despoblacion, la cobardía y la indisciplina de los ejércitos, y últimamente los bárbaros. Juliano, siendo un hombre justo, ilustrado y austero, persiguió á los cristianos. Es verdad que su persecucion fué menos sangrienta que mofadora, sofística y libelista; pero protegió á los arrianos, despojó de sus bienes á las iglesias, y prohibió á los católicos la instruccion, los libros y la predicacion. Cegado su fanatismo por el pasado, imaginaba las medidas mas tiránicas; pero en una guerra contra los persas fué herido con un venablo y murió como héroe y como sábio (362).

Ya no ocuparon desde entonces el trono imperial mas que cristianos, y cayó en el polvo el helenismo que solo por un momento habia alzado la cabeza.

Eligen las legiones á Joviano, y despues de él á Valentiniano que llama al imperio á su hermano Valente (364). Entonces se

(1) Ammiano Marcelino, lib. XVI, XVII y XVIII.

divide por primera vez el mundo romano en imperio de Oriente é imperio de Occidente. Reina Valente en Constantinopla, y Valentiniano en Roma.

Después que Juliano partió de la Galia volvieron á entrar en ella los alemanes, y habiéndoles ganado Valentiniano muchas victorias inútiles, obligó á los borgoñones, que habian pasado de la Dacia á la Panonia, á que les hicieran la guerra. Obedecieron, se acantonaron en la frontera del Rhin durante cincuenta años, y esperaron el momento favorable para pasar el río.

Sucedió Graciano á Valentiniano (367). Era discípulo de Ausona y de san Ambrosio que residió casi constantemente en la Galia, y la gobernó sabiamente. Un jefe franco, llamado Mellobaldo era su primer ministro con el título de conde de los guardias del palacio. Ocupado se hallaba ya todo el imperio por los bárbaros, que en el espacio de doscientos años se habian ido introduciendo poco á poco en los campos, las ciudades y los palacios de los romanos. Véaseles al frente de los ejércitos, en las mas altas dignidades y en la corte de los emperadores: y gobernaban ya el mundo que iban á tomar y á ocupar por la fuerza.

§. VII.— *Grande invasion de los godos.*— En el espacio de un siglo fundaron los godos un vasto imperio entre el Danubio y el Tanais, los Cárpatos y el mar Negro. Los pueblos que habitaban la izquierda del Tyras se llamaban godos del oriente ú *ostrogodos*, y los que habitaban la derecha, godos del occidente ó *visigodos*. Los gépidos, que eran unas tribus menos numerosas, vivian en los Cárpatos. Se dedicaban á la agricultura, comenzaban á civilizarse por sus continuas relaciones con los romanos, y seguian ya el informe cristianismo de los arrianos.

De pronto una raza desconocida pasó el lago Meótides (375). Era la de los hunos. Arrojan á estos pueblos tártaros de las llanuras centrales del Asia grandes guerras intestinas, y se dirigen hácia el occidente en espantosa muchedumbre. Encontraron al principio á los alanos que vivian entre el Wolga y el Tanais: arrastráronles, y vinieron á precipitarse con ellos sobre las tierras de los godos. Aterrónense estos al ver aquellos salvajes pastores de cabeza esférica, de rostro amarillo y aplastado, vestidos de fétidas pieles, y que se alimentaban de leche de yegua y de carne amortecida bajo la silla donde habitaban, segun

dice Sidonio Apolinario, y sobre el lomo de sus pequeños y rápidos caballos. Creyeron que habian nacido estos monstruos del contacto de los demonios con las hechiceras del norte (1); tomaron las armas temblando, y fueron vencidos. Sometiéronse á los hunos los gépidos y una parte de los ostrogodos: los visigodos se arrojaron desordenadamente hácia el Danubio, y pidieron á Valente un asilo en la Mesia. El emperador del Oriente estaba apasionado por el arrianismo; y creyéndose dichoso poblando las fronteras con guerreros arrianos, les concedió el paso.

Entran los visigodos en el imperio de donde ya no saldrán mas.

Presentóse una parte de los ostrogodos un poco mas léjos, pidiendo igual favor; pero se les negó, porque se comenzó á temer á tan terribles huéspedes. Pasan á la fuerza, se reunen con los visigodos, á quienes habia ultrajado el emperador; y los dos pueblos unidos derrotan por todas partes á los romanos, y devastan la Tracia. Valente corre á detener á los bárbaros, y es vencido y muerto en los campos de Andrinópolis (378). Graciano, que venia á socorrer á su compañero, le da por sucesor á Teodosio que era uno de sus generales. Ríndense los godes y se someten; y se acantonan los visigodos en la Tracia, y los ostrogodos en el Asia Menor (379). Era su primera parada. Conservan sus armas y sus jefes, defienden de los hunos la frontera mediante un sueldo, cultivan las tierras que se les señalan, y permanecen tranquilos durante diez y seis años bajo la poderosa mano de Teodosio. Veíanse con una especie de terror religioso en medio de un imperio cuya grandeza les ofuscaba y cuyas ciudades, monumentos y riquezas eran el objeto perpétuo de su admiracion. Pedian por favor tierras romanas: tenian como un honor el ser soldados romanos: solicitaban con ardor las dignidades romanas: no tenian el orgulloso pensamiento de destruir un imperio ante el cual se humillaban profundamente; y cuando cayó en su poder, no tuvieron otra ambicion que la de rehacerlo con sus restos.

§. VII.—*Progresos del cristianismo.—Poder universal de los obispos.—Institucion de los monjes.—Literatura cristiana.—Here-*

(1) Jornandes, *de Rebus Geticis*, cap. 24.—Zozimo lib. IV.—Sozomeno Marcelino, lib. XXIX.

ja de Pelagio.—Mientras los bárbaros se introducen en el imperio, el cristianismo lo hace bambolear y lo mina siguiendo su triple fin; el mejoramiento moral del hombre, la reforma de la legislación, y la abolición de la esclavitud. Apenas hace sesenta años que ha salido de los calabozos, y ya es un soberano universal. Los decretos imperiales, con su influencia, suavizan las penas, modifican las confiscaciones, y prohíben los combates de los gladiadores, la prostitucion y la exposicion de los hijos. Abdica Constantino el gran pontificado, primera dignidad imperial; derriba Graciano en Roma el altar de la Victoria: acaba Teodosio de proscribir el culto antiguo: manda que se siga la religion de Cristo: hace destruir los templos (1), confisca sus bienes, y prohíbe bajo pena de muerte los sacrificios. Viéronse entonces sacerdotes codiciosos y crueles que abusando de estos decretos se vengaron de las persecuciones haciéndolas sufrir á los paganos, y emplearon la violencia para extirpar el politeísmo de las aldeas y de los lugares secretos donde se refugiaba obstinadamente. Pero el orden social era tan profundamente pagano, que quedó el helenismo en las costumbres y en los usos. Sirvió de máscara al cristianismo, que tomó de él todo lo que sirvió para su conveniencia, y lo convirtió en su provecho. Pasaron pues del antiguo al nuevo culto las ceremonias y los ornamentos: se introdujeron en las iglesias las reliquias y las imágenes; y embellecióse la literatura con maravillas y milagros.

Aparecieron entonces ideas y pasiones de un orden nuevo, y completaron la confusion del mundo antiguo. Ya no excitaron el entusiasmo de los pueblos los hombres de Estado, los gran-

(1) Fué muy es caso el número de los que se convirtieron en iglesias, tanto porque estos edificios no convenian para el nuevo culto como porque los cristianos repugnaban adorar al verdadero Dios en la morada de los ídolos. Querian mas servirse de las *basílicas*. La *basílica* consistia en un edificio sostenido por un gran número de columnas cerca del Foro para tener en ellas las asambleas públicas en tiempos adversos. Dispusieron los cristianos la nave de este edificio en forma de cruz, cerraron los lados, adornaron la bóveda y las paredes con los restos de los templos destruidos, y tuvieron durante tres ó cuatro siglos sus asambleas en sus iglesias. En la Galla y en especial cuando se establecieron en ella los bárbaros, no eran mas que obras de madera, groseras y comunmente cubiertas de paja.

des capitanes y los buenos príncipes; sino los obispos, los solitarios y los santos. Ocuparon los intereses religiosos el lugar de los políticos y hasta domésticos, y la patria fué *la ciudad celeste*. Progresó de un modo contagioso el celibato ordenado á los sacerdotes por muchos concilios; y los oradores cristianos ensalzaron á la sociedad religiosa por contar mas vírgenes que esposas. Se donaron á las iglesias los bienes de las ciudades: sucedió la parroquia al municipio; y se quiso mas ser cristiano que ciudadano. De modo que la Iglesia lo heredó todo, tendió á gobernarlo todo, y se apropió toda la vida que le quedaba al cuerpo romano. El clero formó una sociedad fuerte, numerosa, compacta, con dignidad, con virtudes y luces: solo él era libre, partícipe en el gobierno, señor de las ciudades é influyente en la multitud y en los concilios: el sacerdocio fué pues la única carrera en que pudo el hombre desplegar su energía; y cuando los bárbaros quedaron dueños, se absorbió en el clero todo lo que era romano ó inteligente. Era el único medio de conservar la independencia ante los mismos vencedores, y de tener tambien superioridad sobre ellos.

El gobierno de la Iglesia militante era esencialmente democrático: el de la Iglesia triunfante resultó aristocrático, pero con dos poderosas garantías de libertad para el pueblo cristiano en la eleccion de sus jefes y en la celebracion de los concilios. Bajo el dominio de los emperadores paganos, eran los obispos hombres ardientes, austeros, á veces intrépidos, héroes del martirio, que herian la imaginacion por sus virtudes entusiastas y que salian de casi todas las clases menos acomodadas de la sociedad; pero en el reinado de los emperadores romanos, eran ya personas ricas y sábias, pertenecientes á las mas distinguidas familias. La mayor parte habian desempeñado cargos públicos, y conservaban en el episcopado su existencia romana, sus hábitos de elegancia y de ingenio, su espíritu mundano y hasta su familia (1).

(1) Synesio, discípulo de la escuela de Platon es elegido por sus conciudadanos obispo, y no acepta esta dignidad sino con la condicion de que conservará su mujer y sus opiniones filosóficas. Simplicio es declarado obispo de Bourges, porque es de una familia ilustre y reparte sus riquezas entre los pobres, ha desempeñado misiones ante los emperadores y los reyes bárbaros, y porque su mujer es de noble familia y de grande virtud, y educa sábiamente á sus hijos (Véase

Acostumbrado el pueblo en un principio á respetarles, les tomó por pastores cuando las relaciones de la Iglesia con el gobierno ó las de las iglesias entre sí fueron mas numerosas, mas extensas y mas complicadas, y exigieron mas ciencia y una condicion social mas elevada. Fué preciso, dice Sidonio, que fuesen tan propios para interceder por los cuerpos con los jueces de la tierra, como por las almas con el Juez celeste (1). Los obispos fueron entonces hombres universales, y tuvieron una vida increíblemente activa: filósofos y oradores, escribian contra las herejías é instruian á los fieles: magistrados y padres del pueblo, gobernaban la ciudad, administraban los bienes de su iglesia, socorrian las miserias públicas con sus mismas riquezas, juzgaban y defendian á los ciudadanos, y predicaban el Evangelio á las poblaciones de las campiñas, viajando al través de las bandas de bárbaros ó bagaudos, resistiendo las tiranías de los agentes imperiales, y exponiendo su vida á un continuo peligro. Acrecentóse su autoridad con la que perdian todos los poderes en decadencia: multiplicáronse sus deberes con los peligros del imperio, y acabaron por recaer en sus manos todas las cosas divinas y humanas.

Ha'iendo adquirido tanta importancia el episcopado, fué codiciado por el dinero, el lujo y el crédito que daba; y tumultos escandalosos turbaron mas de una vez las elecciones. Llegóse al extremo de disputarse dos candidatos con las armas en la mano la silla de Roma, y quedar ciento treinta y siete muertos en la basílica donde se hacia la eleccion. Convirtiéndose en un título de orgullo, de fausto y de corrupcion la misma virginidad; y el clero aumentó de tal modo sus riquezas, que hasta los mas piadosos emperadores se vieron obligados á excluirles de los legados testamentarios (2). Los obispos empezaron por fin á cansarse

Cartas de Sidonio, lib. VII.—La mayor parte de estos obispos conservaban su mujer y vivian con ella como con una hermana. Así fueron san Paulino de Nola, san Reticio de Autun, san Hilario de Poitiers, etc.—(1) Cartas de Sidonio, lib. VIII epist. 9.—Este mismo escritor obispo de Clermont, era uno de estos prelados mundanos, piadosos y sábios, que pasaron, dice el mismo, de las funciones del siglo á las de la clerecía. Pertenecía á la mas célebre familia de la Auvernia, y era yerno del emperador Avito.—(2) Véanse las cartas de san Gerónimo y de san Juan Crisóstomo, donde se quejan con amargura de la codicia y depravacion de los sacerdotes de su tiempo.

de la intervencion de los Césares en los negocios eclesiásticos, que parecia incluir á la Iglesia en el Estado; y trabajaron, no solo para hacer coexistir las dos sociedades, civil y religiosa, sino para que el Estado fuera dominado por la Iglesia. «El emperador, dice san Ambrosio, no es superior á la Iglesia sino que está dentro de ella.»—«Los príncipes y los magistrados, dice otro obispo, no tienen mas que un dominio pasajero y terrestre, en tanto que el poder episcopal procede de Dios y se extiende á todo este mundo y al otro.» Los emperadores intentaron rebajar este espíritu de independencia subordinando todos los obispos á la silla de Roma; pero les prescribieron, «no solamente que no intentasen nada contra la autoridad del venerable papa de la ciudad Eterna, sino que tomasen por ley todo lo que habia decidido y en adelante decidiria (1).»

Una nueva institucion, la de la vida *monástica*, fortificó en esta época á la iglesia de occidente. Fué hija de la ardiente imaginacion de los orientales. Los *monjes* eran unos hombres que por entusiasmo religioso ó por disgusto de las miserias y corrupcion del siglo huian de la sociedad, y se retiraban á los lugares mas desiertos para vivir allí solos orando y meditando. Reuniéronse luego en comunidades para ocuparse de obras piadosas y trabajos manuales. Estos hombres estaban completamente separados del clero: no tenían funciones eclesiásticas y conservaban toda su libertad; y unos llevaban una vida frugal y sedentaria, y otros arrastraban su ascética existencia por las ciudades y campiñas. Diéronles tanta nombradía su existencia extraordinaria, su increíble austeridad y su zelo llevado hasta el grado mas culminante, que bien pronto las comunidades de monjes, ó *monasterios*, se convirtieron en villas tan pobladas como las ciudades, á donde fué á refugiarse una muchedumbre de colonos y oprimidos. Los monjes del Oriente fueron los mas ardientes adversarios del arrianismo: dieron á la Iglesia santos y doctores; pero su libertad y poder engendraron tambien grandes y frecuentes desórdenes, y san Gerónimo con su ruda elocuencia fulminó terribles acusaciones contra sus locuras, sus apetitos, y su insoportable orgullo.

(1) Ley de Teodosio y de Valentiniano II.

Miróse desfavorablemente al principio la vida monástica en el Occidente, y se acogieron los primeros monjes con burlas é injurias; pero bien pronto se fundaron monasterios con la protección de san Martín, san Ambrosio y san Agustín. Las comunidades laboriosas, inteligentes y reglamentadas del Occidente sucedieron á los solitarios contemplativos, vagamundos y extravagantes del Oriente: ellas reemplazaron á las escuelas imperiales, cuya enseñanza y profesores eran paganos, y fueron ya las escuelas filosóficas del cristianismo. Fué un asilo de la humanidad, cuando proscrita de la sociedad por los desastres del imperio, solo pudo meditar con seguridad al abrigo de los altares. Los primeros monasterios de la Galia fueron el de Ligugé cerca de Poitiers, y el de Marmontier cerca de Tours. El mas célebre por los santos, los sábios y los mártires que produjo, fué el de Sernis.

— Pero no detenia al movimiento intelectual los peligros y desastres materiales de la sociedad y la confusión universal que vamos á ver aumentarse todavía: extendíanlo mas las herejías, el poder episcopal y la vida monástica; y aun en medio de los bárbaros, se prolongó por el espacio de mas de un siglo. Los filósofos platónicos empezaron á acercarse á los sábios cristianos, á comunicarse con ellos, á no tener odio sino arrepentimiento, y á asemejarse por las ideas, el lenguaje y las costumbres. «Solamente están separados, dice Sidonio, por lo exterior y por la fe.» Fueron discípulos de Platon todos los Padres de la Iglesia: declararon que su maestro se habia aproximado mucho á las verdades evangélicas; y mezclaron su filosofía con la teología cristiana.

— Empero la literatura pagana, lo mismo que la sociedad civil, es mezquina, frívola, servil, sin ideas, sin convicción y sin raciocinio: sacude todo el polvo de los tiempos antiguos, da vueltas en todos los sentidos al cadáver del genio antiguo, comenta, critica, analiza; y para consolar á los espíritus de las miserias del estado social, no le da mas que retóricos y zurcidores de epitalamios. La literatura cristiana abunda por el contrario en pensadores: es seria, libre, activa, social, llena de unción y de sensibilidad: está de acuerdo con las ideas y necesidades de la época: «habla de cosas que conmueven las almas en el fondo

de la soledad, y á los pueblos en medio de las ciudades :» revela por la *boca de oro* de los Juanes, Basilio y Gregorios las mas altas verdades en el mas bello lenguaje : pone en discusion en todo el mundo cristiano las mas profundas y atrevidas cuestiones; y emprende una activa correspondencia entre los fieles, hasta que el dogma es proclamado en los concilios como consecuencia de la ciencia universal.

El Occidente toma tambien una bella parte en esta edad de oro de la literatura cristiana; y la Galia meridional, en donde todas las ciudades hablan aun la lengua griega, y donde la filosofia platónica prolonga su influencia durante tres siglos. se enriquece de escritores y oradores. Vense sobre todo cinco hombres que dominan al Occidente por su santidad y su saber. Estos son Agustin de Hippona, Gerónimo de Belen, Ambrosio de Milan, Paulino de Nola é Hilario de Poitiers, de los cuales los tres últimos son galos; almas mediatas, ardientes, místicas, cuyos escritos están llenos de un encanto enteramente nuevo, porque nos descubren un espectáculo desconocido á la antigüedad, el del corazon humano en sus pliegues mas íntimos, sus múltiples incertidumbres, sus furtivas emociones y sus inexplicables deseos de perfeccion. Pero donde el genio moderno se descubre con toda su gloria es sobre todo en san Agustin, en esa vasta inteligencia que lo abarca todo, en ese corazon castigado por las pasiones, en esa alma ferviente del deseo indefinido de la dicha y de la verdad. Llenas están sus *confesiones* de este sentimiento de vaga tristeza y de tierna melancolía que hacen aspirar al hombre hácia al cielo al fastidiarse de la tierra, y á la que el mismo llama una piedad *doliente*: su *ciudad de Dios* desenvuelve el pensamiento sobre el que descansa todo el porvenir del mundo, de que el cristianismo es un progreso y no una decadencia, y de que apesar de los desastres del Imperio, el género humano marcha á mejor destino (1).

(1) La misma idea sublime y fecunda inspiró á Salviano en su elocuente obra del *Gobierno de Dios* en la que proclama la Providencia en medio de sus ruinas; y la de Paulo Orosio, en su *Historia universal*, donde abarca la condicion de todo el género humano, y hace pasar á las edades y naciones por el impulso de la mano de Dios. «He querido, dice llenarme de confusion, creyendo que nuestros tiempos eran demasiado desordenados y dignos de castigo; he pensado tambien que los dias pasados no fueron tan monstruosos como los actuales, sino mas atrozmente

El obispo de Hippona tuvo una existencia muy ocupada y se mezcló en todos los asuntos de su tiempo; e estaba en correspondencia con la Iglesia, que le reverenciaba como á un oráculo; y salvó del pelagianismo, indómita herejía que conmovió la sociedad entera, y que fué detenida antes que se convirtiera en un cisma (354 á 470). Habia nacido esta herejía en el calmoso y meditador Occidente; y animada por un espíritu de examen y de independencia, suscitó un problema fundamental que han intentado resolver todas las religiones y filosofías, esto es, la libertad del hombre para el bien y para el mal, y la influencia divina, ó la *gracia*, sobre su voluntad. Platon habia sostenido que la virtud es un don de la divinidad; Zenon, que es el fruto de la voluntad y de los esfuerzos del hombre; y Aristóteles «que no es en nosotros el hecho de la naturaleza, ni contrario á la naturaleza pero que somos susceptibles de recibirla y de perfeccionarla.» Pelagio, doctor breton, proclamó con los estoicos el libre alvedrío, y sostuvo que el hombre nacia bueno y que por sí solo podia elevarse á la mas perfecta virtud. Su doctrina, excitando la cuestion del origen del bien y del mal, negaba implícitamente el pecado original y la necesidad del bautismo, de lo que resultaba la inutilidad de la redencion, y por consecuencia la muerte del cristianismo. Declaró Agustin que el hombre nacia malo, y que no podia hacer el bien sin la gracia de Dios; y llegó en sus ideas al extremo riguroso de admitir la predestinacion. Fué condenado Pelagio, y admitida por toda la Iglesia la doctrina de Agustin, modificando lo que decia sobre la predestinacion. Sin duda alguna que el pelagianismo era una noble reclamacion del *yo* humano; pero era intempestivo este sueño de libertad en medio de las calamidades y de la aproximacion de los bárbaros que iban á abrumar el mundo. Solamente la humildad mas completa y la mas sumisa resignacion podian hacer comprender y sufrir las calamidades; y el despotismo divino

miserables por estar mas lejanos de los consuecos de la fe. Esta reflexion me ha aclarado el porque ha reinado la muerte ávida de sangre-mientras ha ignorado la religion que proscrib e el derramarla. Quedó la muerte sumergida en estupor ó los primeros resplandores de esta religion; y cuando esta reine sola dejará aquella de existir.»

pudo solo someter á los bárbaros al yugo de la civilizacion y de la Iglesia (1).

§. IX.—*Definitiva invasion de la Galia.*—Acabamos de ver el progreso y la vida en la sociedad religiosa: volvamos la vista á la civil para contemplar su decadencia y su muerte.

Subleva contra Graciano la Galia y la Bretaña un soldado llamado Máximo: el emperador es abandonado de sus tropas y muerto con su ministro Mellobaldo (381). Apoya Máximo su usurpacion en la autoridad de Martin de Tours, el santo mas popular de la Galia que acabó de convertirla al cristianismo; pero es el primero que da al mundo el ejemplo de verter en nombre de Jesucristo la sangre de los que no creen como él. Es llevado al suplicio en Tréveris un heresiarca impuro, llamado Prisciliano, con seis de sus sectarios: san Martin agota sus esfuerzos para salvar á estos desgraciados; y san Ambrosio obispo de Roma, lo mismo que muchos concilios, manifiestan el horror que les causara su suplicio.

Marcha Teodosio contra Máximo con un ejército de godos y hunos: espérale su adversario con el de germanos y de galos, y es derrotado, preso y decapitado (388). El franco Argobasto es el que mas contribuye á esta victoria, y gobierna bajo el reinado de Valentiniano sucesor de Graciano. Mata despues al emperador, y adorna con la púrpura á su secretario Eugenio. Quiere establecer el antiguo culto y pone en sus banderas las imágenes de Hércules y Júpiter, y se forma un ejército de francos y alemanes (392). Teodosio marcha contra él con los visigodos, mandados por Alarico, y los vándalos que obedecen á Stilicon. vence la cruz, y queda Teodosio absoluto soberano del Imperio (394).

Muere dejando á sus dos hijos Arcadio y Honorio (395). Este reina en Occidente bajo la tutela de Stilicon, y el otro en Oriente teniendo á Alarico por señor y huésped. Es definitiva la separacion de los dos Imperios, y ya no son obligatorias para el uno las leyes del otro. El mundo romano se aproxima á su último dia.

Luego que ocupan el trono los dos hijos de Teodosio, se agitan

(1) Guizot, *Civille. franc.* V leccion.—Obras de san Agustin, t. XII.—Eusebio, *historia eclesiástica*, t. V.

por todas partes los bárbaros que hacia diez y seis años estaban tranquilos. Devastan los visigodos la Grecia mandados por Alarico. Stilicon acude á ayudar al imperio de Oriente, rechaza á los bárbaros al dirigirse á Italia y les persigue (401). Derrotados en la batalla de Pollencia sobre el Tanaro, les obliga á retirarse á la Iliria, y les concede una paz ventajosa (403).

Al mismo tiempo llega de las costas del Báltico una inmensa columna de suevos, vándalos y sármatas mandada por Radagusa: atraviesa la Germania, pasa los Alpes, el Po y los Apeninos, y se encuentra con Stilicon en Florencia. Trábase la pelea, y son derrotados los bárbaros.

Para vencer á Alarico y Radagusa, Stilicon habia dejado abandonados el Danubio y el Rhin; y aprovechan la ocasion los unos que empujan á los pueblos eslavos, y estos á los germanos; y todos juntos se precipitan sobre el Imperio en dos grandes columnas dirigidas, la una por los alanos y la otra por los vándalos. Hallan el Rhin defendido por los alemanes y los francos aliados de Roma. Son derrotados los vándalos; pero acuden los alanos, rechazan á los francos, y pasan el rio que separaba ambos mundos el dia 31 de diciembre del año 406.

Vense entonces esparcirse por la Galia á los bárbaros de todas las razas; al hérulo de verdosas mejillas, al sajón de ojos azules, al sicambro de cabellos untados, al borgoñon, gigante de seis piés, al suave, al sármata, al gépido, etc. Mézclase todo, hombres, armas, costumbres y vestidos, los anillos de hierro, las pieles de animales, las estrechas túnicas, los cuerpos velludos y pintados de colores, los cascos de cabeza de lobo y los vestidos abigarrados, con las hachas, las hondas, los ganchos, las mazas, las redes de cuero y las flechas armadas de punzantes huesos. Los unos como antropófagos se adornan con la piel de los vencidos; los otros adoran las espadas y los monstruos: estos van á caballo ó sobre reungíferos, aquellos en barcas ó carros. Lo único que tenian todos de comun era el desprecio de la vida, la sed de sangre y el furor de destruir (1). Es talado todo el país comprendido entre los Alpes y los Pirineos y entre el Océano y el Rhin. Maguncia es tomada y destruida, Worms es converti-

(1) Chateaubriand, *Estudios históricos*, t. III, pág. 402.

da en escombros despues de un largo sitio, Reims, Amiens, Arras, Teroane y Estrasburgo ven conducir á sus habitantes á la Germania. Son pasadas á sangre y fuego la Aquitania, la Novempopulania, la Leonesa, y la Narbonesa, á excepcion de algunas ciudades á quienes el hierro amenaza fuera de las murallas, y dentro de ella atormenta el hambre (1).

Ocupan pues los bárbaros definitivamente la Galia. El mundo romano acaba, y comienza realmente la grande época de transición preparada por los cuatro siglos anteriores; esa época crítica, de destruccion, de trabajo y de principio que dura cerca de seis siglos. No existen ya mas que los restos de la sociedad romana y de la poblacion gala. Con ellos, y los elementos cristiano y germánico se forma una nueva sociedad. Es la sociedad feudal, es una nueva nacion... la nacion francesa.

HISTORIA DE LA GALIA BÁRBARA.

406—987.

LIBRO PRIMERO.

DOMINACION DE LOS FRANCO-NEUSTRIENSES (406-687).

CAPÍTULO PRIMERO.

Establecimiento de los bárbaros en la Galia (406—476.)

§. 1.—*Consecuencias de la invasion.*—Seis años de devastacion, sin encontrar resistencia y sin formar un establecimiento durable, convirtieron á la Galia en un campo de batalla por donde los bárbaros andaban errantes buscando alguna porcion de ella para tomarla por patria. Sus tribus aunque muy numerosas eran poco fuertes, y recorrían y talaban un angosto territorio,

(1) San Gerónimo, carta 91.

y según la ocasión acampaban donde podían retirarse con su botín. A medida que era devastada una comarca, pasaban á otra impeliendo ante sí las fronteras, y no deteniéndose hasta que no encontraban que saquear. Estas apariciones cortas pero frecuentes, leales pero activas, destruían la seguridad y correspondencia de la Galia. Conservaron generalmente las ciudades alguna independencia, y en ellas fué donde se reconcentraron los restos de la sociedad romana; pero no tuvieron mas que una existencia aislada y precaria. Los señores y colonos abandonaron las campiñas que fueron presa de los bárbaros, que temían encerrarse dentro de las murallas; y todo lo convirtieron en un teatro de miserias y de saqueos. Apesar de esto era romana la superficie de la organizacion social, pues no habia sufrido ningun cambio fundamental en medio de su parálisis y agonía. Invocabábase con respeto los nombres de los emperadores, aun por los mismos vencedores; pero del vasto sistema de administracion que ligaba las diversas partes del cuerpo romano, solo quedaban formas y palabras, algunos restos del poder municipal y una autoridad imperial que, cuanto mas decrepita é impotente, era mas codiciosa y tiránica.

Viéndose morir el imperio, se replegaba sobre sí mismo para conservar al menos la vida al corazon, abandonando á su propia defensa sus extremidades. De modo que los ciudadanos en su desesperacion se refugiaban entre los bárbaros y les servian de guia. «Los galos, dice Salviano, solo desean sacudir el yugo: llaman al enemigo, buscan el cautiverio, pues hallan menos que temer en los extranjeros que en los agentes imperiales. Unos se van con los bárbaros á pedirles por humanidad un asilo, y otros se sublevan y viven del pillaje. Los pequeños propietarios que no han huido, se arrojan en los brazos de los ricos y les legan su herencia; y del estado de colonos á que se reducen voluntariamente, pasan bien pronto al de esclavos (1).»

§. II.—*Establecimiento de los visigodos, borgoñones y francos en la Galia.*—En medio de esta disolucion general, indignada de sus sufrimientos, siente la Francia despertarse su antiguo odio contra Roma. Comienzan los *bagaudos* su devastacion: la Armó-

(1) Salviano, *de gubernatione Dei*, lib. V, VII y X.

rica, que permanecía casi enteramente gala y donde existía aun el culto de los druidas, arroja á los magistrados romanos, y se constituye en una especie de república (407) (1); y la parte baja del país que hay entre el Loira y el Garona y algunas ciudades del Sena y el Loira entran en esta *confederación armoricana* (2), que no volvió á sucumbir ya mas bajo la dominacion imperial.

Proclaman al mismo tiempo emperador á un soldado llamado Constantino las legiones de la Bretaña. Es reconocido por la Galia, se establece en Arles, organiza un gobierno regular, y se fortifica al mismo tiempo contra Roma y contra los bárbaros que continúan talando el país. Stilicon celebra un tratado con Alarico para marchar contra el usurpador, pero Honorio hace asesinar á su ministro (408). El rey de los visigodos pide el cumplimiento del tratado, pero le responden con desprecio. Pasa entonces á Italia y pone sitio á Roma. Hace emperador á Atalo, y por consecuencia del respeto superticioso con que miran los bárbaros la *cosa romana*, se declara su general, y estrecha el sitio de la ciudad Eterna. En vano le suplican que se detenga: «No puedo, dice, pues alguien me impele (3).»

Es tomada Roma y saqueada durante seis dias, aunque con cierta moderacion, porque el vencedor, que era cristiano y casi romano, habia mandado la clemencia (410) (4). Muere despues «en castigo, dicen los mismos visigodos, de haber puesto su mano sacrilega sobre la ciudad Eterna (5).»

Sucédele Ataulfo, y se dirige á la Galia meridional llevando cautiva á Plácida hermana de Honorio.

Estaba entonces la Galia casi enteramente libre de los bárbaros. Los suevos, los alanos y los vándalos la habian abandonado para arrojarse sobre España, que se repartieron (409). Reinaba aun Constantino, pero tenia que luchar con dos usurpadores mas; y Honorio, salvado de los visigodos, envió contra él un ejército mandado por Constancio. Venció este, é hizo volver entrar á la Galia bajo la dominacion imperial. Bien pronto iba á separarse para siempre.

Extendiose Ataulfo por la Narbonesa, la Aquitania y la No-

(1) Zazinio, lib. V. cap. 3.—(2) *Tractus armoricanus* (Cron. de Mario).—(3) Sozomeno, lib. IX, cap. 6.—(4) Jornandes, lib. 6.—Agustin, *de Civitate Dei*.—(5) Paulo Orosio, lib. VIII.

vempopulania, esperando obligar á Honorio á que le dejase establecerse en estas provincias y suavizar las costumbres de su pueblo con el contacto de los vencidos (415). Sufrió muy poco la Galia meridional, donde estaba concentrada la dominacion romana, con las invasiones de los alanos y vándalos; y en los últimos años, despues que Honorio decretó que los negocios de las siete provincias del mediodía se arreglasen en una asamblea anual compuesta de los principales ciudadanos, recobró una especie de independenciam y de gobierno nacional. De modo que el aspecto de la civilizacion de la Galia hizo un gran efecto en el ánimo de los visigodos, y mas aun en el de Ataulfo. Establecióse este en Narbona donde se casó con Plácida (412): se rodeó de toda la pompa romana y procuró crearse un reino en las dos vertientes del Pirineo. Honorio envió contra él á Constancio que le derrotó y le obligó á refugiarse en España (413). Ataulfo entonces fué á establecerse en Barcelona donde murió asesinado. No podia considerarse como un bárbaro á este hombre si hemos de dar crédito á estas palabras de un contemporáneo. «Deseaba ardientemente borrar en la tierra el nombre romano, substituir al imperio de los césares el de los godos; de modo que todo lo que se llamaba *Romania* se convirtiera en *Gocia*, y que Ataulfo representara el mismo papel que Augusto. Pero la experiencia me ha demostrado la imposibilidad de mis compatriotas para sufrir el yugo de las leyes, y he tomado el partido de buscar la gloria consagrando las fuerzas de los godos á restablecer en su integridad el poder romano, para que al menos la posteridad me mire como un restaurador del imperio. Por esta razon me empeño en querer la paz, decidido por los consejos de Plácida que es una mujer de gran talento y excelentes virtudes (1).»

Sucedióle Walia (416). Hizo con Constancio un tratado, el cual le devolvía á Plácida y se comprometía á arrojar á los bárbaros del norte de España, mediante la cesion de la Aquitania y de una parte de la Narbonesa y de la Novempopulania. Despues que hubo vencido á los alanos y vándalos, tomó efectivamente posesion de los países cedidos (419), nó á título de soberanía política sino como campamento militar; y desde entonces los visi-

(1) Paulo Orosio, lib. VII, cap. 43.

godos ambicionaron formar el núcleo de un Estado que debía engrandecerse con los restos del Imperio.

La revolucion que sometió á los visigodos la Galia meridional, acarreó menos males y violencias de lo que podia esperarse: es cierto que los vencedores se apoderaron de las posesiones abandonadas, y que quitaron á los habitantes las dos terceras partes de sus tierras y la tercera parte de sus esclavos; mas una vez hecha la particion, vivieron en paz el bárbaro y el romano bajo un pié de igualdad, y observando cada cual sus leyes. Por otra parte estas provincias no se separarán del imperio: no cambiaron en nada ni su administracion, ni sus magistrados, ni su religion: continuaron observándose los edictos imperiales; y el mismo Honorio en esta época mandó convocar la asamblea de las siete provincias, para ver si podia volver á adquirir el país algo de su antigua prosperidad. Walia no era considerado mas que como un general del emperador, y sus soldados no eran otra cosa que soldados del imperio. Los visigodos además habian perdido ya una parte de su carácter salvaje: siendo cristianos y labradores antes de pasar el Danubio, y familiarizados con las costumbres y las instituciones romanas por una permanencia en el imperio de cuarenta años, mostraron que les placia la vida social, respetaron la civilizacion de los vencidos y se esmeraron en imitarlos.

No fueron los visigodos los primeros germanos que hicieron una patria de la Galia: habíanles precedido los borgoñones pero con menos brillo y en mas angosto territorio. Despues de haber sido llamados estos bárbaros desde la Panonia por Valentiniano para hacer la guerra á los alemanes, se quedaron en los Alpes en las fuentes del Rhin y del Danubio. Cuando Honorio hacia la guerra á Ataulfo, pidieron al emperador que les dejase establecer entre el Rhin y los Vosgos, lo que alcanzaron con la condicion de defender la frontera contra los alemanes (414). Sencillos de entendimiento y de costumbres, cristianos de la secta de Ario, «trabajadores en madera la mayor-parte, y ganándose la vida con este oficio (1)» se establecieron en el país sin ningun contratiempo, y se apoderaron de las tierras lo mismo que los

(2) Sócrates, *histor. ecclesiast.* lib. VII, cap. 30.

visigodos; pero poseidos de admiracion hácia la gradeza romana, y llenos de confusion al verse en medio de la civilizacion, observaron con los vencidos un humilde respeto. «Son tan suaves, tan inocentes y pacíficos, dice Paulo Orosio, que viven con los romanos, no considerándoles como súbditos sino como hermanos.» Su primer rey fué Gundikhar.

Los francos eran aliados de Roma; mas apesar de haber logrado de ella dinero y tierras, apesar de haber entrado en los ejércitos imperiales, siendo sus jefes gobernados por los emperadores, no por eso dejaron de abrumar á la Galia con sus reiterados ataques, ni de penetrar despues de los bárbaros en la orilla izquierda del Rhin. Los *Salios*, que vivian en las islas pantanosas de las bocas de este rio, se distinguieron por sus algaradas y saqueos. Eran ellos considerados como los primeros de todos los francos, porque la familia de sus jefes llamados *Merovingios* ó *Merovingios* (del nombre de un rey antiguo que se consideraba padre comun de la tribu), era respetada como la mas noble de toda la confederacion (1).» Era entonces rey de los salientes «*Clodio* ó *Clodion*, poderoso y muy celebrado en su nacion. Vivía en *Dispargum*, en el país de *Tongres*, y era vecino de los romanos que dominaban hasta el *Loira* (428). Envió á *Cambrai* dos espías que lo examinaron todo, siguióles él, derrotó á los romanos, y se apoderó de la ciudad. Permaneció en ella poco tiempo, y conquistó todo el país hasta *Somme* (2).»

Tales fueron las primeras conquistas de estos francos que un dia debian ser soberanos de toda la Galia. Fué muy diferente su invasion de la de los visigodos y borgoñones. Estos llegaron todos á la vez y formando una nacion con sus mujeres, sus hijos, sus ganados y sus riquezas, buscando una patria y deteniéndose donde la habian conseguido. Aquellos empero venian en pequeñas cuadrillas de soldados sucesiva y aisladamente, no buscando mas que el botin en el país conquistado y llevando en él una

(1) *Gesta Francorum* por *Roricón*, apud *Script. rer. Fran.* t. III —Agustin *Tiercy*, cartas sobre la Historia de Francia.—*Merovingia* era el de toda la tribu. *Roricón*, crónica de *Sigaberto* y la de *Hariulfo* dicen: «*Merovea*, por quien los francos son llamados *Merovingios*.»—(2) *Gregorio de Tours*, histor. ecles. de los franceses, lib. II. cap. 9.—*Fernando*, á quien y en ciertos historiadores cuentan como el primer rey de los francos, no ha existido nunca probablemente. Es invencion de dos crónicas de los siglos VIII y XI.

vida nómada; y su invasión era repetida, incoherente y sin otro carácter que el de una expedición guerrera. Los visigodos y los borgoñones eran cristianos y estaban casi civilizados; olvidaban su patria primitiva, y se contentaban con dejar las armas y cultivar la tierra. Los francos eran paganos y casi salvajes: siempre armados y dispuestos, no querían alejarse de la Germania de donde sacaban sus fuerzas; y únicamente cincuenta años después se convirtieron en propietarios. Extinguiéronse las virtudes guerreras de los primeros con una paz y reposo demasiado precipitados, con el amor á la propiedad y á la familia, y con la molición de la vida social á que prematuramente se habían acostumbrado: al dispersarse por el país olvidaron su organización por tribus, se separaron de sus antiguos jefes, y difícilmente pudieron reunir ya mas sus asambleas nacionales. Las virtudes guerreras de los segundos se fortificaron cada vez mas con los continuos combates y con el desprecio con que miraban el lujo y la civilización: deteníanse en el país sin que ningun lazo atrajerse á él á los indígenas; no partieron las tierras con los galos, sino que se hospedaron en sus casas como lo hacían los soldados de Roma, y donde vivían como amos y á su discreción: permanecieron agrupados al rededor de sus jefes de tribu, y continuaron reuniéndose en sus *mals*, ó asambleas particulares, y en los *campos de Marte*, ó asambleas generales de la nación (1).

Estas diferencias de costumbres de los tres pueblos y el carácter de su invasión causaron su mayor ó menor aptitud á quedar germanos ó á volver á ser romanos; y bajo este aspecto las comarcas donde se establecieron ejercieron sobre ellos una poderosa influencia, pues los menos groseros permanecieron en los puntos mas civilizados, y los mas bárbaros en los que la vecindad á la Germania les comunicaba algo de su estado salvaje. En las leyes de los tres pueblos es donde están mas marcadas las diferencias de su aptitud á la civilización. Eran leyes traídas de la Germania, y que solo mucho tiempo después de la invasión fueron traducidas á la lengua latina.

§. III.—*Leyes de los francos, de los borgoñones y de los visigodos.*
—La ley de los francos ripuarios fué publicada en la mitad del

(1) Mallou, de *mahl*, reunion. Campo de Marte, *campum Martis*.

siglo sexto: la de los francos salios sufrió numerosas modificaciones, de las que la última es del año 798 (1). Las dos tienen á poca diferencia el mismo carácter, y únicamente la primera es menos bárbara y parece mas moderna que la segunda. Es casi únicamente un código penal donde se hallan mezcladas las nociones del derecho político y del derecho civil con las medidas de policía y pormenores de los procedimientos; lo que prueba el estado bárbaro de la sociedad franca que mas deseaba poner un freno á las violencias individuales, que arreglar los poderes políticos. Se halla allí rarísimamente la pena de muerte, y hasta casi siempre podia rescatarse. La pena ordinaria es la *composicion* (wehrgeld), por la cual la ley quiere estorbar las venganzas y guerras particulares estipulando una conciliacion entre el ofensor y el ofendido, y cuando no se admitia, arreglaba las formas del combate judicial. La muerte de un franco valia á su familia un wehrgeld de 200 sueldos de oro, la de un germano un wehrgeld de 160 sueldos, y solamente 100 el de un romano. La

(1) He aquí el prólogo de esta ley, especie de canto guerrero impregnado de zelo salvaje de los nuevos con virtidos y del orgullo natural de conquistadores orgullosos con sus victorias: «La ilustre nacion de los francos, cuyo fundador es Dios, fuerte en la guerra, firme en los tratados de paz, profunda en sus consejos, noble y sana de cuerpo, de una blancura y belleza singulares, atrevida, ágil y ruda en los combates, recientemente convertida á fé católica pura de heregía, dictó por medio de los jefes que entonces en ella mandaban la ley sálica, cuando aun estaba bajo una creencia bárbara; pero buscando la llave de la ciencia, deseando la justicia y siendo piadosa. Escogieron entre todos cuatro hombres que se reunieron en tres *mals*, discutieron con cuidado todas las causas del proceso tratándolas particularmente, y decretaron del modo siguiente: Cuanto con la ayuda de Dios Clodovig, el cabelludo, el hermoso é ilustre rey de los francos recibió el primero el bautismo: todo lo que en este pacto fué juzgado, fué enmendado con claridad por los ilustres reyes Chlodovig, Childeberto y Clotario, y se expidió el siguiente decreto: ¡Viva Cristo que ama á los francos! que guarda á su reino y llena á sus jefes con la luz de su gracia! que protege sus ejércitos, y le otorga signos que atestiguan su fé, la alegría de la paz y la felicidad! y que el señor Jesucristo dirige por los caminos de la piedad los reinos de los que gobiernan! por cuanto esta nacion es la que, pequeña en número, pero fuerte y valiente, sacudió de su cerviz el yugo de los romanos, y la que despues de haber reconocido la santidad del bautismo, adornó suntuosamente con oro y piedras preciosas los cuerpos de los santos mártires que los romanos habian quemado, degollado, mutilado por medio del fuego ó hecho despedazar por las bestias....—Esto ha sido decretado por el rey, los jefes y todo el pueblo cristiano que se encuentra en el reino de los Merewingo. Script. rer. Franc. t. IV, pag. 122, traduccion de Guizot.

muerte de una mujer se apreciaba en un doble de la de un hombre, y la de un obispo en 900 sueldos de oro. Se admitían en los juicios las pruebas escritas, el juramento de los hombres libres que afirmaban la culpabilidad ó inocencia del acusado, y mas frecuentemente aun las pruebas judiciales por medio del agua, del fuego ó del combate.

Descúbrese en este código, esencialmente germano, que los elementos de la tribu franca son casi los mismos en Galia que en Germania, que habia una familia privilegiada de la que se escogia un rey que no era jefe de guerreros, igual en todo á sus compañeros, hombres libres, guerreros y propietarios, colonos y esclavos. Por ella se ve que la tribu decidia sus mismos negocios en sus *mals*, reuniones mas bien domésticas que políticas, donde se hacia justicia y se trataba de toda clase de intereses cordialmente, pero con la lanza en la mano. El artículo mas notable del derecho civil es el que determina que las herencias se hagan por partes iguales á los hijos de ambos sexos; y es el origen de las particiones del imperio franco y del derecho hereditario de las mujeres en el sistema feudal (1). Las leyes sálica y ripuaria han subsistido unidas á las romanas sin estorbarse, y han sido conservadas, á excepcion del norte, por todas las provincias hasta el siglo XI, y se reemplazaron en esta época por el derecho *consuetudinario* formado con los restos de los derechos bárbaro y romano.

Los reyes Gundebaldo y Segismundo escribieron las leyes de los borgoñes (447—534). No es como la de los francos una compilacion de fueros, sino una obra de legislacion regular que anuncia un designio de gobierno. Su carácter mas importante consiste en someter á la misma condicion y establecer sobre un pié de perfecta igualdad al romano y al borgoñon. La monarquía aparece allí como un poder público, modelado sobre la autoridad imperial, que no solamente se dirige á conservar las leyes romanas, sino á reformarlas. De modo que publicó para los vencidos

(1) Se ha abusado en el siglo décimocuarto de un artículo de esta ley, que está completamente en contradicción con la que acabamos de citar, para dar la sucesion á la corona de Francia exclusivamente á la línea masculina. Véase este artículo: «De terrá veró salica nulla portio hereditatis mulieri veniat, sed ad virilem sexum tota terra hereditas perveniat.» Tit. XLII, cap. 6.

por los años de 517 á 532 un resumen del derecho romano conocido por el nombre de *Compilacion de Papiano*. Débese al código de los borgoñes la introduccion de los combates y de las pruebas judiciales. Se conservó como derecho personal hasta el siglo noveno. Ya habia desaparecido entonces el código Papiano.

Bajo el reinado de Eurico se escribió la ley de los visigodos, y al terminar el siglo V: es incomparablemente mas extensa, mas metódica y mas romana que las precedentes, y se ve en ella la mano del clero que aparece como centro de la sociedad. Es un código universal, sistemático, racional, de derecho político, civil y criminal: conoce las necesidades de los ciudadanos y los deberes del gobierno, y concede á la monarquía todo el poder imperial. Además de esta ley de los vencedores, los reyes visigodos publicaron para los romanos en 506 un código que es una reproduccion de los imperiales, y que se conoce bajo el nombre de *Breviario de Aniano*. El código de los visigodos quedó en el mediodía como derecho personal hasta el siglo XI; pero el *Breviario* se ha conservado allí constantemente, y ha sido para los habitantes de la Galia hasta el siglo XII el verdadero manantial del derecho romano (1).

El principio comun á todas las leyes de los germanos es, que el derecho es personal y no territorial; que el individuo, cualquiera que sea el país que habite, tiene libertad de escoger la ley bajo la que quiera vivir. Este principio, extendido hasta en favor de los vencidos, les permitia, si así lo querian, vivir bajo las leyes de los bárbaros, y por su carácter especial del genio germánico, era el principio vital de la tribu germana ó del hombre libre que no obedece mas que á lo que le place. En él estaba incluido el derecho de elegir el rey, de escoger el jefe de guerra, de defender sus intereses en el perjuicio; y que al contrario del fundamento de las antiguas sociedades, el hombre por él, lo era antes que ciudadano. De modo que el elemento mas trascendental que importaron los germanos á la sociedad moderna, es la passion de la independendencia personal y respeto hácia la voluntad del hombre. Elemento fecundo en consecuencias, como las de la

(1) Guizot, *Hist. de la civiliz. en Francia*, 3.^a, 10.^a y 11.^a leccion.—Savigny, *Histor. del derecho romano*, t. I y II.—Fauriel, *Historia de la Galia meridional*, t. II, pág. 5.

libre asociacion de los compañeros de guerra, la fé de hombre á hombre y la adhesion individual, siendo causa de que, aparte de su admiracion hácia todo el edificio romano, respetasen hasta el derecho de los vencidos, no se empeñasen de ningun modo en imponerles sus leyes, sus costumbres y su lengua, y no ambicionasen otra cosa que dominar la tierra sin gobernar á los hombres. Gracias á esa tendencia la civilizacion ha sido mas poderosa que la barbarie; y los germanos influyeron menos en la sociedad romana por las instituciones que trajeron, que por las que nacieron de su situacion entre los vencidos. En fin el elemento romano pudo mas que el germano en la civilizacion de Francia.

§. IV.—*Invasion de los hunos.—Batalla de Chalons.*—Los tres pueblos principales que debian formar la nacion francesa mezclándose con los galo-romanos, eran los visigodos, los borgoñones y los francos. Iban adelantándose estos gradualmente hácia el mediodía, el oriente y el norte, aprisionando entre el Loira, el Saona y el Soma, las provincias unidas aun al Imperio; y en las cuales los jefes de milicias imperiales, iguales á los reyes germanos por su ambicion, sus saqueos y hasta por su origen, defendian los restos de la *cosa* romana al frente de tropas bárbaras.

Gobernaba entonces la Galia Ecio en nombre de Valentiniano III, sucesor de Honorio, y luchaba con un ejército de hunos, alanos y confederados de todas las razas, no solo contra las invasiones de los tres pueblos germanos, sino contra las revueltas de los bagaudos y las hostilidades de los armoricanos. Derrotó á los visigodos que poseian el mediodía con bastante prosperidad, y querian extenderse hácia el Ródano y el Loira (423): obligó á los borgoñones á abandonar el país situado entre el Rhin y el Mosela, hasta donde habian llegado: hizo retroceder á los francos hasta el Escalda y el Dile, y á quienes mandaba al principio Clodion y despues Merewig ó Meroveo su sucesor (447). Pero una invasion mas terrible que todas las demás detuvo al hábil general en medio de sus victorias, y amenazó destruir al mismo tiempo á los antiguos y á los nuevos poseedores de la Galia.

Despues de sus victorias sobre los godos quedáronse los hunos al otro lado del Danubio, á excepcion de algunas hordas que se hallaban dispersas por el imperio. Atila, uno de los jefes de estos

bárbaros, consiguió reunir bajo su poder á todas sus tribus, y [conquistar todos los países de donde habian salido los pueblos que devastaban entonces el mundo romano. Extendíase el camino que siguió su dominacion desde el Báltico al Ponto Euxino tocando en el Danubio y en el Rhin, y perdiéndose en los hielos del norte y los pantanos del Asia; y su morada era un campo en los prados del Danubio. El monstruo bárbaro, [sentado sobre un escabel delante de una mesa cubierta de platos de madera y de groseros manjares, recibia á los embajadores de Roma y de Constantinopla, por lo que enviaba á decir á los emperadores: «Atila, vuestro soberano, os manda que le prepareis un palacio (1).»

De pronto muda de permanencia, y arrastrando detrás de sí una cuadrilla de reyes germanos, eslavos y tártaros, se adelanta hácia el imperio de Oriente, y lo saquea todo hasta Constantinopla. Teodosio II, sucesor de Arcadio, solo logra detenerlo doblándose á las condiciones mas vergonzosas. Entonces el conquistador se vuelve hácia el Occidente y entra en la Galia (450): glorioso con los títulos de Azote de Dios y Martillo del universo, que se dá él mismo, los justifica destruyéndolo todo en su camino, porque no quiere, decia, que vuelva á crecer la yerba en donde pisa su caballo. No quedan en pié al norte del Loira mas que Troyes y Paris.

Ecio invita á la defensa comun á todos los habitantes de la Galia, romanos ó bárbaros. Los visigodos, desposeidos sesenta años antes por los hunos, no querian cederles su nueva patria, y se unen á los romanos. Siguen su ejemplo los borgoñones y los pueblos de la confederacion armoricana. Entre los francos se pusieron bajo las águilas romanas solamente los salios, mandados por Meroveo, y las tribus de la orilla derecha del Rhin se unen á los hunos con la esperanza de l pillaje.

Componíase el ejército de Ecio de galos, visigodos, borgoñones, francos, alemanes, etc.; y el de Atila contaba pueblos de las mismas razas como ostrogodos, gépidos, francos, hérulos, turingios, etc. Dióse la batalla cerca de Chalons (451), y fué espantosa. Murió en ella Teodorico cuarto rey de los visigodos: los francos y los borgoñones tuvieron grandes pérdidas. Vencido

(1) Chronic. Alexandr. p. 731.

Atila, se retiró lentamente, sin que Ecio se atreviera á perseguirle.

Salvóse la civilizacion europea.

El devastador se fué á Italia. Al acercarse á ella, algunos pescadores de Venecia se refugiaron en los islotes del Adriático, donde edificaron una pequeña ciudad (451); «y hé aquí á la opulenta, misteriosa y voluptuosa Venecia, cuyos palacios vuelven á entrar hoy en el barro de donde salieron (1).» Al siguiente año murió Atila, y con él su imperio. Sus soldados se acuchillaron las mejillas sobre su tumba para llorar al esterminador, «no con lamentos y lágrimas de mujer, sino con sangre de hombre (2).» Los hunos volvieron á entrar en el Asia, y recobraron su independencia los pueblos por ellos sojuzgados.

§. V.—*Fin del imperio de Occidente.*—La invasion de Atila dió una herida mortal al imperio de Occidente, que ya no hizo mas que arrastrar sus últimos restos en la vergüenza y la miseria. Ya no habia mas que bárbaros en el Imperio; y no se encuentran apenas huellas, no solo de la residencia de los romanos, sino aun de su existencia. Parecia que el mundo entero se habia conjurado para su destruccion: la guerra, el hambre, el incendio y la peste se disputaban la vida de los hombres: el desierto se apoderaba sin cesar de la tierra civilizada; «y habia, dicen Salviano y san Gerónimo, ciudades llenas de cadáveres, sin mas habitantes que las aves de rapiña, y hasta los animales desaparecian. El suelo se cubrió de malezas y de bosques. La Galia habia sido devastada como si hubiera pasado sobre ella el Océano, el Africa devorada hasta las entrañas; y el incendio habia barrido la Bretaña como una lengua candente (3).» Igual destruccion tocó á Gre-

(1) Chateaubriand, *Estudios históricos*, t. II, pág. 319.—(2) Jornandes, cap. 49.—

(3) Salvian. de Gubern. Dei, lib. VI.—Hieron. ad Sophron.—Gildas, de Excidio Britannie.—Despues que fueron abandonados los bretones por las legiones romanas, no pudiendo resistir las invasiones de los pictos y escotos, llamaron en su ayuda á los piratas ingleses y sajones. Rechazaron estos al principio á los bárbaros de la Caledonia, alláronse despues con ellos, y atacaron unidos á los bretones que fueron vencidos. Este pueblo se refugió en la parte occidental de la isla que se llama aun el país de Gales y quedó en ella independiente. Algunas tribus se embarcaron y fueron á parar á la península armoricana á la que dieron el nombre, mientras que su país, donde los anglo-sajones fundaron pequeños estados, tomó el de Inglaterra (England).

cia, España é Italia, y otra vez fué tomada Roma para completar su ruina. Esta vez fueron los vándalos, los que habiendo pasado de España á Africa salieron de la antigua Cartago para ir á saquear durante catorce dias á la ciudad Eterna (455). En fin el Imperio se extinguió sin ruido, sin sacudimientos, y por decirlo así, de muerte natural, despues de haber cambiado veinte veces de soberanos y de haberlos recibido con frecuencia de la misma mano de los bárbaros. Pónese á la cabeza de los hérulos, rugien- ses y alanos con otros confederados de Italia un bárbaro llamado Odoacro; se apodera de Roma, y casa con su hija al hijo de un secretario de Atila, que el senado habia tomado por jefe bajo los nombres de Rómulo y Augusto. En vez de hacer un nuevo emperador, envió al César de Oriente los ornamentos imperiales, recibió de él el título de patricio, y tomó el de rey sin tomar el nombre de ningun país ni nacion (476). El senado declaró que un emperador era bastante para llenar con su majestad el Oriente y el Occidente, y que la residencia del imperio quedaba transferida á Constantinopla.

Solo hubo un título de menos en el Occidente. El órden social del imperio romano continuó existiendo, apesar de faltarle el nombre, siendo aun objeto de pesar para los vencidos y de respeto para los vencedores. Lo mismo que era el mundo romano desde los sucesores de Constantino, lo será fundamentalmente hasta los de Carlomagno, tomando sucesivamente un tinte mas marcado de barbarie. Consérvanse, hasta en las provincias donde los reyes germanos han elevado sus tronos salvajes, la administracion judicial y municipal, las magistraturas, las dignidades, y en fin todos los medios de gobierno. Los bárbaros se atavian con todas las pompas, exterioridades y vestiduras de la antigua sociedad: dirijen ya sus órdenes á los vencidos en lengua latina y con fórmulas imperiales: se envanecen conservando los títulos domésticos de la antigua corte, «y fundan su gloria en ponerse sobre su traje angosto y abigarrado la púrpura consular que se les envia desde Constantinopla (1).»

Despues de cinco siglos de duracion cesó entonces la union política de la Galia con el imperio romano, apesar de que este

(1) Chateaubriand, Estudios históricos, lib. V.

país continuó siendo romano en cuanto á sus costumbres y afectaciones, y recibiendo sus leyes de los emperadores. Los restos de las provincias independientes aun eran incapaces de hacer resistencia á los bárbaros: ocupaban ya los borgoñones todo el curso del Ródano: los francos habian llegado hasta Tournay; y los visigodos poseian casi todo el mediodía hasta el Loira. No habia para los galos otro medio de salvacion que el hacer la paz y unirse con los bárbaros, y la Iglesia guió por este camino á los unos y á los otros.

Ganaba siempre la iglesia de Occidente euando el imperio recibia una herida: á medida que el imperio temporal y la sociedad romana se disolvian, tomaban extension y consistencia el gobierno espiritual y la sociedad cristiana; y los triunfos de la Iglesia principiaron á la caída del Imperio. No le tenia esta afecto, porque la ocultaba con su majestad y la ligaba con sus instituciones, ni eran de su gusto aquellos emperadores que la habian elevado al poder, « porque intervenian en sus creencias, y hacian depender su destino de sus caprichos (1); » conservando para con ellos un aspecto de gratitud y de dependencia, en cuya posición hubiera permanecido si hubiera subsistido solo el nombre del Imperio, lo que se atestigua con lo que pasó en Oriente. Luego que cayó el Imperio se vió libre de la proteccion que la embarazaba, moviéndose á su voluntad y desarrollándose á su gusto en poderío. Manifestó desde entonces tendencias « á hacer suceder un imperio espiritual al temporal; » á retener, dice Sidonio, á los pueblos bajo la autoridad de Roma por el lazo de la fe, y á reemplazar con la unidad religiosa la política. En medio de los restos de tantos pueblos, leyes y creencias, al través de los obstáculos que le oponian las antipatías de las naciones, la diferencia de costumbres y de lenguas, sus propias discordias y las herejías, proclamó « la unidad como principio, y la universalidad como fin; » hecho glorioso y potente que ha hecho inmensos servicios á la humanidad desde el siglo V al XIII. La unidad de la Iglesia es la que ha conservado algun lazo entre pueblos y países que por otra parte tendian de todas veras á separarse; y ella desde el seno de la mas espantosa confusion polí-

(1) Sócrates, Histor. eclesiástic. lib. V.

tica que jamás haya conocido el mundo, ensalzó la idea mas lata y mas pura que jamás haya unido á los hombres, la idea de la sociedad espiritual ; pues en ella está escrito el nombre filosófico de la Iglesia, y ella contiene el tipo que quiso realizar (1).

Faltábale una espada á este imperio espiritual. La Iglesia bendijo la de los francos.

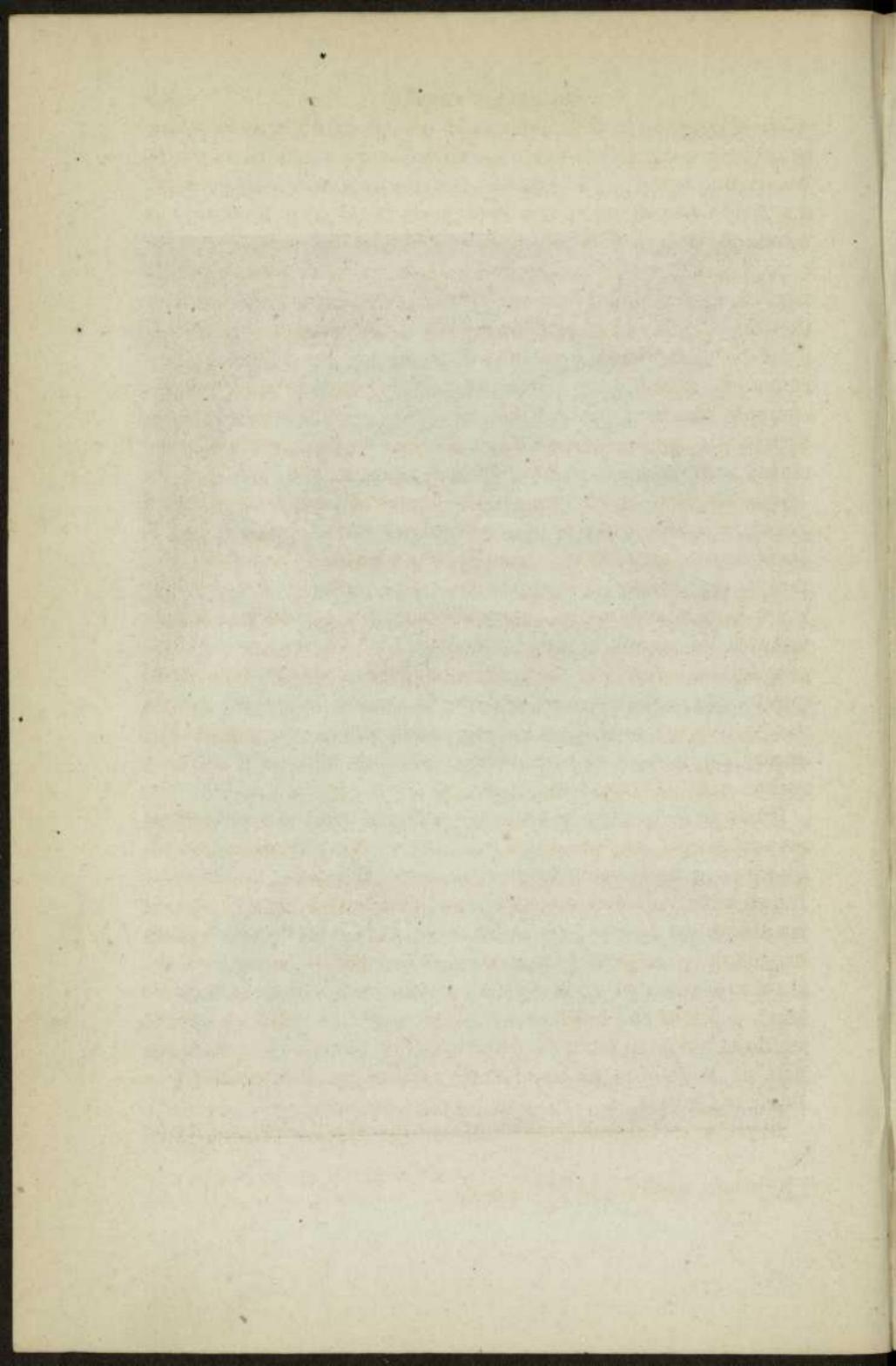
CAPÍTULO II.

Clodoveo. (476—511.)

§. I.—*Situacion de los godos, de los borgoñones y de los francos.*
 —*Childerico.*—Sucedieron en el trono á Teodorico primero, rey de los visigodos, Turismundo y Teodorico segundo, y luego Eurico, hombre de genio para la civilizacion y para la guerra, y que llevó á su apogeo la grandeza de su nacion (466). Luego que acabó la conquista de España que poseian los suevos, se apoderó de la Provenza, del país que abrazan el Loira y el Dordoña, y acometió á la Auvernia que le costó muchos años de guerra. Solo desde el siglo anterior habia adoptado esta comarca, largo tiempo aferrada á su existencia céltica, la lengua y las costumbres de Roma ; pero de tal modo se habian grabado en ella, que hizo á los visigodos una resistencia heróica, en la que se distinguió el obispo de Clermont, Sidonio Apolinario. No pudo obtener ningun auxilio de los emperadores, y fué cedida auténticamente á Eurico. Hízose entonces este monarca muy formidable y aspiró á la conquista de toda la Galia. Extendíase su reino desde los Alpes hasta el Océano, y desde el Loira al Tajo. El centro de la política de Occidente era su corte de Tolosa: tenia correspondencia con los bárbaros de todos los países, é igualaba en civilizacion y sobresalia en poder real á la misma Constantinopla. « O Roma, escribia Sidonio, tú misma vienes aquí á suplicar por tu vida, y cuando el norte te amenaza con alguna turbulencia, tú imploras la ayuda del brazo de Eurico contra las hordas de la Escitia, y pides al poderoso Garona que proteja al Tíber debilitado (2). »

(1) Guizot, *Civil. de Francia*, t. I, p. 421.—(2) Sidonio Apolinario, lib. VIII. cap. 2.





Los ostrogodos, que despues de la muerte de Atila se hallaban acantonados en la Panonia, y pasaron despues á la Iliria y á la Macedonia, tomaron por jefe á Teodorico y alcanzaron del emperador Zenon permiso para establecerse en Italia (489—493). Fueron vencidos Odoacro y los confederados. Teodorico conquistó toda la península, y extendió su dominacion hasta la Recia y la Nórica. Este grande hombre, que habia sido educado en la corte de Constantinopla, conservó las leyes y administracion romanas, tomó las costumbres y política de Roma, se rodeó de ministros romanos, protegió las letras y la agricultura, y no dejó á sus compatriotas mas que la profesion de las armas. Pero al mismo tiempo regeneró el despotismo imperial con las llagas de la sociedad pagana, como la fiscalizacion, la esclavitud, etc.

Mandaba pues en casi todo el Occidente la doble familia de los godos, y amenazaba ser la sucesora del poder romano; pero á pesar de su engrandecimiento político y de su anhelo de civilizacion, encerraba un vicio que arruinó su porvenir. Era arriana, y por lo mismo enemiga de la unidad, deseosa del restablecimiento del pasado y antipática á los pueblos vencidos. Eurico propagó la herejía con ardiente conviccion, y era «tal el odio que tenia al nombre católico, que se dudaba si era jefe de una nacion ó de una secta (1).» Fueron perseguidos los ortodoxos con encarnizamiento, y se prepararon, especialmente en la Galia, á rechazar la dominacion de los godos.

Igual vicio manchaba á los borgoñones, y el mismo destino les amenazaba, aunque no fueran intolerantes ni perseguidores. Quedar separado de la Iglesia, es decir, del poder que tenia la fuerza social, era condenarse á una efímera existencia. Y además las discordias de sus jefes habian agitado la dominacion de los borgoñones. Despues de la muerte de Gundikhar, se repartieron el reino sus cuatro hijos (436). El primogénito Gundebaldo hizo morir á dos de sus hermanos juntamente con sus hijos, y reinó unido al tercero, llamado Gundegesildo. Solamente quedó una hija de la familia de los dos reyes muertos. Era católica y se llamaba Clotilde.

El poder de los francos era muy insignificante durante aque-

(1) Sidonio Apolinario, lib. VIII. cap. 2.

la época (1). Divididos en numerosas tribus independientes, no pensaban mas que en destruir las ciudades y las iglesias, llevándose el botín á sus campos y bosques. Sus jefes, llamados en tudesco *konungs* y *grafs* (2), parecian no tener intencion de establecerse en ninguna parte, aunque hubiesen tomado ya de los romanos el lujo, los títulos y hasta el lenguaje. Entre tanto los salios se adelantaban hácia el mediodía y el occidente, y señores de Tournay y de Arras, extendian sus correrías hasta el Soma. Los ripuarios estaban acantonados en Colonia, y parecia que no deseaban alejarse del Rhin. Childerico era el rey de los salios, y Sigeberto de los ripuarios, y los dos eran de la noble familia de los Merovingios (458). Habia otros jefes establecidos en Cambray, en Calais y hasta cerca del Mans.

El único país no ocupado por los bárbaros era el que se hallaba entre el Mosa y el Loira: una parte pertenecía á la confederacion armoricana, y la otra estaba mandada por Egidio, jefe de milicias romanas, que tendia á crearse una dominacion independiente á ejemplo de los reyes germanos. Buscó el apoyo de los francos, y habiendo sido Childerico destronado por sus soldados, porque habia ultrajado mujeres libres, fué reconocido por ellos como jefe, y los tomó á sueldo, como frecuentemente lo habian hecho los emperadores. Sucedióle despues de su muerte su hijo Siagrió como *rey de romanos* (3); pero los salios llamaron á Childerico para que los mandase. Siagrió intentó reunir bajo su dominacion á los bárbaros, adoptó sus costumbres y su lengua, y adquirió de ellos tanta influencia, que iban á exponerle sus disputas á su tribunal, y que los romanos le llamaban el salon de los hombres del norte; pero no pudo conseguir sus proyectos,

(1) Gildas, de Excidio Britannia.—(2) *Konung* ha sido traducido por *rey*, y *graf* por conde. «El conde verdaderamente era elegido por el pueblo: tal vez en algunos distritos esta dignidad era hereditaria, y mas antigua y generalmente establecida que la monarquia.» (Histor. del derecho romano por M. Savigny, traducida por M. Guenoux, t. I, p. 203).—Tacito dice de los Germanos: «Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt.»—(3) Es el título que simplemente le da Gregorio de Tours, y atribuíase el título real en esta época á todos los que mandaban en un país ó ejercian en él una autoridad cualquiera. El obispo de Paris Evodio dice, hablando de un ejército del gran Teodorico, lo siguiente: «El número de los reyes que habia en este ejército casi igualaba al de los soldados.» Véase Agustín Thierry, Carta IX sobre la Historia de Francia.

porque encontró un rudo adversario en el rey de los salios que sucedió á Childerico (481).

§. II. — *Batallas de Soissons y de Tolbiac.* — *Conversion de los francos al cristianismo.* — Llamábase este rey Ilodewig ó Clodoveo. Su madre era mujer de un jefe de los turingios, pueblo de la confederacion franca que habitaba al otro lado del Rhin. Un día abandonó á su marido, fué á encontrar á Childerico, y le dijo: «Sé que eres fuerte, valiente y sábio, y vengo por eso á vivir contigo, y advierte que si hubiera sabido que había otro mas sábio que tú, hubiera codiciado su compañía (1).» El hijo que nació de esta union fué un hombre activo, astuto y ambicioso, y dotado de cualidades superiores: desde que sucedió á su padre, concibió el proyecto de establecerse en la Galia, y de arrojar de allí á los que la poseian. Como no contaba su tribu mas que unos tres ó cuatro mil guerreros, se asoció á otras, y reunió una turba de hombres de otros países, atraídos por su fama de equidad en el reparto del botin. Unido á ellos acometió á las milicias romanas cerca de Soissons (486). Fué vencido Siagrio, y se refugió entre los visigodos. Alarico II, sucesor de Eurico, lo entregó á Clodoveo, que le hizo matar. Extendíase entonces la dominacion de los salios hasta el Sena; y como nadie pagaba á los soldados romanos, vivieron como aventureros sobre el país.

La batalla de Soissons destruyó los últimos vestigios de la dominacion romana en la Galia, y entregó definitivamente el país á sí mismo y á los germanos. Ella determinó á los obispos á ponerse en relacion con los francos. La Iglesia estaba entonces arrastrada por el instinto de favorecer á los bárbaros, pues se regocijaba con estas olas de hombres que debía trasformar. Frente á frente de las calamidades que inducian á los paganos á acusar al cristianismo de causador de la ruina del imperio, y á los mismos cristianos á dudar de la Providencia, levantó la voz para demostrar que todas las desgracias del mundo provenian del despotismo imperial, y que las victorias de los bárbaros eran designios de Dios. «Los mismos bárbaros, dice Salviano, confiesan que no procede de ellos lo que hacen, y que son arrastrados é impelidos adelante por una mision divina.»

(1) Gregorio de Tours, lib. II. cap. 42.

Luego que cayó el imperio, fiel la Iglesia á sus proyectos de unidad, buscó el de los pueblos germanos que debia tomar por sucesor de los romanos; y como veia que los borgoñones y los godos amenazaban extender el arrianismo en el norte, se volvió « con un amor lleno de esperanza » hácia los francos, y los eligió para hacerlos su brazo derecho y darles la dominacion del Occidente. Era un pueblo jóven, ingénuo, que no habia desmerecido de su salvaje energía, y que debería recibir dócilmente el cristianismo puro y simple de la Iglesia latina, que no habia hecho aun prosélitos entre los bárbaros. Hízose amigo de Clodoveo el obispo de Reims Remigio (1); y tal vez sus consejos hicieron que el rey franco se casara con la única mujer católica que habia habido en las familias de los reyes borgoñones. Sabian los obispos que los mas ardientes misioneros de esta religion eran las mujeres, y por la cual ellas adquirian una nueva vida. En efecto « la esposa fiel, enlazada á un marido infiel, no descansó hasta que aquel conoció la verdad. » Ella dulcificó su corazon, y preparó su conversion.

Intentaron en este tiempo los alemanes pasar el Rhin (496). Los francos ripuarios pidieron auxilio á los francos salios: Clodoveo acudió para rechazarlos, y sus tropas, unidas á las de Sigeberto, acometieron á los alemanes en Tolviac, cerca de Colonia. Mientras los francos suplicaban á Clodoveo alzando sus manos al cielo, prometió al Dios de Clotilde hacerse cristiano si ganaba la batalla. Los alemanes fueron derrotados. Algunas de sus tribus se pusieron bajo el dominio de Clodoveo, conservando sus leyes y sus jefes; y los demás se fueron á establecer á la Decia bajo la proteccion de Teodorico.

Esta victoria era el complemento de la de Soissons; y probando que los francos estaban resueltos á no admitir á nadie mas en el repartimiento de la Galia, hizo á Clodoveo mas poderoso que

(1) Sus relaciones tuvieron principio sin duda cuando habiéndose hallado entre el botin de la batalla de Soissons un vaso precioso de la iglesia de Reims lo reclamó Remigio. Clodoveo que deseaba complacer al obispo, pidió á sus soldados este vaso como su parte de botin; pero uno de ellos le dijo: «Lo tendrás si te lo da la suerte» y lo partió con el hacha. Poco tiempo despues de esto al pasar el rey su revista le arranca al soldado su hacha de armas, y mientras este la vá á recoger le parte la cabeza con su hacha diciéndole: «Acuérdate del vaso de Soissons.» (Gregorio de Tours. lib. II.)

los demás reyes francos. El obispo de Reims le obligó á que cumpliera su voto. Clodoveo dudaba por temor de sus soldados; mas diciéndole estos que estaban dispuestos á servir al Dios que Remigio proclamaba, se decidió á recibir el bautismo con tres mil de los suyos. Empleáronse en esta ceremonia, que tuvo lugar en la basílica de Reims, todo el lujo, todas las artes y magnificencia de los romanos. Los bárbaros se creían trasportados á las pompas del paraíso, y maravillado Clodoveo preguntaba si estaba ya allí el reino de Dios. «Sicambro, le dijo el obispo, inclínate dócilmente la cerviz, adora al que has quemado, y quema al que has adorado (1).»

La Iglesia triunfaba y tomaba posesion de sus primogénitos.

Fué un suceso muy importante, y que inauguró el engrandecimiento de los francos y de la Galia (496). Es ya desde este momento el centro del catolicismo, de la civilizacion y del progreso, y se apodera de la magistratura en el Occidente que no ha dejado de ejercer, ya por sus armas, ya por sus ideas. Desde este momento en fin sucedió á la romana la civilizacion francesa que comienza, y cuyo elemento fundamental habia ya sido entonces creado.

§. III.—*Consecuencias de la conversion de los francos.*—Con la conversion de Clodoveo cambió la Iglesia de situacion, y pasó, lo mismo que la sociedad, del estado *imperial* al estado *bárbaro*. Así como hasta entonces habia tenido «delante de los reyes cubiertos de púrpura» un aspecto de dependencia y de inferioridad, tomó ante los reyes vestidos de armiño (2) un tono de bienhechora y de soberana. Al abandonar la causa del imperio, se hizo auxiliar de la invasion, y la amiga y consejera de los bárbaros, á quienes trazó su marcha política, dirigió en sus conquistas y apoyó su dominacion, á la sombra de los cuales negoció, administró y gobernó, y su historia fué tambien la de los francos (3). Mediadora entre vencedores y vencidos, inclinó á los unos á la moderacion, á los otros á la obediencia, pero po-

(1) Gregor. de Tours lib. II. cap. 34.—Vita S. Remigii, apud Scrip. franc. p. 377.—Dubos. Histor. del establecim. de la monarquía francesa.—(2) Sidon. Apolin. Carta, lib. VII.—(3) Esto explica porque Gregorio de Tours dió á su obra el título de *Historia eclesiástica de los francos*.

niendo siempre la cruz sobre la cabeza de los oprimidos y en brazos de los opresores.

De este modo salvó y mezcló el clero los elementos romano y germánico que debían formar la sociedad moderna. Sin él hubiera desaparecido la civilización de la Galia bajo los golpes de estos conquistadores destructores que solo hallaron un obstáculo en los obispos, únicos magistrados representantes y defensores de la sociedad romana. Y á pesar de su guerrera energía, tambien los conquistadores hubieran sido absorbidos por las ruinas causadas por ellos mismos, si no hubiesen encontrado una fuerza moral para embotar, conducir y trasformar su fuerza material. La Iglesia fué el lazo que unió al mundo antiguo con el moderno, y patrocinadora de los galos, se nacionalizó entre los francos.

Clodoveo al convertirse al cristianismo recibió del clero una nueva naturaleza: fué un rey piadoso, valiente, glorioso y muy ensalzado; adulado y ofrecido con transporte á los galos: la Iglesia formó un círculo de santidad en torno de su primogénito, y el obispo de Roma felicitó con efusion al nuevo Constantino (1). «El señor ha proveído las necesidades de la Iglesia, le dijo, dándole por defensor un príncipe armado con el casco de la salud. Sea por siempre para ella una corona de hierro, y te dé la victoria sobre tus enemigos.»

Los papas vieron entonces crecer la consistencia y la realidad de su poder: sin otro soberano que el rey de los ostrogodos, que solamente confirmaba su elección, se mostraron á los francos mas como príncipes independientes y señores de Roma, que como sucesores de san Pedro y de los obispos de la antigua capital del mundo, y tomaron tambien hábitos de soberanos temporales y espirituales. Acostumbráronse los francos á mirar á los pontífices como á unos dioses terrestres: su sumision acarreó la de los demás pueblos: la unidad religiosa inútilmente soñada por Constantino comenzó teniendo por instrumento á la monarquía germana, y dejando de ser súbdita del poder imperial; «y reconocida Roma por los mismos bárbaros como el origen de su

(1) Gregor. de Tours, lib. II. cap. 34.

dóminacion, pareció que volvía á comenzar su existencia continuando siendo la ciudad Eterna (1).»

Clodoveo despues de su conversion intentó hacerse soberano del país que abrazan el Sena y el Loira, donde dominaba la confederacion armoricana. « Pero las ciudades de aquel país, que eran fuertes y ricas, sostuvieron con ardor la guerra. » Entonces los francos les invitaron que se asociasen con ellos; y los armoricanos, exceptuando los habitantes de la península, que veian á estos bárbaros convertidos al cristianismo, consintieron con gusto. Y además los restos de las milicias romanas que se hallaban aisladas en la extremidad de las Galias sin comunicacion con Roma, no queriendo reunirse con los pueblos aryanos á quienes detestaban, se entregaron con sus banderas y el país que habitaban á los armoricanos y francos reunidos, conservando tan solo las costumbres de su patria (2).

Los obispos fueron los que prepararon y ayudaron esta importante sumision, y en ésta ocasion sin duda fué cuando san Remigio indicó á Clodoveo la conducta que debia observar con sus nuevos súbditos, deseando de este modo trasformar al jefe bárbaro en magistrado romano. « Ten abierto tu pretorio para todos, y si alguno se presenta ante tí, no permitas jamás que diga que es un extranjero. — Honra á los sacerdotes prelados y no hagas nada sin su consejo; y cuanta mas armonía guardes con ellos, mas sólida y suave será tu dominacion (3).»

Y por el solo hecho de convertirse á la fe católica, el jefe de tres mil aventureros miserables se halló trasformado en soberano de casi toda la Galia. Los francos comenzaron á mirar á este país como á su nueva patria, y á formar en ella establecimientos, dándole el nombre de Francia. Los historiadores pues han podido hacer constar en esta época el principio de la *monarquía francesa*.

§. IV.—*Situacion de los francos y de los galos despues de la conquista.*—*Alodios y feudos.*—Al instalarse definitivamente en la Galia los compañeros de Clodoveo no siguieron el ejemplo de los visigodos y borgoñones: los unos se apoderaron de los dominios sin amos; los otros arrojaron á los propietarios, ó les obli-

(1) Chateaubriand, Estudios históricos, t. III.—(2) Procopio, De Bello Gallico lib. I.

—(3) Apéndice á la Historia de Gregorio de Tours. p. 1326.

garon á esplotar las tierras en su beneficio, y otro pequeño número se arregló con los habitantes y se las repartió con ellos.

A pesar de tan violenta y desordenada expropiacion, como los vencedores habitaban solo en las campiñas, y los vencidos estaban retirados en las ciudades, cambió poco el estado político de los galos con la conquista; y las ciudades conservaron, con la proteccion de los obispos, casi toda su independenciam. Quedaron libres la mayor parte de los ciudadanos, sometidos á sus leyes romanas, gobernados y juzgados por sus propios magistrados, y poseyendo aun grandes riquezas territoriales. Pero si cambió muy poco el estado civil de los galos, deprimióse mas aun su estado moral; pues envilecidos ya por los oficiales imperiales, no experimentaron ningun sonrojo por su posicion bajo el dominio de los bárbaros. Fueron para con estos unos vencidos espirituales y cobardes ante vencedores ignorantes y valientes: con su astucia, inmoralidad y codicia, intentaron por todos los caminos salir de la clase de vencidos, admitiendo todas las funciones por serviles que fueran, arrastrándose delante de sus señores, dedicándose á todas las profesiones y oficios; siendo ministros, secretarios, poetas, colectores y verdugos, y siempre vejados, oprimidos y atormentados con exceso.

En el establecimiento territorial de los francos hacia poco que los jefes se apoderaran de las posesiones galas, para vivir ellos y sus compañeros de sus productos: los soldados prefirieron las riquezas mobiliarias; de modo que generalmente las tierras llamadas *alods* ó alodios (en latin *sortes*) (1) se repartieron en grandes masas y entre un pequeño número de manos. Estos jefes reemplazaron en cierto modo á los prefectos y gobernadores, y tomaron los títulos de *duques* y *condes*; pero aunque reuniesen el poder militar y el civil, que habia separado Constantino, se limitaron ordinariamente á dominar el país por sus soldados, á presidir las asambleas de los francos, á imponer sobre los galos tributos accidentales é irregulares; y por fin á convocar á los hombres libres, tanto francos como romanos, que componian los tribunales, y pronunciar las sentencias que ellos daban.

Lo mismo que en los bosques de la Germania distribuía el jefe

(1) En tudesco *al-od*, todo bien, ó *loos*, suerte (Véas. Agus. Thie. Cart. sobre la Historia de Francia, p. 472).

á sus compañeros los caballos, las armas y las esclavas, el rey repartía en los campos de la Galia las tierras á sus guerreros. Llamáronse estas tierras *feods* ó feudos (en latin *beneficia*) (1), y tuvieron origen la dispersion y desigualdad de condicion de los francos. No hubo firmeza y regularidad en la concesion de estos dones, esencialmente revocables, pero que tenian mas ó menos rigor segun la fuerza y los intereses del obligante y el obligado. Unos eran enteramente temporales, otros vitalicios y algunos hereditarios. El servicio militar y algunos otros servicios domésticos eran de obligacion ordinaria, y consecuencia indispensable la fidelidad al donador; pero todas las demás condiciones variaban y dependian de la voluntad de las partes. Los beneficios dados por los reyes ó por los demás jefes se subdividieron en sub-beneficios dados por el primer beneficiador á sus compañeros, y de aquí se derivó la clase de *vasallos* (2) y de vasallos de los vasallos, ligados los unos á los otros por obligaciones semejantes, y en la que la relacion hácia el primer donador era muy lejana y muy vaga. De esto se originó la especie de gerarquía de tierras y personas, que debia terminar formando el *régimen feudal*. Los beneficiadores se inclinaron á guardar hereditariamente sus beneficios, y los donadores á volverlos á tomar cuando quisieran; y como al cabo de cuatro siglos los quitaron los primeros, resultó con la feudalidad un nuevo orden social (3).

Otra de las condiciones de los feudos hechas á los francos fueron las concesiones de tierras, llamadas *tributarias*, hechas á los colonos galos por los vencedores bajo condiciones muy diversas. Unas veces los colonos eran libres y pagaban al propietario cierto tributo, otras eran sus arrendadores y le daban todos los productos de su tierra, y otras por fin la cultivaban como siervos. Generalmente fué mas penosa su condicion que bajo la dominacion romana, porque no habia un poder público que interviniera entre los colonos y sus señores; pues los jefes francos reunian los derechos de soberano y de propietario. Pero desapareció casi enteramente la esclavitud doméstica desconocida para los ger-

(1) *Feh-od*, propiedad mueble, renta, sueldo militar (Véas. *ibid.*).— (2) *Vassus* ó *vasallus*, de *gessell*, compañero. Palabra que no apareció en las actas hasta el siglo X.— (3) Guizot, cuarto ensayo sobre la Historia de Francia.

manos, trocándose en una especie de servidumbre mas ó menos envilecedora. Los *lites* ó *plebeyos* (que eran los nombres que daban los germanos á sus esclavos) eran hombres de inferior condicion (1), y gracias á las ideas evangélicas, su vida fué casi siempre respetada.

De suerte que, segun el modo con que estaban repartidas las propiedades, podia en resúmen dividirse la poblacion galo-franca en aquella época en cuatro clases: 1.^a los propietarios de alodios; 2.^a los propietarios de feudos; 3.^a los tributarios, y 4.^a los esclavos. Las dos primeras clases se componian principalmente de francos, y las dos últimas de galos, aunque no habia en esta nada de uniforme ni exclusivo. No habia una verdadera y fija línea divisoria entre ellas: los propietarios de alodios podian ser al mismo tiempo poseedores de feudos y hasta tributarios, y habia mucha desigualdad entre los diferentes miembros de estas cuatro clases; pero generalmente puede asegurarse que con diversas graduaciones la poblacion libre estaba incluida en las tres primeras (2).

§. V.—*Conquistas de los francos sobre los borgoñones y visigodos.—Batalla de Vouglé.*—Mientras los francos acampados en el norte formaban un ejército compacto y casi extranjero en el país, donde dominaban, los bárbaros del mediodía estaban esparcidos y confundidos con los romanos, de los cuales tomaron las costumbres y la debilidad, y se acarreaban su enemistad persistiendo en la herejía de Arrio. «La nombradía de los francos se habia extendido por toda la Galia meridional, y era deseada en ella su dominacion (3).» Los obispos mismos se pusieron de acuerdo con Clodoveo y le animaron á conquistar el país. Supiéronlo los borgoñones y visigodos, y trataron á los galos con desconfianza y tiranía: muchos obispos fueron arrojados de sus sillas y obligados á huir al país de los francos.

Los reyes de los borgoñones eran Gundegesildo y Gundebaldo.

Aterrado este último con la guerra que les amenazaba, reunió á los obispos y les dijo: «Si vuestra fe es verdadera, ¿porqué no impedís que el rey de los francos me haga la guerra?»—Avito,

(1) *Litus aut fiscalinus, minor persona aut debilior persona.* Véas. el Glosario de Ducange.—(2) Guizot. Cuarto ensayo sobre la Historia de Francia.—(3) Gregorio de Tours, lib. II. cap. 23 y 36.

obispo de Viena, le respondió: «El abandono de la ley divina (1) acarrea la ruina de los Estados. Conviértete con tu pueblo á la ley de Dios y él te dará la paz (2).» Gundebaldo se preparó para la guerra; pero Clodoveo entró en su reino y le venció por traicion de Gundegesildo. Alióse despues con los ostrogodos de Italia, taló la Provenza, donde aun conservaban su poderío las grandes ciudades de Arles, Marsella y Aviñon, y cedió á Teodorico la dominacion de este país. Y despues de haber impuesto un tributo á los borgoñones y de obligar á su rey á reconocerse como *soldado* suyo, se retiró al norte. Gundebaldo recobró sus estados, y procuró atraerse á los galos con una administracion equitativa. Entonces fué cuando publicó la ley borgoñona.

Despues que hubo conquistado la Provenza (3), Teodorico se hizo vecino de los visigodos, de quienes era rey su yerno Alarico II: le empeñó para emprender la lucha que creía muy urgente entre los francos y los visigodos. Clodoveo le entretuvo con promesas, le juró que sus intenciones eran pacíficas, y reuniendo á sus francos en el campo de Marte, les dijo: «No me gusta mucho que esos visigodos, siendo arrianos, posean una parte de la Galia. Vamos pues con la ayuda de Dios, y cuando los hayamos vencido, dominarémos su tierra, porque es muy fértil (4).» Los francos aplaudieron la idea y pasaron el Loira, y el terror de su nombre resonó desde muy léjos (502) (5).

Los visigodos marcharon antes que ellos, no llevando mas auxiliares que los romanos de la Auvernia y de Saintonge, porque por todas partes habian los obispos sublevado contra ellos á los habitantes. Se encontraron con los francos en las llanuras de Vouglé cerca de Poi tiers, donde fueron completamente vencidos, y perdieron á su rey en la batalla. Clodoveo dividió el ejército en dos

(1) Avito era de una familia senatorial que durante cinco generaciones ocupó por herencia la silla de Viena.—(2) Apéndice á la Historia de Tours, edic. de Don Ruinart, p. 4323.—(3) Entonces fué cuando este grande hombre lleno de ideas modernas, escribió á sus súbditos de la Provenza: «Llamados estais para recobrar vuestra libertad, y volved á adquirir costumbres dignas de la toga; e á Gemelo su vicario en la Galia: «Haced que los pueblos cansados os reconozcan como el enviado de un príncipe puramente romano; que vean la ventaja de haber sido vencidos y que echen de menos á Roma.» (Casiodoro).—(4) Gregor. de Tours, lib. II, cap. 37.—(5) Id., cap. 23.

cuerpos: el uno, mandado por su primogénito, sometió la Auvernia, Rodez y Albi; hizo amistad con los borgoñones y llegó hasta Arles. El otro, mandado por él mismo, conquistó á Burdeos, Tolosa, y puso sitio á Carcasona. Los visigodos estaban divididos, y tenían por rey un niño. Hubiera terminado su monarquía, si Teodosio no les hubiera enviado auxilio. Su general derrotó á los francos delante de Arles, y obligó á Clodoveo á levantar el sitio de Carcasona; pero no les quedó á los visigodos mas que una parte de la Narbonesa llamada Septimania (situada entre los Pirineos, el Lot y el Ródano), donde se conservó tres siglos su dominacion.

Después de haber devastado horriblemente los francos las grandes ciudades y hasta las iglesias del mediodía, «con el fin de borrar los restos de la nacion de los godos (1),» se retiraron con una innumerable multitud de cautivos que vendieron en todas partes (2), no dejando en el país mas que un reducido número de soldados, con condes para gobernarlo. Pero en realidad el mediodía fué para ellos tan extranjero entonces como antes de su invasion, y el objeto de su guerra no era otro que el de arrebatar botín y esclavos. Lo hicieron tan cumplidamente que los habitantes después de haber llamado á los francos como católicos, les causaron un odio tan implacable, que muy pronto veremos sus terribles resultados.

§. VI.—*Relaciones de Clodoveo con el clero.*—Grande alegría causó al clero esta guerra hecha contra los mas poderosos sectarios del arrianismo. Reunióse un concilio en Orleans donde los obispos de Aquitania votaron acciones de gracias en favor del vencedor, y Avito le escribió: «Tu felicidad es la nuestra, y cuando tú peleas, nos otros ganamos la victoria (3).» Luego que volvió Clodoveo á Paris, donde tenia su residencia ordinaria, envió á los obispos por regalo cabello de su cabeza y los despojos del país conquistado: les dió cuenta de su expedicion en una carta donde les explicó las órdenes que habia dado á sus soldados para que protegiesen las iglesias, monasterios, sacerdotes, monjas y siervos del clero. «Si alguno de ellos, decia, ha sido hecho cautivo, hem os mandado que sea puesto en seguida en libertad. Recono-

(1) Gesta reg. Franc. apud. Script. t. II. pág. 554. —(2) Cronic. de Moissac. — (3) Apéndice á la Historia ecles. de Gregorio de Tours, pág. 4322.

ceмос que sois los amos de la suerte de los legos que se han cogido en la guerra. Enviadnos con una carta todos los que reco-
nozcais, para que veais que respetamos vuestros mandatos; pero
mi pueblo os ruega que no deis vuestras cartas mas que á los
que sean dignos, ¡y que lo jureis de hacerlo así en nombre de
Dios (1).»

Clodoveo conservó la armonía con el clero toda su vida. Este fué el secreto de su poder. Le hizo inmensas donaciones, que, al contrario de los feudos concedidos á los demás, fueron declaradas irrevocables. Al darles las tierras, partia con ellos los derechos de la conquista: elevaba á los sacerdotes al rango de los vencidos, y los introducía en las asambleas nacionales. «Dejad de ser extranjeros entre los francos (2) y que las posesiones que os vengan de nos os hagan lugar de patria (3).» Estas donaciones, y sobre todo el espíritu de servilismo de los galos, hicieron que los obispos usaran con Clodoveo del lenguaje mas adulator. Permitieron que violara las elecciones eclesiásticas, pidieron su permiso para ordenar hombres libres, y hasta consagraron por ruego suyo romanos culpables de sacrilegio. Remigio decia á los que le criticaban: «Es forzoso conformarse con la voluntad de un rey que es el defensor y propagador de la fe católica. No serán sus órdenes tal vez canónicas, pero lo ha mandado el custodio de la patria y el triunfador de las naciones!» La ceguedad del clero llegó hasta excusar sus acciones sanguinarias, y Gregorio de Tours, despues de haber contado muchos de sus crímenes, dice sin transición: «Dios prosternaba á sus enemigos ante él, porque marchaba con un corazon recto delante del Señor, y hacia todo lo que era agradable á sus ojos (4).»

§. VII.—*Guerra contra los bretones.*—*Sométense á Clodoveo todos los reinos francos.*—Extendióse la nombradía de Clodoveo por toda la Europa: Anastasio, emperador de Oriente, que queria ha-

(1) Greg de Tours pág. 1327.—(2) Donó á la iglesia de Reims tantas tierras cuantas pudiera S. Remigio recorrer á caballo hasta que durmiera la siesta, cediendo en esto á las súplicas de los habitantes, que cargados de exacciones, querian mas pertenecer á la Iglesia que al rey (Flofoard, Historia de la Iglesia de Reims). Cedió tambien tierras en Bélgica, Turingia, Septimania, Aquitania. etc.—(3) Diploma del monasterio de Mieg, citado por Fauriel en su Histor. de la Galia meridional, t. III, p 448.
—(4) Gregor. de Tours, lib. II, cap. 40.

erse un aliado contra los ostrogodos, le envió las insignias de patricio y de cónsul, y despues de consultar á los germanos, el rey franco se adornó con alegría con estos vanos títulos, creyendo que ellos legitimarian su dominacion sobre los vencidos.

Quedaba empero aun un pueblo independiente en la Galia. Era el de los bretones, que no habian seguido el ejemplo de las ciudades de la confederacion armoricana, y que conservaban sus costumbres y su lengua céltica, pues se hallaban fuera del camino de las invasiones. Queriendo Clodoveo extender su dominacion hasta el Océano, logró imponer tributos á muchas ciudades; pero los bretones rehusaron el pagarlos, conservaron sus jefes y sus leyes, y acabaron por sustraer enteramente á su país de la dominacion de los francos. Los jefes francos encargados de guardar estas fronteras, y que se llamaban *marqueses*, se contentaron con hacer todos los años saqueos, que vengaban los bretones en los países vecinos (1). Su rey era entonces Budis: su hijo Natal hizo alianza con el de Clodoveo.

Clodoveo dió á la tribu de los salios una notable superioridad sobre las demás tribus francas, y quiso además hacer durable su dominacion haciendo desaparecer los jefes que como él pertenecian á la familia de los Merovingios. Sigeberto, rey de los ripuarios, era el mas poderoso: matóle su mismo hijo por instigacion de Clodoveo, y el hijo parricida fué asesinado por los soldados del rey de los salios, que se presentó en seguida á los ripuarios, y anunciándoles las dos muertes, les dijo: «No soy cómplice absolutamente de ninguna de las dos. Yo no puedo derramar la sangre de mis parientes, porque está prohibido: mas ya que esto ha sucedido, os doy un consejo. Si os place, seguidlo. Poneos bajo mi proteccion, y tendreis en mí quien os defenderá.» Los ripuarios respondieron con aplausos á estas palabras, y alzándolo sobre un escudo le proclamaron rey (2).

La misma suerte que Sigeberto alcanzaron los demás jefes establecidos en Tournay y en Caimbrai ó Mans. Por fuerza ó de voluntad Clodoveo se hizo reconocer como rey de sus tribus, y los salios que comenzaban á distinguirse con el nombre de

(1) *Marquessus de mark*, marca. frontera.—(2) Grégor. de Tours, lib. 40.

neustrios ú occidentales, en oposicion á los ripuarios que se llamaban *austrasios* ú orientales, dominaron á toda la confederacion de los francos que no tuvo mas que un jefe (1).

Cuéntase que habiendo reunido Clodoveo á los suyos, hablóles así de los parientes que había muerto. « ¡ Desgraciado de mí que he quedado como un viajero en medio de extranjeros! ¡ Ya no tengo parientes que puedan socorrerme en la adversidad! » Mas esto lo decía por astucia y no por dolor de su muerte, y por ver si podía hallar algun otro pariente para matarlo.

Después que hubo hecho todo esto murió (511) (2).

CAPÍTULO III.

Hijos de Clodoveo. (511—561).

§. I.—*Reparticion del reino de Clodoveo.*—« Muerto Clodoveo heredaron el reino que se dividieron en partes iguales, segun usanza germánica, sus cuatro hijos Teoderico ó Thierry, Clodomiro, Childeberto y Clotario (3). » Esta particion no fué un desmembramiento del cuerpo social y del poder público, pues la nacion ó el ejército de los francos conservó la unidad y soberanía que constituian su fuerza, y permaneció siendo facultad de la asamblea general la deliberacion de los asuntos del estado. La monarquía franca no era una magistratura con ejercicio de autoridad pública: no gobernaba, dejaba á los vencedores y vencidos que se administrasen como quisieran, y únicamente con la

(1) *Oster-rihe*, pais de Oriente; *Ni-oster-rihe* pais de Occidente. El límite de la Neustrasia y la Austrasia se extendia desde el Escalda hasta las fuentes del Sena, y pasaba por el bosque de las Ardenas.—(2) Gregor. de Tours, lib. II, cap. 42 y 43.—(3) Los antiguos historiadores de la monarquía para formar una lista regular de *reyes de Francia*, no tienen en cuenta en su cuadro de la dinastía Merovingia, las particiones del imperio franco, y no ponen en la serie de *reyes de Francia* mas que á los príncipes que reinaron en Neustria y tuvieron su herencia en Paris. Con este sistema, cuya nomenclatura se ha hecho vulgar, á pesar de su inexactitud, Childeberto es el rey que sigue á Clodoveo. Lo mismo sucede con la numeracion de los reyes de un mismo nombre, de los cuales solo cuentan á los reyes de Neustria que dominaron en Paris. Seguiremos este orden de numeracion á indicaremos los números de los reyes francos que forman la lista vulgar de los reyes de Francia.

fuerza es como dominaba en todo el país. El deber de los reyes era el de llevar á los francos al combate; su poder consistia en la posesion de inmensos alodios con los que se hacian numerosos compañeros; y la señal distintiva de su dignidad era su larga cabellera. Por esta razon su único pensamiento era hacer la guerra y amontonar riquezas, armas, trajes, caballos, esclavos y mujeres. Sus moradas consistian en grandes casas de campo construidas cerca de los bosques: estaban rodeadas por las chozas de los galos, ligados al dominio real, que fabricaban las armas, tejian las ropas y cultivaban las tierras de sus señores. Lo recorrian todo hasta que acababan las provisiones con sus compañeros, y admitian en su lecho mujeres galas ó germanas, que adornaban con el título de reinas.

Dividiéronse pues los hijos de Clodoveo la herencia de su padre, compuesta de tierras, casas y riquezas muebles diseminadas por toda la Galia; y por consecuencia, solo reinaron ó mandaron en los dominios que les tocaban por suerte. Pareció muy extraña la division, ya porque se decidió por la suerte, ya porque el interés de propiedad prevaleciese sobre toda otra idea de administracion. Teodorico alca nzó las posesiones de allende el Rhin, entre este rio y el Mosa, en Aquitania y en Auvernia: establecióse en Metz y mandó á los francos austrasios que alimentaban ideas de envidia y rivalidad contra los neustrios. Childeberto I fué rey de Paris, de Senlis, de Tours y de Albi: Clodomiro de Orleans hasta los Pirineos; y Clotario de Soissons y de Aquitania. Todos los cuatro tenian una parte en el mediodfa, como país de botin y de usufruto; pero ninguno de ellos puso su residencia mas allá del Loira, aunque se hallaran allí ciudades mas grandes y campiñas mas ricas y fértiles que en el norte. Era odioso aun y extranjero el mediodía para los francos; sus tropas lo recorrian de cuando en cuando; tenian allí sus jefes vastos dominios, pero ninguno queria establecerse allí, porque su verdadera dominacion y su nueva patria se hallaban entre el Loira y el Rhin.

§. II.—*Guerras en Germania, en Borgoña y en Auvernia.*—El imperio de los francos era enteramente *eclesiastico*, y por lo mismo debia conquistar los pueblos paganos que le pertenecian al nordeste, y los pueblos heréticos á que tenia derecho en el sud-

oeste. Los primeros, que eran los sajones y turingios, y que intentaban penetrar en la Galia, fueron vencidos por los austrasios, y obligados, especialmente los turingios, á seguir durante dos siglos bajo las órdenes de los reyes francos (530). Mas tarde fueron reunidos de grado ó por fuerza al imperio de los francos los alemanes que habitaban en la Rusia y los bávaros que acampaban entre el Ens y el Danubio (1), aunque mas bien lo fueron bajo el aspecto de tributarios que de vasallos. De modo que la *Francia* oriental abrazó una gran parte de la Germania, y los francos empezaron á llevar los primeros gérmenes de la civilización á aquella vasta region que habia resistido á las armas é instituciones de Roma.

De los dos pueblos heréticos del sudoeste, los visigodos se habian retirado casi enteramente á España; pero los borgoñones cada dia tomaban mas el carácter de romanos, y en nada habia desmerecido su poder. Clotilde alimentaba un odio implacable contra la familia que habia muerto á su padre y á su madre, y dijo á sus tres hijos (Teodorico no lo era): «Haced de modo que no me arrepiente de haberos criado, y vengad con constancia la muerte de mis padres.» Despues que oyeron estas palabras, partieron los reyes á Borgoña (2). Segismundo, sucesor de Gundebaldo y príncipe enteramente romano por sus costumbres y sus ideas, abjuró el arrianismo, y puesto de acuerdo con los obispos, reconoció la supremacía política de los emperadores de Oriente. De nada le valió esto, pues fué vencido y arrojado con su mujer y sus hijos en un pozo por mandato de Clodomiro. Gundemaro, su hermano, reanimó á los borgoñones, y dió á los francos la batalla de Vesperonce donde fué muerto Clodomiro (524). Despues de esta derrota evacuaron la Borgoña los otros dos reyes francos, y al volver á sus estados mataron á los hijos de Clodomiro y se repartieron su reino (3).

(1) Los Bávaros (Boiarii) habitaban al principio el valle superior del Elba (Boioheim). Fueron arrojados de allí por los marcomanos de raza esclava, y pasaron al valle del Danubio.

(2) Gregorio de Tours, lib. III. cap. 6.—(3) Clotario y Childeberto obligaron á Clotilde que criaba á los tres hijos de Clodomiro, á que dijera. «Enviamos los hijos para que suban hasta el trono.» Cuando los recibieron, los enviaron á Arcadio, senador de

Volvió á comenzar la guerra algunos años despues, y esta vez los borgoñones sufrieron una derrota definitiva (534): ya no tuvieron mas reyes de su nacion, pagaron tributo á los francos, sirvieron en sus ejércitos, y abrazaron el catolicismo, pero conservando siempre su nombre, sus leyes y su administracion. De este modo desapareció el arrianismo de la Gاليا, y no tuvieron los francos mas rivales en la dominacion de este país.

Teodorico no tomó parte en la guerra contra los borgoñones. Cuando tenia lugar esta última expedicion, le dijeron los austrasios: «Si te niegas á acompañar á tus hermanos á Borgoña, te destronaremos y pondremos á otro en tu lugar.» Pero él respondió: «Seguidme, que yo os llevaré á Auvernia donde tendreis mas oro y dinero del que apetecéis, y donde ganareis abundantes esclavos, ganados y ropas (1).» Los francos aplaudieron su idea, pasaron el Loira y llegaron á Auvernia (532). Conservaba ese país, conquistado antes pasajeramente por Clodoveo, su antigua prosperidad bajo el gobierno de sus obispos y familias principales: profesaba un odio profundo á los francos; y de tal modo que cuando Teodorico, á quien en la particion le habia tocado la Auvernia, envió sus gobernadores, todos se sublevaron contra ellos, en especial el clero, y les habia aquel jurado su venganza. Los austrasios, que eran aun salvajes y medio paganos, se arro-

Auvernia, que enseñándole á la reina unas tijeras y una espada le dijo: «O reina gloriosísima, tus hijos, nuestros soberanos, esperan que les digas lo que deben hacer de niños, y si mandas que vivan con los cabellos cortados ó que sean degollados.» Ella aterrada y sin saber lo que decia, exclamó: «Mas quiero verlos muertos que sin cabellera.» Arcadio se volvió con presieza y dijo: Acabad vuestra obra con aprobacion de la reina.» Entonces Clotario cogiendo al primogénito, lo arrojó al suelo, y hundiéndole su cuchillo por el sobaco le mató cruelmente. A los gritos de su hermano, el otro se prosternó á los piés de Childeberto, y asiendo sus rodillas, le decia sollozando: «Defiéndeme, padre de bondad, que no muera como mi hermano.» Entonces Childeberto con el rostro lleno de lágrimas, dijo: Ruégote, hermano mio, que me concedas la vida, y te daré todo lo que quieras. Arrojeló, dijo Clotario, ó morirás por él. Tú eres el incitador de este suceso, y tan pronto faltas á tu palabra? Childeberto impeliendo al niño, lo arrojó á Clotario que le hundió en un costado el cuchillo y lo mató. En seguida degollaron á los criados y nodrizas de los niños; pero no pudieron hallar al tercero, pues hombres muy poderosos le salvaron. Este, despreciando un reino terrenal, se dedicó al Señor y murió sacerdote. Fue San Clod, ó San Cloud, Gregorio de Tours, lib. III, cap. 43.—(1) *Id.* lib. III, cap. 44.

jaron con furor sobre aquel país civilizado, saqueando, incendiando, dejando rasas como el suelo las ciudades, las iglesias y monumentos romanos, y no dejando á los habitantes otra cosa que la tierra que los bárbaros no podían llevarse. Volvieron á su país seguidos por largas filas de carros y prisioneros encadenados, los cuales fueron vendidos públicamente en todos los pueblos por donde pasaban (1).

§. III.—*Guerra contra los godos en España é Italia.*—Después que los francos destruyeron el reino de los borgeñones, volvieron sus armas contra los godos (526). Reinaba Atalarico en los ostrogodos de Italia y Provenza, y Amalarico en los visigodos de España y Septimania. Ese último estaba casado con una hermana de los reyes francos; pero como estaba tan aferrado á la doctrina arriana, maltrataba á esta princesa á causa de su religion. Childeberto acometió á intervalos la Septimania, donde hizo muchos saqueos: llegó á pasar los Pirineos; pero fué vencido y se vió obligado á abandonar sus conquistas. Por su parte Teodorico tambien vió frustradas sus tentativas en la Provenza.

La Iglesia perseguia por todas partes la dominacion de los arrianos. Invocó el apoyo de los emperadores de Oriente para desembarazarse de los ostrogodos de Italia; y Justiniano, que deseaba poner bajo su dependencia las provincias del Occidente, envió contra ellos á Belisario (533). Los ostrogodos pidieron el auxilio de los francos, y los griegos siguieron su ejemplo; pues á tanta altura habia llegado la fama militar de los conquistadores de la Galia. Murió en aquella época Teodeberto, y le sucedió en el reino de los austrasios su hijo Teodeberto. Era este el mas activo y hábil de los reyes francos, y rodeado de consejeros romanos que le llamaban «el restaurador de la antigüedad,» y le alentaban con sus ideas de civilización, no por eso abandonaba las salvajes costumbres de los francos. Prometió su apoyo á los griegos y á los ostrogodos al mismo tiempo, aceptó sus presentes con la cesion de la Provenza, que le hicieron unos y otros, y entró en Italia con un grande ejército compuesto de bárbaros de la Germania (539). Los ostrogodos le dejaron libre el paso del Tesino con entera confianza, pero cayó sobre ellos y los dispersó

(1) Vida de San Austremonio y de San Fridolo, apud. Scrip. ref. Franc. t. II. p. 407.—Fauriel, t. II, p. 418.

derrotándolos. Llenos de gozo los griegos se reunieron con él pero los derrotó también, hallándose de este modo soberano de la Italia septentrional, donde hizo un inmenso botín. Entregáronse entonces los francos á mil excesos; y como todo lo destruían, se vieron bien pronto sin víveres, fueron diezmados por las enfermedades, y se contentaron con volver á pasar los Alpes.

Seducidos no obstante los germanos y austriasios por el botín traído de Italia, continuaron marchando hácia la península en cuadrillas independientes, que tan pronto servían á los griegos como á los godos. Muchos de ellos se establecieron en la Venecia y la Liguria. Uno de sus jefes, llamado Buccelino, llegó á ser el terror de la Italia y conquistó la Sicilia. Narses, general del emperador de Oriente, destruyó el poder de los godos, quiso arrojar de Italia á los francos, y trabó batalla con Buccelino en el Casilino, en la que venció á este completamente (553). Los austriasios entonces abandonaron sus establecimientos de Italia, y á duras penas pudieron volver al Rhin.

§. IV.—*Cambios en la situación social de los francos.*—*Progresos de la monarquía.*—No tomaron parte alguna en aquellas expediciones los francos neustrios, y empezaban á perder sus hábitos guerreros y sus costumbres germánicas con las comodidades de la vida romana. Los soldados que se reunían bajo las órdenes de un jefe de guerra, luego que este jefe se convertía en propietario, y que eran muy escasas las ocasiones del saqueo, se esparcían por sus dominios, se hacían sedentarios y labradores, perdían una parte de su libertad salvaje, tomaban el aspecto de colonos, y cesaban de acudir á los *mals* ó asambleas. Comenzaban los reyes á ser algo más que jefes militares: sus compañeros se convertían en súbditos, y los condes ó *grafs* en oficiales reales. La palabra *leudo* que designaba al pueblo (1), se aplicó especialmente á los hombres del rey, á sus leales, á sus *austriones* (2). El número de estos leudos aumentó sin cesar, gracias á los dones y empleos públicos con que les agraciaban los reyes; y gozaron de hecho de una superioridad sobre los demás francos, sin formar un linaje distinto y sin tener una existencia política y derechos especiales. Ansiosos los galos por adquirir todas las dis-

(1) *Leudo, liudi*, Pueblo, gente.—(2) *Austrusion, true, trust, fú, flé* en su traducción literal.

tinciones que les hacian salir de la clase de los vencidos, esforzándose en adquirir á cualquier precio el nombre de leudos; y casi todos los hombres libres deseaban serlo tambien de un rey ó de otro jefe cualquiera (1). Entonces la relacion del compañero hácia el jefe fué mas fuerte que la del hombre hácia su nacion: el uso de los beneficios hizo desaparecer la igualdad primitiva, acarreó al donador los derechos de un protector, y al beneficiado las obligaciones de un dependiente; la libertad individual se convirtió en un vasallaje, y comenzó por fin la sociedad á convertirse en feudal. Además la monarquía bárbara tendió á sustituirse al antiguo poder imperial, á conservar los restos del antiguo gobierno, y á cambiar en una diadema de oro su corona de cabellos. Arrastrábala á este ambicioso proyecto el servilismo galo que le hacia creer harto fácil la docilidad de los germanos. Los reyes en efecto estaban rodeados de galos de nacimiento ilustre, que les hacian de cortesanos, de embajadores y criados: veian además poblada su corte salvaje de sacerdotes que pretendian á peso de oro las dignidades eclesiásticas, se mezclaban con los leudos, recibian como un grande honor las donaciones reales, y satisfacian todos sus caprichos, aunque se opusieran á las leyes de la Iglesia. Creyeron que podrian con la ayuda de los vencidos dar á su mezquina y grosera dignidad real el inmenso esplendor del trono imperial, é inauguraron este vasto plan creando impuestos sobre los francos. Era una invasion muy trascendental. El germano no conocia mas relacion social que la simplemente voluntaria de compañero para con su jefe: miraba el goce absoluto de su propiedad como un derecho tan sagrado como la independencian de su persona: no pagaba pues ninguna contribucion, y no conocia mas obligacion que la que le imponia el servicio militar, el cual formaba toda su existencia, y que por otra parte era una consecuencia de su posicion de vencedor entre los vencidos. No concebía de ningun modo la necesidad de un tesoro público para los gastos del gobierno general; y pensaba que los reyes, lo mismo que los demás jefes, debian acudir para su manutencion y la de sus compañeros á sus propios alodios.

(1) Designanse generalmente los hombres libres con los nombres de *Ahrimannos* y de *Rachimburgos*. Véase á Guizot cuarto ensayo sobre la Histor. de Francia.

Con el producto de sus posesiones y con algunos tributos impuestos á los galos y el botín hecho en la guerra, era efectivamente con lo que habian vivido hasta entónces los reyes; y á decir verdad, esto les bastaba, pues no tenian que pagar como los emperadores un número inmenso de funcionarios, y porque se hacia la guerra á costa de los francos, el clero vivia de sus bienes, la justicia se administraba por los hombres libres, y en fin, porque las municipalidades se mantenian á sus mismas expensas.

Si reemplazaban á los emperadores en los honores que recibian no lo hacian así con las cargas que su dignidad les imponia. Pero creció con su orgullo el lujo de los reyes germanos: intentaban imitar á los emperadores no solo en su poderío, sino en su pompa. Tenian mujeres para divertirse, fiestas y abadías: su corte contenia una multitud de oficiales y criados á ejemplo de las cortes orientales; y la vanidad de los francos se creía honrada con los títulos de *refrendarios*, *camareros*, *senescales*, *coberos*, etc. Los reyes francos pues, ensayaron establecer impuestos regulares.

Tuvo buen éxito la empresa en Neustria, sin costar mucha resistencia. Quisieron que hasta las Iglesias pagasen al fisco la tercera parte de sus sueldos; pero los obispos se negaron, y dijeron á Clotario: «que si intentaba arrebatar los bienes de Dios, el Señor le arrebataria pronto su reino (1).» Entonces el rey abolió lo que habia hecho, y pidió perdon de su pecado. En Austrasia, donde los leudos no habian olvidado aun la antigua igualdad germánica, y donde tenian menos influencia los galos, sufrió grandes dificultades el establecimiento de los impuestos. Teodoberto tomó en sus ensayos de administracion romana por ministro al galo Partenio. Este se acarreó el odio de los francos por ser el encargado de imponerles los tributos, de tal modo, que despues de la muerte de Teodoberto le persiguieron cruelmente; y al refugiarse en la iglesia de Tréveris, fué apedreado contra una columna (547).

§. V.—*Reune Clotario los cuatro reinos.*—Sucedió á Teodoberto su hijo Teobaldo. No reinó mas que seis años y murió sin des-

(1) Gregor. de Tours, lib. IV, cap. 2.

condencia. Clotario heredó su reino, y admitió en su lecho á la reina viuda.

Subleváronse en esta época los sajones que eran tributarios de los francos, y Clotario hizo contra ellos muchas expediciones. Vencidos por fin se presentaron suplicando que al menos les dejasen libres sus mujeres y sus hijos y aceptasen sus ganados, sus alhajas y la mitad de sus tierras. Clotario no se negó á estas condiciones, pero se opusieron los francos. Entonces les dijo: Renunciad á vuestro proyecto, porque no teneis derecho para hacerlo. Si quereis continuar la guerra, yo os dejaré tranquilos. «Al oír los francos aquellas palabras se arrojaron sobre el rey con indignacion, le llenaron de ultrajes, y le amenazaron con la muerte si dilataba el seguirlos. Al ver su furor Clotario marchó contra los sajones; pero fué vencido y sufrió una espantosa matanza. Pidió entonces la paz á los sajones diciéndoles que habia guerreado con ellos contra su voluntad; y se retiró á sus estados (555) (1).»

Envió este rey de gobernador á Aquitania á su hijo Cramn, á quien el pueblo maldecía porque despojaba á los unos de sus bienes y á los otros de sus dignidades, «arrebatando hasta á las hijas de los senadores á la vista de sus padres.» Cramn, cuya ambicion aspiraba á hacerse rey del mediodía, conspiró unido á Childeberto la ruina de su padre, y se adelantó hasta la Borgoña mientras su aliado talaba el país que hay entre el Sena y el Marne. Pero muerto Childeberto, Clotario primero se apoderó de su reino y desterró á su mujer y á sus hijas. Hallóse pues como su padre, jefe único de las naciones francas.

Cramn se refugió en Bretaña que estaba sumida en la anarquía desde la muerte del rey Natal, y reinaba solo Conao, despues de haber muerto á sus hermanos. Clotario persiguió á su hijo y trabó batalla con los bretones que fueron vencidos. Cramn cayó en poder de su padre, que lo hizo quemar en una choza con su mujer y sus hijos (560).

Un año despues, cuando la calentura atormentaba á Clotario, decía: «¡Ah! ¿Qué pensais del rey del cielo que de este modo mata tan grandes reyes?» Y entregó su espíritu (2).

(1) Gregor. de Tours, lib. IV. cap. 44.—(2) Id. lib. IV, cap. 21.

CAPÍTULO IV.

Fredegunda y Brunequilda. (561—613.)

§. I.—*Particion del reino entre los cuatro hijos de Clotario.—Principio de los alcaldes de palacio.*—Clotario dejaba cuatro hijos que se repartieron el imperio de los francos, no segun division geográfica, sino segun el valor de los dominios reales, y queriendo todos permanecer al norte del Loira y tener su parte de mediodía. Cariberto heredó Paris, Senlis, Chartres y Avranches, con la mayor parte de la Aquitania, las ciudades del Pirineo etc. Gontran se estableció en Orleans, y mandó principalmente á los borgoñones, y á la mitad de la Provenza. Chilperico eligió á Soissons por corte, y además de otra parte de la Aquitania y la Provenza, tocóle casi toda la Neustria, donde dominaba la familia de los salios. Sigeberto se estableció en Reims, y además de su parte de Aquitania, mandó en la Austrasia, donde la poblacion teutónica se hallaba en tanto número que parecía una prolongacion de la Germania.

Por extrañas que fuesen estas particiones de la herencia real, empezaron á tomar el carácter político luego que la costumbre de los beneficios disminuyó rápidamente el número de los alodios, que los leudos se convirtieron lentamente en súbditos y el trono se apoderó del gobierno. Pero se vió entonces hacer una viva oposicion á las usurpaciones de los reyes en la igualdad germánica, á los antiguos jefes de tribus, los grandes propietarios y hasta á los obispos. Se organizó sobre todo esta nueva aristocracia bajo un jefe con dignidad y atribuciones desconocidas en la Austrasia, que era el país donde se habian conservado con mas constancia sus costumbres bárbaras. Llamábase aquel jefe por lo regular *alcalde de palacio*, algunas veces *tutor del reino*, *virey* etc.: era elegido por los grandes y era sin duda quien ejercia la administracion de justicia (1). Tuvo su principio tal vez tan misteriosa institucion en los bosques de la Germania; pe-

(1) Sismondi, Historia de los franceces. t. 11.

ro solamente en la época á que hemos llegado es cuando por primera vez se hace de ella mención en los términos siguientes: «Durante la juventud de Sigeberto, eligieron todos los austrasios *alcalde de palacio* á Crodino, por ser el mas fuerte en todo, temeroso de Dios, lleno de paciencia, y por no haber nada en él que no pluguiera á Dios y á los hombres; pero rechazó este honor, diciendo: «Yo no podré hacer justicia en la Austrasia porque todos los grandes y sus hijos son parientes míos: no tendré fuerza suficiente para someterlos á la disciplina y matar á algunos de ellos; se sublevarán pues contra mí. Elegid á otro, y que sea cualquiera de vosotros.» Pero como estos no hallaban á quién elegir, por consejo de Crodino, dieron esta dignidad á su discípulo Gogon (1).»

Es probable que los neustrios tuvieran tambien en aquella época su *alcalde de palacio*; pero no debería tener igual poder que el de Austrasia, que era un país que miraba como soberana á la monarquía. Hállase tambien esta dignidad entre los borgoñones, pero teniendo á su lado una dignidad enteramente romana, como el patriciado, que por lo regular la gozaban los galos, y que era la que daba el mando del ejército. Vamos á ver ahora representar á esta singular institucion el principal papel en la lucha que va á comenzar entre la aristocracia y el trono, y entre los austrasios y los neustrios; y alcanzar el triunfo de los leudos y de los francos del Rhin sobre los reyes y los francos del Sena.

§. II.—*Invasiones de los árabes y de los lombardos.*—No habian termipado aun las emigraciones de los bárbaros. Los árabes, pueblo nómada y pastor, y de raza tártara, llegaron á Europa, cruzaron la Germania, y solamente pudieron detenerlos los austrasios (562). Estableciéronse pues entre los Carpatos y las bocas del Danubio, donde permanecieron doscientos treinta años.

Casi al mismo tiempo aparecieron los lombardos. Oriundos de las orillas del Báltico, llegaron con las últimas oleadas de la grande invasion y se acamparon durante cincuenta años en la Panonia y la Nórica. Turbó su reposo la venida de los árabes, pasaron los Alpes, y conquistaron la Italia que acababa de vol-

(1) Crónica de Fredegario.

ver á caer bajo el dominio de los griegos. Solo quedaron al emperador el mediodía de la península y algunas ciudades marítimas. Desde allí penetraron en la Provenza (570). Amato, patricio de los bergoñones, marchó contra ellos y fué vencido y muerto. Entonces el rey Gontran ascendió al patriciado a Eunio Mummuto, que era uno de los romanos de ilustre prosapia que se hacían bárbaros en la corte de los reyes francos. Este destruyó en el espacio de cuatro años todas las tribus de lombardos, á quienes arrojó á la otra parte de los Alpes, y adquirió la fama del mejor capitán de su siglo (576).

Dos siglos mas tarde veremos á los francos persiguiendo á los árabes en el Danubio, y á los lombardos en Italia.

§. III.—*Primeras guerras entre los neustrios y los austrasios.— Muerte de Sigeberto.*—Contentábanse por lo regular los germanos con una sola mujer, pero muchos jefes miraban como señal de grandeza el contar muchas esposas (1). Los reyes francos, cuyas pasiones groseras no habia apaciguado la religion, cambiaban continuamente de mujeres; y cerrando el clero sumisamente sus ojos ante estos escándalos, no se atrevia á recordarles la santidad del matrimonio. Solo Sigeberto, uno de los cuatro hijos de Clotario, se casó con una mujer de sangre ilustre. Era Brunequilda, ó Brunehaut, hija del rey de los visigodos, instruida, elegante, amante de la civilizacion romana, y animada por la ambicion de resucitar el poder imperial en provecho de su esposo. Chilperico, despues de haber repudiado á su primera esposa Audovera, vivia con una mujer de infima clase, llamada Fredegunda, de carácter impetuoso, cruel y salvaje. Tambien como su hermano se dejó arrastrar por el deseo de tener una esposa de sangre real, y despidiendo á todas sus concubinas sin exceptuar á Fredegunda, pidió á la hermana de Brunequilda, llamada Galswinta, y la logró con trabajo, haciéndole segun costumbre germánica un *morghen-gabe* (regalo de la mañana), de sus ciudades de Aquitania. Bien pronto se cansó de esta mujer sencilla y virtuosa, y volvió á concebir mayor pasion por Fredegunda. Galswinta fué ahogada en su lecho. Brunequilda hirviendo en ira por la muerte de su hermana, impelió á su marido á que hiciera la guerra á su hermano.

1) Tácito, costumbres de los germanos, 18.

Habíanse ya elevado entre los neustrios y los austrasios profundas divisiones; y numerosas diferencias separaban ya á estos pueblos, de los cuales el primero estaba dominado por la influencia romana y las ideas monárquicas, y el otro por la influencia germánica y las ideas aristocráticas. Estalló pues la guerra con furor, y la Aquitania fué el campo donde los francos de ambas naciones se encontraron, y que talaron consecutivamente. Dividióse aquel país entre los dos reyes, y consumió sus fuerzas en esta disputa, en la que sufrieron tanto sus habitantes, incluso el clero, que segun afirma Gregorio de Tours, «tuvo mas porque quejarse la Iglesia que en la persecucion de Diocleciano: (1).»

Habia muerto Cariberto antes que estallase aquella guerra (567): su Estado se habia dividido entre sus hermanos, quedando París bajo el dominio de Chilperico I, quien quedó único rey de la Neustria. Gontran quiso ser mediador entre Chilperico y Sigeberto, y consiguió hacer jurar la paz á los dos pueblos. Pero los austrasios faltaron al juramento, se quejaron de Sigeberto, y le dijeron (574): «Envíanos á donde podamos enriquecernos, y combatir como nos lo has prometido, pues de lo contrario nos volveremos á nuestro país.» Este, á quien su mujer habia inspirado el gusto de la civilizacion, se habia formado una corte enteramente romana; tenia godos por ministros, y hubiera querido crearse un trono independiente de sus leudos, pero los pueblos que mandaba eran aun bárbaros, casi paganos, llenos de odio contra todo lo que era romano, y orgullosos para sus reyes. Quiso resistirse á su peticion, pero los austrasios gritaron que querian volverse á Neustria, y le arrastraron con ellos. Acometido de improviso Chilperico, huyó hasta Chartres, donde logró la paz de su hermano. Pero no hicieron los austrasios ningun caso del tratado, y esparciéndose por la Neustria aterrada lo destruyeron todo, llevándose una muchedumbre de esclavos. Vanamente les suplicaba Sigeberto: no podia apaciguar el furor de los bárbaros, los cuales le llenaron de injurias, y se vió obligado á sufrirlo todo con paciencia, hasta volver á su país (2). Esta fué la primera guerra en que se manifestó el odio

(1) Gregor. de Tours, lib. IV, cap. 48.—(2) Id. ibid.

de los austrasios para con sus hermanos de Neustria, lo mismo que el desprecio con que trataron el trono de los Merovingios.

Quiso vengarse Chilperico al año siguiente, para lo cual hizo alianza contra Gontran, á quien habian aterrado los excesos de los austrasios, y acometió las tierras de Sigeberto. Este reunió rápidamente á los bárbaros de las dos orillas del Rhin, venció en todas partes á los soldados de Chilperico, entró en París y en Ruan, y obligó al rey de Neustria á encerrarse en Tournay. Había resuelto dar todas las ciudades á sus soldados; pero los neustrios aterrados se decidieron á reconocerle por rey. Reuniéronse pues, le alzaron sobre un broquel y le proclamaron. «Al mismo tiempo dos servidores de la reina Fredegunda, hechizados por ella, se apoderaron de Sigeberto armados de puñales envenenados, y le dió cada uno un golpe en los costados. Arrojó un grito, cayó y entregó á Dios su alma (575).»

Entonces los neustrios vuelven á tomar á su rey Chilperico: la viuda de Sigeberto queda prisionera en poder de sus enemigos: su hijo Childeberto, de edad de cinco años, es conducido á Metz por los leudos de Austrasia, y reconocido rey bajo la tutela de Wandelin, sucesor de Gogon, alcalde de palacio. Consolidó entonces su poder la aristocracia austrasia, hizo alianza con Gontran para continuar la guerra con la Neustria, y le hizo adoptar al jóven Childeberto como heredero de su reino.

Pasáronse nueve años, si no en paz, al menos sin hostilidades manifiestas.

§. IV.—*Situacion de los galos y del clero respecto de los reyes francos.*—Aquélla guerra caracterizó la posicion de la Neustria, que era casi enteramente romana, respecto de la Austrasia, con sus costumbres germánicas, y respecto de la Borgoña, que ora se inclinaba en favor de la primera por su amor á la civilizacion ora favorecia á la segunda por el poderío de sus leudos. Tambien los galo-romanos comenzaron á hacer papel político en la Neustria. Preferíanlos á sus súbditos germanos los reyes francos, porque lograban de ellos una obediencia mas fácil y menos costosa: viéronse marchar bajo las banderas reales á las milicias de las ciudades, y luchar en poder y riquezas con los duques de origen romano á los descendientes de los germanos; pero apesar

de este gran cambio que le concedía el uso de las armas, no fué menos desgraciada la suerte de la poblacion vencida, y estaba muy distante de efectuarse la fusion de ambos pueblos. No habia casi mas que los grandes que se mezclasen con los galos (1). Los soldados les guardaban todo su antiguo desprecio, y á la menor ocasion de guerra saqueaban las grandes casas romanas, las iglesias, los sepulcros; y, gozando la mas perfecta paz, reducian al cautiverio á los hombres libres. El mismo rey de Neustria, afectando una pompa romana, construía arcos, daba espectáculos; y aspirando á reformar la gramática latina, haciendo versos ridículos y creyéndose teólogo, no restableció la administracion imperial sino para satisfacer su pasion por el dinero: todos sus ensayos informes de civilizacion no lograron mas que renovar la fiscalidad romana. Fueron tan insufribles los impuestos con que agravó á sus estados, que un gran número de habitantes abandonaron sus ciudades y sus tierras, y se desterraron á otros reinos. En Aquitania hubo numerosas turbulencias, mataron á los colectores, y no se alcanzó la quietud sino á fuerza de castigos y suplicios.

Quando casó una de sus hijas con un rey de los visigodos, quiso formarle un gran cortejo que la acompañara hasta España (484). Con este objeto mandó que se apoderasen de muchas personas de París, y que las pusieran bien custodiadas en los carros. Muchos de ellos, temiendo no volver á ver mas á sus familias, se ahorcaron; y algunos pertenecientes á la aristocracia hicieron su testamento, pidiendo que fuera abierto luego que la hija del rey entrara en España, como si ya se creyesen muertos. Fué tan grande la desolacion de París, que muchos la compararon á la de Egipto. Fué obsequiado el cortejo por el camino con grande pompa y á expensas de las ciudades, porque habia mandado el rey que no se pagase nada de su tesoro, y que se echase mano de los tributos de los pobres (2).

Ante esta fuerza brutal y codiciosa que todo lo abandona á la casualidad, no habia otra proteccion que la del clero, pero era con frecuencia muy ineficaz, porque no hallaban los sacerdotes

(1) Eran rarísimos los matrimonios entre germanos y galos á causa de un decreto imperial del año 370 que los prohibia, decreto que fué conservado por los reyes de los visigodos y de los borgoñones.—(2) Gregorio de Tours, lib. VI cap. 45.

entre los francos la docilidad que habian esperado, y se veian suficientemente castigados por las adulaciones que habian prodigado á Clodoveo. Convocaban los reyes los concilios, intervenian en las elecciones, vendian al mayor postor las dignidades eclesiásticas, é introducian en el clero francos feroces y ambiciosos, que solo anhelaban el sacerdocio por sus riquezas y su poder. La Iglesia habia perdido para con los reyes bárbaros una parte de la independencia espiritual que tenia bajo el dominio de los emperadores; pero era siempre soberana del dogma y de las almas, y habia adquirido un gran poderío temporal. Además de sus atribuciones municipales, era propietaria, formaba parte de la aristocracia franca, y se hallaba siempre mezclada en los negocios de los reyes. Los obispos acuñaban moneda, hacian justicia, imponian tributos, formaban ejércitos, y ejercian por fin todos los actos de la soberanía. Chilperico les profesaba por esta razon un odio profundo: se indignaba del freno que imponian á sus pasiones brutales ó á sus caprichos tiránicos; queria que sus tierras pagasen el impuesto y el servicio militar y decia con frecuencia: «Se empobrece nuestro tesoro: las iglesias se apoderan de nuestras riquezas: los verdaderos reyes son los obispos: nuestra dignidad sucumbe, y ellos la heredan (1).» El clero por su perseverancia, su astucia y su valor, llegó no solamente á libertar á los hombres de sus tierras del impuesto y del servicio militar, sino á aumentar el número de hombres libres, ya dando á los legos la tonsura que les aseguraba el privilegio sacerdotal, ya aceptando las donaciones de los propietarios que cedian á la iglesia sus tierras, reservándose el usufruto para gozar de la inmunidad eclesiástica; de manera que á la sombra de los altares se mantuvo libre una parte de la poblacion de la Galia. La popularidad y la gloria del clero aumentó cada dia, y pero á cuántos peligros y trabajos estaban expuestas! Los desgraciados de todas condiciones y principios, el romano despojado de sus posesiones, el franco perseguido por la cólera de un rey ó la venganza de un enemigo, las turbas de trabajadores que huian ante las de los bárbaros, y toda una poblacion, en fin, que no tenian leyes que reclamar, ni magistrados que invocar, y que en

(1) Gregor. de Tours, lib. IV cap. 46.

ninguna parte hallaba su vida seguridad y protección, se refugiaron en algunas famosas ciudades cerca de las tumbas de los santos, y en el santuario de sus iglesias. Solamente en ellas subsistía aun alguna sombra de derecho, y experimentaban algún respeto la fuerza y la arbitrariedad. Para defensa de este único asilo de los débiles, no tenían los obispos más autoridad que la de su misión, de su lenguaje y de sus censuras; y solamente en nombre de la fe podían alcanzar un poco de represión de los feroces vencedores, y dar alguna energía á los miserables vencidos. Todos los días veían con dolor cuán insuficientes eran estos medios: sus riquezas excitaban la envidia, y su existencia el enojo: interrumpían á los sacerdotes en sus santas ceremonias con frecuentes ataques y groseros ultrajes y amenazas; y la sangre bañaba las iglesias, siendo muchas veces la misma de los sacerdotes. En fin, ejercían estos la única magistratura moral que quedaba en pie en medio del cataclismo de la sociedad, pero seguramente era la más peligrosa que existiera jamás (1).»

§. V.—*Regeneración de la vida monástica por medio de la regla de san Benito.*—En esta grande lucha, en la que se trataba de la salvación de la civilización, la Iglesia halló una nueva fuerza en las instituciones monásticas que fueron regeneradas por la regla de san Benito. Introdújose en la Galia esta regla, que es una de las más bellas concepciones del espíritu humano, en 543, por san Mauro; y quedó siendo su única ley durante seiscientos años, después de haberse adoptado por todos los monasterios hácia el fin del siglo. Con ella perdieron los monjes su libertad vagabunda, se sujetaron á votos perpetuos, y fueron comprimidos y encadenados por los principios de obediencia pasiva y de abnegación de la voluntad individual, y obligados á entregarse no solo á la soledad y á la contemplación, sino á la predicación y á los trabajos manuales. Esparciéronse entonces por todos lados colonias de misioneros trabajadores, llevando las nociones de la agricultura y del Evangelio á los lugares más salvajes: fundáronse una multitud de abadías que llegaron á ser unos centros de población y de luces, y unos focos de actividad agrícola y comercial: formáronse en torno de ellas

(1) Guizot. Reflexiones sobre Gregorio de Tours.

ciudades considerables; y sus fiestas, que atrian un gran concurso de pueblo, fueron el origen de las ferias y mercados. Engrandeciéronse con exceso las posesiones de los monjes (1): la piedad ó la supersticion les concedió provincias enteras; y estas donaciones se convirtieron en una moda y una pasion, por las que las tierras se salvaron de la esterilidad y de ser víctimas de la opresion. Los monasterios tomaron el aspecto de granjas, de manufacturas, de escuelas y de ciudades; se gobernaban ellos mismos, tenian su justicia particular, estaban exentos de toda tiranía civil, y hasta podian levantar ejércitos de siervos y de tributarios. Llenáronse lo mismo de francos que de romanos, de ricos que de pobres, pero sobre todo de oprimidos de todas las clases y hasta de esclavos rescatados. La vida monástica fué la vida cristiana por excelencia, y al mismo tiempo el estado social que ofreció mas seguridad. Los conventos de san Benito eran los únicos lugares de la tierra donde habia desaparecido la desigualdad de raza y de origen: en ellos se refugiaron la libertad y la ilustracion; allí tomaron una nueva forma la literatura, la música y la arquitectura: en ellos se elaboró la ciencia moderna, y ellos fueron la causa de que se conservase el espíritu del Evangelio, de que el trabajo se santificase por manos libres, y de que la humanidad continuara su laborioso desarrollo.

Los monjes habian permanecido hasta entonces fuera del clero; pero impelidos por el deseo de añadir á su poder popular los privilegios de la clerecía, casi todos se hicieron sacerdotes. Los obispos, que envidiaban sus riquezas y su influencia, pretendieron entonces ponerlos bajo su jurisdiccion y disponer libremente de sus bienes. El nuevo clero, que se llamó *regular* (2), rechazó aquellas pretensiones por todos los medios posibles y hasta por las mismas armas, y fué preciso que mediaran tratados formales, hechos por mediacion de los reyes, para arreglar los derechos respectivos de los obispos y de los monjes. Estos busca-

(1) El monasterio de san Martin de Autun poseia 400,000 familias de colonos: el de San Riquier en el siglo VIII, además de la ciudad que se componia de 2,000 familias, poseia sesenta y tres ciudades ó aldeas, un infinito número de minas, tierras, rentas, etc. Las ofrendas hechas en la tumba del santo ascendian á dos millones anuales.—(2) Es decir, sujetos á *reglas*. El antiguo estado se llamaba *se-
cular*, ó lo que es lo mismo viviendo en el mundo ó *siglo*.

ron entonces un apoyo en los pontífices de Roma, cuya supremacía espiritual no estaba universalmente reconocida, y que contribuyeron ellos á establecer. Fueron la milicia adicta é infatigable de la Santa Sede, é hicieron en su favor numerosas é importantes conquistas espirituales. Ellos fueron los que convirtieron al cristianismo á los anglo-sajones de Bretaña y á muchos pueblos de la Germania; y estas nuevas iglesias, esencialmente hijas de las de Roma, prepararon con su sumision absoluta su futuro poderío (1).

§. VI.—*Segundo matrimonio de Brunequilda.*—*Crueldades de Fredegunda.*—Brunequilda en tanto se hallaba presa en la torre de Ruan. Un hijo de Chilperico y de Audovera, llamado Meroveo, se enamoró de esta mujer llena de seducciones, la sacó de la prision y se casó con ella (576). Fredegunda hizo perseguir á los dos esposos. Salvóse Brunequilda en Austrasia, donde halló tantos enemigos como leudos que la humillaron, y Meroveo fué á buscar un asilo en la iglesia de Tours bajo la capa de san Martin. Era obispo de esta ciudad el historiador Gregorio; negóse con intrepidez á entregar al fugitivo á los satélites de Chilperico, y le hizo huir temiendo fuese forzado el santo asilo. Llegó Meroveo á la Austrasia; pero los leudos le arrojaron de allí, y cayó muerto en Terouane bajo los golpes de los soldados de Fredegunda.

El único afan de esta mujer salvaje era hacer matar á los hijos de su marido; pero á ella le mataban las enfermedades todos los suyos. Llena entonces de remordimientos, no de sus muertes, sino de las exacciones que habian despoblado sus pueblos, y con el mayor dolor dijo á Chilperico: «Nosotros atesoramos, y no sabemos para quién. Nuestros tesoros, hijos de la rapiña y de la maldicion, no tienen quién los posea. ¿No rebosan ya nuestras bodegas de vino? ¿no llena nuestros graneros el trigo? ¿no están henchidos nuestros cofres de oro, de plata, de piedras preciosas, de collares y de otros adornos imperiales? Todo esto poseemos, y hemos perdido todo lo mas hermoso que teníamos. Ven; quememos estos injustos libros de los registros de impuestos. ¿No es bastante para nuestro tesoro lo que lo fué para el de tu padre?»

(1) Guizot, Civilizacion francesa, t. II.

Y al decir estas palabras se daba golpes en el pecho, y arrojaba á las llamas los registros, añadiendo: «¿Porqué tardas? Haz lo que me ves hacer, para que si perdemos á nuestros hijos, evitemos al menos el castigo eterno.» El rey, arrepentido tambien, arrojó los libros al fuego y prohibió que se cobrasen mas impuestos (580) (1).

Nació otro hijo que tambien murió. «La reina, atribuyendo esta muerte á los maleficios, prendió mujeres de París y las entregó á los tormentos. Unas murieron á golpes, otras quemadas, y muchas atadas á ruedas que les despedazaban los huesos. Tomando despues el tesoro de su hijo, como vestidos, tejidos de seda y otros objetos, lo arrojó todo al fuego. Cuéntase que habia cuatro carros llenos. Hizo consumir el oro y la plata en un horno, para que no quedase íntegro nada de lo que pudiese recordarle la muerte de su hijo (2).» Entonces el último hijo de Chilperico, llamado Clodoveo, dijo: «Habiendo muerto todos mis hermanos, todo el reino es mio. Mis enemigos caerán en mis manos, y haré de ellos lo que me plazca.» Fredegunda persuadió á Chilperico de que Clodoveo haba causado la muerte de sus hijos; y por órden suya fué conducido, desnudo y atado, á una casa donde fué muerto á puñaladas (3).

S. VII.—*Continuacion de la guerra entre la Neustria y la Austrasia.—Muerte de Chilperico.*—Mientras acontecia esto en Neustria, los leudos eran los soberanos de la Austrasia bajo el reinado de un niño; era un país sin fuerza ni unidad. La poblacion romana, poco numerosa ya en esta parte de la Galla, se hallaba allí tan sumamente envilecida, que parecia haber desaparecido ya enteramente; y la lengua germánica es la que hasta nuestros dias casi únicamente se ha hablado en este país. Viendo Brunequilda que su hijo crecia en edad, intentó restablecer la autoridad real, y se hizo un partido poderoso, al frente del cual estaba Lupo, duque de Champana. Este partido tomó las armas contra los leudos. «Aléjate de nosotros, ó mujer, dijeron los grandes á la reina en el momento del combate, si no quieres ser despedazada por los piés de nuestros caballos. Séate bastante haber gobernado el reino con tu marido. Ahora reina tu hijo, y su reino está

(1) Gregorio de Tours, lib. V, cap. 35.—(2) Idem, lib. VI, cap. 33.—(3) Idem, lib V, cap. 40.

bajo nuestra proteccion (1).» Lupo fué vencido, y se refugió en la corte de Gontran: Este rey con su adhesion al clero y rodeado de súbditos galos, era la esperanza de todo lo que era romano. Volvieron los austrasios sus armas contra él, y se aliaron hasta con el mismo Chilperico. Hízose entonces la guerra en Aquitania que tan extrañamente estaba repartida entre los tres reyes, y los francos se saciaron allí en el saqueo y la muerte, «como se acostumbra hacer, dice Gregorio de Tours, en país enemigo. Arrebataron tanto botin y tanto cautivo, que parecia que la comarca estaba desierta de hombres y ganados (2).» Despues de numerosas batallas y de mas numerosos tratados, en que los tres reyes hacian y deshacian sus alianzas, quedó la Aquitania bajo la absoluta dominacion de los neustrios.

Chilperico murió asesinado. Se acusó de su muerte á Fredegunda, cuya infidelidad habia descubierto (584). Dejó un hijo de cuatro meses llamado Clotario II. Temiendo su madre ser atacada por los austrasios, reune todos sus tesoros, se refugia en la catedral de París, y envia á Gontran este mensaje: «Que venga mi señor y tome posesion del reino de su hermano. Tengo un hijo, niño aun, que quiero poner bajo su apoyo, humillándome tambien yo bajo su poder (3).» Llegó Gontran á París, tomó bajo su proteccion al hijo de Fredegunda y gobernó los dos reinos; pero como «no tenia seguridad con los que le habian acompañado, se proveyó de armas, y un domingo, luego que el diácono impuso silencio al pueblo para empezar la misa, se volvió hácia los fieles y les dijo: Yo os suplico, hombres y mujeres que estais aquí presentes, que me guardéis una inviolable lealtad, y que no me mateis como lo habeis hecho con mis hermanos. Dejadme educar durante tres años á mis sobrinos, á quienes he adoptado por hijos, temiendo que llegue un dia (¡no lo permita el Dios eterno!) en que muerto yo, perezcáis con estos niños, pues no quedaria ningun hombre fuerte de nuestro linage para defenderos (4).» Impelíale á hablar así el temor de que los francos empezaran á entibiarse y á odiar á la raza de Clodoveo manchada de crímenes; y habia jurado acabar con los asesinos y su posteridad hasta la nona generacion, «á fin de ha-

(1) Gregorio de Tours, lib. VI, cap. 4.—(2) Idem, *ibid*, cap. 31.—(3) Idem, *ibid*, cap. 8.—(4) Idem, lib. VII, cap. 8.

cer cesar, según decía, esta perversa costumbre de matar á los reyes.»

§. VIII.—*Aventuras de Gondobaldo.*—*Victoria del trono sobre la aristocracia.*—Notable alarma produjo entre los grandes de Austrasia la alianza entre Gontran y Fredegunda, y causaron disgustos en Aquitania, donde no poseía casi nada Childeberto. De pronto vióse alzar en este país un hijo de Clotario I, falso ó verdadero, llamado Gondobaldo, que reclamaba su parte del imperio de los francos. Arrojado en otro tiempo por su padre, se había ido al Oriente y había sido educado en Constantinopla. Los grandes de Austrasia, unidos á Mummulo, patricio de los borgoñones, á Boson, duque el más poderoso del mediodía, y á Didier, duque de Tolosa, le enviaron un mensaje, diciéndole: «Ven; los principales del reino te llaman: nadie se opondrá á tu poder, porque no ha quedado quien gobierne en toda la Galia (1).»

Gondobaldo desembarcó en Marsella, fué reconocido solemnemente por todas las grandes ciudades del mediodía, pasó por Tolosa, Burdeos y Poitiers, y amenazó á la Neustria. La Aquitania, que en las continuas guerras de que había sido víctima había agotado todas sus fuerzas, creyó que volvía á hallar su independencia.

Lleno de inquietud Gontran al ver esta sublevación, propuso á los austrasios una *audiencia* para hacer la paz. Determináronse á acudir á esta asamblea Egidio, obispo de Reims y jefe de los leudos de Austrasia, el duque de Boson y muchos otros. Recibióles Gontran lleno de cólera; y la discusión se hizo tan violenta, que los austrasios se retiraron diciéndole: «¡Te damos el último adiós, ó rey! Aun está entera el hacha que cortó la cabeza de tus hermanos, y que no tardará en hacer saltar la tuya.» Furioso Gontran al oír estas palabras, hizo que les arrojaran á la cabeza estiércol, lodo y yerbas podridas, y se fueron llenos de ignominia (2).

Grandes progresos hacia en tanto Gondobaldo, que veía agruparse en torno suyo á todos los descontentos: según costumbre de los francos envió á Gontran diputados con bastones sagrados; pero el rey los puso en el tormento, y confesaron que to-

(1) Gregorio de Tours, lib. VII, cap 35.—(2) *Idem*, *ibid.*, cap. 14.

dos los grandes de Austrasia habian impellido á Gondobaldo á que se hiciera rey.

¶ Gontran sin perder tiempo envió á buscar á Childeberto que contaba entonces catorce años; y despues de haber celebrado con él un tratado de alianza, le puso una lanza en la mano, diciéndole: «Este es el signo de que te doy todo mi reino. Corre, y somete á tu dominacion mis ciudades y las tuyas. Los crímenes han hecho que no quede de mi familia mas que tú. Desheredo á cualquiera que pretenda tener derecho. Sé tú mi heredero (1).» Descubrióle entonces la trama urdida contra los reyes por los grandes de los tres reinos: dióle consejos para la conducta que habia de observar con los leudos, y le recomendó en extremo que alejase de su lado al obispo Egidio. Reunió despues á los grandes, y les dijo: «Ved, guerreros, que ya es un hombre mi hijo Childeberto. Renunciad pues á las pretensiones anárquicas y desleales que abrigais. Este es el rey á quien debeis obedecer (2).»

Esta alianza deshizo los planes de los conjurados. Marchó contra Gondobaldo un ejército de borgoñones, y el pretendiente se retiró á Cominges donde fué sitiado (585). Vendido allí por los que le habian llamado, pereció á manos de Boson. Fueron degollados todos los sitiados, y la ciudad quedó enteramente destruida hasta el siglo XI, en que se volvió á construir con el nombre de San Beltran. Mummulo y la mayor parte de los duques fueron muertos por órden de Gontran.

Abatió aquella victoria el orgullo de los leudos de Austrasia, y habiendo muerto en esta época Wandelin, tutor del rey Childeberto, nadie le reemplazó en su empleo (3). Apoderóse Brunquilda de todo el poder, restableció el trono con mano vigorosa y dió principio á las ejecuciones. «Los leudos entonces se combinaron con los de Neustria (587), y pidieron su consejo para matar al rey Childeberto y darle por sucesor á Teodoberto el primogénito de sus hijos, bajo la tutela de Rauching. Los dos leudos Ursion y Bertfried deseaban que lo fuese el mas jóven, llamado Teodorico, para apoderarse mejor del reino despues de haber arrojado á Gontran. Llegó esta conspiracion á los oidos

(1) Gregorio de Tours, lib. VII, cap. 23.—(2) Idem, lib. VIII.—(3) Idem, lib. VIII, cap. 2.

de éste, y enviando á Childeberto secretos mensajes le descubrió todo lo que maquinaban contra su persona (1).» Este llamó á Rauching y le hizo asesinar, y Ursion y Bertfried, que se adelantaban con un ejército, fueron derrotados y muertos. El famoso Boson fué degollado en la iglesia de Tréveris, donde se habia refugiado; otros huyeron á países extranjeros, y algunos perdieron sus dignidades. Tambien Egidio fué juzgado por los obispos, y declaró «que siempre habia trabajado contra los intereses del rey y de su madre, y que por su consejo habian des poblado á la Galia tan espantosas guerras.» Fué condenado al destierro (2).

Cimentóse esta victoria del trono sobre la aristocracia con el tratado de Andelot, en el que Gontran y Childeberto aseguraron sus estados, se devolvieron mutuamente los leudos que habian pasado de un reino á otro, y conservaron las donaciones hechas á la Iglesia y á sus fieles.

§. IX.—*Muerte de Gontran, de Childeberto y de Fredegunda.*—Hubo algunos años de tranquilidad despues de esta gran lucha; pero los reinos de los francos se resintieron mucho tiempo de aquellos trastornos en que habian agotado toda su fuerza militar. Por peticion de los papas y emperadores, los austrasios partieron á Italia á hacer la guerra contra los lombardos, donde no alcanzaron mas que un poco de gloria y botin. Por su parte los neustrios y los borgoñones hicieron cuatro irvasiones en la Septimania «porque, segun decia Gontran, era una deshonra que los límites de los horribles godos se extendiesen hasta la Gália.» Pero no lograron mas que desastres y arruinar á la Aquitania.

Muere Gontran: Childeberto reúne los dos reinos de Austrasia y de Borgoña; pero muere tambien dos años despues (595), dejando á sus dos hijos bajo la tutela de su abuela Brunequilda. Teodoberto era rey de los Austrasios, y Teodorico de los borgoñones; de modo que el imperio de los francos se hallaba gobernado por dos mujeres y tres niños con un alcalde ó *maire* de palacio cada uno.

Volvió á comenzar la guerra entre la Neustria y la Austrasia;

(1) Gregorio de Tours, lib. IX, cap. 9.—(2) Idem, lib. IX, cap. 49.

y Fredegunda, despues de haber asegurado con sus victorias y sus crímenes el trono de su hijo, murió tranquila y llena de gloria (597). Despues de su muerte, los austrasios y los borgoñones reunidos invadieron la Neustria. Clotario II fué vencido en la batalla de Dormeille, é hizo un tratado por el cual cedia á sus enemigos todos sus estados, á excepcion de doce cantones situados entre el Sena y el mar que formaban su reino.

§. X.—*Dominacion de Brunequilda.*—*Liga de los leudos contra el trono.*—*Muerte de Brunequilda.*—Vivia en tanto Brunequilda en Austrasia, respetada del papa, de los emperadores y de los reyes bárbaros: protegía las artes, construía caminos, edificaba monasterios, destruía el culto de los ídolos, reformaba las costumbres del clero, y tomaba una parte muy activa en la conversion al cristianismo de los anglo-sajones. «La autoridad debe estar basada sobre la justicia, escribia al papa Gregorio el Grande: vos observais inviolablemente esta regla, y de un modo la ejercéis tan digno de elogios, que os admiran tantos pueblos diversos como gobernais. Vuestro zelo es ardiente, preciosas vuestras obras, y vuestra alma llena de temor de Dios (1).» Pero continuaba su lucha contra los grandes; los hacía perecer, los despojaba de sus bienes, y terminó haciendo matar al alcalde de palacio Wintrio. Alzóse entonces una terrible sublevacion, la arrojaron de Austrasia y la obligaron á buscar un asilo en Borgoña (598).

Empeña desde allí á Teodorico á hacer la guerra á los austrasios; opónense los grandes de Borgoña, y comienza contra ellos la misma lucha que con los de Austrasia. Rodéase tan solo de galos y romanos, á quienes da todos los grandes empleos. Crea alcalde de palacio á uno de ellos llamado Protadio, quien intenta humillar á los leudos, y á su pesar emprende la guerra con la Austrasia. Pero en el momento en que los dos ejércitos están frente á frente, se arrojan los grandes sobre Protadio, y le matan en la tienda real (600) (2). No por eso se acobarda Brunequilda: venga la muerte de Protadio, fomenta la discordia entre los dos reyes sus nietos, y para asegurar su poder corrompe á Teodorico, rodeándole de prostitutas.

(1) Obras de San Gregorio, t. II.—(2) Fredegario cap. 27.

El nombre famoso de san Colomano, monje de Irlanda, llenaba entonces la Galia y la Germania: los pueblos se interesaban mas en sus aventuras y milagros, que en los sucesos políticos; y su palabra y virtudes tenian eco en todas partes. Roma estaba inquieta con el número de sus discípulos, y con sus doctrinas sacadas de las escuelas platónicas de Irlanda. Excitaron su indignacion las acciones del jóven Teodorico, y le envió algunas cartas «llenas de latigazos;» despreció sus súplicas y sus regalos; y en vez de bendecir á sus hijos, dijo á la anciana reina: «Han salido de mal sitio, y no empuñarán jamás el cetro.» Enojada Brunequilda envió contra él soldados que, arrojándose á sus piés y pidiéndole perdon de su crimen, le llevaron desterrado (606). La Iglesia, perseguida en la persona de san Colomano, abandonó desde aquel momento á Brunequilda é hizo causa comun con los leudos.

Teodorico empero, continuamente impelido por la reina anciana, se decidió á hacer la guerra á su hermano (612). Luego que estuvo seguro de la neutralidad de los neustrios, entró en la Austrasia, ganó dos grandes batallas en Toul y en Tolbiano, conquistó todo el reino, é hizo matar á Teodoberto con sus hijos. Desde allí se dirigió á acometer á Clotario, que habia salido de su neutralidad, para reunir toda la Galia bajo su cetro. Murió entonces dejando cuatro hijos bajo la tutela de su bisabuela Brunequilda. La anciana reina custodió los dos reinos, y se dispuso, impelida por la ambicion de toda su vida, á fundar una monarquía bajo el modelo del imperio romano.

Pero salieron los leudos de Austrasia del estupor de sus derrotas, creyeron que habia llegado el momento favorable de acabar con esta implacable enemiga y toda su raza, renovaron su formidable liga, se unieron á los grandes de Borgoña, y á su *maire* Warneguer, que odiaba mortalmente á Brunequilda, y llamaron en su ayuda á los leudos de Neustria, prometiéndoles hacerse súbditos de su rey. Arnolfo y Pepino, los dos mas poderosos señores de la Austrasia, y de los cuales descende la segunda dinastía franca, dirigian esta grande conspiracion que fué el principio de la ruina de los Merovingios. Se resolvió unánimemente no dejar salvo á ninguno de los hijos de Teodorico, matarles á todos con Brunequilda, y dar á Clotario todo el im-

perio franco, repartido en tres partes con tres *maires* (1).

Se hallaba reunida en aquella vasta conspiracion la aristocracia de los reinos, cuando Clotario se adelantó con un ejército, manifestando que venia á someter su causa al fallo de Dios y de los francos (613). Salióle al encuentro Brunequilda con un ejército de borgoñones y de austrasios; pero en el momento de empezar la batalla en las orillas del Aisne, volvióse su ejército la espalda, y huyó á su país. La anciana reina fué hecha prisionera con sus nietos, y luego que se presentaron á Clotario, mandó este matar en seguida á los niños. «Atormentó despues á Brunequilda, durante tres dias, con diversos suplicios: la hizo atravesar todo el ejército montada en un camello, atada despues por los cabellos, los piés y un brazo á la cola de un caballo furioso; y fueron sus miembros despedazados en la fogosa carrera del animal (2).»

Esta espantosa [muerte fué el fin de tan gran reina. Con ella venció la civilizacion germánica á la romana, y sucumbieron los ensayos de monarquía bajo la aristocracia de los leudos. Así terminó el primer período de la lucha entre la Austrasia y la Neustria, Clotario se aprovechó de la victoria de los bárbaros, de los leudos, y los austrasios; pero esta victoria debia recaer [sobre su familia y la Neustria. Reinó en todas las naciones francas; pero «Warnakher fué instituido *maire* de palacio en el reino de los borgoñones, despues de haber hecho jurar al rey que no le podria destituir jamás; el mismo cargo obtuvo Radon en la Austrasia, y Gundolando gobernó la Neustria (3).»

CAPÍTULO V.

Alcaldes de palacio.—(613—687).

§. I.—*Reinado de Clotario II.*—Al año siguiente Clotario (614) confirmó la victoria de los grandes en una ordenanza llamada *Constitucion perpétua*, firmada por setenta obispos y una multitud de fieles reunidos en Concilio (4). Véanse algunos de sus artículos. 1.º Quedan abolidos los impuestos establecidos por los

(1) Fredegario, cap. 40 y 41.—(2) Fredegario, cap. 42.—(3) Fredegario cap. 43.—(4) Capítulo de Balucio.

cuatro hijos de Clotario I. 2.º Se restituyen todos los bienes ó beneficios quitados á los leudos y á las iglesias, y quedan irrevocablemente confirmadas todas las donaciones que les hayan hecho. 3.º El concilio provincial elegirá á los obispos juntamente con el clero y el pueblo de las ciudades, quedando para el rey el derecho de confirmacion. 4.º Los clérigos estarán fuera de la jurisdiccion de los oficiales reales, y los tribunales eclesiásticos entenderán de muchos crímenes públicos y privados. 5.º No obedecerán los jueces los mandatos del rey que sean contra la ley; y queda prohibido el condenar á nadie, aunque sea un esclavo, sin haber oido antes su defensa. 6.º El que altere la paz pública será castigado con la muerte.

No se llevaron á efecto todos éstos artículos en los que se manifiestan los esfuerzos del clero en separar el derecho de la fuerza en una sociedad tan anárquica; y la victoria de la aristocracia no hizo mas que aumentar el caos en que vivía la Galia. Perdida la energía y las virtudes salvajes de los francos en las guerras civiles, pudieron los galos dejar los últimos resplandores de su civilizacion y los restos de las instituciones romanas. Disminuyó la clase de los hombres libres, y los pequeños propietarios, despojados por los grandes, se vieron reducidos á la condicion de tributarios. Engrandecidos desmesuradamente los alodios, abarcaron provincias enteras. No se reunieron sino rara vez los concilios, que en los últimos siglos habian hecho todas las leyes religiosas y civiles; gobernábanse aisladamente las iglesias y abadías; confundióse la gerarquía eclesiástica; y los obispos, que casi todos eran leudos nombrados por fraude ó por violencia, vendieron ó dilapidaron los bienes de sus iglesias, vivieron de la guerra, de la caza y del saqueo, ejerciendo sobre los sacerdotes una verdadera tiranía, y dejando el celibato para llevar ante los altares á una esposa. El elemento aristocrático venció en la sociedad religiosa, lo mismo que en la civil.

Mientras los grandes gozaban de tan omnímodo poder, se hallaba reducido Clotario á una nulidad casi completa, sobre todo en la Austrasia. Los grandes de este reino llegaron al extremo de no obedecerle, y de querer un rey particular; y les dió á su hijo Dagoberto, que fué puesto bajo la tutela del alcalde de palacio Pepino, y de Arnolfo, obispo de Metz.

§. II.—*Reinado de Dagoberto.—Poder de los vascos.—Fama de los francos.—Guerras contra los wenedos.*—Murió Clotario algunos años despues, dejando sus dos hijos Dagoberto I y Cariberto (628). El primero reunió un ejército en Austria, y se hizo elegir rey por los leudos de Neustria y de Borgoña. El segundo hizo vanos esfuerzos para alcanzar alguna parte de los tres reinos. «Dagoberto empero, lleno de compasion y aconsejado por hombres prudentes, cedió á su hermano lo que podia bastar para vivir en una posicion oscura, es decir, la mitad de la Aquitania. Cariberto estableció su residencia en Tolosa, como rey de los aquitanos (1).» La Galia meridional, siempre despreciada por los francos, sufría con impaciencia su dominacion; pero creyó haber recobrado su independencian con Cariberto, en especial cuando le vió hacer alianza con los vascos, que hacian entonces un papel muy brillante en el mediodía.

Este pueblo, que á sí mismo se llamaba Escualdunac, vivia en los altos valles de los Pirineos occidentales. Dominando desde lo mas antiguo una parte de España y de Galia, puro de toda mezcla con las demás razas, famoso por su lengua primitiva y su antigüedad, no habia sido sojuzgado completamente ni por los romanos, ni por los visigodos y los francos. Hacia la mitad del siglo sexto se precipitó desde lo alto de sus montañas, peleó con los francos encarnizadamente, se organizó en Estado ó ducado independiente, y extendió su dominacion por el país que hay entre el Garona y los Pirineos. Dióle el nombre de Gascuña, nombre que despues amenazó extenderse á todo el mediodía de la Galia. Amando era entonces el duque de los vascos, y casó á su hija con Cariberto. A su muerte Dagoberto quiso recobrar la Aquitania, y se intituló «rey de los francos y príncipe del pueblo romano;» pero los duques y condes que envió á este país fueron maltratados y algunos degollados. Otros se impregnaron poco á poco del odio del mediodía contra el norte, y se vieron arrastrados en su ambicion, «por el partido de los siervos romanos contra la noble nacion de los francos (2).» Amando se declaró en favor de los dos hijos de Cariberto, y sublevando toda la Aquitania quiso restablecer el reino de Tolosa. Dagoberto en-

(1) Fredegario, cap 47.—(2) *Edil franco no leudi* (véase Augusto Thierry) cartas sobre la Historia de Francia, y Fauriel, Historia de la Galia meridional, t. II.

tonces levantó un grande ejército, y dió el mando á diez duques francos, borgoñones y romanos. Sometióse la Aquitania, y los vascos fueron vencidos y obligados á enviar sus jefes á Dagoberto, que les concedió la vida bajo el juramento de serle fieles á él, á sus hijos y al imperio de los francos (636). Apesar de aquel juramento permanecieron los vascos independientes.

Dagoberto volvió á poner en planta el proyecto de sujetar á los leudos, y hacer del trono un poder social y regular. Abandonó la Austrasia con este intento, pues allí se encontraba bajo el poder de Arnolfo y de Pepino, y se fué á Neustria donde se formó una pomposa corte. «Allí retuvo á los principales leudos de Austrasia, y en especial á Pepino cuya muerte deseaba, pero no se atrevió á matarle conociendo que padecería su autoridad (1).» Desposeyó en seguida á los grandes y á las iglesias de los beneficios que habian pertenecido al tesoro real, y los repartió entre sus hombres de guerra para crearse nuevos leudos mas sumisos. Por último recorrió los tres reinos para demostrar su poder y hacer en ellos justicia. «Su venida hirió de espanto á los obispos y á los grandes, pero colmó á los pobres de alegría (2).»

Gozaba aquel rey por todo el Occidente de una inmensa nombradía. Su lujosa corte, llena de obispos y de mujeres; los hombres ilustres, como san Ouen y san Eloy, que tenia por ministros, las abadías que hizo construir, y las leyes sálicas y ripuarias que mandó poner por escrito, hacian de su reinado la época mas brillante de la historia de los neustrios. Pareció que los francos habian reemplazado á los romanos en el Occidente, y ningun pueblo podia luchar con ellos en gloria y poderío. Los visigodos no poseian mas que la España y la Septimania: habian desaparecido los ostrogodos de la Italia, y los vándalos del Africa: ya no llamaban la atención pública los ocho pequeños Estados formados en la Bretaña por los anglo-sajones: éranles tributarios los alemanes, los frisones, los sajones, los bávaros y los lombardos; y por fin renovaban su alianza con empeño los emperadores de Oriente. Los únicos pueblos vecinos é indómitos de los francos, eran los wenedos, pueblo eslavo que se habia

[1] Vida de Pepino de Landen.—Fredegario cap. 52.—(2) Fredegario, cap. 48.

apoderado del valle del Elba, y los búlgaros, pueblo tártaro que ocupaba el valle inferior del Danubio. Estos dos pueblos eran [incesantemente acometidos y arrojados hácia adelante por los abaros, que acampaban entre los Carpatos y los Alpes.

Buscaron asilo en el imperio de los francos algunas hordas de búlgaros, perseguidos por los abaros (631). «El rey les mandó que pasasen el invierno en el país de los bávaros, esperando hasta que hubiera examinado con sus leudos lo que debia hacer de ellos. Despues, cuando los búlgaros se hallaban dispersos en las casas de los bávaros, mandó, segun prudente consejo de los francos, que los matasen á todos en una noche con sus mujeres y sus hijos, lo que se ejecutó efectivamente (1).»

Mas indómitos eran los wenedos: habian sacudido el yugo de los abaros, y mandados por un franco llamado Samo, interceptaban á los comerciantes y viajeros en los valles del Danubio. Dagoberto les hizo acometer por los alemanes, los lombardos y los austrasios. Estos últimos se dejaron vencer; «pero mas debieron su derrota al valor de los wenedos, que al abatimiento en que los habia sumido el aborrecimiento de Dagoberto, su persecucion y el despojo de sus bienes. Continuaron los saqueos de los wenedos. Dagoberto entonces fué á Metz: por consejo y consentimiento de los grandes y de los obispos de Austrasia, sentó en el trono á su hijo Sigeberto, bajo la tutela del duque Adalgiso y de su hijo Cuni berto, quienes debian gobernar el palacio y el reino (633). Los austrasios desde entonces recobraron su valor, y defendieron contra los wenedos la frontera y el imperio de los francos (2).»

§. III.—*Arquitectura lombarda.*—*Literatura religiosa.*—Dagoberto fué un protector de las artes; y los numerosos edificios religiosos que se construyeron en su tiempo, dieron un nuevo impulso á la arquitectura, la cual tomó nuevas formas. A la basílica griega, de la que en Galia solo existia una copia en madera de los monumentos de mármol de Roma y de Bizancio, sucedió la iglesia llamada lombarda. Estaba dividida esta en tres naves paralelas desiguales en extension, sostenida su bóveda por columnas gruesas y cortas, y tenia una fachada sin pórtico y

(1) Vida de Dagoberto.—(2) Fredegarío, cap. 61 y 69.

adornada con dos macizas torres. Era un monumento pesado y sin gracia, pero mas Occidental y mas severo que la basilica. Este estilo de arquitectura tenia la abadía de San Dionisio, que hizo construir Dagoberto con una magnificencia casi fabulosa. La adornó con muebles y vasos preciosos, obra de san Eloy que se hizo ilustre en aquel siglo por la perfeccion con que trabajaba los metales, y la enriqueció con vastos dominios, pues en una sola vez le dió veinte y siete ciudades ó aldeas. Adquirió esta abadía una inmensa nombradía, y se convirtió casi en metrópoli de la Galia.

Mientras las fundaciones religiosas dan á las artes una nueva existencia, acaba la literatura romana. Escuelas monásticas, cuya enseñanza es enteramente religiosa, reemplazan á las escuelas municipales; y no queda mas que la literatura sagrada. Aquella literatura, original por sus formas y sus ideas, no es solo un objeto de recreo intelectual, sino un medio de accion y de gobierno sobre los espíritus: los autores, que ordinariamente son obispos ó misioneros, sacrifican el arte al efecto: mas que agradar á los espíritus, desean conmover los corazones: su elocuencia es salvaje, sencilla, trivial y llena de inspiracion, y la fecundidad de su entendimiento prodigiosa. Parece increíble el número de sermones, de homilias é instrucciones religiosas que nos han dejado. Ocupa además un lugar muy distinguido la literatura de las leyendas, y de las vidas de santos. Estos relatos brillantes, variados y dramáticos, alimentan la sensibilidad y seducen la imaginacion: transportan á los lectores á un mundo ideal de perfeccion y de santidad: ofrecen á los entendimientos desalentados la imágen de una sociedad imaginaria, donde hallan un órden de hechos y de moralidad que les venga y consuela de los hombres y de las cosas de su tiempo (1). Toda la historia de aquella época, en que los intereses políticos eran absorbidos por los religiosos, se hallaba en las leyendas. No interesaban los

(1) Guizot, historia de la civilizacion de Francia, t. II, leccion 47.—Se ha formado una coleccion de vidas de Santos (la de los Bolandistas) aun no terminada, en la que están los nueve meses del año, y forma cincuenta y tres volúmenes en folio. Solo el mes de abril tiene ciento setenta y dos leyendas. Esta coleccion no contiene todas las biografías que nos han quedado, y aun se han perdido mas de tres las cuartas partes.

reyes, sus cortes y sus intrigas, si no estaban mezclados con los sucesos de los monjes, los obispos y los santos: solo los milagros, las predicaciones y las ceremonias religiosas tenían el poder de despertar los espíritus; y el único medio de excitar el entusiasmo y de alcanzar la gloria era una reputación de santidad.

§. IV.—*Reinado de Sigeberto y de Clodoveo II.*—Murió Dagoberto dejando dos hijos, Sigeberto y Clodoveo (638) (1). Por un tratado hecho con los grandes, el primero continuó gobernando la Austrasia, siendo Pepino alcalde de palacio: reinó el segundo en la Neustria y la Borgoña, teniendo por tutor al alcalde Ega. En esta época empieza la serie de los reyes llamados *wolgazanes* por los historiadores.

Ganóse Pepino la amistad de todos los leudos, é hizo con ellos estrecha alianza. «Su dignidad, poco diferente de la grandeza suprema, dice su biógrafo, imponía á todos y hasta al mismo rey el freno de la equidad. Verdadero padre de la patria, modelo de duques é instrucción de reyes, hubiera podido exclamar como Job: «Por mí reinan los reyes, por mí los jueces aplican la ley (2).» Sucedióle en el cargo de alcalde de palacio su hijo Grimoaldo, «porque estaba acostumbrado el pueblo á no confiar esta dignidad mas que á los hombres distinguidos por su nacimiento y por sus riquezas (3).»

Viendo Grimoaldo, cuando murió Sigeberto, el desprecio con que miraban los austrasios, á la familia del gran Clodoveo, encerró al hijo del rey en un monasterio de Irlanda, y puso en el trono al suyo. Pero aun no habia llegado el día de derribar la antigua familia de los reyes cabelludos. Los austrasios se unieron con los neustrios contra Grimoaldo, que fué muerto al mismo

(1) Vida de Pepino el Anciano, por un contemporáneo.—(2) Eginardo, vida de Carlomagno.—(3) Durante todo su reinado conservó la paz en su reino este monarca. Un día yendo á rezar á la iglesia de los Santos Mártires (Dionisio y compañeros) quiso poseer sus reliquias; é hizo descubrir su sepulcro. A la vista del cuerpo del bienaventurado Dionisio, mas avaro que piadoso, le rompió el hueso del brazo, y como herido de un rayo quedóse loco. Cubrióse en seguida el santo lugar de tinieblas tan profundas, y esparcióse allí tan espantoso terror, que buyeron despavoridos los asistentes. Para recobrar sus sentidos dió á la basílica muchos dominios, hizo adornar con oro y pedrería el hueso que habia arrancado al santo, y lo volvió á poner en la tumba, pero jamás recobró del todo la razón, y murió dos años despues. (Vida de Dagoberto).

tiempo que su hijo; y Erkinualdo, que sucediera á Ega, gobernó todo el imperio de los francos, siendo su único rey Clodoveo II (640).

§. V.—*Ebroin reanima el trono y la Neustria.*—Muerto Clodoveo II (696) (1), Erkinualdo dejó el imperio dividido entre los hijos de este rey. Muerto Erkinualdo (660), reinó Childerico II en Austrasia, siendo alcalde Wulfoaldo, y Clotario III en Neustria y en Borgoña. Volvió á encenderse en los tres reinos la lucha entre el trono y la aristocracia, tomando creces con el odio inveterado de las dos familias francas.

Ebroin, como hombre ambicioso y de talento, quiso regenerar el poder real en Neustria, desterró y despojó á los grandes, é hizo morir á muchos. Alzáronse contra su tiranía leudos y obispos, eligiendo por su jefe á Leodegario, ó Leger, obispo de Autun y persona muy poderosa por su saber, sus riquezas y su energía. Clotario III murió (670); «y Ebroin, en vez de convocar solemnemente á todos los grandes para elegir un nuevo rey, hizo subir al trono por su autoridad sol. á Teodorico, ó Thierry I, hijo tercero de Clodoveo II.» Sabida esta nueva, reuniéronse los leudos de Neustria y de Borgoña, hicieron alianza con los de Austrasia, reconocieron por rey á Childerico II, y se dirigieron á la corte. Abandonados de todos Ebrain y su rey cayeron en manos de los leudos, y les cortaron la cabellera despues de hundirlos en un monasterio. Childerico II fué reconocido rey de los tres reinos, y alcalde de palacio Wulfoaldo y Leger.

Los grandes se aprovecharon de la victoria parar hacerse ceder nuevos privilegios que obligaran á los reyes á ceñirse á la antigua igualdad germánica. «Redújose al estado que antes tenía todo lo que Leger creyó opuesto á las leyes de los reyes antiguos y de los grandes leudos (2).» Alarmóse el rey, maltrató á los neustrios, acusó á Leger de «querer derribar la dominacion real é invadir el soberano poder, y le desterró á la abadía de Luxeuil, donde Ebroin tomara el hábito de monje (3).» Aconsejado luego por los austrasios, se entregó contra los neustrios á toda clase de excesos, y hasta hizo dar de palos á un leudo.

Estremeciéronse los leudos de horror, y degollaron al rey y á su familia (673).

(1) Vida de San Leger.—(2) *Ibid.*—(3) *Ibid.*

Entonces Ebroin y Leger salieron de su prision; volvieron á aparecer los prosritos de todos los partidos; trabóse una confusa guerra entre leudos y alirimanos, neustrios y austrasios; y «reinó tan espantosa anarquía en los reinos francos, que se creyó que se aproximaba la venida del Antecristo (1).» Los neustrios eligieron por rey al mismo Thierry I, á quien habian arrojado (674); y los duques, sus familias y sus compañeros se apresuraron á ofrecer su adhesion á Leger (2). «Tambien Ebroin reunió una turba de aventureros, marchó á la Austrasia donde aumentó su ejército, se dió un falso rey y se dirigió contra la Neustria. Los leudos fueron vencidos; y el que no se sometió á Ebroin fué despojado de sus dignidades ó víctima de la espada.» Leger se retiró á su ciudad de Autun, donde se preparó á sostener un sitio; pero luego que vió el numeroso ejército que le rodeaba, se despidió de su pueblo, hizo que abrieran las puertas, y se entregó á sus enemigos que le sacaron los ojos.

Abandonó entonces Ebroin á su falso rey, reconoció á Thierry I, y gobernó con absoluta autoridad á los neustrios y borgoñones. Consideraba como enemigo todo lo que era rico y poderoso; hizo matar, despojar y desterrar á los grandes; abrumó á Leger de tormentos, le redujo á la esclavitud y le hizo degradar por un concilio. Pero todas estas persecuciones no hicieron mas que aumentar la gloria del obispo, que la opinion pública veneraba como un mártir; y cuando le hizo cortar la cabeza, el pueblo que no veia en él un jefe de leudos, sino un prelado, le respetó como un santo, y celebró su memoria en piadosas leyendas (675).

Perseguidos los leudos por Ebroin, unos se refugiaban en el país de los vascos, donde se quedaron, y otros en la Austrasia, donde renovaron el odio antiguo contra la Neustria. Era entonces rey de los austrasios un monje lleno de vicios, llamado Dagoberto, que pretendia descender de Clodoveo, y que se acarreó el odio de los grandes. Diéronle la muerte, y decididos á no tener mas reyes, gobernaron la Austrasia á su capricho, tomando por jefes á Martin y Pepino nietos de Pepino el Anciano y de Arnolfo (678). Resolvieron estos acometer á Ebroin, odiado de la Austrasia como restaurador de la monarquía, y de la Neustria, y

(1) Vida de San Leger.—(2) Ibid.

que amenazaba además perseguir hasta en su país á los leudos neustrios. Pero fueron vencidos; y habiendo acudido Martín á una cita que le diera Ebroin para tratar de la paz, fué muerto á traición. Desde allí Ebroin con el designio de conquistar la Austrasia se adelantó hasta aquel reino; pero fué asesinado por un neustrio á quien diera asilo Pepino (681). Así murió aquel hombre tan notable por sus ideas y su talento, «que ejerció sobre los habitantes de la Galia un poder mayor del que jamás habia gozado ningún franco (1),» y que retardó el triunfo de la aristocracia y de la Austrasia.

§. VI.—*Fin de la lucha entre los neustrios y los austrasios.—Batalla de Testry.*—Continuó la guerra. Despues de cinco años de discordias civiles, terminaron las dos razas por considerarse enteramente como extranjeras, y debia terminarse la lucha con la ruina de la una ó de la otra.

Despues de la conquista de Clodoveo, los francos salios ú occidentales gozaban la preeminencia en la Galia por su posición central y por la ventaja que adquirieron heredando los restos de las instituciones romanas. Se habian consolidado mas fácilmente sus establecimientos que los de los francos occidentales, en los cuales la invasion se continuaba, por la fluctuacion perpétua de los pueblos germanos. Los neustrios habian perdido con rapidez sus costumbres de conquistadores: naturalizados y confundidos con los galos habian aprendido su lengua, sus costumbres y sus vicios; y las familias de los primeros conquistadores estaban inanimadas con los furores de las guerras civiles, ó con la desordenada corrupcion de la paz. Los austrasios por el contrario eran numerosos y unidos; moraban aun en el antiguo país de los francos, de donde sacaban su fuerza y su fecundidad, y vivian en relacion continua con las tribus germánicas. Bravos y belicosos, libres é iguales como sus padres, poco sujetos á las influencias galas, se atribuían exclusivamente el nombre de francos, y daban con desprecio el de romanos á sus rivales de la Neustria. Conservábase entre ellos la lengua tudesca, cuando en la Neustria se hablaba ya la lengua latina; y los dos países se habian convertido, segun expresion de los historiadores, en

(1) Vida de San Leger.

Francia romana la una, y *Francia teutónica* la otra (1); distincion popular de la que quedan en el dia aun huellas profundas (2.)

En la degeneracion social llegada á su colmo, la aristocracia era el poder que habia prevalecido y de la que parecia ser todo el porvenir, alzándose sobre la administracion romana y la monarquía bárbara. Esta aristocracia era en cuanto al orden civil y al religioso, vigorosa é influyente entre los austrasios, mientras que se hallaba entre los neustrios debilitada y casi destruida. Los leudos de Austrasia tendian pues, á hacer suceder su dominacion á la de los reyes de la familia de Clodoveo de quien se veian ya libres; y aspiraban nada menos que á conquistar al mismo tiempo la Neustria y la monarquía. Pepino era el digno representante de sus ambiciosos proyectos: era un hombre inspirado por ese espíritu de conquista y de dominio que debia ser un principio de vida para la sociedad futura; personaje popular enteramente, por el número de santos y obispos que contaba en su familia; «que sin tener el nombre de rey reinaba en Austrasia con poder real (3).»

Los sucesores de Ebroin continuaron sus ideas. Perseguidos por ellos los leudos de Neustria, continuaron buscando un asilo en Austrasia, se aliaron con Pepino con rehenes y juramentos, y le incitaron á hacer la guerra á Bertario que era alcalde de palacio mientras reinaba Thierry I.

Pepino mandó á Bertario que llamase á los desterrados y les devolviese los bienes. Respondióle este que iria á buscarlos á Austrasia. Pepino convocó á sus leudos y auxiliares de allende el Rhin, y marchó contra los neustrios. Encontráronse los dos ejércitos cerca de la ciudad de Vermand (San Quintin), en un lugar llamado Testry (587). La batalla fué encarnizada pero decisiva. Pepino alcanzó la victoria, persiguió á los neustrios, y sometió todo el país. Bertario fué muerto con una gran parte de sus leudos, y los demás se refugiaron en los monasterios, donde prestaron juramento de fidelidad al vencedor. El rey Thierry fué pre-

(1) Luitprando, lib. I.—(2) Guizot, Tercer ensayo sobre la Historia de Francia.—Augusto Thierry, carta sobre la Historia de Francia.—Sismondi, Historia de los Franceses, t. II.—(3) Anales de Metz.

so, y Pepino gobernó todo el imperio de los francos como alcalde de Neustria y de Borgoña.

Con esta batalla terminó la lucha de la aristocracia contra el trono, y la de la Austrasia contra la Neustria. Los neustrios, cuyos reyes habian llegado á gozar casi todo el poder imperial, cayeron definitivamente bajo el yugo de los austrasios, cuyos grandes habian dado á uno solo el poder, ya que no el título de los Merovingios. De este modo acabaron por confundirse en una sola dominacion los numerosos pequeños estados fundados por la conquista, y que habian cambiado continuamente de reyes, de fronteras y de extension.

La familia de Pepino debia fundar un nuevo imperio y un nuevo gobierno, pero imperio y gobierno efímeros «especie de pueno arrojado entre la barbarie y el feudalismo (1)» y sobre cuyos restos habian de elevarse las naciones modernas y el orden social de la edad media.

LIBRO SEGUNDO.

DOMINACION DE LOS FRANCO AUSTRASIOS. (687-843).

CAPÍTULO PRIMERO.

Pepino de Herstall, Carlos Martel, Pepino el Jorobado.—(687-751.)

§ I.—*Estado social é imperio de los francos al fin del siglo VII.*

—Cuando tuvo lugar la batalla de Testry, no habian llegado los francos aun á la época en que debian fundar en la Galia un orden social. La sociedad medio romana y medio bárbara no habia dado aun á su existencia una forma estable: reyes y leudos, francos y galos, obispos y monjes no tenian aun una posicion fija y determinada: luchaban y se confundian por todas partes el elemento romano y el germánico; y la nueva revolucion no hizo en un principio mas que arrojar mayores sombras en aquel caos. Al repartirse los austrasios la Neustria, dieron á su victoria el carácter de una segunda invasion germánica. Es cierto que se

(1) Guizot, *Civil. francesa*, t. II, lec. 9.

renovó la clase de los hombres libres; pero los leudos se hicieron nombrar duques, condes y marqueses en las provincias donde poseían beneficios, y confundieron los derechos de su cargo con los de su propiedad. Fueron mas frecuentes y regulares las asambleas del campo de Marte, pero el ejército se convirtió en un elemento de gobierno y de soberanía. Se regeneraron los hábitos guerreros de la nación, y la Iglesia, materializándose cada vez mas, adquirió todas las costumbres germánicas.

Los francos no habían llegado aun al momento de poder formar un estado: mezclados con los romanos, los visigodos, los borgoñones, y diseminados en un vasto territorio, no tenían centro ni unidad, ni aun comunidad de nombre, de lenguaje y de intereses; y la confusión causada por la batalla de Testry no hizo mas que añadir incertidumbre y fluctuación á su existencia. De modo que los turingios, los frisones y los sajones en el oriente, no se negaban á formar parte en la confederación franca; pero como querían su parte de conquista, continuaban la invasión y no reconocían la autoridad suprema de Pepino. Al occidente los bretones hacían continuamente correrías en las fronteras de Neustria; y al mediodía se había aprovechado la Aquitania de las guerras entre los austrasios y neustrios para alcanzar su completa independencia, bajo un jefe nacional llamado Odon ó Eudo, rey de Tolosa, y que se cree era nieto de Cariberto (1). Eudo había arrebatado á los francos hacia ya treinta años el ducado de Tolosa, la Aquitania y una parte de la Provenza, y llegó á ser despues, no se sabe como, duque de los vascos. Casi todo el valle del Ródano, por otra parte, desde Lyon hasta el mar, obedecía á señores de origen germánico, que durante los últimos trastornos se habían declarado independientes, y secundaban el odio de los indígenas contra la dominación franca. Por último la Septimania formaba parte del reino de los visigodos.

De modo que la población franca no tenía aun consistencia territorial ni política. La empresa pues, reservada á Pepino y á su dinastía, era nada menos que fundar un estado y una sociedad. Pepino de Herstall y Carlos Martel se ocuparon en fundar el estado, y Pepino el Jorobado y Carlomagno la sociedad.

(1) Fredegario, cap. 47.

§ II.—*Guerras contra los germanos.—Muerte de Pepino.*—Los peligros mas temibles y amenazadores para los francos venian siempre de la Germania. Luego que Pepino conquistó la Neustria, manifestó á los francos que la nacion no era respetada de los paganos, y resolvió hacer la guerra á los frisones y alemanes. Venciólos muchas veces; y para obligarlos á obedecerle, apoyó eficazmente á los misioneros enviados á la Germania por los obispos de Roma. Renovó las relaciones que existian antes entre los papas y los francos, y que interrumpieron un siglo despues las conquistas de los lombardos.

Pepino se vió obligado durante aquellas guerras á permanecer en la Austrasia. Gobernaba este país sin título determinado; pero era muy grande su autoridad, porque estaba ligada á su persona, como obra y propiedad suyas. Hizo gobernar la Neustria por sus hijos, á quienes convertia en reyes tan completamente ignorados como insignificantes, y cuyos nombres apuntaremos, para seguir el órden de la dinastía Merovingia. Fueron estos despues de Thierry I, que murió en 691, Clodoveo III, hijo de Thierry I, que reinó desde 695 á 711; y Dagoberto II, hijo de Childeberto II, que reinó desde 711 á 714. Estaba tan asegurado el poder de Pepino, que dejó para sucederle á su nieto, de seis años bajo la tutela de Plectuda (714).

§ III.—*Carlos Martel.—Batalla de Vincy.—Sumision definitiva de los neustrios.*—Cuando murió Pepino, deseando los neustrios recobrar su independencia, se sublevaron, derrotaron á los austrasios, eligieron por alcalde á Raquifriedo, y sacaron del claustro á un incierto descendiente de Clodoveo á quien hicieron rey con el nombre de Chilperico II (1). Aliáronse despues con los frisones, para que acometiesen la Austrasia por el norte, mientras ellos llegaban hasta el Mosa. «Grandes trastornos y terribles persecuciones hubo entonces en los reinos de los francos (2).»

Habia sido preso por deseo de Plectuda un hijo natural de Pepino, llamado Karl ó Carlos, poco tiempo despues de la muerte de su padre, sin que se pudiese saber la causa de su encierro;

(1) Se le cree hijo de Childerico II, y reinó hasta 720.—(2) Segunda continuacion de Fredegario, cap. 203.

pero habiéndose hecho hombre, y célebre por su valor, huyó de la prision, se presentó á los austrasios que estaban desanimados al ver que tenían por jefes á una mujer y un niño, y se puso al frente de su ejército (715). Adelantóse á los frisones que iban á reunirse con los neustrios, pero fué derrotado. Cruzan entonces los neustrios los Ardenas sin obstáculo, se juntan con los frisones delante de Colonia, obligan á Plectuda que estaba encerrada en esta ciudad á que les entregue una parte de sus tesoros, y vuelven á tomar el camino de su país (717). Pero Carlos los acechaba á su vuelta: acometióles y los derrotó completamente en Vincy, cerca de Cambrai, los persiguió hasta Paris, y los hubiera destruido del todo á no ser por una irrupcion de sajones que le forzaron á volver al Rhin. Rechazó á los bárbaros; esparció, imitando á su padre, muchedumbre de monjes por su país, y volviéndose despues á Colonia, se apoderó de esta ciudad. Plectuda, cuyo nieto acababa de morir, «le devolvió los tesoros de su padre, y le dió todo el poder que ella tenia (1).» Dióse entonces un rey de la familia Merovingia llamado Clotario, y gobernó todo el imperio con el simple título de jefe ó duque de los francos.

No era empero extremo el abatimiento de los neustrios; esmerábanse en hacer enemigos de los austrasios á todos los demás pueblos; y pidieron auxilios á Eudo de Aquitania, enviándole regalos y el cetro (2). Los aquitanos consideraban á los francos del Rhin mucho mas bárbaros que á los del Sena: temian que las tropas de Carlos deseasen, como las de Clodoveo, recrearse con los frutos y riquezas del mediodía, y reuniéndose con los neustrios, se dirigieron á pelear con Carlos (718). Este los derrotó cerca de Soissons, y los persiguió hasta Orleans. Eudo difícilmente pudo volverse á su país, llevándose consigo á Chilperico II, y no obtuvo la paz ni la pacífica posesion de sus estados, sino entregando á este rey con todos sus tesoros (719). Carlos hizo reconocer, muerto Clotario, á Chilperico rey de los tres reinos, y quedó supremo jefe como su padre.

Aquel fué el último esfuerzo de los neustrios, que desde entonces tuvieron el mismo carácter social que la antigua pobla-

(1) Anales de Eginhardo.—(2) Segunda continuacion de Fredegario, cap. 407.

cion gala, cuyo destino siguieron. La corte del imperio de los francos se trasladó hácia el Mosa y el Rhin, centro de su antigua patria. Este era el punto mas á propósito para detener las invasiones del norte, que hicieron sucumbir á los neustrios, despues á los romanos, y que igual suerte hubieran hecho sufrir á los austrasios, si en vez de permanecer armados en las orillas del Rhin, se hubieran esparcido por la Galia.

§. IV.—*Despoja Carlos al clero de sus bienes.*—Carlos reinaba en la Austrasia, la Neustria y la Borgoña, pero la Galia meridional se hallaba enteramente separada del imperio, y habian recobrado su independencia los pueblos de allende el Rhin. Habia que llevar á cabo un doble trabajo: constituir en un estado á los francos, sometiendo las naciones que se habian separado de su dominio: y rechazar la invasion que por detrás de estas naciones amenazaba con dos postreros y terribles sacudimientos. Era la de los sajones por el norte, y la de los árabes por el medio-día. Faltábale para esta empresa guerreros y tierras con que pagar sus servicios, pues la victoria de la aristocracia habia dado á los leudos la absoluta propiedad de los beneficios, y Carlos ya no tenia mas tierras que conceder á sus soldados. Entonces aquel jefe bárbaro, sin inquietarse por arrebatar á la sociedad su última garantía de órden y de civilizacion, se apoderó de las tierras del clero y se las dió á sus guerreros: confirióles además las dignidades eclesiásticas, con las posesiones á ellas anexas; de modo que las iglesias se vieron invadidas por leudos salvajes que llevaron allí sus costumbres licenciosas y turbulentas, sus gustos de caza y de sangre, y sus hábitos de tiranía y de saqueo. La fuerza brutal fué desde entonces la única soberana de la sociedad y ya no hubo mas concilios, ni escuelas, ni gerarquías. Las ciudades se vieron sin pastores ni magistrados, las iglesias y los monasterios sin gobierno: «desapareció la disciplina eclesiástica, y vivieron sin freno alguno y en todas partes los clérigos, los monjes y las religiosas (1).» Jamás habia llegado á tal extremo la anarquía social, ni habia sido la Iglesia tan material y violenta. «El cristianismo pareció un momento abólido en la Galia; y se restableció el culto de los ídolos en la parte oriental (2).»

(1) *Gesta episcop. trevirensium.*—(2) Hnimar, ep. 6 cap. 19.

Sin embargo aquel despojo proporcionó á Carlos Martel la fanática adhesion de sus soldados, y con ellos iba á salvar la Europa, á la Iglesia y á la civilizacion.

S. V.—*Guerras y misiones en Germania.*—Formaban los sajones una vasta confederacion de pueblos entre el Elba y el Rhin: se agregaban voluntaria ó forzosamente á todas las demás tribus germánicas, sublevaban á los turingios, alemanes, bávaros y á otras tributarias de los francos, daban asilo á sus refugiados, y se presentaban por fin á todos los germanos como los defensores de su independencia, de sus leyes y su culto. Inspirábanles los francos un odio implacable, les acusaban de desertores de su patria y de su religion, envidiaban sus riquezas, despreciaban sus tendencias romanas, y estaban resueltos á destruirlos al mismo tiempo que á la Galia, y todo lo que en ella quedaba de civilizacion. Carlos peleó con ellos con encarnizamiento durante veinte años: pero jamás le fué posible acabar con el poder de aquellos bárbaros, que á su llegada, se ocultaban en sus bosques inmensos é impenetrables. Dejó la tarea de someterlos á conquistadores tan intrépidos como sus soldados y mas diestros que ellos, á los monjes que se arrojaron con ardor en medio de los germanos y comenzaron á formar su sociedad enseñándoles la agricultura y el Evangelio. Ya san Gall y san Colombano habian convertido á los suevos y bávaros: san Kilian y san Wilibrod, alcanzaron la conversion de los frisones; y san Bonifacio la de los hesenses y los turingios. El último, que es uno de los mas grandes hombres que honran á la Iglesia, fué despues el pontífice supremo y apóstol de todos los paises de la otra parte del Rhin. Eligió por apoyo temporal de sus piadosas expediciones al jefe de la Austrasia, y sometió humildemente sus conquistas al obispo de Roma: trabajó lo mismo para el engrandecimiento del uno como del otro, y preparó la alianza tan notable que bien pronto debia unir á ambos.

El cristianismo al introducirse en el norte tomó un aspecto diferente que en el mediodía. Habíase aquí planteado poco á poco empujando al politeísmo, de quien heredó los vestigios y las pompas: se habia encargado de continuar una civilizacion que no era la suya, y habia marchado lentamente á través de los restos del pasado, y de las riquezas, ideas y costumbres paga-

nas. En el norte, al contrario, fué introducido de una vez á una tierra nueva y sin recuerdos, á unos pueblos pobres y sencillos, cuyos habitantes eran tan pobres y sencillos como ellos: el cristianismo modificó allí sus formas, segun el temperamento especial y los deseos morales de los germanos; y fué menos espléndido y deslumbrador que en el mediodía, pero tambien mas recto y mas austero. La conversion de aquel país fué obra de los servidores adictos de la Santa Sede, y dió á los papas súbditos ciegameute sumisos, sirviendo de ejemplo esta subordinacion absoluta para establecer su supremacia en toda la Europa.

§. VI.—*Mahoma.*—*Conquistas de los árabes.*—*Conquista de España.*—Mientras el cristianismo extendia su dominacion en el Occidente, perdía en el Oriente sus antiguas provincias. Las herejías y disputas teológicas desnaturalizaron en Asia las ideas cristianas, y los mismos ortodoxos ahogaron la pureza de la doctrina Evangélica con minuciosas prácticas, con controversias extravagantes y con hábitos de servilismo y de voluptuosidad. El arrianismo iba á dar sus frutos.

Habitaban en Arabia, que era casi extranjera al mundo griego y romano, pueblos nómadas y salvajes los unos, sedentarios y civilizados los otros, y la mayor parte idólatras, aunque contasen algun sectario entre ellos el judaismo y el cristianismo. El mas célebre templo de la Arabia era el de la Caaba en la ciudad de la Meca: siendo sus pontífices los heschemitas que pretendian descender de Ismael, siendo al mismo tiempo jefes ó príncipes de su tribu. Un miembro de esta familia, llamado Mahoma nacido en 570, dotado de una imaginacion poderosa y de un genio portentoso, despues de haber estudiado los libros de los hebreos y de los cristianos, se anunció como enviado de Dios para explicar las leyes de Moisés y de Cristo, y continuar su obra. Dijo que el Evangelio habia sido el camino de la salvacion durante seis siglos: pero que habiendo olvidado los cristianos las leyes de su fundador, era él el Mesías cuya venida estaba profetizada, y el mas perfecto y último de los profetas (1). Resumió pues todas las herejías, arriana, nestoriana y euticeísta (2), las

(1) El Coran, traduccion de Savary.—(2) El nestorianismo y el euticeísmo eran dos herejías nacidas del arrianismo. La primera reconocia dos personas; la segunda, una sola naturaleza en Jesucristo.

mezcló con prácticas judías, las armonizó con las costumbres árabes, y proclamó «la unidad de Dios único,» la inmortalidad del alma y el juicio final: admitió la esclavitud y la poligamia; puso en práctica la circuncisión, la limosna, el ayuno, la abstinencia del vino y las abluciones diarias: juró la muerte de los politeístas é idolátras, y encargó una especie de tolerancia para con los pueblos del *templo* y del *libro*, es decir los cristianos y los judíos descendientes de Abrahan como los ismaelitas. Contaminó en fin su obra bastarda con un principio que debía inspirar á sus sectarios el espíritu ciego del proselitismo y de la conquista, con la predestinacion fatal, por lo que la nueva religion fué llamada *islamismo*, es decir, confianza absoluta en Dios. El libro de Mahoma fué el *Corán* (lectura), tejido de sublimidad y de extravagancia, de preceptos y de declamaciones, de legislación y de poesía, código civil, religioso y militar que no es mas que un inmenso plagio del Evangelio. «Por esto, dice un historiador de la edad media, sería mas exacto llamar á sus sectarios herejes que infieles; pero ha prevalecido la fuerza del uso (1).»

El islamismo fué predicado en la Meca y perseguido; y Mahoma, condenado á muerte por el caid Abon-Sofian, se refugió en Medina con sus discípulos (622). De este suceso data la era de los *mahometanos* llamada *Hegira* ó huida. Medina reconoció al pros crito por profeta y soberano. Entonces fué cuando declaró que Dios le mandaba que propagase su religion con la «espada, que, segun decia, abre el cielo y el infierno.» Dió principio á la guerra de aventuras que acostumbraban hacer los árabes nómadas; y al cabo de siete años entró en la Meca como vencedor (629). Bien pronto sometió á su doctrina y á sus armas á todas las tribus de la Arabia; y murió no dejando de sus diez y siete mujeres mas que una hija llamada Fathima, casada con su primer discípulo Ali (632).

Los jefes árabes eligieron por sucesor suyo, como pontífice soberano, á Abonbeker, que tomó el título de *Khalifa* ó vicario; pero Ali, que pretendia la herencia de su suegro, protestó contra esta eleccion. Comenzó bajo el califato de Abonbeker la

(1) «Debería más bien decirse que el libro de Mahoma es un plagio del Evangelio y de los libros sagrados.»

(1) Santiago de Vitry, Historia de las Cruzadas.

guerra santa contra todos los pueblos, prescrita por Mahoma, y la religion y el imperio de los árabes se propagaron con portentosa rapidez. Aquellos vencieron al emperador de Oriente Heraclio, y bajo los mandos del segundo y tercer califa Omar y Otheman fué conquistada la Siria (634). Cayó bajo el poder de los árabes Jerusalem, que era mirada como ciudad santa por los mahometanos y por los cristianos (637): sometieron con facilidad la Cilicia, la Mesopotamia y el Egipto: y los habitantes de estos países, que eran nestorianos ó euticianos, acogieron á los conquistadores como á sus libertadores, y se apresuraron á abrazar su religion. El imperio de los persas que se hallaba en el extremo de la decadencia, fué invadido y conquistado, y desapareció la raza de los sasánidas con la religion de los magos (651).

Alí fué el cuarto califa (655). Comenzaron entonces las divisiones religiosas de los mahometanos en *shiitas* y *sonnitas*. Los *shiitas* miraban como usurpadores á los tres primeros califas, y á Alí como el verdadero vicario del Profeta, y pretendian los *sonnitas* que la santidad habia determinado el órden de sucesion, y que Alí era inferior á sus tres predecesores. Además se diferenciaban las dos sectas en sus dogmas y observancias, y se trataban mutuamente de sacrílegos. La doctrina de los *alidas* estaba menos manchada de fatalismo, y se acercaba mas á la de los cristianos (1).

Moaviah, hijo de Abon-Sofian y jefe de la dinastía de los Omíades, se sublevó contra Alí y tomó el título de califa. Alí fué asesinado (660); y despues de sangrientas discordias, quedó el califato en la familia de Moaviah, durante noventa años. La corte del imperio se trasladó á Damasco: continuaron las conquistas: cayó en su poder el Africa septentrional; fué definitivamente destruida Cartago: el imperio de Oriente se dividió en todas sus fronteras; y Constantinopla vió á los infieles seis veces delante de sus murallas. Por todas partes fueron invitados los discípulos de Moisés y de Jesus á admitir «la revelacion mas perfecta de Mahoma,» y no alcanzaron la libertad de conciencia, mas que á precio de un tributo. «Los cristianos herejes manifestaron por todas partes á los mahometanos una adhesion sin-

(1) Subsiste aun esta division tan llena de odio como siempre. Los persas son *shiitas* y los turcos *sonnitas*.

cera y afectuosa (1);» y el Coran se esparció por el Karasmo, la Transoxiana y la India desde el Ganges hasta las costas del mar Rojo, y desde el Océano indio al Mediterráneo. El Asia occidental y el Africa septentrional abrazaron su evangelio informe y bastardo, que era el único que podia convenir á sus groseras y voluptuosas costumbres; y comenzó la civilizacion de estas comarcas bajo el influjo del islamismo, que fué para ellas un inmenso beneficio.

Siendo califa Walid tercer omniade, Muza que mandaba en Africa, donde se habian unido á los árabes los moros y los bereberes, sojuzgados y convertidos, se aprovechó de las discordias que agitaban el reinado de los visigodos de España, é hizo pasar á la península á su general Tarik con un pequeño ejército. Rodrigo, último rey de los visigodos, fué derrotado y muerto en los campos de Jeréz (711), y en menos de dos años conquistaron los árabes á España, sin hallar resistencia; pues aunque los reyes de este país se habian convertido al catolicismo, la mayor parte de los habitantes era aun arriana, y solo en Asturias quedaron algunos cristianos independientes, con un jefe católico llamado Pelayo. Entonces comenzó entre las dos religiones una lucha que debia durar ocho siglos.

Ochenta años despues de la muerte de Mahoma, ya se extendia el imperio de los árabes desde el Indo á los Pirineos: se hallaba deshecho el imperio de Occidente; la religion de Cristo retrocedia ante las doctrinas del Coran, y habia muerto todo lo que la antigua civilizacion legara al porvenir. Era el momento mas solemne del mundo despues de la grande invasion de los bárbaros; porque no solamente los árabes invadian la Europa, sino que la raza eslava se agitaba en masa detrás de las tribus sajonas, y las hordas asiáticas se hallaban ya sobre el Danubio. Todos estos nuevos bárbaros iban á reunirse para acometer y destruir todo lo que habian fundado ó conservado los bárbaros del siglo V; pero estaban allí los francos, y se vió entonces la poderosa vitalidad de esta nacion providencial, que era la única que sobrevivia á todas las que habian invadido el imperio romano; y que marchó dirigida por Carlos y sus dos sucesores á

(1) Gibbon t. X. p. 355.

acabar su obra, cual era la de constituir la barbarie en medio de los restos antiguos, para formar las naciones modernas.

§. VII.—*Invasion de los árabes en la Galia.—Batalla de Poitiers.*
—Bien pronto pasaron los árabes los Pirineos, se arrojaron sobre la Septimania, que aun estaba en poder de los visigodos, y se apoderaron de Narbona (718). Dos años despues entraron en la Aquitania, y sitiaron á Tolosa, pero Eudo los venció en una gran batalla, sublevó contra ellos á la Septimania, y les obligó á volver á pasar los Pirineos. Volvieron, reconquistaron la Septimania, y se arrojaron sobre la Provenza. Siguióles allí Eudo, y les ganó una segunda batalla (725); pero conservaron los países conquistados y llenaron de terror á toda la Galia.

Existian entre tanto los odios nacionales entre bereberes y árabes. Un bereber llamado Munuza ó Muza, que mandaba en la frontera de los Pirineos, sabiendo que habian sido derrotados sus hermanos de Africa, determinó hacer la paz con los galos, y derribar la dominacion de los árabes (1). Hizo alianza con Eudo y se casó con su hija (730). Teniendo la Aquitania esta muralla por el lado de los Pirineos, se creyó que no tenia ya nada que temer, pero otro peligro la amenazaba.

Carlos habia dado otra vez al estado franco su constitucion primitiva, es decir, la guerra perpétua, bajo las órdenes de un jefe elegido libremente por sus compañeros; habiendo reunido un ejército disciplinado de leudos muy adictos, pudo volver á emprender sus proyectos de conquista en la Galia meridional, que habia visto desprenderse con remordimiento del imperio franco. Acometió pues al duque de Aquitania, sin inquietarse, con la idea de que favorecia á los árabes en su conquista de la Galia, destruyendo la vanguardia que los detenia; y despues de haber saqueado todo el país, volvió á pasar el Loira (731).

Abd-el-Raman, teniente de los califas en España, marchó durante aquella expedicion contra Munuza, á quien venció y mató; atravesó despues el Pirineo por el pico de Roncesvalles, y se adelantó hasta Burdeos. Eudo intentó defender el Garona, y fué vencido en una batalla que causó la pérdida y saqueo de Burdeos. Los árabes se esparcieron por la Aquitania hasta el

(1) Isidoro de Beja.

Saona y el Loira, incendiando las iglesias y degollando á los habitantes; y se dirigieron hácia la basílica de San Martin de Tours, cuyas riquezas codiciaban.

Eudo se refugió en el ejército de su enemigo Carlos, y le estimuló á tomar las armas contra los árabes: el duque de los francos, deseoso de arrojar á los mahometanos y conquistar la Galia meridional, reunió un ejército de austrasios, germanos y romanos, y pasó el Loira; y bien pronto se encontraron frente á frente en los campos de Poitiers el Evangelio y el Coran, y las civilizaciones nacientes de Asia y de Europa (732). Después de una larga carnicería, « los enjambres de caballeros orientales, armados de largos alfanges, se estrellaron contra los muros de hierro de los infantes del norte, armados de picas y hachas (1). » Murió allí Abd-el-Raman y los árabes se retiraron lentamente, talando todo lo que hallaban á su paso. Carlos obligó á Eudo á jurarle fidelidad, le envió otra vez á la Aquitania, y se retiró á la Austrasia con un inmenso botín y el sobrenombre de *Azote* de los sarracenos.

§. VIII.—*Guerra de los francos en la Galia meridional.*—Los árabes permanecieron en la Septimania y la Provenza, apoyados por sus habitantes que preferían su dominación á la de los francos: Carlos determinó arrojarlos de estas provincias: conquistó á Lyon con otras ciudades del Ródano, y estableció allí á sus leudos (733). Pero apenas había partido del país, cuando los provenzales llamaron á los árabes, y les dieron entrada en todas sus ciudades. Corrió Carlos á reconquistar la Provenza, lo que consiguió, degolló á todos los habitantes de Aviñon, y arrojándose sobre la Septimania puso sitio á Narbona. Para salvar esta plaza acudió un ejército de árabes de España, que fué vencido por Carlos en las orillas del Berre: sin embargo, no pudo Carlos entrar en la ciudad (737). Recorrió entonces toda la Septimania, la taló con un furor salvaje, incendió á Nimes, Agde y Beziers, célebres por sus monumentos y su ilustración, arrasó á Maguelona, y no dejó en pie ningún lugar fortificado. Lleváronse los francos inmensas riquezas de este país, que pisaban por la primera vez, y arrastraron tras sí una multitud de esclavos « *atados de dos en dos como perros* (2). »

(1) Isidoro de Beja.—(2) Crónica de Moissac.

Continuó la guerra en los años siguientes con éxito diverso: segunda vez se revolucionó la Provenza, que fué de nuevo conquistada, siendo esta vez los árabes arrojados para siempre. La Septimania fué nuevamente saqueada, pero no conquistada: la Aquitania tambien era independiente, pues despues de la muerte de Eudo, heredó sus estados su hijo Hunoldo, y fué preciso una guerra sangrienta para obligar al nuevo duque á un juramento de fidelidad, que estaba dispuesto á romper continuamente.

Un mismo odio animaba á todos los habitantes del mediodía contra los francos, ya fuesen romanos y aquitanos, ya visigodos ó árabes. Humillábanse cuando se acercaban estos terribles devastadores; pero en una ocasion en que los sajones los habian atraído á su país, volvieron á tomar las armas con nuevo ardor. Carlos Martel empleó toda su vida en correr del Loira al Rhin, y del Rhin al Loira; cubierto aun con los despojos de las ciudades romanas, iba á llevar la desolacion á los bosques de la Germania: lo mismo destruía los templos de los paganos, que incendiaba el anfiteatro de Nimes: recibía de los sajones rehenes y tributos, despues de haberse llevado los ciudadanos de Avinion y las riquezas de Maguelona; pero de ningun modo podia asegurar la tranquilidad de las fronteras de su imperio, cuya tarea dejó imperfecta para sus sucesores.

§. IX.—*Muerte de Carlos.—Sucédenle Pepino y Carloman.—Reyes holgazanes.*—Murió Carlos Martel despues de haber dividido el imperio, por consejo de los grandes, entre sus dos hijos Carloman y Pepino (741). Tocóle al primero la Austrasia, la Turingia y la Suavia, que empezó á tomar el nombre de Alemania, y al segundo la Neustria, la Borgoña y la Provenza. En cuanto á los ducados de los bávaros, aquitanos, vascos y bretones, permanecieron tributarios y enemigos.

Odillon duque de Baviera, y Hunoldo duque de Aquitania, se negaron á prestar juramento á los nuevos jefes de los francos, é hicieron alianza contra ellos: ambos hermanos «se arrojan al principio sobre el territorio de los romanos (1), despues sobre el de los bávaros; obligaron á los duques rebeldes á que les jurasen

(1) Tercera continuacion de Fredegario.

obediencia, y Hunoldo se retiró á un monasterio, dejando sus estados á su hijo Waiffer, que heredó con ellos su odio contra los francos (745) (1).»

Carloman era un príncipe muy piadoso: con la cooperacion de los papas y de san Bonifacio reformó las costumbres del clero, le prohibió el uso de las armas, devolvió una parte de sus bienes á la Iglesia, y se ocupó especialmente de las misiones de la Germania. «Inspirado por un amor divino y el deseo de una patria celestial, abandonó voluntariamente su reino á su hijo, que recomendó á su hermano, y se retiró al convento de San Benito del monte Casino, donde se hizo monje (747) (2).»

Costóle á Pepino bastante trabajo hacer reconocer su dominio á los austrasios y á los tributarios germanos. Griffon, hijo natural de Carloman, sublevó á estos últimos, pero fué vencido y muerto, y quedó entonces Pepino, lo mismo que su padre, único soberano del imperio franco, donde intentó tomar el título de rey.

Tierry II, hijo de Dagoberto II, sucedió á Chilperico II (720). pero muerto este último, Carlos Martel no nombró ya mas rey (737), y queriendo Pepino complacer á los neustrios, puso en el trono el postrer fantasma real que fué Childerico III, hijo de Chilperico II (742). Segun Eginhardo, «no daba hacia mucho tiempo la familia de los Merovingios prueba alguna de virtud, ni mostraba nada que fuera ilustre mas que su título de rey: contentábase el príncipe con tener una flotante cabellera y una larga barba, con sentarse en el trono, donde representaba al monarca, y con dar audiencia á los embajadores á quienes daba las respuestas que le habian enseñado, ó mejor dicho mandado. No poseía nada, exceptuando una pension alimenticia poco segura, y que le señalaba el prefecto del palacio segun queria, y una sola casa de campo que le redituaba muy poca cosa, y en la cual tenia su corte compuesta de un reducido número de criados. Si queria ir á alguna parte, viajaba en un carro tirado por dos bueyes, que un rústico criado conducia, como si fuera el de un aldeano, y de este modo iba á la asamblea general de la nacion que se reunia una vez al año para tratar de los negocios del reino.»

(4) Vida de San Berthario. — (2) Tercera continuacion de Fredegario.

Necesitaba Pepino el apoyo de la Iglesia para llevar á cabo su proyecto, y hacia muchos años que estaba trabajando para formar una alianza entre los papas y los jefes austrasios. Esta alianza debia contribuir á la elevacion de los unos y los otros, y realizar la ilusion favorita de los sacerdotes y de los bárbaros. Esta era un imperio romano cristiano.

§. X.—*Situacion temporal de los papas.*—La supremacia que habian alcanzado los obispos de Roma sobre todos los demás, cuatro siglos hacia, y los títulos de vicario de Cristo y de jefe de la Iglesia universal que les habian dado sin contradiccion, les habia hecho concebir hacia mucho tiempo la idea de hacer suceder al imperio de Occidente un imperio espiritual del que fueran ellos el centro. Faltábales empero para llegar á realizarla, á adquirir una consistencia territorial é independencia política que les habian podido dar las revoluciones anteriores, circunstancias que nunca mas que entonces les imposibilitaban de alcanzar los enemigos que les rodeaban. Señores de la Italia septentrional los lombardos hacian continuos esfuerzos para invadir el territorio de Roma: los árabes se habian apoderado de Sicilia, y habian puesto ya su planta en la Italia meridional; y por último los emperadores de Oriente que desde la expulsion de los ostrogodos trataban á los romanos como enemigos y que los miraban como extranjeros, llenaban de humillaciones á los papas, les hacian pagar á precio de oro la confirmacion de su eleccion, y les impedian ejercer influencia sobre los cristianos de Oriente, que no reconocian mas jefe de la Iglesia que el patriarca de Constantinopla.

Pero de día en día adquirian en realidad los papas la posesion de Roma, y su dominacion se fundaba en los títulos mas respetables, en sus virtudes y beneficios. Las circunstancias habian impelido en esta ciudad, mas bien que en las demás, á los obispos á ser los herederos de todos los poderes; elegidos por el pueblo, le alimentaban con sus rentas y le defendian con su valor: vicarios temporales de un soberano ausente y mal obedecido, ellos eran por excelencia los únicos magistrados de una ciudad donde era fuerte y consistente el régimen municipal, que habian salvado muchas veces de los bárbaros, y donde por fortuna estos jamás se habian establecido: Roma en fin, se conservaba

mas romana que todas las demás partes del imperio: todos los pueblos que conservaban algunos vestigios de la antigua civilización, tenían en ella fijas las miradas, y por la fuerza del hábito y de los recuerdos, buscaban en las orillas del Tíber soberanos y leyes; y el pontificado se presentaba á todos como una especie de poder temporal, intermedio entre el pasado y el presente, y el único apto para llenar el vacío que habia dejado la desaparicion del poder imperial.

Todo impelia pues á los papas á la soberanía, cuando el emperador Leon el Isauro, intentó la abolicion violenta del culto de las imágenes (726). Sometióse el Oriente, pero se revolucionó la Italia, rechazó á los oficiales imperiales, y levantó un ejército para defender las santas imágenes. «A no ser por el papa que se opuso, hubiera llegado á nombrarse en esta nacion un emperador (1).»

Suspendióse entonces el reino de los césares de Bizancio: la Italia no les dió mas señal de obediencia que el inscribir sus nombres al principio de los actos públicos y de los del pontífice; y Roma se constituyó en una especie de república, cuyo jefe era su obispo. Gregorio III tomó por fin la determinacion de libertar al Occidente de la dominacion de Constantino, y lo declaró en un lenguaje que anunciaba prematuramente la monarquía pontificia.

§. XI.—*Negociaciones de los papas con los francos.—Pepino es elegido rey.*—El porvenir del mundo se hallaba en los bárbaros, y ya hemos visto la poderosa afinidad que hubo siempre entre ellos y la Iglesia; el pontificado que no podia constituirse en poder temporal sin asistencia humana, volvió á ellos los ojos con esperanza: los mas cercanos eran los lombardos; pero aliados al principio con los italianos para arrojar á los griegos, se aprovecharon de aquella guerra para arrojar sobre Ravena, y amenazar á Roma. Presentábanse mas como enemigos que como señores, y además se hallaban aun manchados de arrianismo. Había empero un pueblo que se gloriaba de ser el primogénito de la Iglesia romana, que era un foco continuo para el cristianismo, verdadero dominador del Occidente que acababa de sal-

(1) Paulo Deacre, de Gestis Longobardorum.

vase de los árabes, que se defendía de los paganos del norte, y que era una nación tan poderosa y tan valiente, que solo su nombre había bastado para hacer levantar á los sarrácenos el sitio de Constantinopla... (1). Eran los francos, á quienes la Iglesia desde el bautismo de Clodoveo había destinado para ser los soberanos del Occidente.

La conversion de los sajones, tan necesaria para la firmeza de los estados austrasios, como para el engrandecimiento del imperio espiritual de Roma, hizo que los papas se unieran á los francos con íntimas relaciones. Gregorio escribió á Carlos Martel una carta que rebosaba los mas elevados pensamientos políticos: ofrecióle renunciar enteramente á la obediencia de los emperadores: poner á Roma bajo su dominacion y reconocerle por patricio de los romanos, dejándole concebir la idea atrevida de restablecer en favor de los francos el imperio de Occidente. Encargóse de aquella negociacion el apóstol de los germanos, Bonifacio, que tanto veneraban los austrasios, y los francos le recibieron con ostentosos honores. Carlos, que era aliado de los lombardos, obligó al principio al rey Luitprando á que respetase el territorio de Roma; pero el asunto quedó en proyecto, por haber muerto aquel mismo año Gregorio, Luitprando, Leon el Isauro y Carlos Martel.

La posicion de los papas era cada dia mas penosa; amenazábanles los lombardos con una total ruina, cuando volvieron á cruzarse con Pepino las negociaciones; pero la marcha era sencilla, pues los francos de bian acabar con los lombardos, y los papas aceptarlos por señores en lugar de los emperadores. Terminóse bien pronto este negocio con la mediacion de Bonifacio; pero Pepino queria sobre todo convertir en derecho su poder, ciñendo á su frente la corona de los Merovingios, y entonces « fueron enviados á Roma Burkardo, obispo de Wurtzbourg, y Fulrado, sacerdote, para que consultasen con el papa Zacarías lo que debia hacerse de los reyes que habia entonces en Francia, y que no tenian de tales mas que el nombre. El papa respondió que convenia que fuese rey el que ejerciese el poder real. Y sin tardanza, previo el consejo y consentimiento de todos los francos,

(1) En 718 se esparció entre los griegos el rumor de que los francos se armaban en su favor por mar y tierra.

y con la autorizacion apostólica, el ilustre Pepino, por la eleccion de toda la Francia, la consagracion de los obispos y sumision de los grandes, fué elevado al trono observando las antiguas costumbres, y recibiendo por tan alta dignidad la uncion sagrada de la santa mano de Bonifacio en la iglesia de Soissons (752). En cuanto á Childerico III, que se adornaba con el falso nombre de rey, fué mandado rapar y encerrar en el convento de San Omer (1).»

Estinguida quedaba ya la dinastía *Merovingia* ó de los reyes neustrios, y comenzó la *dinastía Carlovingia* ó de los reyes austrasios (2).

Ninguna sensacion causó á los francos este suceso. Aunque estaban acostumbrados á escoger los reyes en una misma familia, consideraban como electivos el trono y los demás cargos de mando; fundados en este principio, tomaron por rey al nieto de Pepino de Herstall, y reinó en Francia su posteridad. Este cambio de dinastía fué el término de la revolucion empezada en la batalla de Testry, que rejuveneció al pueblo franco haciendo prevalecer en el Occidente el elemento germánico, y que hizo dominar á la monarquía en el orden social, y al pontificado en el religioso, formando la alianza de estos dos poderes.

CAPÍTULO II.

Pepino rey de los francos.—Conquistas y gobierno de Carlomagno.

—Restablecimiento del imperio de occidente. (752—800.)

§. I.—*Expediciones de Pepino á Italia.—Principio del poder temporal de los papas.*—Ataulfo, rey de los lombardos, se apoderó del exarcado de Ravena y llegó á poner sitio á Roma. El sucesor de Zacarías, Esteban, huyó á la Galia, pidió á los francos el auxilio prometido á la Santa Sede, y fué recibido con trasportes de alegría y como si fuera una divinidad (753); Pepino se aprovechó de la presencia del pontífice para dar á su trono un carác-

(1) Eginhardo, Anales.—Childerico III murió dos años despues.—(2) Los *Carolingios* ó *Carlovingios* tomaron el nombre de *Karl*, *Carlos* ó *Carlomagno*, segundo rey de esta familia.

ter sacerdotal y divino. Como jefe de una nueva dinastía, necesitaba convertirse en un objeto santo é inviolable á los ojos de sus compañeros y de los pueblos vencidos: creyó que la ceremonia de los judíos, conocida con el nombre de consagracion, haria de él como de David un elegido de Dios, y le serviria tanto como á Clodoveo el bautismo. Se hizo pues consagrar por segunda vez en Reims por manos del obispo de Roma, con su mujer y sus dos hijos (954). Esteban declaró que el rey recibia su corona de Dios por la intercesion de los santos Apóstoles, y amenazó con la excomunion á los francos si elegian reyes de otra familia; y al mismo tiempo, y en nombre del pueblo romano, reconoció á Pepino y á sus dos hijos como patricios de Roma, dignidad que les daba la soberanía de esta ciudad durante la suspension del poder temporal. Esta ceremonia de la consagracion, mirada con respeto y sin inquietud por los francos, es el origen del derecho divino que da la historia á los tronos europeos, y al mismo tiempo la base del sistema social que prevaleció en la edad media, en la que el papa fué el supremo soberano como representante de Dios sobre la tierra.

Pepino convocó á los austrasios, y les propuso hacer la guerra á los lombardos. En vano Ataulfo envió á Carloman, monje entonces de Monte Casino, para abogar por su causa y hacer renunciar á los francos á su empresa, pues se resolvió la guerra; Pepino pasó los Alpes, cruzó combatiendo los desfiladeros de Suiza, derrotó á los lombardos y sitió á Ataulfo en Pavía (755).

Obligado este rey á pedir la paz, restituyó los países conquistados y entregó sus tesoros: reclamó entonces el exarcado el emperador de Oriente, y los francos que no podian ver perdidos tan fácilmente sus derechos al imperio, porque los debian además á la conquista que acababan de hacer, dispusieron libremente del exarcado, «dándosele al papa y á la república romana (1).» Convirtiósese el hecho en derecho tanto para la silla de Roma como para la familia de Pepino de Herstall: la cátedra de san Pedro tuvo su poder temporal políticamente constituido; y vióse desde entonces asomar en el porvenir la monarquía teocrática de los papas. El nombre de los patricios encabezaba aun

(1) Codex Carol. pág. 109.

los actos públicos y las determinaciones tomadas sobre los monjes: tomóseles á aquellos juramento de fidelidad; y se vió por fin Pepino heredero de casi todo el poder de los emperadores de Oriente, aunque sin saber de fijo sus límites, y con la diferencia de que reconocia la supremacía espiritual del que le miraba como su soberano temporal.

Apenas habian vuelto los francos á la Galia cuando los lombardos sitiaron ya otra vez á Roma (756). El papa imploró dolorosamente el auxilio de los patricios; y como tardaran en llegar, envió á Pepino y á toda la nacion una carta en que les excitaba á salvar á su iglesia y su pueblo. Volvieron á pasar los francos los Alpes, derrotaron á los lombardos, y «restituyeron la Pentápolis á Ravena, y todo el exarcado al dominio de san Pedro (1).» Ataulfo se hizo tributario de los francos, y juró que no volveria mas á hostilizar á Roma.

§. II.—*El gobierno vuelve á tomar la forma eclesiástica.*—La alianza de Pepino con los papas le colocó en una situacion análoga á la de Clodoveo. No se contentaba, como su padre, con asegurar la conquista de los austrasios; aspiraba á fundar una sociedad, y bajo esta idea, léjos de despojar y envilecer al clero quiso apoyarlo con su poder y reformarlo. Con el apoyo del pontificado, volvió á gobernarse la Iglesia con la regularidad que antes tenia: salió el episcopado de su egoismo é inercia: fueron los concilios mas frecuentes (2), activos é influyentes: multiplicáronse los códigos penales eclesiásticos: la instruccion teológica adquirió mas perfeccion: refrenáronse las costumbres libertinas y feroces de los sacerdotes bárbaros; y el clero en fin, coadyuvando al poder civil, se puso á la cabeza de la civilizacion.

Devolvióle Pepino una parte de sus bienes, se apoyó constantemente en sus consejos, é hizo entrar en los campos de Marte á los obispos, no solo como propietarios, sino como prelados, con el objeto de balancear la autoridad de los grandes, y constituir un segundo orden en el Estado. La naturaleza de estas asambleas cambió enteramente con esta innovacion: los guerreros germanos ya no discutian en ellas los negocios de la nacion pre-

(1) Eginhardo, Anales.—(2) De 700 á 752 no hubo mas que siete, y 47 desde 752 á 800.

cipitada y tumultuosamente; se trocaron en concilios donde introdujeron los obispos, al mismo tiempo que la lengua latina, las cuestiones del dogma y de la disciplina, é ideas de administracion y de legislacion romana; pero tambien es preciso decir que desde entonces no acudieron gustosos los francos á aquellas asambleas, y dejaron que en ellas predominase absolutamente la influencia del clero. Volvió á tomar la sociedad entonces, lo mismo que bajo el reinado de los Merovingios, la forma eclesiástica que había borrado el triunfo de los leudos y de los austrasios; «y todo se gobernó nuevamente por la Iglesia y para ella, desde las naciones hasta los reyes, cuya consagracion era obra de un obispo (1).»

§. III.—*Conquista de la Septimania y de la Aquitania.*—Durante estos ensayos de gobierno, estaban amenazadas las fronteras del norte y del mediodía, y Pepino alcanzó mayores victorias sobre los sajones con el auxilio de la predicacion de los misioneros, que con la fuerza de las armas; pero dió fin á la obra de su padre en el mediodía con la expulsion de los árabes y la destruccion de los duques de Aquitania.

Era en aquel entonces el Oriente teatro de una gran revolucion, que deshizo la unidad del imperio y de la religion de Mahoma. Después de haber puesto en el trono de los califas la dinastía de los Ommiades catorce soberanos, perdió esta dignidad y fué vencida por los Abasidas que descendian del tio del Profeta (750). Trasladóse la corte del imperio á la ciudad de Bagdad, cuyos muros baña el Tigris, por Almanzor segundo califa Abasida, y sus sucesores (752) residieron en ella durante ciento cincuenta años.

Entonces empezó la edad del lujo, de la literatura y de la civilizacion de los árabes.

Escapó no obstante á la destruccion de los Ommiades Abd-el-Raman, que era el último vástago de su familia: fué llamado á España para poner término á las encarnizadas guerras que hacía veinte años diezaban á los árabes y bereberes: fué proclamado en Sevilla *Emir-el-moumenim* (comendador de los creyentes), y desmembró para siempre esta provincia del imperio de Bagdad.

(1) Chateaubriand, Estudios históricos, t. III, p. 209.

Esta revolucion dió lugar á que los españoles saliesen de su abatimiento y empezasen á sacudir el yugo de sus opresores: los jefes de Asturias bajaron de sus montañas y se apoderaron de algunas ciudades; y Alfonso I, duque de los cántabros y descendiente de los reyes godos, arrojó de Leon á los infieles y fundó allí un pequeño reino.

Despertáronse tambien los visigodos de la Septimania y expulsaron á los musulmanes de sus ciudades; pero no confiando en sus fuerzas, llamaron en su apoyo á los francos; y el conde que mandaba á Nimes, Besieres y Agde, les entregó todas las plazas. Pepino puso cerco á Narbona que era la metrópoli de los árabes en la Galia; pero acostumbrados estos á la defensa de las ciudades, rechazaron á los francos durante siete años, y sucumbieron solo por la traicion de los habitantes que abrieron las puertas á los sitiadores (759). Salvóse con esta conquista toda la Galia de la dominacion de los árabes, y por primera vez la Septimania formó parte del imperio de los francos. Un solemne tratado aseguró á sus habitantes, tanto godos como romanos, sus señores, sus leyes y sus libertades; y se establecieron en ella muy pocos francos, por lo que conservó el nombre de Gocia hasta el siglo décimotercio.

Pepino, á imitacion de su padre, intentó al verse soberano de la Septimania extender su dominacion hasta la Aquitania, cuyos habitantes, orgullosos con su independencia y sus riquezas, conservaban siempre el mismo odio contra los francos. Intimó al duque Waifero á que devolviese á las iglesias de su reino las tierras que por la munificencia de Clodoveo y sus sucesores poseian en la Aquitania, y á que le restituyese los leudos suyos, que fugitivos del reino de los francos se albergaban entre los aquitanos etc. (760) (1).» Waifero desechó estas pretensiones, y Pepino con el consentimiento de su pueblo pasó el Loira y dió principio á la guerra. Fué muy terrible y reñida, y duró ocho años. Los habitantes del mediodía salieron de su molicie y pelearon con desesperacion con los invasores del norte, cuyas tropas se retiraban todos los años para volver por la primavera á renovar sus saqueos y devastaciones. Corrieron á defenderlos

(1) Cuarta continuacion de Fredegario, cap. 42k.

los vascos, cuya vida é intereses eran comunes, y se mostraron tan esforzados como ellos, pero mas bárbaros. Convirtiéronse en desiertos por la mano de los francos el Berri, el Poitou y la Auvernia: fueron incendiadas Bourges, Tours y Clermont; y despues de tres años de combates y de destruccion completa, no pudo llegar Pepino á Limoges. Cambió de plan y pensó en acometer al revés el país que hay entre el Dordoña y el Garona: descendió al Ródano, se arrojó en la Septimania y llegó hasta Cahors; pero al llegar allí se vió obligado á detenerse y á volver á pasar los Cevenas, despues de haber andado mas de cuatrocientas leguas.

Los aquitanos habian llegado á apurar sus fuerzas y su entusiasmo: en vano Waifero se humilló, prometiendo tributos: vió rechazar todas sus proposiciones, vió incendiadas las iglesias, arrancados los árboles y las vides, y degollados los jefes aquitanos, ó trasportados al Rhin con sus familias; murieron combatiendo los condes de Berri, de Auvernia y de Poitou; y Remistan, tio de Waifero, pereció en un patíbulo. Estaba prisionera toda la familia del duque: los señores y las ciudades convertidas en ruinas se entregaban sucesivamente, y los vascos dejaron las armas. Defendíase aun Waifero con un puñado de soldados: hizo arrasar las ciudades fortificadas; y con algunos vascos ligeros é intrépidos, continuó la guerra por los castillos, las montañas y las cavernas, hasta que perseguido en el bosque de Perigueux fué muerto á traicion por dos satélites de Pepino (768).

Fué aquella la segunda conquista del mediodía, emprendida por los del norte; mas sólida y mas efectiva que la de Clodoveo; y como los francos maltrataron el país sin establecerse en él, la Aquitania no tardó en volver á adquirir su carácter de Estado diferente. Tan enérgica era la reaccion del espíritu nacional contra los conquistadores.

§. IV.—*Carlos y Carloman, reyes de los francos.*—Hallándose enfermo Pepino algunos meses despues, convocó á los grandes y repartió el imperio entre sus dos hijos Carlos y Carloman. Murió (768), y los francos aceptaron por reyes á estos dos príncipes, con la condicion de que Carlos I poseeria la Neustria y la Borgoña, y Carloman la Austrasia, la Septimania y la Proven-

2a. Admitieron los dos estas condiciones, y recibieron la parte de reino que les pertenecía (1).

A pesar de sus recientes descalabros, se sublevó la Aquitania despues de la muerte de Pepino: faltábale un jefe. El anciano duque Hunoldo, padre de Waifero, abandonó entonces el claustro, despues de veinte y cinco años pasados en su retiro, y trocó el sayal por la espada para libertar á su país. Se arrojó en la Aquitania como un aventurero, reunió á los descontentos y volvió á comenzar la guerra. Pasaron el Loira los dos nuevos reyes; pero introduciéndose entre ellos la discordia, Carloman abandonó á su hermano (769), quien derrotó á Hunoldo, quitó á los aquitanos las armas, y construyó sobre el Dordonia un castillo (2) que pudiese servir de asilo á los soldados que dejara en el país. Hunoldo se refugió en el país de los vascos, que le hicieron traición: huyó del poder de los francos, y fué á buscar un asilo en la corte de Didier, rey de los lombardos (771). Su nieto Lupo continuó la guerra, y llegó á ser elegido duque de los vascos.

Muere Carloman. Sus hijos piden á Didier que los acoja bajo su proteccion, y Carlos llega á la Austrasia y se hace reconocer por rey de todos los francos. Este es aquel Carlos que se halla al frente de la historia de todos los pueblos modernos, el personaje que simboliza la época de transicion de la que ya han pasado tres siglos y medio; y su dictado de grande está tan íntimamente unido á su nombre, que es imposible separarlo... Es *Carlomagno*.

§. V.—*Resultados generales del reinado de Carlomagno*.—Animaba á Pepino de Herstatt, á Carlos Martel y á Pepino el Jorobado, el deseo de formar un Estado único y estable del extenso campo donde peleaban los francos sin determinadas fronteras; y Carlomagno dió fin á esta obra ahuyentando para siempre á los invasores del norte y del mediodía. Hizo mas aun: detuvo la decadencia universal que empezara ocho siglos antes; y dió estabilidad y fijeza al desórden, para que pudiera por fin renacer el órden. Con él terminó la disolucion del mundo antiguo, y en él empezó la formacion del mundo moderno. « Su mano es la que dió á la sociedad europea la sacudida, que haciéndole volver la

(1) Eginhardo, Anales.—(2) *Castellum francicum*. Se cree que es Fronsac. (Gironde).

espalda, la sacó del camino de la destruccion para dirigirla al de la creacion (1).»

No eran ya tan femibles los árabes: se hallaban divididos por las guerras civiles y debilitados por sus derrotas en la Gاليا; pero engrandecidos los sajones con una lucha de cien años, amenazaban á los francos con destruir su imperio, su religion y su nacionalidad. Detrás de ellos estaba la vanguardia de los eslavos. Carlomagno concibió la gigantesca idea de acabar para siempre con las invasiones de los últimos, poniendo entre ellos insuperables barreras, y reunió á todos los habitantes de la Gاليا, antiguos y modernos, vencedores y vencidos, germanos y romanos.

No son las expediciones de Carlomagno guerras de tribu á tribu, em prendidas por el interés de conquista ó de saqueo, sino empresas sistemáticas, inspiradas por ideas grandes y que exigian las necesidades políticas. Cuéntanse cincuenta y tres guerras durante su reinado; diez y ocho contra los sajones, siete contra los sarracenos de España, cinco contra los de Italia, cuatro contra los árabes, tres contra los daneses, cuatro contra los eslavos, cinco contra los lombardos, dos contra los griegos, una contra los turingios, otra contra los aquitanos y dos contra los bretones. Vamos á hacer de ellas mencion, nó por el órden cronológico, sino agrupándolas segun su importancia.

§. VI.—*Guerras contra los sajones.*—Treinta y tres años duró la lucha contra los sajones, «la nacion de hierro (2);» y fué una guerra de exterminio (771 á 804). «Para detener sus invasiones, invadió el mismo Carlos sus bosques, y fué á buscar á los bárbaros al país que los albergaba, para agotar su origen (3).» Seria difícil contar, dice Eginhardo, cuántas veces vencidos y suplicantes se entregaron los sajones á la voluntad del rey, enviándole rehenes y reconociendo á los gobernadores que les enviaba; y cuantas en su abatimiento consintieron en dejar el culto de los ídolos. Pero tan fácilmente prometian su fidelidad como la violaban (4). Witikind, el mas ilustre de sus jefes, puso tanto empeño en defender su patria, como Carlos en dominarla; pero el valor de los sajones debia ceder á la constancia de los francos,

(1) Guizot, civilizacion francesa, t. II, pág. 304.—(2) Chateaubriand, Estudios históricos t. III.—(3) Eginhardo, vida de Carlomagno.—(4) Crónica de Moissac.

resueltos á sujetar el país esterminando sus habitantes, ó á civilizarlo obligándolos á abrazar el cristianismo. A medida que Carlos adelantaba en su empresa por sus bosques y pantanos, «hacia construir castillos donde ponía guarniciones de sus soldados, y repartía las tierras entre los sacerdotes y los misioneros (1); confiando mas en la elocuencia de estos gobernadores evangélicos que en la espada de sus feroces soldados. Pero los conquistadores se impacientaban con frecuencia por la excesiva lentitud de las conversiones, y las apresuraban con la violencia. Obligábase á los sajones á seguir las prácticas mas minuciosas de la Iglesia, bajo los mas sanguinarios castigos: lo mismo se castigaba con la pena de muerte la infraccion de un ayuno como un indicio de revolucion, y cuatro mil quinientos de los mas indómitos fueron degollados en un mismo dia por orden del rey. En medio de tantas atrocidades, se construian las ciudades, se fundaban abadías, se cortaban los bosques, y nacia la civilizacion de la Germania entre las manos de los bárbaros austrasios. Obligando por fin Carlos á Witikind á hacerse cristiano, se llevó diez mil habitantes del Elba con sus mujeres y sus hijos, y los repartió por diversos puntos de la Galia. Para llenar este vacío se enviaron monjes, siervos y artesanos que borrarón los vestigios de esta espantosa guerra. Cuando el país llegó casi á destruirse, á ver perdida la mitad de sus habitantes, y á conocer que eran impotentes sus dioses, acabó la guerra con la condicion de que los sajones abrazarian el cristianismo, y se unirian á los francos, cuyos derechos disfrutarian, no formando con ellos mas que un solo pueblo.

Durante los treinta años que duró aquella guerra, los francos peleaban con igual constancia y éxito en toda la Europa, y en especial al otro lado de los Pirineos y de los Alpes, donde iban á fundarse dos reinos vasallos.

§. VII.—*Guerra contra los lombardos.—Formacion del reino de Italia.*—Trabóse la guerra entre los lombardos y los papas, pues los unos querian extender y los otros restringir las vagas concesiones de Pepino. Adriano, hombre enérgico y de talento, que mereció la amistad de Carlos, era obispo de Roma: Didier,

(1) Eginhardo, vida de Carlomagno.

enemigo acérrimo de los francos, y sobre todo de su rey que a-bia repudiado á su hermana, era rey de los lombardos. Didier amenazó á Roma; y Adriano (773) llamó á los francos.

Pasa Carlos los Alpes, derrota á los lombardos que se retiran á Pavia y Verona, ataca estas dos ciudades, y recorre la Italia como un vencedor. Entra en Roma: era el primer franco que aparecía en la ciudad Eterna: el papa le recibe como á un libertador, obtiene de él la confirmacion de las concesiones de Pepino, y capitulan Verona y Pavia (774). Hallábanse en la primera de estas ciudades Hunoldo y los hijos de Carloman: muere en el sitio el anciano duque de los aquitanos; y los sobrinos de Carlomagno son encerrados en el claustro. Didier se hace monje; su hijo Adalgiso se refugia en Constantinopla, y toda la Italia, á excepcion del ducado de Benevento que comprendia el mediodía de la península, forma parte del imperio de los francos.

Dejó Carlos á los lombardos su nombre, sus condes y sus leyes; y añadió á sus títulos de rey de los francos, y de patricio de los romanos, el de rey de los lombardos; mas apenas salió de Italia, cuando excitados los vencidos por Adalgiso, volvieron á tomar las armas. Los duques de Benevento, de Friul y de Spoleto se unieron con el hijo del antiguo rey, y solo Roma no secundó la sublevacion. Llamado otra vez por Adriano, Carlos pasó los Alpes (776), y con ayuda de los italianos dispersó á los lombardos, castigó á sus jefes y los reemplazó con otros francos. Sometióse la Italia definitivamente; y por respeto á su antigua grandeza, determinó darle alguna sombra de independenciam, haciendo de ella un reino aparte que dió á Pepino su segundo hijo. Fué una dicha para Italia, que volvió á tener una existencia propia y un jefe amigo de las instituciones romanas.

§. VIII.—*Guerra contra los sarracenos.*—*Formacion del reino de Aquilania.*—No todos los sarracenos de España reconocieron al nuevo califa de Córdoba; algunos emires de los Pirineos que eran fieles al califa de Bagdad, queriendo alcanzar su independenciam, solicitaron el auxilio de los francos contra Abd-el-Raman, prometiéndole jurar vasallaje á Carlos (777); y este, que deseaba arrojar el islamismo del mediodía, como lo hacia en el norte con el paganismo, reunió dos ejércitos: componíase el uno de aquitanos y de italianos que entró en España por los Pirineos orien-

tales; y el otro, que él mismo mandaba, y estaba formado de francos y de germanos, entró por los Pirineos occidentales. Atravesó la Vasconia, obligó al duque Lupo á que le prestara juramento, y se apoderó de Pamplona. Desde allí descendió hasta Zaragoza, donde se juntó con el ejército de los Pirineos orientales; pero hallando muy poco poderosos á los árabes de su partido, volvió á tomar el camino de la Vasconia (778). Los vascos de España, que eran salvajes y semicristianos, espantáronse al ver á los francos. Iñigo García, que reinaba en Navarra, y Fruela, rey de Asturias, se aliaron con Lupo, y determinaron destruir el ejército de Carlos cuando volviera á pasar los montes. Pusieron de acuerdo con los árabes, y se apostaron en los desfiladeros de Roncesvalles y el collado de Ibañeta: ocultos en los bosques y en las rocas, dejaron pasar la mitad del ejército franco, pero cayeron sobre la otra mitad que se hallaba embarazada con los bagajes, y los «mataron á todos sin que pudiera salvarse ninguno (1).» Pereció en el combate Rolando, prefecto de las marcas de Bretaña; y es la única vez que habla la historia de este hombre que han hecho tan famoso las novelas de la edad media, aunque existe todavía en los Pirineos la tradición de sus esclarecidas hazañas. Volvió atrás Carlomagno, derrotó á los vascos, prendió al duque Lupo, repartió el país entre los hijos de este duque, y estableció en él algunos leudos para asegurar su sumisión.

La Aquitania sufría con violencia el dominio de los francos, y hervía en aquel país continuamente el espíritu de insurrección. Dividióla Carlos en quince condados, que confió á los austrasios ó á los romanos mas adictos: se atrajo la mayor parte de los leudos y de los abades, y distribuyó en beneficios para sus soldados un gran número de sus tierras. Viendo por fin que la Aquitania, la Vasconia y la Septimania no estaban dispuestas á reunirse con el resto del imperio de los francos, resolvió hacer de ellas un estado aparte colocado en frente de los árabes, y destinado á defender la cristiandad contra el islamismo.

Formó un reino que llamó de Aquitania con el país comprendido entre el Ebro, el Ródano, el Loira y los dos mares, y se lo

(1) Eginhardo, vida de Carlomagno.

dió á su tercer hijo Hlodowig (Clodoveo ó Luis) que acababa de nacer, y que fué enviado á Tolosa para que fuese educado segun las costumbres de los aquitanos (778) (1). Desde entonces se mantuvo en paz el mediodía que se creía feliz por haber recobrado en parte su independendencia, y reparó sus desastres, volviendo á edificar las ciudades, y haciendo un activo comercio con España y Oriente. Dominado aquel país, que conservaba su aspecto romano, por los bárbaros del norte, el nuevo rey y sus tutores aumentaron la influencia de su civilizacion, y gobernaron únicamente en pro de los intereses de la Aquitania.

§. IX.—*Gobierno de Carlomagno.—Ejército, justicia, impuestos.* Mientras las poblaciones romanas de Italia y de la Galia hallan en Carlos un libertador y protector solícito, y los pueblos tudescos, ya enemigos, ya tributarios, son sojuzgados por la fuerza de las armas, queda olvidada, sumisa, y por decirlo así despreciada, la Galia septentrional. Carlos no reconocia otra patria que la Austrasia, y jamás tuvo su corte mas que en Herstall, en Worms ó en Aquisgran; sus apariciones en la Neustria y la Borgoña eran tan cortas y raras, que casi desconocemos su historia durante su reinado, y apenas se pronuncian en ella sus nombres. Estaba en su apogeo la influencia germánica victoriosa en Testry: ya no se hallaba un solo nombre romano en el ejército, en la administracion, ni en la misma Iglesia; todo era tudesco. Gloriábase Carlos de ser germano, vivia segun sus costumbres, y vestia con el traje de la Germania: su historia pertenece en realidad mas á este país que á la Galia.

Los austrasios, dominadores de los veinte pueblos diferentes que componian su imperio, tenian en mucho honor el llamarse franco-teutónicos y el conservar sus costumbres y lengua tudesca: sus continuas tendencias de dominacion se dirigian á volver hácia atrás por la parte de la Germania; y el nombre de Austrasia (Oster-rick) adelantándose por este lado de siglo en siglo, ha terminado en efecto en el valle del Danubio, en una pequeña provincia que hoy da su nombre á un grande imperio, que es el Austria.

Inclinaciones y necesidades muy diversas deberian tener en

(1) Historia del Langüedoc, por D. Vaisette, t. I.

efecto tantos pueblos unidos tan solo por la conquista. Carlos quiso no obstante hacer de ellos un todo con la unidad de gobierno; y esta fué la ocupacion principal de toda su vida. Pero no pudo lograr, al unir las civilizaciones romana y germánica, mas que la mezcla confusa y forzada que hiciera al agrupar los pueblos de estas dos lenguas; y por esta razon despues de su muerte se dislocaron su gobierno y su imperio.

Tomando sus ideas de centralizacion de los recuerdos del imperio romano, confió el gobierno de las provincias á magistrados permanentes é inamovibles como *duques*, *condes*, *vegueres*, *jueces*, los cuales estaban encargados del alistamiento de tropas, de la administracion de justicia y de la cobranza de los impuestos.

El servicio militar era gratuito. Imponfase lo mismo á los vencedores que á los vencidos, no por el libre consentimiento de los propietarios, sino en razon de la propiedad. Era apto para entrar en el ejército todo el que poseia doce fanegas de tierras; y los poseedores de muebles valuados en cinco sueldos de oro, por cada seis de ellos debian dar un soldado. El que infringia la ley era castigado con la multa de sesenta sueldos de oro, y si no podia pagarlos quedaba reducido á la esclavitud. Las propiedades del clero fueron sometidas al servicio militar, lo mismo que las demás; y únicamente en vez de obligar á concurrir al ejército á los obispos y abades, el rey les permitió que le enviasen sus súbditos, que ponía bajo el mando de sus leudos.

La justicia, segun las leyes de cada pueblo, se administraba en las asambleas provinciales (*placita minora*) que se reunia tres veces al año; pero como los hombres libres descuidasen su asistencia, los tribunales se compusieron de jueces nombrados por el rey, y se terminó con dispensar á los hombres libres que asistieran á las reuniones.

Los impuestos eran casi nulos entre los francos; sin embargo pagaban tributos los pueblos vencidos; y además los propietarios enviaban víveres, caballos y carros al sitio donde se reunia el ejército, y hacian el gasto del rey cuando le seguian en sus frecuentes viajes.

Además de estos tres grandes ramos de administracion, estaban los gobernadores encargados de los caminos y los puentes «que hacian construir por gentes de la ínfima clase con el me-

nor trabajo posible ; pero en la construcción de los monumentos públicos, y en especial las iglesias, no estaban exentos de contribuir para llevarla á cabo ni los grandes, ni los duques, ni los obispos ni abades (1).»

§. X.—*Enviados reales. — Asambleas nacionales.*—La administración de Carlomagno, admirablemente laboriosa, queria saberlo todo, pretendia remediarlo todo, y llegaba su solicitud hasta los mas minuciosos detalles. Sus dos medios extraordinarios de acción consistian en los enviados reales (*missi dominici*) y en las asambleas nacionales.

Los enviados reales eran unos agentes que ejercian su cargo por tiempo limitado ó inspeccionaban á los obispos y á los condes, las provincias, los dominios reales y hasta los beneficios concedidos. Representaban y sustituian al rey, reformaban los abusos, presidian las asambleas provinciales, publicaban las *Capitulares* ú ordenanzas reales, suplian la insuficiencia de las leyes y daban cuenta al rey del modo con que llenaban los gobernadores sus funciones. Recorrian sus distritos cuatro veces al año «Con su auxilio adquiria el sistema monárquico tanta realidad y unidad como podia ejercer en un territorio inmenso, aunque cubierto de bosques é incultas llanuras, en medio de la barbarie de las costumbres, de la diversidad de pueblos y de leyes, sin comunicaciones regulares ni frecuentes, y dominado por todos los jefes locales, que, tomando un punto de apoyo en sus propiedades ó en sus dignidades, no cesaban de aspirar á una absoluta independencia, la que si no podian asegurar con la fuerza, la alcanzaban á menudo con el hecho solo de su aislamiento (2).»

Bajo la influencia del genio de Carlomagno las asambleas adquirieron un carácter enteramente nuevo: dejáronse escapar de entre sus manos la soberanía que pasó á las del príncipe, y en vez de hacer leyes se contentaron con dar consejos sobre las leyes propuestas, mas dejando al rey la decision. Convocáronse estas asambleas siempre y con regularidad allende el Mosa y algunas veces á la otra parte del Rhin. Como mas eran revistas militares que sesiones legislativas, se tenian por lo regular en el

(1) El monje de San Gall. Hechos y hazañas de Carlomagno.—(2) Guizot, cuarto ensayo sobre la Historia de Francia.

campo: eran convocados á ellas los leudos y los obispos, y discutian todos estos hombres libres, ya al mismo tiempo, ya uno tras de otro. Por ellos se enteraba el rey de las necesidades ó estado de los pueblos. Durante los cuarenta y tres años que reinó Carlomagno, hubo treinta y cinco asambleas, que nos han dejado sesenta y cinco *Capitulares* que contienen mil ciento cincuenta y un artículos, cuyos seiscientos veinte y uno son de legislación civil, y cuatrocientos catorce de legislación religiosa. Esas *Capitulares*, como expresion de los intereses y necesidades de la nueva sociedad, son por lo tanto sacadas casi todas de las leyes romanas y germánicas, y su objeto no se dirigió á fundar para el porvenir una constitucion regular y permanente. Aunque la intencion del legislador fuera en la mayor parte de ellas que sirviesen para todos los habitantes del imperio, la legislación civil siguió siendo personal y no territorial, tanto en los bosques de la Germania como bajo el reinado de los Merovingios. Conservaron sus respectivas leyes los francos, los romanos, los sajones y los lombardos, y el defecto de una ley única y general no solo fué el principal obstáculo á la unidad imperial intentada por Carlomagno, sino tambien el testimonio de su imposibilidad. Solo la Iglesia tenia la unidad y la universalidad de ley que era la garantía de su porvenir (1).

§. XI.—*Estado del clero en el reinado de Carlomagno.*—El linaje de Pepino de Herstall era deudor de su engrandecimiento á la Iglesia; pero tambien por su parte habia cooperado eficazmente á la defensa y propagacion del cristianismo. Carlomagno al combatir á los paganos del norte, á los arrianos de Italia y á los musulmanes de España, habia llevado á cabo la obra de la Iglesia; y era tan amado y respetado del clero, que éste creia ver en él un nuevo Teodosio. Pero por parte de los sacerdotes no recibió

(1) Las colecciones de capitulares, en especial la de Baluzio que es la mas completa, contienen además de las leyes, ordenanzas, reglamentos de policía, dictámenes administrativos, actos públicos de todo género, y hasta reflexiones y planes de Carlomagno. Una de estas capitulares titulada de *Villis*, arregla la administracion de los dominios reales, que tal vez comprendian la tercera parte del territorio, y cuyo producto formaba las rentas de Carlos. Este hombre extraordinario llevó en esto el mismo espíritu de órden y de pormenor que en la administracion del imperio: se ocupa de todo, desde la venta de los huevos hasta la eleccion de las lanas para hilar y los frutos y legumbres que deben recolectarse.

todo el auxilio que necesitaba para sus proyectos de gobierno y de civilización, á causa de la decadencia moral é intelectual en que se hallaban sumidos; le fué pues preciso gobernar la Iglesia sin intervencion ajena, y tanto en esto como en todo lo restante, conducir él solo la sociedad arrastrando tras él á los demás.

Continuó la reforma empezada por Pepino, la cual habia producido tan escasos frutos, dió á las personas de ciencia y de virtud las dignidades eclesiásticas, estimuló á los obispos por medio de sus enviados reales, restauró los estudios y la disciplina, y reformó las instituciones monásticas. Prohibió que se ordenasen los sacerdotes antes de los treinta años, puso coto al abuso del derecho de asilo, y no permitió á los obispos la caza y la guerra (1). Resistióse no obstante el clero siempre sumiso á obedecer este último mandato, pues le era necesario guerrear para conservar sus bienes, y no quiso dejar el servicio militar que era la garantía de sus posesiones. Conservó pues sus hábitos violentos y sus pasiones germánicas. Las malas costumbres del clero causaron muchos embarazos á las relaciones de Carlos con los sacerdotes. Por un lado dejó á los leudós una gran parte de los bienes y dignidades eclesiásticas; nombró directamente los obispos y abades haciendo usurpaciones en el poder espiritual; prescribió á los sacerdotes lo que debian enseñar, decir, y rezar; convocó y presidió por sí solo los concilios; publicó los cánones eclesiásticos; y juzgó y decidió absolutamente, no solamente en cuestiones de disciplina, sino hasta en los artículos de fe (2). Por otro lado empleó á los obispos ya como ministros, ya como enviados reales: los llamó á sus consejos y á las asambleas nacionales: aumentó la jurisdiccion de los tribunales eclesiásticos, estableció el diezmo, concedió á los sacerdotes la redaccion de los contratos matrimoniales y testamentos etc. Conocia que habia en la esencia del clero, aun en sus momentos de extravío, algo

(1) Capitular de Balucio lib. VII. cap. 104.—(2) Así sucedió en la cuestion del culto de las imágenes que tantos desórdenes causara en Oriente. El concilio de Nicea habia prescrito su adoracion honoraria. Carlomagno reunió un concilio en Francfort que desechó formalmente esta doctrina, y escribió á todo su clero: «He tomado asiento entre los obispos como árbitro: y por la gracia de Dios hemos determinado lo que debe creerse.» El papa Adriano condenó esta decision, y determinó la cuestion adoptándose la doctrina del concilio de Nicea.

de bienhechor y de pacífico : no podia olvidar del todo su mision evangélica ; y últimamente las reformas de Carlos dieron al episcopado el conjunto y la regularidad , y á la sociedad eclesiástica la fuerza y la vida de que debia mas tarde servirse , para trasformar en provecho suyo la obra del gran rey . En la Galia meridional la reforma del clero tuvo un éxito brillante , por la piedad del jóven rey Luis y las virtudes de san Benito de Aniano , que dió á la regla benedictina todo su antiguo vigor . Habia sufrido mucho la Iglesia en este país : la habian arruinado y despojado los árabes y los francos ; y casi todos sus obispos eran leudos ambiciosos y egoistas . Luis los arrojó de sus sillas , reanimó los estudios , restauró los monasterios y fundó otros nuevos , « que parecia que se elevaban como antorchas para iluminar la Aquitania (1) ; » y por esta razon se perpetuaron durante tres siglos en esta comarca los buenos efectos del gobierno de Luis .

§. XII. — *Restauracion de las letras y las artes.* — Al mismo tiempo que Carlos detenia la invasion bárbara y la degeneracion social , ponía una barrera á la decadencia intelectual , fundando escuelas en todas partes y hasta entre los sajones , y protegiendo y llamando á su lado á los sábios . Convocó en Roma á los maestros de gramática y de matemáticas , y se los llevó á Francia donde les ordenó que esparciesen el gusto á las letras (2) . Sus solícitos cuidados llegaron al extremo de introducir , aunque con resistencia , en las iglesias de la Galia la música romana . Protegió la arquitectura , y quiso hacer de Aquisgran una nueva Roma adornándola con edificios , esculturas y mármoles traídos de Italia . Fundó la escuela de medicina de Salerno . Hizo algunos progresos la geografia , y en especial la astronomía , que era la ciencia favorita de Carlos ; se despertó la actividad intelectual y la literatura de esta época ya no se ciñe solo á los sermones y leyendas de los dos siglos anteriores .

Alcuino el monje , nacido en Inglaterra , es el representante de esta literatura . El era quien reanimaba los estudios , restauraba los manuscritos antiguos , y el maestro de los sábios de la época , al mismo tiempo que el jefe de la escuela del palacio , es-

(1) Vida de Luis el Piadoso , por un anónimo llamado el Astrónomo . — (2) Eginhardo , vida de Carlomagno .

pecie de sociedad literaria á la que pertenecian Carlos, sus hijos y sus ministros. Consérvanse más de treinta obras de este monje, además de doscientas treinta y dos cartas curiosas, de las cuales treinta están dirigidas á Carlos. Estas encierran á la vez discusiones teológicas, cálculos astronómicos y consejos políticos; lo que prueba el incansable deseo de ciencia del gran rey, quien en medio de su vida guerrera ocupábase al mismo tiempo de teología, gramática, historia, astronomía y legislacion. El mismo Carlos era despues de Alcuino el hombre mas sábio de su siglo: tenia fama de diestrisimo teólogo: corrigió con los griegos y los sirios los cuatro Evangelios; compuso una gramática tudesca, un tratado sobre los eclipses y las auroras boreales, y algunas poesías latinas, mandando hacer una coleccion de antiguos cantos nacionales de los francos, que desgraciadamente se ha perdido, y redactar en lengua tudesca las leyes y los cantos religiosos. Caminaba á grandes pasos, y queria que todos los de su siglo le siguieran; pero á pesar de tanto esfuerzo, los francos repugnaban dedicarse al estudio. Alcuino que comprendia su impaciencia, le escribia de este modo: «No depende de vos ni de mí el convertir á la Francia en una Atenas cristiana.» Efectivamente el movimiento dado á las inteligencias y á la sociedad, era prematuro y superficial. Por eso debia morir con él la obra de Carlos.

§. XIII.—*Situacion de la aristocracia franca.*—El que en su ambicion de crear una nueva sociedad trajo á la Francia ideas de órden y de gobierno, tambien queria hacer, antes de cumplir con sus deberes y trabajos, poderoso é inviolable su trono. Todos los poderes se centralizaban en el suyo: todo emanaba de él para volver al mismo: alma de este gran cuerpo que solo por él tenia unidad, lo veia todo por sí mismo; y su genio dotado de una maravillosa actividad, abarcaba tan facilmente las mas elevadas generalidades, como los mas pequeños pormenores.

Pero no podia el trono tomar una forma tan monárquica, sin volver á encontrar graves obstáculos en la aristocracia: los leudos austrasios que habian dado el cetro á la familia de Pepino de Herstatt, siguieron con ardor á Carlos en sus expediciones guerreras, pero vieron con desconfianza sus ensayos de despotismo imperial: Carlomagno por su parte les confió con poca largueza

las funciones públicas; y acompañado siempre de los obispos, á quienes daba la superioridad y los honores, no les concedió mas que beneficios temporales, dividió sus tierras, las cargó de tributos, y les impidió que las cedieran y vendieran etc.; mas apesar de todas estas precauciones, la sociedad yacia en tanta confusion y era tan irregular el gobierno, que Carlos, ignorando la]
 infinidad de beneficios de que podia disponer, no pudo remediar todas las usurpaciones de poder de los leudos. De modo que los poseedores de beneficios se apresuraron á trasformarlos en alodios, á distribuirlos en subfeudos, á hacer desaparecer las pequeñas propiedades y con ellas la clase de hombres libres, y á reducir por fin á la esclavitud la mayor parte de la poblacion. Apesar de la voluntad y el genio de Carlomagno, la Galia se inclinaba á depender de muchos señores, que formasen ellos solos la nacion, que fueran los únicos soberanos de los poderes públicos, y tuvieran bajo su dominio millones de esclavos. Se hizo tan excesivo el número de los últimos, que no se contó la fortuna de los individuos mas que por los hombres que poseian. Alcuino tenia veinte mil. Era en extremo miserable su condicion, puesto que Carlomagno, cuyos dominios eran los que estaban mejor administrados de toda la Galia, ordena en una capitular que se cuide de que no se muera de hambre ningun esclavo, «en cuanto se pueda lograr con la ayuda de Dios (1).»

(1) Balucio, t. I, pág. 204.—Eran menos infelices los siervos de las tierras eclesiásticas, si se da crédito á un curioso documento publicado por M. Guerard, en el que se presenta un cálculo estadístico del comun de Palaiseau en el siglo VIII. Pertenecía este dominio á la abadía de San German-des-Prés y se componia de diez partes. 1.ª El dominio señorial que se hacia valer por medio de esclavos. Su poblacion ascendia á 700 almas. 2.ª El dominio arrendado que comprendia 108 hectareas de tierra cultivada y 117 *manses* ó casas: tenian 108 de estas *manses* los colonos *ingenus* ó libres y 5 los siervos: los 108 *manses* estaban habitados por 479 familias que comprendian 615 personas, entre las cuales no habia mas que 8 siervos; y los 5 *manses* de los siervos, estaban ocupados por 10 familias que contaban 27 personas. Los 615 habitantes del dominio arrendado, despues de haber pagado sus arriendos en dinero y frutos á los señores, alcanzaban del resto en propiedad una suma de 110 francos, 71 céntimos de la moneda moderna francesa. De modo que la posicion material de los labradores de Palaiseau en tiempo de Carlomagno, no se diferencia mucho de la que tienen en nuestros dias. La poblacion era casi] la misma. En fin ha cambiado muy poco el cultivo de la tierra. Hay en el día 1115 de campos de trigo y 1¼ de viñas de menos; pero los prados se han aumentado en

§. XIV.—*Guerras en todas las fronteras.*—Además de estos ensayos de gobierno general, Carlos había de cuidar de la defensa de las fronteras, extensas y fáciles de traspasar contra las naciones salvajes que las rodeaban.

Desde la embocadura del Elba hasta el golfo de Fiume, la frontera seguía el Elba, el Moldau, el Danubio, el Eus, cortaba el Drave y el Save, y tocaba en el mar Adriático. A la derecha del Elba, y hacia su desagüe en el mar, estaban los sajones marítimos llamados también daneses y normandos, y que ocupaban el Chersoneso Címbrico, y empezaban entonces á ejercer la piratería en las islas Británicas. A lo largo del Elba hasta su origen se hallaban los pueblos eslavos, unos enemigos y otros aliados de los francos: desde el origen del Elba, hasta el Danubio estaban los silesios, bohemios y moravios, además de los eslavos errantes y enemigos: desde el Danubio hasta el Adriático se veían las hordas de los hunos y de los abaros, que se renovaban sin cesar con las emigraciones asiáticas, que eran pastoras y nómadas, fuertes por su caballería y su país pantanoso, libres ó iguales, y hacia dos siglos que tenían amontonadas en sus campos las riquezas de gran parte de Europa. En fin, al mediodía tenían los francos por fronteras, en España el Ebro atacado sin cesar por los árabes; en Italia, el Vulturno y el Aufido, allende del cual se hallaba el dominio del duque de Benevento, príncipe lombardo y tributario de los griegos.

Esta extensa línea de fronteras estaba amenazada al mismo tiempo, y todos los años corría Carlos del norte al sur, y del Elba al Po, para rechazar la invasión de los enemigos exteriores, ó para asegurar la sumisión de los tributarios. Los cuatro años que siguieron á la creación de los reinos de Italia y Aquitania, se pasaron enteramente haciendo la guerra á los sajones (782 á 789); pero en los catorce que terminaron el siglo, Carlos tuvo que pelear por todas partes contra los turingios, los bretones, los griegos, los bávaros, los abaros, los árabes etc.

1.º Los turingios, cansados de la guerra de los sajones, en la que peleaban siempre á la vanguardia de los francos, quisieron

un 4;8 y los bosques casi se han triplicado. Por cada tres molinos no existe hoy más que uno.

matar al rey y sustraerse á su dominacion. Carlos marchó contra ellos, los rindió é hizo sacar los ojos á su jefe (786).

2.^o Negáronse á pagar los impuestos los bretones, á quienes los francos redujeron á la condicion de tributarios, siendo vencidos despues de una guerra que duró veinte y tres años, «y Bretaña fué comprendida por primera vez en el imperio de los francos (787) (1).»

3.^o Daba asilo á los desterrados lombardos el duque de Benevento, y estaba aliado con los griegos que poseian aun la Sicilia y algunas ciudades de Italia. Temiendo el papa estas intrigas, llamó á Carlos allende los Alpes. Pero al acercase el rey, envióle el duque de Benevento por rehenes á su hijo, y le prometió, tanto por su parte como por la de su pueblo, una completa sumision y un tributo de siete mil sueldos de oro, conservando á este precio su ducado. Los griegos dieron entonces el gobierno de la Sicilia á Adalgiso hijo de Didier, y le proporcionaron un ejército (789). Pepino, rey de Italia, unido con el duque de Benevento, marchó contra Adalgiso, le derrotó y mató.

4.^o Tassillon, duque de los bávaros, era el mas poderoso y turbulento de los tributarios. Siendo vecino de los lombardos, eslavos y huno-abaros, mantenía unido á ellos las hostilidades contra los francos, y estimuló á los hunos á hacer una invasion en el imperio. Carlos condujo entonces tres ejércitos al país de los bávaros: Tassillon se rindió implorando su perdon, entregando sus hijos y prometiendo fidelidad; pero convenciéndose reo de traicion en la asamblea nacional, fué encerrado en un monasterio, y sometióse su pueblo á las leyes y gobierno de los francos (788).

5.^o Apoyados por Tassillon los huno-abaros, llegaron hasta el Friul y Baviera, pero fueron vencidos. Habiéndoles propuesto en vano la paz Carlomagno, hizo entrar tres ejércitos en la Pannonia, compuesto el uno de sajones y frisonos por el valle de Elba; el segundo de lombardos por la Iliria; y el tercero de francos y aquitanos, mandados por él mismo, por el valle del Danubio. Los francos saquearon todo el país hasta Raab; pero las enfermedades les obligaron á retroceder sin sojuzgar á los abaros (2).

(1) Anal. Francorum anno 737.—(2) A la vuelta de esta expedicion fué cuando intentó Carlos poner en comunicacion al Danubio con el Rhin por un canal cor-

Volvió á comenzar la guerra al año siguiente; y tuvo que desistir por revolucionarse los sajones é invadir sus fronteras los árabes (789). Mientras Carlomagno rechazaba á los bárbaros del norte al otro lado del Elba, y sometía hasta el Oder á todos los pueblos eslavos que les habian ayudado, su hijo Pepino talaba con un ejército de lombardos y de bávaros todo el país de los hunos hasta el Theiss, y saqueaba su principal campamento. Ocho años duró esta guerra, que fué tan terrible como la grande expedicion emprendida contra los sajones. Dice Eginhardo, «que los francos trajeron tan inmensos tesoros, que si hasta entonces se les podia mirar como pobres, debía considerárseles como ricos despues de esta guerra». Convirtiósese al cristianismo el rey de los abaros con una parte de su pueblo; pero quedó tan horrorosamente devastada la Panonia, que ápenas quedaron vestigios de morada humana (796).

6.º Pasaron los árabes los Pirineos y se apoderaron de Narbona. Guillermo, duque de Tolosa y tutor del rey Luis, marchó contra ellos y fué vencido en las orillas del Orbieu (793): los árabes saquearon la Septimania y se retiraron con numerosos cautivos. Los aquitanos despues de algunos años recobraron á Narbona y pasaron los Pirineos (797). Sometiéronse los emires de Aragon y de Navarra, y se formó de todo el valle del Ebro un condado donde se establecieron los francos y los aquitanos. Continuó la guerra con encarnizamiento durante quince años: los vascones tomaron en ella una parte activa como aliados de los árabes, pero fueron vencidos: el rey Luis puso sitio á Barcelona y se apoderó de ella (801). Desde allí se dirigió á Tortosa, que no tomó sino despues de ocho años de rudos combates (810), y por fin una tregua puso término á aquella guerra que aseguró á los francos la posesion del valle del Ebro (812).

§. XV.—*Poder universal de Carlomagno.*—Tantas guerras y conquistas hicieron á Carlomagno soberano y centro de la Europa. Casi todos los pueblos de lengua tudesca y de lengua latina le obedecian directamente: tomábanle por árbitro é imploraban su apoyo los árabes de España: Alfonso II, rey de Asturias y Ga-

tado entre el Altmouhl y el Rednitz; pero les fué imposible esta obra á los arquitectos de su tiempo, que renunciaron á ella despues de haber hecho una excavacion de dos mil piés cuyas hue llas existen todavía.

licia, le daba cuenta de sus acciones como al mas grande de los reyes cristianos, y se honraba llamándose su *súbdito fiel*: tenfanle por su señor los escoceses: los emperadores de Constantinopla veian con envidia su poder, y temiendo, como la fama lo decia, que deseara reinar en todo el imperio romano, anhelaban su alianza siguiendo el proverbio de los griegos, «que mas vale tener al franco por amigo que por vecino (1).» En fin, su nombrada se extendia hasta el Asia; pues enviando á Haroum-al-Raschid tercer califa abasida, una embajada y regalos, este le entregó las llaves del santo sepulcro de Jerusalem, como indicando que abandonaba la soberanía de los lugares consagrados por la muerte de Cristo. Los dos jefes del cristianismo y del islamismo tenian un interés comun al obrar contra los cismáticos cristianos de Grecia y los cismáticos musulmanes de España.

Desde la caída del imperio de Occidente no habia existido un poderío comparable al de Carlomagno, y solo le faltaba á este grande hombre un título, mucho tiempo hacia ambicionado por los francos, para que se hubiera restablecido el imperio romano. Nunca pensó Carlos en dársele á sí mismo ó en hacérselo conferir por los soldados: no ignoraba que era imposible que se constituyese el orden social sin estar basado en la autoridad religiosa; y no titubeó en pedir la corona imperial, no á la eleccion ó la fuerza como los emperadores romanos, sino con una perfecta inteligencia de los nuevos tiempos, al poder espiritual... á la Iglesia. Parecíale el pontificado mas adelantado que todas las demás potencias y lo trataba Carlos por lo regular como á un auxiliar sumiso; pero no por esto dejaba de ser el soberano absoluto de los espíritus, y á los ojos de todos «la primera dignidad del mundo (2).»

La peticion de Carlomagno llenó de alegría al papa. ¿Qué soberano habia hecho lo que Carlomagno para propagar y consolidar el cristianismo? Todas sus guerras se habian dirigido contra los enemigos de la Iglesia: era el César por ella deseado; al coronarle, se coronaba á sí misma. Habia llegado ya el momento de esta revolucion.

§. XVI.—*Carlomagno emperador de Occidente.*—Habia muerto

(1) Eginhardo, Anales.—(2) Obras de Alcuino, t. I, pág. 417.

Adriano, y Leon III era su sucesor. Carlos, como patricio de los romanos, recibió el juramento de fidelidad del nuevo pontífice, y le escribió: «Nos alegramos de la unanimidad de vuestra elección y de la humildad de vuestra obediencia hácia nos (1) (795).» Y despues de la posición que habia tomado en la cristiandad y que parecia hacer del sucesor de san Pedro su teniente espiritual, le dió consejos, ó por mejor decir mandatos para su vida política y moral, como lo hubiera hecho con el sacerdote mas insignificante.

Acusado Leon III por los romanos de grandes crímenes, vióse maltratado y hundido en un convento. Huyó de allí, se refugió entre los francos, y fué á encontrar á Carlos que se hallaba en Paderborn (799). Era el primer papa que pasaba el Rhin, y el rey de los francos se alegró en extremo de poder mostrar aquel representante de Dios á los pueblos que combatia y convertia hácia treinta años. Maravillóse Leon de la variedad de lenguas, costumbres y usos de las naciones que Carlos habia sometido á la Santa Sede apostólica, y tuvo con él largas conferencias, cuyo resultado podia haberse adivinado fácilmente. Es probable que Carlos y Leon harian entre sí un tratado análogo al que unió á Pepino con Zacarías, y que desde entonces se resolviese ya el restablecimiento del imperio de Occidente.

Volvió á Italia el papa con una escolta de señores que debian hacerle recobrar su autoridad; fué recibido con gran pompa y esperó la llegada de Carlos para someterse á su fallo. El rey, despues que hubo arreglado los asuntos de los eslavos, sajones y hunos, y desarmado á los bretones y sarracenos de las islas Baleares, recibió á los embajadores de Constantinopla y de España, y visitó la Galia septentrional, cuyas costas empezaban á infestar los piratas daneses; puso barcos y soldados en las bocas de los rios, visitó las ciudades de Ruan, Orleans, Tours y Paris, convocó la asamblea nacional en Maguncia, pasó los Alpes tiroleses con un poderoso ejército y llegó á Roma (800).

Fué recibido en triunfo por el pueblo y el clero. Dióse principio al proceso del papa; pero los obispos convocados declararon que no podian juzgar á la Sede apostólica «por la que son juzgados todos, y á la que nadie puede juzgar (2).» Leon se purificó

(1) Balucio, t. I.—(2) Eginhardo, vida de Carlomagno.

por medio del juramento de sus acusaciones, y fueron castigados sus enemigos.

Llegó la fiesta de Navidad. El papa celebró la misa en la basílica del Vaticano en presencia de Carlos y un inmenso concurso de pueblo. Luego que concluyó se adelantó hácia donde estaba el rey, vertió sobre su cabeza el olio santo y puso en su frente una corona de oro con aplausos del pueblo que gritaba: Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, ¡viva y venza! Entonces el papa se prosternó ante él, le adoró al modo de los antiguos príncipes (1); y esta ceremonia fué mirada como la restauracion del imperio de Occidente despues de una interrupcion de 324 años.

Roma cristiana volvía á hallar su antiguo poder, y creaba aun un emperador romano. Pero ya no existía nada romano en el mundo, y un sacerdote cristiano daba á un soldado germano lo que había muerto. No era mas que una vana ceremonia. Ella fué la base del sistema político de la edad media, en la que los papas y los emperadores se disputaron la direccion del mundo cristiano, y el origen de la gran contienda que debía agitar durante tres siglos al Occidente.... la contienda entre el imperio y el sacerdocio.

CAPÍTULO III.

Imperio Occidental de los Francos. (800—843.)

§. I.—*Resultados del restablecimiento del imperio.*—Hemos visto que los bárbaros despues de su venida al Occidente ambicionaban las dignidades del imperio queriendo heredar todo lo que era romano, de modo que Teodorico, Clodoveo y Pepino se hallaban condecorados con el título de patricios, que les hacia en apariencia dependientes de Constantinopla. Toda su ambicion se cifraba en continuar ó rehacer un imperio romano. Habíanlo probado los godos, y se opusieron los francos; pero esta empresa que solo Carlomagno podía llevar á cabo fué un error de su genio; pues no concebía que al restablecer el pasado y hacerse el

(1) Guizot, civilizacion francesa, t. II.

representante de la sociedad antigua, el presente se hallaba en la infancia de una sociedad nueva muy diversa en principios y en porvenir. Creía que ocupando el mismo territorio que los Constantinos y Teodosios, llevando á cabo la misma obra de guerra y de administracion y con iguales títulos, todo estaba terminado, y creía que porque habia detenido la invasion de los bárbaros contra la que se habian estrellado tantos emperadores, ya el imperio de los césares se hallaba completamente restablecido.

Aun cuando ya nada romano habia en el mundo mas que la ambicion de su pensamiento, sin embargo el franco Karl soñaba en haber resucitado la *cosa romana*.... no habiendo resucitado mas que su nombre. Creía haber satisfecho todas las necesidades de la época, terminando las invasiones del norte, deteniendo el desórden social é intelectual, y reuniendo en un estado único veinte pueblos que deseaban formar estados particulares; pero al llevar completamente á cabo esta tarea y al arrastrar á su siglo deslumbrado, no hizo mas que una obra efímera; y si hubiese vivido algunos años mas, hubiera visto, á pesar de su genio, su completa destruccion. Pero no desapareció con él todo su edificio; y bajo su administracion estable y regular, las influencias locales ó feudales que debian bien pronto gobernar el mundo, habian tenido tiempo para tomar posesion del territorio y de los habitantes. Todo su gran imperio se dividió luego en Estados que tenian porvenir á pesar de sus variaciones, y todo su gobierno central en gobiernos locales de fuerza y duracion, y en fin, aunque desapareció la unidad política, quedó la unidad religiosa. Pero no creía haber hecho lo que resultó, no pensaba que su gobierno y su imperio eran el laboratorio donde se formarían las naciones y la sociedad moderna, y que su sistema de monarquía romana no hacia mas que preparar el triunfo de la aristocracia y de la dominacion universal de los papas (1).

§. II.—*Fin del reinado de Carlomagno*.—Carlos, convertido en César y Augusto, se aprovechó hábilmente de estos antiguos títulos para hacer su poder tan absoluto como el de los emperadores. Heredero de su nombre, creyó que se hallaba legitimada la

(1) Guizot, civilizacion francesa, t. II.

conquista de Francia á los ojos de los vencidos; y superior á los vencedores por su nueva dignidad, destruyó la antigua igualdad de los germanos, adoptó la etiqueta fastuosa de las cortes orientales, y consolidó su trono con el derecho divino que habia dado su padre á la Galia con la consagracion. Quiso entonces hacer desaparecer la jerarquía de los leudos, y que la relacion del rey con el hombre libre predominara á la del señor para con su vasallo; reclamó y exigió de todos los hombres libres el juramento de fidelidad que estos prestaban á su jefe inmediato por el beneficio que de él recibian, y no como propietario sino como soberano.

Era una gran idea: centralizaba todos los poderes en uno solo que hacia del trono, no solamente la primera dignidad, sino una magistratura pública y suprema. Los grandes no adivinaron el objeto de esta empresa, y á excepcion de algunos propietarios de alodios «que se negaron por orgullo» todos hicieron prestar juramento á sus vasallos (1). Detuviéronse de este modo los progresos de la aristocracia; y Carlos humilló de tal modo los corazones fieros é intratables de los francos, que no se atrevieron á obrar en contra de lo que convenia al interés público del imperio.»

Durante los catorce años que pasaron desde su coronacion hasta su muerte, continuó el nuevo César su sistema de unidad y de centralizacion, ya por medio de guerras, ya por sus leyes. Publicó los códigos de los salios, de los ripuarios, de los lombardos y de los sajones, é hizo la guerra por medio de sus hijos ó sus tenientes. Terminó la lucha contra los sajones el año 804. Sucedió á estos invasores los daneses que acometieron las poblaciones eslavas: Carlos los contuvo construyendo castillos en el Elba, y la invasion, impotente ya para penetrar en el imperio, se convirtió en piratería. Los bárbaros del norte se arrojaron entonces en sus barcos de mimbre forrados de cuero, y llenaron de terror las costas del Océano. Las naves que defendian las bocas de los ríos no pudieron detenerlos, y su audacia arrancó lágrimas al

(1) Crónica de Moissac.—Eginhardo, cap. 30. Thégan, hechos de Luis el Piadoso, cap. 6.—Seguia reconociéndose el principio de eleccion, y en un artículo del testamento de Carlos se dice que si el pueblo elige á cualquiera de los príncipes, los demás deberán sujetarse á este orden de sucesion.

anciano emperador que preveía los males que causarían á sus sucesores. Los sarracenos al mismo tiempo devastaron la Córcega y la Cerdeña : vencieron y rechazaron los moros de España á Luis de Aquitania , y los griegos en la Venecia á Pepino de Italia. Manifestábase la decadencia del imperio en la audacia de sus enemigos, que parecían esperar con impaciencia la muerte del grande hombre.

Carlomagno hizo su testamento, y repartió sus Estados entre sus tres hijos. Los dos primogénitos murieron. Carlos, á quien habia asociado al imperio, murió sin hijos, y Pepino dejó al morir un hijo llamado Bernardo que fué rey de Italia (811). Entonces el César hizo venir á Aix á su tercer hijo Luis de Aquitania: «le presentó á los obispos, abades, condes y señores de los francos, y les pidió que le permitieran hacerle rey y emperador (813). Todos consintieron; y habiendo hecho la misma peticion al pueblo, le concedieron el imperio y la corona de oro, mientras gritaba la muchedumbre : ¡ Viva el emperador Luis !»

Murió Carlos al siguiente año, despues de haber reinado cuarenta y seis años como rey y catorce como emperador (23 de enero de 814). La antigüedad solo nos presenta dos hombres tan grandes como él, y la humanidad tuvo que esperar que pasaran mil años para tener otro de tanta grandeza.

§. III.—*Luis el Piadoso emperador.—Progresos de la aristocracia y del clero.—Guerras en todas las fronteras.*—La superioridad de la fama con que brillaba Carlos habia impulsado á los galos, aquitanos , borgoñones , alemanes y bávaros, «á gloriarse como de una distincion suprema de llevar el nombre de súbditos de los francos (1).» Pero apesar de lo regular y seguro que parecia este imperio, no era mas que una dominacion militar de una raza de hombres sobre otras razas extranjeras , las cuales despues de morir el César debían hacer inmensos esfuerzos para recóbrar su independenciam política. Era una tarea muy difícil retener en un solo cuerpo tantos y tan diversos países, amigos y enemigos ; y Luis I, llamado el Piadoso , sucumbió en ella. Habia mostrado mucha prudencia al gobernar á los aquitanos tan turbulentos y enemigos de los francos, y habia defendido vigorosamente el

(1) El monje de san Gall. Hechos y hazañas de Carlomagno.

país contra los árabes. Pero su extrema devocion era mas propia de un monje que de un monarca : él mismo manifestaba ser mas apto para el claustro que para el trono: dejóse dominar por el clero, mientras los grandes se hacian independientes, y se agitaban los pueblos para separarse del imperio. Bajo esta triple causa comenzó á disolverse entre las manos de sus hijos la unidad monárquica de Carlomagno.

Grandes aclamaciones acogieron á Luis á su advenimiento al trono, porque el gobierno de su padre se habia hecho poco popular por motivo de sus perpétuas guerras, y se esperaba gozar tranquilidad bajo el reinado de un príncipe religioso y pacífico. En el primer campo de mayo devolvió la libertad y los bienes á muchos que habian sido despojados y reducidos á esclavitud en el anterior reinado: restituyó á los sajones el derecho de herencia, y alivió á los aquitanos de muchos impuestos. Deseaba con esto regenerar la clase de los hombres libres, tan importante y debilitada, para crearse con ellos un apoyo contra los grandes; y bajo esta idea tuvo cuidado de reclamar de todo el imperio el juramento exigido por su padre. Pero al mismo tiempo dió á los leudos posesiones reales con título de perpétua propiedad, y dejó de este modo que la aristocracia volviera á emprender el camino de sus invasiones. Este fué el grande error de su reinado y el de sus sucesores, y la causa principal de su ruina; y como los feudos volvieron á ser la única recompensa con que pagaron los reyes los servicios y compraron sus servidores, quanto mas dieron, mas necesidad tuvieron de dar, y llegaron al extremo de verse reducidos á una especie de indigencia.

Menos hábil fué aun la conducta de Luis para con el clero. Quiso reformar sus costumbres, pero le dió la libertad de eleccion que habia sido constantemente violada por Carlomagno, y permitió de este modo que se introdujeran en las dignidades eclesiásticas los hombres ambiciosos, corrompidos é ignorantes que habia excluido su padre. No se conmovió al ver á un papa nuevamente elegido tomar posesion de su silla sin pedir la confirmacion imperial, y arrogarse todo el poder en Roma. E hizo mas; cuando este, creyendo al César irritado, vino á Francia para tranquilizarlo (816), Luis corrió á recibirle, y en vez de confirmar su elevacion, le rogó que confirmase la suya propia por me-

dio de la unción sagrada. Colocándole el pontífice la corona en la cabeza le dijo: «Pedro se gloria de hacerte esta ofrenda para que le asegures el goce de sus justos derechos.»

El papa era quien iba en realidad á heredar la monarquía de Carlomagno. El grande hombre habia preparado este resultado sin saberlo él mismo al asegurar la independencía política de los pontífices y recibiendo de sus manos la corona imperial.

Amenazadoras para el porvenir eran estas usurpaciones de la aristocracia y del clero, pero en el presente no atacaban aun la unidad del imperio. Luis, que la sentia bambolear en sus manos, ordenó en una asamblea general de los francos que se formara una constitucion imperial, por la que se crearon dos reinos subalternos, uno en Aquitania y otro en Baviera (817). El primero se lo dió á Pepino hijo segundo del emperador, y el segundo á Luis su tercer hijo. Asoció al imperio al primogénito Lotario. Se determinó que los dos reyes subalternos no podrian hacer la guerra, ni tratados, ni ceder una ciudad sin la autorización de su hermano el primogénito, y que uno solo de sus hijos debia suceder á cada uno de ellos. Decia la constitucion «que se hacia esto para no romper la unidad del imperio conservada maravillosamente por el mismo Dios.» Recelóse de estas condiciones Bernardo rey de Italia, y por consejo de Adelhardo y de Wala, nietos de Carlos Martel y ministros de Carlomagno, se insurreccionó y marchó contra Luis con un ejército; pero bien pronto se vió abandonado por sus soldados. Rindióse entonces en Chalons-sur-Saone, bajo la palabra del emperador, y le pidió perdon; pero no por eso dejó de ser condenado á muerte en una asamblea de los francos y conducido al patíbulo (818). Lotario heredó su reino (1).

El imperio retrocedia hasta los límites de la Europa civilizada, y se debilitaba por sus fronteras; todos los años era forzoso combatir á los pueblos bárbaros que se iban aproximando. Los del norte devastaron las costas del Océano: los eslavos del Elba y del Drave y otros pueblos desconocidos, cuyo domicilio era muy variable, entraron en el imperio y fueron dificultosamente re-

(1) Dejó un hijo llamado Pepino, que alcanzó los condados de Vermandois y de Valois. Fue hijo de este Pepino Herberto, tronco de los condes de Vermandois, y Pepino origen de los condes de Valois.

chazados: los croatas recobraron su independencia: el duque de Benevento se negó á pagar los tributos; y los sarracenos saquearon la Córcega y la Cerdeña. Los francos persiguieron á los últimos é hicieron en Africa un desembarco que los llenó de espanto. Revolucionáronse los abaros de la Panonia, y no se logró su sumisión sino despues de muchos años de guerras, durante las cuales empezaron á hallarse los francos cara á cara con los búlgaros que hacian temblar el imperio griego. Revolucionáronse los vascos, hicieron una larga guerra á los aquitanos, y destruyeron por segunda vez un ejército franco en Roncesvalles; pero desterrados sus jefes, se dió su ducado como beneficio inamovible á un pariente del emperador.

Volvieron tambien á repetir sus invasiones los moros de España, los cuales, aliándose con los vascos y los godos de la Septimania, se apoderaron de una parte de la Marca de Gocia, entre el Ebro y el Herault, pero fueron rechazados. Luis concedió tierras á los cristianos de España en esta misma Marca donde los godos tenian por duque á Bernardo, hijo de Guillermo el Piadoso, duque de Tolosa, y á esta donacion añadió el derecho comun de los francos de no pagar impuestos. En fin los bretones se negaron á pagar los tributos, tomaron por rey á Morvan y acometieron la Neustria. «Indignado el César envió á este jefe bárbaro uno de sus leudos para obligarle á rendirse; pero le respondió: Los campos que cultivo no son de tu rey. Que gobierne á los francos. Morvan manda á los bretones (1).» Luis marchó contra ellos y taló el país. Morvan murió (824); pero no fué bastante su muerte para poner fin á la resistencia de los bretones, y Nomenoe, que fué el duque que les nombró, fué algunos años despues el libertador de su país.

Eran frecuentes las asambleas generales á pesar de tan continuas guerras, pero en ellas no se trataba mas que de lejislacion eclesiástica. Son no obstante notables la mayor parte de las capitulares por la prudencia de las instrucciones que se dan en ellas á los enviados reales. En una de ellas se manda «que el pueblo (es decir los hombres libres) sea interrogado en cuantas innovaciones quieran hacerse á la ley, y que despues de haber da-]

(1) Ermoldo el Negro, Poema sobre la vida de Luis el Piadoso.

do su consentimiento, todos los asistentes pongan su firma al pié de la capitular (1).» La fórmula de la promulgacion era la siguiente: «Luis, emperador, publica esta capitular con el consentimiento general del pueblo (2).»

Acosado Luis en una de estas asambleas por el remordimiento que le causara la muerte de Bernardo de Italia, declaró públicamente que habia faltado contra su sobrino y los demás á quienes habia perseguido, como Adelhardo y Wala, y resolvió hacer pública penitencia de su crimen. Los francos solo vieron en aquel acto de devocion una prueba de flaqueza; y la pusilanimidad del César, manifiesta ya para todos, precipitó la revolucion que habia de disolver el imperio de Carlomagno.

§. IV.—*Primera insurreccion de los hijos de Luis.*—Componíase el imperio de dos pueblos de origen, lengua y costumbres diferentes, que empezaban á manifestar abiertamente sus diferencias y antipatías; era el uno el que hablaba la lengua tudesca y habitaba en el norte y en el oriente, y el otro el de la lengua romana, que poblaba el occidente y el mediodía. Generalmente odiaban estos pueblos la unidad del imperio, pues su estado social no admitía un gobierno único y de mucha extension. Olvidada y casi oprimida la Galia septentrional desde la batalla de Testry, deseaba sacudir el yugo de los vencedores que no hablaban su lengua y que se daban exclusivamente el nombre de francos ó franceses, reivindicado por sus habitantes. Tambien querian separarse de los germanos los pueblos de la Aquitania y de Italia, porque tenian sus idiomas particulares formados con los restos de la lengua latina, y anhelaban la destruccion de la unidad imperial para crear un gobierno particular. Aprovecháronse pues todos estos pueblos de las contiendas que Luis tenia con sus hijos para alcanzar su objeto, dando de este modo á sus esfuerzos la apariencia de guerras civiles, y aparentando caminar como ciegos tras la ambicion de los príncipes; pero en realidad solo trabajaran en pro de la formacion de los estados y del orden social de la edad media.

Perdió el emperador su primera mujer, y se casó (819) con la hija de un jefe bávaro llamada Judit, mujer hermosa, instruida

(1) Capitulares de Balucio, l. II.—(2) Id. ibid.

y de talento que adquirió mucho ascendiente sobre su esposo, y le dió un cuarto hijo llamado Carlos (823). Aborrecíanla los grandes y la acusaban de tener relaciones adúlteras con Bernardo duque de Gocia, que era el favorito de Luis, y hombre ambicioso y astuto que gozaba en el gobierno un poder igual al de los antiguos *alcaldes* de palacio, y estaba empeñado en perseguir y despojar á los leudos. Estos por su parte esperaban la ocasion de estallar contra él, contra Judit y contra el emperador.

Por consejo de su mujer Luis convocó en Worms una asamblea nacional (829), donde con el consentimiento de Lotario separó del imperio al país comprendido entre el Jura, los Alpes, el Rhin y el Mein, y formó un estado que llamó reino de *Alemania*, cuyo nombre derivaba del de los alemanes que habian habitado en aquel país. Se lo dió á su cuarto hijo. La creacion de este nuevo reino causó una excitacion universal: los primogénitos de Luis la reprobaron por ambicion, el clero por ver en ella la ruina de la unidad del imperio y de la constitucion de 817, y los grandes por odio á Judit y á Bernardo; pero todos los descontentos la aplaudieron para ver en ella mas cercana la época de las turbulencias y cambios políticos. Wala se puso al frente de todos; era abad de Corbie, el principal ministro de Lotario en Italia, y ejercia una poderosa influencia en la Iglesia por su saber, su piedad y su energía.

«Otra vez comenzó la lucha entre los francos y los bretones; los francos querian ocupar por medio de la fuerza la Bretaña y estaban dirigidos por el valiente Nomenoë (830) (1).» Luis resolvió castigar al rebelde duque, organizó un ejército y llamó á sus tres hijos; pero los francos emprendieron la guerra con mucha repugnancia por el escaso botin que esperaban sacar de la Bretaña y de sus salvajes habitantes. Insurreccionóse el ejército, «y no pudiendo guardar el secreto de sus designios por mas tiempo los jefes de la conjuracion, y viéndose sostenidos por la multitud y una gran mayoría de señores, proclamaron á Pepino de Aquitania (2).» Era este el menos turbulento de los hijos de Luis, y adulado por los aquitanos se habia empapado en sus ideas y ya no era franco; á instancias de su pueblo y guiado por su am-

(1) Vida de san Convoyon.—(2) Vida de Luis el Piadoso, por un anónimo llamado el Astrónomo.

bicion, marchó contra su padre bajo el pretexto de arrojar del gobierno al duque Bernardo. Reunióse con él bien pronto Luis de Baviera, y Lotario excitó á sus hermanos y á todo el pueblo á sostener el imperio que bamboleaba (1). El emperador se vió abandonado de todos: Bernardo huyó á Barcelona, y Judit á Poitiers. Luis cayó en poder de sus hijos y de los conjurados: unos querian darle muerte, otros que abdicara; pero los reyes de Aquitania y de Baviera decidieron dejarle el nombre de emperador, encerrarle en un claustro, y que gobernase Lotario en su nombre. Se anuló tambien la constitucion de Worms, y rehabilitóse la de 817.

La *Francia romana* derribaba al emperador que iba á alzar la *Francia teutónica*. «Aproximándose el otoño, determinaron los conjurados que se reuniera en una ciudad de Francia la asamblea general de la nacion: pero Luis se opuso enérgicamente, porque desconfiaba de los franceses y depositaba toda su confianza en los germanos (830) (2).» La Germania acudió en masa á salvar al emperador (3), y los franco-romanos conocieron en Nimega que eran inferiores en número y en poder; Pepino y Luis, descontentos de la ambicion de Lotario, conspiraron para restablecer á su padre: «y entonces los que habian venido con designios hostiles al César, perdieron la esperanza y aconsejaron á Lotario que combatiere ó se retirase (831) (4).» Este se preparó á emprender la guerra; pero pronto se vió obligado á humillarse y á entregar sus partidarios á la venganza del emperador que tuvo la generosidad de desterrarlos, y Luis volvió á enviar á sus reinos á sus tres hijos, aunque aumentando el poder de los dos menores y quitando al primogénito los derechos que le daba la constitucion de 817.

§ V.—*Segunda rebelion de los hijos de Luis*.—Volvió á renacer muy pronto el descontento (832): «los grandes divulgaron el mal estado de los negocios públicos, sublevaron al pueblo para obtener un buen gobierno (5).» Pepino renovó sus intrigas, hizo alianza con Bernardo, que habia perdido la privanza del emperador, y Luis de Baviera invadió el reino de Alemania. Llamó el emperador á Pepino á su corte, y marchó contra Luis de Baviera á

(1) El Astrónomo, cap. 4.—(2) Id. ibid.—(3) Id. ibid.—(4) Id. ibid.—(5) Id. cap. 45.

quien obligó á someterse; pero huyó Pepino y sublevó todo el mediodía. El anciano Luis le despojó de su reino, se lo dió á Carlos su hijo predilecto, y se dirigió á la otra parte del Loira, donde los aquitanos le obligaron á volver á pasar el río.

Subleváronse entonces á un mismo tiempo los tres hijos, organizaron tres ejércitos, y se reunieron en Colmar ganosos de obligar á su padre á que abandonara el trono. El papa Gregorio IV, persona de mucha santidad, pero que deseaba restablecer la constitucion de 817 «con el objeto de estrechar la union de los pueblos y salvar al imperio,» se adhirió á su partido y les acompañó (833). El emperador se adelantó á su encuentro, y los cuatro se hallaron cara á cara en Bothfeld, no alcanzando ningun resultado la intervencion del papa, cuya presencia causó extrema sorpresa y escándalo á los obispos del partido imperial «que querian deponerle por haber venido sin ser llamado. Estos le indicaron que si los excomulgaba, tambien él se volveria excomulgado.» Preparábase ya la batalla: el emperador tenia un terrible ejército y una parte del clero en su favor, y «Judit disponia con absoluto imperio del ánimo de los soldados;» pero se trocaron en una sola noche todas las opiniones, el pueblo fué engañado con falsas promesas y malos consejos, los soldados del emperador se pasaron como un torrente al campo de sus hijos, y el populacho amenazó con la muerte al anciano César (1). Luis, abandonado por todos y lleno de resignacion, se puso en manos de sus hijos con Judit y Carlos; aquellos le encerraron en san Medardo de Soissons, llevaron á Judit á la ciudadela de Tortona y á Carlos á la abadía de Pruyni; y se separaron los tres hermanos despues de haber confirmado el primer repartimiento del imperio, quedando Lotario con la dignidad de emperador.

Efectuóse en Compiègne una asamblea general á donde asistieron todos los obispos, bajo la presidencia de Ebbon arzobispo de Reims: «reconocióse en ella que el imperio que habia engrandecido, pacificado y fortalecido con la unidad Carlomagno, habia decaido gobernándolo su hijo por falta de precaucion y de capacidad, y que por esta razon se habia justamente qui-

(1) Anales de san Bertin, año 833.—El Astrónomo, cap. 48.

tado la corona al emperador (1).» Lotario entonces, con el objeto de impedir una segunda restauracion, instó y forzó á los obispos á que sometieran á su padre á una penitencia pública, despues de la cual nadie podia volver á entrar en la milicia del siglo (2). Luis sufrió la humillacion de prosternarse cargado de cilicios delante del altar, donde le obligaron á leer en público un extenso escrito que enumeraba todos sus yerros, la muerte de Bernardo, el destierro de sus leudos, las guerras civiles, las particiones del imperio, etc. Confesó que habia servido muy indignamente el ministerio que le estaba confiado, y que queria hacer una expiacion de sus pecados: se quitó su faja militar, la colocó en el altar, y desnudándose el traje del siglo, recibió por manos de los obispos el hábito de penitente (3).»

Despues de este acto de poder sacerdotal, los obispos se retiraron temerosos por lo que habian hecho, y llenos de inquietud por las murmuraciones ó turbulencias que agitarian á los pueblos al verse humillados por la tiranía de Lotario (834). Este hundió á su padre en el mas duro cautiverio, y quiso obligarle á que se hiciera monje; pero la depresion del anciano emperador produjo un efecto inesperado, y le adquirió partidarios hasta en la misma Galia. «Mensajeros germanos recorrieron la Aquitania y la Borgoña estimulando la compasion de los habitantes, y reuniéndolos con objeto de libertar al emperador (4).» Los hombres libres que solo veian su seguridad y su dicha en la conservacion del poder imperial, se opusieron á los «que despreciando la familia del gran Carlos se esforzaban en repartirse su autoridad y hasta ceñirse su diadema. Protestaron que mientras existiera alguno de su familia tan alto como una espada, seria este el único soberano de los francos y germanos (5).» Los reyes de Aquitania y de Baviera, que envidiaban el poder de su hermano, se quejaron de él por haber tratado á su padre con tanto desprecio. Fué tan rápida la reaccion, y la opinion de los pueblos tan unanime, que Lotario á pesar de sus ejércitos y provincias,

(2) Acta de la deposicion de Luis el Piadoso, tom. VI de la Historia de Francia, pág. 243.—(3) Sismondi, coleccion de concilios de Francia, t. II, pág. 560.—(4) Id. t. VI de la Historia de Francia. p. 243.—(5) El Astrónomo, cap. 49.—(6) El monje de San Gall.

perdió la ventaja de todas sus victorias en menos de dos meses, se vió obligado á poner á su padre en libertad y se salvó en Viena del Ródano. El anciano Luis hallóse de improviso en medio de sus súbditos sumisos, siendo objeto del respeto y amor de Pepino y Luis que vinieron á salvarle, y se hizo absolver de la sentencia eclesiástica por los obispos de su partido, volviendo á tomar su faja y su espada.

Siempre elemente y piadoso perdonó á sus enemigos. Lotario empero dirigió contra él dos ejércitos, ganó dos batallas, mandó matar á los partidarios de su padre, é incendió las ciudades que le eran leales. Iba á trabar una tercera batalla cerca de Blois cuando repentinamente se decidió á pedir perdón al emperador, que le abrazó y le volvió enviar á Italia con la condicion de que no saldria sin mandato suyo; y en seguida una asamblea convocada en Thionville anuló todo lo que se habia hecho en el concilio de Compiègne (835).

§. VI. — *Ultima rebellion de los hijos de Luis.* — Convocóse otra asamblea en Cremieux para arreglar de nuevo la particion del imperio, y los tres hijos rebeldes se vieron reducidos á sus reinos de Italia, Baviera y Aquitania. Los dominios dependientes de estos tres reinos quedaron en poder de los hijos de Judit. Lotario se negó á acudir á esta asamblea, manteniéndose durante cuatro años en posicion hostil en su reino: Luis de Baviera tomó las armas, pero al acercarse el anciano emperador le abandonaron sus pueblos; y Pepino de Aquitania murió (838) dejando un hijo llamado Pepino II, á quien los Aquitanos reconocieron por rey, aunque separando de su lado á los tutores de origen franco, porque este pueblo habia recobrado todo su odio contra sus conquistadores. El emperador no quiso reconocer á Pepino II y envió guarniciones al país, «no por dar á entender con esta disposicion, dice su biógrafo, que queria privar á su nieto del reino de Aquitania, sino que deseaba castigar á este pueblo por haberse dejado arrastrar por su ligereza, por no tolerar la dominacion extranjera, y haber intentado corromper al jóven Pepino lo mismo que habia hecho con su padre (1).»

«Sublevóse la Aquitania, rechazó las tropas imperiales, y aso-

(1) El Astrónomo, cap. 61.

laron aquel país grandes calamidades y crímenes monstruosos (1).»

Flaqueaba entretanto la salud del emperador; y queriendo Judit dar un protector á su hijo, se unió con Lotario, que hacia cuatro años se negaba á toda negociacion. Concluyóse entonces el tratado de Worms que partia el imperio en dos porciones por medio del Mosa, el Jura y el Ródano, y daba una parte de él á Lotario, hácia el oriente, y otra á Carlos al occidente. Pepino II quedaba sin herencia, y Luis con la Baviera solamente.

Indignáronse los pueblos con estas particiones, que los aglomeraba sin considerar su origen y sus simpatías, y se negaron á sancionar el tratado de Worms. Los germanos querian por rey á Luis; los aquitanos al hijo de Pepino, y solo la Galia septentrional habia aceptado á Carlos, y la Italia á Lotario. El anciano César pasó el resto de sus dias luchando con estas antipatías, dirigiéndose al principio á la Aquitania á establecer á Carlos en Poitiers, pero fué vencido en las montañas de Auvernia y volvió á pasar el Loira. Desde allí marchó á Germania cuyos pueblos se negaron á pelear con él, y obligó á Luis á la obediencia (840). Al volver de aquella expedicion, la muerte dió fin á sus azarasas contiendas.

§. VII.—*Batalla de Fontanel.*—Luego que la nueva de la muerte del César llegó á oidos de Lotario, que hacia veinte y tres años estaba asociado al imperio, pretendió que continuara este en su unidad, y quiso gobernar solo, con sus hermanos por tenientes, y apoyándose en la constitucion de 817. «Envió pues mensajeros á todos los paises de los francos, anunciándoles que iba á tomar posesion del imperio y á hacerse prestar el juramento (2); rechazaron esta pretension Luis y Carlos sosteniendo la ambicion de estos dos príncipes, en primer lugar los señores que se aprovechaban de las guerras civiles para engrandecer sus dominios, hacerse pagar su fidelidad en beneficios que trasformaban en alodios independientes y hereditarios, y en segundo lugar los pueblos que se veian por vez primera reunidos despues de la caída del imperio romano, en un solo cuerpo heterogeneo en costumbres y lenguaje, y los que no querian que, co-

(1) El Astrónomo, cap. 41.—(2) Nithard, Historia de las guerras de Luis el Piadoso, lib. II. cap. 4.

mo en tiempo de los Césares, su patria se convirtiese en provincia de un imperio único.

Era tan amado y obedecido Luis de Baviera de los pueblos de la otra parte del Rhin, que mereció el sobrenombre de Germánico. Carlos II, á quien llamaban el Calvo, aunque débil é inepto, era activo é instruido, y excitaba á los pueblos de la Galia septentrional una especie de entusiasmo. No aceptaban empero la dominacion de Carlos los bretones, independientes al mando de su duque Nomenoe; los aquitanos, que reconocian aun á Pepino II; y Bernardo, duque de Septimania ó de la Gocia, que intentaba hacerse un estado independiente de las dos vertientes del Pirineo y estaba aliado con los aquitanos. Tenia en el medio una doble tarea que llevar á cabo; aislarse del imperio, y separarse de la Galia septentrional: y con estos dos intentos diversos se unió Lotario con Pepino II, Carlos con Luis, la Italia con la Aquitania, y la Neustria con la Germania. Carlos y Pepino deseaban destruir la unidad del imperio; Pepino hacerse independiente de Carlos, y Lotario dominarlos á todos.

Reunen los cuatro reyes sus tropas y empieza la guerra (841). Lotario es el primero que marcha contra sus hermanos, quienes en vano le suplican «que no trastorne los reinos que Dios y su padre les han confiado:» acomete á Luis, á quien no puede vencer, y se vuelve contra Carlos que asaltado al mismo tiempo por los bretones y los aquitanos se halla expuesto al mas angustioso peligro, y se crea un ejército muy adicto cediendo á los leudos la propiedad de sus beneficios. «Los servidores de Carlos determinan entonces morir gloriosamente antes que hacerle traicion, y todos fundan en él las mas halagüeñas esperanzas (1).» Carlos pasa el Sena y derrota á Lotario mientras Luis por su lado dispersa las tropas imperiales y cruza el Rhin. Se unen los dos hermanos, persiguen á Lotario entretanto que este espera á Pepino y á Bernardo sus aliados, les entretiene en negociaciones, se hace una tregua, y se determina convocar una asamblea para dar fin á esta gran contienda. Los tres hermanos estaban dispuestos á concurrir á ella con sus ejércitos, y todos anhelaban una batalla general, pues era preciso el juicio de Dios para la destruccion del imperio de Carlomagno.

(1) Nithard. lib. II.

Tan solemne era la situacion, que al mismo tiempo que Carlos y Luis se preparaban para el combate por medio de ayunos y oraciones, pedian á su hermano que dejase en paz á la Iglesia de Dios y al pueblo cristiano, ofreciéndole por regalo todas las riquezas de sus ejércitos, y proponiéndole una nueva participacion. Lotario los distrajo con promesas hasta que llegaron sus aliados, y entonces les envió á decir: «sabed que una autoridad suprema me ha dado el título de emperador, y que tengo necesidad de engrandecerme para cumplir con tan elevado cargo (1).» Estas palabras destruian la última esperanza de paz, y los dos hermanos hicieron sabedor á Lotario de que al dia siguiente acudirian al juicio del Todopoderoso (2).

Trabóse la batalla de Fontanet al siguiente dia 25 de junio de 841 en las orillas del Cure no lejos de Auxerre. Es la mas importante de la historia de Francia. Allí estaban frente á frente todas las naciones del imperio franco, á excepcion de los vascos y septimanos, cuyo duque Bernardo se detuvo con sus tropas á tres leguas del campo de batalla. Lotario mandaba á los italianos, austrasios y aquitanos: Luis á los germanos; Carlos á los neustrios y borgoñones. Fué un inmenso choque entre dos masas de ciento cincuenta mil hombres cada una, que ocupaban dos leguas de terreno, y cuyo éxito se decidió en menos de seis horas. Lotario fué vencido, y dejó cuarenta mil hombres en el campo de batalla, entre ellos á sus dos hermanos que eran la flor de la nacion de los francos. Asombró á los vencedores su propia victoria, «y los reyes y pueblos, llenos de dolor por haber peleado con un hermano y con cristianos, preguntaron á los obispos lo qué debia hacerse. Estos declararon que habian combatido por la justicia; que estaba bien manifesto el juicio de Dios, y que habian hecho su voluntad al tomar parte en el asunto, ya con el consejo, ya con las armas. Y en accion de gracias por la brillante manifestacion de su justicia y la salvacion de los pueblos, se determinó un ayuno de tres dias (3).»

Estinguiéronse en esta batalla las fuerzas militares y la energía nacional de los francos; desapareció casi enteramente la clase de los hombres libres y la de los leudos; y como ellos eran los

(1) Nithard lib. II.—(2) Idem ibid.—(3) Idem, id.

únicos aptos para empuñar las armas «no hubo poder que rechazase los saqueos de los normandos (1).» Reformóse la clase de los grandes con el resto de los hombres libres, y empezó la segunda época de la aristocracia, que se extingue al mismo tiempo que el siglo XIV. La clase de los hombres libres, dos veces renovada por Clodoveo y Pepino de Herstatt, no tenia elementos para admitir reformas; y desde entonces solo existieron en la Galia siervos y señores. La era del feudalismo se inauguraba entonces.

§. VIII.—*Tratado de Verdun*.—Los dos reyes victoriosos se separaron despues de la batalla de Fontanet; y continuó la guerra débilmente hasta la extincion de los partidos. Mientras Carlos intentaba en vano someter á la Aquitania y obtener la obediencia de la Septimania, Lotario organizó nuevas tropas sacadas de su país, é hizo alianza con Pepino. Avistáronse Carlos y Luis entre Basilea y Strasburgo, donde resolvieron prestarse un mútuo juramento delante de sus ejércitos (842), y empezaron dirigiéndoles un discurso cada cual en su lengua. Luis hablaba en lengua tudesca á sus vasallos, y Carlos á los suyos en lengua romana, que formada del latin, del céltico y del germano se hablaba con tantos dialectos cuantas eran las partes de la Galia. «Ya sabeis, les dijo Carlos, que descontento Lotario del juicio de Dios, no cesa de perseguirnos á mi hermano y á mí á mano armada; por esto nos reunimos hoy aquí; y para que esteis seguros de la solidez de nuestra union vamos á prestarnos mútuamente juramento en presencia vuestra. No nos impele á obrar así una culpable ambicion, sino que tan solo queremos estar seguros de nuestro poder, y que Dios por vuestra ayuda nos conceda la paz. Si alguna vez soy infiel al juramento que voy á prestar á un hermano, os doy la libertad de negarme vuestra obediencia (2).»

Carlos fué el primero que, situándose delante del ejército de los germanos, prestó su juramento en lengua tudesca, y Luis en seguida pronunció el suyo en lengua romana ante el ejército de los galo-francos ó franceses (3). Emprendieron sin tardanza

(1) Anales de Metz.—(2) Nithard, lib. III, cap. 5.—(3) Este juramento es el monumento mas antiguo de la lengua francesa. Nos lo conservó Nithard, historiador el mas esclarecido de aquella época y jefe de un ala del ejército de Carlos en Fon-

la persecucion de Lotario resueltos á destronarle ; este se refugió primero en Aix y despues en Lyon; y viendo por fin que se habian repartido sus hermanos por órden de los obispos todos sus Estados, y que nadie era partidario de la unidad imperial, les envió el siguiente mensaje. «Me contento con la tercera parte del imperio, y dadme además alguna cosa por el nombre de emperador que me legó mi padre y por la dignidad imperial que añadió nuestro abuelo á la corona de los francos. Entonces cada uno de nosotros gobernará su parte con la ayuda de Dios como mejor le sea posible, conservará las leyes de sus Estados, y gozaremos todos de una paz eterna (1).»

Accedieron los dos hermanos á estas proposiciones, y se firmó la paz en Verdun (843).

El reino de Carlos comprendia toda la parte de la Galia que está situada al occidente del Escalda, del Mosa, del Saona y del Ródano, y tenia por límites el Mediterraneo y el Pirineo por el mediodía y por el occidente el Océano. Este país, agregado por espacio de diez siglos al imperio de los romanos, quedó desde entonces aislado é independiente, formando el *reino de los francos*. Habia terminado ya la fusion entre los bárbaros y los galos: los primeros olvidando la Germania y los segundos el imperio romano; se habia formado una lengua nueva, y existia una nacion enteramente nueva. La *Francia* conservó mucho tiempo los límites del tratado de Verdun, y todo lo que ahora posee de mas lo debe á las conquistas que ha hecho para llegar á ocupar el centro propio de la antigua Galia.

El reino de Luis comprendia los países situados entre el Rhin, el mar del Norte, el Elba y los Alpes. El nombre de *Francia oriental* que tuvo mucho tiempo despues, se fué convirtiendo poco á poco en el de Alemania.

Tocó á Lotario la Italia y todo el país comprendido por un lado, entre el Rhin desde su origen hasta el mar, y los Alpes desde el norte de San Gotardo hasta el collado de Tende; y por el otro entre el Escalda, el Mosa, el Saona y el Ródano. Esta línea larga y estrecha, que estaba cortada extrañamente por los dos reinos de Francia y Alemania, y habitada por cuatro pue-

lanet. Parece que conoció la importancia de esto, que es por decirlo así el acta del nacimiento de la nacion francesa. —(1) Nithard, lib. IV, cap. 3.

blos donde se hablaban cuatro lenguas francesas y alemanas, era incapaz de ser jamás nacionalizada é independiente. Se llama este país la *parte de Lotario* (Lotherreig Lotharingia), de lo que se formó el nombre de Lorena que ha conservado una pequeña porcion de esta banda de tierra (1).

El primer gran tratado de la historia moderna es el de Verdun. Por él se efectua la separacion del mundo pagano y del cristiano; y tras él ya no hay romanos ni bárbaros, sino franceses, alemanes ó italianos; tres poblaciones madres, extranjeras desde entonces por intereses y existencia, pero unidas por un derecho público, cual es el cristiano ó feudal, con el cual cesó de existir el estado salvaje de las poblaciones europeas. Dos siglos tardará aun Inglaterra á someterse á este derecho: España, Grecia y los países del norte no lo aceptaron sino á medida que fueron sometiéndose al yugo católico; pues la primera era aun enteramente árabe, la segunda oriental y los otros ó eslavos ó bárbaros. La Europa formó su constitucion política y social de ocho siglos; y únicamente el tratado de Westfalia destruyó completamente (1648) el órden político y el derecho social creados por el tratado de Verdun.

Inesplicable alegría causó este acto que tantos esfuerzos habia costado, y era tan nueva la situacion de los franceses, alemanes é italianos, que forzosamente debia excitar recelos. Estaba tan lejana la época de su antiguo aislamiento, que no podia concebirse su existencia sino como formando parte de un todo. Como miembros del imperio romano, al que jamás habian dejado de pertenecer, hasta bajo la dominacion de los bárbaros y en el reinado de Carlomagno, quien no habia hecho mas que renovar esta antigua situacion, no tenian una existencia política de la que pudiesen acordarse; en tanto que el Estado, el todo, el imperio no habian sido aun enteramente destruidos.

Llenos de terror contemplaron algunos este desmembramiento que parecia acarrear el fin del todo. «Este gran poder, decian, que tenia á Roma por fortaleza y al custodio del cielo por autor, ha perdido su brillo y el renombre de imperio: el Estado, tan bien enlazado hasta aquí, está dividido en tres porciones; y no existe

(1) Nithard, Anales de San Bertin.—Anales de Fulde.

ya en él quién pueda considerarse como emperador. Está roto el lazo general; cada cual se ocupa de sí mismo, y no hay quien medite ó se aflija por lo que pasa: inspira alegría el destrozo del imperio, y se da el nombre de paz á un órden de cosas que no ofrece ninguno de sus bienes (1).»

Un nuevo mundo iba á salir empero de esta anarquía. Ya no existe el imperio romano cristiano tan deseado por la Iglesia: hay aun un nombre de imperio, pero la esencia se la destruido; existen aun emperadores que durante diez siglos pretenden ser herederos de Carlomagno, pero no tienen mas que el título que no representa el poder de este gran nombre. Murió el sueño del bárbaro sublime que creía haber resucitado el imperio romano y su unidad, y que no hizo mas que preparar las naciones modernas para el feudalismo.

Llega á su término la grande época de transición, de esfuerzos y de infancia, y están casi formadas las naciones modernas y el órden social sobre el que deben constituirse.

(1) Floro, Elegía sobre la division del imperio, Script. rer. Franc. t. VIII, página 303.

LIBRO TERCERO.

PRINCIPIOS DE LA NACION FRANCESA Y DE LA SOCIEDAD FEUDAL.

(843-987.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Primer desmembramiento del Imperio

REY DE ITALIA Y LOTARINGIA, EMPERADOR LOTARIO I. 843—855.			REY DE GERMANIA, LUIS EL GERMÁNICO. 843—876.			REYES DE FRANCIA.
REYES DE ITALIA EMPEÑADO- RES.	REYES DE PROVENZA.	REYES DE LORENA.	REYES DE BAVIERA.	REYES DE SAJONIA.	REYES DE SUAVIA.	
Luis II 855—875.	Carlos 855—863.	Lotario II. 855—870.	Carloman 876—880.	Luis II 876—882.	Carlos el Gordo 876—888.	Carlos el Calvo 843—877.
— Carlos el Calvo 875—877.	— Este reino se divide entre	— Este reino se divide entre	— Luis de Sajonia 880—882.	— Carlos el Gordo 882—888.	—	— Luis II llamado el Tartar- mudo 877—879.
— Carlomagno de Baviera 877—880.	— Luis II y Lotario II.	— Luis el Germáni- co y Carlos el Calvo.	— Carlos el Gordo 882—888.	—	—	— Luis III y Carloman 879—882.
— Carlos el Gordo 880—888.	—	—	—	—	—	— Carlos el Gordo 876—888.

§. 1.—*Consecuencias del tratado de Verdun.*—Se habia hecho una grande revolucion pero sin llevarse á cabo; Carlos el Calvo y sus sucesores jamás olvidaron que eran descendientes de Carlomagno: pretendieron derechos que no existian, intentaron restablecer la unidad imperial, hicieron la oposicion á los deseos de la sociedad que se estaba formando, y dedicaron todos sus recuerdos y afecciones á la patria de sus antepasados, á la Germania. Fueron pues antipáticos á los franceses que, para

consolidar su existencia nacional y crear un orden social apropiado á sus nuevas costumbres, trabajaron durante siglo y medio para desembarazarse de la dinastía de Carlomagno. Entonces fué cuando definitivamente se constituyeron la nacion francesa y la sociedad feudal.

La division del imperio en tres porciones, dió un impulso á las nuevas subdivisiones, y bien pronto se extendió la disolucion desde las masas á las fracciones. Cada uno de estos reinos tendió á dividirse en muchos Estados, estos en una multitud enteramente independientes y enemigos, hasta que la nacionalidad y el gobierno se hallaron circunscritos á los límites de una ciudad ó de un distrito. Era tan universal el espíritu de localidad, que por él se han conservado los vestigios de la sociedad antigua. « Se hacian indispensables las sociedades y los gobiernos formados segun la medida de las ideas y de las relaciones humanas (1) » en una nacion apenas nacida, en una época de anarquía, en la que eran reducidos los intereses, y las ideas de muy escasa extension, su consecuencia indispensable fué el feudalismo. En vano el trono se esforzó en detener este espíritu de localidad, porque no existiendo en ella elementos de unidad ni de poder de centralizacion, fué su perdicion esta lucha.

La Iglesia siguió este movimiento y tomó un camino enteramente opuesto á sus destinos; y en vez de tener como entre los bárbaros y romanos una existencia diferente de la sociedad civil, fué confundiéndose con ella, se hizo feudal y aventuró de este modo su porvenir. Bamboleó su unidad de organizacion, se rebajó la jerarquía, y ya no hubo mas concilios generales. Convirtiéndose el episcopado en una especie de posesion territorial, siguió los pasos de la aristocracia, y se hizo terrenal como ella; se aislaron las iglesias, tendieron á hacerse independientes y á formarse una existencia enteramente local; únicamente la unidad de fe es la que quedó intacta en la sociedad religiosa, porque existia en ella un centro mas poderoso que en la sociedad civil, cual era el pontificado, que atacando sin descanso el espíritu de localidad, restableció la unidad hasta en la sociedad civil, y acabó por apoderarse del gobierno del mundo.

(1) Guizot, civilización francesa, t. II.

S. II.—*Guerra de Carlos el Calvo en el mediodía.*—*Saqueos de los normandos.*—Tres Estados habian ya absorbido una parte del reino de Francia á pesar del tratado de Verdun; se consideraban independientes y se negaban á obedecer á Carlos II. Estos eran la Aquitania gobernada por Pepino II, la Septimania por Bernardo y la Bretaña por Nomenoe. Carlos hizo la guerra á los tres reinos. Nomenoe le venció, se hizo coronar rey de los bretones (841), y dejó su Estado á su hijo Herispoe, que obligó al rey de Francia á que reconociese su independencia. Bernardo fué asesinado en Septimania por el mismo Carlos; pero su hijo Guillermo derrotó á los franceses y los arrojó del país (844). Pepinocansó con sus vicios á sus súbditos de Aquitania, y fué depuesto y reemplazado por Carlos; pero hizo alianza con los moros y con Guillermo de Septimania, y condujo á los normandos al saqueo de Tolosa, donde cayó prisionero y fué encerrado en un claustro, al mismo tiempo que su aliado Guillermo caía en poder de Carlos y subía al patíbulo (849). Muy pronto aborreció á Carlos la Aquitania, y pidió por rey á uno de los hijos de Luis el Germánico, que llegaba con un ejército de germanos al mismo tiempo que Pepino huía del claustro. Carlos venció á los dos y dió á los aquitanos por rey á su hijo. Pero despreciándole tambien los señores, llamaron á Pepino del que hicieron una apariencia de rey. Cansáronse igualmente de Pepino, y volvieron á tomar por fin al hijo de Carlos (1).

Durante aquella anarquía fueron mas frecuentes é indómitas las invasiones de los piratas del norte, que facilitaron las guerras entre Luis el Piadoso y sus hijos. Las turbulencias civiles habian dejado por muchos años desiertas las guarniciones de las costas: los normandos saquearon á Ruan, Nantes y Burdeos, y se aventuraron con sus frágiles barcos á subir por los ríos hasta Paris, Orleans y Tolosa. «No quedaba en el país comprendido entre el Océano y estas ciudades ni siquiera una choza que no hubiese sido víctima de la ferocidad de los paganos. Los sitios donde quedaban sus barcos eran otros tantos asilos de sus robos, y establecian en ellos rústicas aldeas donde custodiaban sus rebaños de cautivos (2).» Los bárbaros hacian sus devasta-

(1) Milagros de San Benito, apud. Script. franc. t. VII, pág. 339.—(2) Historia de Bretaña, por Lobineau, t. II, pág. 31 de las piezas justificativas.

ciones principalmente en las iglesias ó abadías, donde estaban reunidas casi todas las riquezas del país; é impelió una especie de furor religioso contra los sacerdotes, que habían convertido al cristianismo á los hijos de Odin. Nadie se oponía á sus bandadas, aunque apenas ascendían á cuatrocientos ó quinientos hombres «y ningún rey, ningún jefe, ni defensor alguno se alzaba para combatirlos (1).» Parecía que había desaparecido la raza de los hombres libres: las ciudades estaban agotadas y sin armas, sin murallas, sin milicias, sin curias y sin tesoro municipal: reducido el pueblo de las campiñas á la condicion de animales domésticos, no tenía poder ni libertad para defenderse: los aldeanos huían á los bosques, se ocultaban en las iglesias, ó renunciando el bautismo iban á aumentar las hordas de piratas: los grandes, en medio de las calamidades públicas, no pensaban más que en acrecentar sus riquezas y su tiranía: «arruinaban por su cobardía el reino de los cristianos, y se veían reducidos á rescatar por medio de tributos lo que hubieran debido defender con las armas (2).» El rey Carlos pagó á los piratas setecientas libras de plata para que levantasen el sitio de París. En otra ocasión dió quinientas libras á una de sus hordas para que se retirara de la ribera del Somme, y fuera á combatir á otros bandidos que estaban saqueando las orillas del Sena; y las dos cuadrillas, después de repartirse el dinero, se establecieron entre las dos riberas.

No solamente talaban la Galia estos piratas del norte: en Inglaterra, donde se les conocía con el nombre de daneses, destruyeron los reinos sajones, y solo Alfredo el Grande, rey de West-Sex, llegó á arrojarlos del país, y gobernar con gloria toda la isla. A ellos se debe la fundación de las monarquías del norte; la de los rusos data desde el normando Ruric, bajo cuyo reinado los piratas llegaron al Ponto Euxino y hasta Constantinopla, haciéndose pagar tributos por los emperadores. Se cree en fin que ellos fueron los que descubrieron y poblaron la Islandia y la Groenlandia.

El Occidente tenía otros enemigos además de los normandos: el Mediterráneo estaba infestado de sarracenos que se hacían

(1) Ermentarius, apud, Pagi, crítica, pág. 637.—(2) Id. ibid.

dueños de Barcelona, Marsella y las cercanías de Roma; y al mismo tiempo los esclavos talaban las fronteras de Germania. De modo que el imperio de Carlomagno se veía amenazado por todos lados y por los mismos bárbaros que él había rechazado. Pero la obra del grande hombre era durable; estas invasiones no eran mas que sufrimientos accidentales que no cambiaban la sociedad, y estos puñados de invasores, que no podían conquistar ni ocupar nuevos estados, no hacían mas que devastaciones.

§. III.—*Progresos de la aristocracia feudal.*—No era muy estable la paz entre los tres hermanos, y fué preciso renovarla diferentes veces por medio de tratados que completaron el caos é hicieron variaciones en los límites de los estados. Consolidaron su separación, determinando que despues de su muerte heredarían sus hijos los reinos, sin que tuvieran á ellos ningun derecho los tíos. De este modo empezaron á legitimar el espíritu de independencia feudal, estableciendo además que cualquier hombre libre podría elegir su señor, no solo entre los reyes, sino también entre los condes.

Muere Lotario I (855). Sus tres hijos se reparten sus Estados, según la diferencia de razas y de lenguas. Luis II logra la Italia y la dignidad imperial: Lotario II y Carlos se dividen la Lotaringia: la porción que hay entre el Mosa y el Rin conserva el nombre de Lotaringia, ó Lorena, y pertenece á Lotario II; y el país que hay entre los Alpes y el Ródano, que toca á Carlos, toma el nombre de reino de Provenza.

Favorecían estas divisiones y la anarquía que ellas de resultaba, las usurpaciones de los señores y el órden feudal que intentaban establecer: en vano el trono tomaba sus medidas de circunstancias para detener la disolución que lo envolvía y lo estrechaba por todas partes, pues sus esfuerzos eran impotentes. Así lo atestiguan la legislación de las capitulares que deja de ser general y se dirige á los particulares para tratar con ellos, que exhorta y no se atreve á mandar; y reduce á Carlos II á suplicar á los señores que hagan cesar en sus tierras el desórden. La monarquía ya no es un poder público que pretende ser obedecido, sino un poder ordinario que pide á los demás poderes que lo reconozcan.

El feudalismo, si no por derecho, existe ya de hecho.

La clase de los pequeños propietarios llegó al extremo de la decadencia y de la desdicha con la disminución del poder central, las devastaciones de los normandos y las guerras intestinas; y la de los señores se aprovechó de todo esto para despojar á los primeros. Como la fuerza era la única garantía de la libertad, la posesion de un territorio comprometia la seguridad del que no era capaz de defenderla; y por eso los pequeños propietarios, no hallando apoyo en el poder central, lo buscaron en la proteccion local de los señores, convirtiendo ellos mismos sus alodios en beneficios. Introdújose entonces el uso de la *recomendacion*, por la que el propietario de un alodio daba su hacienda al señor, cuya proteccion deseaba, con la condicion de que este se la devolveria enseguida como beneficio. De modo que, enajenando el primero una porcion de sus derechos para adquirir un protector, en realidad dejaba casi en el mismo estado su condicion primitiva, y era suya la ventaja del trato. Pero no todos los propietarios descendieron al estado de beneficiados, pues hubo algunos mas débiles y desgraciados, que sometieron sus personas y sus bienes á la condicion de tributarios, y por conservar una parte del goce de su propiedad con seguridad, perdieron toda la plenitud del derecho.

No solo se engrandecian los señores á expensas de los pequeños propietarios, sino tambien con los dominios del rey á quien vendian los mas insignificantes servicios. Se habia empobrecido Carlos de tal modo para hacerse partidarios contra su hermano, «que ya no tenia con qué recompensar los méritos de sus servidores y sacarlos de su indigencia (1).» Quiso recobrar con las armas algunos de sus dominios, pero los grandes y los obispos al frente de Wenillon arzobispo de Sens, despues de haberle intimado muchas veces que respetase las capitulares escritas en favor suyo, resolvieron destronarle (858). Escribieron á Luis el Germánico diciéndole: «que no podian sufrir por mas tiempo la tiranía de Carlos, y que si no venia pronto, se verian obligados á pedir auxilio á los paganos (2).» Carlos descendió al extremo de suplicarles humildemente que no llevasen adelante su re-

(1) Capitulares de Balucio, t. II, p. 31.—(2) Anales de Fuldo.

solucion, les dejó sus feudos, alodios y beneficios, y les prometió nuevas concesiones; pero todo en vano, pues al llegar Luis, se vió obligado á huir y á suplicar al Papa que tomase su defensa.

Bien pronto se trocó la fortuna. Renovóse el odio de los habitantes de la Galia contra los germanos, y Luis se vió en la precision de pasar el Rhin. Carlos se sentó otra vez en su trono, y en una asamblea nacional se quejó de los que le habian abandonado y sobre todo de Wenillon (859). « Por su eleccion y la de los demás obispos y súbditos del reino, dijo Carlos, el mismo Wenillon me consagró en mi coronacion segun la tradicion eclesiástica. ¿ Quién podia despues de esta ceremonia arrojar-me del trono? Nadie sin haber oido antes el parecer de los obispos que me consagraron rey, y que son los representantes de la divinidad. Siempre he estado dispuesto á obedecer sus advertencias paternales, y las acepto ahora (1). » Los obispos se aprovecharon de esta confesion humillante del trono, y determinaron permanecer unidos para corregir á los reyes, á los señores y al pueblo. Hinemar, arzobispo de Reims, creyó que debia fijarse el límite de los poderes real y episcopal cuando dijo estas palabras: « Los reyes no están sujetos á nadie si gobiernan segun la voluntad de Dios; pero si son adúlteros, homicidas ó destructores, deben someterse al juicio de los obispos (2). »

§. IV.—*Progreso del poder del papa.*—*Nicolas I.*—*Separacion de la Iglesia griega.*—No se contentaba la aristocracia con arrebatar las riquezas de los reyes, sino que por su autoridad y el parecer de los obispos, despojaba tambien á los pueblos. Parecía que el episcopado habia heredado el poder imperial, y que no solamente tendia á dominar al rey, sino á formar iglesias nacionales independientes del pontificado y á acrecentar las soberanías locales de los señores. Pero no podian esperar buen éxito de una marcha tan temporal, pues estas ideas de aislamiento que animaban á los obispos eran contrarias al espíritu del cristianismo. El poder espiritual no habia vencido al poder temporal é incluído al Estado en la Iglesia para que sirviera de provecho á tan mezquinas ambiciones. El pontificado se ponía al frente

(1) Balucio, t. II. pág. 133.—(2) Voltaire, ensayo sobre las costumbres. (1)

de la cristiandad ; y su poder moral , popular , aislado en medio de la anarquía y egoísmo de todos los demás , no habia cesado en las mas adversas épocas , cuando el clero se encenagaba en la ignorancia y la corrupcion , de velar por la conservacion del espíritu evangélico , y de perseguir por todas partes los crímenes públicos y particulares. Era universalmente reconocida su autoridad moral sobre todos los poderes temporales ; pero aunque todo el mundo estuviese convencido de « que la Iglesia romana habia sido creada para dar lecciones á los hombres , y aunque reclamase imperiosamente este poder el interés del género humano ; » los obispos se contentaban con reconocer al papa como superior en dignidad , mas no como autoridad espiritual. Sometiéronse á él en materia de fe , pero quisieron quedar soberanos de sus iglesias , y apoyaban las razones que á este proceder les impulsaban con la disciplina de la Iglesia primitiva , en la que se fijaban sus incontestables derechos. Pero los anuló la Santa Sede apoyándose á su vez en las pretendidas *decretales* de los primeros papas , en las que estaba formalmente establecida su absoluta superioridad en materias de fe y de disciplina ; y las cuales , ya se consideren como obra de los papas de aquel tiempo , ó se crean verdaderas como todo el mundo entonces lo creía , lo cierto es que sirvieron con excelente resultado durante ocho siglos.

El Occidente se sometió á las pretensiones pontificias ; pero el Oriente , que tan extraño era á la Iglesia universal , ya por las disidencias de dogma y de disciplina , ya por los progresos del islamismo y la caducidad del imperio , se resistió á sus exigencias. Sentóse entonces en la cátedra pontificia Nicolas I, monje ardiente , severo é inflexible , « que se mostró humilde , blando y bienhechor para con los obispos fieles á los preceptos del Señor , y terrible y de extremo rigor para con los impíos (1). » Sabiendo que el emperador de Oriente habia sentado ilegalmente á Focio en la silla de Constantinopla , sentenció la deposicion del obispo , y este respondió á su condenacion declarando que la traslacion de la corte del imperio á Constantinopla , habia tambien trasladado la supremacía religiosa al obispo de esta ciu-

(1) Crónica de Meginon.

dad, y que por consiguiente él era el único vicario de Cristo y sucesor de San Pedro. Focío fué declarado culpable de herejía, y de aquella época data la separacion de la Iglesia griega de la latina, que no fué definitivamente consolidada hasta el año 1096. Aislado definitivamente el Oriente de la confederacion cristiana, arrastró una agonía de seis siglos bajo los combates de los musulmanes y el desprecio de los latinos.

§. V.—*Historia de Teutberga.*—*Hincmar y Juan Scot.*—*Principio de la filosofía escolástica.*—Aprovechó Nicolás I todas las ocasiones en que podia aumentar la autoridad pontificia; y «reino, dice un cronista, sobre los reyes lo mismo que sobre los obispos, y los sometió á su poder como si hubiera sido el único soberano del mundo.» Habiendo repudiado Lotario II, rey de Lorena, á su mujer Teutberga, á quien acusaba de enormes crímenes, vivía públicamente con Waldrada su querida (865); pero habiéndose justificado Teutberga por medio de la prueba del agua hirviendo, la volvió á tomar por algun tiempo. Despues la hizo comparecer á tres concilios sucesivamente, y por confesion de la misma reina la condenaron, anularon su matrimonio y permitieron á Lotario que se casara con Waldrada. La opinion pública condenaba esta sentencia, y apoyándose Teutberga en esta misma opinion apeló al papa. Jamás se habia presentado una apelacion semejante, porque no admitian los concilios la superioridad del papa: Nicolás convocó un cuarto concilio para juzgar á Teutberga, donde fué igualmente condenada; y la voz pública acusaba á los jueces de corrupcion. El pontífice entonces fortalecido con la opinion pública y la justicia de sus ideas, anuló por medio de una usurpacion atrevida y que no se apoyaba en ningun acto de sus antecesores, los decretos de los concilios, depuso á los obispos prevaricadores, y mandó á Lotario que volviese á tomar á su esposa, presentándose ante el mundo cristiano como superior á los obispos y á los concilios, como custodio de la moral y de la santidad del matrimonio, y haciendo oír á los pueblos este lenguaje enteramente nuevo: «Los reyes cuando no reinan segun justicia, deben ser mirados como tiranos. Es permitido y forzoso entonces resistirse y alzarse contra ellos.»

Humillóse Lotario, y se convirtió en una opinion popular la supremacía moral del pontificado sobre todos los poderes. Ella

se hubiera convertido luego en una realidad, si los sucesores de Nicolás hubiesen tenido sus virtudes y su talento, y si la sociedad feudal hubiese estado enteramente establecida para depositar en sus manos todo el gobierno. El arzobispo Hincmar intentó detener la osada marcha del pontificado hácia la monarquía universal; presentóse como defensor de la autoridad real y aun mas de la episcopal, en cuyo provecho habia querido fundar una Iglesia independiente en Francia; y el papa Adriano III escribió enérgicas cartas al rey y al clero de Francia. El rey le respondió, « que los papas se excedian de la condicion que sus antecesores tenian en tiempo de Pepino y Carlomagno, y que el vicario de Cristo no podia ser rey y obispo á un mismo tiempo; que sus antecesores gobernaban la Iglesia sin mezclarse en el Estado y que así no pensara en que iban á someterse á su dominacion (1).» A pesar de sus esfuerzos se estableció con robustez la supremacía eclesiástica de los papas, y se extendió la idea de que los reyes podian ser juzgados por sus pecados por el tribunal de la Santa Sede.

Hincmar fué el hombre de mas talento de su época, intervino en todos los sucesos, mezclóse en embajadas, misiones y concilios, y estuvo en relaciones con todas las personas mas notables de su tiempo. Llegó hasta el extremo « de encargarse de todos los negocios del reino y de levantar tropas contra los enemigos del Estado (2).» Escribió además setenta obras religiosas y políticas, y aunque fué menos teólogo que ministro, entró en combate con el último representante de la filosofía antigua; con Juan Scot, jefe de la escuela de palacio en el reinado de Carlos II. Intentó este introducir la doctrina platónica en el cristianismo « por medio de razonamientos puramente humanos y filosóficos segun él mismo se vanagloriaba (3).» Apelaba á la razon contra la fe, al exámen contra la autoridad, y trasformaba la religion evangélica en un panteísmo enteramente materialista. Fué condenado. La presencia de este talento tan audaz y extraño para su siglo atestigua el fin de la sociedad romana. Era el último teólogo de la escuela de Alejandría que habia engendrado tantas herejías, queriendo discutar el fondo de las creencias cristianas; habia

(1) Flodoard, Historia de la Iglesia de Reims.—(2) Id. ibid.—(3) Floro de Lyon, citado por M. Guizot, t. III, pág. 448.

terminado ya el tiempo de la filosofía antigua, é iba á nacer con la nueva sociedad la filosofía de la edad media, la verdadera filosofía cristiana... *la escolástica*. Esta, basada sobre la Biblia y las decisiones de la Iglesia, encerrándose en su inflexible círculo, y sin inquietarse por alterar el fondo religioso que ya nadie discutía, iba á ocuparse de la forma con una libertad que no dejaba de ser atrevida y que no podía hacer otra cosa mas que engendrar herejías.

§. VI.—*Origen de los Capetos.—Muerte de los tres hijos de Lotario I.*—Continuaban siempre los saqueos de los normandos, y solamente una parte del país entre el Sena y el Loira (Anjou y Maine) se habia de ellos libertado. Mandaba en este país un hombre enérgico y valeroso llamado Roberto el Fuerte; aventurero de raza sajona y de ínfima clase que sirvió al principio á los reyes de Aquitania y de Bretaña, se adhirió despues á Carlos el Calvo, que le dió en custodia el país comprendido entre el Sena y el Loira, y murió combatiendo con los normandos (866).

Vivia en aquella comarca un hombre llamado Tertullo, «hijo de un aldeano que se alimentaba de caza y frutos silvestres,» y á quien Carlos nombró mariscal de Anjou (1). Los Capetos descendien de Roberto el Fuerte, y los Plantagenets de Tertullo el Rústico, las dos familias del mundo cristiano que han visto mas coronas sobre sus sienes.

A pesar de la flaqueza de sus medios, Carlos el Calvo tenia mucha actividad, y hacia todos los esfuerzos posibles para agregar á su reino todas las partes que se le habian separado; pero lo hacia mas por la ambicion de tener numerosos títulos y hacer alarde de una gran dominación, que por deseo de ejercer en ellas realmente su poder. Salomon sucedió á Herispoe en Bretaña, y muerto este, la guerra civil despedazó todo el país. Carlos «mandó á sus súbditos que no reconocieran mas el título de rey dado por necesidad al de Bretaña, porque, segun él decía, no existian descendientes del que habia sido el primero en lograr la corona.» Pepino II estaba unido con los normandos en la Aquitania, y abrazando su religion, devastaba con ellos el país; pero cayó prisionero y fué sentenciado á muerte en el concilio de Pistes por apóstata y enemigo de la patria (864).

(1) Gesta consulum Andegavensium.

A pesar de la continua resistencia de los aquitanos, Carlos intentó que reconocieran su autoridad, y les dió por rey á uno de sus hijos bajo la tutela de tres señores, verdaderos soberanos del país, que eran los tres Bernardos, marqués de Tolosa el uno, de Gocia y de Auvernia los otros (1).

La ambicion de Carlos II se extendia mas allá de su reino, apetecia todas las coronas del imperio de su padre, y la muerte de los tres hijos de Lotario le permitieron adornarse con unos títulos que no estaban al alcance de su poder.

Muere Carlos rey de Provenza en 863. Sus estados quedan sumidos en la anarquía; pero repartidos entre sus dos hermanos Luis II y Lotario II, son gobernados por Gerardo de Nevers, señor muy nombrado en los poemas de la edad media. Carlos el Calvo desea conquistar aquel país, pero privado de la asistencia de los tres Bernardos que se niegan á acudir, solo logra apoderarse de Viena, Lyon y las comarcas vecinas, y se las da á su cuñado el duque de Boson.

Muere Lotario II rey de Lorena en 870. Carlos el Calvo marcha contra este país y se hace nombrar rey por los obispos; pero se ve obligado muy pronto á partir el reino con Luis el Germánico, y se queda con la parte meridional.

Muere Luis II emperador y rey de Italia. Reúnese en Pavía una dieta de diez y ocho obispos y diez condes, y ofrecen la corona imperial á Luis de Germania y á Carlos de Francia. Se apresura este á llegar á Roma, y le proclama el papa « protector, señor y rey de Italia.»

§. VII.—*El feudalismo se establece en derecho por la capitular de Kiersy.*—Solo tenia dos poseedores el imperio de Carlomagno; Luis de Germania y Carlos de Francia: murió el primero, y sus tres hijos se repartieron sus Estados (876). Carloman alcanzó los países del Danubio con el título de rey de Baviera; Luis los del Elba y del Weser con el de rey de Sajonia, y Carlos llamado el Gordo los del Rhin con el de rey de Suavia. Dueño ya Carlos el

(1) El primero era hijo de Raimundo I primer señor hereditario de Tolosa, el segundo de Bernardo I conde de Poitiers, (y es el tronco de los duques de Aquitania); el tercero llamado *Plantavellosa*, y que se cree era hijo del reputado amante de Judit, es el padre de Guillermo el Piadoso, que fué conde de Auvernia y marqués de Gocia.

Calvo de la herencia del primer Lotario, y revestido de la dignidad imperial, quería renovar el imperio de Carlomagno; pidió á los señores de Germania que deshiciesen esta particion y le reconocieran como el único soberano; pero fué vencido por Luis de Sajonia, y Carloman llegó á penetrar en Italia.

La unidad solo existía en el ambicioso pensamiento del débil Carlos. A pesar de sus títulos y coronas, tan nulo era su poder en Italia, en Lorena y Provenza como en la Galia: continuaba siempre la dislocacion de los reinos en ducados y condados, y la de estos en vizcondados y señoríos; y en el mismo instante en que estaba soñando en el imperio de su abuelo, acababa de destruirlo fundamentalmente dando al feudalismo la fuerza de la costumbre y de la ley. Queriendo ir á Italia á rechazar á Carloman, convocó una dieta en Kiersy para arreglar el modo con que su hijo gobernaria la Galia, y se formó en ella la famosa capitular desde la cual podemos fijar la fecha de la revolucion feudal (877).

Dice así: 1.º Si alguno de nuestros hijos impulsado por el amor divino, quiere renunciar al siglo, y existe algun hijo ó algun otro pariente capaz de desempeñar los negocios públicos, será aquel libre de trasmítirle como le plazca sus beneficios y honores. 2.º Si llega á morir algun conde de este reino, queremos que atiendan á su administracion los mas próximos parientes del difunto, los dignatarios del condado y los obispos de la diócesis hasta que hayamos podido confiar á su hijo los honores de su padre (1).»

En nada cambia lo existente esta capitular, pues no hace mas que confirmar de hecho y legitimar una revolucion, cuyo germen existía en las costumbres de los germanos antes de su entrada en la Galia, y que era la mutacion de los feudos en alodios y la apropiacion hereditaria de los ducados y condados. Ya no tuvo realidad ni consistencia desde aquella época la distincion entre feudos y alodios: al heredar el hijo del conde los dominios de su padre, heredaba tambien sus dignidades: borróse la distincion entre el magistrado enviado del rey y el señor propietario; y el título de duque ó conde no era solamente un cargo, un honor ó dignidad, sino una soberanía. El feudalismo estaba pues escrito

(1) Capitulares de Balucio, t. II. p. 259.

en las leyes; pero antes de organizarse del todo en la sociedad, se necesitaba todavía un siglo y la espulsion de la dinastía de Carlomagno.

Pasó los Alpes Carlos el Calvo despues de la asamblea de Kiersy, contando con el auxilio prometido por los tres Bernardos, el duque Boson y Hugo sucesor de Roberto el Fuerte; pero no acudieron estos señores, y huyó perseguido por Carloman muriendo al pié del monte Cenis (877). Eligióse emperador á Carloman, y Luis hijo de Carlos tomó el título de rey de los franceses.

S. VIII.—*Reino de Luis II.*—Luis II llamado el *Tartamudo* « con el objeto de ganar partidarios, distribuyó al que se lo pidiera abadías, condados y tierras; y se confederaron contra él los mas poderosos del reino, enojados porque hacia estas donaciones sin su consentimiento (1). » Hallábanse al frente de aquella liga Boson y los tres Bernardos, que le obligaron á que confirmase las antiguas capitulares y en especial la de Kiersy; pero cuando adquirieron nuevos feudos, le coronaron. Intitulóse entonces el débil Luis « rey de los franceses por la misericordia de Dios y la eleccion del pueblo (2). » Solo la Neustria le obedecia pues la mayor parte de la Provenza estaba gobernada por Boson, la Aquitania y la Gocia por los Bernardos, la Bretaña por Alano llamado el Grande, que dió entrada á los normandos en su país y fué nombrado rey; y en fin, la Gascuña por Sancho, titulado *Mitarrador* ó el *Destructor*, en quien empieza la línea hereditaria de los duques gascones (872).

Arrojaron de Roma los señores de Italia al papa Juan VIII, que fué á Francia á pedir auxilio, y de su propia autoridad convocó una asamblea nacional (878); mas el rey Luis que era incapaz de ayudarle, le rogó que confirmase en virtud de su privilegio la ordenanza por la que su padre le trasmitia la corona, « permitiéndole que mandase en su reino por medio de la influencia religiosa. » Alzabase el pontificado sobre los eseombros del trono, intentaba dirigir la nueva sociedad, y ya no tenia para contrarrestarle un poder influyente por sus recuerdos, cual era el imperial. « El papa y el emperador eran el Jaro de dos caras

(1) Anales de Bertin.—(2) Concilios de Labbe t. IX.

que conservaba en una laboriosa unidad la civilizaci6n que queria desvanecerse y esparcirse (1).»

§. IX.—*Reinado de Luis III y Carloman.*—Muere Luis II y deja dos hijos, Luis III y Carloman (879). Los grandes, presididos por el conde Hugo, llamado el primero de los abades porque poseia las abadías de San Martin de Tours y de San Dionisio, dan el norte de Francia á Luis y el mediodía á Carloman.

Muere Carloman emperador y rey de Italia y de Baviera (880). Sus dos hijos se reparten sus Estados. La Italia toca á Carlos de Suavia, que es elegido emperador, y á Luis de Sajonia la Baviera y la Lorena que habia adquirido de Luis el Tartamudo.

Reúnense al mismo tiempo en Montaille cerca del Ródano veinte y tres obispos y numerosos condes que eligen por rey al duque Boson, sin dar nombre ni límites al reino que fundan (879). Aquel Estado se hizo muy poderoso y fué llamado reino de Arles ó de Provenza, y comprendia casi todo el valle del Ródano.

Quisiéronse oponer á esta fundacion los dos reyes de Francia, apoyados por el emperador Carlos el Gordo, á quien miraban como jefe de la antigua monarquía de los francos: hicieron la guerra en Florencia durante dos años sin ningun resultado; y dejaron en paz á Boson para ir á rechazar á los normandos que habian incendiado á Aquisgran, Colonia, Lieja, Cambrai y Amiens. Luis III construyó castillos; pero era tanta la despoblacion y la cobardía, «que no halló quien los custodiase (2)»

Muere Luis de Sajonia (881). «Su vida, dice un contemporáneo, fué inútil para sí mismo, para la Iglesia y para su reino (3).» Carlos el Gordo fué su sucesor, y este heredó tambien la Germania, la Lorena y la Italia.

Muere Luis III (882).

Carloman reina solo; pero viéndose sin ejércitos, sin tesoros y sin ciudades, abandona la Francia á sí misma y á los grandes que la dominan, y muere dos años despues (884).

§. X.—*Reinado de Carlos el Gordo.*—Ya no quedaba de la descendencia de Carlomagno mas que Carlos III llamado el Gordo,

(1) Lermnier, Filosofía del derecho t. I. p. 247.—(2) Anales de San Bertin.—Una victoria que ganó á los normandos fué celebrada en una cancion que ha llegado á nuestros días, la cual prueba que los descendientes de Carlomagno hablaban aun la lengua tudesca.—(3) Id. id.

que adquirió por este motivo casi todas las partes del grande imperio. Esta reunion era aparente; Carlos parecia hecho expresamente para probar que no tenia fuerza ni realidad ninguno de sus títulos, y para disgustar á los pueblos de un imperio único y de la extirpe de Carlomagno. Era cobarde, enfermizo, corpulento y despreciado de todos sin alcanzar mas adhesion que la del clero, «pues obedecia rendidamente los mandatos eclesiásticos, y continuamente estaba ocupado en la oracion y en el canto de los salmos (1).» No fué reconocido en el mediodia de Francia, y sus habitantes ponian en la fecha de los escritos la frase de «*en el reinado de Jesucristo mientras se espera un rey* (2).»

Nunca fué mas devastada la Francia que bajo el reinado de aquel miserable príncipe. Huían los soldados al acercarse los piratas, y no habia contra sus barcos mas defensa que las estacadas puestas en los rios. No existia gobierno, magistratura ni leyes; y tan pocas veces se hace mencion de sus ciudades, que casi inclina á creer que no existian. Solamente se nombran algunas abadías que se defendian, y donde parece que estaba concentrada toda la nacion con sus riquezas é inteligencia (3); y en fin causa admiracion que los nombres que en corto número nos conserva la historia de aquel tiempo, lleven casi todos el título de abades. La Francia de aquella época aparece como un desierto donde solo de cuando en cuando se ve alguna iglesia.

Los normandos subieron por el Sena hasta Paris, y sitiaron la ciudad, que entonces estaba encerrada en la isla de la Cité (885). Mandaban en ella tres señores; Eudo conde de Paris que se cree era hijo de Roberto el Fuerte, Gozlin obispo y Hugo «el primero de los abades.» Se defendió la ciudad vigorosamente, mientras Carlos se hallaba en Germania sin acordarse de los normandos; y habiendo muerto Gozlin y Hugo, en quien es toda la Galia cifraba su esperanza (4), el conde Eudo se vió obligado á defender á Paris.

Despues de muchas dilaciones «llegó Carlos con un ejército considerable y puso sus tiendas en la falda de Montmartre. Su primer cuidado fué dar un obispo á la ciudad, y despues hizo

(1) Anales de Metz — (2) Captulares de Balucio, t. II, p. 4531. — (3) Abbon de Fleuri da el nombre de *repúblicas* y de *estados* á las abadías y llama *Senados* á los capítulos. — (4) Poema de Abbon sobre el sitio de Paris por los normandos.

<p>ITALIA.</p>	<p>GERMANIA.</p>	<p>LORENA.</p>	<p>PROVENZA Ó BORGONA CIUREANA.</p>	<p>BORGONA TRANSJURANA.</p>
<p>Disputan la corona imperial dos pretendientes que descerrian de Carlo magno, Berenguer duque de Friul, y Guido duque de Espelido. Guido es conrondo en..... 891 Lamberto hijo de Guido en..... 894 Arnoldo rey de Germania en..... 896 Luis rey de Provenza en..... 901 Berenguer duque de Friul en..... 916 Ultimo descendiente de Carlomagno que lleva la corona imperial. Despues de el, anarquía durante cincuenta años. Muchos principes tomaron el titulo de Reyes de Italia, pero no hay ningun emperador. Othlon I llamado el Grande, rey de Germania, conquistó la Italia, restableció la dignidad imperial. Y se hace coronar emperador en 963. Perencen desde entonances a los Reyes de Germania la dignidad imperial y la soberanía de Italia.</p>	<p>Arnoldo es elegido en..... 888 Luis IV, hijo suyo en..... 811 Sale del trono de Germania la familia de Carlomagno y los duques germanos eligen a Conrado duque de Franconia en..... 912 Henrique I duque de Sajonia en..... 918 Othlon hijo de Henrique I en..... 936 Henricense entonances un solo soberano Germana, Italia y Lorena. Y lleva la corona imperial. Sucesion a Othlon I. Othlon II..... 973-983 Othlon III..... 983-1002 Henrique II..... 1002-1024 Conrado I duque de Franconia..... 1024-1039 Este reune a los demas Estados el reino de Arles en 1033.</p>	<p>Zwentibold hijo de Arnoldo en..... 893 Luis IV hijo de Arnoldo en..... 900 Disputan este reino los Reyes de Germania y de Francia, vencen los primeros y forma parte del imperio de Othlon el Grande, pero quedando independientes los grandes Vasallos. Son notables entre ellos el duque de la Alta Lorena, ó de Lorena propia, el duque de Baja Lorena, los condes de Frisland, de Holanda, de Frisia, etc.</p>	<p>Roson..... 879-890 Luis, su hijo..... 890-923 Hugo de Arles..... 924-933 Cede este ultimo su reino a Rodolfo II que reune las dos Borgonas y forma sus Reyes Rodolfo I, hijo de Arnoldo de Auxerre en..... 888 Rodolfo II en..... 911</p>	<p>Este nuevo reino estaba entre los Alpes Peninos, el Jura y el Rhin. Genova era su capital. Formose despues de la muerte de Carlos el Gordo, y fueron sus Reyes Rodolfo I, hijo de Arnoldo de Auxerre en..... 888 Rodolfo II en..... 911</p>
<p>REINO DE ARLES Ó DE PROVENZA.</p>				
<p>Este reino se reunen en 1033 en un solo cuerpo que se llama el <i>Santo Imperio Romano</i>, y que pretende ser el imperio de Occidente, porque sus jefes Germanos llevan la corona imperial. Solo el reino de Francia queda independiente entre todos los reinos salidos del desmembramiento del imperio Carlomagno. Sus jefes durante este mismo periodo son Rati duque de Borgoña..... 933-936 Luis hijo de Carlos el Simple..... 936-934 Lorenario hijo de Luis IV..... 934-986 Luis V, hijo de Lorenario..... 986-987</p>				

PRINCIPALES ESTADOS DE LA FRANCIA MERIDIONAL.

DUCADO Ó MARQUESADO
DE GOCIA Ó NARBONA.

Comprende los condados de Narbona, de Bestieres, de Agdes, de Lodeva, de Maguelonra y de Nimes. Después de la muerte del duque Bernardo, reputado como amante de Judith, tuvo este país cinco duques de diversas familias, de los cuales el último fue Bernardo II conde de Poitiers, tronco de los duques de Aquitania y de uno de los tres marqueses Bernandos de su casa en 878. Bernardo III llamado *Piquartel* conde de Auvernia, hijo, según dicen, del primer Bernardo y uno de los tres marqueses. Fue su sucesor su hijo Guillermo el Piadoso, que murió sin hijos en 918, y su ducado pasó á la Casa de Tolosa.

CONDADO DE TOLOSA.

Comprende los condados de Tolosa, de Albi, de Uzès y de Veveyers con el dominio feudal sobre los condes de Foix, de Carcasona y Badoz. Poseyeron además los condados de Rodéz y de Cabots adquirieron en 918 el ducado de Gocia, en 1125 el marquesado de Provenza, en 1196 el condado de Agen y en 1204 el Gavaudan. Se les llamaba comúnmente los *condes de duques marqueses*.

El primer conde es Ramon I en 822 hermano de Frederic, instalado por Carlos el Calvo. Tuvo doce sucesores, y el último fue Raimundo VII. Este cedió la mitad de su Estado á Luis IX en 1229, lo que a mitad pasó á su hija, que se casó con un hermano de Luis. Este último muere sin hijos, y sus Estados se reunen á la corona de Francia en 1271.

DUCADO DE GASCUÑA.

Comprende la Gascuña, el Bardiels, el Armagnac, la Limagne, etc. con el dominio feudal sobre Cominges, Bigorra, el feurn, etc.

Comienza este Estado en 768 por Lupo I, primo del famoso W aliro. Hubo cuatro duques de esta familia hasta 819 y después cinco duques amovibles hasta 872. Entonces Sancho Miarra descendiente de Lupo I impuso la línea de duques hereueros que fueron ocho, y que terminaron en 1033 con Berenguar muerto sin hijos. El ducado pasó á la casa de Aquitania.

DUCADO
DE GUIENA Ó AQUITANIA.

Comprende los condados de Poitou, de Limousin, de Santonge, con el dominio feudal sobre la Marca, el Angoumois, el Perigord, la Auvernia y el Veluy.

Principia este Estado en 880 con Raimundo hijo de Bernardo II marques de Gocia. Se une al ducado de Gascuña en 1036, y entonces la once duques hereditarios hasta Guillermo X, cuya hija Leonora se casa en 1052 con Henrique de Plantagenet, conde de Anjou y rey de Inglaterra, y lo trae en dote los Estados. Los condados de Poitou, Limousin, Santonge y Auvernia son conquistados por los reyes de Francia Felipe II, Luis XIII y Luis IX. La Guiena y la Gascuña no se incorporan definitivamente á la corona de Francia hasta Carlos VII.

PRINCIPALES ESTADOS DE LA FRANCIA SEPTENTRIONAL.

CONDADO DE FLANDES.	CONDADO DE VERMANDOIS.	DUQUADO DE FRANCIA	CONDADO DE ANJOU.	DUQUADO DE NORMANDIA.	DUQUADO DE BRETANA.	DUQUADO DE BORGONA.
Empieza en 882 con Balduino I que tuvo diez sucesores, hasta Carlos el Bueno muerto sin hijos en 1127. El candidato puso por las mujeres, primero á la casa de Alsacia en 1128 y dió seis condes; segundo, en 1280 á la casa de Danipierre, que dió cuatro condes; tercero, en 1384 á la casa de Borroha Valois que dió cuatro condes; cuarto, en 1437 á la casa de Austria que la consorció hasta 1798, menos á parte meridional tocada á la corona de Luis XIV. Único Estado de la Francia feudal que no se ha unido á la Francia monárquica.	Los primeros condes poseían además del Vermandois, el Valois, el Ambrion, la Champagna, la Brle, etc. Comenzó este Estado con Herberto I nieto de Bernardo rey de Italia, cuyo sucesor fue Herberto II, después del cual los Estados de los condes de Vermandois se dividieron en 913 en muchos condados de los que los principales son:	Se le atribuye por primero duque á Roberto I, cuyos hijos Eudo y Herberto fueron reyes de Francia. Hugo el grande tuvo un hijo, Hugo Capeto que se hizo el primer rey y entonces el duque de Francia. Este reino de Francia.	El primero conde, os Ingelger en 870. No tuvo sucesores hasta Enrique Plantagenet que fué rey de Inglaterra. El sucesor de este fué Ricardo, después de él Juan que se dejó quitar después de él á Felipe II rey de Francia. Este conde de Anjou fué quinto Luis IX de uno de sus hermanos, lo remitió definitivamente á la corona Luis XI.	Fué su primer duque el normando Rollo en 912, tuvo seis sucesores hasta la guillermino el Bastardo, que fué rey de Inglaterra. Este tuvo por sucesor á Guillermo II y después de él á Enrique I cuya hija casó con Georroy Plantagenet conde de Anjou en 1127. Este último tuvo tres sucesores, hasta Juan sin Tierra en cuyo reinado Felipe II conquistó la Normandía y se reunió á la corona de Francia en 1204.	Su primer duque fué Neomane en 840: tuvo diez y nueve sucesores hasta Conan IV cuya hija se casó con Guy de Tonnars. Tuveron estos una hija que se casó con Pedro de Dreux en 1213. Comenzaron entonces una nueva línea de reyes, Anna que se casó con los reyes de Francia, Carlos VIII y Luis XII. La hija de Luis XII y de Ana casó con Francisco I y se reunió la Bretaña á la corona en 1532.	Su primer duque fué Ricardo Justiciero instituido por Carlos el Calvo en 877. Su hijo Raul fué rey de Francia. Se apoderó de la Borgoña después de este Hugo duque de Francia y la dejó á su hijo Enrique que murió sin hijos. Herdeño el conde de Francia y se estableció en Alsacia. Roberto en 1032. Con este empieza una línea de doce duques que acaba en Felipe II en 1361. Herdeña entonces la Borgoña Juan rey de Francia y se la da á su hijo Felipe el Atrevido que tiene cuatro sucesores, después de los cuales Luis XI reúne el ducado á la corona en 1475.
	CONDADO DE VERMANDOIS.					
	CONDADO DE CHAMPAGNA.					
	Tuvo nueve condes, hasta 1191 en que la última heredada por Leonor la cedió á Felipe II, que lo reunió á la corona.	Pasó á la corona de Blois en 1040 y tuvo doce condes hasta 1191 en que la última heredada por Leonor la cedió á Felipe II, que lo reunió á la corona.				

CAPÍTULO II.

Segundo desmembramiento del Imperio. (888—937.)

§. I.—*La Francia se divide en varios Estados.—Renacimiento de la población guerrera.*—El desmembramiento del imperio no se limitó á la formación de los seis reinos que explicamos en el adjunto cuadro. Por todas partes empezaron al mismo tiempo con las nuevas dinastías de los duques y condes, Estados nuevos, independientes de hecho, con un carácter ó interés particular y con una existencia é historia distintas. La Francia, cuyo nombre solo quedó en realidad al país que hay entre el Mosa y el Loira, se vió confederada en Estados feudales, cuyo número ascendía al fin del siglo X á mas de ochenta, y entre los cuales, si nó por su poder, al menos por su dignidad, conservó el título de reino. En el segundo cuadro (pág. 235) damos la historia abreviada de los mas principales de estos Estados.

Llegaba pues al apogeo el afán de resistencia continua de los pueblos contra los proyectos de reunion de los descendientes de Carlomagno, y las naciones nuevas se habian dado á sí mismas jefes indígenas. Existia empero aun la familia Carlovingia con sus ideas de legitimidad, sus derechos imperiales y su lengua germánica, y era forzoso que pasase un siglo para que se realizara para siempre la gran revolucion que forma la nacion francesa y la sociedad feudal.

Este segundo período del desmembramiento fué por lo mismo una época menos ruda y tormentosa que la primera, y en ciertos puntos adquirió un carácter de organizacion y transformacion. Cada cual empleó por sí los medios de aumentar su seguridad personal en el estado de division ó de espíritu de localidad que habia desfigurado la sociedad, desde que se vió libre, aislado y abandonado á sus propias fuerzas y no contando ya con la proteccion del gobierno central. Formáronse entonces en todas aquellas pequeñas soberanías tropas y castillos, la mayor parte con el objeto de defenderse y algunos para acometer. Luego que existieron estos elementós de fuerza, se reanimó el resto de la

poblacion, y corrió á ponerse bajo la proteccion del guerrero y de su casa almenada; tal fué el origen de las ciudades de la edad media. Todos se asociaron en este nuevo estado de cosas, y fueron recíprocos los deberes: el señor defendía al siervo que cultivaba su tierra ó elaboraba sus vestidos y armas, ocupóse con actividad y hasta por su propio interés en su bienestar y conservacion; y del mismo modo el siervo solo vió un protector benéfico en el amo que de él necesitaba. El hombre volvió á adquirir con las virtudes guerreras su dignidad y la confianza de sí mismo, y aplicó estas nobles ideas á los medios de defensa que hallaba en sus murallas y en sus armas. Convirtiéronse en elementos de la civilizacion de la edad media los fuertes castillos y las pesadas espadas, que eran los representantes materiales del feudalismo, y colocados al frente de una sociedad dispuesta á defenderse, cesaron las invasiones de las bordas del norte, renaciendo la poblacion con la misma rapidez que la seguridad. «De modo que aquella época de turbulencias y desórdenes, que parecia amenazada con la destruccion de los miserables restos de la poblacion gala, fué al mismo tiempo la época de una grande y benéfica revolucion económica que alzó á esta poblacion de su abatimiento (1).»

§. II.—*Reinado de Eudo y de Carlos el Simple.*—Continuaban los normandos sus devastaciones, pero fueron por todas partes rechazados. Eudo los combatió sin descanso, y frecuentemente con victoria. Arnolfo les dió una terrible batalla en las orillas del Dile, y fueron completamente derrotados. Cesaron sus invasiones en el continente durante algun tiempo, y entonces fué cuando conquistaron por segunda vez la Inglaterra á los descendientes de Alfredo.

El mediodía de la Francia no tomó parte en la eleccion de Eudo. Estaba dominado este país por cuatro grandes señoríos, contra los cuales hizo el nuevo rey la guerra seis años (888 á 894), hallando dos muy formidables adversarios en Rainulfo, duque ó rey de Aquitania, y Guillermo el Piadoso, conde de Auvernia y duque de Gocia (2), y aunque los venció muchas veces, se vió obligado á volver á pasar el Loira, y á dejar el mediodía tan im-

(1) Sismondi, Historia de los franceses t. III, p. 283.—(2) Flodoardo, Historia de la iglesia de Reims lib. IV.

dependiente como antes de la guerra. Los señores de este país se pusieron de acuerdo con los del norte, y durante la última expedición de Eudo allende el Loira, se convocó una grande asamblea en Reims donde fué elegido rey Carlos IV llamado el *Simple* ó el Tonto (893). Era hijo póstumo y reputado como ilegítimo de Luis el Tartamudo.

Arnoldo rey de Germania se quejó de una elección hecha sin permiso suyo; el arzobispo de Reims, Foulques, le respondió «que los francos tenían por costumbre elegir despues de la muerte de un rey otro de la misma familia, pero que al nombrar rey á Carlos, habían querido someterle á su autoridad y á sus consejos, para que pudieran gobernarse por sus mandatos tanto el rey como el reino; le recordó además que le interesaba unirse á Carlos, cuando existian ya tantos monarcas extranjeros de sangre real prevaleciendo contra los que por nacimiento tenían derecho á la corona (1).»

Carlos el Simple no pudo defenderse de Eudo y pidió auxilio á Arnaldo. «Se celebró una asamblea en Worms adonde acudió Carlos, atrajo á Arnaldo con grandes regalos, y fué por este revestido de la dignidad real. Se dió orden á los condes y obispos que residian cerca del Mosa para que le prestasen su auxilio; pero todo fué inútil, porque Eudo había arrojado de Francia á los soldados de Arnaldo.»

De modo que bajo la opinion de que debía concederse el imperio á los francos orientales, se consideró á Arnaldo, rey de Germania, como jefe de los estados de Carlomagno; y los demás descendientes del gran rey se reconocieron vasallos suyos y se adhirieron á la Germania por sus recuerdos. Segun estas ideas, Arnaldo por su parte trabajaba para recuperar todo el imperio. Derribó á Berenguer y se hizo reconocer como rey de Italia (896); intentó, aunque sin resultado, expulsar á Rodolfo rey de la Borgoña transpirana, y dió por fin el reino de Lorena á su hijo Zwentibold (895). Sucedióle á este en Germania su hijo Luis IV (899) que heredó la Lorena despues de la muerte de su hermano (900).

Carlos el Simple huyó al ducado de Borgoña donde reinaba

(2) Anales de Metz.

Ricardo I llamado el Justiciero, y despues á Lorena desde donde marchó otra vez contra su rival; pero abandonado por los condes de Flandes y de Hainaut, se confió á la generosidad de Eudo que le dió algunos dominios situados entre el Mosa y el Sena, y «le reconoció por su señor (898).» Murió Eudo: los grandes se reunieron y aceptaron á Carlos como único rey, y el hermano de Eudo, llamado Roberto, heredó el ducado de Francia.

§. III.—*Los normandos se establecen en la Neustria.*—Conociendo los normandos que eran infructuosas sus devastaciones, intentaron buscar una patria estable en la Galia. Ya Tiebold, jefe de los normandos del Loira, se había establecido entre Chartres y Tours, y fué el tronco de los condes de Blois y de Champaña. Roll, jefe de los normandos del Sena, convirtió á Ruan en plaza de armas y dió principio á una dominacion fija que le hizo popular hasta entre los restos de la poblacion de la Neustria. Alianzas con otros jefes y correrías hasta Borgoña y Auvernia excitaban los clamores de los súbditos de Carlos que le despiertan de su letargo y este envia al arzobispo de Ruan para que diga á Roll: «El rey te ofrece su hija en matrimonio con el señorío hereditario de todo el país situado entre el rio Epte y la Bretaña, si consientes en hacerte cristiano y vivir en paz con el reino (911).» Las costas de la Galia estaban agotadas y desiertas, el botín era escaso y difícil, y cuanto mas se internaba en el reino, se hallaban señores cada vez mas poderosos que sabian defender sus propiedades. Los normandos se habian familiarizado con las costumbres, la lengua y la religion de los franceses por la permanencia entre ellos de mas de un siglo; la tropa de Roll estaba casi establecida en el país; su jefe tenia grandes ideas de gobierno, y se decidió á aceptar las proposiciones del monarca.

El país, que de ellos tomó el nombre de Normandía, se repartió entre los compañeros de Roll, sin respetar el derecho de los indígenas, que casi todos sucumbieron y quedaron en estado de servidumbre. Los nuevos poseores establecieron el sistema feudal, dieron á sus instituciones una seguridad y regularidad desconocida hasta entonces, y el normando se convirtió en noble y el hijo de Neustria en colonó ó siervo. Los compañeros de Roll no ascendian probablemente mas que á unos 20,000 individuos; pero acudieron de toda la Galia numerosos aventureros, que se esta-

blecieron en el país, y fué desde entonces defendido y gobernado. Desmontáronse las tierras, cercáronse de murallas las ciudades, se reconstruyeron las iglesias, se alzaron castillos, y en menos de veinte años llegó la Normandía á un estado próspero y floreciente. Acostumbráronse tan pronto los normandos á su nueva situación, que abandonaron la lengua tudesca por hablar el francés romano, y llegaron á perfeccionar este nuevo idioma de tal modo, que fueron los primeros en usarlo en sus códigos y poesías. Al mismo tiempo que permitían que renaciera el orden y se formara la nueva sociedad, abandonando su vida de piratas, comunicaron á sus vecinos su energía salvaje y el espíritu de empresas, de vida y de libertad, y despertaron los hábitos guerreros de los franceses.

Se habían terminado del todo las emigraciones de los hijos del norte, y los normandos constituían el último de los elementos que debían componer la nación francesa.

§. IV.—*Decadencia del trono.—Reinado de Carlos el Simple.—Son elegidos reyes Roberto y Raul.*—Muere Luis IV rey de Germania y de Lorena, y sus Estados son desmembrados feudalmente por los señores. La Lorena permanece sujeta á la dominación germánica, al mismo tiempo que á la francesa, y los señores del país, rindiendo homenaje tan pronto á un rey como á otro, quedan siendo en él verdaderos soberanos, y se hacen entre sí encarnizadas guerras en las que intervienen como auxiliares germanos y franceses. Míranse como enemigos los diversos pueblos de la Germania, ya sean suavios, sajones, bávaros, francos ó franconios, hácese independientes sus duques, y pretenden el trono que sale para siempre de la familia de Carlomagno. El primero á quien eligen rey de Germania es Conrado duque de la Francia oriental ó *Franconia* (912). Sucédele Enrique duque de Sajonia, y su familia (918) conserva el trono durante ochenta años.

Ya no era la monarquía en Europa un poder público, sino un título respetado las mas de las veces, algunas envidiado, pero muy pocas obedecido. El rey era enteramente extraño al gobierno de las provincias, donde los señores imponían á su gusto la paz ó la guerra, administraban justicia y acuñaban moneda sin pedir orden ni mandato. Habían desaparecido las relaciones nacionales, ó por mejor decir, no existía la nación. La Italia, la Germa-

nia y la Galia se hallaban convertidas en un agregado de pequeños Estados independientes, cuyos intereses eran diversos y escasas las relaciones: la patria estaba ceñida al estrecho círculo donde se vivía ó mas bien á los bienes que se poseían, y era para el señor su castillo, para el monje su convento, para el siervo su cabaña, pues allí estaban seguros bajo el amparo de las oraciones del uno y las armas del otro. Cesó de ser individual la legislación, síntoma seguro de la formación de una sociedad diferente de la germánica, y bien pronto se convirtió en territorial, carácter fundamental del feudalismo. Desaparecieron los códigos sálicos, borgoñones y sajones; la ley no cambió por los hombres y las razas sino para acomodarla á las condiciones y á los lugares, y al crearse un código nacional, dejó de haber un poder legislativo para formar privilegios y usos. La libertad varió con la propiedad, y esta se confundió con la soberanía: se borró la idea de la unidad y la nacionalidad, y se proscribió de los espíritus y de las existencias el deseo de generalidad.

Perdiendo el trono su poder moral, no podía tener mas que una fuerza análoga á la de los señores, y por consecuencia solo la ejercía lo mismo que ellos en sus propios dominios. Aquellos dominios empero disminuían sin cesar con las usurpaciones de los *barones* (1) y las donaciones de los reyes, y ya no le quedaba á Carlos el Simple, despreciado de todos por su imbecilidad, mas que la ciudad de Laon y algunos castillos. Roberto duque de Francia y su hijo Hugo el Grande eran mucho mas poderosos que él, y trabajaban para hacer pasar definitivamente á su familia su título de rey, que aunque no daba nada materialmente, era no obstante objeto de todos sus afanes. Se pusieron de acuerdo con Rodolfo ó Raul hijo de Ricardo duque de Borgoña, y atacaron al pobre rey que huyó á Lorena. Entonces Roberto se hizo proclamar rey, fué consagrado en Reims (922), y murió al año siguiente. Raul fué su sucesor (923). Carlos logró que le auxiliaran los normandos y á Raul Herberto II, conde de Vermandois. Carlos cayó por traición en poder de su enemigo y fué encarcelado en la torre de Perona. Con el apoyo del

(1) Este título, con que se designaba toda la clase noble ó libre, se deriva de la voz *tudesca ber*, traducida en latín por *vir*, hombre distinguido.

conde de Vermandois salió de allí para volver á emprender la guerra y terminar su vida en otra prision (929).

§. V.—*Reinado de Raul.—Revoluciones de Italia y de Provenza.*—

Los señores del mediodía no se mezclaron nunca en aquellas guerras civiles: opuestos siempre á las ideas de los del norte, mas querian reconocer á los reyes Carlovingios que á los elegidos; pero su obediencia se reducía á poner en la fecha de sus actos la del reinado de aquellos monarcas (1). El mediodía era menos miserable, y estaba mejor gobernado que el norte bajo la dominacion de sus jefes nacionales; conservaba algunos restos de administracion romana: estaban aun en vigor las asambleas provinciales, adonde concurrían los godos lo mismo que los romanos y los francos; y hasta los príncipes obedecían sus decisionés. De modo que Raimundo-Pons III, cuarto conde de Tolosa y duque de Gocia ó de Narbona (cuyo ducado heredara su padre Raimundo II, en tiempo de Guillermo el Piadoso), fué condenado á restituciones de bienes usurpados á particulares, por una reunion verificada en Narbona compuesta de diez y ocho jueces, de los cuales once eran romanos, cuatro godos y tres francos (2).

Raul hizo la guerra en el mediodía, y logró hacer reconocer su dignidad á los condes de Tolosa y de Rodez que se daban el título de príncipes de los godos y de los aquitanos. «Se intituló rey por la gracia de Dios de los franceses, borgoñones y aquitanos; invencible, piadoso y siempre augusto, y rey por la voluntaria sumision de los aquitanos y los godos.»

Berenguer era el soberano de Italia; pero aborrecido de los señores, jamás pudo alcanzar la corona imperial. Los enemigos de Berenguer proclamaron emperador á Luis hijo de Boson rey de Provenza (901); pero cayó en poder de su rival que le mandó arrancar los ojos (905), y murió sin sucesion (923). Su reino pasó á Hugo conde de Arles, que era por su madre descendiente de Carlomagno. Los señores de Italia solicitaron entonces á Rodolfo II rey de Borgaña que hiciera la guerra á Berenguer (924).

(1) Se lee en un cartulario de Alfredo hermano y sucesor de Guillermo II, duque de Aquitania, lo siguiente: «El año cuarto despues de haber sido Carlos degradado por los franceses y Raul elegido contra la ley.»—(2) Historia del Languedoc t. II. pág. 68.

Fué este por último derrotado y muerto, y Rodolfo reconocido como rey de Italia.

Nuevos bárbaros invadían hacia algún tiempo las fronteras de la Germania. Eran los *magyares*, llamados por los germanos *ungren* (extranjeros), y de los que se deriva el nombre de *húngaros*. Eran de raza fénica y salidos del norte de Asia. Habían dado la vuelta al mar Negro, cruzado los Carpatos, y se habían establecido en el valle de Theiss y en el Danubio, desde donde hacían terribles incursiones en Germania. Llegaron hasta Italia y derrotaron á los reyes Rodolfo y Hugo. Despues se esparcieron por la Galia y llegaron hasta Tolosa, no dejando detrás de sus huellas mas que desiertos (924): Raimundo Pons los atacó y derrotó; y una epidemia acabó de destruirlos. Las invasiones de estos pueblos terminaron al mismo tiempo que el siglo, en cuya época se hicieron cristianos, y dieron principio al reino de Hungría con su rey san Estéban que en el año 1000 recibió del papa Silvestre I la corona *apostólica*.

Apenas se habían libertado Rodolfo y Hugo de estos enemigos, cuando empezaron á disputarse la Italia. Rodolfo tuvo que huir de este reino, y Hugo, para quedar el único soberano, cedió á su rival la corona de Provenza, reunió la Borgoña transjurana al antiguo reino de Boson, y fundó un Estado que se extendía desde el nacimiento del Rhin hasta el fin del Ródano (933), que con el Saona separaban su reino de los Estados de Raul duque de Borgoña y rey de Francia.

Muere Raul sin hijos (936). Hereda su hermano Hugo el Negro su ducado de Borgoña; que le disputa Hugo el Grande duque de Francia. Era el verdadero soberano de la Francia romana: hijo del rey Roberto, sobrino del rey Eudo y señor de las mas ricas abadías, pudiera haber tomado el título de rey despues de la muerte de Raul; pero quiso mejor hacer venir de Inglaterra á un hijo de Carlos el Simple llamado Luis IV el de *Ultramar*, que hizo coronar en Laon (936).

§. VI.—*Reinado de Luis IV.*—Hugo el Grande condujo al jóven rey á Borgoña y conquistó este país. Pero bien pronto dejó de ser su protector, y se unió con Herberto de Vermandois y Guillermo de Normandía para hacerle la guerra. Murió en aquella época Enrique I rey de Germania, dejando por sucesor á su hijo

Othon I llamado el Grande (936), hombre ambicioso que creía restablecer el imperio de Carlomagno, que se hizo reconocer rey en Lorena, tomó bajo su tutela á Conrado rey de las dos Borgoñas, que sucediera á Rodolfo II, y ofreció su alianza á los tres duques Hugo el Grande, Herberto y Guillermo que le rindieron homenaje. Luis IV solo tenia su título de rey para defenderse de tan poderosa liga, pero logró atraer á su causa á los señores de Lorena, y con los castillos que poblaban aquel país detuvo por algun tiempo la victoria de Othon, quien llegó hasta Attigny donde se hizo proclamar rey. No le quedó á Luis mas que la ciudad de Laon donde sostuvo un largo sitio (940); pero se vió obligado á huir á Aquitania cuyos señores reunieron un ejército para su defensa. El papa Estéban III interpuso su mediacion; Othon abandonó sus pretensiones, y Hugo y sus aliados reconocieron á Luis por rey, pero conservando su poderío.

Murió Herberto II conde de Vermandois, de Champaña y de Brie (943). Sus estados se repartieron entre sus hijos á quienes quiso despojar Luis IV; pero los tomó Hugo bajo su proteccion y volvió á comenzar la guerra. Habiendo muerto Guillermo duque de Normandía, los dos enemigos se reconciliaron para desposeer al hijo de Guillermo llamado Ricardo: Harald rey de los daneses envió auxilios á todos sus compatriotas y tuvo una entrevista con el rey de Francia; pero preso Luis por traicion en ésta entrevista, vió degollar á todos sus compañeros. Libertóle Hugo el Grande, que le tuvo cautivo hasta que le hizo ceder á Laon, que era ya su última posesion.

Luis suplicó á Othon que le defendiera de sus enemigos (949) quien se apoderó del reino, sitió á Ruan y saqueó el condado de Paris; pero fué vencido y se retiró al otro lado del Rhin. Siguióle el desgraciado Luis, que se quejó en el concilio de Ingelheim de la perfidia de Hugo, y ofreció «defenderse de las inculpaciones de incapacidad de que era víctima, ya por sentencia del rey Othon, ya por un combate singular (1)», Hugo fué excomulgado pero no por eso dejó de continuar la guerra, y por fin Luis llegó á recobrar á Laon con los auxilios del mediodía á donde hizo muchos viajes. La muerte le arrebató en Reims donde le hospedaba el obispo (954).

(1) Script. rer. franc. t. VIII. p. 202.

Á instancias de la viuda de Luis IV, Hugo tomó bajo su protección al hijo del rey llamado Lotario, haciendo que le reconocieran por rey los señores de Francia, de Borgoña y de Aquitania. Murió el duque algun tiempo despues, dejando dos hijos, Hugo y Enrique. Hugo, cuyo sobrenombre era Capito ó Capeto, heredó el ducado de Francia y Enrique el de Borgoña.

§. VII.—*Estado del clero y del pontificado.—Othon el Grande.—Restablecimiento de la dignidad imperial.*—La Iglesia perdió toda su fuerza moral en medio de la anarquía engendrada por estas guerras confusas, fastidiosas é interminables, y entre las calamidades y crímenes de «aquel siglo de hierro»; y lo mismo que la sociedad civil, se convirtió en material, violenta y amenazadora. Ya no hubo mas constitucion general, concilios, instruccion religiosa, ni ascendiente sobre los ánimos: el clero olvidó lo que formaba su fuerza, y solo pensaba en aumentar sus dominios; no cifró la autoridad en la fe y en las luces, sino en las armas y las riquezas; se hizo enteramente aristocrático: no se formó mas que de individuos de la nobleza; distribuyó y recibió feudos, y convirtió la Francia en una teocracia militar. Los sacerdotes estaban siempre con la espada en la mano; fortificáronse las catedrales y monasterios, y sostuvieron sitios: la fuerza reemplazó por todas partes á la eleccion, donde los fieles y los monjes conservaban alguna sombra de libertad; la corrupcion compró descaradamente las dignidades: al frente de los obispados y abadías ya no habia mas que varones ambiciosos y pendencieros: muchos estaban casados y trasmitian á sus hijos, aun en la mas tierna edad, sus dignidades y dominios eclesiásticos, ó bien se los daban en dote á sus hijas ó por viudedad á sus mujeres; y el derecho de sucesion se apoderó de la sociedad eclesiástica lo mismo que de la civil (1).

Parecia muerto el porvenir de la Iglesia: la única potencia que podia volverla al camino evangélico, y que en tiempos aun mas turbulentos no habia participado de la corrupcion del clero, el mismo pontificado estaba desgraciadamente imposibilitado de hacerlo. No pensaba en la noble idea de la supremacía espiritual del mundo, sino en constituir su señorío feudal en Roma. Maro-

(1) Spicilegium, t. 1. p. 425.—Historia de la Bretaña, por Lobineau.—Voigt, Historia de Gregorio VII.

zia y Teodora hermanas, y las mas influyentes de Roma por sus riquezas y su hermosura, hacian elegir á Sergio III y á Juan X (904).

Arroja este último de Italia á los sarracenos (914): pelea victoriosamente con Hugo de Arles y demás pretendientes á la corona; y muere á manos de Marozia, protectora de Sergio (928), que eleva al pontificado á su hijo Juan XI, se casa con Hugo de Arles y le hace señor de Roma (931). Derriba á los tres otro hijo de Marozia llamado Alberico, y trasmite su poder á su hijo. Este se hace elegir papa con el nombre de Juan XII y llena de sombras la cátedra de san Pedro (956).

Llamado Othon el Grande por los diferentes partidos que despedazan la Italia, pone fin á la anarquía: conquista la península, se hace coronar emperador, y obliga al papa á que le preste juramento de fidelidad (962).

Reuniéronse desde entonces al reino de Germania la dignidad imperial y el reino de Italia, constituyendo el pretendido imperio de Occidente, que ha durado hasta 1806. Se convino en que el príncipe elegido en una dieta por rey de Alemania adquiriria al mismo tiempo por solo esta eleccion los reinos de Italia, Lorena (y mas tarde el de Provenza), pero que no podria calificarse de César y Augusto hasta recibir la corona imperial de las manos del papa. Indignáronse los italianos de aquellas pretensiones, despues de haber peleado tanto para separarse de los germanos; y empezó entonces su eterna protesta contra la dominación teutónica. El pontificado, á pesar de su malhadada degradacion, se atrevió á defender la independenciam italiana, y comenzó tambien con Juan XII á representar el papel que tan gloriosamente debian hacer los grandes papas de la edad media. Othon venció á los italianos, hizo deponer á Juan XII, se apoderó de Roma, y logró que le diera un concilio el derecho de elegir un sucesor en la dignidad imperial, de hacer nombrar y confirmar por su voluntad á los papas, y de dar á los obispos la investidura de sus dignidades.

Era un poder superior al que habian tenido Teodosio y Carlomagno.

Othon, el tirano del pontificado, soberano del imperio y de tantos reinos, vencedor de los pueblos eslavos y propagador del

cristianismo mas allá del Oder, parecia el dominador del Occidente. Solo la Francia conservaba su independencia, pero con la imposibilidad de luchar contra este ensayo de monarquía universal, y teniendo reyes Carlovingios que se humillaban ante los césares de la Germania.

Enseñórase absolutamente del mundo en aquella época la fuerza: el espiritualismo cristiano parecia que habia abandonado el gobierno, para permitir que se estableciese materialmente el régimen feudal; y era menester que pasase un siglo para que el pontificado, salido de la opresion, reemplazase el imperio temporal de los teutones por el espiritual de la Iglesia.

§. VIII.—*Reino de Lotario.—Gerberto.—Preliminares de la dominacion de los Capetos.*—Muerto Othon el Grande (973), se sublevó la Italia contra Othon II su hijo: fueron degollados dos papas nombrados por el emperador, arrojado de Roma un tercero, y la ciudad se constituyó en república bajo la presidencia de Crescencio hijo de Marozia. Othon II logró apoderarse de Roma, hizo matar á Crescencio y al papa que habia este hecho elegir, y continuó el combate de la libertad italiana contra la dominacion alemana.

Subleváronse en Lorena los señores é hicieron alianza con Lotario rey de Francia. Apoyado este por Hugo Capeto, entró en Lorena y lo taló todo hasta Paris. Para terminar la contienda propusieron los señores de Francia un combate singular entre ambos reyes. «Es una locura, decia el conde de Anjôu, exponer tantos valientes á morir por la discordia de dos príncipes; que salgan al campo, y reconoceremos por jefe al que quede vencedor.» El conde de los Ardenas respondió: «Siempre habíamos dicho sin creerlo que los franceses despreciaban á sus reyes, pero hoy nos deja convencidos vuestra propia confesion (1).» Se hizo la paz á pesar de todo. Othon conservó la Lorena (980) y dió el ducado de la Baja Lorena ó Brabante á Carlos, hermano del rey Lotario.

Todo lo que se cuenta de Lotario se reduce á aquella guerra. El que llamaba entonces la atencion pública era Gerberto, monje de Aurillac, arzobispo de Reims, luego de Ravena, y por fin pa-

(1) Crónica de Balderico.

pa con el nombre de Silvestre II. Descontento de los conocimientos científicos del Occidente, estuvo en Córdoba estudiando las matemáticas y la astrología, y adquirió mucha parte de la civilización de los árabes, mas precoz que la de los cristianos, pero que debía gastarse muy rápidamente. Mezclóse en todos los negocios de su siglo; se puso al frente del clero para preparar la revolución que había de cambiar la dinastía de los reyes francos, y decía que «Lotario solo era rey de nombre y que á pesar de no adornarle á Hugo este título, de hecho y por sus obras era el rey verdadero de los franceses (1).» Crecia de dia en dia en el ánimo de los señores y de los obispos la repugnancia que les inspiraban los descendientes de Carlomagno; y la organización feudal formada sin la cooperación del trono germánico y en detrimento suyo, debía esperar que mientras aquella existiera, intentaría reconquistar su antigua autoridad. Era preciso pues cambiar la naturaleza del trono para consolidar el nuevo estado social, y no solo crear un poder público, una magistratura nacional, un derecho personal y una especie de posesión territorial ó señorío superior á los otros solo por un título, sino que era indispensable un rey, que en vez de ser el jefe de los conquistadores, pretender la potencia de Carlomagno, invocar un orden de gobierno y de sociedad muerto y negarse á los derechos modernos, fuera un señor entre los señores, un hijo de la nueva nación, un enemigo de la antigua dinastía, un príncipe que hubiese trabajado en favor de la revolución feudal y de quien pudiese decirse que era el representante del nuevo orden de cosas. Llenaba todas estas condiciones la familia de los duques de Francia. Señora de la mitad del país llamado despues *Isla de Francia*, y de una parte del Orleanés y de Picardía, había dado ya dos reyes; segun la opinion popular, había salido de los rangos mas plebeyos de la sociedad, y era desconocido su origen mas allá de Roberto el Fuerte, segun expresion de sus contemporáneos: hablaba la lengua *rústica*, la del pueblo, é ignoraba la tudesca: era la amiga y la protegida del clero: se honraba poseyendo las abadías de San Dionisio, San Martin y San German; y se contaba que San Valery, á quien Hugo había construido

(2) Gerberti epistol. apud. Scrip. franc. t. X.

una tumba, le había dicho en una aparición: «Tú y tus descendientes seréis reyes hasta la generacion mas remota.» Todo conducia pues á «arrancar de raiz, dice un contemporáneo, la familia de Carlomagno, y movíanle á hacerlo así antiguos odios y el derecho de sus padres (1).»

§. IX.—*Reinado de Luis V.—Eleccion de Hugo Capeto.*—Murió Lotario (986), y le sucedió su hijo Luis V. «Pero no hizo nada, y dió poca inquietud á sus enemigos, segun dice Gerberto. Entretanto se trató en secreto y con seriedad del gran negocio de su ruina (2).»

La Europa esperaba grandes acontecimientos; se creia universalmente que se acercaba el fin del mundo, pues por una falsa interpretacion de un pasaje del Evangelio se señalaba este término fatal en el año 1000, y se le veia llegar con profundo terror. Todos hacian penitencia.

Y en efecto un mundo iba á concluir; pero no era el mundo material sino el mundo social de los romanos y los bárbaros.

Despues de un año de reinado muere sin hijos Luis V. Apoyado por su hermano el duque de Borgoña y su cuñado el duque de Normandía, Hugo Capeto reúne en Noyon á los principales señores y obispos de la Francia septentrional, y es elegido rey y consagrado por Adalberon obispo de Laon (987). «Ponemos al frente de nosotros, dijo aquel prelado, un jefe ilustre por sus acciones, su nobleza y sus soldados, y que no solamente será un protector del Estado sino de sus intereses particulares (3).» Los señores y obispos del mediodía no tomaron parte en esta eleccion.

Esta revolucion se hizo sin trastorno, y no excitó sorpresa ni oposicion, ni aun por parte de los iguales á Hugo. Habian cesado casi todas sus relaciones con el trono; y su independenciam no se resistia á admitir un rey cuyo poder tenia igual fecha y origen que el suyo. Hugo era un advenedizo sin pasado y sin recuerdos como la nueva sociedad, y salido del rango de los señores de hecho quedaba igual á ellos. Al pasar á su cabeza la corona de rey, ya nada tenia de hostil y sospechoso. Aquel suceso empero tan insignificante para sus contemporáneos, cerraba

(1) Gerberti, epist. apud. Scrip. franc. t. X, p. 297 á 300.—(2) Id., id. —(3) Crónica de Richer.

la gran época de transición, la revolución de seis siglos durante la cual la sociedad fué tan rudamente modificada. Se habían constituido definitivamente la *nación francesa* y la sociedad *feudal*, salidas de los elementos romano, cristiano y bárbaro.

HISTORIA DE LOS FRANCESES

DURANTE EL RÉGIMEN FEUDAL.

LIBRO PRIMERO.

LOS CAPÉTOS DIRECTOS Ó LA FRANCIA CONFEDERADA EN ESTADOS FEUDALES BAJO LA MONARQUÍA UNIVERSAL DE LA IGLESIA. EDAD HERÓICA DEL FEUDALISMO. (987-1328).

SECCION I.

Establecimiento de la monarquía universal de la Iglesia. (987-1100.)

CAPÍTULO I.

Ojeada sobre el sistema feudal.

§. I. — *El feudalismo forma un nuevo orden social.*—La Galia durante los diez siglos de la época de transición no tuvo sociedad propia, ni nada fijo y regular en las cosas y en las personas. La filosofía griega y la teología cristiana, el trono imperial y el germánico, las aristocracias gala y franca, las instituciones municipales y las asambleas del campo de Marté, los curiales y

los colonos, los sacerdotes y los legos, los vencedores y los vencidos se hallaban todos en un estado de perpétua fluctuacion, con una existencia efímera, trasformándose sin cesar y no aspirando mas que á destruirse. No habia derecho constituido ni posicion alguna fija: los romanos no habian podido conservar su organizacion social, ni los francos establecer otra nueva: en todo y por todas partes reinaban la anarquía y el egoismo; el progreso no podia ser mas que lento y confuso.

El régimen feudal es un orden social nuevo, cesa con él el estado de amalgama y de fermentacion, olvidan vencedores y vencidos su antigua existencia ó mezclan sus diferencias de leyes, ideas y lenguas, comienzan la estabilidad y la regularidad, y el progreso es claro y rápido. Coordínanse distintamente en esta nueva sociedad, aunque llena de tumulto y de padecimientos, los hombres y las cosas, las instituciones y los individuos: el trono, la aristocracia, el clero y el pueblo de los colonos y esclavos comprenden en su esencia todo lo que necesitan para caracterizarse y diferenciarse, y para saber, cuando empiece entre ellos la lucha, lo que han de atacar y defender; están designadas sus respectivas posiciones con claridad, y el objeto de la actividad social es bien visible en todos. El régimen feudal producido tempestuosamente por la invasion de los bárbaros y el establecimiento del cristianismo, ha sido por lo mismo un gran paso en la vida de la especie humana; y aunque inferior intelectualmentè á las sociedades antiguas, es políticamente igual y moralmente superior. Él ha dirigido al estado de desarrollo á todos los elementos de civilizacion que se desenvuelven en la actualidad, y en él estaba depositado el gérmen de la unidad nacional.

§. II.—*El feudalismo ocasiona la unidad nacional.*—La Galia durante los seis siglos de la dominacion franca no formaba una nacion, sino una mezcla de pueblos extranjeros y enemigos que no miraban como su patria comun el país donde vivian. En la época á que hemos llegado no tenia nombre, existencia ni gobierno único, y habitábanla veinte pueblos diferentes por su situacion, destinos é intereses formando una confederacion de estados independientes. Puede decirse empero que existia la nacion francesa; pues si faltaba á la Galia la unidad política, tenia

otra mas fundamental y constituyente que era la unidad moral. Habia desaparecido la diferencia radical que existia entre los romanos y germanos, entre los vencidos y vencedores, y entre la civilizacion y la barbarie: tenian similitud ó analogía las costumbres, los sentimientos, las lenguas y las instituciones; y un recuerdo vago pero muy poderoso inducia á pensar que todos los pueblos que ocupan el cuadro de la antigua Galia formarían un dia uno solo. El núcleo de esta unidad política era el Estado de Hugo Capeto, el ducado de Francia ó condado de Paris que debia dar reyes, nombre y capital á todas las demás partes de la Galia. País admirablemente dispuesto á ser el centro, en torno del cual se agruparon voluntariamente ó á la fuerza todas aquellas partes, pero que debia su fortuna al genio de sus habitantes y al título de rey tan habilmente explotado por sus señores.

Hoy por fin la Francia se presenta al mundo como un ser social, sano é inteligente, que tiene un desarrollo regular y constante y una sola vida, y que sufre y goza á la vez en todos sus miembros. Pero para llegar á formar un todo de tantos y tan heterogéneos elementos, ¡cuántas oposiciones no ha sido preciso vencer, cuántas existencias políticas que anonadar, y cuánta sangre y lágrimas que derramar! El espíritu ha tenido que sobrepujar á la materia, y la sociedad á la naturaleza: la idea inteligente y política ha debido vencer la diferencia del clima, de la raza, de las costumbres y de la lengua, y sin hacerlos desaparecer enteramente, no ha podido hacer mas que delinear los matices de la unidad general. Aquel trabajo de unidad fué por consecuencia el trabajo de destruccion del feudalismo que duró ocho siglos.

Este es el hecho general en torno del cual se agrupan todos los acontecimientos de la historia de Francia, y cuyo triunfo ha dado á su patria la magistratura moral de la Europa. A medida que da un paso hácia la unidad de la nacion, da otro hácia atrás el régimen feudal; y la revolucion del siglo diez y ocho que ataca los restos, los recuerdos y el nombre del feudalismo, es la que acaba de constituir la nacionalidad francesa. El trono y el pueblo son los dos grandes ejecutores de este doble trabajo, opuestos los dos por principio á la potencia señorial, colocados los

dos fuera y al lado del sistema feudal, sin mas porvenir que la unidad y la centralizacion, y como tales, enemigos del feudalismo, que era el triunfo del espíritu individual y de localidad.

§. III.—*Constitucion, gerarquias, obligaciones y justicia feudales.*—El régimen feudal no era una constitucion regular, un sistema de instituciones fijas y determinadas, ni un código de leyes escritas; era solamente una reunion de usos tan naturalmente nacidos de las necesidades sociales, que fueron adoptados y consagrados tácitamente por la costumbre universal. Hijo el feudalismo de los usos germánicos, desarrollado en la anarquía social de los barbaros, escrito en la ley en el siglo nueve y triunfante en el diez, su existencia no data de nadie, porque es engendrado por sí mismo.

Componíase la nacion al empezar aquel régimen de las aristocracias lega y clerical solamente, las cuales eran numerosas, iguales y altivas por sus propiedades, sus casas fortificadas y sus armas. Se hallaban en la una los hombres libres; y la otra, por decirlo así, estaba formada por el pueblo. Aquellas aristocracias que solo veian inferiormente á ellas siervos sin existencia, constituian en cierto modo una especie de democracia. La poblacion noble ascendia por lo menos á un millon de individuos, y el número de guerreros á mas de cien mil: contábanse cerca de setenta mil feudos, de los cuales tres mil eran títulos, y entre ellos habia casi cien Estados soberanos. La poblacion clerical se puede apreciar con las siguientes cifras; habia en Francia, en el siglo quince, treinta mil cuatrocientas diez y nueve iglesias parroquiales, diez y ocho mil quinientas treinta y siete capillas, cuatrocientas veinte catedrales, dos mil ochocientas setenta y dos abadías ó prioratos, y novecientos treinta y cuatro hospitales de leprosos.

De cada cien Estados feudales, ocho eran superiores á los demás por su poder y extension; y sus soberanos, iguales entre sí, apenas reconocian la superioridad moral del que llevaba el título de rey. Estos Estados eran: el condado de Flandes, el de Vermandois, el de Paris, el reino de Francia, el ducado de Normandía, el de Borgoña, el de Aquitania, el de Gascuña y el condado de Tolosa (1). Los soberanos de estos ocho Estados tenian por vasa-

(1) Véase el cuadro de la página 235.—Los títulos de condado ó ducado no impli-

llos á otros soberanos; pero su dependencia era poco marcada y raras veces efectiva. De modo que los duques de Bretaña dependían nominalmente de los duques de Normandía (1); los condes de Anjou inmediatamente de los reyes de Francia; los condes de Angulema, de la Marca y del Perigord de los duques de Aquitania; y los condes de Armagnac y de Bigorra de los duques de Gascuña, etc.

Eran aquellos vasallos iguales entre sí, y solo tenían de común el señorío feudal; aislados, extranjeros y hasta enemigos no se exigían respectivamente derechos ni deberes: eran señores á su vez de otros vasallos, iguales también entre sí, que eran señores de otros subvasallos, descendiendo así hasta el más infimo propietario. Había no obstante en la gerarquía feudal muchas excepciones é incoherencias, resultantes de la misma esencia del sistema y de la independencia individual, y las especies de feudos eran numerosísimas y en extremo complicadas (2). La asociación de los poseedores, creación á veces de la casualidad en que arrojaban los acontecimientos á los territorios, fué siempre poco real y compacta, y no tenía relación ni unidad. Por esta razón no pudo el feudalismo formar jamás una sociedad regular y general, y le fué fácil al trono apoderarse del gobierno.

El clero no entraba como corporación en el sistema feudal, sino como propietario: había olvidado sus ideas de unidad; no pensaba más que en sus dominios territoriales, y tenía iguales intereses que la nobleza. Los obispados y las abadías fueron señoríos feudales enteramente semejantes á los señoríos legos,

can inferioridad ó superioridad en sus poseedores. Los contemporáneos llaman *regnum* lo mismo al ducado, al condado que al reino, etc.—(1) Cuando Carlos el Simple permitió á los Normandos que se estableciesen en Neustria, les dió como indemnización de guerra la Bretaña que era independiente desde Nomenüe. Esta cesión fué hecha sin consultar ni pedir licencia á los habitantes, y fué causa de trescientos años de guerra entre los bretones y normandos.—(2) Ducange cuenta ochenta especies de poseedores de feudos que pueden reducirse á cinco: 1.º Los vasallos soberanos llamados más tarde *pares de Francia*; 2.º los poseedores de feudos de gran *semovencia* (alta nobleza); 3.º Los poseedores de feudos de *mesnaderos* (Debían servir á su señor con diez hasta veinte hombres). 4.º Los poseedores de feudos de *loriga* ó caballeros: (Debían llevar á la guerra un caballero armado con dos ó tres criados.) 5.º Los poseedores de feudos de *escudero* que no llevaban á la guerra más que un vasallo armado.

con un territorio soberano al que debían prestar homenaje y demás deberes feudales, y territorios vasallos á quienes exigían iguales servicios. Algunos pretendían no depender mas que de la Santa Sede, pero la mayor parte estaban monopolizados por los reyes, que gracias á la falta de derecho hereditario que tenían estos feudos, daban la investidura á precio de oro. Esta violacion sacrílega de las elecciones eclesiásticas, esta confusion de los poderes espiritual y temporal en unas mismas manos, la dependencia temporal de los obispos como propietarios, y su superioridad espiritual como sacerdotes, era un perpétuo manantial de turbulencias que debían alimentar guerras terribles. El clero pues era en el principio del feudalismo enteramente material, aristocrático, y estaba por decirlo así ligado por sus lazos terrestres. Veremos cuál fué la revolucion que le hizo salir de aquella situacion para completar la asociacion feudal con el lazo religioso y hacer predominar el principio teocrático.

Tierras, muebles y personas se convirtieron en feudos. Se daban como beneficios los empleos domésticos, el derecho de caza, el de puentes y pontazgos, las chozas de los bosques, y hasta las colmenas. Los poseedores de pequeños alodios se apresuraban á *recomendarse* á cualquier señor dándole sus tierras, y del cual las recibían luego como feudos. A no haberlo hecho así se hubieran hallado aislados en medio de la nueva sociedad, para quien era antipática y contraria la propiedad alodial.

En resúmen, todo se redujo á la tierra: ella dió el valor al hombre, que sin ella no era nada y casi no tenía nombre; constituyó la condicion civil y política, y dió á los individuos derechos de soberanía y durante algun tiempo hasta de carácter sacerdotal para los poseedores de obispados y abadías. Aquella superioridad de la tierra sobre el hombre, la consiguiente paralización de las condiciones sociales, y la tiranía de la materia sobre el individuo, es el tipo del feudalismo distinguiéndolo sobre todo lo de las sociedades antiguas.

El *homenaje* representaba la dependencia del vasallo para con su señor, en cambio del cual el señor daba al vasallo la *investidura* ó el derecho de poseer. El homenaje era *simple* ó *ligio*. «El que presta el homenaje simple lleva espada, se mantiene en pié y con las manos libres, sin obligarse á servir á todos y contra

todos. El que presta la fe ú homenaje con servidumbre no debe calzar espuelas, y ha de estar de rodillas delante de su señor (1).» El homenaje simple era muy honorífico, «una alianza y promesa de fidelidad, que no obligaba á ningun servicio efectivo; y era el homenaje de los grandes vasallos hácia el rey de Francia. El homenaje *ligio* ó servil comprometia al vasallo á servir á su señor «en favor y en contra de toda criatura que pueda vivir,» á defender su cuerpo y su honor, á sacarlo de la prision, á librarlo del peligro y á quedar en rehenes por él. «Soy vuestro con vida y cuerpo» decia el vasallo *ligio* en su juramento de homenaje. Debia servir á su señor en la guerra durante cierto tiempo y con determinado número de hombres. Debia asistir á sus reuniones, pagar rescate para libertarle de prision, armar á su hijo y casar á su hija. Tenia además el señor sobre el siervo el derecho de reconocimiento (especie de impuesto de traslacion de propiedad despues de la muerte del vasallo), el derecho de rescate (impuesto sobre la venta de un feudo), el derecho de delito (especie de multas por las faltas en el servicio feudal), etc. Le pertenecia la tutela de su vasallo de menor edad, y podia casar á cualquiera de ellos con la heredera de un feudo.

El vasallaje no tenia nada de humillante; era una especie de confraternidad de armas, una asociacion para la seguridad individual, y un contrato recíproco que no podia efectuarse sin consentimiento formal del vasallo y del señor. Nadie se sonrojaba de tener un feudo de otro menos poderoso que él; de modo que los reyes de Francia eran vasallos de la abadía de San Dionisio, y el oriflama no era mas que el estandarte de este feudo. Eran mútuos los deberes y obligaciones. «Yo seré fiel á mi señor, decia el vasallo, en tanto que me haga justicia en su tribunal por medio de la sentencia de los que pueden y deben juzgarme (2)». Tanta fe y lealtad, dice un legislador, debe el vasallo por razon de su homenaje, como el señor á su vasallo por su soberanía (3). El homenaje es recíproco, dice la crónica de Morée, porque el príncipe debe ser fiel á su siervo ó *ligio*, lo mismo que este á su señor, y no hay mas diferencia en la naturaleza

(1) Brussel, Usos de los feudos, t. I. p. 349.—(2) Beaumanoir, Usos del Beauvoisis.—(3) Establecimientos de San Luis. lib. I, cap. 49.

de sus obligaciones que el honor y gloria que pertenecen al señor feudal. Además, los vasallos del principado no rinden homenaje cuando el príncipe ha prestado juramento conforme al uso y el derecho, «pues se conserva la independencia del vasallo que puede retirarse de la asociación cuando le plazca. Abjura él su homenaje, rompe el lazo feudal y dice á sus propios vasallos: Seguidme, pues quiero hacer guerra á mi señor porque me ha negado la justicia.» Pero estos eran libres también, y recordándole su obediencia le podían responder: «Iremos á encontrar á nuestro señor, y si es cierto que os ha negado la justicia os seguiremos (1).» No existe más que la fe entre el señor y su vasallo, dicen los *assises* de Jerusalem, y por ella se calculan los deberes de los unos y los otros. Cuánta más reverencia debe el vasallo á su señor en todo, tanto mayor es el lazo que une á los unos con los otros; de modo que si el señor pone su mano en el cuerpo ó feudo de uno de ellos, sin conocimiento de su tribunal y de sus jueces, todos los demás deben acudir ante el señor á manifestar su queja con la voz y con las armas (2).»

La justicia en aquella sociedad singular, que no reconocía poder público, se administraba bajo este mismo carácter de respeto hácia el individuo, y el juicio de los pares es la base de la justicia feudal. El ofendido, sea un vasallo que se queje de su señor, ó al contrario, se dirige á la asamblea ó consejo de los pares que es el único juez. Si el señor no hace justicia ó da un fallo inadmisibles, el vasallo eleva su queja al señor feudal en *defecto de derecho ó en falso juicio*, y este juzga y falla el negocio de nuevo con sus pares. En fin, si no satisface este fallo, como no hay fuerza pública que pueda hacerlo ejecutar, se recurre al derecho natural de la fuerza privada, y entonces tiene lugar la guerra ó el combate singular. Los barones preferían este último modo de alcanzar justicia, y recorrían ordinariamente á él antes que á ningún otro: era el más conforme á la fiereza y brutalidad de aquellos hombres de guerra, que no querían someterse á la lentitud y ambigüedades de las formas judiciales. Tuvieron poco uso en un principio los tribunales feudales: la frecuencia con que los reyes recurrían á ellos con el objeto de sustituir el

(1) Beaumanoir, Usos del Beauvoisis.—(2) Establecimientos de San Luis, lib. I. cap. 49.

derecho á la fuerza, causó una revolucion en el régimen feudal; pero la guerra privada y el combate judicial estuvieron hasta entonces reglamentados y fijamente determinados, y sus vestigios se conservan en el desafío en nuestras modernas costumbres.

§. IV.—*Condiciones de los villanos y de los siervos.*—Detrás é inferiormente á aquel pueblo de barones y de clérigos libres é iguales, y con todos los derechos y los bienes, se hallaba el de los villanos y los siervos. La situacion de los villanos (1) era muy análoga á la de los colonos en tiempo de los romanos ó de los francos. El señor feudal era al mismo tiempo su propietario y su soberano, podia disponer de la vida de sus súbditos, y como propietario exigía de ellos un tributo fijo por las tierras que cultivaban. «Recuerda bien, dice un legislador, que por voluntad de Dios no tienes absoluto poder sobre tu villano, y si le exiges mas tributos de los que te debe, se los quitas á Dios perdiendo tu alma y siendo un ladron. Cuando se dice que es del señor todo lo del villano, se dice que es para conservarlo, porque si fuera propio del señor todo lo del villano, no se diferenciaria este en nada del siervo (2).» Los villanos pues, á pesar de las contribuciones odiosas y á menudo absurdas á que estaban sujetos, gozaban algunos derechos y tenian una condicion fija, derechos que defendieron con constancia y victoriosamente, y que fueron los que posteriormente formaron el pueblo de las municipalidades.

Los siervos tenian una condicion mas baja. «El señor les puede quitar todo lo que tienen, y encarcelarlos cuantas veces quiera, aunque sea sin razon, y no responde de su vida mas que á Dios (3).» A pesar de esto, como habia desaparecido la esclavitud doméstica en el reinado de los últimos descendientes de Carlomagno, la condicion de siervo feudal era muy diferente de la del esclavo romano. No era la propiedad directa del hombre: lo que se poseía, era su trabajo y nó su persona: pertenecía á la tierra y no podia ser de ella separado: tenia nombre, familia y existencia civil y religiosa: su vida era sagrada: su educacion moral la misma que la de su señor, quien debia alimentarle y defenderle,

(1) *Villanus* de *villa*, alquería.—(2) Pedro de Fontaine, Consejos á su amigo, cap. 2.—(3) Beaumanoir.

y no era una acémila sino un hombre de inferior condicion. La religion era la que especialmente trazaba una marcada diferencia entre el siervo de la edad media y el esclavo de la antigüedad: ella proclamaba que el señor y el siervo no solamente eran iguales delante de Dios, sino que este último era su elegido: intervenía sin cesar entre el baron opresor y el súbdito oprimido; y lo mismo iba el clero á reclutar sus individuos entre los esclavos que entre los señores. El siervo convertido en monje, se cubria con la librea de la libertad, y obligaba á su antiguo señor á humillarse ante su hábito de burriel; y elevado á obispo ó abad, era el superior espiritual del baron á quien gobernaba y cuya vida moral censuraba. De modo que á pesar de la miseria de la vida de los siervos, y á pesar de algunos derechos humillantes é infames, restos de la esclavitud doméstica, y que pocas veces reclamaban los poseedores, la esclavitud del trabajo fué un progreso. La servidumbre romana, absoluta é ilimitada, destruyó la poblacion; pero la hizo renacer la de la edad media, que era numerosa, fuerte, y conocia el sentimiento de la dignidad humana; y puede decirse que la servidumbre de la edad media es la mitad del camino desde la esclavitud de los antiguos hasta la libertad de los modernos.

Con aquellos elementos de poblacion era sencillo y fácil el gobierno. Como la propiedad daba la soberanía, cada feudo era un pequeño Estado que encerraba en sí todo lo que necesitaba, y que tenia su historia, sus leyes y su existencia aparte. El señor reunia el poder militar y el legislativo: administraba justicia, hacia la guerra, acuñaba moneda, etc. Solamente le faltaba el poder sacerdotal; y esto fué causa de que fuera el sacerdote, como ser excepcional del feudo, la barrera del soberano y el apoyo del súbdito. Este poder estaba reunido á los demás en los señoríos eclesiásticos; pero á pesar del carácter belicoso de algunos prelados, no estaba bien la espada en mano de los sacerdotes, y se vieron obligados á nombrarse defensores legos, que se llamaban *patronos*, *vidames* y *vizcondes*, lo que les quitó la fuerza material que era el origen del poder feudal. Y por fin á pesar de su aspecto exterior de régimen patriarcal, todos los señoríos eran gobiernos despóticos (1): olvidaron su origen de proteccion muy

(1) El mas abominable de los derechos feudales era el de *pernaje*, que conce-

pronto: se convirtieron en opresores é ilimitados, sin que fuera posible hallar contra ellos defensa, interin el clero fué enteramente feudal y el trono impotente. De ahí se originó el que los oprimidos buscasen tambien derechos y protectores al principio en los papas, despues en los reyes; y que se formasen las *municipalidades*, que eran unas asociaciones de los habitantes de las ciudades en todo semejantes á las de los señores (1).

§. V.—*Progreso político y moral de la primera época feudal.*— Ya hemos visto en qué consistia la sociedad de la edad media, obra del cristianismo, que no podia existir mas que por él y con él, y que contenia en sí misma absorbidos y confundidos en el elemento cristiano todos los elementos de progreso moral y político. En medio de las extrañezas, complejidades y violencias del régimen feudal, dominó en el órden político el espíritu de independencia individual, y el carácter del libre albedrío con que empiezan todas las relaciones sociales. La sociedad, al menos para los hombres libres, solo existia por el consentimiento de sus miembros: estaban claramente determinadas las obligaciones, y conocidos eran y limitados los deberes; y nadie estaba obligado á obedecer á las leyes, prestar servicios y pagar las cuotas de los tributos, si no se le habia antes pedido su consentimiento. Aquella independencia del hombre estaba garantida por las sentencias de los pares, por el poder de desatar el lazo feudal, y sobre todo por el derecho de resistencia; pero tambien estaba limitada y restringida por el derecho hereditario de las posiciones sociales, por la obligacion de servir el feudo y la fidelidad al señor. Este es el principio político que dió la edad media á la civilizacion, y qué, modificado y trasformado, existe en las costumbres y legislaciones modernas. El progreso moral era mas notable todavia, y parecía que bajo su influjo habia comenzado un mundo nuevo. En medio de las costumbres desordena-

dia al señor la primera noche de bodas de sus siervos. Pero no era en realidad este derecho que estaba en uso en pocas localidades, mas que una de las numerosas cuotas de tributos que imponia el señor á sus súbditos.—(1) Véanse á Beaumanoir, Pedro de Fontaines, los Assises de Jerusalem, los establecimientos de San Luis, Brussel, Uso de los feudos; Montesquieu, Espíritu de las Leyes; Mably, Observaciones sobre la Historia de Francia; Hallam, la Europa de la edad media; Guizot, Civilizacion francesa, t. IV, y á Sismondi, Historia de los Franceses, t. IV.

das y crueles, restos de la corrupcion romana y de la ferocidad germánica, aparecieron entonces la adhesion de hombre á hombre, el honor, la lealtad, la fe del juramento, el sentimiento de los deberes recíprocos, el amor fino y respetuoso á las mujeres, la santidad del matrimonio, las dulzuras de la vida doméstica, la cortesía, la elegancia de los modales, y en fin la *caballería*... ese resúmen poético de todos los sentimientos é ideas de aquella época, expresion completa del feudalismo, que divinizó el amor y el valor.

Los tres siglos de la edad heroica del feudalismo forman una época orgánica de fuerza y de movimiento. Crece rápidamente la poblacion, engrandécense las ciudades, que entran en la asociacion feudal con su administracion republicana: esparcen las riquezas entre los villanos y los siervos el comercio y la industria: se forman las lenguas sencillas, elegantes é ingenuas: renace la poesia con nuevas formas bajo la lira de los trovadores y trovadoras que abren á la imaginacion caminos desconocidos. Vuelven á adquirir vigor los estudios eclesiásticos: reaparecen la elocuencia y la dialéctica: triunfa gloriosamente una filosofía nueva y cristiana como toda la sociedad, que es la escolástica: fúndanse universidades, y el país se cubre de castillos é iglesias, monumentos admirables donde se juntan con toda su maravillosa poesia las ideas y sentimientos del siglo. Esta época presenta por fin un sistema social único en la historia, y que jamás volverá á reproducirse. La humanidad, despues de haber pasado por los estados sociales de la familia, de la ciudad y de la nacion, llega al de la iglesia que es la asociacion mas fuerte y mas extensa que se habia conocido hasta entonces. La unidad del mundo feudal no era mas que la unidad de creencia, y la Europa cristiana forma un pueblo único con leyes, pasiones, intereses y males y bienes comunes, que tiene por jefe al representante de Dios en la tierra, al depositario de la verdad y de la soberanía, que esparce en forma de ráfagas en torno suyo á los sacerdotes, á los príncipes, y al anciano elegido por su santidad entre todos y por todos, y que no tiene mas poder que el de religion. La monarquía universal de la Iglesia es el hecho creador de todos los acontecimientos de aquella edad; y la tregua de Dios, la institucion de la caballería, las conquistas de los nor-

mandos, el establecimiento de las municipalidades, las cruzadas y el progreso de la monarquía francesa, no son mas que consecuencias del orden social constituido teocráticamente. Todos los grandes hombres, de que abunda esta época, parece que gravitan al rededor de la cátedra pontificia donde se sientan los guías y preceptores de la humanidad. En fin, todos los sucesos públicos y particulares, las desgracias y las prosperidades, las virtudes y los crímenes, la política, la filosofía, el arte y la industria no tienen mas que un manantial; y es el sentimiento mas espontáneo, mas fecundo y poderoso que jamás haya impulsado á los hombres, y la pasión que explica y absorbe á todas las demás.... la *Fe!*

CAPÍTULO II.

Hugo Capeto, Roberto y Enrique I. (987—1060.)

§. I.—*Reinado de Hugo Capeto.*—Contrarestó la elección de Hugo Carlos duque de la Baja Lorena (Bramante) y tío de Luis V. Reconociéronle por rey los señores del mediodía y los condes de Flandes y de Vermandois. Carlos se apoderó de Laon y de Reims; pero vendido por el obispo de la primera de estas ciudades, fué entregado á su rival (991) y encerrado en la torre de Orleans donde acabó su vida.

Los señores del mediodía proclamaron reyes á los dos hijos de Carlos, que se refugiaron primero en Aquitania, y despues en Germania, donde se conservó su posteridad. «Deseando Hugo destruir la descendencia de Carlomagno (1), la persiguió por todas partes, y hasta desposeyó de la silla de Reims el arzobispo Arnotel, porque era hermano bastardo de Carlos de la Baja Lorena. Convocó luego despues en Orleans á los grandes de Francia y de Borgoña, y les hizo reconocer como heredero del trono á su hijo Roberto; acto político que imitaron sus descendientes durante dos siglos, y que convirtió en hereditaria á la familia de los Capetos.

Al reconocer la Galia meridional por su rey á Carlos y á sus

(1) Orderico Vital. Historia de Normandía lib. VIII.

hijos, mas que su amor á la dinastía de Carlomagno manifestaba su odio á los del norte. Era siempre profunda y notable la separacion entre los dos países, y se perpetuaba en el feudalismo, aunque con menos fuerza, la diferencia entre los elementos germánico y romano. El nuevo orden social tomó en el mediodía menos estabilidad y extension que en el norte. Bourges, Perigoux, Tolosa y Arles conservaban en parte su gobierno municipal, y bajo su influencia iban á convertirse en pequeños Estados libres, dirigidos por el clero y enemigos del sistema feudal: la ley romana, llamada en las capitulares «la reina y señora de todas las leyes (1),» era la única que tenia fuerza en estas ciudades; y desaparecian las leyes sálica y gótica, obedecidas aun en el siglo anterior (2), al mismo tiempo que las razas de los godos y los francos se confundian con la poblacion indígena llamada aun romana. Estaba menos descuidado el estudio de las letras en el mediodía que en el norte; el clero era allí mas ilustrado y menos corrompido, la nobleza menos entregada á la rapiña y mas ciudadana. La separacion entre los dos principales dialectos de la lengua romana era cada vez mas pronunciada: el del mediodía estaba casi completamente formado, y era mas armonioso, flexible y variado que el del norte, y los meridionales formaban de él un sello con el que se hacian mas extranjeros para los franceses.

No obstante el norte se creía señor del mediodía por la conquista de Clodoveo y de Pepino, y la nueva dinastía, á imitacion de los reyes que la habian precedido, queria ahogar la independencia de este país. Esta fué la primera empresa de Hugo Capeto (990). Entró en Aquitania y puso sitio á Poitiers que era la residencia del duque Guillermo II, llamado Fierabras. Este le obligó á retirarse, y le dió en las orillas del Loira «un gran combate donde se señalaron los odios de los aquitanos y los franceses por los raudales de sangre que se vertieron en los dos ejércitos (3).» Hugo no alcanzó ventaja alguna en aquella guerra. El duque de Aquitania no reconoció tampoco á los hijos de Carlos á los que daba asilo, y los señores del mediodía continuaban poniendo en

(1) Capitulares de Balucio, t. II p. 126.—(2) Se hace mencion por última vez de la ley sálica en el mediodía en 1037 y de la ley gótica en 1070.—(3) Crónica de Adhemar de Chabannais, t. X de la historia de Francia p. 143.

el encabezamiento de sus actas «*Reinando Dios y esperando un rey,*» y haciéndose la guerra sin hacer caso del vasallaje feudal cuyo nombre apenas conocían. En prueba de esto Alberto I conde de Perigord (1) aliado de Foulques-Nerra V conde de Anjou, sitió á Tours que pertenecía á Eudo I conde de Blois (2). Este pidió auxilio á Hugo Capeto, y el rey mandó al conde de Perigord que levantase el sitio. Pero como el conde no obedeciese, le envió á decir el rey: «¿Quién te ha hecho conde?» Y el señor tan independiente como el duque de Francia y que tenía igual origen, le respondió: «¿Quién te ha hecho á tí rey?» (3).»

No era mucho más respetada la autoridad real en el norte. Arnolfo II conde de Flandes y Heberto III cuarto conde de Vermandois, se vieron obligados por medio de las armas á reconocer el título de Hugo, y á esto se limitó su obediencia. Ricardo I duque de Normandía le rendía homenaje y se lo exigía de él al mismo tiempo. Conan el Tuerto, conde ó duque de Bretaña era enteramente extranjero para la Francia: defendía su país contra Foulques-Nerra conde de Anjou vasallo muy sumiso del rey de Francia, y le ganó la batalla de Conquereux que es la más notable de aquella época (992). Es inútil hablar de la Champaña y de la Brie que pertenecían á Esteban, último conde de la casa de Vermandois.

La historia de esta época es muda é insignificante, mas por falta de sucesos que de documentos. La vida era pálida y monótona á causa del aislamiento de los individuos, escasas las relaciones intelectuales y materiales; y no viajaban más que los peregrinos y comerciantes (4). La existencia era generalmente sombría, miserable y bárbara. Esparcía además una atonía general la creencia del fin mundo que parece justificaban la peste, el hambre y las calamidades de toda especie que asolaban la Eu-

(1) Esta casa empieza en 886 y acaba en 1398 por confiscación.—(2) Era nieto de Tiebeldo, pariente de Roll que se casó con la hija de Roberto el Fuerte y poseía los condados de Blois, Chartres, Tours, Meaux y Provins. Eudo II su segundo sucesor heredó en 1030 la Champaña y la Brie.—(3) Crónica de Adhemar.—(4) Habiéndole suplicado el abad de Cluny que fuera á reformar el monasterio *des Fossés* cerca de París, respondió con espanto: «Sería para nosotros muy penoso ir á regiones tan extrañas y desconocidas. Eso pertenece más á vuestros vecinos que no á nosotros que vivimos en un país tan lejano.» (Vida de Bouchard conde de Melun). *Crónicas de Saint-Etienne de Gorbosc, obispo de Gorbosc, obispo de Gorbosc.*

ropa. El mundo estaba lleno de espanto esperando el día fatal: habían cesado todas las empresas, se habían paralizado todos los movimientos y no quedaba ya esperanza ni porvenir. Se redoblaban el fervor religioso, rebosaban los conventos, se legaban los bienes á las iglesias, y por todas partes se oía este grito lúgubre. «Se acerca el fin del mundo (1)!»

En medio de aquella exaltacion de terror se supo que los infieles acababan destruir la Iglesia y el santo sepulcro de Jerusalem; toda la cristiandad se llenó de consternacion, y acusó á los judios de haber excitado á cometer tan grande sacrilegio al califa Hakem. «El furor universal se volvió entonces contra ellos, dice el monje Glaber: fueron arrojados de todas las ciudades: unos fueron degollados y otros ahogados: muchos por librarse de los tormentos se suicidaron: y despues de esta indigna venganza, apenas quedaron un insignificante número de ellos en el reino (2).» La primera idea de las cruzadas fué una inspiracion producida por aquella calamidad de la Tierra Santa. Silvestre II el algebrista, el mágico, el autor de la monarquía Capeta, y precursor de los grandes papas de la edad media, adivinó el peligro que amenazaba á la Europa por el lado de Oriente. «Soldados de Cristo, gritó: alzaos! es preciso combatir por él! (1002) (3).» Pero el enemigo estaba demasiado léjos aun, y la Iglesia debía volver á tomar antes su carácter evangélico para que pudiera arrojar á la cristiandad á las gigantescas expediciones de Ultramar.

§. II.—*Roberto rey de Francia.—Revolucion de Italia, Lombardia y Provenza.*—Murió Hugo Capeto (996), hombre notable á pesar de su impotencia, y que trazó á sus sucesores la marcha política que habian de seguir, dando á la monarquía un carácter enteramente religioso. Se hizo el rey de los sacerdotes, como Clodoveo y Pepino, y les dió grandes bienes y la libertad en las elecciones. Además, ya fuese por humildad ó por respeto á la legitimidad de la familia despojada, jamás quiso ceñirse la corona, y se contentó con adornarse con la capa de San Martin. La Iglesia era efectivamente el manantial de todos los poderes, y sobre la base cristiana debía desarrollarse el engrandecimiento de los Capetos. En este rey principia el esplendor de París que

(1) Un gran número de donaciones empezaban. *Mundi fine appropinquante.*—

(2) Crónica de Raul Glaber lib. III.—(3) Cartas de Gerberto, epístola CIII. *ante*

siguió la fortuna de la nueva dinastía, y que de capital de ducado se convirtió en corte del reino de Francia.

Roberto sucedió á Hugo sin oposicion. Considerábase la corona como un feudo, y apoyaba su derecho hereditario el principio del feudalismo. El nuevo rey era un santo hombre, de una excesiva bondad y encantadora sencillez, que solo se ocupaba en los actos de caridad y devocion, en componer himnos y arreglar los coros de la abadía de San Dionisio. El único acontecimiento que turbó su vida tranquila y ociosa fué su casamiento con su prima Berta viuda de Eudo I, conde de Blois, y heredera del reino de Arles por su hermano Rodolfo. El papa aleman Gregorio V exigió por interés del emperador, de quien era hechura, que se rompiese este matrimonio por razon del parentesco. La Iglesia, para favorecer la mezcla de las razas, habia prohibido los enlaces entre parientes hasta el grado séptimo. Roberto se resistió, y fué excomulgado (998). Entonces repudió á Berta y se casó con Constanza, hija del conde de Tolosa, Guillermo Taillefer III. «La privanza de la nueva reina, dice Glaber, hizo affuir á Francia á los habitantes de la Aquitania; hombres vanos y ligeros, tan apasionados de sus costumbres como de sus trajes, que no respetaban la fe ni las promesas de la paz, y que fueron vergonzosos ejemplos imitados bien pronto por la raza de los franceses (1).»

El nombre del rey de Francia era no obstante respetado en el exterior; y cuando fué elegido rey de Alemania Conrado II, duque de Franconia, los italianos se negaron á reconocerle y ofrecieron á Roberto la corona. Pidiéronle al mismo tiempo auxilio los señores de Lorena para ponerse bajo su dominio, pues habiendo reconocido por su sucesor en el reino de Arles Rodolfo II, hijo de Conrado el Pacífico, al emperador Conrado, le abandonaron sus vasallos, que resolvieron tomar por rey al hijo de Berta Eudo II, quinto conde de Blois, Chartres y Tours, el cual acababa de heredar la Champaña de la casa de Vermandois (1030). De modo que la Francia iba á tener bajo su dependencia tres reinos del imperio de Carlomagno.

El rey Roberto desechó las ofertas de los italianos y loreneses;

(1) Raul Glaber, lib. III, cap. 9.

pero Eudo accedió á las proposiciones de los señores de Provenza. Guillermo III, duque de Aquitania « que despreciaba la debilidad de Roberto, » se ofreció por rey á los italianos (1). El emperador, que era activo y guerrero, recorrió los tres reinos sublevados, y sofocó todos sus proyectos de independenciam con asombrosa rapidez. Nadie era capaz de luchar contra los reyes germanos, cuyo poder conservaba bastante unidad, y la Alemania era la potencia predominante del Occidente. Conrado, como señor de las dos terceras partes de la monarquía de Carlomagno, ejerció grande influencia en la Europa, menos aun por sus pretensiones á la dominacion universal, que por sus leyes que regularizaron el sistema feudal y fueron adoptadas en casi todos los paises.

El rey Roberto era muy débil potentado en comparacion del emperador, á pesar de haber engrandecido sus posesiones con el ducado de Borgoña, que heredó por muerte sin sucesion de su primo Enrique (1002). Los barones de aquel ducado eran muy poderosos, y pretendió su posesion Otto-Guillermo hijo de la mujer de Enrique. Doce años de guerra y la ayuda del duque de Normandía fueron los que hicieron reconocer en él por rey á Roberto, pero quedó Otto-Guillermo señor del condado de Borgoña, que pasó á sus hijos. Intentó tambien el rey empeñar á Eudo de Blois á que abandonase la Champaña, y quiso someterlo al fallo de sus pares; pero le dijo este indómito vasallo: «¿Quieres saber mi condicion? Soy por la gracia de Dios conde hereditario; poseo mi feudo por sucesion de mis antepasados, y no tiene que ver nada con tu dominio. Que no se me obligue en defensa de mi honor á obrar de modo que te disguste; porque Dios es testigo de que antes quiero morir que vivir deshonorado (2). » El *honor*, palabra casi nueva como el sentimiento que expresaba, era el nervio de la nueva sociedad.

Ningun otro acontecimiento notable tuvo lugar en el reinado de Roberto, sino es una persecucion contra algunos herejes oscuros, en la que fueron quemados dos sacerdotes de Orleans con once sectarios suyos (1022). Uno de estos sacerdotes habia sido confesor de la reina Constanza, la cual al pasar por delante de

(1) Cartas de Fulberto de Chartres.— (2) Id. id. « que est deus testis quod magis mori quam infamari cupo. »

ella el hereje al dirigirse al patíbulo, le reventó un ojo con una varilla de hierro. Aquella fué la primera ejecucion que hubo en Francia por delito de herejía.

§. III. *Reinado de Enrique I.*—*Eudo de Blois, Foulques-Nerra y Guillermo el Bastardo.*—Murió Roberto (1030) que quiso en vida asociar al trono á su primogénito Eudo, el cual «como era idiota no se sentó en el trono (1),» y Enrique I, hijo segundo de Roberto, fué coronado en presencia del duque de Aquitania, del conde de Champaña y de diez obispos del norte. Constanza quiso elevar al trono á Roberto su cuarto hijo, «y se esforzó en conservar en su poder una gran parte del reino, es decir, las ciudades de Sens y Senlis, con los castillos de Bethisy, Dammartin, Melun, Poissy y de Coucy (2).» Enrique, apoyado por Roberto el Magnífico duque de Normandía, obligó á la reina á que aceptara la paz, y consintió en que su hermano Roberto gozara el ducado de Borgoña.

Ese Roberto es el fundador de la primera casa de Borgoña que termina en 1361.

Eudo de Blois no renunció á sus pretensiones al reino de Arles, y muerto Rodolfo y habiéndose reunido su reino al imperio (1033), marchó á Provenza y se apoderó de Neufchatel y Viena. Habíanse sublevado nuevamente los italianos, y le habian ofrecido su corona «creyendo que restablecería el reino de Lorena, viviria con ellos y tomaria la corona imperial (3).» Efectivamente, Eudo volvió á Lorena, sitió á Toul, tomó á Bar y se dirigió á Aquisgran donde queria hacerse coronar; pero los señores loreneses le dieron una batalla, en la que fué vencido y muerto (1037), y sus dos hijos se repartieron sus Estados. Estéban fué sexto conde de Champaña y de Brie, y Teobaldo II quinto conde de Blois, de Chartres y de Tours. Los dos se negaron á rendir homenaje al rey Enrique, porque habia faltado á su deber de señor feudal no defendiendo á su padre en su contienda; y se originó de esto una guerra entre los dos condes y el rey de Francia.

Foulques-Nerra, conde de Anjou, era el famoso rival de Eudo de Blois, y tan turbulento y belicoso como él. Sus desavenencias fueron muchas y sangrientas. En una de sus expediciones, Foul-

(1) Crónica de Hugo de Fleury.—(2) Crónica de San Martin de Tours.—(3) Raul Glaber, lib. III, cap. 9.

ques prendió fuego á la iglesia de Saint-Horent-sur-Loira; y temeroso de su sacrilegio, el salvaje guerrero le gritaba al santo durante el incendio de este modo: «Déjame quemar tu templo, que pronto te construiré otro en Angers (1).» Edificó muchos castillos y monasterios, y se hizo notable por sus muchos crímenes. Hizo asesinar á un favorito del rey Roberto en presencia del pobre monarca, quemó á una de sus mujeres, desterró á otra á Jerusalem, y devastó países enteros. Para expiar sus barbaries, hizo tres peregrinaciones á la Tierra Santa y dos á Roma.

Tenia un hijo llamado Godofredo Martel que se sublevó contra él, «pero tuvo la habilidad de confundir sus proyectos y vencerle, y le obligó á hacer, segun costumbre, muchas millas arrastrando por tierra y llevando una silla de montar en las espaldas. El anciano le hizo levantar, y dándole golpes con el pié repetidas veces, le dijo lleno de cólera aun y gritando: «¡Estás vencido, al fin estás vencido!—Sí, respondió Godofredo, sí; estoy vencido, pero por tí solo, porque eres mi padre, pues para todos los demás soy invencible.» Esta respuesta calmó la cólera de Foulques, que le devolvió sus dominios advirtiéndole antes que perdonase á sus súbditos.

Aquel mismo año volvió á Jerusalem ese veterano de la milicia del siglo con dos servidores á quienes por juramento habia obligado á que hicieran todo lo que les mandase. Luego que llegó á aquella ciudad, á vista de todo el mundo, se hizo conducir medio desnudo ante el santo sepulcro, sosteniéndole sobre el cuello uno de sus servidores un yugo de madera, mientras el otro le daba golpes en las espaldas, y él mismo gritaba: «Recibe, Señor, á tu miserable, fugitivo y perjuro Foulques!» Deseaba morir en la Tierra Santa, pero no entregó á Dios su alma hasta despues de su viaje (2).»

Sucedióle su hijo Godofredo (1040) que pasó toda su vida guerreando con sus vecinos, y adquirió el Maine y Saintonge. Habiéndole pedido su ayuda el rey Enrique contra los condes de Blois y de Champaña, los venció y se apoderó de Tours.

Ese rey tan débil con sus vasallos no pudo auxiliar á los señores de Lorena sublevados contra el emperador Enrique III

(1) Crónica de San Florencio.—(2) Guillermo de Malmesbury, Hechos de los reyes francos, lib. III.

que le ofrecían la corona. Fueron vencidos, y Gerardo de Alsacia adquirió el ducado de Lorena, siendo el tronco de la rama que subió al trono de Austria en el siglo diez y ocho (1048).

El principal aliado de Enrique era Roberto el Magnífico, que murió en un viaje á Tierra Santa. Reinando ese duque empezaron los normandos á relacionarse con la Gran Bretaña; y como los daneses habian conquistado esta isla intentaron reemplazar á los reyes sajones. Sucedió á Roberto su hijo bastardo y niño aun Guillermo II (1035). Fué agitadaísima su juventud, pues la mayor parte de los barones se negaron á reconocerle; pero auxiliado por Alain, duque de Bretaña, llegó á vencerlos, y se hizo temer de todos sus vecinos, en especial del rey Enrique á quien casi siempre hizo la guerra, « porque los franceses estaban aun celosos de los normandos desde que se establecieron en Neustria (1). »

§. IV.—*Estado de la sociedad.—Corrupcion de la Iglesia.—Necesidad de una reforma.*—Aquellas guerras tan continuas y multiplicadas formaban la vida de la sociedad feudal, en la que cada cual tenia el derecho de hacerse justicia á sí mismo, porque no reconocia otro poder público que pudiera refrenar las pasiones individuales. Por eso se multiplicaron por todas partes los castillos, y débiles y poderosos se apresuraban igualmente á cubrir el suelo con esas toscas masas edificadas sin arte, sin comodidad, sin puertas y sin luz, al mismo tiempo que no permitian su construccion á los demás, unos queriendo defenderse por sí solos, y otros deseando dominar solos. Todo se fortificaba; las montañas y los rios, las villas de los romanos y las casas de campo de los francos, las iglesias, los conventos, las puertas y las calles de las ciudades. Transformáronse en fortalezas los circos de Nimes y de Arles y los arcos de triunfo de Saintes y de Reims, quedando los unos convertidos en asilos de seguridad, y los otros en moradas de bandidos. No se vió desde entonces ningun cerro sin su robusta y sombría torre, nido de águila, desde donde el castellano bajaba á la llanura para tiranizar y robar á los viajeros y aldeanos.

La fuerza brutal era pues soberana absoluta de la sociedad y

(1) Guillermo de Jumieges, lib. VIII, cap. 24.

la que perpetuaba las miserias y la anarquía. Los reyes y los príncipes solo pensaban en saciar sus pasiones feroces é impúdicas con los débiles; y la guerra formaba toda la existencia de los barones, que recorrían continuamente los caminos para trabar una contienda, buscar botín y tener aventuras. El pueblo de los villanos y de los siervos estaba entregado á perpétuos sufrimientos: los campos quedaban incultos y desiertos, y el hambre era tan espantosa « que parecía ya, dice Glaber, un uso admitido el no comer mas que carne humana (1).» Parecía que el Occidente retrocedía al estado salvaje, y que se había anulado la civilización. « El mal se ha desbordado por todas partes, escribía Pedro Damian, y el mundo no es mas que un abismo de maldades y de lujuria (2).»

La única esperanza era la Iglesia; pero siendo ella enteramente material y feudal, invadida por barones sanguinarios, y hundida en la mas profunda inmoralidad, estaba tambien amenazada de inminente ruina. Dos grandes llagas le devoraban el corazón; el matrimonio de los sacerdotes y las investiduras seculares.

Creemos que está reconocido por todos los pueblos, hasta por los de la antigüedad, que las funciones sacerdotales repugnan el matrimonio, y que nada es mas agradable á Dios que la continencia. El cristianismo dió á esa idea una sancion divina: impuso á los sacerdotes el celibato para tener en ellos hombres enteramente espirituales, sin deseos de intereses particulares, y ligados á la gran familia cristiana: quiso hacer del clero, no una casta egoísta y estacionaria, que se viciara en menos de un siglo, sino un cuerpo lleno de adhesión y de grandeza que adquiriese con la castidad una perpétua energía. Pero esta ley de la mas alta disciplina eclesiástica, de la que dependia el porvenir del cristianismo, estaba ultrajada y violada; y la mayor parte de los sacerdotes eran casados ó vivian públicamente con mujeres (3).

Luego que los obispados y las abadías se convirtieron en ver-

(1) Raul Glaber, lib. IV, c. 4.—(2) Cartas de Damian lib. I y II.—(3) Dice un contemporáneo que en Bretaña habia sacerdotes que llegaron á tener mas de una mujer: (script. rer. francorum, t. XI, pág. 83.)

daderas soberanías feudales, desapareció la libertad de las elecciones, y las dignidades eclesiásticas se lograron solo por medio de la violencia y la corrupcion. Los reyes hacían de ellas el mas vergonzoso tráfico: con el pretexto de conferir los feudos, ligados á esas dignidades, se atribuian directamente el derecho de investidura de los obispos y abades, las daban á sus cortesanos, y recibian de ellos no solamente el homenaje y el servicio militar, sino regalos pecuniarios y obsequios los mas sacrílegos.

La Iglesia estaba perdida con un clero casado, simoníaco, vendido á los príncipes y compuesto casi enteramente de hombres de sangre y de vida libertina; y para colmo de desdicha, el pontificado estaba en una posicion tan fatal como los obispos. Además de los castellanos bandidos de las cercanías de Roma que los oprimian como á esclavos, los papas tenian por soberanos desde Othon el Grande á los reyes de Germania, que los nombraban directamente y ejercian todo su poder en Roma. No eran mas que capellanes de los césares, dejaban á la Italia sumida á la esclavitud, y parecia que habian olvidado los nobles proyectos de sus antecesores.

Los emperadores seguian presentándose ante la sociedad europea como un centro de autoridad legítima, y no solamente pretendian hacer de todos los pueblos uno solo del cual habian de ser los jefes, sino trasportar su residencia á Roma, crear un imperio que reuniera el poderío político de los césares á la potencia moral de los vicarios de Cristo, y que fuera, segun el título que se daba la Alemania, *el santo imperio romano*. Si hubiera llegado á realizar ese proyecto la espada de los teutones, y el espíritu feudal hubiera hecho de la Iglesia un feudo dependiente de la Europa, hubiese desaparecido la civilizacion europea. No podia ser la fuerza brutal el lazo que uniera á los Estados cristianos, sino el espíritu á quien solo era dable gobernar una sociedad tan material. El mundo feudal solo por la fe tenia unidad; la Iglesia debia ser por consiguiente la patria comun de todos los cristianos, y el gobierno de aquella confederacion religiosa solo al pontificado podia pertenecer. El solo era capaz de refrenar las monarquías jóvenes y bárbaras, corregir las costumbres y las leyes, defender los pueblos, hacerse el maestro de los príncipes y naciones, y tomar la dictadura para salvar el

mundo. «La reforma debe salir de Roma, escribía Pedro Damian, como de la piedra angular de la felicidad de los hombres. En medio de los peligros inminentes y de los abismos sin fondo que amenazan tragarse el universo desquiciado desde su base, el único puerto de salvacion es la Iglesia romana.»

Llegó en esto un hombre que llevó á cabo la grande obra de la reforma de la sociedad por medio de la Iglesia, y que puso en sus manos el gobierno del mundo.

§. V.—*Hildebrando.—Principio de la reforma.—Tregua de Dios.*
—Acababa de ascender á la silla pontificia, por mandato del emperador Enrique III, Bruno, obispo de Toul y se trasladaba á Roma (1048).

Pasando por la abadía de Cluny encontró á un monje llamado Hildebrando, hijo de un carpintero de Toscana «hombre muy versado en las sagradas letras y adornado de todas las virtudes.» Aquel genio creador debía dar principio á la monarquía universal de la Iglesia. Demostró al papa que era nula y criminal su elevacion, porque el derecho á toda dignidad eclesiástica emana de la eleccion libre de los fieles; que la Iglesia debía ser independiente del poder temporal, salir del egoismo feudal, y hacerse plebeya y evangélica. Admirado y convencido Bruno se desnudó de la púrpura; y con los piés descalzos y un palo en la mano se fué á Roma con Hildebrando, y se sometió á la eleccion del pueblo. Fué elegido bajo el nombre de Leon IX, y convocó un concilio, donde con la influencia del monje de Cluny se declararon nulas las elecciones simoníacas, y separaron del sacerdocio á los sacerdotes casados. Esta novedad causó un tumulto general, y se dijo que el mundo iba á quedar sin sacerdotes y privado del servicio divino; pero á pesar de los clamores y la resistencia, Leon é Hildebrando dieron principio á la reforma. Fueron depuestos diez obispos de la Galia, y excomulgados muchos barones por su vida licenciosa y la usurpacion de los bienes eclesiásticos. Salieron de los monasterios intrépidos misioneros que recorrieron la Europa predicando la pureza y el espiritualismo de la Iglesia. El pueblo se entusiasmó con sus palabras, apoyó con sus violencias la reforma, y maltrató á los sacerdotes simoníacos ó casados.

Muere Leon (1055). Continúan su obra sus sucesores elegidos

por influencia de Hildebrando, y son gobernados por él. Nicolás II (1), persona sábia y enteramente evangélica quiere dar á la Iglesia un consejo perpétuo parecido al senado de la antigua Roma, que sea el custodio y depositario de las ideas de la Santa Sede y la política eterna de los papas. Crea los curas de Roma con el nombre de *cardenales*, que han de ser los perpétuos electores del pontificado. Con ellos acaba la esclavitud y dependencia de las elecciones, en las que ya no intervienen los emperadores, ni ejercen sus intrigas los barones y sus violencias el populacho, y á ellos delega la Santa Sede su poder para que vayan á ejercerlo en las provincias de la monarquía teocrática. La presencia de esos *legados* del vicario de Dios lo ponen todo en movimiento: cesan ante ellos las soberanías, las jurisdicciones y los poderes de toda especie: cambian los Estados: sublevan á los pueblos contra sus reyes: reparten las coronas: agotan á su antojo la sangre y el oro de la Europa; y trastornando en fin el mundo con un perdon ó un anatema, la paz y la guerra brotan de los pliegues de su manto de púrpura.

Habia comenzado la reforma: la Iglesia se desprendía de las trabas del feudalismo, y el clero excitaba el fervor religioso por todos los medios. Los concilios que eran mas frecuentes reanimaron el ingenio y los estudios eclesiásticos: las peregrinaciones á Roma, Santiago de Compostela y Jerusalem se convirtieron en una moda y una necesidad para los barones ávidos de aventuras é impresiones: se expusieron á la veneracion de los fieles nuevas reliquias, y en fin se construyeron nuevos templos en todas partes. « Los pueblos cristianos, dice el monje Glaber, parecían que querían, al construirlos, rivalizar entre ellos en magnificencia, y se hubiera dicho que de comun acuerdo el mundo entero arrojaba sus viejos harapos para cubrir sus iglesias de blancas y ricas telas. » Tomó entonces la arquitectura nuevas formas: el elegante arco bizantino reemplazó á las pesadas arcadas y los robustos pilares romanos: comenzó el glorioso reinado de la ojiva: no se abusó tanto de las enormes pinturas que cubrían el

(1) En la ceremonia de la coronacion de Nicolás II, Hildebrando puso en la cabeza del papa una corona real, sobre cuyo cerco inferior se leía: *Corona de manu Dei*, y sobre el segundo cerco: *Diadema imperii de manu Petri*. Benzo. de rebus Henr. III, lib. VII, cap. 2.

interior de las iglesias; pero en cambio se prodigó la escultura cada vez mas en las puertas, naves y galerías. Los mas notables monumentos de aquella época fueron las dos magníficas iglesias de Caen, la abadía para los hombres, y la abadía para las señoras; obras de Guillermo el Conquistador y de su nieta Matilde, que parecen señalar la transición entre las iglesias romanas y las góticas.

La Iglesia halló un obstáculo inmenso á su progreso en las perpétuas y universales guerras que entre sí se hacian los señores. Intentó entonces poner un término ó regularizar el bárbaro derecho de la fuerza que era inherente á la sociedad feudal; y este fué el origen de la institucion de la paz ó la *tregua de Dios*. «Los obispos de Aquitania, dice Glaber, unidos con las personas de todas las clases amantes del bien y de la religion, formaron asambleas para al restablecimiento de la paz. Siguieron este ejemplo las provincias de Arles, Lyon y Borgoña hasta los confines de la Francia; y como se hizo pública esta nueva, todos la acogieron con alegría y esperaron la decision de los jefes de la Iglesia. Se mandó á todas las personas, cualquiera que fuera su condicion, que en adelante salieran sin armas y con entera seguridad. El ladron de los bienes ajenos debia sufrir la pérdida de los suyos ó ser castigado corporalmente. Concediéronse á los lugares sagrados tantos honores y privilegios, que cuando un culpable se refugiaba en ellos, podia salir sin temor del castigo, exceptuando á los que habian faltado á las leyes relativas á la conservacion de la paz; pues aunque se hallase á este último al pié del altar, no quedaba exento de la condenacion de su crimen. Se determinó además que estuvieran al abrigo de toda violencia los que viajasen en compañía de un clérigo.» Fué tanto el entusiasmo con que los habitantes recibieron estas instituciones, que los obispos alzaban sus báculos al cielo, y extendiendo á él sus manos gritaban: «Paz! paz! en señal de la eterna alianza que acababan de hacer con Dios (1).»

Pero era imposible una paz perpétua en la sociedad feudal, y bien pronto la *paz de Dios* se trocó en la *tregua de Dios*. Esta nueva ley impedia combatir desde el miércoles hasta el lunes por la

(1) Glaber, lib. I, cap. 4.

mañana de cada semana, durante los días festivos, el adviento y la cuaresma, de modo que solo se permitía apelar á la fuerza durante sesenta ú ochenta días del año. Se pusieron bajo la salvaguardia perpétua de la tregua de Dios las iglesias y los cementerios, las mujeres, los peregrinos, los comerciantes, los labradores con sus trebejos y animales, y hasta los que se refugiaban cerca de los arados.

Casi dos siglos adoptó la Europa cristiana aquella singular legislación, que atestigua la miseria profunda y la sencilla fe de aquellos tiempos bárbaros: las principales penas establecidas contra los infractores de la tregua fueron las excomuniones; y en muchos países existían impuestos particulares y una milicia especial para su seguridad y conservación (1). El mediodía cuyas costumbres eran sus leyes, la observó religiosamente; y la infringieron con mucha frecuencia los indómitos y brutales guerreros del norte. Pero á pesar de todo esta institución es la que dió regularidad al régimen feudal, y un empuje al progreso social: «debe considerarse como la mas gloriosa empresa del clero, pues contribuyó á suavizar las costumbres, á desarrollar los sentimientos de compasion entre los hombres sin apagar su valor, á dar una base razonable al punto de honor, á hacer gozar á los pueblos toda la paz y dicha que podia lograrse en el estado en que se hallaba la sociedad, y á multiplicar en fin la poblacion de modo que pudiera bien pronto producir las emigraciones prodigiosas de las cruzadas (2).»

§. VI.—*Institucion de la caballería:—Condicion de las mujeres.—Progreso intelectual.*—En la época en que se estableció la tregua de Dios, y bajo la influencia de las ideas que engendrara esta institucion, nació otra tan original, pero mas eficaz que ella, que fué su complemento y que gozó una larga y brillante existencia. Fué la *caballería*.

Los jefes de guerra se rodeaban lo mismo que en Germania de compañeros que se sentaban á su mesa; y así como los jefes de bandas establecidos en la Galia se habian formado una corte á imitacion de la de los emperadores, así tambien se formaron una los señores feudales aislados en sus castillos. Para distraer la

(1) La *pacata*, la *peccata* en el Languedoc (Véase el Glosario de Ducange).—(2) Sismondi, Historia de los franceses, t. IV, p. 248.

monotonía de su vida ociosa llamaban á su lado á los vasallos no muy poderosos, los atraían á su morada dándoles cargos domésticos en feudo, y se formaban de este modo una pequeña corte y una escolta de guerreros. Bien pronto cada soberano feudal tuvo su *condestable* (1), sus *mariscales*, su *senescal* y sus *escuderos*, que ocupaban una graduación mas superior que sus *súbditos* y *caballeros* (milites). Formaban esta corte los hijos de los feudatarios que los enviaban á su señor, para que educados á su lado fueran mas estrechos los lazos que unían al vasallo y al señor feudal. Lo mismo que en los bosques de Germania donde recibían los jóvenes solemnemente y de las manos del jefe de guerra el escudo y la lanza, los hijos de los feudatarios eran iniciados en el rango de guerreros por medio de ceremonias religiosas, recibían también de las manos de su señor la espada y la lanza, se reconocían *caballeros* suyos, y le prestaban un juramento que era un homenaje anticipado (2).

De aquellas costumbres de origen germánico nació la orden de la *caballería*.

Muchos años despues eran mas puros los sentimientos morales, pero los hechos no habían perdido su malignidad. Esforzabase el clero en hacer penetrar los sentimientos evangélicos en las acciones, en trasladar las ideas de benevolencia y adhesión de la vida privada á la vida pública, y en dirigir hácia el mejoramiento de los hombres y de la sociedad los usos de la caballería, convirtiendo en defensa de los débiles la fuerza guerrera ejercida entonces para robar y maltratar. Trabajaban también con eficacia para lograr aquella reforma las mujeres, cuya influencia se engrandecía sin cesar, pero que fuera del hogar doméstico solo hallaban brutalidad y tiranía, y eran predicadores mas diestros, mas obstinados é interesados que los sacerdotes. Los esfuerzos del sexo bello hicieron que la caridad evangélica y el heroísmo del valor estimulasen á muchos caballeros jóvenes á consagrar sus espadas delante de los altares á la defensa de los oprimidos, y á convertirse de este modo en ejecutores y custodios de la tregua de Dios. Tomaron ellos bajo su

(1) *Condestable*, *comes stabuli*: Era el rey del ejército, y tenía derecho sobre todos los que estaban en la hueste hasta sobre los condes y barones. Mandaban superiormente á él los mariscales.—(2) Guizot, *Civilización francesa*, t. IV, pág. 484.

protección á los pobres, á los sacerdotes y á las mujeres, y juraron « combatir por la fe, por la gloria y por el bien público. » Exaltáronse el valor y la devoción, y el amor tomó un carácter rendido y místico, enteramente desconocido de los antiguos, que enriqueció y purificó el corazón del hombre.

Nacida en Francia se propagó rápidamente la caballería por los demás países, pero sola esta nación y sus nobles fueron siempre su foco y sus modelos. Basada esta institución enteramente poética é ideal sobre las tres grandes pasiones de la época, la fe, el valor y el amor, jamás llegó á realizarse del todo; pero aun en medio de la imperfección y vaguedad en que se quedó, produjo grandes acciones, causó mucho entusiasmo, y ejerció la mas bella influencia en el desarrollo moral de la sociedad. La pureza y santidad de ideas que proclamaba la caballería, sus juramentos nobles y generosos, y sus deberes delicados y humanos, eran sobrenaturales y exigían mas perfección; porque á pesar de la sublimidad de esta teoría, eran aun los hombres víctimas de la brutalidad y la grosería, numerosas las violencias, muy grande la licencia, y el estado social tempestuoso é imperfecto. No obstante era ella ya un inmenso progreso: había siempre ante los ojos un modelo ideal de perfección: las mujeres y los sacerdotes vituperaban las malas acciones, que á veces recibían castigos; y si el mal existía aun, la bondad de los príncipes disminuyó forzosamente el número de los crímenes.

En un principio solo los nobles podían recibir la orden de caballería (1). No era una institución política, sino una dignidad enteramente moral que todos querían lograr, que los hacía iguales á todos, que distinguía el valor y la virtud, que no tenía ninguna función legal, pero sí un carácter, y era este una especie de sacerdocio mas activo que el del clero. Lo mismo que para recibir las sagradas órdenes era preciso que el guerrero que deseaba alcanzarla hiciese una especie de noviciado; y esto ter-

(1) Las crónicas latinas designan con la palabra *miles* al caballero y al vasallo. Es sinónimo de noble. Se halla en los documentos del Mediodía la voz *miles burgensís*, caballero urbano. Efectivamente en algunos puntos de la Francia meridional los ciudadanos ricos formaban una aristocracia inferior, y á veces mas activa y opresora que la de los barones, y eran aptos como estos para recibir la orden de caballería (véase el fin del capítulo siguiente.)

minó por convertir en un honor el servicio personal de un hombre á otro. Fué regla constante «que el noble que quisiera ser caballero, sirviera primero á las órdenes de otro que ya lo fuera (1).» Los hijos de los vasallos enviados á la córte del señor, se dedicaron entonces á su lado á la práctica de las virtudes caballerescas y los ejercicios militares, y sirviéronle sucesivamente de *criados, pajes y escuderos* antes de llegar á ser sus iguales por la caballería.

Tambien la *castellana* se rodeó de hijas de sus feudatarios que la servian al mismo tiempo que ella las educaba; y en las dulzuras é intimidades del hogar doméstico, al lado de las mujeres que propagaban con entusiasmo las ideas caballerescas, y bajo la influencia de la poesía que halló en la caballería, en sus deberes y aventuras, una mina inagotable de sensaciones, se dificultaron las costumbres y adquirieron ese tinte de cortesía, delicadeza, finura y elegancia que ha hecho á los franceses los hombres mas sociales del mundo. La condicion de las mujeres se desarrolló en los castillos y á favor del espíritu caballeresco, adquiriendo al mismo tiempo con el sentimiento de su dignidad hasta entonces desconocido la fuerza de alma, la finura de ingenio y la sensibilidad de corazon que ocupan un sitio predilecto en la historia moderna. Era una soberana la castellana: servia el feudo como su marido, y estaba tan interesada como él en su honor y conservacion: podia además heredar y gobernar; y situada bajo un pié de igualdad respecto al hombre, intentó guiar moralmente á la sociedad.

Obra era del cristianismo esta revolucion, y las mujeres fueron adoradas bajo la influencia del afectuoso culto de María que las divinizaba en su doble y mística naturaleza de vírgen y de madre (2). Convirtiósese en una pasion omnipotente el espíritu de familia, que es la condicion indispensable de la fuerza de los pueblos: no fué ya el matrimonio una compra ventajosa para el hombre, sino una institución santa basada en la igualdad, y

(1) Lacurne Sainte-Palage, Memor. sobre la Caballería, t. I, pág. 56.—(2) Este sentimiento inspiró la fundacion de la orden de Frontevraul. Ordenó el fundador que el jefe de la orden fuese una mujer, que mandase lo mismo en los conventos de los hombres que en los de las mujeres.

un sacramento que supo hacer respetar el clero cuando quiso violarlo el capricho lujurioso de los hombres.

Los ejercicios militares eran para la caballería la ocupacion de toda la vida, y los trasladó bien pronto á los espectáculos públicos donde desplegó su lujo, su valor y su galantería. Eran estos los *torneos*, invencion francesa cuyas primeras noticias datan del reinado de Carlos el Calvo, pero que no se regularizaron hasta el siglo xi. No solamente excitaron estos juegos el valor, sino la lealtad y la jenerosidad que pasaron de los torneos á los combates, de los que eran una imágen. Causaron reuniones numerosas y grandes fiestas que suavizaron las relaciones sociales, y favorecian la industria. Fueron ya mas cómodas las habitaciones, mas ricos los vestidos y mas elegantes las armas. Aprovecháronse de este progreso los artesanos y habitantes de las ciudades, y el bienestar material que adquirieron les dió una importancia cuyos resultados veremos muy pronto. Fueron mas frecuentes y fáciles las comunicaciones: se desarrolló el comercio, y llevó á los moros de España las instituciones caballerescas. Las jergas informes nacidas del latin, se trasformaron en diversos idiomas: el del norte, áspero pero sencillo, mereció el desprecio de los del mediodía que lo comparaban á ahullidos de perro; pero siguió la fortuna de sus guerreros que lo hablaban, y vivió en su patria hasta que los meridionales perdieron á la vez su lengua musical y su efímera nacionalidad. Reapareció la poesía en España, en Italia y en la Francia meridional que eran los países en que estaba mejor establecida la sociedad, habia mas comodidades, era mas completa la independencia y la imaginacion mas fresca y ardiente, y en fin donde el contacto con los árabes despertaba las inteligencias. Los poetas, á quienes se les dió el bello nombre de trovadores (*trouweres* en el norte y *trobadors* en el mediodía), consagraron sus versos á los tres sentimientos que regian á los hombres... Cantaron á Dios, las mujeres y las guerras.

§. VII.—*Muerte de Enrique I.*—En medio de aquel progreso moral é intelectual, es casi nula la historia de Enrique I rey de Francia, y el suceso mas notable de su vida es su casamiento con Ana, hija de Jaroslaw duque de Rusia. Esta nacion comprendia todo el norte de Europa, desde el Niemen hasta el Borístenes.

Su capital era Kiew. En estado salvaje y recientemente convertida al cristianismo, no tenia relaciones con el resto de Europa.

Enrique I hizo elegir y consagrar á su hijo Felipe en presencia del duque de Aquitania, de los condes de Flandes y Anjou, y de doce señores mas (1099). Los caballeros y el pueblo, grandes y pequeños, dieron su consentimiento y gritaron así tres veces: «¡ Lo queremos, lo aplaudimos, que así sea (1)!»

Muere Enrique dejando á su hijo de tierna edad «recomendado lo mismo que su reino á Balduino conde de Flandes (1060).» Como la monarquía no era mas que un señorío feudal, en nada dañó la minoría de Felipe á la nacion que tenia sus jefes y sus gobiernos locales.

El reinado de Felipe I es la época de los prodigios del feudalismo, y en la que bajo el impulso de un sentimiento único, la fe, se acumulan los hechos grandes y los grandes hombres. «Apareció entonces la edad media con toda la energía de la juventud, con el alma enteramente religiosa, el cuerpo bárbaro y el espíritu tan fuerte como el brazo (2).»

CAPÍTULO III.

Los normandos, Gregorio VII y las municipalidades.—(1060-1087.)

§. I.—*Conquista de la Italia meridional por los normandos.*—Época triste y sombría fué la primera mitad del siglo XI en la que se acabó de formar el régimen feudal. Construíanse castillos, los señores se estacionaban en sus feudos, y pasaban la vida en oscuras contiendas, en combates de puerta á puerta y en saltar por los caminos. Pero no satisfacía á la actividad feudal este angosto teatro, y tan mezquinas aventuras, en especial desde que la caballería diera mas extension á las ideas. Soñábase en un

(1) Proceso verbal de la consagracion de Felipe I.—(2) La viudade Felipe I se casó con Raul III, séptimo conde de Valois, que poseia ademas el Vexin, Mantes, Pontoise, Amiens, Perone y Montdidier. El hijo de Raul, llamado Simon, se hizo monje en 1076. El Valois pasó entonces á los condes de Vermandois, y el Vexin á los reyes de Francia que fueron súbditos de la abadía de San Dionisio y tomaron por bandera el oriflama.

campo mas vasto donde hacer brillar el valor, las nobles empresas y las grandes conquistas. Distinguíanse entre todos los habitantes de Francia, los normandos, por su guerrera turbulencia y su amor á las aventuras que les recordaban aun las recientes de sus padres. Estos fueron los que dieron el impulso á la Europa, y la excitaron á salir de sus Estados, no como los primitivos bárbaros para invadir y destruir, sino para fundar y civilizar.

La Italia meridional que habia pertenecido durante el reinado de los sucesores de Carlomagno á los duques lombardos de Benevento, estaba dividida en muchos pequeños Estados independientes, que se disputaban los señores de raza lombarda, los emperadores y los sarracenos. Volviendo de una peregrinacion á la Tierra Santa, cuarenta aventureros normandos llegaron á Salerno en el momento en que esta ciudad rechazaba una incursión de piratas sarracenos. Se hicieron abrir las puertas, cayeron sobre los infieles y los pusieron en completa derrota (1016). Aquella proeza conquistó á los normandos una nombradía de valor fabuloso en la Baja Italia, y los señores de todos los partidos los pusieron á sueldo en sus ejércitos. Durante veinte años los hijos de los compañeros de Roll, parecidos á sus padres, iban á buscar fortuna á la península en pequeñas cuadrillas, ya robando, ya mendigando por los caminos, los unos vestidos de peregrinos, los otros de guerreros, y esparciendo todos en aquel país el espanto por sus rapiñas y su astuta barbarie. Los hijos de Tancredo de Hauteville llevaron una colonia mas numerosa (1033). Hicieron alianza con los lombardos, arrojaron á los griegos de la Pulla, y formaron con sus conquistas un condado que ocuparon sucesivamente tres hijos de Tancredo. Los griegos llamaron en su apoyo á los germanos, y el emperador Enrique III estimuló al papa Leon IX á que arrojase de allí á aquellos bárbaros. Los normandos entonces queriendo librarse de las pretensiones de ambos imperios, y nombrarse un señor feudal que necesitara de ellos, pidieron á Leon que los hiciese señores de la Pulla, de la Calabria y la Sicilia (1053). El pontífice no tenia ningún derecho en estos países, pero los normandos estaban á sus piés y le amenazaban. Hildebrando le aconsejó que cediera, y se hizo el tratado. Roberto Wiscard ó el Astuto, hijo cuarto

de Tancredo, se reconoció vasallo de la Santa Sede, le pagó un tributo, y tomó el título de duque de Pulla y de Calabria. Un hermano suyo se apoderó de Sicilia. De modo que el pontificado adquirió feudatarios interesados en sostener sus pretensiones á la monarquía universal que la defendieron de los dos imperios al mismo tiempo, y pusieron término á las invasiones de los mahometanos en Italia.

§. II.—*Conquista de la Inglaterra por los normandos.*—Mientras los aventureros normandos llevaban á Italia la lengua y el nombre de los franceses, el duque de Normandía iba á conquistar la Inglaterra.

Bajo el reinado de los sucesores de Alfredo el Grande habian renovado sus incursiones los daneses, destronado á los reyes sajones, y dado á la Inglaterra cuatro reyes de su nacion. Subleváronse los sajones al morir el último de estos reyes, arrojaron á los extranjeros, y siguiendo el consejo de Godwin, que era el principal autor de esta revolucion, sentaron en el trono á un descendiente de Alfredo (1042), llamado Eduardo, que se hallaba desde niño en Normandía. El nuevo rey trajo con él un gran número de normandos á quienes colmó de favores, y con grande indignacion de los sajones, sobre sodo de Godwin que fué desterrado, empezaron á prevalecer en la corte de Eduardo los usos y la lengua del continente. El mismo Guillermo el Bastardo fué á visitarle, y se dijo que el rey de Inglaterra, que no tenia hijos, había prometido secretamente al duque de Normandía hacerle su heredero. Cuando murió Godwin, su hijo Harold se reconcilió con el rey, pero habiendo ido á Normandía, cayó en poder de Guillermo, que no le dió la libertad hasta que prestó sobre unas reliquias el juramento público de ayudarle en sus pretensiones al reino de Inglaterra. Murió Eduardo, y Harold se hizo elegir rey por los sajones (1066). Guillermo le intimó que cumpliera su promesa. El nuevo rey le respondió con la negativa, y el duque juró perseguirlo hasta la muerte. La violacion de un juramento hecho sobre las reliquias excitó contra Harold el odio público, y fué considerada como un sacrilegio. Guillermo elevó su queja al papa. Ocupaba la Santa Sede Alejandro II, hombre austero, que había sido elegido por influencia de Hildebrando, el cual continuaba con valor la reforma de la Iglesia.

Odiaba la corte de Roma á Inglaterra, porque sus obispos eran rebeldes, simoníacos y manchados de pelagianismo, y porque sus habitantes habian dejado de pagar el impuesto llamado de San Pedro, que en provecho del papa habian establecido los daneses. Alejandro mandó á Guillermo, por consejo de Hildebrando, que volviera á reducir á la Inglaterra á la autoridad pontificia, le envió un anillo y un estandarte bendecidos, como en señal de investidura, y excomulgó á Harold. Era el primer ejemplo de semejante sentencia. «Harold la despreció (1),» pero no dejó por eso de dar el derecho á Guillermo. Segun la opinion cristiana los normandos eran fieles y religiosos hijos de la Iglesia, y los sajones unos impíos y rebeldes.

El duque hizo primero la paz con el Anjou, la Bretaña y Flandes que eran los enemigos ordinarios de la Normandía, y convocó despues á sus barones y á los habitantes más notables de sus ciudades. Les pidió que le ayudasen en su empresa, y á pesar de ser el soberano feudal mejor obedecido, no lo alcanzó sino á fuerza de promesas. Hizo publicar entonces por toda la nacion que daria crecido sueldo y bienes en Inglaterra al que quisiera servirle: dirigióse despues al rey Felipe, cuya asistencia suplicó prometiéndole hacer homenaje de su conquista; pero el jóven príncipe por consejo de sus barones se negó. Estos le dijeron: «¿Olvidais que los normandos casi no os obedecen? ¿Que será pues cuando posean la Inglaterra?»

No por eso dejó de continuar Guillermo sus preparativos. Acudieron á su llamamiento y al del papa todos los aventureros de la Bretaña, de Flandes y de Borgoña. Hiciéronse á la vela en el puerto de Saint-Valery cuatrocientos grandes bajeles y mil barcos de transporte, que llegaron á Inglaterra cerca de Hastings (1066, 14 de octubre). Harold acudió á rechazarlos y les dió una batalla. Los anglo-sajones, que eran bárbaros mal armados y sin disciplina, sufrieron una completa derrota. Harold murió en la batalla; y como el país no estaba fortificado, llegó Guillermo sin obstáculo á Londres donde se hizo proclamar rey. Los vencedores catastraron entonces metódicamente las tierras y los habitantes, y las dividieron en sesenta mil feudos. Abolieron las le-

(1) Guillermo de Malmesbury, lib. III.

yes sajonas, y trasportaron de un golpe al país conquistado el sistema feudal. Obligaron á que se usase la lengua francesa en los tribunales, escuelas y en la administracion; é hicieron todo lo posible para humillar y destruir la antigua raza, que, «privada de los señores que habia visto nacer, fué entregada como una presa á los bandidos extranjeros (1).»

Convirtiósese en injuria el nombre de inglés: la lengua francesa fué la de los trovadores, de los caballeros y de los castillos, y la sajona la de los campesinos, de los esclavos y de las chozas. Construyéronse por todas partes torres y abadías fortificadas que se poblaron de soldados y monjes venidos de Francia. Arrojóse de sus sillas á los obispos sajones, «y fueron dadas á hombres de todas las naciones como no fueran ingleses (2).» Los santos de raza sajona fueron sacados de sus tumbas y arrojados fuera de las iglesias: por medio de la ley *de la queda* se obligó al pueblo vencido á que se acostase al toque de oraciones como en un convento. La conquista se consolidó regular y sistemáticamente: redujose al estado de esclavitud á la antigua poblacion bretona, sajona y danesa: formaron los normandos la aristocracia: y la Inglaterra fué para ellos mucho tiempo una comarca extranjera y bárbara que despreciaban y á quien no tomaban cariño. Siempre fué su patria la Galia, su morada predilecta, el país que merecia todas sus simpatías, y cuyas costumbres y lengua caballescascas ostentaban con orgullo. Solo despues de mucho tiempo y de una manera lenta y paulatina, fué reaccionándose el elemento germánico, y se efectuó la fusion entre los vencedores y los vencidos. Hoy dia unida y compacta la nacion inglesa, no recuerda las antipatías de las razas que la compusieron, á pesar de que aun «descienden de los normandos los altos personajes del país, y son hijos de los sajones los hombres de baja esfera (3).»

§. III.—*Resultados de la conquista de Inglaterra.*—*Muerte de Guillermo el Conquistador.*—*Nullidad de Felipe I.*—La conquista de Inglaterra fué una grande revolucion para la Europa, no solo porque siendo uno de los pares de Francia mas poderoso que los demás, se rompió el equilibrio feudal, sino porque Guillermo con

(1) Ord. Vetai. lib. IV.—(2) Ingulfo abad de Croglond, pág. 155.—(3) Crónica de Roberto de Gloucester.— Véase la Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos de Aug. Thierry.

su talento y particular posición mostró lo que había de ser el trono feudal que contenía el germen de la monarquía absoluta. Efectivamente los normandos, siempre en guardia contra los sajones, no podían separarse del jefe único de la conquista y fueron siempre vasallos muy sumisos; y además, como habían recibido directamente de él sus dominios, no podían cuando llegó á Francia olvidar el origen de la donación y querer ser iguales al rey. Esto motivó que no existiera en Inglaterra una confederación de feudos y de señores independientes, sino un estado con un jefe único; que el vasallaje fuera allí una condición de inferioridad real, y que la dominación de Guillermo fuera tan completa sobre los vencedores como sobre los vencidos. Exigió este el homenaje de todos los terratenientes mediatos ó inmediatos, no como primer propietario sino como rey: prohibió las guerras particulares, intervino en el régimen interior de los feudos, é impuso igualmente á vencedores y vencidos su severa política y su gobierno frecuentemente duro y rapaz aunque regular y estable. Tomó por apoyo al clero, al que constituyó rica y vigorosamente, pero poniéndolo bajo la primacía del arzobispo de Cantorbery sometiénolos á todos humildemente al papa. En ninguna otra nación se unieron tan bien sin confundirse el Estado y la Iglesia, ni se organizó mejor y más sólidamente la sociedad.

A pesar de lo desastrosa que fué la conquista para los sajones, es forzoso conceder que desde ella data la existencia de la Inglaterra. Este país, antes de los normandos, era completamente extranjero á la Europa por sus groseras costumbres, su aislamiento religioso y sus leyes bárbaras. Debió á sus vencedores sus leyes feudales, que le hicieron entrar en la familia europea, sus virtudes guerreras, su fuerza social, su hábil y perseverante aristocracia, sus monumentos y la elegancia de su lengua.

Cuando volvió á Normandía Guillermo el Conquistador, tuvo que luchar con su hijo primogénito que pretendía gobernar su ducado: y esta guerra duró cerca de quince años, pues el rey Felipe, celoso del poder de Guillermo, auxilió constantemente á su hijo (1073). «Renovóse entonces el odio antiguo de los normandos y franceses (1):» Felipe se apoderó de Vexin, Guillermo tomó

(1) Orderic. Vital, lib. VII.

á Mantes; pero en el incendio de esta ciudad fué maltratado por su caballo, y viendo cercana la muerte dejó su dominio de familia, que era la Normandía, á Roberto (1087). «En cuanto á la Inglaterra, añadió él mismo, como no la he adquirido por herencia sino por medio de la fuerza y á precio de sangre, la pongo en mano de Dios, limitándome á desear que reine y sea feliz en ella mi segundo hijo Guillermo (1).» El tercer hijo del conquistador llamado Enrique, no tuvo mas parte que una suma de dinero.

Descontentó á los barones la separacion de la Inglaterra y la Normandía, pues «querian conservar la unidad de los dos Estados sentando á un mismo rey en los dos tronos (2).» Bien pronto estalló la guerra entre Roberto y Guillermo, y fué su teatro la Normandía.

Felipe I tomó parte en ella mas como aventurero que como rey. Como verdadero baron feudal estaba desterrado en sus castillos, tiranizaba á los viajeros, y vivia de saqueos y de la venta de dignidades eclesiásticas. La única adquisicion que hizo fué la de Gatinais, que alcanzó de Foulques el Melancólico, conde de Anjou (1068). Al tomar posesion del condado «juró honradamente que mantendria los usos y costumbres antiguos, pues de otro modo no querian rendirle homenaje los habitantes del país (3).»

§. IV.—*Situacion de los grandes feudos del norte y mediodia de Francia.—Expediciones de los franceses á España.*—Apenas habia tenido tiempo de establecerse el régimen feudal cuando ya se hallaba atacado por todos lados: el número de los feudos disminuia con mas rapidez que se habia multiplicado: los grandes señorios absorbían por medio de la fuerza á los pequeños, ó los minaban interviniendo en su gobierno interior, protegiendo sus siervos, prohibiéndoles el ejercicio de la alta justicia y restringiendo en fin sus derechos de soberanía. No solo se manifestaba este cambio por las conquistas de los normandos, sino por revoluciones mas oscuras acaecidas en el norte y mediodía de Francia, en las que no tomó parte Felipe I por su cobardía é impotencia.

Murió Balduino V conde de Flandes dejando dos hijos; Balduino VI, que le sucedió, y Roberto el Frison. Este se fué de caba-

(1) Orderic Vital, lib. VII—(2) Idem, ibid VIII. —(3) Arte de atestiguar las fechas, t. I, pág 571.

llo andante á buscar fortuna, y terminó sus aventuras apoderándose de la Holanda y de la Frisia. Después de la muerte de su hermano despojó de su herencia á sus sobrinos (1070): Felipe I intentó tomar la defensa de los huérfanos, pero fué derrotado; y Roberto, á quien llamaban el *Conde Acuático*, fundó en el norte un Estado respetable.

Habiendo heredado de su mujer, Herberto IV, séptimo conde de Vermandois, los condados de Valois, de Vexin, etc., no dejó sus Estados á su hijo Eudo el Imbécil declarado inhábil por los barones, sino á su hija Adelaida casada con Hugo hermano de Felipe I, que llegó de este modo á ser uno de los mas ricos señores de Francia (1080).

En el mediodía, el ducado de Gascuña pasó de la casa de Sancho Mitarra á la de los duques de Aquitania (1063) por enlace de la heredera con Guillermo III llamado el Grande, cuyos sucesores fueron entonces los soberanos de la mitad de la Francia meridional. La otra mitad estaba bajo el poder del noveno conde de Tolosa, Raimundo IV, llamado de Sain-Gilles, cuya casa se hizo muy célebre por su afición á las letras y á los cantos de los trovadores.

No eran en fin los normandos los únicos que se iban léjos de su patria en busca de aventuras, que fueron el manantial de las gigantescas ficciones tan comunes en las novelas de caballería; sino que otros franceses, por una anticipada afición á las cruzadas, volaban á España á pelear contra los moros y adquirir brillante fortuna.

Trastornaba este país una trascendental revolucion; cayó la dinastía de los Ommfades y con ella el califato de Córdoba (1030). Hiciéronse independientes los emires, y se erigieron reyes en Sevilla, Córdoba, Toledo, Murcia, Valencia, Granada, etc. Este desmembramiento favoreció las conquistas de los cristianos. Sancho el Grande reunió los reinos de Navarra, Aragon, Leon y Castilla, y después de su muerte se repartieron sus Estados sus tres hijos. Tocóle á García la Navarra, y fué el tronco de los reyes de este país hasta su conquista por Fernando el Católico; á Ramiro el Aragon, que fué el tronco de sus reyes hasta Carlos V; y á Fernando, Castilla y Leon, cuyo hijo fué Alfonso IV. Bajo el reinado de este último algunos caballeros de Francia guiados por

el Cid se distinguieron peleando con los moros. Raimundo hijo de Guillermo I conde de Borgoña se casó (1090) con Urraca hija y heredera de Alfonso VI, que fué el tronco de los reyes de Castilla hasta Carlos V, y Enrique, sobrino del duque de Borgoña y biznieto del rey Roberto, se casó (1095) con Teresa segunda hija de Alfonso VI á quien dió el condado de Portugal. Su hijo Alfonso I fundó el reino de este nombre (1140).

§. V.—*Gregorio VII da principio á la monarquía teocrática.*—El monje Hildebrando, despues de haber gobernado á la Iglesia veinte años durante cuatro papas, subió al trono pontificio con el nombre de Gregorio VII (1073). Estaba enteramente formado su plan; reemplazar en la sociedad la moralidad y el orden á la fuerza y la anarquía, convertir á Europa en una república cristiana, y dar su gobierno á un prelado elegido como el mas digno para ser el vicario de Cristo. Inmensos obstáculos debia encontrar forzosamente tan gigantesco proyecto, porque atacaba á todo lo que ejercia el poder en la sociedad, á la aristocracia feudal, á las monarquías y al clero; pero Gregorio era un genio vasto, fecundo, inflexible, impregnado de la fe mas pura y ardiente, y el hombre en fin mas virtuoso y grande de su siglo. Aunque la monarquía teocrática parecia una obra de ambicion personal, no ignoraba él que descansaba sobre bases plebeyas, y que la masa popular, esclava y oprimida, veria con trasporte en el papa á su defensor y representante. ¿No habia dicho el Cristo: «Quién de vosotros quiere ser vuestro primer servidor?» Gregorio pues era el *servidor de los servidores de Dios*: su causa era la del espíritu contra la materia, la de la libertad contra el poder, y la de la naciente democracia contra la tiranía feudal.

Tan grande revolucion necesitaba un ejército especial y adicto: Gregorio tenia ya en su favor la parte plebeya del clero, á los monjes, iglesia pobre, austera, indómita y que se formaba de siervos; pero le era preciso cortar los lazos que unian á la parte aristocrática del clero con el siglo y el régimen feudal, para ponerla bajo la absoluta dependencia de la Santa Sede. «La Iglesia no es libre, decia, porque sus ministros son instituidos por los hombres del mundo, y es preciso que lo sean por su jefe, el primero de los cristianos, el sol de la fe, el papa que hace las veces de Dios, pues que gobierna su reino en la tierra.» Y mandó que

abandonasen sus mujeres los sacerdotes casados ó renunciásen al sacerdocio: destituyó á muchos prelados simoníacos: prohibió las investiduras á los príncipes; y apoyándose en las falsas decretales, que gozaban entonces de plena autoridad, exigió á todo el clero el juramento de fe y homenaje, reclamándolo para él solo y á pesar de cualquier otro prestado á los príncipes. «La supremacía y derechos de San Pedro, dice, son superiores á los de toda criatura humana (1).»

Respondió á estos decretos una sublevación casi universal. El clero le llamó loco y hereje, rasgó sus bulas, y rechazó á mano armada á sus legados. «Que busque ángeles, decían, para gobernar las iglesias, porque nosotros queremos antes dejar la corona que el matrimonio (2).» Los príncipes se resistieron y exigieron que los prelados, si rompían los lazos de vasallaje que los unían, abandonasen los bienes pertenecientes á sus sillas; pero Gregorio, haciendo salir al clero de su aislamiento feudal, pretendió que conservasen sus tierras. Vió la superioridad de los prelados como sacerdotes y su independencia como propietarios; y escribió diciendo «que tanto era superior el oro al plomo, como la dignidad episcopal á la real, y que la primera había sido establecida por la bondad divina y la segunda por el orgullo humano (3). Estoy decidido á defender este principio hasta verter sangre, antes que satisfacer la voluntad de los príncipes y arrojar-me con ellos en el abismo, etc.» La sociedad feudal estaba conmovida con tan atrevidas pretensiones; pero lleno de fe en sus ideas, y no retrocediendo ante ninguna de sus consecuencias, comenzó á manifestar Gregorio con una pompa casi sencilla sus principios sobre la naturaleza y los derechos del poder espiritual; principios que se reunieron mas tarde en un escrito conocido con el nombre de *Juicio del papa* (Dictatus papæ). Hé aquí su resúmen.

«El papa es el obispo universal, es indudablemente santo y no puede engañarse jamás. A él solo pertenece el derecho de hacer nuevas leyes. Nadie puede invalidar sus decretos, y él puede anular los de todos. Ninguna criatura humana puede juzgarle. Su nombre es el único en el mundo. El solo puede dar las insig-

(1) Concilios de Labbe, t. X, pág. 379. — (2) Mabillon, Anales de San Benito, t. V, pág. 634. — (3) Labbe, t. X, lib. IV, carta 2.

nias del imperio, y todos los príncipes deben besar sus piés. El solo depone y absuelve á los obispos, constituye ó quita las iglesias, reúne y preside los concilios. El solo destituye á los emperadores. Solo ante él pueden los súbditos quejarse de sus príncipes, y él solo los absuelve del juramento de fidelidad (1).»

Declarando de este modo incontestables los derechos apenas anunciados antes de él, mezclóse en todo, tanto en los gobiernos é individuos, como en los Estados y familias. Declaró vasallos de la Santa Sede á los habitantes de Cerdeña y de Hungría: hizo saber á los españoles que le pertenecían las conquistas que hacían á los moros: prohibió á los rusos que oficiasen en lengua vulgar, siendo así que la Iglesia conservaba en su imperio la latina que de hecho era la lengua de la civilización: prescribió á los obispos de Polonia que no coronasen en adelante á ningún rey sin orden de la Santa Sede: renovó los decretos sobre la paz, prohibió buscar el fallo de Dios con los combates y pruebas judiciales; é hizo saber á todas las potencias que el derecho emana de la santidad y que toda función es una carga. «Todo el que vive en estado habitual de pecado, dijo, no es príncipe ni obispo.» Dió á los reyes «las armas de la humildad para detener las tempestades de su orgullo (2):» les hizo ver «que la Iglesia romana les ha conferido el poder, nó para su propia gloria, sino por el bien de sus pueblos:» les dirigió consejos, reprensiones y amenazas; y en fin enseñó, exhortó, castigó, corrigió, juzgó y decidió porque todo le debía estar sumiso, y porque todos los negocios espirituales y temporales pertenecían á su tribunal.

Hé aquí la carta que escribió á los obispos de Francia.

«El peor de los príncipes, que por una abominable codicia ha vendido la Iglesia de Dios, sabemos que es Felipe rey de los franceses. Este hombre, á quien debe llamarse tirano y no rey, es el origen y causa de todos los males de Francia. Ha manchado su vida con infamias y crímenes; é incapaz de gobernar, no solo afloja las riendas al pueblo para hacer mal, sino que le incita con su ejemplo á cometer acciones vergonzosas. No le ha sido bastante merecer la cólera divina con la opresión de las iglesias, el adulterio, los robos, los perjuros y otras abominaciones, sino

(1) Læbbe, t. X, lib. IV, pág. 110.—(2) Crónica de Lamb. de Aschaffembourg.

que acaba de cometer un crimen tan vergonzoso, que ni aun es conocido en la misma fábula. Cual un ladrón, acaba de detener á unos comerciantes que volvian de una feria de Francia robándoles inmensas sumas. Si no quiere enmendarse, sepa que no se escapará del acero de la venganza apostólica. Os mando pues que pongais su reino en entredicho; y si esto no basta, probaremos con el auxilio de Dios y por todos los medios posibles de quitar de sus manos el reino de Francia. Heridos sus súbditos de un anatema general, renunciarán á su obediencia, si no prefieren renunciar á la fe cristiana. En cuanto á vosotros sabed que si mostrais tibieza, os miraremos como cómplices del mismo crimen y sereis heridos con el mismo acero (1).»

Tembló Felipe al oír tan inaudito lenguaje; se humilló, prometió enmendarse y continuó «su mala vida.» Rindiéronse los demás príncipes ante esta nueva soberanía que no tenia soldados, súbditos ni tesoros, pero que con una palabra mágica destruía á los reyes cristianos. Su potencia, desobedecida en Roma, era á lo léjos respetada, y su despotismo absoluto y universal daba la libertad al pueblo, porque rebajaba todo lo que se hallaba sobre él.

§. VI.—*Guerra del sacerdocio y el imperio.*—*Muerte de Gregorio VII.*—*Excomunion de Felipe I.*—Habia no obstante un soberano á quien la mano del pontífice no podia humillar, y que impedía establecer la monarquía teocrática. Era el emperador Enrique IV, ufano con la púrpura de los césares y la triple corona de Germania, Lorena y Provenza (2). Decia «que le pertenecía el patrocinio del mundo entero,» y esperaba alcanzar el destino de Carlomagno y de Othon el Grande. Era valiente, activo é ilustrado; tenia aterrados á sus súbditos con sus excesos, crueldades y perfidias; ningun príncipe vendia mas escandalosamente las dignidades de la Iglesia, y llegó á darlas, mofándose de los decretos del papa, á los enemigos de la reforma ó á sus mas deshonrados cortesanos. Subleváronse los sajones y turingios cansados de su tiranía (1074). «Te obedeceremos, le dijeron, cuando reineis para defender, y nó para destruir la Iglesia de Dios.» Después de muchas batallas sin resultado, declararon estos que ha-

(1) Labbe, t. X, carta 5, fs. 32 y 35.—(2) Otto de Freysingen, lib. VI, cap. 7.

bia cometido crímenes tan abominables contra su mujer, sus amigos y sus súbditos que había perdido ya los derechos del matrimonio y los honores de la caballería y de toda función se-glar; y acordaron todos en una dieta reunida en Wurtzbourg que era indigno de llevar la corona.

Enrique suplicó humildemente el apoyo del papa, confesó sus crímenes y declaró que estaba pronto á obedecerle en todo. Volvióse despues contra los sajones, los derrotó completamente, y entregó su país á la mas salvaje devastacion. Elevaron estos sus quejas á Gregorio: «el imperio es un feudo de la silla de Roma, le dijeron, y el papa y el pueblo romano deben apresurarse á elegir en una asamblea de príncipes por rey á una persona mas digna de llevar la corona, pues es forzoso dar á Roma el derecho de hacer los reyes.» El papa intimó al emperador á que compareciese en Roma para disculparse de sus crímenes en un concilio. Enrique arrojó de sí á sus legados, convocó otro concilio en Worms é hizo reponer á Gregorio por hereje, mágico, adulator del populacho, usurpador del imperio, y animal feroz y sanguinario (1076). «Tú has hollado bajo tus piés, le escribió, á los an-gidos del Señor como siervos, y has alcanzado de este modo el favor de la muchedumbre. Te has sublevado contra el poder real, y nos has amenazado con quitárnoslo, como si estuvieran los reinos en tus manos.... Condenado por la sentencia de los obispos y por la nuestra, abandona la silla que has usurpado. Yo, Enrique, rey por la gracia de Dios, te digo con nuestros obispos: Baja de tu silla! baja!» Un clérigo se atrevió á llevar esta sentencia á Roma: el pueblo se arrojó sobre él, y hubiera sido despedaza-do si Gregorio no lo hubiera defendido con su cuerpo. Entonces el pontífice se levantó de su cátedra, y dirijió á san Pedro estas palabras.

«San Pedro, príncipe de los Apóstoles, oid á vuestro servidor! Por el honor de la santa Iglesia, de parte de Dios omnipotente y con vuestra autoridad prohibo á Enrique, que con un orgullo inaudito se ha alzado contra vuestra Iglesia, que gobierne el reino Teutónico y la Italia. Absuelvo á todos los cristianos del juramento que le hayan hecho, y prohibo á cualquiera que sea que le sirva como rey; porque el que quiere ofender y deprimir vuestra Iglesia, no merece que conserve la dignidad de que está re-

vestido. Y ya que este príncipe se ha negado á obedecerme como cristiano, le llené de anatemas en nombre vuestro, para que sepan los hombres que vos sois Pedro y que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra la Iglesia de Dios (1)»

«Nunca se había oído semejante sentencia contra un emperador (2);» pero alcanzó un victorioso resultado. Los monjes la llevaban colgada del cuello, la predicaban por ciudades y campiñas, y produjo un eco prodijioso. En una época en la que la ley estaba muda y prosternada bajo la espada y se arrastraba por un suelo ensangrentado, era muy admirable ver al jefe temporal del mundo en la plenitud de su poder y en medio de sus escuadrones de hombres de hierro, obligado á dejar la púrpura y el trono á la lejana voz de un pobre viejo que ni tenía un soldado para su guarda! ¿Había pues alguna cosa mas superior que la fuerza? ¿tenian los opresores un tribunal en que dar cuenta de sus acciones? Sí..... el papa, que era el verdadero vicario de Dios!

El pueblo se inclinó con admiración ante el poder que hacia la ley cristiana igual para el emperador que para el siervo, y todos se sublevaron contra Enrique, que en vano intentó hacer la guerra. Vióse vencido en todas partes, abandonado de todos, reducido á una extrema miseria y lejos de los señores del imperio que, «resueltos á deshacerse de un príncipe nacido para la desgracia de sus súbditos,» iban á proceder á una nueva elección. Solicitó humildemente un plazo y lo obtuvo bajo la condicion de que se abstendria de las funciones reales, y que se someteria enteramente al fallo del pontífice.

Partió en medio de los rigores del invierno mas crudo, sin dinero y sin escolta, atravesó los Alpes y fué á buscar á Gregorio que estaba en el castillo de Canossa cerca de Reggio. Tres dias seguidos estuvo en la puerta del castillo sin comer, cubierto con un cilicio, con los piés desnudos sobre la nieve, y pidiendo una audiencia que no podía alcanzar (1077). Cedió por fin el pontífice, á pesar de sus convicciones, á los ruegos de su casta y animosa amiga Matilde de Este. Enrique se presentó como un criminal delante de su juez; y Gregorio alzó el anatema con la condicion de

(1) Muratori, Script. rer. Italic. t. III. pág. 335. — (2) Otto de Freysingen, de Gestis Friderici, lib. I, cap. 1.

que se someteria á su fallo en una dieta de príncipes alemanes, y que no tomaria hasta entonces parte alguna en el gobierno del Estado.

Enrique no cumplió ninguna de sus promesas. Reanimó á sus partidarios y volvió á dar principio á la guerra. Los señores alemanes convocaron una dieta en Forckheim y eligieron en su lugar á Rodolfo de Suavia. La Alemania y la Italia se dividieron entre ambos reyes. Durante cuatro años no quiso Gregorio pronunciarse en favor de ninguno de los dos, y solamente á los reiterados ruegos de los sajones volvió á excomulgar á Enrique, y mandó que se obedeciera á Rodolfo que le rindió homenaje de siervo (1). Cegado entonces por la grandeza de sus designios, sus victorias y peligros, insistió en su plan con imprudente ardor y rigor inflexible. Los príncipes, obispos y doctores se sublevaron contra este terrible nivelador «cuyo deber era humillar los reyes,» y comenzó á titubear la opinion pública. «Es inaudito, decian todos, que los obispos de Roma tengan el poder de dividir los reinos, anonadar el nombre de los reyes, cuyo origen es igual al del mundo, cambiar á su antojo los ungidos del Señor, y reducirlos como villanos á la condicion del pueblo (2).» Gregorio se vió obligado á defenderse: lo hizo con sus escritos llenos de elocuencia y de saber (3), y continuó al mismo tiempo su papel de soberano del mundo. Destronó á Boleslao rey de Polonia, que habia muerto á un obispo: puso á la Córcega bajo la proteccion de la Santa Sede: dió órdenes á los reyes de Dinamarca y de Castilla: pidió á un rey moro que defendiera á los cristianos de Africa «en nombre del Dios comun que los dos adoraban»; reprendió al abad de Cluny por haber recibido por monje á un duque de Borgoña; y le dijo: «habeis dejado cien mil cristianos sin proteccion; se encuentran muchos monjes que temen á Dios; ¿pero se hallan tantos príncipes buenos? (4).» Dió la dignidad real al duque de Dalmacia: recibió el homenaje del conde de Provenza y de muchos otros vasallos del imperio: invitó á Guillermo el Bas-

(1) Entonces fué cuando le envió, segun dicen, en señal de investidura, una corona de oro en la que estaba escrito *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolfo*.

(2) Carta del obispo de Verdum, apud. Martenne; *Thesaurus antiquit.* t. I, p. 226.

(3) Dejó este hombre prodigioso mas de diez mil cartas. En ellas está to la la elocuencia é historia de su tiempo. — (4) Labbe. t. X, lib. VI, cartas 47.

tardo á que le rindiese homenaje por su corona de Inglaterra; y pidió á Felipe de Francia el tributo de un (dinero por casa, alejando extrañamente el ejemplo de Carlomagno.

Enrique en tanto alcanza nuevas victorias. Hacé deponer á Gregorio en un concilio y elegir por nuevo pontífice á Giaberto de Ravena (1080). La guerra despedaza la Alemania, la Italia, la Lorena y la Provenza: Rodolfo muere en una batalla: Enrique penetra en Italia: Hildebrando, amagado de una próxima ruina y tal vez de la muerte, no desciende en nada de su altura. «Soló queremos una cosa, dice; que vuelva la Iglesia oprimida y trastornada á su antiguo esplendor.» Y manda á los germanos que elijan otro emperador. Pero solo contaba para defenderse del ejército de Enrique con las fuerzas de Matilde de Este, soberana de una parte de la alta Italia, que consagraba sus riquezas y sus virtudes á realizar los proyectos de la Santa Sede. Así es que muchas veces se apoderaba del alma del papa el desaliento. «Cuando mis miradas se dirijen hácia mí mismo, escribia, siento que mi vasta empresa es superior á mis fuerzas! Dios mio! si hubieran impuesto esta carga á Moisés ó á Pedro, creo que tambien los hubiera como á mí abrumado! (1)»

Las tropas de Matilde fueron derrotadas y Enrique llegó hasta las puertas de Roma (1081). El sitio de esta ciudad duró tres años. Gregorio era inmutable, y decia: «Si el rey quiere obtener su absolucion, que vuelva á hacer penitencia.» Roma fué tomada por asalto. El papa se refugió en el castillo de San Angelo y excomulgó á los vencedores (1084). Llegó por fin la defensa que tenia preparada la Santa Sede para los dias de peligro: era Roberto Wiscard y sus normandos que rechazaron á los imperiales y dieron al papa un asilo en Salerno. Pocos meses despues de estos sucesos, estenuado Gregorio pero no abatido, resignado en sus adversidades y constante en sus ideas, murió diciendo: «Siempre he amado la justicia y odiado la iniquidad, y por esto muero en el destierro (2)» (1085).

Continuaron su obra sus sucesores que eran discípulos suyos, y á quienes con anterioridad habia designado; pero nunca llegó á cumplirse del todo «aunque ha ejercido la cátedra pontificia!

(1) Labbe, lib. V, cart. 21. — (2) Otto de Freisingen, lib. VI, cap. 36. cart. 1. (1)

en el Occidente con consentimiento y aplauso general el poder seguramente mas extenso que haya existido jamás (1).» «La ejecución de esta obra debia hallar muchos obstáculos en la independencia de las nacionalidades y las costumbres, en la libertad de las opiniones y del entendimiento humano, en los errores mismos del pontificado, en sus falsas pretensiones, en sus ambiciones temporales y las rebeliones interiores de sus propios hijos (2).» Pero á pesar de sus vicios y de su imperfección, la monarquía de la Iglesia fué la empresa mas gloriosa del pontificado; ella fué el principio de la centralización y de la libertad; por ella se vieron las naciones aproximadas por una mano suprema, tan pronto amenazadora como protectora; y los pueblos por ella supieron que tenían derechos y se atrevieron á decirselo descaradamente á sus tiranos.

¡Magnífica soberanía fundada sobre el pensamiento, que no tenía nada de mezquina y de personal, que pagaba con servicios lo que quitaba de independencia, que solo dominaba á los hombres para ilustrarlos, y que daba en cambio de una sumisión absoluta, la union, la ciencia, el orden y la paz! Ella extendió los confines del cristianismo rechazando con una mano al islamismo invasor, y ahogando con la otra los restos del paganismo del norte: equilibró con un poder intelectual y moral, el brutal y sangriento de los cetos de hierro y de las lanzas de bronce: reequilibró en torno de un punto céntrico y viviente las fuerzas espirituales de la especie humana; y fué en fin el triunfo mas hermoso que haya ganado jamás la inteligencia á la materia.

La Francia no tomó parte en esta guerra del imperio y el sacerdocio: como primogénita de la Iglesia, no hizo ninguna oposición á los decretos del pontífice; y la monarquía pontificia halló en ella la mas adicta aliada. Además Felipe, falto de ideas políticas y entregado enteramente á sus brutales pasiones, no veía que el trono Capeto estaba fundado sobre una base católica, y se acarreó por sus crímenes los rayos del Vaticano. Estaba casado con Berta muera de Roberto el Frison, de la que tenía cuatro hijos; la repudió, robó á Bertrada mujer de Foulques el Melancólico, conde de Anjou, y se casó con ella (1092). A tan inaudito es-

(1) Pensamientos de Leibnitz en 3.º t. II, p. 401.—(2) Lermnier.

cándalo tomaron las armas el marido de Bertrada y el suegro de Berta. Existía empero entonces en Europa una fuerza moral mas eficaz que la fuerza guerrera, y que habia tomado á empeño el hacer respetar la santidad del matrimonio: la Iglesia tronó desde su altura contra los adúlteros, y fué excomulgado Felipe I en el concilio de Autun (1094).

En el mismo concilio, Urbano II, segundo sucesor de Hildebrando, excomulgó al emperador Enrique IV y á todos los sacerdotes casados y obispos simoníacos de la cristiandad. Continuó la guerra del imperio y el sacerdocio con numerosas vicisitudes, pues era el acontecimiento mas notable de la época, puso en actividad todos los brazos y todas las inteligencias, desarrolló el fervor religioso, el espíritu de unidad cristiana y las ideas democráticas, y ejerció la mayor influencia en la revolución plebeya que dió origen á las municipalidades y repúblicas de la edad media.

§. VII. — *Establecimiento de las municipalidades.* — No tiene una fecha cierta esta revolución: manifiéstase por la primera vez con el consejo de Mans (1); pero era sin duda un hecho llevado á cabo en muchos lugares, aunque lenta y silenciosamente, y que no fué regularizado, legitimado ó inscrito en los actos públicos hasta un siglo despues de su existencia, pues la mayor parte de los primeros instrumentos expedidos por los reyes ó barones no hacen mas que confirmar y garantizar los derechos adquiridos. No es obra pues de un hombre ni de un año el establecimiento de las municipalidades, sino que se debe á todos y á la madurez de los tiempos. Hablando con verdad, para los unos solo fué la renovación de las instituciones antiguas municipales, cuyos vestigios y recuerdos existian aun, y para los otros la conquista sobre los señores de instituciones semejantes, ó al menos de privilegios análogos; y esta doble causa fué la que inauguró en el siglo XII una multitud de pequeñas repúblicas diversamente organizadas, de diferente origen, mas ó menos libres ó prósperas, pero llenas todas de ardor y turbulencia.

(1) Guillermo el Bastardo conquistó el Maine, pero se sublevó durante su expedición á Inglaterra y volvió á sujetarse á sus señores. Entoces fué cuando se formaron en comunidad ó municipalidad los habitantes de Maine. Cuando volvió Guillermo al continente destruyó este estado y lo volvió á poner bajo su dominio.

El poder de los señores no fué mucho tiempo benéfico y protector, por mas que fuera siempre humilde y resignada la sumision de los siervos y villanos: «aquellos olvidaron bien pronto su alianza con el pueblo (1):» estos no se contentaron ya con tener asegurada su existencia desde que las pompas de la caballería y las necesidades del lujo aumentaron el bienestar, la condicion y el número de artesanos y de comerciantes, y luego que el progreso del comercio hubo creado fortunas mobiliarias fáciles de trasportar y defender. Los barones envidiaron las riquezas de sus súbditos, y ya como propietarios, ya como soberanos, les arrebataron los productos de su industria. Es bien sabido que no hay despotismo mas humillante que el de hombre á hombre, porque en él no hay nada que consuele ó deslumbre como en el despotismo religioso y monárquico: por esta razon se hizo intolerable la opresion señorial, porque estaba siempre presente, era siempre activa y se hallaba al nivel y en medio de los oprimidos, y porque los déspotas veian con claridad en el pequeño círculo de su soberanía los que debian tiranizar. Pero por esta misma razon los siervos veian claramente á los que debian atacar; y además las palabras evangélicas y el ejemplo de la independencia señorial les habian dado una idea de la dignidad del hombre. Formáronse entonces, imitando las asociaciones feudales en que eran recíprocos los deberes y las obligaciones, corporaciones de oficios para la defensa de cada individuo contra el señor. En las campiñas, donde los siervos estaban esparcidos, embrutecidos y medio desnudos, no pudieron formarse estas corporaciones, ó de-

(1) Esto parece probar el ensayo hecho en Normandía en 997. «A pesar de adorar al duque Ricardo excelentes cualidades, alzóse en un ducado una semilla emponzoñada de turbulencias civiles. Reunieronse los aldeanos en muchos conventículos y resolvieron unánimemente vivir á su antojo y gobernarse siguiendo sus propias leyes, y no haciendo caso de los derechos establecidos sobre el uso de aguas y bosques. Para confirmar estas convenciones, cada asamblea de este pueblo furioso eligió dos enviados que debian reunirse en asamblea convocada en medio de las tierras. Cuando el duque lo supo, envió contra ellos al conde de Torroux con soldados para disipar estas reuniones campestres. Prendió á todos los diputados y á algunos aldeanos, les hizo cortar las manos y los pies, y los devolvió así á sus familias para que les sirviera de escarmiento. Despues de sufrir tan riguroso castigo, los campesinos renunciaron á sus asambleas y volvieron á tomar sus arados.» (Guillermo de Jumieges, Historia de los normados, lib. V, cap. 2.)

saparecieron rápidamente ante las armas y el caballo de batalla del señor; pero en las ciudades, estaban unidos los siervos, bien vestidos y armados, y un poco orgullosos con su dinero y sus casas, y no temían la lanza ó el corcel del baron en sus edificios bien cerrados y en sus estrechas calles. Manifestábase en ellas el gran vicio del espíritu de localidad, porque si el señor podía oprimir solo y sin censura, también podía ser atacado solo y sin apoyo siendo entonces uno contra mil; se vió pues obligado á renunciar á una parte de sus derechos de propietario, y no se llevó á la fuerza de las casas de sus súbditos lo que necesitaba ó apetecía. Los vecinos adquirieron de este modo la libertad material y la seguridad individual, quedando dueños de sus casas, y gozando una propiedad que podían aumentar y dejar á sus hijos. No puede imaginarse cuantos esfuerzos y energía fueron necesarios para dar este primer paso y llegar á una situación que nos parece tan miserable. «Las inteligencias no concebían entonces nada mas elevado, ni que pudiera saciar mejor los deseos del hombre; y enormes sacrificios y penas costó el obtener lo que en la Europa actual constituye la vida civil, y lo que la simple policía de los Estados modernos asegura á toda clase de súbditos, sin que haya necesidad para alcanzarlo de constituciones libres (1).»

Cuando se hubo dado el primer paso hácia las franquicias, mudó de forma la tiranía. El baron no cedió sus derechos de propietario sin condiciones, y estas fueron tributos en dinero ó servicios en especie. Fué abrumando entonces poco á poco á cada corporación con vejaciones rentísticas, exigencias envilecedoras y tiranías judiciales; y los vecinos debieron luchar con él sobre la franquicia de los puentes, puertos y mercados, sobre las tasas impuestas á los hornos, molinos y aguas, sobre el derecho de edificar ó reparar sus casas, y sobre todo en la administración de justicia (2). En fin trataron de poner un término á sus males recurriendo al derecho de resistencia por medio de la fuerza, consecuencia del feudalismo que veían sin cesar ejercido en torno suyo. Como no era un solo hombre ni un solo artesano el

(1) Augusto Thierry, Carta 44 sobre la Historia de Francia.—(2) Véase la historia de la municipalidad de Beauvais, una de las mas agitadas de la Francia, en Guizot, historia de la civilización de Francia, t. V.

oprimido, sino todos los habitantes, se extendió el principio de la asociacion, y reuniéndose los vecinos en la iglesia ó en la plaza de la ciudad, «prestaron juramento, invocando lo mas santo, de ayudarse unos á otros con la lealtad, la fuerza y la union.» La municipalidad se establecia de hecho con este juramento ó *conjuracion*. Entonces los *jurados* ó *comuneros* se organizaban militarmente, y debian á la señal de la campana ponerse sobre las armas en la plaza para defender á la ciudad: nombraban ellos mismos magistrados para administrar los negocios y las rentas (á quienes se les llamaba *alcaldes* y *rejidores* en el norte de Francia, y *cónsules* y *jurados* en el mediodía); se formaban un sello y caudal público, y se encargaban de la custodia de los muros, de las puertas y de las cadenas de la ciudad. La municipalidad era pues un cuerpo político compuesto de todos los que tenian algo que defender, en el que reinaba la igualdad entre los ciudadanos, y los derechos é intereses de cada uno eran los de todos.

Luego que se formó la conjuracion, si no fué aceptada por el señor, comenzó la guerra entre este y los comuneros. Cuando ellos quedaban victoriosos, daba el baron á la municipalidad una carta, cuya confirmacion pedia muchas veces al señor feudal. Esta carta, en vez de ser una constitucion municipal y contener los derechos políticos de los vecinos, consistia en reglamentos relativos á la vida civil, á las libertades, á la industria, á la seguridad de los bienes y personas, á la policia, á la justicia, y á todo en fin de lo que podia arrancar á la ciudad de la anarquía material. Los vencedores no exigian ya nada mas: eran siempre del señor, protegidos y defendidos por él, conformándose con todos los usos antiguos y pagándole los servicios é impuestos convenidos; de modo que no se habia roto el pacto feudal, sino que se cumplia mejor, y la municipalidad era un feudo de un señor, quien tenia sus deberes para con sus ciudadanos lo mismo que estos para con él. Pero un juramento prestado por un baron á sus siervos era ya una completa revolucion; y la creacion de una democracia, inferior á la democracia señorial, pero mas verdadera y numerosa, y que podia extenderse y hacerse fuerte, era un brusco ataque contra el feudalismo. Entraron pues los vecinos en el órden social: tuvieron como los nobles la libertad feudal, el derecho de no pagar mas servicios que

los primitivamente pactados, y por consecuencia el derecho de resistirse contra los que se los quisieran imponer ilegalmente.

Esta revolución, aunque nada sistemática, fué simultánea en toda la Francia: la idea general que la produjo fué el instinto del mejoramiento; pero jamás hicieron alianzas entre sí las ciudades para alcanzar mas fácilmente su libertad, ni confederaciones para defenderse con mejor éxito. Los ciudadanos quedaron tan aislados dentro de sus murallas como los señores en sus castillos, y lo mismo dominó el espíritu de localidad en las municipalidades como en el resto de la sociedad. Cada ciudad trabajó por su cuenta, y fué para la mayor parte una ruda y terrible tarea expuesta á numerosas vicisitudes. Luego que se alcanzaron las cartas fué preciso defenderlas: y, modificadas, destruidas, restablecidas, extendidas y violadas, sus cambios fueron muy diversos, y muy diversos los grados de libertad. No solamente obtuvieron las ciudades franquicias y libertades locales de fecha y naturaleza diferentes, sino tambien los barrios, las calles y las familias. No hubo unidad, enlace, ni regularidad: raras veces el uno tomó el modelo del otro; pues lo que una ciudad ambicionaba como libertad suprema, por circunstancias particulares, era para otra una tiranía. Podian algunas gozar sin cartas libertades mas ó menos extensas y felices, y esto sucedió á las ciudades de dominio real, que estaban mas inmediatamente protegidas por los reyes y no tuvieron necesidad ni deseo de obtener cartas. Jamás fué Paris una municipalidad, y sus vecinos no obstante gozaban tanta libertad y respeto como los de Flandes y Languedoc. Dominó en general en las municipalidades del norte el principio democrático, que era el resultado del elemento feudal y germánico, mientras que en las del mediodía era superior el principio aristocrático, resultado de la superioridad del elemento municipal y romano; pero unas y otras tenian de comun el espíritu de actividad y turbulencia que las asemejaba á las antiguas repúblicas de Grecia.

§. VIII.—*Diferencias entre las municipalidades del norte y las del mediodía.*—En el norte de Francia, donde no hubo mas punto de partida que el recuerdo de las instituciones municipales y el instinto de la libertad feudal, fué tan laborioso é incompleto el acto de sacudir el yugo, que la lucha duró dos siglos y acabó

por la simultánea ruina de las municipalidades y señoríos por efecto de las usurpaciones del trono. Los barones eran allí mas brutales y guerreros, y el clero poco favorable generalmente á la emancipacion: ademas existian allí dos señores feudales, el emperador y el rey de Francia, á los que recurrían los dos partidos, y que intervenían en provecho propio y para aumentar el desórden; como su neutralidad se inclinaba al que mas ofrecia, con mas frecuencia favorecieron á los señores que á las municipalidades. Faltan documentos sobre la época de la emancipacion de las ciudades del norte: Paris, Metz, Reims, etc., eran de origen municipal. Las ciudades de Flandes y del Brabant estaban desde una fecha mas atrasada constituidas en municipalidades, pues no habian perdido jamás probablemente sus libertades romanas. Sus vecinos se hicieron ricos, orgullosos y turbulentos, y sus franquicias sirvieron de modelo y excitaron la envidia de todas las ciudades del norte. Formáronse mas tarde las municipalidades de Normandía, Champaña y Borgoña. No existen sobre ellas datos seguros hasta el siglo XII, aunque se supone que existían desde el siglo anterior (1). De las que se tienen mas indicios es de las de Vermandois, que se insurreccionaron á fines del siglo XI; y parece que tomaron por modelo á Cambrai, cuya insurreccion contra su obispo data de 957, y su municipalidad de 1076 (2).

El mediodía siguió el mismo impulso de libertad, pero con mejores resultados. No lo habian destruido todo allí los bárbaros como en el norte, y se encontraban aun vestigios muy poderosos de las libertades municipales: no existía allí ningun soberano que interviniese en provecho suyo en todas las contiendas: el clero no habia perdido su carácter de magistratura romana, y favorecia á la emancipacion: la aristocracia era menos orgullosa

(1) Son numerosas las pruebas. De este modo quiso el obispo de Autun en 1098 introducir en Flavigny la municipalidad establecida ya en Autun y en Chalons. (Crónica de Hugo Flavigny). Es menester advertir que los historiadores solo hablan transitoriamente y muy poco de las municipalidades.—(2) «¿Qué diré yo de la libertad de esta ciudad? dice un contemporáneo. No pueden en ella repartir impuestos, ni hacer salir la milicia á la guerra, ni el obispo ni el emperador, sino es en defensa de la ciudad, y con esta condicion deben volver á sus casas los vecinos el mismo dia.» (Script. rer. franc. t. XIII, p. 410).

y mas ciudadana; y en fin no habia mas que nobles y siervos en las ricas y grandes ciudades del Ródano y del Garona. La clase media habia ejercido siempre allí los oficios y el comercio, poseido tierras y conservado derechos políticos (1), tenia riquezas é instruccion, estaba admitida bajo un pié de igualdad con la nobleza en los castillos y torneos; y «los vecinos ricos que tenian la costumbre de vivir como los caballeros, gozaban iguales privilegios que estos (2).» Casi en todas partes se les llamaba *gentiles hombres, barones* (3), y no marchaban hácia la emancipacion á ciegas y sin tradicion. La lucha no fué larga y penosa, las cartas de municipalidad no hicieron mas que corroborar y rejuvenecer los derechos adquiridos hacia mucho tiempo, y por eso no contienen ni la concesion del derecho ni el establecimiento de las magistraturas municipales, pues existian ya éstas instituciones. Las tradiciones romanas y el espíritu de los habitantes ocasionaron que las ciudades de la Provenza, del Languedoc y de Aquitania tomasen el aspecto, las costumbres y el nombre de verdaderas repúblicas. Aviñon, Marsella y Tolosa hacian la guerra ó la paz por sola su autoridad, y los cónsules de estas grandes ciudades trataban soberanamente con los reyes de Francia y de Aragon ó las repúblicas de Italia: sus señores tenian solo los honores feudales y el mandó militar; y pertenecia á los magistrados municipales todo el poder político y legislativo.

No habia hecho allí tantos progresos el espíritu de localidad como en el norte, y eran mayores las ideas de generalidad y centralizacion, y no se trabajó solamente por los derechos de la mu-

(1) Una reunion de Tolosa en 1036 «á la que asistieron los gentiles hombres tanto nobles como ciudadanos.» (Historia del Languedoc t. II pág. 167.—(2) Concordia entre los condes de Tolosa y los habitantes de Aviñon en Fautoni, Historia de Aviñon, lib. I. p. 3.—El trovador Arnolfo de Marvell dice así: «Si los vecinos tienen una figura agradable y hablan bien, pueden gozar en las cortes, hacer galanterías y brillar en las fiestas.»—Pasa mas adelante Giraud Riquier: «Los vecinos pueden tener mas riquezas unos que otros, pero no rango que los distinga. Unos se dedican á las armas y otros á la caza: deben considerarse como caballeros, entregarse á la galanteria y vivir de sus rentas sin ejercer oficio ni comercio.» (Millot, historia de los trovadores).—(3) En el poema de la guerra de los albigenses se da continuamente el nombre de barones á los vecinos de Tolosa. Una carta de Luis VII llama tambien barones á los vecinos de Bourges.

nicipalidad sino por los derechos políticos. Los concilios provinciales eran estados generales donde se trataba de todos los negocios civiles, y adonde asistian no solamente los clérigos, sino los señores y diputados de las ciudades «con las personas distinguidas de uno y otro sexo (1).» En 1080 hubo una grande asamblea en Narbona adonde acudieron los señores y obispos de la provincia, los vecinos de Narbona y de otras ciudades; y donde se estableció un nuevo impuesto por voluntad y consentimiento general. En 1146 hubo otra asamblea de los estados de Provenza en Tarascon que no parece una innovacion sino la continuacion del uso antiguo. En fin en el Bearn se hacen remontar hasta el siglo octavo los *fueros y usos* que limitaban el poder de los señores de este país, y que confiaban la soberanía á la asamblea de los estados (2).

Estaban pues creadas las comunidades ó municipalidades, pero por fortuna de la nacionalidad y unidad francesas no formaron, como en Italia y Alemania, gloriosas y durables repúblicas, ni quisieron como en Inglaterra estar aliadas con la aristocracia, ni quedar aisladas é independientes, sino que no contentándose con formar una clase media, destruyeron, invadieron y absorvieron á todas las demás y se convirtieron en *nacion*.

La clase media, débil al principio, oscura, despreciada y sin tener ningun derecho político y apenas derechos civiles, no ha cesado de elevarse durante ocho siglos. Ella lo ha conquistado todo; riquezas, luces y poder: ella ha trasformado la sociedad y formado nuestra civilizacion; y es la que ha modificado el clero, destruido la nobleza, cambiado el trono, y terminado en 1789 por declararse poder supremo al proclamar la *soberanía del pueblo* (3).

(1) Véase los concilios de Saint-Ibert en 1059, y de Narbona en 1084 en la Historia de Languedoc.—(2) Historia del Bearn por Morea.—(3) Guizot Civilizacion Francesa t. V. Leccion 46 pág. 49.—Augusto Thierry, Cartas sobre la Historia de Francia.—Sismondi, Historia de los franceses t. V.—Raynouard, Historia del derecho municipal en Francia.—Hallam, La Europa de la edad media.

CAPÍTULO IV.

Primera Cruzada.—(1087 á 1099.)

§. I.— *Motivo y objeto de las cruzadas.*—Separáronse del califa de Bagdad en el siglo décimo el Africa, el Egipto y la Siria, formando bajo los descendientes de Ali ó los fatimitas (1) el califato del Cairo que hizo al de Bagdad una guerra encarnizada. Señores de Jerusalem los fatimitas, persiguieron á los cristianos de la Siria, y estos dirigieron frecuentes quejas á sus hermanos de Occidente (2); pero no fueron oídas mientras la Europa se ocupaba en la formación de la sociedad feudal. Cuando esta se vió organizada, cuando se reanimó el fervor religioso, y los latinos comenzaron sus peregrinaciones á la Tierra Santa, la piedad del Occidente se volvió hácia la Siria donde sufrían tantos cristianos y aun los mismos peregrinos. Pero esta compasión se exhaló entonces en inútiles votos, y no fué oída la voz de Silvestre II al proclamar por vez primera la necesidad de una guerra santa.

La religión de Mahoma volvía á despertar su espíritu de conquista con la conversión de nuevos pueblos bárbaros. Los turcos que eran de raza tártara originaria de los países situados al oriente del Caspio, saliendo de sus llanuras incultas en el siglo octavo, conquistaron la Persia y se hicieron musulmanes. Los califas de Bagdad buscaron el apoyo de esta milicia feroz, que se apoderó bien pronto del poder, no dejó á los vicarios del profeta más que los honores y la autoridad pontificia, y los guardó respetuosamente prisioneros en Bagdad (945). Una nueva horda turca llamada de los seldjoukidas, cuyos jefes tomaron el título de sultanes, hizo mayor aun el envilecimiento de los califas: derrotó á los fatimitas, se apoderó del Egipto, de la Siria y del Asia Menor, y devolvió al imperio de Mahoma su antigua grandeza.

(1) El califato del Cairo duró desde 908 á 1271.—(2) Véase en el tomo IX de *Scrip. rer. franc.* la carta de Hefas patriarca de Jerusalem dirigida en 884 á todos los príncipes de la ilustre estirpe del gran emperador Carlos, á los reyes, condes, obispos y abades de todos los países de las Galias, y en fin á todos los que adoraron al Cristo en el universo.

Esta horda se dividió en muchas dinastías. La mas poderosa era la de los sultanes de Iran ó de la Persia, que hizo enarbolar en Jerusalem el pendon de los abasidas, y sumió á los cristianos en la mas cruel esclavitud. La que se habia adelantado mas era la de los sultanes de Roum, establecida en Nicea, y que intentaba ya pasar el Bósforo de Tracia.

La Grecia se veia pues, lo mismo que en tiempos de Temístocles, amenazada por la invasion asiática; pero era á la sazón incapaz de detenerla por sí misma. No habia nada mas miserable que los habitantes del Bajo Imperio: estaban poseidos por un furor de controversias teológicas que ha sido el escándalo y la mengua del género humano: orgullosos de sus ciencias degeneradas, de su civilizacion bastarda, y su espíritu fútil y astuto, los cobardes descendientes de los helenos, separados de la confederacion cristiana con obstinacion, despreciando y odiando á los nuevos pueblos del Occidente que llamaban bárbaros; se entretenian en sus juegos de palabras al hallarse al frente los salvajes propagadores del islamismo.

Los latinos, llenos de fe, de lealtad y de bravura, odiaban á los sarracenos no solo como á infieles sino como enemigos de la ilustracion y de la libertad. Entre la multitud era una idea instintiva, y entre los papas precisa y razonada. El genio de Gregorio VII adivinó que existia una guerra preservadora y de salud para el cristianismo: vió con espanto que el Evangelio, desterrado del Africa, estaba acosado en el Asia; y que el Coran penetraba en Europa por los Pirineos, la Sicilia y el Bósforo. Él fué quien convocó todos los cristianos para la guerra santa, la única legítima que debian hacer: él acogió los gritos de desesperacion de los emperadores de Oriente, y les prometió el apoyo de los latinos: escribió á todos los descontentos de Europa, á los señores sublevados contra sus reyes, á los reyes enemigos del emperador, y en fin al mismo Enrique IV ofreciéndose como jefe de la expedicion (1). Segun el plan gigantesco que habia con-

(1) He aquí la carta del papa á Enrique IV. «Los cristianos de ultramar, de los cuales es degollado cada dia un gran número como si fueran ganados, me han pedido humildemente que les socorriera, para que la religion no desaparezca, lo que á Dios no plazca, bajo sus espadas. Lleno de tan vivo dolor que desee la muerte, porque preferiria morir á dejar al mundo presa de un orgullo carnal,

cévido, la guerra de Europa contra el Asia era una consecuencia de la monarquía universal de la Iglesia. Solo pudo llegar hasta este punto, pues ocupó toda su vida la necesidad de reformar la sociedad feudal antes de alzarla contra el enemigo común. Para que su voz hubiese sido oída, solo faltó entonces que la muchedumbre se hubiera apasionado por su proyecto. La idea de la guerra santa fermentó durante veinte años: apoyáronla Victor III y Urbano II, con sus discípulos y sucesores, y bien pronto se convenció todo el mundo de que la salvación de la Tierra Santa era un deber impuesto por Dios á los pueblos de Occidente.

La guerra era una empresa justa y necesaria: los cristianos eran los legítimos poseedores del país que invadían los turcos: habia en Asia diez ó doce millones de hombres que no solo eran sojuzgados como enemigos, sino degollados como cristianos; y el honor, la caridad y el interés exigian á los europeos que los salvaran. La causa era comun: y como decian los predicadores de la guerra santa, «ya que los infieles son los primeros que nos han atacado, nuestra espada no hace mas que rechazar la suya (1).» La confederacion cristiana y la musulmana se encontraban situadas frente á frente. Bagdad, dice un historiador de las cruzadas, era la capital de la raza y de la ley de los sarracenos; Roma la capital de la raza y de la ley de los cristianos; y el califa ocupaba en Asia el mismo lugar que el papa en Europa (2). No podian estos dos pueblos y religiones mezclarse, oirse y tratar juntos, y solo era posible entre ellos una guerra á muerte. Jamás habian dejado de ser los musulmanes agresores é invasores:

llamo y animo á todos los cristianos para que defiendan la ley del Cristo, sacrifiquen sus vidas por sus hermanos y hagan brillar la nobleza de los hijos de Dios. Los italianos y ultramontanos han acogido por inspiracion divina mis consejos. Ya están dispuestos mas de 5,000, si logran tenerme por jefe y pontífice en esta expedicion, á empuñar las armas contra los enemigos del Señor, y quieren, bajo mi direccion llegar hasta el Santo Sepulcro. Pero como tan grande designio requiere serios consejos y poderosos socorros, os pido unos y otros, para que si hago este viaje, seais vos despues de Dios, el encargado de la custodia de la Iglesia romana» (Cartas de Gregorio apud Labbe, t. X).—(1) Cartas de S. Bernardo.—(2) Jacobo de Vitry lib. III.—Jacobo de Vitry, y demás historiadores latinos llaman al califa el *papa de los musulmanes*, como Makrisi y demás historiadores árabes llaman al papa el *califa de los cristianos*.

en el siglo octavo fué necesario el rayo de los francos para impedir que extendieran el deseo eterno de la ambicion asiática: despues de aquella época, tomando diferente camino, pusieron el pié en Italia; y siempre median con sus ojos las murallas de Constantinopla. Era deber de los cristianos detenerlos, rechazarlos del territorio de Europa, combatirlos en la misma Asia «no para obligarles á creer, decia mas tarde santo Tomás de Aquino, sino para impedir sus estragos y persecuciones.» Los dos jefes, el de los musulmanes y el de los cristianos, convidaron pues igualmente á sus súbditos á la *guerra santa*; y Asia y Europa se dieron cita en la ciudad de David, como un dia en las aguas de Salamina y en los campos de Platea, para terminar allí su antigua contienda á la sombra de los nuevos estandartes de Cristo y de Mahoma.

Las cruzadas fueron pues guerras de defensa y de propaganda cristiana; guerras legítimas y populares, cuyo éxito parecia cierto, porque el mahometismo estaba en decadencia, los califas esclavos y el islamismo dividido en dos califatos, mientras el cristianismo progresaba, los papas eran los soberanos de la cristiandad, y completa la monarquía de la Iglesia. Los hechos y los entendimientos estaban dispuestos además en Europa para estas guerras: la Iglesia reunia en una haz y en una sola mano todas las fuerzas cristianas, al mismo tiempo que habian reanimado la fe, la reforma del clero y sus predicaciones: era visible el acrecentamiento de la poblacion y las riquezas: la caballería inspiraba el amor de la guerra, y abria ancho campo á las imaginaciones para soñar en reinos que conquistar, en oprimidos que defender, y en un Santo Sepulcro que libertar: los espíritus estaban ávidos de ilusiones y maravillas: eran copiosos los lances para los delirantes de gloria y de aventuras; habia en fin en todas las inteligencias y manos de aquella época un ardor y turbulencia que era imposible contener con la fregua de Dios, y que buscaban alimento en todas partes, en Italia, en Inglaterra y en España. Era preciso dar salida á esta actividad devoradora.

§. II.—*Predicacion de Pedro el Ermitaño.—Concilio de Clermont.—Preparativos de la cruzada.*—Aparece entonces un pobre ermitaño, llamado Pedro, que regresa de Palestina montado en una mula, con el crucifijo en la mano y los piés descalzos. Atraviesa

la Italia y la Francia contando la miseria y desolacion de los santos lugares y predicando la destruccion de los infieles. Todo el pueblo se amontona confusamente en torno suyo, repite sus gritos de venganza y ofrece su riqueza y sus armas para liberar el santo sepulcro. En medio de esta agitacion general, Alejo Commeno, emperador de Oriente escribe á los señores latinos en los términos mas lamentables: les cuenta las crueldades y desórdenes de los turcos que invaden su imperio y amenazan á Constantinopla: suplica humildemente su apoyo, y ofrece todos sus bienes y riquezas, hasta su corona y las hermosas mujeres de sus Estados, á los caballeros franceses que creia semisalvajes, con tal que la ciudad se libre del yugo de los implacables predicadores del Coran (1) (1092).

Convoca Urbano II un concilio en Plasencia; pero sumergidos los italianos en las agitaciones de sus repúblicas nacies, no responden á su entusiasmo y se contentan con prometer auxilio á Alejo; mas otro es el lenguaje y el ardor del pueblo mas cristiano y mas guerrero, del país que es el corazon de la Europa, y que lleva siempre la iniciativa en las revoluciones humanas.... de Francia en fin, que era tambien la patria de Urbano II (1095). A pesar de su division en cincuenta Estados, y de la nulidad de su rey, la barbarie de sus habitantes y la imperfeccion de sus instituciones, la Francia era aun el primer país de la Europa por la fama de sus caballeros, el ardor de su fe y el zelo que ponía en fundar la monarquía teocrática en Sicilia, Inglaterra y España. Quinientos obispos ó abades, muchos miles de barones y una inmensa multitud de todas condiciones se reunieron en el concilio de Clermont. Al principio se hicieron decretos sobre la reforma del clero, el restablecimiento de la tregua de Dios y la renovacion de las excomuniones lanzadas contra Enrique IV y Felipe I. En seguida contó el pontífice con llantos y sollozos los sufrimientos de los fieles de Oriente. «La sangre que se vierte en Asia es la sangre cristiana, dijo, rescatada por la de Cristo, y la carne entregada á los verdugos es la carne cristiana de la misma naturaleza que la del Salvador (2).»

Estas apasionadas palabras encendieron el afan de la venganza

(1) Martenne, Miscelánea epistolar, t. I. pág. 572.—Guiberto de Nogent. Historia de las Cruzadas, lib. I.—(2) Concilios de Labbe, t. X.

y el entusiasmo de aquella muchedumbre ardiente que gritó: Dios lo quiere! Dios lo quiere! Despues se dirigió á los caballeros y á los prelados, y les manifestó las razones políticas que legitimaban la guerra. «¡Nacion de allende los montes, amada y escogida de Dios, les dijo; muévanse tus almas con el recuerdo de tus antepasados! La tierra que habitais fué un dia invadida por los sarracenos, y la Europa hubiera recibido la ley de Mahoma á no ser por el valor de vuestros padres. Traed á la memoria sus peligros y su gloria: ellos salvaron al Occidente de la esclavitud, y vosotros librareis tambien á la Europa y al Asia y á la ciudad de Cristo, á Jerusalem, que fué la escogida del Señor y de donde nos vino la ley (1).» Excitó los ánimos, enardeciendo el espíritu caballeresco, la piedad para los oprimidos, el amor de las conquistas, y sobre todo la sed de guerra y el deseo de hacer penitencia que se habia apoderado de todos aquellos feroces señores. «Ya que teneis tanto afan de combates, les dijo, hé aquí una ocasion que expiará todas vuestras violencias; y pues deseais verter sangre, sea la de los infieles. ¡Soldados del infierno, convertios en soldados del Dios vivo! El Cristo murió por nosotros; morid ahora por él (2)!»

Las palabras del pontífice fueron acogidas con gritos de venganza, llantos de compasion y aclamaciones guerreras; y la mayor parte de los asistentes se arrojaron á sus piés é hicieron voto de libertar la Tierra Santa. Todos se pusieron en sus vestidos una cruz roja, y de esto tomaron el nombre de *cruzados*. Urbano les prometió el perdon de sus pecados, puso sus bienes bajo la garantía de la tregua de Dios, les concedió todos los privilegios é inmunidades de los clérigos, y amenazó con la excomunion á los que no cumplieran con su juramento.

Propagóse el entusiasmo por toda la Europa, «que dedicó voluntariamente á tan grande empresa su cabeza y sus brazos:» personas de todas las clases tomaron la cruz; sacerdotes, nobles, siervos, caballeros y bandidos, lo mismo los mas virtuosos como los mas corrompidos; unos para santificarse, otros para hacer penitencia, y todos con la esperanza de alcanzar el cielo. Todas las pasiones callaron ante una sola, ó por mejor decir, la sencillez grosera de aquella época se mezclaba, identificaba y creía

(1) Roberto el monje, Historia de Jerusalem, lib. I.—Guiberto de Nogent, lib. II.
 —(2) Foulquer de Chartes, Historia de las cruzadas, prefacio.

legitimar con la pasión de la religión las pasiones mas reprobables, como el amor al libertinaje y á las novedades, el deseo de adquirir las riquezas, las tierras y las mujeres de los paganos. Los barones que tan ávidos estaban de aventuras y tan dispuestos á salir de la ociosidad de sus castillos, hallaban en esta guerra todo lo que deseaban; viajes, guerra y botín. «Unos partían para evitar la nota de cobardes y perezosos, otros únicamente por ligereza ó por huir de sus acreedores (1), y el pueblo por la miseria y el afán de salir de la esclavitud. Cesaron las ambiciones, las contiendas y las guerras particulares ante la única idea que preocupaba todos los ánimos. Oficios, campos y castillos quedaron abandonados: se vendieron á ínfimo precio las tierras y las casas; y todos creían encontrar riquezas á montones en aquellos reinos de leche y miel que iban á conquistar. Los señores vendían á las iglesias y ciudades sus bienes y derechos feudales para comprar armas y víveres, y vendían juntamente con ellos, no sólo sus siervos sino hasta sus halcones y perros de caza. «Salían los peregrinos de los castillos y de las cabañas, de los bosques y de las montañas; los caminos eran estrechos, y faltaba espacio á los viajeros (2).» Hombres, mujeres, niños y ancianos se ponían en camino á pié, sobre carretas, sin armas, sin víveres, sin guías, ignorando los caminos, la distancia y la dificultad del viaje, ni lo que era el Asia y los sarracenos, no teniendo mas que un pensamiento y un grito: ¡Dios lo quiere!

§. III.—*Partida de los cruzados.—Su llegada á Constantinopla.—Batalla de Nicea, de Dorilea y Antioquia.*—El primer ejército mandado por el ermitaño Pedro y un caballero llamado Gautier, se puso en marcha por el valle del Danubio (1096). Era una cohorte bárbara, frenética, corrompida, «la hez de todos los pueblos de que se purgaba felizmente la Europa (3).» Devastó la Hungría y la Bulgaria, y llegó reducida á la mitad á Constantinopla. Dos ejércitos mas salidos de la Germania; mas brutales y fanáticos aun, se arrojaron sobre los judíos y los despedazaron, á pesar de los esfuerzos de los obispos que dieron á estos infelices un asilo en sus castillos. Todo lo saquearon y mataron al pasar, y fueron casi destruidos por los húngaros y bulgaros. «Sus críme-

(1) Guillermo de Tiro, Historia de las cruzadas, lib. I.—(2) Baudry, Historia de Jerusalem, lib. I. p. 28.—(3) Guillermo de Tiro, Historia de las cruzadas.

nes dice un historiador de las cruzadas, provocaron la cólera de Dios.»

Los restos de estas bandas se reunieron con los del ermitaño Pedro en Constantinopla, y formaron un ejército de cien mil hombres. Alejo se apresuró á hacerles pasar el estrecho. Continuaron sus excesos, y Pedro los abandonó como bandidos que Dios juzgaba indignos de adorar el Santo Sepulcro. Marcharon desordenadamente hácia Nicea, y fueron casi todos despedazados por los turcos.

Durante estos desastres tres ejércitos regulares preparaban armas, oro y víveres, y se reunía el primero en el norte, el segundo en el centro, y el tercero en el mediodía de Francia. Debían tomar tres caminos diferentes para no agotar el país por donde pasasen. La cita general era en Constantinopla. El ejército del norte, compuesto de diez mil caballeros y ochenta mil infantes de Flandes, de Lorena y de las orillas del Rhin, nombró por jefe por sus virtudes y hazañas á Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y descendiente por línea femenina de Carlomagno (1); tomó la direccion del valle del Danubio que atravesó sin obstáculo y sin desórden, y llegó en buen estado á Constantinopla. El ejército del centro compuesto de franceses, normandos, bergoñones, etc., tenía por jefes á Hugo conde de Vermandois, hermano del rey Felipe, á Roberto duque de Normandia que había encargado su ducado al rey de Inglaterra, y á Estéban conde de Blois. Atravesó la Italia, rechazó al pasar el ejército de Enrique IV, pues continuaba la guerra de las investiduras, y llegó á la Pulla. Allí se aumentó con los hijos de los conquistadores de Nápoles que mandaba Boemundo hijo de Roberto Wiscar. Estos dos ejércitos atravesaron el Adriático y desembarcaron en Grecia dirigiéndose á Constantinopla. El ejército del mediodía, compuesto de gascones, provenzales y tolosanos, estaba bajo las órdenes de Raimundo de San Guilles conde de Tolosa, el primer príncipe que tomara la cruz, y de Adhemar, obispo de Puy, legado de la Santa Sede y jefe espiritual de todos los

(1) Era de una familia enemiga de los emperadores de la que había nacido la célebre Matilde de Este. Tenió pues el partido de Enrique IV, trató á Rodolfo de Suavia y fué el primero que subió á las murallas en el asalto de Roma. Lleno de remordimientos por este acto, tomó la cruz para expiarlo.

cruzados. Atravesó los Alpes helvéticos, la Lombardía y el Frioul, pasó los Alpes julianos y se dirigió á Constantinopla al través de los pueblos salvajes y desconocidos de la Iliria y la Esclavonia.

Los griegos, esa nacion de eunucos, disputadora y arrogante, se espantaron al ver á los latinos bravíos, soberbios y «cubiertos de fe y de hierro.» Por su parte los peregrinos se maravillaron de las cúpulas de oro y de los palacios de mármol de Constantinopla, y tuvieron tentaciones de tomar esta ciudad en vez de Jerusalem. Alejo empleó toda su astucia para poner concordia entre estos terribles auxiliares y sus pérfidos súbditos, y terminó por pedir á los primeros que tomasen el imperio bajo su protección, prometiéndoles seguir con un ejército. Los franceses se apresuraron á recobrar las ciudades que habian pertenecido al imperio, y á rendirle homenaje por sus restantes conquistas: despues atravesaron el Bósforo, y llegaron á las llanuras de Nicea cubiertas aun con los huesos de los primeros cruzados. «Los príncipes volvieron á pasar revista de sus legiones, y encontraron que tenian seiscientos mil infantes de ambos sexos y cien mil caballeros con coraza (1).»

Pusieron sitio á Nicea. Kilidge-Arslan sultan de Roum, habia fortificado su capital, y reunido un ejército de cien mil hombres. Dió dos batallas, y fué vencido (1097). Nicea se rindió. El ejército continuó su camino atravesando la Pequeña Frigia, y alcanzó aun la sangrienta victoria de Dorilea. Los turcos entonces no dieron mas batallas, pero hostigaron sin descanso á los vencedores devastando el país. Los cruzados minados por el hambre y las enfermedades, perecieron en gran número en las gargantas de la Isauria y de la Psidia; y por fin despues de haber talado las dos Cilicias, destruido las mezquitas y robado las iglesias llegaron á la Siria.

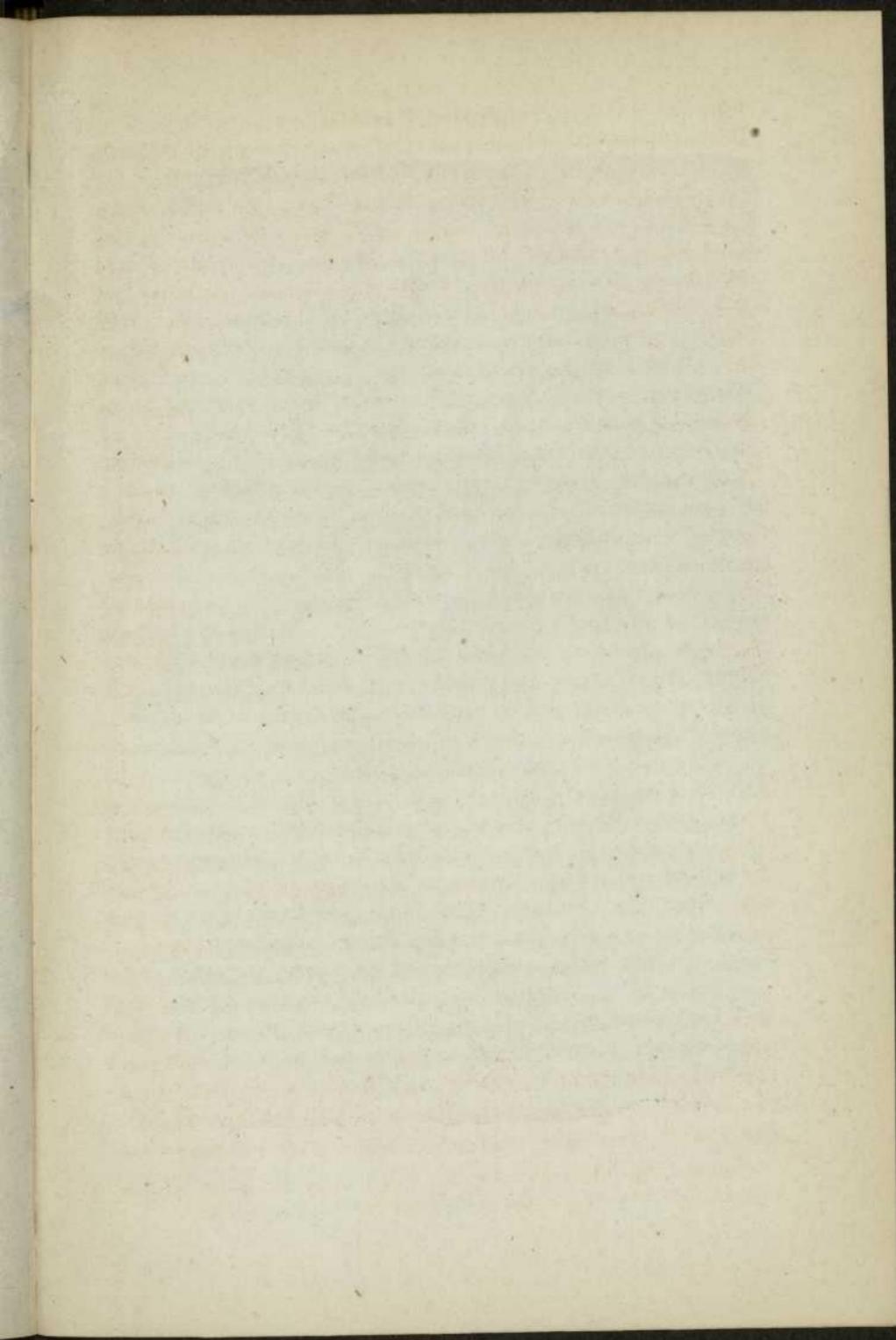
Era entonces soberana del país la dinastía de los seldjoukidas de Irán, aunque sumida en completa decadencia, pues sus Estados habian sido repartidos entre muchos pequeños soberanos que tomaban el título de sultanes. El soberano de Antioquia era Akhy-Sian cuando los cruzados llegaron ante las puertas de

(1) Guillermo de Tiro, lib. II.—Es preciso leer con desconfianza estas evaluaciones de hombres que son evidentemente exageradas.

esta inmensa metrópoli del Oriente, rica, poblada y adornada con ciento y sesenta iglesias: solo hacia catorce años que la habían tomado los turcos, y casi toda su población era cristiana; pero sumida en la servidumbre mas dura y custodiada por una guarnición numerosa, no pudo dar auxilio alguno á sus libertadores. El sitio duró nueve meses. Los cruzados sufrieron mucho con el hambre y los continuos ataques de los sultanes de Alepo y de Damasco, que querian salvar á la ciudad, y habiendo tomado á Antioquía por sorpresa, pasaron á cuchillo á todos los musulmanes que habia en ella (1098). Tres dias despues los cristianos se vieron sitiados en su misma conquista por un ejército formidable que mandaban los sultanes de Mosoul, Alepo y Damasco y ochenta emires. Muchos de los cruzados, no pudiendo explicarse las ventajas de los infieles, y espantados de sus pasados sufrimientos y de los peligros mas inminentes aun que les esperaban, abandonaron á sus hermanos y se volvieron á Europa. Alejo llegó con un ejército; pero sabiendo la desgraciada situación de los latinos, retrocedió. Cundió el desaliento entre los cristianos, y «poco faltó, dice Guillermo de Tiro, para que no acusasen á Dios de ingratitud, pues no se hacia cargo de sus largas fatigas y de la sinceridad de su lealtad (1).»

Principiaron las negociaciones: el ermitaño Pedro fué enviado á los sultanes y les dijo: «Las provincias que vamos á conquistar han pertenecido desde tiempo inmemorial á los cristianos; y como todos los pueblos cristianos son hermanos, hemos venido al Asia á vengar los ultrajes de los que han sido perseguidos y á defender la herencia de Cristo. Os conjuro pues, en nombre de Dios, á que os volvais á vuestros hogares, y haremos con vosotros una paz durable (2).» Los sultanes rechazaron con desprecio sus proposiciones, creyendo á sus enemigos reducidos al extremo de la miseria y de la desesperacion. Entonces los cruzados se prepararon á una desesperada batalla por medio de la oración y del ayuno. Cien mil guerreros «con el corazón lleno de valor pero devorados por el hambre (3),» salieron de Antioquía y acometieron á los musulmanes, cuyo ejército, segun dicen, se componia de trescientos mil hombres. Los turcos fueron completa-

(1) Guillermo de Tiro, lib. IV.—(2) Fouquier de Chartres cap. 14.—Guiberto de Nogent, lib. IV. Roberto el monje, lib. VIII.—(3) Raul de Caen, cap. 82.





mente vencidos, y su derrota acarreó la completa ruina del imperio de los seldjokidas. Los fatimitas salieron de su abatimiento, volvieron á entrar en la Siria, y Jerusalem cayó otra vez en su poder.

§. IV.—*Toma de Jerusalem.—Particion de las conquistas.—Asesises de Jerusalem.*—Despues de la victoria de Antioquia los latinos descansaron durante seis meses, y se disminuyó su número por las enfermedades y una hambre tan terrible, «que muchos llegaron al extremo de comer carne humana (1).» Volvieron á ponerse en marcha cuando supieron la nueva toma de Jerusalem por los egipcios. «Los sirios, que hacia mucho tiempo anhelaban su llegada, corrian delante de ellos llorando y entonando cánticos (2).» En fin los cruzados llegaron á las alturas de Emaús, y descubrieron desde allí á la ciudad de David. Transportados de alegría con este espectáculo y los ojos llenos de lágrimas, arrojaron grandes gritos, cayeron de rodillas y besaron aquella tierra sagrada cantando estas palabras del Profeta: «Levántate Jerusalem, hija de Sion, y sale del polvo (3).» Solo eran cuarenta mil, de los cuales apenas la mitad eran combatientes, y hacia cuatro años que habian salido de su patria. El sitio fué terrible, sobre todo para los sitiadores que eran inferiores en número á los sitiados: despues de cinco semanas de esfuerzos, el día 15 de julio de 1099, la ciudad santa fué tomada por asalto y teatro de una espantosa carnicería. No hubo asilo para los vencidos, y hasta en el templo y pórtico de Salomón «la sangre llegaba hasta las rodillas y las bridas de los caballos (4).»

Godofredo de Bouillon que no habia tomado parte en el degüello, se dirigió con los piés descalzos y sin armas al Santo Sepulcro. Todos los vencedores manchados aun de sangre imitaron su ejemplo, se quitaron los vestidos de guerra, se dieron golpes de pecho, arrojaron gemidos y gritos de alegría, y marcharon hacia la iglesia llorando y cantando. «El clero de Jerusalem, dice Guillermo de Tiro, y todo el pueblo fiel de esta ciudad, que durante tantos años habia soportado el yugo cruel de una injusta servidumbre, dieron gracias al Redentor por la libertad que re-

(1) Raul de Caen, cap. 82.—(2) Guillermo de Tiro, lib. VIII.—Raul de Caen cap. 97.—(3) Foulquer de Chartres, cap. 48.—(4) Raimundo de Agiles.—Carta de Godofredo y de Raimundo á Urbano II.

cohraban; y llevando cruces é imágenes de santos, se pusieron delante de los vencedores y los introdujeron en la iglesia.» Al día siguiente volvió á seguir la carnicería: el consejo de los cruzados sentenció á muerte á todos los musulmanes que quedaban en la ciudad: fueron degollados hasta los niños y las mujeres; y esta barbarie solo pudo excusarse con la dificultad que tenian de guardar prisioneros mas numerosos que los vencedores. El degüello duró ocho dias y perecieron setenta mil sarracenos. Llenáronse de consternacion los musulmanes de la Siria; pues veian á los sultanes seldjoukidas arruinados por sus derrotas, y al califa de Bagdad aterrado con los progresos de los cristianos y por su impotencia en combatirlos. La necesidad hizo callar los odios religiosos; volvieron sus esperanzas hácia á los fatimitas de Egipto, y se reunieron con un numeroso ejército que organizaba en Ascalon el sultan del Cairo. Godofredo reunió veinte mil hombres y dió la batalla á estos nuevos enemigos. Otra vez alcanzó una completa victoria.

Estaba terminada la conquista y solo faltaba regularizarla. Eligieron por rey de Jerusalem á Godofredo de Bouillon que era el mas virtuoso de los príncipes cruzados: Boemundo el Normando se habia establecido ya en Antioquia: Balduino, hermano de Godofredo, que se habia separado del ejército en el Asia Menor, seguido apenas de doscientos hombres, fué acogido como un libertador en las ciudades de Capadocia y de Armenia y fundó un estado en Edesa á orillas del Eufrates; y Raimundo de Tolosa, que habia hecho voto de no voiver mas á Europa, era soberano de Trípoli. Al crearse estos señoríos no se trató del homenaje prometido al emperador de Oriente. Quejóse este: los cruzados le respondieron que habia sido el primero en violar la alianza por sus relaciones con los infieles y por su cobarde retirada; y que por consecuencia se creian soberanos legítimos de los países que habian conquistado con sus armas. Y como la guerra santa era obra del pontificado, se reconocieron vasallos inmediatos de la Santa Sede: los reyes de Jerusalem, los príncipes de Antioquia, de Edesa y de Trípoli recibieron la investidura de manos del patriarca de Jerusalem; y se hicieron rendir homenaje por los señores que se establecieron en las aldeas y castillos de Judea.

Mas costosa fué aun la defensa de las colonias cristianas que

su conquista. Luego que se vió asegurada en Palestina la dominacion de la cruz, los peregrinos se volvieron á su patria, y no le quedaron á Godofredo mas que trescientos caballeros. Las posesiones de los cristianos estaban por todas partes mezcladas con las de los sarracenos, y no cesó la guerra. Godofredo no obstante pensó en sus proyectos de gobierno, y en asegurar el estado y las relaciones entre colonos é indígenas. Con este objeto se establecieron las *assises de Jerusalem*. El código publicado por esta asamblea, uno de los documentos mas preciosos de la edad media, es una obra metódica, muy superior á las leyes bárbaras. No hay nada igual escrito ni concebido desde los romanos; y en él se ve toda una sociedad nueva, grosera sin duda y regida por la fuerza, donde el derecho hace un esfuerzo para ocupar un lugar distinguido. Se establecieron tres tribunales de justicia; uno de barones presidido por el rey, otro de vecinos presidido por un vizconde, y otro de sirios que se juzgaban ellos mismos. Se manifestaron y protegieron los derechos de todos, pero los villanos y los cautivos quedaron en la servidumbre. Las *assises* de Jerusalem regularizaron el feudalismo é hicieron un sistema cuya influencia resistió poderosamente á los Estados de Occidente. Los peregrinos contaron á la Europa admirada los usos y buenas costumbres de la Palestina; y los dos siglos de duracion que tuvieron las colonias cristianas se debieron tan solo á esta legislacion, á pesar de haber sido violada por las pasiones de los conquistadores.

§. V.—*Partida de nuevas cruzadas*.— Los Estados de Europa menos guerreros ya y contenidos por el sentimiento religioso, quedaron en paz durante esta larga expedicion. Nadie se ocupaba mas que de los trabajos y peligros de los ejércitos de Oriente: todos los intereses y pasiones se volvian hácia los peregrinos, cuyas cartas se leian públicamente en las iglesias; de modo que la noticia de la conquista de la Tierra Santa excitó el mas vivo entusiasmo. Llegó entonces el papa al apogeo del poder, movia á la Europa como á un solo hombre, mandándole dedicar sus fuerzas y sus armas á la causa general, prohibiendo todo conato de contiendas particulares, y publicando la guerra en una parte y en otra la paz con un signo de su voluntad. De este modo la cruzada recibió su fuerza de la monarquía teocrática que la ha-

bia engendrado, que la consolidó al mismo tiempo, y dió á los papas durante dos siglos el medio de accion mas poderoso sobre el mundo cristiano.

A pesar de haber perecido quinientos ó seiscientos mil hombres, no se habia entibiado el zelo religioso. La vuelta de los cruzados, el relato de sus maravillosas aventuras, la gloria y el respeto con que se les consideraba, no hacian mas que enardecer el entusiasmo. Se llenaba de aplausos y enhorabuenas á los héroes que habian visto el Santo Sepulcro: se trataba con ignominia á los cobardes que abandonaran la cruzada á medio camino; y se sabia que solo habian quedado un puñado de guerreros para la defensa de las conquistas cristianas. Godofredo murió despues de un año de reinado (1101). Era la persona mas célebre de su tiempo; trovador elegante, cuyas poesias son las mas antiguas que han llegado hasta nuestra época, se hizo famoso por sus amores escandalosos, sus violencias guerreras y sus desprecios para con los sacerdotes; y por eso cedió á la opinion pública, y creyó expiar sus crímenes con una cruzada. Estéban de Blois y Hugo de Vermandois, fugitivos de la primera expedicion, se vieron obligados por el clamor general y sus remordimientos á reunirse con él al mismo tiempo que los duques de Borgoña y de Baviera, los condes de Nevers y de Saboya, etc. Su ejército, compuesto de doscientos mil hombres, llegó á Constantinopla; y á pesar de los consejos de Raimundo de San-Gilles, determinó atravesar las provincias centrales del Asia Menor. El sultan de Iconium lo destruyó en tres batallas, y solamente llegaron á Jerusalem algunos millares de personas. Hugo y Estéban perecieron, y Guillermo volvió á sus estados con mucho trabajo.

Algunos años despues, el mismo Boemundo príncipe de Antioquia vino á Europa á reanimar el zelo de los cristianos, y sacó de Francia y de Italia un poderoso ejército que dirigió contra Alejo Commeno, queriendo vengar al Occidente de las perfidias de los griegos y abrir con la conquista de Constantinopla un camino seguro á los cruzados (1107). Pero se desgració esta expedicion por el remordimiento de los latinos, que se avergonzaban de pelear contra cristianos.

Este fué el fin de la primera grande cruzada.

§. VI.—*Resultado de las cruzadas.*—Se había alcanzado ya el resultado político: la confederacion cristiana había extendido sus fronteras hasta el Eufrates: se habían fundado cuatro Estados cristianos, puestos de avanzada entre la Europa y el Asia, propiedades comunes adquiridas por un esfuerzo comun, y confiadas á la comun defensa. Constantinopla estaba al abrigo de los turcos: los emperadores de Oriente volvian á tomar posesion de la mitad del Asia Menor y de las islas vecinas: la invasion musulmana se había extinguido para tres siglos en Asia; y la civilizacion del Evangelio podia seguir en adelante sin temor y sin peligro la lenta serie de su desarrollo. Las cruzadas revelaron á la Europa cristiana el grande hecho de su unidad, y por ellas se mostró en accion la monarquía de la Iglesia. Todos los pueblos habían marchado bajo una misma bandera por un movimiento libre, espontáneo y general; y «los cruzados á pesar de la diversidad de lenguas, se habían mostrado como un pueblo de hermanos unidos por una misma pasion, por el amor del Señor (1).» Todos los entendimientos y facultades y todas las existencias experimentaron una conmocion violenta, viéndose arrojados fuera del aislamiento feudal, puestos en contacto con nuevas cosas y hombres, y nuevas ideás. El feudalismo recibió un gran sacudimiento: los subvasallos, que habían vendido sus tierras para ir á Siria á buscar fortuna, hicieron que los pequeños feudos se confundieran con los grandes, y estos se convirtieron en centros de sociedad que hicieron cesar el espíritu de localidad. Al mismo tiempo las ciudades adquirieron de los señores que partieran á la cruzada, ya bienes, ya franquicias, y el nombre é importancia de las municipalidades se aumentaron. Por otra parte la cruz fué un signo de libertad: el siervo y el señor experimentaban iguales sufrimientos durante la cruzada; y despertáronse entre ellos, con la igualdad de peligros y de ideas, los sentimientos de fraternidad evangélica. Fueron rapidísimos los progresos materiales é intelectuales: el comercio aprendió nuevas vias y nuevos medios de industria. Se hizo la peregrinacion á Oriente, no solo por devocion, sino por curiosidad de viajeros ó por interés de comerciantes. Vieron dos sociedades muy

(1) Foulquer de Chartres.

diferentes, materialmente superiores las dos á la de los latinos, como la griega y la musulmana: aborrecieronlas al principio: despues, cuando las conocieron mas, las apreciaron y trataron de imitar; y esto que dió á la vez al corazon mas benevolencia y mas desarrollo al entendimiento, produjo la cesacion de las cruzadas, que fué el resultado mas completo y cierto de la religion.

La Francia tomó la parte principal y alcanzó casi toda la gloria de la guerra santa: acrecentóse su fama; su lengua que se hablaba ya en Inglaterra y en Sicilia, se habló tambien en Siria; el nombre de franco quedó como sinónimo de cristiano, y un número prodigioso de historias latinas y francesas contaron las *kazañas de Dios por manos de los francos* (1). Todos los reyes de Jerusalem fueron franceses. Durante los dos siglos que duró «este largo acceso de devocion y de gloria (2),» el destino de la Tierra Santa estuvo unido al de Francia; y la historia de las cruzadas no es mas en realidad que un episodio de la historia de los franceses.

SECCION II.

Apogeo de la monarquía universal de la Iglesia. (1100.—1229.)

CAPÍTULO I.

Progresos de la monarquía feudal en el reinado de Luis VI.

(1100.—1137.)

§. I.—*La monarquía toma un carácter moral y caballeresco.*—Bajo el reinado de los cuatro primeros reyes Capetos, la monarquía era tan impotente é inerte, que parecia que estos cuatro nuevos soberanos habian olvidado las condiciones de su origen, y se resignaban á no ser mas que pasivos señores de sus pequeños dominios (3). Su título despertaba en ellos pensamientos su-

(1) Guiberto de Nogent, Historia de las cruzadas, prefacio.—(2) Guizot, Noticia sobre Guillermo de Tiro, en la colección de Memorias relativas á la Historia de Francia.—(3) El dominio directo de Felipe I comprendia los países que forman en la actualidad los cuatro departamentos del Sena, Sena-et-Oise, Oise et Loiret. Su

periores á su situacion, pero retrógrados y que de ningun modo estaban en armonía con la nueva sociedad. El trono de Carlomagno estaba aun impreso en todos los recuerdos, y alcanzaba con la poesía una fabulosa nombradía. Los reyes pues, olvidando la fecha y origen de su dignidad, se extasiaban en absurdos sueños sobre el poder imperial completo y brillante: se desesperaban de su impotencia, y no comprendian el partido que hubieran podido sacar de su título fundando una monarquía nueva como la sociedad, es decir, feudal. El trono, mal definido y desconocido, gozando de la eleccion y de la herencia, del carácter sacerdotal y del imperial, era por su naturaleza y su origen un poder casi extraño en la nueva sociedad. Y solamente porque habia quedado en Francia un país que no dependia de nadie, y cuyos poseores habian alcanzado al azar el título de reyes, les daba á estos una superioridad moral sobre todos los demás propietarios, é iba á ser este país el núcleo donde tarde ó temprano se agruparian despues todos los demás. Los soberanos de esta tierra privilegiada solo tenian que seguir el ejemplo de los grandes feudatarios. Estos que no estaban extraviados por las ideas del pasado y la ilusion de un título, se aprovechaban de su situacion para convertir sus feudos en verdaderas monarquías que todo lo centralizaban en torno de ellas; y no habia razones para creer que un dia uno de estos grandes vasallos, sobre todo el duque de Normandía, llegaria á reunir al poder material que tenia ya, la corona de Francia tan infecunda en las manos de los Capetos. Felipe I fué incapaz de emprender este cambio, y espectador vil y pasivo de todos los grandes acontecimientos de su siglo, no pensaba mas que en sus placeres y vivia oscuro y aislado con su Bertrada en sus castillos (1); pero como los barones

soberanía feudal era reconocida por la casa de Champaña que reinaba en siete de nuestros departamentos, por la de Borgoña que reinaba en tres, por el duque de Normandía, en cinco, el duque de Bretaña, en cinco, el conde de Flandes, en cuatro, el conde de Anjou, en tres, el conde de Vermandois, en dos, y el conde de Bolonia en uno: total treinta. Pretendia ser reconocida aunque sin serlo por los treinta y cuatro departamentos del mediodía, y no lo era absolutamente por los diez y ocho departamentos del este, que comprendian el reino de Provenza y el de Lorena (Sismondi, t. V. p. 8.)—(1) Solo salió para ir á visitar con ella á Foulques de Anjou que les recibió con grandes honores. «Tenia esta mujer tan esclavo de su voluntad á su primer marido el Angevino, que aunque enteramente

del ducado de Francia se aprovechaban de su cobarde reposo para atacar su dominio, asoció al trono á su hijo Luis (1100), y no se ocupó ya mas de negocios públicos hasta que murió en 1108.

Luis VI llamado el Gordo, era un hombre de talento y de valor: no abrigó el pensamiento de resucitar el trono imperial que habia destruido para siempre el feudalismo, sino que tomando á la sociedad tal cual era, y reconociendo y respetando todos los derechos feudales, conoció por sus ideas caballerescas que «el deber de los reyes es reprimir con mano poderosa y por el derecho originario de su cargo, la audacia de los grandes que despedazan el estado con sus interminables guerras, asolan á los pobres y destruyen las iglesias (1).» No era un sábio que hubiera meditado sobre el origen, extension y legitimidad del poder real, sino un buen caballero que satisfacía sencillamente las necesidades sociales, sin anunciar el plan de su empresa, y no pensando en crear para el porvenir. Convirtió tambien el trono en un poder público aparte de la soberanía feudal con derechos sobre todos y deberes hácia todos, equitativo y benéfico que debia ser amado y lograr buen éxito porque era análogo al de la Iglesia, aunque el suyo ponía por obra á mano armada la mision que el pontificado proclamaba con sus decretos. La monarquía era entonces la caballería puesta en el trono, y el rey «en cierto modo el gran juez de paz de su país (2).»

Luis solo pudo poner en práctica sus ideas en un círculo muy estrecho; pero los derechos que manifestó, aunque tímidamente y sin esplendor, eran mucho mas vastos que los hechos que llevó á cabo; y sus sucesores los aplicaron en mayor escala. La suerte de la nacion francesa dependió de su desarrollo, pues desde el momento en que se estableció que la monarquía no era solo un modo de posesion territorial, sino un poder puramente político, situado fuera de la gerarquía feudal, quedó creada como principio la unidad nacional; y efectivamente ya no fué solo es-

arrojado de su lecho, la respetaba como una soberana y muchas veces sentado en un escabel donde ella ponía los piés fascinado por sus encantos, obedecia sus órdenes.» (Vida de Luis VI por el abad Suger).—(1) Guizot, Civilizacion europea Leccion 9. Civilizacion francesa t. IV Leccion 12.—(2) Vida de Luis VI, capítulos 2 y 8.

ta unidad una teoría desde el siglo XII sino un hecho establecido y reconocido de todos.

§. II.—*Guerras de Luis VI contra sus vasallos.*—El primer deseo de Luis fué ser soberano de sus dominios y librar al trono de los pequeños vasallos cercanos de Paris, que desde sus castillos salian á robar los pueblos y amenazar las iglesias. Protegió los caminos, las ferias y los peregrinos: se ocupó con una actividad extrema de los mas minuciosos negocios de política y de las mas íntimas contiendas entre los individuos; oyó todas las quejas, y erigiéndose en desfacedor de tuertos y vengador de ultrajes, acometió á todos los opresores. «Era el defensor ilustre y animoso de los débiles, dice Suger: velaba por lo que tanto tiempo hacia se había descuidado, por la tranquilidad de los labradores, obreros y pobres; y con estas pruebas de valor se conquistó la aprobacion general, y se esforzó en dar á la administracion pública todo lo que imperiosamente necesitaba (1).»

Bouchard de Montmorency era el mas turbulento de aquellos castellanos, y saqueaba continuamente las tierras de la abadía de San Dionisio. Luis le obligó á comparecer ante su consejo. «Bouchard perdió su causa, cuenta Suger; mas no quiso someterse al fallo pronunciado contra él, y se fué sin quedar preso, en lo que no se observaron los usos de los franceses; pero bien pronto experimentó todas las desgracias con las que la majestad real tiene derecho para castigar la inobediencia de sus súbditos (2).» Otro de los vasallos indómitos era el señor de Montlhery, cuyo castillo obstruía el camino de Paris á Orleans. El débil Felipe solo pudo alcanzar la posesion de este castillo casando á uno de sus hijos con la heredera de aquel señor (1104). Entonces le dijo á Luis: «Ten cuidado, hijo, de conservar este castillo, cuyas vejaciones me han hecho envejecer, y cuyos fraudes y traiciones no me han dejado un momento de paz ni de tregua (3).» El castillo de Puiset, situado entre Chartres y Orleans, causó muchos años de guerra, pues fué tres veces tomado y por fin destruido. Su señor era aliado de Tebaldo IV conde de Champaña y de Blois, cuyas posesiones circundaban casi todas las del rey, y que fué su enemigo toda su vida.

(1) Vida de Luis VI, cap. 2 y 8.—(2) Id. cap. 11.—(3) Id. cap. 8.

Luis sacaba sus fuerzas de un dominio muy reducido; y « como le faltaba dinero, lo suplía su energía de carácter para reunir soldados. » Tuvo por aliados constantes á los obispos. « La gloria de la Iglesia de Dios, decía el abad Suger, está en la union del trono con el sacerdocio (1); » palabras notables que resumen toda la política de los Capetos. El clero y el rey trabajaban por el mismo fin que era la paz. La Iglesia decretó que los sacerdotes acompañasen á Luis en la guerra con sus feligreses y banderas. Por medio de los sacerdotes atacaba á los bandidos sediciosos, enemigos de los viajeros y de los débiles (2), y luego que experimentaba una adversidad, todos venian en su auxilio. La poblacion agrícola de las tierras eclesiásticas, mas próspera ya que la de los legos, adquirió de este modo importancia; y Luis la aumentó dando á los colonos de las iglesias ciertos derechos, entre otros, el de atestiguar y combatir en justicia hasta contra los hombres libres.

Aquel activo monarca no se contentó con contener los pillajes y vejaciones de los señores; intervino en el gobierno interior de sus feudos, dió oídos á las apelaciones de los vasallos y puso coto á sus derechos de justicia. Como habia ya perdido el uso y la fuerza el consejo de los pares, instituyó en los dominios propios, y hasta en los de sus vasallos inmediatos, *prebostes* encargados en un principio de recaudar los tributos de los colonos, y mas tarde de administrarles justicia. Estos tribunales reales, mas justos é independientes que los de los señores, adquirieron poco á poco extension y firmeza.

§. III. — *Intervencion de Luis en el establecimiento de las municipalidades.* — *Historia de la municipalidad de Laon.* — El movimiento revolucionario de las municipalidades, que estaba entonces en su mayor vigor, favoreció las empresas de Luis, y se mezcló en las contiendas de los señores y los vecinos para sancionar su concordia y sacar dinero de unos y de otros. No tenia intencion de destruir ni rebajar el poder de los barones, sino de regularizarlo; y protegió á los vecinos como á oprimidos, y nó como á un cuerpo nuevo que fuera preciso oponer á la nobleza. Era un caballero leal que comprendía que el trono debe ser el poder

(1) Carta de Suger al arzobispo de Reims, apud. *Scrip. rer. franc.* t. XV página 511. — (2) Orderico Vital, lib. XI.

protector de todos; hizo muy poco esfuerzo para favorecer el establecimiento de las libertades municipales, que debían su origen á causas independientes de su voluntad; y mas frecuentemente fué su contrario que su amigo y protector. Concedió á las cinco principales ciudades de su dominio, Paris, Orleans, Melun, Etampes y Compiègne, privilegios en favor de su comercio é industria, pero nó títulos de municipalidad. Solo seis ciudades los obtuvieron; pero ninguna de ellas le debió su origen, pues no hizo mas que sancionar con su sello el tratado hecho entre los insurgentes y sus señores. Estas son Noyon, Beauvais y Laon, que pertenecían á sus obispos, Soissons y Amiens que eran á un tiempo de sus condes y sus obispos, y San Riquier, que pertenecía á la abadía de su nombre. Algunas palabras sobre la ciudad de Laon nos harán formar una idea de lo que fué la revolucion municipal.

Los clérigos y grandes de esta ciudad, dice un testigo ocular, ensayaban todos los medios para sacar dinero al pueblo, y le ofrecieron por una suma convenida la concesion para formar una municipalidad (1110). «Una municipalidad, nombre nuevo y execrable, consiste en que los tributarios no deben pagar mas que una vez al año á sus señores las cuotas ordinarias de su servidumbre; y si cometen algun delito, pueden salir libres con un castigo legalmente fijado; y además están enteramente exentos de todas las cargas y tributos que hay costumbre de imponer á los siervos (1)» El pueblo de Laon consintió en ese trato: se estableció la municipalidad con las mismas bases que la de Noyon, y Luis VI la confirmó con una carta despues de haber recibido un regalo de sus vecinos. El obispo se arrepintió y pidió al rey que anulase el contrato. Los de Laon quisieron parar el golpe ofreciendo á Luis 400 libras, pero el obispo ofreció 700. «El rey; bueno en todo, abrió fácilmente su alma á la avaricia (2),» aceptó la oferta mas crecida, fué á Laon, revocó la carta, y se apresuró á salir de la ciudad temeroso de las turbulencias que preveía. Efectivamente los vecinos, volviendo á caer bajo el poder de los nobles, se vieron obligados á pagar las 700 libras que el obispo habia prometido al rey. Entonces se sublevaron al grito

(1) Vida de Guiberto de Nogent, por él mismo, lib. III. cap. 8.—(2) Id. *ibid*

de: ¡ Viva la municipalidad! se apoderaron de la iglesia, sitiaron el palacio episcopal, mataron al obispo y á los nobles é incendiaron sus casas y la catedral. Despues de estos excesos llenos de terror abandonaron la ciudad, y buscaron un asilo en los castillos de Tomás de Marle, señor de Coucy, que era uno de los mas feroces bandidos de su tiempo.

Tomás de Marle y sus protegidos fueron excomulgados y sitiados en Coucy por Luis VI, que tomó el castillo, ahorcó á los refugiados, y volvió á poner en paz á la ciudad de Laon. No se atemorizaron los vecinos con aquel desastre, y diez y seis años despues se restableció la municipalidad, aunque con el nombre de institucion de paz «porque el de municipalidad fué siempre abominable.» Sufrió numerosas revoluciones, y no se abolió hasta 1113 (1).

Luis tomaba parte en la revolucion municipal muy pocas veces, por interés pecuniario, y en las ciudades de sus propios vasallos. No podia hacerlo en las de sus grandes feudatarios que daban cartas de su plena autoridad, sin que él pensase en mezclarse en ellas; y por esto se ven tan pocos documentos con su nombre en los que nos quedan del establecimiento de las municipalidades de Borgoña, Normandía y Guyena.

§. IV.—*Actividad guerrera de Luis.*—*Negocios de Alemania, Provenza, etc.*—Al ver Luis la sumision de sus vasallos y la deferencia de los obispos, conoció cuánta era la importancia de su fuerza y de su derecho. Entonces se atrevió á manifestar y proclamar su título en medio de los grandes feudatarios, cuya independencia era tan completa, que algunos habian llegado al extremo de negarle la vana ceremonia del homenaje. No pasó ningun acontecimiento, ni se hizo una guerra ó tratado en las diversas partes de Francia, sin que se mezclase, con razon ó sin ella, y con buen ó mal resultado. «Véfasele correr sin cesar, dice Suger, con un puñado de caballeros á poner orden hasta las fronteras de Berri, Auvernia y Borgoña, para que se viera claramente que la eficacia de la virtud real no estaba circunscrita en los límites de ciertos lugares.» A fuerza de hacer proclamar pomposamente los derechos de su corona y de apoyarlos con su

(1) Veas. Agust. Thierry, Cartas sobre la Historia de Francia.

espada y su presencia, llegó á deslumbrar á los grandes feudatarios, á hacerse temer y respetar, á pretender derechos y exigir servicios; y trazó á sus sucesores la marcha que debían seguir, para usurpar, como poder único y general al principio los derechos y después los estados de los vasallos soberanos, y destruir de este modo el feudälismo.

Luis alcanzó importantes victorias en el poder real, y la conducta llena de prudencia y actividad del monarca, y sobre todo la influencia del clero, á quien exaltaba, fascinaba á todos sus vasallos. El rey de Francia era aun en lo exterior grande y magnífico, la gloria de los franceses en Oriente daba á su soberano un brillo engañador; y la Germania quiso comprometer á Luis en la guerra del sacerdocio y del imperio que continuaba aun con encarnizamiento.

Los sucesores de Gregorio VII parecían «unos tribunos dictadores que el pueblo enviaba para hablar y oprimir á los nobles y reyes que le robaban su libertad (1).» Enrique IV, perseguido por el papa Pascual II vendido por sus hijos, suplicó el auxilio del rey de Francia en una carta muy expresiva; pero no habiéndole respondido Luis, fué vencido, depuesto en la dieta de Maguncia y reducido á tan extrema miseria que pidió al obispo de Spira que lo recibiese como clérigo de su iglesia. Negóselo este, murió de hambre y de dolor, y quedó su cuerpo sin sepultura (1106). Después de aquel ejemplo todos los reyes debían temblar ante la autoridad pontificia; pero no obstante luego que el parricida Enrique V sucedió á su padre, pretendió los mismos derechos que él y volvió á comenzar la guerra.

Durante tan sangrienta contienda hiciéronse cada vez mas extranjeros al imperio los reinos de Lorena y de Borgoña, y quedaron sus señores completamente independientes. La Provenza tenía condes soberanos desde el año 1018. En 1113 Dulce, heredero de ese condado, se casó con el conde de Barcelona, y dió principio á la influencia española en la Galia meridional. Los condes de Tolosa manifestaron sus derechos á la Provenza; y se siguió una guerra entre Alfonso Jordan, hijo de Raimundo de San Gilles, y Raimundo Berenguer conde de Barcelona, que ter-

(1) Chateaubriand, Estudios históricos, t. III, pág. 285.

minó con la particion del país disputado (1125). El condado de Provenza, situado entre el Durance y el Mediterráneo, quedó del conde de Barcelona; y el marquesado de Provenza, limitado por el Iser y el Durance, del conde de Tolosa. Este mismo Alfonso tuvo que pelear por la herencia de sus padres con Guillermo IX duque de Aquitania, que se apoderó dos veces del condado de Tolosa y se vió obligado á ceder á la resistencia de sus habitantes que amaban á la casa de San Gilles.

§. V.—*Guerra contra el rey de Inglaterra.*—Luis VI permaneció extraño á las guerras del mediodía, pero habia en el norte una indómita potencia á quien era forzoso abatir; la de los conquistadores de Inglaterra. Muerto Guillermo el Rojo (1100), Enrique hijo tercero del Bastardo, se aprovechó de la ausencia de su hermano Roberto, que se hallaba en Oriente, para apoderarse de Inglaterra y Normandía. Siguióse una larga guerra entre los dos hermanos, que terminó con la batalla de Tinchebray (1106.) Ganóla Enrique, hizo prisionero á Roberto, y le tuvo encerrado durante toda su vida en un castillo de Inglaterra. Restablecióse entonces el poder normando, y los dos estados de Guillermo el Conquistador se vieron reunidos en las manos de un hombre lleno de vigor y de ambicion.

Luis VI se alió con los condes de Anjou y de Flandes, para obligar á Enrique á ceder la Normandía á Guillermo Cliton, hijo de Roberto el Prisionero. Era muy ardua empresa para el rey de Francia y sufrió muchos reveses, pero los reparó con su actividad y su constancia. De tal modo fué devastada la Normandía en esta guerra, que las iglesias, convertidas en almacenes del pueblo privado de sus defensores (1), estaban llenas de

(1) Orderico Vital, lib XI.—Hé aquí un hecho curioso de esta guerra. Richer del Aigle se llevó de Cisey todo el botín que encontró. Los campesinos de Gaza y de las aldeas vecinas se pusieron á perseguir á los devastadores, y buscaron todos los medios posibles para rescatar sus ganados. De pronto los caballeros volvieron la espalda, cayeron sobre ellos y se empeñaron en perseguir á los campesinos que empezaron á huir. Viéndose estos desarmados, y que por otra parte no se hallaba cerca ningun fuerte donde poder retirarse, descubrieron en el borde del camino una cruz de madera y cayeron todos al mismo tiempo de rodillas en torno de ella. Al verlos Richer en aquella actitud, herido por el temor de Dios, mandó á sus soldados que no hicieran ningun daño á aquellas pobres gentes, y que continuasen su camino. (Orderico Vital, lib XII.)

escombros donde ocultaban los campesinos sus instrumentos de labor. El combate mas importante fué el de Breneville donde fué vencido Luis (1119). «En esta pelea, en la que se empeñaron mas de novecientos caballeros, estoy seguro, dice el monje Orderico, que no hubo mas que tres muertos, pues estaban enteramente cubiertos de hierro, y además se perdonaban mutuamente, tanto por el temor de Dios á causa de la fraternidad de armas, como porque preferian hacer prisioneros á matar á los fugitivos (1).» Luis reparó esta pérdida apelando, como lo hacia siempre, al clero: los obispos le respondieron solícitamente; y «por el odio que tenian á los normandos, permitieron á sus siervos que cometiesen toda clase de crímenes, empleando la autoridad divina lo mismo para hacer el bien que el mal (2).»

§. VI.—*Concilio de Reims.*—En esta época reunió Calisto II un concilio en Reims donde se arreglaron los principales negocios de Europa (1119). Desde el tiempo de Gregorio VII los concilios eran las asambleas representativas de la confederacion cristiana, formaban leyes generales y particulares sobre la administracion y policia de los Estados; y eran tambien unos tribunales supremos adonde llegaban las cuestiones de los príncipes y las quejas de los oprimidos. El objeto principal del concilio de Reims fué la gran cuestion del imperio y del sacerdocio. Enrique V pedia que le dejasen las investiduras ó que renunciasen los obispos á sus bienes y derechos feudales. Calisto queria que las elecciones para las dignidades eclesiásticas se hiciesen como en Francia por el clero, aunque con la aprobacion del rey, que daba al elegido por el cetro la investidura de los bienes temporales. No quiso aceptarlo Enrique V y fué excomulgado. Se renovaron las prohibiciones sobre el matrimonio de los obispos y las investiduras seculares, se declararon inviolables los bienes eclesiásticos, se prohibió al clero exigir ningun tributo por administrar los sacramentos, y se confirmó la tregua de Dios.

Reprendióse á muchos príncipes en este concilio por la licencia y perversidad de sus costumbres, entre ellos á Guillermo IX duque de Aquitania que habia vuelto de la cruzada tan desarreglado como antes. Su mujer fué la que fué á pedir justicia al papa,

(1) Orderico Vital, lib.XII.—(2) Id. id.

pues su marido la habia abandonado para vivir con la esposa del vizconde de Chatellerault que habia robado (1). El desprecio del matrimonio era muy comun entre los barones y sobre todo entre los del mediodía que tenian casi todos muchas mujeres. La Iglesia no cesaba de vituperar aquellos desórdenes que minaban la sociedad desde su base, y que eran mas escandalosos cuanto mas crecia la influencia moral de las mujeres.

Algunos príncipes asistieron al concilio de Reims para someter sus contiendas á la mediacion del jefe de los cristianos. Luis VI estaba entre ellos, y expuso su resentimiento contra el rey de Inglaterra. El papa no sentenció nada; pero despues del concilio se fué á Normandía donde reconcilió á los dos reyes con una paz honrosa para Luis, y que quitó á Guillermo la herencia de su padre. Despues de aquel tratado se volvió á Inglaterra Enrique I; pero el barco donde iban sus hijos naufragó al salir de Harfleur y pereció con todo lo que llevaba (1120). No le quedó mas que una hija llamada Matilde, casada con el emperador Enrique V, á quien hizo reconocer heredera suya.

Terminóse en aquella época el primer período de la guerra del imperio y el sacerdocio por medio del tratado de Worms (1122). Enrique V reconocia en Calisto el derecho de investir á los obispos y abades de sus dignidades con el báculo y el anillo, y el papa cedia al emperador el derecho de investir á estos dignatarios de sus bienes temporales con el cetro. Distinguíanse de este modo los derechos feudales y los eclesiásticos, y la separacion entre el poder temporal y el espiritual; pero la disputa de las investiduras solo era para los papas y los emperadores un pretexto para sus mútuas pretensiones á la monarquía universal, y pronto iba á comenzar la guerra entre sus sucesores.

(1) El obispo de Poitiers, despues de haber predicado largo rato sobre este hecho, resolvió excomulgarle. Advertido el duque entró en la Iglesia en el momento en que el prelado pronunciaba el anatema: corrió hacia él con la espada en la mano, y asiéndole por los cabellos, le dijo: «O me absuelves ó mueres.» El obispo fingiendo tener miedo, pidió un momento de reflexion, y lo aprovechó para acabar de pronunciar en voz alta la sentencia « ¡Hiere pues! » le dijo al duque presentándole el cuello. Guillermo se quedó absorto, y volviendo la espada á la vaina, le dijo: « No quiero enviarte al paraíso.» (Guillermo de Malmesbury). —Habia traído una turba de concubinas de Palestina, y queria fundar en Niot una abadía de prostitutas.

§. VII.—*Convocacion de un grande ejército feudal contra el emperador.*—Luis VI y Enrique I se desavinieron de nuevo sobre la cuestion de Normandía; este hizo alianza con el emperador su yerno, y le empeñó á que invadiera la Francia (1124). Entonces el rey convocó á los grandes vasallos para la defensa comun, y les citó para Reims. «La primera division, compuesta de habitantes de Reims y de Chalons, dice el abad Suger, ascendia á seis mil combatientes, tanto á pié como á caballo; el segundo ejército, que no era tan numeroso, comprendia los de Laon y Soissons, y el tercero lo formaban los de Orleans, Etampes y Paris, con el numeroso ejército adicto á san Dionisio y á la corona. Era el cuarto del conde de Champaña Teobaldo IV, y su tío el conde Hugo de Troyes que acudia al llamamiento de la Francia, y el quinto del duque de Borgoña con el conde de Nevers. Formaban á la derecha el valiente Raul conde de Vermandois, rodeado de una brillante caballería, y de los vecinos de San Quintin armados con cascos y corazas, y á la izquierda los de Ponthieu, Amiens y Beauvais. El noble conde de Flandes con diez mil caballeros hubiera triplicado el ejército si hubiera podido venir á tiempo; y el duque de Aquitania Guillermo y el belicoso Foulques, conde de Aujou, se afligian de que la distancia de los lugares y la brevedad del tiempo no les permitiesen reunir sus fuerzas tambien para vengar las injurias hechas á los franceses (1).»

Quitando á este relato del abad Suger toda su exageracion, es probable que los vasallos inmediatos del rey fueron los únicos que obedecieron á su llamamiento; pero tambien es cierto que no se habia presentado ninguno de los antecesores de Luis VI con este aspecto de gradeza, y que el trono sin conquista ni engrandecimiento real habia adquirido un poder político enteramente nuevo. Al ver Enrique tan formidable ejército, no entró en Francia, y Luis VI y Enrique I hicieron la paz. El rey alcanzó con estos preparativos de guerra mas provecho que con una victoria: acogieronle con aclamaciones y festejos en todos los lugares por donde pasó, nó porque hubiera libertado al país de una invasion poco temible, sino por haber mostrado á todos

(1) Vida de Luis el Gordo, cap. 21.

«hasta donde llega el brillo del poder de un reino cuando se hallan reunidos todos sus miembros (1).» A pesar del espíritu de localidad, los odios de razas y diferencias de lenguas, existía incontestablemente, aunque con oscuridad y confusión, la idea de que todos los habitantes de Francia eran compatriotas. Se conocía instintivamente que sobre todos los pequeños Estados en que estaba dividido el país, se hallaba la Francia; que sobre todos aquellos monarcas que se repartían su territorio, existía un poder distinto de la soberanía feudal, sin relación con la tierra, que era el trono; magistratura política y no feudal, que tenía sobre la Francia un derecho casi nulo en el hecho, pero que estaba atestiguado por la inscripción del nombre del rey en el principio de todas las escrituras señoriales.

§. VIII.—*Guerra de los güelfos y gibelinos.*—*Intervención de Luis VI en Auvernia y en Flandes.*—Enrique V murió al volver de su expedición (1125). El clero se apresuró á hacer elegir emperador á Lotario II, duque de Sajonia, que tenía por rival á Federico de Hohenstauffen (2), duque de Suavia. La contienda de estos dos príncipes ensangrentó una gran parte de Europa, pues representaba la del sacerdocio y del imperio. La casa de Sajonia tenía el nombre de *güelfo* y defendía á los papas, y la de Suavia el de *gibelino*, y persistía en las pretensiones de Enrique IV (3). La Francia contempló aquella lucha como simple espectador: sus reyes, primogénitos de la Iglesia, protegidos constantemente por ella, fueron aliados de la Santa Sede y sumisos á su autoridad, pero sin darle auxilio; y se contentaron con servir en todas las ocasiones, y en el interior del reino al poder espiritual.

A esto se redujo la política de Luis VI. Estando en guerra el

(1) Vida de Luis el Gordo, cap. 21.—(2) El primer señor de Hohenstauffen era un pobre caballero que se adhirió á Enrique IV y obtuvo de él su hija y el ducado de Suavia. Su primogénito fué el Federico en cuestión: su hijo segundo alcanzó el ducado de Franconia y fué elegido también emperador con el nombre de Conrado III. El hijo de Federico de Suavia fué Federico Barba-roja.—(3) La palabra *Güelfo* se deriva de la casa de Baviera que tuvo muchos príncipes con el nombre de Welf y que era aliada de la casa de Sajonia. El nombre de *Gibelino* se deriva del castillo de Guelbelinga en la diócesis de Augsburgo, que era posesión de la casa de Suavia. Estas dos palabras se tomaron como grito de guerra en la batalla de Winsberg en 1140.

obispo de Clermont con Guillermo VI conde de Auvernia, pretendió aquél que su Iglesia dependiese directamente de la corona, y pidió el auxilio del rey. Luis respondió á su llamamiento, convocó á los condes de Flandes, Anjou y Bretaña que reunieron un fuerte ejército, y pasó el Loira. Tomó la defensa de su vasallo el duque de Aquitania Guillermo IX, señor feudal del conde de Auvernia; pero al ver al ejército francés, este príncipe tan poderoso y temido en el mediodía se dirigió humildemente al campamento del rey, y suplicó á *su majestad* que recibiera su homenaje y admitiera al conde de Auvernia en el consejo de los barones (1126). Después de esta oferta se arreglaron pacíficamente las pretensiones del obispo y del conde; se restableció la paz, y la autoridad real fué reconocida en realidad por la vez primera en una gran porcion del mediodía.

Al regreso de esta expedición se ocupó Luis VI de un acontecimiento que agitó al norte durante muchos años. El conde de Flandes, Carlos el Bueno, era hijo del rey de Dinamarca y de una hija de Roberto el Frison: á pesar de sus virtudes, su amor á los pobres y su cuidado en mantener la paz de Dios, se le miraba en Flandes como un extranjero. Había humillado muchas veces por su origen servil á la familia de los Van-der-Strate, la mas poderosa de Brujas, cuyo jefe era canciller de Flandes, y en una gran carestía que hubo les hizo vender á bajo precio los granos que tenia aglomerados. Los Van-der-Strate indignados, reunieron á sus partidarios, y asesinaron al conde mientras estaba rezando en la iglesia de San Boneciano (1126). Esta muerte causó una viva impresion, y la opinion pública veneró á Carlos como á un santo. Los señores de Flandes se armaron contra los artesanos, y sitiaron á Brujas. Rindióse la ciudad, y los Van-der-Strate se retiraron al castillo, y desde allí á la iglesia, donde se defendieron palmo á palmo con un encarnizamiento increíble.

Carlos el Bueno murió sin sucesion. Luis VI envió á decir á los barones flamencos las siguientes palabras: «Es mi voluntad que os reunais en mi presencia para elegir de comun acuerdo un conde que sea vuestro igual y del gusto de sus vasallos (1).» Los

(1) Galberto, vida de Carlos el Bueno, cap. II.—Esta obra es una de las mas curiosas de la época, no solo por el suceso que relata sino porque ningun otro nos cuenta tan minuciosamente las interioridades de las municipalidades. Galberto

señores se reunieron con el rey en Arras, y todos los vecinos se convocaron «para elegir un hombre capaz de gobernar el Estado de los condes sus antecesores (1).» Luis VI presentó á los flamencos á Guillermo Cliton, y á fuerza de instancias logró que lo eligieran (1127). Los Van-der-Strate fueron vencidos y perecieron en el patíbulo, y el nuevo conde persiguió á sus partidarios con el rigor más extremo. Alejóse Luis VI. Los flamencos conspiraron en seguida para acabar con su protegido, llamaron contra él á Thierry de Alsacia, hijo de una hermana de Carlos el Bueno, y enviaron á decir á Guillermo: «Habeis roto los juramentos y tratados hechos entre vos y nosotros, y ya no sois nuestro conde (2).» Luis VI intentó apaciguarlos, pero le dijeron: «El rey nos juró que no se haría pagar por la elección de nuestro conde, y ha recibido abiertamente mil marcos, cometiendo un perjurio. Guillermo ha violado nuestras libertades, y tenemos por lo mismo legítimos motivos para arrojarle de nuestro país. Por lo tanto hemos elegido por señor á Thierry, y hacemos saber á todo el mundo que en la elección de conde de Flandes no tiene ningun derecho el rey de Francia. Cuando nuestro conde muere, los pares y los ciudadanos del país tienen poder para elegir al más próximo heredero, y el rey carece de facultades para disponer de nuestro gobierno y venderlo á precio de oro (3).» Trataron una guerra atroz los dos pretendientes. Guillermo murió en el sitio de Alost, y los reyes de Francia é Inglaterra aprobaron entonces la elección de Thierry (1128).

§. IX.—*Poder feudal de las mujeres.*—*Reunion de Estados por medio de matrimonios.*—*Casamiento de Luis con la heredera de Aquitania.*—Las mujeres veian mejorar su situacion social, y las libertaba el cristianismo de su degradacion antigua: no les bastaba ya la vida de castillo: gracias á la altura á que las habia alzado la caballería, su influencia comenzaba á salir de los quehaceres domésticos para ejercerse en los negocios públicos, no solo por su poderío moral sobre el corazon de los hombres, sino por el derecho constitutivo de la sociedad feudal. En efecto la herencia era un principio inflexible en el sistema de los feudos, las mujeres eran aptas para heredar en defecto de varones y ser

era notario de Flandes y escribía antes de la muerte de Carlos —(1) Galberto, vida de Carlos el Bueno, cap. II.—(2) *Id. ibid.*—(3) *Id. ibid.*

soberanas, pues la tierra creaba la funcion, y el derecho de propiedad llevaba consigo el de la magistratura. Véanse pues á las mujeres recibiendo homenajes, presidiendo los tribunales, y cumpliendo con su soberano feudal todos los deberes de vasallaje: los esposos que tomaban, solo reinaban en su nombre, y eran sus administradores hasta la mayoría de su primogénito. Pero el derecho hereditario de las mujeres fué una de las causas de la ruina del feudalismo, ocasionando por medio de casamientos las grandes reuniones de Estados; y sucedió en aquella época que muchas coronas feudales cesaron por sucesiones femeniles.

Ya en el anterior reinado el ducado de Gascuña habia recaído por enlace de sus herederas en la casa de Aquitania, el Vermandois en una rama menor de los Capetos, y el Hainaut en la casa de Roberto el Frison. Acabamos de ver á Carlos el Bueno y á Tierry de Alsacia apoyar en mujeres sus derechos sobre Flandes; en el mediodía á la casa de Barcelona, soberana ya de Cataluña, Cerdeña y Rosellon, adquirir la Provenza marítima por un matrimonio; y á otra mujer llevar en dote á la misma casa despues la corona de Aragon (1126), convirtiéndola desde entonces en centro de los Estados meridionales por la comunidad de lengua y de costumbres.

El enlace mas importante, el que dió lugar á las consecuencias mas graves, fué el de Matilde, viuda de Enrique V, y heredera de Normandía é Inglaterra, con Godofredo llamado de Plantagenet, conde de Anjou, del Maine y de Turena, por abdicacion de su padre Foulques que partió á la Tierra Santa (1129). Este casamiento enojó á los barones normandos que muerto Enrique I se negaban á reconocer á Matilde y á Godofredo, y tomaron por rey á un nieto del Conquistador, de quien descendia por línea femenina Esteban conde de Boloña (1135). Se hicieron la guerra estos dos rivales, sufriendo en ella la Normandía, que era considerada como el centro del imperio anglo-normando.

Solo un Estado gozaba constantemente la dicha de tener herederos varones, y de obedecer por lo tanto á soberanos nacidos: era la Francia. Llegó á tal extremo el hábito de los franceses de no ver mas que varones en el trono, que concluyó por ser una ley poderosa á pesar de no estar escrita en ninguna parte. Veremos dos siglos despues intentarse legitimar esta excepcion

en todos los estados cristianos por un artículo falsamente interpretado del código sálico. El ejemplo de las casas de Barcelona y de Anjou no debía pasar desapercibido al trono Capeto, que se creía por su título y su situación territorial destinado á dominar toda la Francia. Luis que estaba abrumado con su excesiva gordura y habia perdido su actividad, segun el uso de sus padres, acababa de asociar á su dignidad á su hijo Luis llamado el Joven, y conociendo que el trono era inerte, si su poder moral no estaba apoyado en el material, imposible de adquirir sin la fuerza, quiso dársela á su hijo por medio de un casamiento. En aquella época Guillermo X, duque de Aquitania, aliado de Godofredo de Plantagenet, que se habia señalado en la guerra de Normandía por sus crueldades y saqueos, resolvió aquietar su conciencia haciendo una peregrinacion á Santiago de Compostela. No tenia mas que una hija llamada Leonor, educada con todo el lujo y elegancia del mediodía; y temiendo morir en el viaje determinó casarla y le eligió para esposo al hijo de Luis VI. Este matrimonio era favorable á la monarquía francesa, pues el ducado de Aquitania comprendia el Poitou, el Limousin, el Bordelais, el Agenois y el antiguo ducado de Gascuña, y le daba la autoridad feudal de la Auvernia, el Perigord, la Marca, el Sain-tonge, el Angoumois, etc. En tanto que el joven Luis viajaba en busca de su rica heredera, murieron su padre y su suegro (1127).

§. X.—*Estado moral é intelectual de la Francia.*—*Suger, Bernardo, Abelardo.*—A pesar de la nulidad moral de Felipe I y de la impotencia política de Luis VI, no habia mostrado la nacion desde los Capetos tanta vida como bajo sus dos reinados. No existian, hablando con exactitud, lazo social, orden, gobierno ni ideas generales; y no obstante el país habia adquirido gran prosperidad material, libertades, derechos y garantías para las cosas y las personas. Todas las fuerzas individuales se habian desarrollado con la guerra de las investiduras, el establecimiento de las comunidades y las cruzadas; y todas las almas estaban exaltadas por la fe, que era la gran pasion de la época. Nacian las artes, no modeladas en las de la antigüedad, sino espontáneas é indígenas, hijas enteramente de la imaginacion y la invencion, y siendo la expresion viviente de la sociedad. La poesia sencilla y apasionada, que rebosaba en todas las cabezas, espar-

cia sus tesoros, no en los libros insuficientes para contenerlos, sino en esos monumentos donde se ve personificada la edad media, en esas catedrales, obras gigantescas alzadas por el pueblo y por la fe, donde nadie se atrevió á esculpir su nombre, porque la obra era de todos, como el Dios para quien se erigian. Entonces principió el estilo impropriamente llamado gótico: á las gruesas columnas y pesados capiteles sucedieron las delicadas y desiguales columnitas agrupadas en manojos y cuya cabeza se desplegaba como un árbol en finísimas molduras: á las bóvedas semicirculares sustituyeron las ojivas, admirable arco que extendía ó replegaba á su voluntad la mano del artista que lo prodigó en todas partes: el techo plano se cambió en una bóveda estrecha en forma del casco de un buque: el campanario piramidal subió taladrando el cielo con su atrevida flecha; y las puertas, galerías, naves y capillas se recargaron con una profusion de detalles graciosos ó terribles, de innumerables estatuas y magníficos cristales pintados. La piedra se animó y se trasformó en un poema inmenso donde la imaginacion mas fecunda ha agotado toda su fantasía. Pintura, música, escultura, todo está allí: inteligencia y fuerza, industria y riqueza, drama, poesía, elocuencia; todo ha sido prodigado en los monumentos para agitar al alma en sus pliegues mas íntimos y profundos. El pueblo se cuidaba poco de retirarse á sus infectas y oscuras moradas, con tal que fuese grande, rica y magnífica la iglesia donde pasaba la mitad de sus días, donde se consagraban todos los actos de su vida civil, donde encontraba la igualdad, desterrada fuera de allí de todas partes, y donde su corazón y sus ojos gozaban el mas grande de los espectáculos. La catedral y su flecha piramidal, su bosque de columnas, sus balaustradas cinceladas, su muchedumbre de estatuas, su música majestuosa, sus pomposas ceremonias, sus cirios, sus colgaduras y sus sacerdotes eran la gloria y el placer diario del pueblo, y además su propiedad, su obra y hasta su morada, porque era la casa de Dios.

La pasión religiosa era el móvil de todas las facultades humanas, y la teología se apoderaba de todas las inteligencias. Esta fué la madre y la dominadora de todas las ciencias, pero extraviándose tan á menudo en las sutilezas ociosas que, apocando los entendimientos, les hacia perder sin provecho todo su

vigor. La Iglesia, como el alma de la sociedad, en todas partes presente y soberana y á la vez gobierno y pueblo, abrazaba todos los estados de la vida: se apoderaba de todo lo mas ilustrado, y abria á los hombres de todas las condiciones las mas brillantes carreras. Glorióse sobre todo de tres personajes, diferentes por su destino y su carácter; Suger el ministro, Bernardo el santo, y Abelardo el filósofo.

Suger (1081-1152) monje de oscuro nacimiento, llegó á gobernar la abadía de San Dionisio por su piedad y su saber. Fué el amigo de Luis VI y el preceptor de su hijo. Tan valiente caballero como santo doctor, ayudó al rey en todas sus empresas, ya con su brazo ya con su talento; y sus acciones y escritos manifiestan bien claramente sus ideas políticas. Véanse despuntar en su *Vida de Luis VI* y sobre todo en sus *Cartas* las ideas de gobierno que hicieron la dicha y prosperidad del trono.

Bernardo (1091-1153), abad de Clairvaux y reformador de la órden de Cluny, era querido, respetado y obedecido de grandes y pequeños, de las naciones y los reyes, y el oráculo de su siglo, mas aun por su virtud que por su ciencia. Su fe era sencilla y firme, su piedad ardiente é ilustrada, su amor á la verdad y su adhesión al bien de la naturaleza los mas puros y elevados. Tomó parte en todos los negocios de Europa sin tener mas mision y poder que su fama. Pocos hombres han estado encargados de tantos trabajos; diplomático universal, pacificador de los estados y escritor lleno de elegancia y de unción, reinó despóticamente en las inteligencias, apaciguó los cismas, dirigió los concilios, instruyó el clero, refrenó á los papas, fundó ciento sesenta conventos y esparció sus discípulos por toda la cristiandad.

Suger y Bernardo eran hombres públicos; pero el sábio enteramente especulativo, que resume en sí todos los conocimientos de la época, es Abelardo (1081-1142), uno de los genios mas completos que han honrado á la humanidad. Trajeron los árabes por los años de 1050 á Europa los escritos de Aristóteles con los comentarios que habian hecho los filósofos de su escuela (1). Estas riquezas intelectuales causaron una fermentacion en las escue-

(1) No se conocía mas que el *Organum* enviado á Carlomagno desde Constantinopla, y que fué el recurso de la escolástica durante dos siglos. Platon no llegó al Occidente hasta despues de la toma de Constantinopla.

las, y conmovieron desde sus cimientos la escolástica cuya forma filosófica era tan pobre. Abelardo fué el mas atrevido intérprete de este movimiento; y en un tiempo en que la autoridad en materias de fe gozaba el triunfo mas absoluto, reprodujo las doctrinas de Aristóteles, condenadas ya por los Padres de la Iglesia, que eran casi todos platónicos. El fué el primero en despertar esa necesidad de exámen y de libertad que es la gloria y el tormento del entendimiento humano: «nadie puede creer, decia, sin haber comprendido, y la religion exige argumentos filosóficos que satisfagan la razon (1);» y quitaba el velo á todos los misterios, y presentaba desnuda toda la poesia espiritualista del cristianismo. Su filosofía, positiva y terrestre, alcanzó grande éxito y sublevó contra él á todo el clero. «Los secretos de Dios son sacados á luz, exclamaba San Bernardo, y las mas altas cuestiones son arrojadas temerariamente al viento (2).» La estrella precursora de la reforma luterana, al ver la tempestad, se apresuró á replegarse en la oscuridad. No era tiempo aun. La rica imaginacion, las facultades prodigiosas y los estudios profundos del doctor breton se vieron en la necesidad de humillarse ante la fe implacable y el ascendiente despótico del abad de Clairvaux, al mismo tiempo que eran condenados al fuego en un concilio los escritos de Aristóteles su maestro (1209). Abelardo fundó la reputacion de las escuelas de Paris. Jamás sábio alguno ha gozado durante su vida una nombradía tan completa; y sin embargo, menos célebre es para su posteridad por su ciencia empleada inútilmente y su genio consumido en las sutilezas teológicas, que por sus amores y desgracias. La historia de Abelardo y Heloisa es el cuadro mas famoso de todas las grandes pasiones que presenta la edad media, la única que se conserva reciente en los recuerdos populares y que presenta á las mujeres bajo un aspecto desconocido al mundo antiguo.

(1) Abelardo, Introduccion á la Teología. — (2) Obras de San Bernardo, carta 88.

CAPÍTULO II.

Reinado de Luis VII. — Segunda cruzada. — Dominación de Enrique Plantagenet. — (1137—1180.)

§. I. — *Guerra de Luis VII contra los condes de Tolosa y de Champaña.* — Luis VII se hallaba al subir al trono en situación mas próspera que su antecesor, pero no tenia su talento ni sus ideas de justicia. Era un hombre débil, dominado por sus caprichos, y no comprendia la misión del poder real. Felizmente halló un sábio mentor en el abad Suger que llevó las riendas del gobierno durante la mitad de su reinado.

El nuevo duque de los aquitanos se aprovechó de su posición para hacer reconocer en el mediodía el nombre y los derechos del rey de Francia. Recorrió la provincia con su mujer, la cual confirmó á las ciudades sus privilegios, concedió al clero la libertad de las elecciones, y dió á la isla de Oleron un código marítimo que ha servido despues de norma para la navegacion del Océano. Quiso tambien Luis hacer valer los derechos que tenia la casa de Poitiers sobre el condado de Tolosa; pero sus vasallos no quisieron seguirle á esta guerra, fué vencido delante de Tolosa, que defendian sus habitantes con valor, y se vió obligado á abandonar sus proyectos (1141).

Se alzó entonces una contienda entre el rey de Francia é Inocencio II sobre la adjudicacion de la silla episcopal de la ciudad de Bourges. El pontífice consagró á uno de sus protegidos, « diciendo que el rey era un niño que necesita aun lecciones y consejos (1). » La discordia llegó á un extremo violento: Suger y Bernardo hicieron en ella los principales papeles, este en favor del papa, y aquel defendiendo al rey Luis VII que fué excomulgado. Teobaldo IV, conde de Champaña, abrazó el partido del pontífice: el rey invadió sus tierras, se apoderó de Vitry y pegó fuego á la iglesia donde se habian refugiado mas de trescientas personas. Remordióle la conciencia tamaña atrocidad, pidió la

(1) Guillermo de Nangis, a. 1142.

paz, alcanzó la absolución, y concibió entonces la idea de expiar su crimen haciendo una peregrinación á la Tierra Santa.

§. II.—*Estado de la Tierra Santa.—Toma de Edesa por los musulmanes.—Predicacion de la segunda cruzada.*—Las colonias de Oriente eran consideradas por los cristianos como una segunda patria que atraía todas las miradas y afecciones populares. Allí vivía «un pueblo peregrino sitiado siempre en el mismo país que habia conquistado, y que siempre armado velaba constantemente como un atalaya cerca de su sepulcro (1).» Todos los años se dirigian hácia esa nueva Francia numerosas tropas de caballeros, cuyos esfuerzos eran muy insuficientes; y la fe y el valor habian engendrado para la defensa de los Santos Lugares la institucion mas maravillosa de la época; la de los monjes caballeros del Temple, del Hospital ó de San Juan de Jerusalem. Como religiosos estaban sujetos á los votos de pobreza, castidad, obediencia y á todas las exigencias de la austera regla que les dió san Bernardo; y como guerreros debían pelear sin descanso. Armada de fe el alma y el cuerpo de hierro (2), debían vivir en la abstinencia y la oracion, defender la ciudad Santa, proteger los peregrinos y cuidar los enfermos. Era una cruzada permanente. Estos monjes caballeros adquirieron una gloria y popularidad tan inmensas por su adhesion absoluta á la causa que impelia todos los corazones, que muy pronto se vieron colmados de riquezas, honores y privilegios.

Balduino de Bourg sucedió á su primo Balduino I (1118). Bajo su reinado las colonias cristianas llegaron al mas alto grado de prosperidad y esplendor. Los francos se apoderaron de Tolemaida con el auxilio de los genoveses, y de Tiro con el de los venecianos; pero jamás siguieron un plan acertado de conquista y de ideas sistemáticas sobre su establecimiento en Siria, y parecia que todo su talento político se reducía á guardar el Santo Sepulcro. Tampoco supieron aprovecharse de la ruina de los seldjokidas para arrojar aquellos pueblos al centro del Asia, ni impedir que elevasen con Zenguy, sultan de Alepo, una nueva dinastía, la de los Atabeks, que dominó todo lo mejor de Oriente.

A Balduino II sucedió su yerno Foulques, conde de Anjou y

(1) *Conquista de Jerusalen por Balduino I.*—(2) *Cartas de S. Bernardo.*

(1) Guizot. *Noticia de Foulques de Chartres.*—(2) *Cartas de S. Bernardo.*

padre de Godofredo Plantagenet (1131). Decayeron los cristianos bajo los reinados de Balduino III y de sus hijos. Los latinos se afeminaron en sus costumbres y oprimieron á los sirios como herejes: abriéronse contiendas entre los príncipes de Antioquia, Trípoli y Edesa; y los caballeros del Temple y de San Juan, perdiendo sus pristinas virtudes, se hicieron odiosos por su concupiscencia y orgullo. Los musulmanes se aprovecharon de esta decadencia: la ciudad de Edesa, que era la vanguardia de la Siria, cayó en poder de Zenguy (1144); y treinta mil cristianos fueron pasados á cuchillo y veinte mil convertidos en esclavos.

La Europa se llenó de consternacion cuando supo tan horrible catástrofe, sintió un ardiente deseo de venganza, y en todas partes se prepararon los cristianos á volar en defensa de sus hermanos de Oriente. La Francia tenia entonces guerras muy poco animadas: la devocion, el valor y los remordimientos excitaban á Luis VII á adquirir cristiana fama; y en fin, predicaba la guerra santa un hombre que gobernaba á los reyes, al clero y á los pueblos por el doble ascendiente del talento y la virtud.... Era san Bernardo. Resolvió una nueva cruzada la asamblea de Vezelay. Luis VII tomó la cruz con su mujer y una multitud de guerreros (1145). Un año se consagró para hacer los preparativos. Olvidadas las grandes razones que legitimaban la primera expedicion, se cruzaron todos únicamente para hacer una peregrinacion á los Santos Lugares, y como se sentaba por principio que la cruzada lavaba todos los crímenes, arrastró aun mas malhechores que la primera. Quedó resuelto en un principio que se haria el viaje por mar; pero á causa de la multitud de peregrinos, que no eran combatientes, y del alto precio del transporte, se decidió seguir el curso del Danubio. « Los gastos de la expedicion se llenaron con impuestos exigidos á todos sin distincion de categorías, edad ni sexo, y excitó quejas y maldiciones (1). » El clero pagó sumas enormes. Suger desaprobó el viaje, pero no pudo cambiar la voluntad de Luis « que dejó en manos de los prelados y los grandes la custodia del feino (2). » Estos confiaron la regencia á Suger, á quien agregaron en seguida al arzobispo de Reims y al conde de Vermandois.

(1) Crónica de Raul de Dicet.—(2) Odon de Deuil, *Historia del viaje de Luis VII* libro I.

Bernardo en tanto recorría la Francia y la Alemania, haciendo sentir á todos los corazones el fuego que animaba el suyo; y debilitado por los ayunos y las privaciones del desierto, persuadía tanto por su presencia como por sus discursos (1). Todos se apresuraban á seguirle, y por todas partes se agrupaban en numeroso tropel para ver y tocar al intérprete de Dios. Sus acciones eran milagros, y sus palabras divinos mandatos. Los alemanes no entendían su lengua y estaban arrebatados por sus miradas y el acento de su voz: el emperador (era Conrado III, tronco de la ilustre casa de Hohenstauffen que los gibelinos habían hecho elegir despues de la muerte de Lotario II en 1137), no pudo resistir á sus apremiantes súplicas, y tomó la cruz con otros muchos príncipes. «Desiertos están los castillos y las ciudades, decía san Bernardo, y no se ven mas que viudas y huérfanos, cuyos maridos y padres aun existen (2).»

Todo parecía anunciar el buen éxito de la empresa: preparábanse dos grandes ejércitos, uno en Francia y otro en Alemania; y prometían acompañarlos los reyes de Sicilia y de Hungría, y el emperador de Oriente, Manuel Commeno. Ofrecieron á san Bernardo el mando de la cruzada; pero su piedad, por ardiente que fuera, no le cegaba hasta tal extremo, y se negó por humildad y alegando justas razones. Al ver á los judíos amenazados de una persecucion, tomó el Santo Padre bajo su tutela á estos desgraciados, é impidió que se renovasen los horrores de la primera cruzada.

§. III. — *Segunda cruzada.*—Partió primeramente el ejército del emperador (1147), y le siguió dos meses despues el del rey de Francia. Este era mas compacto y estaba mejor provisto, y se aprovechó de los yerros de los alemanes, á quienes presumía aventajar en prudencia y en valor. Esta rivalidad produjo un resultado sorprendente y feliz que no habían precavido sin duda ni el rey ni sus ministros, y fué que los diferentes habitantes de Francia, que se miraban como enemigos y extranjeros viviendo en su patria, se habituaban, al reunirse con los germanos, á considerarse como compatriotas y hermanos que tenían el mismo objeto, interés y jefe. Todos los señores que

(1) Cartas del abad Vibaldo, coleccion de Mascovius, lib. IV.—(2) Cartas de san Bernardo, pág. 247.

acompañaban al rey le colmaron de honores, respeto y obediencia, manifestando no mirarle como inferior al emperador y exagerando su poder y su sumisión para elevar el trono francés sobre el germánico, de modo que el poder real adquirió en el viaje un aspecto de grandeza y de unidad que le acarreó mas ventajas que los combates de Luis VI y los escritos de Suger.

Los primeros que llegaron á Constantinopla fueron los alemanes. Los griegos que tenían sobradas razones para no desear la intervencion de los latinos, impelidos por su ambicion, los recibieron con la mayor desconfianza, les negaron los víveres y degollaron á todos los rezagados. «No hay maldad imaginable, dice un griego contemporáneo, que Manuel no cometiese ó mandase cometer contra los cruzados para que sirviera de ejemplo á sus descendientes (1)». Los alemanes se apresuraron á pasar el Bósforo, y emprendieron su camino por el centro del Asia Menor, pero no hallando agua ni víveres en un país tan áspero y desierto, y vendidos por sus guías, fueron derrotados por los turcos, y se vieron obligados á retroceder á Nicea. Solo le quedaron á Conrado cinco ó seis mil hombres, con los que se reunió al ejército de Luis VII.

Al llegar los franceses á Constantinopla se indignaron de las traiciones é insolencias de los griegos. Los aborrecían como á herejes, y les hicieron víctimas de increíbles violencias, «creyendo que matarlos era una acción insignificante (2)». Por su parte los griegos también diezaban á los latinos; y «su patriarca les decía que no eran hombres sino perros, y que la efusion de su sangre lavaba todos los pecados (3)». Los cruzados llegaron á saber que Manuel daba parte á los turcos de sus planes y movimientos; y el obispo de Langres propuso en el consejo la toma de Constantinopla para castigar á aliados pérfidos que mas eran enemigos, haciendo de este modo desaparecer los obstáculos que impedían la comunicacion de Europa con las colonias del Asia. «Estos herejes, decía, no quieren defender la cristiandad y el Santo Sepulcro, y llegará un día en que, apoderándose los turcos por su cobardía de Constantinopla, abrirán á todos los infieles las puertas de Occidente. Nosotros debe-

(1) Nicetas Chonates.—(2) Odo de Deuil, lib. III.—(3) Crónica sobre la expedición de los alemanes, citada por Gibbon.

mos precaver este desastre; la necesidad, la patria y la religion nos mandan que no dejemos detrás de nosotros una ciudad de traidores; y si no lo haceis así, el Occidente os pedirá cuenta algun dia de vuestra imprudencia (1).» No podian el rey ni los barones comprender la fuerza de estas razones: para ellos la guerra santa solo era un acto de devocion y su lealtad caballescaca se horrorizaba con la idea de semejante traicion; y respondieron al obispo: «Hemos venido al Asia para expiar nuestros pecados y nó para castigar á los griegos, y además el *apóstol* no nos ha dado orden alguna sobre este asunto (2).» La cruzada era considerada bajo este punto de vista; los que tomaban la cruz se fiaban en la Providencia y no tomaban ninguna precaucion. El ejército francés pasó el Bósforo, y los mismos griegos se admiraron de la paciencia y moderacion de los frances (3).

Luis VII emprendió su marcha por el litoral del Asia; mas al llegar á Efeso, se internó subiendo por el Meandro para llegar más pronto al golfo de Atalia. Al pasar el rio se presentaron los turcos que fueron derrotados, pero su caballería ligera rodeó los flancos del ejército cristiano llevándose los víveres y los rezagados. Poco despues al flanquear un desfiladero, habiéndose separado la vanguardia del cuerpo del ejército, fué atacada por los infieles en aquellas espantosas gargantas y cayó rota y vencida. El rey corrió los mayores peligros y debió su salvacion á los prodigios de su valor. En fin disminuidos los cruzados en la mitad por las batallas, el hambre y las traiciones de los griegos llegaron á Atalia en la costa de Pamflia. No tenian víveres, armas, ni caballos. Desde Atalia á Antioquia habia cuarenta jornadas de camino por tierra y debian atravesarse poblaciones enemigas, y como por la via del mar solo distaba tres dias, resolvieron embarcarse; pero los griegos solo les proporcionaron un reducido número de naves en las que partieron el rey y los caballeros. El resto del ejército compuesto de infantes, mujeres y niños, sin jefes y sin armas, llenos de desesperacion, intentaron continuar su camino por tierra; pero murieron bajo el filo del alfanje agareno ó fueron reducidos á la esclavitud por los

(1) Odon de Deuil, lib. IV.—(2) El *apóstol* es el nombre dado al papa por todas las crónicas de la edad media.—Odon de Deuil, lib. IV.—(3) Nicolás Choniates.

griegos. De los cuatrocientos mil peregrinos que formaban aquella cruzada, solo pisaron diez mil la Tierra Santa.

Llegaron el rey y su pequeño ejército á Antioquía. Reinaba allí Raimundo de Poitiers, hijo de Guillermo IX de Aquitania y tío de la reina Leonor. Este príncipe que se veía continuamente hostigado por Nuredino, sultán de Alepo, recibió á los franceses con alegría contando con su auxilio; pero aterrado el rey con sus desastres y llevado del deseo de cumplir su voto, se negó á emprender la guerra antes de ver el Santo Sepulcro, y partió á Jerusalem (1148). Principiaron entonces entre Luis y su esposa las contiendas domésticas que tan funestas consecuencias acarrearón á Francia; pues Leonor, cuyo carácter era ligero é imprudente, manchó la dignidad real, y llegó hasta olvidar la fe que debía á su esposo (1).

La expedición habia fracasado, pero los cruzados no creían cumplido su voto hasta haber derramado la sangre de los infieles. El rey de Francia, el emperador Conrado, el rey de Jerusalem, los duques de Antioquía, de Suavia y de Baviera, y los condes de Flandes y de Champaña se reunieron en Tolemaida, y resolvieron sitiar á Damasco. Pero bien pronto se introdujo la discordia entre los sirios y los francos, por la perfidia de los unos y el orgullo de los otros, y despues de muchos combates mortíferos se alzó el sitio. Cundió el desaliento entre los cruzados que ya no pensaban mas que en volver á su patria, y Conrado partió el primero. Luis se embarcó al siguiente año, cayó prisionero en el mar en poder de los griegos, fué libertado por los normandos de Sicilia, y por fin llegó á Francia (1149).

Aquella cruzada fué desastrosa por sus consecuencias. Esparcióse por Europa la mala opinion que concibieron los franceses de los sirios, y se apagó el general entusiasmo. «Entonces principió la agonía de las colonias de Oriente (2).» Cayó en un abismo la reputacion de san Bernardo, pues habia prometido la victoria y no se habian alcanzado mas que derrotas; y todos los pueblos le arrojaron injustas maldiciones. «¡Qué confusión para nosotros! escribia al papa. Todo el mundo sabe que los juicios de Dios son verdaderos, pero este es un abismo tan

(1) Guillermo de Tiro, lib. XVI.—(2) 1.^a lib. XVII.

profundo que bien puede llamarse dichoso el que no se haya escandalizado (1).» Murió cinco años despues el sábio apóstol.

§. IV.—*Administracion de Suger.—Divorcio de Luis VII.—Enrique Plantagenet se casa con Leonor y llega á ser rey de Inglaterra.*—Aunque menos brillante era mas segura la nombradfa de Suger. Luego que partiera el rey , los malvados , deseosos de saqueo , comenzaron á desolar el reino; pero el abad se armó del cuchillo espiritual y temporal , y reprimió en poco tiempo sus maldades (2). El poder real creció en las manos del hombre que tenia por máxima «que es preferible que haya para todos un solo señor que los defienda, que nó perecer por tener muchos (3). Admirábase mas en él su habilidad política que su ciencia y santidad ; y esta opinion que le valió el sobrenombre de Salomon, y que atrajo á Francia á muchos extranjeros para estudiar su administracion, indica por sí sola un inmenso progreso en las ideas. Habia desaprobado la partida del rey , y no cesó de inducirle á que volviera (4); y se dió prisa á entregarle el go-

(1) Cartas de San Bernardo.—(2) Vida de Suger.—(3) Vida de Luis VI por Suger.—(4) Sus cartas son muy interesantes, y en ellas existe en realidad la historia de su tiempo. Hé aquí una que nos muestra sus ideas sobre los deberes y derechos del trono, objetos sobre los cuales dirigia su administracion, y nos indica las relaciones del rey con el ministro.

«Mientras que vos permanecéis cautivo en tierra extranjera olvidando la obligacion de defender vuestros súbditos, han vuelto á alzar la cabeza los perturbadores del reposo público. ¿En que pensais, señor, al dejar á merced de los lobos las ovejas que os han confiado? Nó, no os es permitido estar tanto tiempo léjos de nosotros. Suplicamos á vuestra grandeza, os exhortamos por vuestra piedad, recordamos la bondad de vuestro corazon, y en fin os conjuramos por la fé que uno recíprocamente al principe y á sus súbditos, para que no prolongeis por mas tiempo vuestra permanencia en Siria, no sea que mayor dilacion os haga culpable á los ojos del Señor de faltar al juramento que hicisteis al recibir la corona.—Creo que estareis satisfecho de nuestra conducta. Hemos puesto en manos de los caballeros del Temple el dinero que resolvimos enviaros. Además, hemos dado al conde de Vermandois el que nos prestó para vuestro servicio.—Vuestras tierras y vasallos gozan en el presente la mas completa paz. Reservamos para vuestra vuelta el daros cuenta de los ingresos de los feudos vuestros que han mudado de dueño, lo mismo que de los tributos y provisiones de boca que acabamos de imponer en vuestro dominio. Hallareis vuestras casas y castillos en buen estado, por el cuidado que hemos tenido de hacer en ellas sus correspondientes reparaciones.—Vedme ya actualmente envejeciendo y me atrevo advertiros que las ocupaciones de que me he encargado por amor á Dios y adhesion á

bierno del reino al regresar la cruzada, para volver á retirarse á su abadía «con el glorioso título de padre de la patria con que le honraron el rey y el pueblo.»

Luis VII regresó á sus Estados inferior en poder y fama, y lleno de pesar y humillacion. La animadversión pública le acusaba de haber abandonado su ejército en Asia; el desprecio que le profesaba su mujer parecia que se habia comunicado á todos sus súbditos; y en fin «Suger no quiso salir de su abadía sino á la fuerza para asistir á los consejos de los príncipes, en los que intercedia siempre en favor de los pobres, de las viudas y de todos los que sufrían alguna injuria. Desde entonces Luis apareció á la Francia con toda su debilidad, su timidez de ánimo y su devocion sin dignidad.

La reina Leonor concibió hácia su marido la mas profunda aversion. «Es un monje, decia, y nó un rey;» y solicitaba el divorcio, al que débilmente se oponia Luis. Este, al volver de un viaje que hizo á Aquitania, mandó que se retiraran todas las guarniciones de los castillos de este país. Reunióse un concilio en Beaugency: los parientes de Leonor presentaron en él una demanda de divorcio bajo pretexto de parentesco: Luis declaró que se someteria al fallo de la Iglesia; y se decretó la anulacion del matrimonio. Leonor volvió á sus Estados; despidió á muchos pretendientes que querian casarse con ella, y llegó á Peitiers. Encontró allí á Enrique, hijo de Godofredo Plantagenet, que acababa de suceder á su padre en la posesion de Anjou, del Maine y de la Turena, y en sus pretensiones sobre la Normandía y la Inglaterra, y le cautivó con su amor (1152). Se alarmó Luis y amenazó á su vasallo con su cólera si contraia matrimonio sin su permiso. Enrique no hizo caso de la prohibicion, y se apresuró á rendir homenaje á su soberano feudal de los ricos Estados que acababa de quitarle. De modo que el trono volvió á caer, por la debilidad de Luis VII, en su impotencia primitiva, y uno de los vasallos del rey de Francia adquirió un poder triple que el suyo. No obstante la corona habia ganado tanta fuer-

vuestra persona. han adelantado muchísimo mi vejez.—En cuanto á la reina vuestra esposa, he sabido que disimulaís el descontento que os causa, pero en regresar á vuestros Estados podeis tranquilamente determinar sobre este y otros asuntos.» (Traducción de M. Guizot).

za en la opinión pública, que cualquiera que la llevase, y á pesar de la pequeñez de sus medios materiales, siempre debía terminar por conseguir la victoria.

Luis conoció el descabro que le causaba su rival, y formó contra él una liga terrible en la que entraron Estéban rey de Inglaterra y Enrique conde de Champaña. Estos determinaron repartirse los Estados de Enrique Plantagenet; pero tenia éste mucho talento y actividad, desbarató muy pronto los desig-nios de sus enemigos, obligó al rey de Francia á hacer la paz, y pasó á Inglaterra donde se le reunieron una multitud de ba-rones. Estéban se vió en la precision de hacer un tratado por el cual reconoció á Enrique por su sucesor, y muriendo un año despues Plantagenet le sucedió sin oposicion (1154).

§. V.—*Relaciones de Luis VII con las municipalidades.—Histo-ria de la municipalidad de Vezelay.*—Durante estas revoluciones de Estados, continuó la de las comunidades sin ruido y con constancia; pero como entre la clase media no habia escritores, la hallamos de cuando en cuando mencionada por alguna frase suelta de los historiadores. Luis siguió con ellas la misma mar-cha que su padre: abolió muchas municipalidades por el dinero que se le daba: rara vez protegió su establecimiento en otros Estados, y siempre les puso obstáculos en el suyo. El primer acto de su reinado fué apaciguar «el orgullo y la bravura de al-gunos malvades de la ciudad de Orleans, que con pretesto de de-fender la municipalidad, aparentaban rebelarse contra la corona, y castigarlos con la muerte (1).» Al mismo tiempo corrigió la conducta de los que tenia empleados en esta ciudad, abolió la servidumbre y aseguró la libertad individual de sus habitantes. Bajo su reinado «se construyeron un gran número de *ciudades nuevas* y se engrandecieron algunas antiguas (2),» instituyó mu-nicipalidades en algunos pueblos de poca importancia, confirmó las cartas ó títulos dados por su padre á Beauvais y á Nantes, defendió á mano armada la municipalidad de Laon contra su obispo, y por todas partes interpuso su mediacion entre los se-ñores y los ciudadanos. La conducta que observó con la muni-

(1) Grandes crónicas de Francia.—(2) Guillermo de Nangis.—Estas ciudades nue-vas eran asilos abiertos por un señor á los dependientes de sus vecinos, y que po-blaban con siervos fugitivos.

cipalidad de Vezelay completará nuestras reflexiones sobre la revolucion municipal.

La abadía de Vezelay, célebre por su iglesia de Santa María Magdalena, era independiente de toda jurisdiccion temporal y eclesiástica, y no reconocia mas autoridad que la de la Santa Sede. Este privilegio, que era rarísimo, y los numerosos peregrinos que atraia la iglesia, hacian rico y feliz al pueblo de Vezelay; y sus habitantes, aunque sujetos á los colonos de la abadía, adquirieron riquezas, importancia y la libertad que aseguraba casi siempre la proteccion del clero. El conde de Nevers Guillermo III vasallo de los duques de Borgoña envidió el poderío de los abades de Vezelay, y pretendió los derechos señoriales de la ciudad. Como sabia que los vecinos estaban animados por el deseo de formar una municipalidad, se aprovechó de esta disposicion y les dijo: «Sois muy ilustres por vuestra prudencia; vuestra fuerza y por las riquezas que os ha dado vuestro mérito, y veo con dolor cuan triste y humilde es vuestra condicion. Sois en apariencia poseedores de muchas cosas, y en realidad de nada sois dueños; y ni aun teneis derecho de disfrutar la libertad natural. Por esta razon os aconsejo que os separeis del abad que os trata con la mayor tiranía. Haced conmigo un tratado de alianza: yo os prometo libertaros de toda vejacion, y defenderos de todos los males que os amenacen (1).» Los vecinos hablaron con el abad y le hicieron sabedor de las proposiciones del conde. El abad les aconsejó «que no se separasen de una sujecion que les daba la condicion de hombres libres (2)» y se negó á hacerles ninguna concesion. Subleváronse entonces los vecinos, y libres del yugo del abad de la iglesia de Santa Magdalena, formaron una municipalidad. El conde les juró fidelidad, prometió no tener mas amigos y enemigos que los que tuviera la municipalidad, y ellos le juraron fidelidad y servirle á vida y á muerte. El abad huyó de Vezelay, y escribió al papa, á todo el clero de Francia y á Luis VII. Roma envió un legado que excomulgó á los vecinos, los cuales desesperados arrojaron á los monjes, convirtieron la iglesia en plaza de armas, destruyeron las murallas del monasterio, y fortificaron

(1) Historia de la abadía de Vezelay, I. III.—(2) Id. ibid.

con paredes y almenas las casas de la ciudad. Luis, impulsado por las súplicas reiteradas del abad, envió mensajeros al conde de Nevers y le mandó que disolviera la municipalidad; pero el conde le respondió, «que haría del monasterio de Vezelay lo que le pertenecía y que no tenía obligación de dar cuenta á nadie de aquel hecho (1).» Entonces el papa Adriano IV impelió á Luis VII á que se dirigiese á Vezelay con un ejército. El rey convocó en Moret al conde, al abad y á los vecinos ante su consejo; pero á pesar de sus consejos y amenazas, el conde permaneció inflexible. «Yo haré por tí, le decía el rey, todo lo que pueda; pero jamás cederé de mis derechos (2).» El consejo del rey declaró á los vecinos reos de homicidio, sacrilegio y traicion, y condenó al conde de Nevers á que presentase á los culpables ante el rey y depositase todos sus bienes en poder del abad.

Cuando volvió el conde á Vezelay hizo proclamar la sentencia, y todos los vecinos abandonaron la ciudad y se retiraron á sus castillos. El abad tomó á sueldo compañías de aventureros que saquearon las casas y las tierras de los desterrados, y cansados estos de tantos males ofrecieron al rey una cantidad de dinero en cambio de la paz. Luis fué á Auxerres y convocó allí de nuevo al conde, al abad y á los vecinos. Estos últimos pusieron sus personas y sus bienes á merced del rey, desistieron de su municipalidad, prestaron juramento de fidelidad al abad, prometieron entregar á los asesinos, destruir sus castillos y pagar una crecida multa. Con estas condiciones se hizo la paz: los habitantes volvieron á entrar en la ciudad, y el abad recobró el libre ejercicio de su derecho de justicia sobre sus rebeldes vasallos (1155) (3).»

Muchas otras ciudades vieron también frustrados sus designios de adquirir la libertad; era empresa fácil la destruccion de una municipalidad, porque estas pequeñas sociedades, vigiladas por los reyes, señores y prelados, se hallaban aisladas, sin comunicacion, sin simpatías y sin que la desgracia de la una causase impresion alguna á las demás. Tan imposible era una liga de municipalidades como de señores, y no se concebía la

(1) Historia de la abadía de Vezelay, I. III.—(2) Id. Ibid.—(3) Id. Ibid.

vida política sino local y aisladamente. Esta es la causa principal de la breve existencia de las municipalidades de Francia, á pesar de la energía y perseverancia de los vecinos al fundarlas y defenderlas, y que ha favorecido las usurpaciones del trono y por consecuencia la formación de la nacionalidad francesa. Una situación enteramente opuesta dió larga vida á las repúblicas de Italia, cuya independencia data de esta época, y la formación de estas repúblicas entorpeció y privó la formación de la nacionalidad italiana.

§. VI.—*Guerra de Federico Barbaroja y las repúblicas italianas.*—*Política de Hohenstauffen.*—La Italia como todos los países de raza y legislación romanas, vió establecerse en ella el feudalismo con mas lentitud y menos profundidad que en los países de raza y legislación germánicas. No habian dejado de existir los municipios romanos; la aristocracia no era allí dueña de todos los derechos y de todos los bienes; y la Italia en fin no estaba repartida, como la Francia, entre un gran número de soberanos independientes. No reconocia mas que uno, el emperador, á quien obedecía mal, veía raras veces y aborrecía como extranjero. Las ciudades no luchaban por su libertad contra un señor particular de cada una, sino unidas contra un señor común: tenian contra él iguales intereses y antipatías; y se supieron aprovechar tan bien de las guerras entre las casas de Suabia y de Sajonia, que se trasformaron, en especial en la Lombardia, en verdaderas repúblicas. Sucedió á Conrado de Hohenstauffen su sobrino Federico Barbaroja (1152). Era un hombre lleno de ambición y de energía, que tomaba á Carlomagno por modelo, y que no teniendo mas que una sombra de poder imperial, no por eso dejaba de mirar á los demas soberanos como tenientes suyos y de llamarles desdeñosamente *reyes provinciales*. No querian admitir tamañas pretensiones los sucesores de Gregorio VII; y fué para ellos tan odiosa la casa de Hohenstauffen, que no cesó de luchar contra ella la Santa Sede hasta su completa destrucción.

El primer pensamiento de Federico fué agregar al imperio el antiguo reino de Borgoña, cuyos señores eran independientes, y con este objeto se casó con la heredera de Reinaldo III, séptimo conde de Borgoña. Convocó en seguida una dieta en Besanzon,

donde se hizo rendir homenaje por los arzobispos de Lyon y de Viena, el conde de Viennois Guignes V (1), el conde de Saboya Humberto III y otros señores del antiguo reino de Arles (1158). Desde allí se dirigió á Italia con un ejército formidable, sometió todas sus ciudades, destruyó á Milan hasta sus cimientos y se hizo coronar emperador de Roma. En vano reclamaron su independencia los descendientes de Rómulo. «Vosotros habeis heredado, les dijo, el nombre romano; pero nosotros los germanos hemos heredado su poderío.» Solo el pontificado romano podia dar á las ciudades de Italia la unidad necesaria para resistir á la espada de los teutones; por eso Alejandro II se declaró «defensor de la libertad italiana,» excomulgó al emperador, y libertó á los súbditos de Federico del juramento de fidelidad (1160). Formóse entonces entre las ciudades lombardas una liga difícil de romper, que luchó veinte años contra las pretensiones imperiales.

Pasaron á la península los nombres de güelfos y gibelinos, y designaron á los partidarios de los papas ó de la independencia italiana, y á la de los emperadores ó de la dominación teutónica. Se renovó con extrema violencia la contienda de las investiduras, y los papas declararon en alta voz que la corona imperial era vasalla de la Santa Sede. Despues de siete expediciones á Italia, Federico se vió obligado por el tratado de Venecia á reconocer la independencia de las repúblicas lombardas, y los proyectos del santo imperio romano se hundieron en la nada (1177). Pero no por eso abandonaron los emperadores sus proyectos, y siempre dirigieron hácia la Italia sus planes de ambición. Esta fué la perdición de los Hohenstauffen.

Deslumbráronles los recuerdos del imperio de Carlomagno: en vez de imitar á los reyes de Francia, que se contentaban con asegurar el derecho hereditario del trono en su casa, en vez de centralizar en torno suyo los pequeños Estados de Alemania, y dar de este modo á su patria la unidad que adquieren tan trabajosamente las naciones, y que es la condicion vital de su en-

(1) Los condes de Albon eran los señores mas poderosos de todos los que, en el país llamado hoy Delfinado, se hicieron independientes despues de la muerte de Rodolfo III. Señores de Grenoble y Viena, tomaron el título de condes y despues de delfinés de Viennois. Guignes era el V.

grandecimiento; quisieron ser emperadores de Occidente, y dirigieron todas sus miradas hácia Roma, que era la ciudad que daba la corona imperial. Pero encontraron en ella un doble obstáculo insuperable: el odio de los italianos contra los teutones, y la oposicion del pontificado contra el imperio. Cayeron pues vencidos; el feudalismo se hizo mas anárquico y vigoroso que nunca en Alemania; y esta nacion busca aun hoy la unidad que la Francia debe á sus monarcas ilustrados.

§. VII.—*Poder relativo de Luis VII y Enrique II.—Conquista de Bretaña por Enrique.—Influencia de Luis en el mediodía.*—La marcha de la Francia hácia la unidad parecia incierta y casi retrógrada bajo el reinado de Luis el Gordo. Mientras Luis VII apenas poseia como soberano la décimaquinta parte del reino, Enrique Plantagenet tenia cerca de una tercera sin fraccion alguna, comprendiendo la parte mas occidental de la Francia desde la embocadura del Somme hasta la del Adour, exceptuando la Bretaña. Los dos rivales eran igualmente franceses, hablaban la misma lengua, y tenian las mismas costumbres é ideas. La Inglaterra era para el conde de Anjou un país extranjero y conquistado, hácia el cual manifestaban una especie de desprecio los reyes y barones de raza normanda ó angevina. Por eso la guerra que se trabó entre los dos reyes no tuvo en realidad carácter de guerra nacional entre Francia é Inglaterra, sino de contienda entre un señor feudal y su vasallo, de una guerra interior que podria llamarse muy bien civil, cuyo teatro era la Francia, franceses los que pelearon, y en la que la Inglaterra solo sintió sus efectos por los auxilios que su rey sacó de ella. En esta lucha debiera haber sucumbido el príncipe que tenia el título de rey de Francia, no solo por la inferioridad de su poder, sino por su mayor inferioridad de talento, y cualquiera pudo prever que el conde de Anjou seria el vasallo que desposeeria á los Capetos de su dignidad y haria definitivamente una provincia francesa de la Inglaterra. No obstante sucumbió el vasallo, y debió su derrota á esta condicion. El trono exponia en la lucha su poder efectivo pero no su poder moral, y el mismo Enrique II, á pesar de llevar el título de rey, se reconocia muy inferior en dignidad á Luis VII. Solo era conde de Anjou por título de nacimiento, y como tal se gloriaba de ser senescal de Francia, empleo domés-

tico que le daba el derecho de poner los platos en la mesa del rey. Este sentimiento religioso y por decirlo así instintivo de subordinación feudal, que ha engendrado una idea política muy poderosa en los Estados modernos, cual es la legitimidad, estaba tan arraigada en el corazón de Plantagenet, que jamás pensó en quitar por medio de la fuerza á Luis VII su dignidad, sino en introducirla en su familia por medio de un enlace. No quería usurpar sino heredar legalmente.

La Bretaña interrumpía la continuidad de los Estados de Enrique II: aunque reconocida como feudo de la Normandía, nada tenía de comun hacia mucho tiempo con este país ni con el resto de Francia; se ocupaba únicamente de sus negocios interiores, y perdía toda su actividad en las guerras que dividían sin cesar las ciudades de Nantes y de Rennes. La causa de estas guerras era la diferencia de población y de idioma. El condado de Nantes, vecino del Anjou y del Maine, tenía algunas relaciones con Francia, era más comerciante y tratable, en tanto que el resto de la Bretaña permanecía medio salvaje, con sus costumbres y lengua gálicas, y manchada aun de idolatría. Muerto el duque Conan III, los nanteses eligieron á Godofredo Plantagenet hermano de Enrique II; y los de Rennes á Conan IV nieto de Conan III (1158). Muerto Godofredo, Enrique II se creyó con derecho para heredar á su hermano. Los bretones se resistieron: Enrique temeroso de que recurriesen á la protección de Luis VII, se presentó á ellos como senescal y representante del rey de Francia, y después de muchos años de combates y saqueos tomó posesión del condado de Nantes. Esto causó una revolución en Bretaña, la cual se vió desde entonces mezclada en todos los negocios de la Francia.

Extendíase por casi toda la nación la dominación de Plantagenet; tenía este en estrecha sujeción, con los mercenarios que militaban á sus órdenes, á los barones de Francia é Inglaterra, y obligaba á los señores independientes de los Pirineos á que le rindieran homenaje, llevando la guerra con buen éxito hasta el país de Gales. Tomó al mismo tiempo bajo su custodia el condado de Flandes durante la peregrinación á Palestina de Thierry de Alsacia, hizo estrecha alianza con los condes de Champagne y de Blois, enemigos perpétuos del rey de Francia; y adquirió

para su familia derechos á la herencia de Luis VII, haciendo casar con su primogénito á la hija del rey, quien no tenia aun hijos varones (1). En fin pretendió llevar á efecto el derecho que por su mujer tenia al condado de Tolosa, y se unió con los enemigos de Raimundo V, que eran Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona y de Provenza, y rey de Aragon por su mujer, Raimundo Trancavelo, vizconde de Bezieres y Carcasona, Guillermo señor de Montpéller, etc. Raimundo V, que estaba casado con una hermana de Luis VII, llamó á este en su ayuda, y la municipalidad de Tolosa entabló en su propio nombre negociaciones directamente con el monarca.

Después de haber convocado Enrique II á todos sus vasallos para una conquista tan importante, se dirigió á Tolosa (1159). Luis que solo podia detener á su indómito vasallo, por su arrojo personal entró en la ciudad, y «no atreviéndose Enrique á sitiar á su señor (2)», se retiró. Entonces Plantagenet se volvió á Cahors, de cuya ciudad se apoderó, y el conde de Champaña y los señores de Normandía invadieron al mismo tiempo el ducado de Francia. La iglesia interpuso su mediacion entre los dos reyes, y se hizo la paz quedando indecisa la cuestion del condado de Tolosa (1160).

Luis VII ejercia en aquella época una grande influencia en el mediodía: quiso equilibrar el poder de su rival haciendo alianza con todos los príncipes de este país, y haciéndoles reconocer la superioridad de su título. El mas notable de estos aliados era Ermengarda, vizcondesa de Narbona, que se mantenia doncella y que gobernó su señorío con prudencia durante cincuenta años. Estaba mezclada en todos los negocios del mediodía, era apreciada y buscada por todos los soberanos y celebrada por sus trovadores. Tenia cortes de amor, dirigia ella misma sus vasallos en la guerra y administraba justicia. Le disputaron esta última función alegando las leyes romanas, y aun que podia apoyarse en el uso, recurrió entonces á Luis VII, que aprovechó con gusto esta ocasion de hacerle reconocer su suprema juris-

(1) Luis, después de su divorcio, se casó con Constanza de Castilla que solo le dejó hijas y es de estas de quienes aquí se trata, pues tuvo otras dos de Leonor. Casó en terceras nupcias con Adela de Champaña de quien nació Felipe Augusto II.—(2) Duchesne, t. IV, pág. 7.

diccion. El rey escribió á Ermengarda esta preciosa carta: «Me obligais á que decida si deben fallarse en vuestro Estado los procesos conforme á las leyes romanas que prohiben á las mujeres administrar justicia. El uso de nuestro reino es mucho mas indulgente, pues permite á las mujeres suceder en defecto de varones, y administrar ellas mismas sus bienes. Acordaos pues de que sois de nuestro reino, y que queremos que sigais las máximas y empleeis el zelo del que, pudiéndoos crear hombre, solo os hizo mujer, y que por su bondad ha puesto en vuestras manos el gobierno de la provincia de Narbona. Aun que sois mujer, mandamos que nadie se atreva á disputaros vuestra jurisdiccion.»

§. VIII.— *Contienda de Enrique II y Tomás Becket.— Muerte de Tomás.— Peligros y penitencia de Enrique.*— A pesar de la debilidad material de Luis tenia este sobre su rival una ventaja moral mucho mas poderosa que la soberanía. Luis era piadoso, devoto, amigo y buen servidor de la Iglesia, y Plantagenet cruel, lujurioso, impío y enemigo del clero. La fortuna de Enrique II se estrelló al chocar con la Iglesia. El clero de Inglaterra habia adquirido, desde Guillermo el Conquistador, gran poderío; sus riquezas eran inmensas, sus elecciones libres, y muy extensa su jurisdiccion. El pueblo amaba los privilegios de la Iglesia, en especial sus tribunales, mas suaves y justos que los de los barones, á los cuales recurría sin cesar para ponerse al abrigo de su rapacidad y de sus violencias. Las inmunidades eclesiásticas eran pues las libertades del país, y el arzobispo de Cantorbery, jefe del clero inglés, era el rival del rey. Deseando Enrique desprenderse de estas libertades y de tan temido rival, hizo nombrar para la silla pontificia de Cantorbery á Tomás Becket, persona de raza sajona que habia llegado á ser por su talento cancelier de Inglaterra. Era el favorito del rey y el mas docil y mundano de sus cortesanos. Pero apenas se revistió Tomás de su nueva dignidad cuando se convirtió en otro hombre diferente, el mas austero de los prelados, humilde con los pequeños, orgulloso con los grandes y tan santo en su doctrina como en sus costumbres. Enrique hizo publicar por un parlamento y por obispos adictos á su voluntad las *Constituciones de Clarendon*, que ponian á la Iglesia bajo la mas completa dependencia del rey, le entregaban las

riquezas, las elecciones y la jurisdiccion eclesiásticas, obligaban al clero al servicio militar, y en fin permitian al noble, excomulgado por no haber comparecido ante un tribunal eclesiástico, hacer resistencia al obispo y atacar sus bienes á mano armada. Tomás no quiso obedecer estas constituciones: «combatió hasta derramar sangre por los mas insignificantes derechos de la Iglesia (1):» y en esta defensa, se hizo mas popular por su santidad que por su heroica resistencia. Entonces el rey concibió contra su antiguo amigo un odio implacable: le abrumó á vejaciones, y hasta le acusó ante el consejo de barones de traicion en su empleo de canciller. Condenado Tomás injustamente, apeló al papa, y huyó á Francia (1164). Enrique escribió á Luis VII que no diera asilo al que llamaba ex-arzobispo, pero el rey le respondió: «¿Quién le ha depuesto? Yo tambien soy rey y no me creo con el poder de despojar al mas inferior de mis clérigos. Además es dignidad y costumbre antigua de los reyes de Francia el defender á los desterrados contra sus perseguidores. He recibido al arzobispo de Cantorbery de manos del papa, *que es mi único señor en la tierra*, y por esto no le abandonaré ni por rey, ni por emperador, ni por persona alguna del mundo (2).»

Tomás se retiró á un convento y excomulgó á los ministros de Enrique. Este casi enloqueció de rabia; despedazaba sus vestidos, rugia como un animal bravío y se comia la paja de su lecho. Tan pronto amenazaba con hacerse musulman, como queria ir á humillarse á Luis VII ó hacer alianza con el emperador. La contienda era ya gravísima y agitaba á casi toda la cristiandad. Era siempre la guerra del imperio y el sacerdocio, y del poder material y el moral trasladada á Inglaterra. Por esta razon se hizo tan popular la causa de Tomás; pero no la supo defender Alejandro II, que por ocuparse entonces en defender la independencia italiana, contemporizó con el rey de Inglaterra.

Esta cuestion dió mas felices resultados á Plantagenet que todas sus guerras, y le precipitó en el declive de su engrandecimiento. Trató de casar á su hijo Godofredo con un hija de Conan II, y le obligó á ceder sus Estados á los dos jóvenes esposos. Inútilmente se esforzó Luis VII en estorbar esta union, y Enri-

(1) Bossuet. Hist. de las variaciones de la Iglesia protestante t. I, p. 342 edic. Charpentier.—(2) Historia de Francia, t. XIII p. 426.

que II gobernó soberanamente la Bretaña en nombre de su hijo (1166). Los bretones se sublevaron y pidieron el apoyo de Luis. Al mismo tiempo los señores de Poitou y los condes de Marca y de Angulema se insurreccionaron con el auxilio del débil rey de Francia; pero la actividad de Enrique puso su término á esta doble guerra. Sometiéronse los aquitanos, y Enrique hizo coronar á su hijo duque de Bretaña (1169). Pero el casamiento de Godofredo con Constanza, hija de Conan, no se celebró hasta trece años despues, y aun vivió Conan dos años mas. De este modo conquistaron los Plantagenets la Bretaña, que siguió el destino de esta familia.

Luis y Enrique firmaron por fin la paz en Montmirail (1169). Este instituyó á su primogénito Enrique, duque de Normandía, Anjou y Maine, y á su segundo hijo Ricardo, conde de Poitiers y duque de Aquitania. Ambos rindieron homenaje á Luis VII, y Godofredo, como duque de Bretaña, á su hermano mayor. Intentóse en las mismas conferencias reconciliar á Plantagenet con el arzobispo de Cantorbéry. Despues de seis años de turbulencias y negociaciones, era cuando el rey de Inglaterra, amenazado de excomunion é inquieto por el descontento de los pueblos, iba á buscar á Tomás que se veía abandonado de todos y reducido á mendigar. Le trató con amistad y respeto: «no se atrevió á decirle una palabra sobre los usos de Inglaterra que había querido defender hasta entonces con tanta obstinacion, no exigió de Becket ni de los suyos ningun juramento, le devolvió todos sus bienes y los de su iglesia, y se declaró dispuesto á darle el ósculo de paz (1)»

Tomás regresó á Inglaterra á pesar de los consejos de Luis, y con la conviccion de que estaba cercana su muerte. El pueblo le recibió con trasporte. Enrique se quedó en Normandía. Luego volvió á comenzar la contienda, y el arzobispo no quiso absolver á los barones excomulgados. Cuando llegó á oidos de Enrique esta negativa lleno de cólera exclamó: «¿No habrá uno solo entre tantos servidores que he hecho felices que me libre de ese prelado?» A estas palabras se comprometieron á vengar la injuria de su soberano cuatro caballeros, que pasaron á Inglaterra y

(1) Cartas de santo Tomás lib. V, carta 45.

asesinaron al arzobispo al pié del altar en la iglesia de Cantorbery (1170).

Una muerte tan atrevida y sacrilega era una cosa monstruosa é inaudita. Toda la Francia arrojó un grito de indignacion contra Enrique II; y Luis VII escribió al papa en medio de su enojo: «; Que salga de la vaina la espada de san Pedro para vengar al mártir de Cantorbery! Su sangre lo reclama en nombre de la Iglesia universal (1).» Espantóse Enrique: ya sus Estados de Francia estaban puestos en entredicho: temió que una excomunion le quitase todos sus súbditos descontentos; y se humilló, prometió, dió á todos pródigamente, y consiguió detener la sentencia á fuerza de oro y destreza. Pero alcanzó su absolucion con las condiciones de reconocer la posesion de Inglaterra como un feudo de la Iglesia, de abolir las constituciones de Clarendon, prometer tomar la cruz y pagar un tributo para la cruzada (1172). Tomás fué declarado santo y mártir; y obligado Enrique á invocar públicamente al que habia deseado, aunque no mandado, matar, se vengó de esta humillacion poniendo en salvo á sus asesinos.

§. IX.—*Enrique II conquista la Irlanda.—Rebelion de sus hijos.—Muerte de Luis VII.*—Volvió entonces con nuevo ardor Enrique á poner por obra sus proyectos de engrandecimiento. La Irlanda habia sido hasta entonces olvidada en los negocios de Europa: habitábanla hombres de raza gálica y era cristiana, ilustrada é independiente bajo el gobierno patriarcal de sus jefes nacionales. Contiendas interiores condujeron á los normandos á esta isla, y Enrique II pidió permiso al papa para conquistarla. Este le dió la posesion, « porque, segun decia, nadie duda que la Irlanda y todas las islas que han recibido la fe cristiana pertenecen á la Iglesia de Roma (2).» Enrique llegó á someter el país, pero no fué definitiva su conquista. Embrutecida la Irlanda (1173) bajo el yugo de los vencedores, y tratada como país extranjero, luchó con indomable constancia y sin éxito alguno contra los conquistadores; y á pesar de la mezcla de razas y las transacciones de toda especie ocasionadas por el curso de los siglos, subsiste aun el odio contra el gobierno inglés, como una pasion nativa en la masa general de la nacion irlandesa.

(1) Historia de Francia, t. XVI. pág. 476.—(2) Concilios de Labbe, t. X.

Las victorias de Enrique Plantagenet iban á oscurecerse: sus vicios y sus crímenes le habian acarreado el odio general: el pueblo solo veia en él al asesino de santo Tomás: impacientábanse de su tiranía los barones y el clero: llenos de orgullo sus hijos querian participar de su poderío; en fin, Leonor se habia convertido en su mayor enemiga, y era ella la que contra él excitaba al pueblo, á los barones, al clero y á sus hijos. Se contaban con horror las malvadas acciones de esterey adúltero é incestuoso; y decian que aquel viejo infame habia deshonorado á dos jóvenes, llamadas ambas Alice, la una de la casa ducal de Bretaña á quien tenia en rehenes, y la otra hija de Luis VII y prometida á su hijo Ricardo. Estalló una rebelion general, cuya alma era Luis VII (1173). Enrique se vió casi enteramente abandonado: la Inglaterra fué atacada por los escoceses, la Normandía por Luis y el conde de Flandes; y Ricardo se sublevó en la Aquitania y Godofredo en la Bretaña. El jóven Enrique, á quien su padre habia asociado al trono, se retiró á la corte de Luis, intimó á Plantagenet que abdicase todas sus coronas, y fué reconocido por el consejo de los barones de Francia rey de Inglaterra, duque de Normandía y conde de Anjou y de Turena.

Hallábase Enrique en el mas extremo apuro, y conociendo que su desprecio para con la Iglesia habia causado su pérdida, intentó buscar recursos haciendo con ella alianza. Suplicó al papá que le auxiliase, se declaró humildemente su vasallo y tributario, y le pidió que defendiera con las armas espirituales á la Inglaterra, que era del patrimonio de san Pedro. Para dar una satisfaccion á la opinion pública, y tal vez á su conciencia, se dirigió con los piés desnudos al sepulcro de Tomás; donde estuvo prosternado durante un dia y una noche y le disciplinaron los monjes de Cantorbery (1174). Esta penitencia le reconquistó la estimacion de sus súbditos. Abandonado de sus barones, tomó á sueldo á unos aventureros llamados *brabançons*, y se dirigió con ellos rápidamente á Normandía, donde Luis acababa de tomar é incendiar á Verneuil. Alcanzó al monarca y le derrotó completamente. Con la misma actividad logró igual éxito en Inglaterra y en Bretaña. Leonor corria por todas partes atizando los odios contra su marido, pero fué detenida y aprisionada. La lucha fué muy encarnizada en la Aquitania, donde era pre-

ciso combatir la antipatía de los pueblos; Bertran de Born, señor lemosin y uno de los mas célebres trovadores, era el heraldo de esta guerra: hombre lleno de fuego y de movimiento con la cabeza tan activa como la mano, su único afán era la sangre, el clamor, la guerra y las armas, y llamaba á todo el mundo al combate con *sirventes* atrevidos, sonoros é impetuosos, en los que se sentía el olor de la carnicería (1). «Si los reyes estaban en paz ó tregua, se afanaba y trabajaba hasta que deshacía esta paz (2)» ponía en lucha á los hijos contra sus padres, á hermanos contra hermanos, y á reyes contra reyes. El mediodía aparecía en medio de estas contiendas, de su turbulencia, de su ardor por los combates, de su pasión de independencia, y de sus poesías incitativas y armoniosas, como la expresión de los sentimientos é ideas populares. «¡Regocijaos, aquitanos! ¡regocijaos, poitevinos! exclamaban los meridionales al tomar las armas contra Enrique II; el cetro del rey del norte se aleja de nosotros (3).» Ensalzaban al rey del sud de Francia porque no era su soberano: y dedicaban su constante amor y adhesión á Leonor, la hija de sus antiguos duques, la mujer hábil y popular que había dado libertades á las ciudades, leyes al comercio, y cuyo nombre tenía tan grande eco en el mediodía.

«Vuelve, le decían ellos, vuelve á tus ciudades, pobre cautiva. Te han arrebatado de tu país y conducido á una tierra extraña. Tierna y delicada gozabas una libertad real, y te divertías con el canto de tus doncellas y el dulce son de sus guitarras. Pero hoy lloras, y los pesares te devoran. ¿Dónde está tu corte? ¿dónde tus compañeras? ¿dónde tus consejeros? Levanta tu voz para que te oigan tus hijos, porque se acerca el día en que volverás á ver á tu patria (4).»

(1) Hé aquí algunas estrofas: «Os lo repito; no son tan agradables para mí el beber, el comer y el dormir como el oír gritar de ambos lados; *A ellos!* oír relinchar los caballos sin jinete en la selva, oír gritar; *socorro!* ¡*socorro!* y ver caer en los fosos sobre la yerba á los grandes y los pequeños. Plácese ver los muertos que tienen pedazos de lanza en los costados atravesados y sangrientos, y me place en fin hacer provision de cascos, espadas y caballos.» (Véanse las Poesías de los trovadores por M. Raimouard t. V.) Historia de la conquista de Inglaterra por M. Aug. Thierry, t. III.—(2) Poesías de los trovadores, t. X, p. 76.—(3) Crónica de Ricardo de Poitiers, en la Historia de Francia, t. XII, p. 420.—(4) *Ibid* Thierry t. III.

Luis VII se cansó de esta guerra que agotaba sus débiles recursos, y los tres hijos de Enrique hicieron la paz con su padre (1176). Pero la Aquitania que veía en esta lucha una guerra nacional, continuó combatiendo contra el rey y sus hijos durante dos años, y Ricardo logró someter todo el país á fuerza de valor y crueldad (1178).

Un año despues Luis VII asoció en el trono á su hijo Felipe, que contaba quince años de edad. El rey murió poco tiempo despues (1180).

CAPÍTULO III.

Progreso del trono en tiempo de Felipe Augusto.—Tercera y cuarta Cruzadas.—Decadencia de los Plantagenets. (1180.—1207.)

§. I.—*Guerras entre Enrique II y sus hijos.—Reunion del Vermandois á la corona de Francia.—Guerra de Felipe y Augusto.*— Los barones de Francia quisieron aprovecharse de la juventud de Felipe II para reducirlo á la nulidad de sus padres, y solicitaron el apoyo de Plantagenet; pero le contenía á este el honor feudal, y además estaba cansado de tan contiúas guerras. Intervino pues entre el nuevo rey y sus vasallos, logró pacificarlos, y se apresuró á rendirlé homenaje. No deseaba mas que la paz y no podía hallarla en su familia, pues se rebelaban sin cesar contra él sus hijos, llenos de orgullo, de brutalidad y turbulencias, ávidos de disponer de las riquezas y poderío de su padre. Estos odios domésticos, ardientes y contiúos, este padre y hijos tan malvados y feroces, daban pábulo á las fábulas mas extrañas, que se contaban de esta familia, la que se creía descendiente del diablo y por él inspirada. Hasta los mismos hijos de Enrique lo creían y hacían mofa de su deshonra. Su furor guerrero arruinó la grandeza de su casa, pues rompieron el haz de estados tan penosamente formado por su padre, habituaron á las provincias á que los miraran como extranjeros y enemigos, y fueron causa de que se separase definitivamente este país de Inglaterra.

La Aquitania, el Poitou y el Anjou fueron devastados inhumanamente por los tres príncipes (1182). Raimundo V de Tolosa

tomó parte en aquella guerra, ya como aliado, ya como enemigo de Ricardo, de modo que quedó aniquilado todo el mediodía. Multiplicáronse entonces las cuadrillas de bandidos mercenarios, conocidos con los nombres de *coteroux*, *routiers*, *brabanzones* y *bascos*, que robaban y mataban sin misericordia. Fué tan grande la desolacion, que los villanos y sacerdotes formaron por consejo de un pobre carpintero, y con la mediacion del obispo de Puy, una liga para la defensa del pueblo y la conservacion de la paz. Organizaron milicias que fueron muy poderosas bajo el nombre de *capuchos*, y arrojaron á los bandidos de muchas provincias.

Felipe II alentó á esta liga, pero no se mezcló en la guerra del mediodía. Era un hombre orgulloso de su título real, al que habia resuelto dar la superioridad material que le faltaba y restablecer al mismo tiempo de hecho y de derecho el trono y el reino; Enrique Plantagenet le habia dado el ejemplo de las reuniones de Estados, que siguió con admirable inteligencia; aunque joven y amenazado por las coaliciones de sus vasallos, solia decir que « le convenia sufrir su prepotencia y sus grandes ultrajes; que si á Dios placia, se debilitarian ellos y envejecerian mientras él creceria en fuerza y en prudencia, y que entonces le llegaria la ocasion de vengarse (1).»

Dirigió al principio sus miradas hácia el norte. Isabel nieta de Hugo el Grande (hermano de Felipe I) heredó los condados de Vermandois, de Valois y de Amiens, estaba casada con Felipe de Alsacia conde de Flandes, y murió dejando sus Estados á su hermana Leonor. Felipe de Alsacia quiso disputárselos, y Leonor solicitó el apoyo del rey de Francia (1183). Siguióse una larga guerra, despues de la cual Felipe Augusto no solo obtuvo de Leonor la cesion de los tres condados, sino que los conquistó al conde de Flandes. El condado de Amiens mudó de obispo, el cual como era uso, pidió homenaje al rey; pero teniendo Felipe ideas nuevas sobre la mision y grandeza del trono, se negó diciéndole estas notables palabras: « Nos no podemos ni debemos rendir homenaje á nadie. » El trono se desprendia cada vez mas del feudalismo.

(1) Crónica manuscrita citada en el arte de corroborar las fechas. t. I, p. 378.

Continuaba en descenso la prosperidad de Enrique II. Habian muerto sus hijos Enrique y Godofredo, el primero sin posteridad, y el segundo dejando un hijo al que los bretones dieron el nombre de Arturo. Ricardo llamado Corazon de Leon mostraba siempre la misma turbulencia y rebeldía; y todo el cariño del padre estaba cifrado en su cuarto hijo llamado Juan Sin Tierra. Alzaronse numerosas dificultades entre los reyes de Francia é Inglaterra: Enrique no queria la guerra, y Felipe la deseaba con todo su corazon con la seguridad de que le ayudaria Ricardo; pero cuando comenzaron las hostilidades, Felipe se mostró tímido é irresoluto ante el viejo Plantagenet que desbarató todas sus tentativas (1187). Despues de numerosas treguas tan pronto rotas como formadas, se suspendió la guerra por una noticia que aterró á la Europa. Habia caído Jerusalem en poder de los infieles.

§. II.—*Toma de Jerusalem por Saladino.*—*Predicacion de una nueva cruzada.*—*Muerte de Enrique II.*—Nuredino, soberano de Alepo, Damasco y Mosul, habia realzado la dominacion de los abasidas, mientras los cristianos dirigian todas sus miradas hácia el Egipto é imponian tributos al califa del Cairo. Se aprovechó de las victorias ganadas por los cruzados á los fatimitas, y se apoderó del Egipto por medio de Schirkuk, que era uno de sus emires. Derrocó á los califas, destruyó su dinastía y su imperio; y la religion de Mahoma volvió á adquirir unidad y fuerza (1177). Saladino, sobrino de Schirkuk, heredó todo el poder de Nuredino, extendió su dominacion por la Mesopotamia, la Siria y el Egipto, y empleó por fin su fuerza y su talento contra los cristianos (1173).

Sucedió á Balduino III rey de Jerusalem su hijo Amauri, que empleó todos sus recursos en intentar la conquista de Egipto (1162). Amauri tuvo por sucesor á su hijo Balduino IV, niño siempre enfermo, bajo cuyo reinado llegó al extremo la decadencia de los Estados cristianos (1173). Despues de su muerte, heredó el trono su hermana Sibila que hizo coronar á su marido Guido de Lusitán (1186). Llegó entonces al colmo la anarquía, y los latinos se disputaron con encarnizamiento los restos de la Tierra Santa. El nuevo rey atacó á Saladino en la llanura de Tiberiada con las últimas fuerzas de los cristianos (1187). La batalla duró dos dias: el ejército latino fué enteramente destruido;

y cayeron en poder de los vencedores la Vera Cruz (1), Lusitania, los príncipes de Antioquía y de Edesa, los grandes maestros del Temple y de San Juan, y una muchedumbre de ilustres caballeros. Saladino mandó matar después de la batalla á todos los soldados del Temple y de San Juan y á un gran número de guerreros que dijeron pertenecer á estas órdenes, y que se arrojaron heroicamente bajo el alfanje de sus verdugos. Sitió entonces el vencedor á Jerusalem que se entregó por capitulación (1187). Catorce mil cristianos fueron reducidos á la esclavitud, y cien mil arrojados de la ciudad Santa. Ocuparon los musulmanes toda la Siria á excepcion de Tiro, Antioquía y Trípoli.

Estos desastres causaron en Occidente una profunda consternación. El papa Urbano murió de dolor, y todos vertieron copiosas lágrimas por la nueva patria que acababan de perder. Todos se acusaron á sí mismos de haber provocado la cólera de Dios con sus pecados: cesaron instantáneamente las guerras, los robos y los desórdenes; y la cristiandad entera pareció durante algun tiempo un pueblo de santos. Reanimóse con toda su pureza el entusiasmo de las cruzadas: ya no era una devota peregrinacion sino la guerra santa la que verdaderamente debia emprenderse, porque Saladino se preparaba á conducir á Europa una cruzada musulmana, y acababan de invadir á España cuatrocientos mil bárbaros de Africa. Clemente III exhortó á los fieles á que tomasen la cruz; y Guillermo arzobispo de Tiro, tan célebre por su piedad como por su saber, vino á Europa á predicar la guerra. Reuniéronse en Gisors los reyes de Francia y de Inglaterra para conferenciar sobre la paz y el rescate de los santos lugares (1188). Guillermo acudió á esta entrevista. « Un imperio cristiano, les dijo, fundado por vuestros padres en medio de las naciones musulmanas, ha caido por vuestra indolencia en su poder. Ya que habeis dejado perecer la obra, venid á defender sus sepulcros.» Los dos reyes se abrazaron y tomaron la cruz. Ricar-

(1) Hé aquí como habla un historiador árabe de la toma de la Vera-Cruz. « Esto les fué mas doloroso que el cautiverio de su rey. Nada puede compensarles la pérdida que han tecido. La adoran, es su Dios; hunden su frente en el polvo ante ella y la ensalzan con cantares. Cuando la poseen, les parece que lo disfrutan todo: la rescatarian gustosos con su propia sangre, y esperan por ella alcanzar la victoria.» (Los dos Jardines, en la Biblioteca de las Cruzadas t. II. p. 588.)

do, duque de Borgofña, los condes de Flandes, de Champaña, de Blois y de Nevers siguieron su ejemplo. Mas no duró mucho tiempo tan noble resolución, y á pesar de la santidad de su voto volvió á comenzar la guerra entre Felipe y Enrique (1189). Los pueblos arrojaron gritos de indignación contra los sacrilegos: muchos príncipes les negaron el servicio feudal, y salió de Roma un legado del pontífice á amenazar á Felipe con poner su reino en entredicho.

En fin, despues de negociaciones rotas sin cesar, abandonado Enrique por sus barones, derrotado por todas partes y devorado por los pesares, consintió en una paz humillante, por la cual se reconoció « vasallo de Felipe, se puso á merced de su misericordia,» le cedió el Berri, y perdonó á cuantos habia hecho traicion pública y secretamente. Cuando pidió la lista de sus infieles servidores leyó en la primera línea el nombre de Juan Sin Tierra, y exclamó estupefacto: «¿ Es cierto que se haya separado de mí el hijo que mas amaba, y cuyo cariño me ha acarreado todas mis desgracias? Pues bien, de aquí en adelante que todo siga el camino que indique la suerte. Ya no quiero tener cuidado de mí ni de nadie en el mundo. ¡ Mengua para el rey vencido! ¡ Maldito sea el dia en que nací! Sean malditos de Dios los hijos que dejo en el mundo!» Y diciendo estas espantosas palabras entregó su alma al Criador.

Se habia deshecho el poder de los Plantagenets, y debia seguir dominando á la Francia la familia de los Capetos (1189) (1).

§. III.—*Tercera cruzada.*—*Toma de Tolemáida.*—*Regreso de Felipe II.*—Los desastres de las dos primeras cruzadas habian dado una leccion de experiencia. Se resolvió dirigir por el mar la tercera cruzada, y no enviar á la Tierra Santa mas que combatientes y caballeros. Se despreciaron los vagamundos y malhechores, solo se admitieron los que podian hacer el gasto del viaje, se impuso un diezmo sobre todos los bienes, muebles y rentas de las tierras en Inglaterra y en Francia, y se redactó un reglamento para la conservacion de las costumbres y de la disciplina (1189). El emperador Federico tomó la cruz con los duques de Suavia, de Austria y de Moravia; pero como queria hacer el

(1) Thierry t. III p. 581.

camino por tierra se adelantó con un ejército de cien mil hombres y llegó á Constantinopla. A pesar de las perfidias de los griegos confesadas y ensalzadas por sus historiadores (1), continuó su camino por la Misia y la Frigia. Le atacaron los turcos en las montañas, pero los venció, tomó á Iconium por asalto y llegó hasta las llanuras de Cilicia. Al atravesar el Selef, murió ahogado (1190; cundió el desaliento en el ejército, que destruyeron el hambre y los infieles, y solo pudo llegar á Tolemaida el duque de Suavia con cinco mil hombres.

Los cristianos se habian dado cita bajo los muros de esta ciudad. Lusignan, libertado de la prision, intentó detener los progresos de Saladino sitiando á Tolemaida, y llegó á aumentar su ejército una multitud de cruzados de todas las naciones que ascendia á cien mil hombres. Saladino sitió el campamento de los cristianos. Comenzaron entonces los continuos combates entre los dos ejércitos que recibian sin cesar nuevos refuerzos. Parecia que el Asia y la Europa acumulaban ante las murallas de Tolemaida todas sus fuerzas y todo su odio. Pero las discordias de los cristianos inutilizaron su valor; divididos en tantos ejércitos como naciones allí habia, y con jefes recíprocamente enemigos, se negaron muchas veces su mútua ayuda, y los diezmaron el hambre y las enfermedades. Murió la reina Sibila con sus hijos; y como Lusignan solo ceñia la corona por su mujer, quedó segun las costumbres feudales excluido de todo derecho, y tuvo por rival á Conrado de Monferrato, esposo de Isabel y hermano de Sibila. Los cruzados se dividieron entre ambos pretendientes, y en medio de esta confusion no adelantaba el sitio comenzado dos años hacia.

Felipe y Ricardo continuaban entretanto sus preparativos. Se prometieron mútuamente que no turbarian la paz durante su ausencia, y juraron defender sus respectivos derechos (2). El rey de Francia dejó sus Estados bajo la custodia de su madre Adela de Champaña y de su tío el arzobispo de Reims, y se fué á embarcar á Génova en tanto que el rey de Inglaterra lo hacia en Marsella. Los vientos contrarios les obligaron á pasar el invierno en Sicilia, y allí empezó á romperse la armonía de los dos re-

(1) Véase á Nicetas, que era entonces gobernador de Filipópolis.—(2) Roger de Noveden, p. 664.

yes. Ricardo no tenía para con su soberano feudal la humilde consideracion de su padre; se indignaba su orgullo de toda inferioridad, y dió pruebas de su brutal turbulencia al apoderarse violentamente de Mesina y al repudiar á Alicia, hermana de Felipe, con la que estaba prometido para esposo desde la infancia. El rey de Francia, paciente, astuto y perseverante contuvo su cólera, no queriendo que le culpasen de haber hecho abortar la cruzada con sus injurias personales. Renovó su alianza con Ricardo, partió sin esperarle y llegó á Tolemaida. Salió tras él el rey de Inglaterra; pero acometido por una tempestad desembarcó en Chipre. Tuvo su orgullo discordias con Isaac Commeno que reinaba en la isla, y se apoderó de su dominio sin razon plausible. Llegó por fin á Siria dos meses despues que Felipe, que le esperaba para apresurar la capitulacion de Tolemaida, reducida entonces al último extremo. Pero añadiéndose la discordia de los dos reyes á las demás causas de anarquía que existian en el campamento cristiano, se retardó el sitio en vez de terminarse mas pronto. Saladino pidió el auxilio de todos los innumerables guerreros de Occidente, y « para no dejar caer en poder de los idólatras, que, decía, dan al Todopoderoso un hijo y un igual, á Jerusalem, la hermana de Medina y de la Meca.» Animaba á los soldados lo mismo que á su jefe una devocion sombría y austera, y la guerra tomó un carácter enteramente religioso. Ostentábanse con pompa en los combates el Evangelio y el Coran, cristianos y mahometanos miraban como mártires á sus hermanos muertos en la pelea, insultaban los objetos del culto de sus adversarios y mataban á los prisioneros. A pesar de estos excesos, la duracion de la guerra hizo que se empezaran á conocer ambos pueblos, á apreciarse unos á otros como guerreros, y á entablar relaciones de cortesanía. El espíritu caballeresco, que se hallaba entonces en toda su gloria, conquistó el afecto de los musulmanes, y Saladino, que tenia heroísmo y virtud, quiso ser iniciado en aquella órden de caballería, tan maravillosa por los hombres y acciones que producía.

Tres años duró el sitio de Tolemaida: los cruzados derramaron en él mas sangre y demostraron mas valor que el que se necesitaba para conquistar toda el Asia. Diéronse ante las murallas de esta ciudad mas de cien refriegas y nueve grandes bata-

llas (1).» Capituló por fin Tolemaida (1191). Sus defensores, en número de cinco mil, ofrecieron ponerse á merced de los vencedores, si al cabo de cuarenta dias Saladino no devolvía á los cristianos la Vera Cruz, doscientos caballeros cautivos y doscientos mil bizantinos de oro (2). Saladino rechazó estas condiciones, y pasado el término señalado, Ricardo hizo decapitar á los cinco mil musulmanes sin que Felipe manifestase ninguna oposicion (3).» Disgustado entonces el rey de Francia del papel que representaba al lado de su brillante vasallo, resolvió partir á su reino. Juró de nuevo respetar y defender los Estados de Ricardo, confió el mando de su ejército á Hugo III, duque de Borgoña, y volvió al suelo francés despues de diez y ocho meses de ausencia. Todos «censuraron en extremo su regreso (4) (1192).»

Ricardo quedó con el supremo mando de los cruzados, y adquirió por su valor entre los orientales una nombradía fabulosa. «Volvia del combate, dice un caballero, enteramente erizado de flechas y parecido á una pelota cubierta de agujas (5).» Pero siguió la guerra sin método, no sacó ningun provecho de su victoria y se hizo insoportable á todos por su orgullo y violencia. Dos veces por falta suya se dejó de tomar Jerusalem: decian que mas se interesaba en satisfacer su pasion por los combates, que en llevar á cabo la guerra santa; y le acusaban de la muerte de Conrado de Monferrato que habia sido víctima de un acero desconocido. Ricardo se decidió á partir viendo al ejército cristiano desanimado y medio destruido por las enfermedades. Hizo un tratado con Saladino por el cual los cristianos conservaban las ciudades marítimas desde Jafa hasta Tiro, y tenian un paso libre y seguro para ir en peregrinacion á Jerusalem. Dió á Lusignan el reino de Chipre que quedó durante tres siglos bajo la dominacion de los latinos, el de Jerusalem á Enrique de Champagne que acababa de casarse con la viuda de Conrado de Monferrato, y se embarcó despues en Tolemaida. Arrojado por las tempestades á las costas de Dalmacia, quiso atravesar la Alemania en secreto y disfrazado de peregrino, pero tenia un enemi-

(1) Michaud, Historia de las cruzadas, lib. VIII.—(2) Bizante, moneda griega, cuyo valor era equivalente á unos dos duros.—(3) Guillerme el Breton, Filipida, cap. IV.—(4) Joinville, p. 85.—(5) Michaud, t. II, p. 509.

go mortal en Leopoldo duque de Austria, á quien habia ultrajado en el sitio de Tolemaida. A pesar del disfraz este le conoció, y lo puso en poder del emperador Enrique VI, hijo de Federico Barbaroja (1192).

§. IV.—*Cautiverio y libertad de Ricardo.*—*Guerra entre los reyes de Francia y de Inglaterra.*—Felipe habia vuelto con intencion de vengarse de Ricardo quitándole sus reinos. Olvidando el respeto debido á sus juramentos y el carácter sagrado que protegía al campeón de la cristiandad, hizo alianza con Juan Sin Tierra, que se habia apoderado por fuerza del gobierno de los Estados de su hermano, y defendió sus posesiones de Francia. Juan se declaró su vasallo, hasta por lo tocante á Inglaterra, y juró que no haría la paz con Ricardo sin su consentimiento. Cuando Felipe supo la prision del rey inglés invadió la Normandía, se apoderó de Evreux y sitió á Ruan. Pidieron los barones á Juan que los defendiese del rey de Francia; pero el usurpador exigió que le reconocieran como heredero de su hermano, en perjuicio de su sobrino Arturo duque de Bretaña. Desbarató tales proyectos la fidelidad de los ingleses y normandos, y Juan se vió obligado á buscar un asilo en Francia.

Enrique VI guardaba prisionero al rey que ningun daño le habia hecho jamás, solamente por exigir un rico rescate; y excusaba su injusticia diciendo que Ricardo era enemigo de los cristianos por la tregua que habia hecho con los musulmanes y la criminalidad de su conducta que habia excitado la indignacion pública.

Leonor de Aquitania llenó la Europa con sus quejas, y pidió al papa que libertase á su hijo «en virtud de la autoridad que ejercia sobre todos los reyes.» Ya el duque de Austria habia sido excomulgado, y el emperador se vió obligado por la dieta germánica á poner en rescate á su cautivo. Le pidió 100,000 libras y el homenaje de su corona de Inglaterra. Felipe Augusto y Juan Sin Tierra entorpecieron durante mucho tiempo estas negociaciones, y ofrecieron á Enrique 150,000 marcos para que retuviese en prision á Ricardo, pues segun decian ellos «el mundo no podria estar en paz con semejante perturbador (1).» En fin

(1) Guillermo Nembrig p. 38.

el prisionero cedió á todo: « hizo dimision de su reino de Inglaterra y se lo dió al emperador como señor de todo el mundo. Este se lo dió otra vez en feudo (1), gratificándole además con el reino de Provenza, « regalo de ningun valor para uno y otro, dice un contemporáneo, porque es necesario saber que el emperador jamás habia podido dominar este país, ni sus habitantes habian querido recibir de él ningun soberano (2).»

Salió entonces Ricardo de su prision y llegó á Inglaterra lleno de furor contra Felipe (1194).

Juan Sin Tierra tembló al saber la vuelta « del leon desencadenado.» Para alcanzar su gracia hizo degollar á trescientos caballeros franceses que formaban la guarnicion de Evreux, y entregó la ciudad á su hermano. Comenzó entonces la guerra entre Ricardo y Felipe, guerra muy lenta, pues sus Estados estaban agotados de hombres y dinero, y en la que ayudaron al rey de Francia los condes de Flandes, de Champaña, de Borgoña, etc. El mediodía, enardecido siempre por su amor á la independencia, tomó parte en ella como auxiliar del rey de Francia; y Beltran de Born siguió haciendo esfuerzos, tanto con su valor como con sus cantos, para impedir la paz entre ambos reyes. Firmóse en fin una tregua por la que cedió Ricardo á Felipe el señorío feudal de la Auvernia. Gobernado este país por príncipes independientes subordinados nominalmente á los duques de Aquitania, se negó á someterse á la dominacion extranjera del rey de Francia. « Invadiéronla entonces los caballeros del norte y lo pasaron todo á sangre y fuego (3).»

Viéronse entonces obligados á someterse al rey de Francia Roberto, delfin de Auvernia, y Guido, conde tambien de este país (1199) (4).

(1) Roger de Hoveden, p. 724.—(2) Id. p. 733.—(3) Raynouard, Poesías de los trovadores, t. V, p. 431.—(4) El primer conde hereditario de Auvernia fué Guillermo el Piadoso en 885. Tuvo doce sucesores hasta Guillermo VII que tomó el título de delfin en 1145. Su tío Guillermo VIII se apoderó de una porcion de sus Estados, y desde entonces la Auvernia se halló dividida entre los delfines y los condes. Menos poderosos los delfines duraron hasta 1428 en que, Juana, última heredera, se casó con Luis I de Borbon, conde de Montpensier, y el delfinado de Auvernia se reunió á la corona por confiscacion hecha al condestable de Borbon en 1327. La mejor parte del condado de Auvernia fué conquistada por Felipe Augusto y San Luis, y reunida á la corona en el reinado de Felipe el Atrevido. El título de conde

§. V.—*Conquista de las dos Sicilias por Enrique VI.*—Pontificado de Inocencio III.—*Guerra de los güelfos y gibelinos.*—*Muerte de Ricardo.*—Muerto Saladino se repartieron el imperio sus hijos y su hermano Malek-Adel; pero los cristianos de la Siria no supieron aprovecharse de las discordias de los sarracenos. En vano Celestino III hizo predicar una nueva cruzada; ya se empezaba á conocer la inutilidad de estas desastrosas expediciones; los barones derramaban lágrimas inútiles por el cautiverio de Jerusalem, y los templarios y hospitalarios solo pensaban en aumentar escandalosamente sus riquezas. No obstante pareció reanimarse en Alemania el espíritu de las cruzadas con el ardor de Enrique VI, que prometió pagar á los libertadores de la Tierra Santa, y tomó la cruz con los duques de Sajonia, de Austria y de Moravia.

Se pusieron en marcha dos ejércitos: el primero llegó á Siria, y despues de ganar algunas batallas y permanecer algunos meses, dejó la Tierra Santa mas oprimida que antes. El emperador condujo su segundo ejército al través de la Italia. La cruzada era solamente un pretesto para apoderarse del reino de las dos Sicilias, que pretendia como esposo de la heredera del último rey normando. Efectuóse la conquista á fuerza de crueldades (1194), y la corona de Nápoles quedó en la casa de Hohenstauffen por espacio de ochenta y dos años. Acontecimiento fué este de mucha trascendencia para la Europa; la casa de Hohenstauffen, como soberana de la corona imperial que hacia ciento y veinte y siete años poseia, dominó toda la Italia, se hizo mas italiana que germánica, y pretendió apoyar con mas razon su derecho á la monarquía universal. El mismo Enrique VI redactó una constitucion imperial para hacer la corona de los césares hereditaria en su familia (1196), la cual fué adoptada por cincuenta y dos príncipes del imperio. La conquista de Nápoles por los alemanes, hizo perder á los papas su apoyo temporal y su refugio en sus adversidades. Estrechados y aislados en Roma por la dominacion germánica, y temiendo ver debilitarse su monarquía de Auvernia quedó á soberanos poco poderosos, que no lo poseyeron mas que desde Clermont hasta Ana de la Tour duquesa de Urbino, madre de Catalina de Médicis. Se reunió este dominio á la corona definitivamente en tiempo de Luis XIII.

teocrática, los papas desplegaron toda su energía y destreza contra esta familia doblemente odiosa, por sus pretensiones con respecto á Europa y por sus dominios de Italia, y no tuvieron reposo ni alegría hasta que llegaron á presenciar su completa ruina.

Acababa de sentarse entonces en la silla pontificia Inocencio III, uno de los mas grandes hombres de la edad media. Rebosaba en las mismas ideas que Gregorio VII, y resolvió hacerlas triunfar. Comenzó por consolidar el poder temporal de los papas, siempre muy precario; obligó al prefecto imperial á recibir de sus manos la investidura, y agregó al dominio de San Pedro la Marca de Ancona y el ducado de Espoleto. Viendo asegurada su independenciam política, llegó á hacer reconocer como origen de todo poder eclesiástico á la silla de Roma, quitó al clero y al pueblo de cada iglesia el derecho de eleccion, que habian recobrado despues que Gregorio VII se lo habia privado á los príncipes, y apoyándose en las decretales, se arrogó el nombramiento y colacion de todos los beneficios eclesiásticos. Dueño de un poder tan exorbitante, manifestó sin rebozo sus justas pretensiones á la dominacion universal. «El sucesor de san Pedro, decia, ha sido puesto por Dios, no solo para gobernar la Iglesia, sino tambien el mundo. El Criador colocó en el cielo dos grandes astros luminosos, el uno para presidir el dia y el otro la noche, y estableció tambien en la tierra dos grandes poderes, que son el pontificio y el real. Del mismo modo que la luna recibe su luz del sol, el poder real toma su resplandor de la autoridad pontificia (1).» Definía al papa, «vicario de Jesucristo, ungido del Señor, inferior á Dios y superior al hombre, mas pequeño que Dios y mayor que el hombre (2).»

Murió Enrique VI. Su hermano Felipe de Suavia se hizo elegir por los gibelinos (1197); pero Inocencio III le opuso al mismo tiempo en la dignidad imperial á Othon de Brunswick, y en el trono de Nápoles á Federico II, hijo de Enrique VI, cuya tutela tomó á su cargo. De este modo impedía la union de las dos coronas en la casa de Hohenstauffen. Comenzó la guerra entre Felipe y Othon, y se propagó por toda Europa. El rey de Francia,

(1) Cartas de Inocencio, pág. 402.—(2) Sermón de consagr. pontif. t. I p. 189

siguiendo las tendencias gibelinas, contrarias á la política de sus antecesores, defendió á Felipe de Suavia; y el rey de Inglaterra, como enemigo particular de los Hohenstauffen, y tío de Othon de Brunswick, abrazó el partido de los güelfos. Volvieron á comenzar las hostilidades entre Ricardo y Felipe; pero Inocencio III les mandó que hicieran la paz, y los dos reyes firmaron una tregua de cinco años. Contaron en esta época al aventurero Ricardo, que se había hallado un tesoro en el castillo de Chalus. El rey lo reclamó, apoyándose en la ley feudal, al vizconde de Limoges, y habiéndose este negado, fué á sitiar el castillo, donde murió, herido de una flecha (1199).

§. VI.—*Guerra entre Felipe y Juan Sin Tierra.*—*Doble matrimonio de Felipe.*—La lenta ambicion de Felipe Augusto logró ventajas muy poco notables contra la destreza política de Enrique II, y el heroísmo popular de Ricardo, y alcanzó mejor éxito al lidiar con su sucesor. Arturo, hijo de Godofredo, era quien tenía derecho á los Estados de los Plantagenets; pero Juan Sin Tierra se aprovechó de la juventud de su sobrino para apoderarse violentamente de su herencia. Cansados de la dominacion inglesa el Anjou, el Poitou y la Turena abrazaron el partido de Arturo, y se pusieron bajo la proteccion de Felipe. Este propuso á Juan un arreglo por el cual se le daba la custodia de Inglaterra, y se cedian al jóven duque de Bretaña los Estados de Francia; pero Juan no consideró igual esta particion. La verdadera patria de los Plantagenets era la Francia, cuyas costumbres, leyes y lengua seguian prefiriendo siempre la permanencia en Burdeos ó Ruan á la de Londres. Rechazó las proposiciones de Felipe, y volvió á comenzar la guerra. El rey de Francia entró en Bretaña, desmanteló las ciudades de sus nuevos vasallos, y á la sombra de la proteccion de Arturo, trabajaba en su provecho. Pero no se encontraba en disposicion de emprender una guerra formal, porque se hallaba desavenido con la Iglesia y le era contraria la opinion pública. Se apresuró pues á hacer la paz; y habiéndose apoderado de Evreux y muchas plazas de Berri, dejó sin apoyo los derechos de Arturo (1200).

A pesar de los preceptos evangélicos, de las ideas caballerescas, de la mayor perfeccion de las mujeres y del pié de igualdad en que para con los hombres las colocaba su educacion, sus vir-

tudes y hasta sus mismos vicios; quedaba aun en las costumbres de los príncipes un resto de la barbarie franca, que les inducía á despreciar la santidad del matrimonio. Repudiaron á sus mujeres Felipe I, Luis VI y Luis VII: casi todos los señores de Francia, y en especial los del mediodía, tuvieron sucesivamente cuatro ó cinco esposas; y los reyes normandos y angevinos, estaban manchados con toda clase de excesos. Los papas trabajaron con ardimiento para evitar estos escándalos que minaban la nueva sociedad desde su base: sabian «que el medio mejor de perfeccionar al hombre era ennoblecer y exaltar á la mujer (1);» y por el poco éxito que alcanzaron sus exhortaciones y violencias, se puede conocer lo que hubiera sido de la santa institución del matrimonio sin su intervencion moral.

Habiendo perdido Felipe Augusto su primera mujer, se casó con Ingerburga de Dinamarca (1194); pero al dia siguiente de sus bodas, la rechazó, reunió un concilio de obispos que le eran adictos, é hizo pronunciar la disolución de su matrimonio. La pobre mujer del norte, que ignoraba la lengua francesa, no entendió su sentencia sino por signos. Entonces arrojó un grito que comprendian todos los débiles y oprimidos.... Roma! Roma! Pero Felipe se habia casado ya con Inés de Merania. Lleno de justa ira Inocencio III por este doble escándalo, amenazó mucho tiempo á Felipe con los rayos de la Iglesia, y puso por fin su reino en entredicho (1200). Este castigo era más eficaz y peligroso que la excomunion, y causó grande turbulencia en toda la Francia, que se sometió humildemente á la sentencia del papa. Pero como se confundian tan íntimamente las dos existencias de ciudadano y cristiano, al suspender los cargos de la vida religiosa, se suspendian en realidad los actos de la vida civil; y esta doble causa exponia á los pueblos á la rebelion. Se resistió Felipe por su orgullo y la confianza en su poderío: arrojó de sus sillas y quitó los bienes á los obispos que observaban el entredicho, persiguió á sus barones, arrancó á sus pueblos innumerables exacciones (2), y en fin, quiso apaciguar las quejas con du-

(1) Gregorio X decía en 1206: «Si todas las reinas del mundo fueran leprosas y nos pidiesen los reyes el permiso para casarse con otras, se lo negaríamos, aunque debiesen perecer todas las casas reales por falta de hijos.» — (2) Guillermo de Nangis, 1199.—Rigor!, Vida de Felipe Augusto.

reza y orgullo. Bien pronto le obligó á ceder el clamor general. Despidió á Inés, y pidió que se le juzgase. Se reunió un concilio en Soissons: las discusiones manifestaron claramente á Felipe el errado camino que habia emprendido, y sin esperar la sentencia, volvió el rey á tomar á Ingerburga, y partió con ella de la ciudad, «enviando á decir á los padres del concilio que no queria separarse mas de ella (1201) (1).» Era que comprendia sábiamente que el trono no tenia bastante fuerza para luchar con la Iglesia. El rey de Francia se hizo amigo del clero, y volvió á adquirir todo su ascendiente político.

§: VII.—*Podero del trono.—Universidad de Paris.—Pandectas de Justiniano.—Literatura popular.*—Veiase aumentar sensiblemente la confianza que los pueblos fundaban en el trono, y podia preverse que su proteccion, constantemente efectiva y presente, seria bien pronto preferida á la proteccion lejana y á veces impotente de los papas. Este objeto era el blanco de los afanes de Felipe. Tenia el rey un entendimiento recto, conocia las necesidades sociales, se ocupaba en satisfacerlas con actividad, tenia el instinto y la voluntad del progreso, y se interesaba en todo lo que podia mejorar el bienestar material é intelectual del pueblo. Edificaba mercados, cloacas y hospitales, engrandecia el circuito de Paris, hacia empedrar las calles, y daba reglamentos á la administracion. Intervenia en todas las contiendas de las municipalidades con los señores: daba títulos de tales á Sens, Niort, Pontoise y una multitud de lugares oscuros; pero tenia cuidado de equilibrar las libertades de estas pequeñas repúblicas y su vida anárquica y precaria con el bienestar social de las ciudades de privilegios reales, pacíficamente administradas por sus prebostes (2). La voz pública reconocia que nadie habia hecho tanto por la prosperidad del reino; el trono se convertia en una potencia inteligente y benéfica, esencialmente amiga de la civilizacion, que tenia como el país, el sentimiento del bien, y que tomaba siempre como él la iniciativa. Por esto el trono francés se ha distinguido siempre de todos los demás, y

(1) Guillermo de Nangis, 4199.—Rigord, Vida de Felipe Augusto.—(2) Existen setenta y ocho actas relativas á las municipalidades de este rey. Desde Luis VI hasta Carlos IV se cuentan doscientas treinta y seis. Es de lo que se conservan mas documentos reales.

ha llegado á ser, por decirlo así, la providencia visible de la Francia (1).

Segun el carácter nuevo que tomaba el trono, Felipe debía manifestar mas ostentacion que los señores: «contra el uso de sus antepasados, no iba jamás sin una escolta de gente armada (2);» novedad que disgustó á sus vasallos, y para la que tuvo que pedir su consentimiento. Su corte era superior á la de los mas elevados barones por su riqueza y por su trato: tenia cierto aspecto de grandeza; y se mezclaba en ella una elegancia y finura social, que trazaba una línea de distincion entre la persona real y los súbditos. No solo se rodeó Felipe de hazañosos caballeros, sino tambien de músicos y cantores. Cristian de Troyes era su poeta laureado; y Guillermo el Breton escribia su historia y cantaba sus alabanzas. Amaba la ciencia y concedia á los sábios pingües privilegios. La universidad de Paris recibió de él una organizacion regular, y tomó el título de primogénita de los reyes. Sus veinte y cinco mil estudiantes obtuvieron grandes franquicias, con las que formaron un mundo aparte en la ciudad, exento de toda jurisdiccion municipal, libre hasta la licencia, enemigo de los vecinos, insolente y tumultuoso: foco de inteligencia y grandes ideas, y receptáculo de todas las sutilezas y de todos los excesos. Esta universidad adquirió una fama inmensa: era, segun decian, «la ciudadela de la fe católica;» tomó para con los papas una posición independiente, y luchó contra ellos en favor de los reyes: fué indispensable haber estudiado en ella para ser sábio: de todos los países acudian á pisar los umbrales de sus escuelas; y en fin, sirvió de modelo á las universidades de Alemania y de Francia, que datan casi todas de aquella época. Hasta entonces no se habia enseñado mas que el *trivium*, que comprendia la gramática, la retórica y la dialéctica, y el *quadrivium*, que abrazaba la aritmética, la geometría, la música y la astronomía. Felipe introdujo tres ciencias nuevas; la medicina, el derecho romano y el derecho canónico (1200).

En 1135 se hallaron en Amalfi las Pandectas de Justiniano, y Venerio las enseñaba en Bolonia desde 1140. Esparciéronse

(1) Guizot, Civilizacion francesa, t. V.—(2) Scrip. rer. franc. t. XVI, p. 34.—(3) Ibid. p. 78.

rápidamente por Francia, se hizo de ellas una traduccion en lengua vulgar en tiempo de Luis VII; y se enseñaba en Montpellier en el año 1160. Fué tanto el ardor con que se dedicaron todos á su estudio, que un concilio reunido en Tours, en 1180, prohibió su lectura al clero temiendo que no se abandonase el derecho eclesiástico. La precision y equidad de las leyes romanas, comparadas con la insuficiencia y confusion de las feudales, excitaron la admiracion en aquella época en que el derecho ocupaba insensiblemente el sitio de la fuerza; y el código romano se esparció rápidamente por todas las escuelas y tribunales del norte de Europa. Los soberanos lo acogieron con empeño porque protegía las ideas de orden y despotismo, favorables al acrecientamiento de su poder; y se vió en efecto á los jurisconsultos convertidos desde entonces en instrumentos los mas activos de la monarquía absoluta.

El progreso de la nueva jurisprudencia dió á los papas la idea de formar un código eclesiástico, por medio del cual pudiese la Iglesia arreglar sus relaciones con la sociedad civil. Eugenio III hizo redactar en 1152 una coleccion de cánones, conocida con el nombre de *Decreto*, que fué enseñado en las escuelas y adoptado por los tribunales eclesiásticos. Por él entraron en la ley general de la Iglesia la tregua de Dios, la prohibicion de los duelos y de las pruebas judiciales. Un siglo mas tarde Gregorio IX completó el derecho canónico publicando las *Decretales*, donde están reunidas todas las decisiones de sus antecesores.

Las universidades dedicaban todos sus estudios á desenterrar las letras sagradas y profanas de la antigüedad: no tenían mas ambicion que recordar y renovar aquel antiguo mundo, que tenía costumbres, leyes y lengua enteramente populares. Las literaturas del norte y del mediodía de la Francia arrojaban entonces mucho brillo, y la del norte sobre todo era mas variada, mas fecunda y filosófica que la del mediodía. Al ver el crecido número de obras de aquel tiempo, las cuestiones que en ellas se ventilaban, la razon y hasta el escepticismo que las animan; es forzoso creer que estaban ya muy despiertas las inteligencias. Pululaban entonces los cuentos licenciosos y satíricos donde son censurados los monjes con tanto cinismo y sencillez, en los cuales la grosería es maligna y cándida la corrupcion; obras que en nada se

parecen á las de la antigüedad, porque son un producto fiel y natural de los sentimientos é ideas de la edad media. Circulaban entonces en los castillos esas novelas de caballería, donde se mezclan y confunden el orientalismo de las imágenes, el espíritu grave y ardiente del cristianismo, y el carácter púdico y meditador de los germanos; esas largas y maravillosas epopeyas parecidas á las de Homero, pero nó modeladas sobre ellas, donde los pueblos y las familias veían su origen, sus leyes y su culto, y que impregnadas en las costumbres públicas reaccionaban sobre las suyas particulares, y eran ficciones que se convertían en verdades. Se vivía en un tiempo de cosas prodigiosas en que nada se admiraba, en que la imaginación abarcaba todas las ilusiones, y había en las cabezas un raudal de poesía. Por eso existían tantos milagros, tanta mágia y tantos cuentos. Pero lo que sobre todo hería vivamente los ánimos era el reinado portentoso de Carlomagno, cuyas maravillas habían aumentado las tradiciones gigantescas y fabulosas; era el imperio grandioso del que se creían sucesores los reyes de Alemania, los de Francia y los obispos de Roma.

Como á los hombres de aquel siglo les placía tanto aplicar al tiempo pasado todo lo que les impresionaba en el presente, transformaron en hazañosos caballeros al Franco Karl y á sus compañeros germanos, y Carlomagno y sus doce pares fueron el objeto principal de las crónicas de Turpin y de sus imitadores. Tuvieron estos poemas una influencia increíble, fueron la historia única y popular, favorecieron é hicieron llevar á cabo los mismos hechos que ensalzaban; y puede asegurarse que las conquistas de los normandos y cruzados nó fueron mas que la realización de las novelas de la edad media.

Estas ficciones iban á convertirse en hechos con el acontecimiento mas extraño de esta época: la conquista de Constantinopla por los latinos. Aquí comienza una nueva era para el historiador. El escritor que la relata es uno de los actores de aquella conquista. Godofredo de Ville-Ardouin es el primer cronista en lengua moderna que conocemos, y su relacion es una obra maestra de sencillez y movimiento.

§. VIII.—*Cuarta cruzada.—Toma de Constantinopla.*—Acababan de dirigirse las miradas de Europa hácia la Tierra Santa, y ocu-

paban todos los brazos y espíritus las guerras de Francia y Alemania. Solo Inocencio III se acordaba de los cristianos de Oriente, y despertaba con sus ardorosas cartas el entusiasmo de las cruzadas. Recorrieron la Europa legados y misioneros predicando la paz, prodigando las indulgencias y reanimando las virtudes cristianas. El cura de Neuilly-sur-Marne Foulques, es el que se distinguió entre ellos en la fama pública: el pueblo le miraba como un santo y se agolpaba en torno suyo; pero solo el pueblo era el que se conmovía al nombre de Jerusalem, y le faltaba para libertar la ciudad Santa la cooperacion de los ricos y guerreros. Foulques fué á predicar la cruzada á un torneo que se celebraba en Champaña, donde se hallaban reunidos los más distinguidos barones y caballeros de Francia (1200). Tomaron la cruz los condes de Champaña, de Flandes, de Blois y una multitud de señores, que enviaron á Venecia seis diputados para ajustar bajeles

Habia tomado una parte muy activa esta poderosa república en las cruzadas por su marina: á ella se debía la toma de Tiro y la expulsion de las escuadras musulmanas del Mediterráneo; y ocupada en sus negocios comerciales mas que en los de la cristiandad, se hizo ceder en propiedad un barrio en las principales ciudades marítimas de la Siria. Su prosperidad mercantil y su vecindad á Grecia le daban un interés inmediato en la guerra santa, pero apesar de esto los venecianos hicieron con los cruzados un tratado comercial: les pidieron 85000 marcos (16 millones) y la mitad de los países conquistados, por el trasporte de veinte mil hombres y cuatro mil quinientos caballos, y por alimentarlos por espacio de nueve meses. Aceptaron el trato los seis diputados, entre los que estaba Ville-Ardouin. Inocencio III excitó el zelo de los cristianos por todos los medios: vendió sus vajillas para los gastos de la guerra, prohibió todas las diversiones, ordenó plegarias públicas; y como el fanatismo volvía á despertarse contra los judíos, los tomó bajo su proteccion prohibiendo que se les hiciese daño ni en sus bienes ni en su culto. Los cruzados salieron de todas partes para ponerse bajo las órdenes de Bonifacio marqués de Monferrato. Eran todos caballeros y soldados disciplinados «y la mas bella gente que jamás se ha-

bía visto (1).» Un gran número de cruzados se fueron á Tierra Santa por diferente camino que el de Venecia, y los que se reunieron en esta ciudad, no pudieron juntar mas que 35000 marcos para pagar á los venecianos. La república propuso entonces á los franceses que el pago de lo restante se hiciera mas tarde, si querian ayudarles á reconquistar á Zara ciudad de la Dalmacia, que poseia el rey de Hungría. Los legados del papa se opusieron á que las armas cristianas se empleasen sacrílegamente contra una ciudad tambien cristiana; pero como los franceses habian tomado las armas, mas por la aficion á las aventuras caballerescas que por la devocion, y el honor les ordenaba desprenderse de su deuda, el dux Dandolo acabó de vencer sus escrúpulos tomando la cruz (1202). Partió la escuadra. Conquistaron á Zara, y despues de ella á Trieste y toda la Istria. El papa reprendió agriamente á los cruzados por haber faltado á su voto y excomulgó á los venecianos. Los franceses se humillaron y prometieron seguir su camino hácia la Siria: pero les detuvo «una maravillosa y sorprendente aventura.»

Yacia el imperio de Oriente sumido en el último grado de envejecimiento á que puede descender un país civilizado: no tenia comercio, ejército, valor ni inteligencia; y era el deshonor de la cristiandad la perfidia, la crueldad, y el afan de disputas y ergotismo de los griegos. Pueblo sistemáticamente estacionado, que debia desaparecer para legar á otro los gérmenes de progreso que aun conservaba, lo habia perdido su cisma y su aislamiento de Occidente, y léjos de conocer su falsa posicion, reservaba todo su odio, nó para sus enemigos del Asia, sino para los latinos. No solo se habia manifestado este odio en las cruzadas, donde tenia por excusa la bárbarie de los peregrinos, sino mas tarde, cuando sin razon fueron víctimas de un degüello general (del que los sacerdotes habian sido jefes é instigadores), todos los latinos establecidos en Constantinopla sin perdonar á las mujeres, los niños ni los enfermos (1182). Cuatro mil desgraciados que se salvaron de tan espantosa carnicería, fueron vendidos á los turcos como esclavos. La Europa al oir esta dolorosa

(1) Godofredo de Ville Hardouin, conquista de Constantinopla por los francos, lib. I. edic. Bruhon t. III.

nueva sintió un ardiente deseo de venganza, y bien pronto iba á presentarse la ocasion de satisfacerla.

Sucedíanse con rapidez las revoluciones en el imperio, y ninguno de sus déspotas sabia defenderlo de los sarracenos ni de los búlgaros. Despues de Commeno subió al trono su hijo Isaac el Ángel, que fué destronado y encarcelado por su hermano. Alejo, hijo de Isaac, huyó á Alemania y buscó quien defendiera á su padre. Pidió el auxilio de los cruzados prometiendo hacer la Iglesia griega dependiente de la de Roma, y dar para la cruzada doscientos mil marcos y diez mil hombres. Dejáronse seducir los franceses por estas promesas, y aun mas los venecianos, que segun decian, estaban vendidos á Malek-Adel para hacer la guerra á Constantinopla. Todos soñaban en reinos por conquistar, emperadores que defender, y damas griegas que enamorar. Despues de largas discusiones, y á pesar del enojo del papa que amenazaba á los cruzados con la venganza celeste, el ejército de caballeros errantes y buscadores de aventuras se dejó persuadir, «de que la tierra de ultramar solo podia recobrase por el Egipto ó por la Grecia (1).» Partió la escuadra y llegó sin obstáculo á Constantinopla (1203). No se habia hecho en ella ningun preparativo de defensa. El ejército latino se componia de quince á veinte mil hombres, y la ciudad contenia quinientos mil habitantes, estaba fortificada con altos torreones y fuertes murallas, «de modo que no hubo corazon que no temblase, por atrevido que fuera, pues jamás se habia intentado tan loca empresa (2).» No obstante apenas duró el sitio algunos dias. Los griegos veian con terror á los francos, á quienes llamaban ángeles esterminadores y estátuas de bronce (3). El usurpador huyó ó Isaac y sus hijos ocuparon el trono.

No fué de larga duracion la union de los griegos y latinos. Alejo no pudo dar cumplimiento á las promesas que habia hecho á sus aliados por la indignacion que estas causaron á sus súbditos, y descontentó á los cruzados que se habian hecho mas insaciables é insolentes al ver las riquezas y cobardía de los griegos. Comenzó la guerra. Los latinos, que tenian puesto su campamento fuera de la ciudad, se dispusieron á sitiaria, y antes

(1) Ville—Hardouin. p. 39.—(2) Id. p. 50.—(3) Nicetas, traduccion de M. de Haunterive, por Buchont. III.

de conquistarla, se repartieron el imperio por un tratado. Los griegos mataron á Isaac y á Alejo, y dieron la púrpura á Ducas, dice Murzuflo, que en vano se esforzó en animar á sus conciudadanos á que defendieran la ciudad. Despues de un sitio de tres dias, Constantinopla fué tomada por asalto (10 de abril de 1204).

Fué espantoso el desastre; y á pesar de la prohibicion de los jefes y de los prelados, los soldados no respetaron monasterios, iglesias, ancianos ni mujeres. «Estos destructores, dice Nicetas, que tenian á la venganza por superior á todas las virtudes cuya prerogativa se atribuían,» se saciaron de ella con feroz alegría con los griegos, herejes y perjuros, devastaron sus monumentos, destrozaron sus estátuas y se mofaron de su vana ciencia y sus artes impotentes. El único sentimiento que animaba á los cruzados se manifiesta en estas extrañas palabras: «Atestigua Gofredo de Ville-Hardouin que el mariscal de Champaña fué apreciado en esta ciudad, cual en muchos siglos lo haya sido hombre alguno. Los peregrinos y los venecianos celebraron las dos pascuas en honor y alegría de lo que Dios les habia concedido (1).» Se pagó el dinero que se debía á los venecianos con el botin puesto en depósito comun, y despues de repartido, se vió que cada nacion disponia de quinientos mil marcos de plata. «Repartiéronse entonces el imperio los vencedores con la balanza en la mano, dice la crónica de Morea, de modo que todos alcanzaron una parte proporcionada á su poder.» Eligieron emperador á Balduino IV, conde de Flandes: Bonifacio de Monferrato fué creado rey de Macedonia ó Tesalónica: el dux Dandolo en nombre de Venecia fué nombrado déspota de Romanía, con la mitad de Constantinopla gobernada por sus leyes; y todas las provincias fueron repartidas entre las dos naciones. Hubo príncipes de Acaja, duques de Atenas y señores de Tebas; y como se ignoraban los verdaderos límites del imperio, se distribuyó el reino de los medos, el de los partos, de Iconium, Alejandría, etc. Cada cual cambiaba, jugaba ó vendia su parte. «Constantinopla fué durante algunos dias un mercado donde se traficaba con el mar, las islas, los pueblos y sus riquezas. El universo romano estu-

(1) Ville-Hardouin. p. 99.

vo puesto en almoneda, y eran sus compradores una turba de oscuros cruzados (1).» Dispersáronse los veinte mil vencedores para ir á tomar posesion de sus Estados, y conquistaron la Propóntida y el Bósforo, la Frigia, la Bitinia, la Tesalia, el Epiro, el Atica y el Peloponeso. Se introdujo el feudalismo en estas mil soberanías con toda su extrañeza y aislamiento, y esto fué la perdicion de los vencedores, «pues no pudieron emprender ninguna guerra por estar muy divididos (2).»

Escribieron al papa, pusieron á sus piés sus conquistas y pidieron su absolucion. Enojado Inocencio III del saqueo de una ciudad cristiana, «donde no se habian perdonado grandes ni pequeños, ni se habia respetado la edad, el sexo, las vírgenes del Señor, los santos altares y los vasos sagrados,» se negó por mucho tiempo á perdonarlos. Pero considerando que la conquista de Grecia era el principio de la libertad de los Santos Lugares, aprobó la eleccion de Balduino, y mandó á los franceses que fueran á defender el nuevo imperio cristiano, la *nueva Francia*. Cambiáronse de este modo el objeto y espíritu de las cruzadas: ya no se fué mas que á la Grecia: se abandonó la Tierra Santa; y la lengua francesa, que se hablaba ya en Siria, Inglaterra y Sicilia, se extendió tambien por los países de los macedonios y helenos, con las costumbres de Francia.

Cincuenta años duró en Constantinopla la dominacion francesa, y en algunas porciones de la Grecia doscientos cincuenta (3). La de los venecianos en el Peloponeso y las islas se prolongó hasta el siglo décimo séptimo.

§. IX.—*Muerte de Arturo de Bretaña.—Felipe conquista la Normandía, el Anjou y el Poitou.—Condenacion de Juan Sin Tierra por el consejo de los pares.*—Mientras se hacian tan maravillosas conquistas graves acontecimientos, que llaman nuestra atencion, tuvieron lugar en Francia.

Conservaban todo su odio contra los Plantagenets el Poitou, el Anjou y la Turena, y no hicieron mas que aumentarlos los vicios de Juan Sin Tierra, el hombre arrogante, dissipador y lujurioso. Poco se diferenciaba el espíritu que animaba á las

(1) Michaud, t. III. p. 286.—(2) Ville-Hardouin, p. 479.—(3) *Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con el Oriente*; Revista independiente del 25 de octubre de 1843, por Levallée.

demás provincias del imperio anglo-normando, y se sublevaron el Poitou y el Limosin, luego que Juan robó al conde de la Marca á su mujer Isabel de Angulema y se casó con ella. Los señores de este país apelaron á Felipe Augusto. Este intimó á Juan que se presentase en su corte «para responder á los cargos que tenia que hacerle (1202) (1).» El rey inglés no se atrevió á desobedecer á esta intimacion desconocida hasta entonces, pero no se presentó á pesar de su promesa. Felipe entró en Normandía, se apoderó de muchas ciudades é hizo alianza con Arturo. «Este le cedió todo lo que habia ganado y lo que adquiriria en este ducado (2): le rindió homenaje por la Bretaña, el Maine, el Anjou, el Poitou y la Turena, marchó con los señores de este país contra su tio, y fué completamente derrotado cayendo prisionero con los condes de la Marca, de Limoges y de Thouars. Juan encerró á su sobrino en el castillo de Ruan, y segun dicen, despues de haberlo ahogado con sus propias manos, arrojó su cadáver al Sena (1203).

Esta muerte excitó la indignacion general. Los bretones eligieron por duque á Guido de Thouars segundo esposo de la madre de Arturo, y apelaron á la justicia del soberano. Felipe se arrojó casi solo sobre el Poitou, que se sublevó en masa á su llegada, en tanto que acometian la Normandía los bretones y angevinos. Esta guerra causó muy poca inquietud á Juan, y como no tenia mas deseos que saciar, ni peligros que temer, se entregó á las diversiones y al ocio en sus castillos de Normandía. Solo cuando Felipe conquistó los Andelys, despues de un sitio de cinco meses, pasó Juan á Inglaterra; donde redobló sus tiranías é imploró la mediacion del papa.

Inocencio III mandó á los dos reyes que hicieran la paz y sometieran á su tribunal la contienda amenazándoles si le desobedecian con poner sus Estados en entredicho. Felipe se estremeció al pensar que habia de desistir de sus victorias tanto tiempo esperadas y que tan locamente le habia dejado alcanzar su rival: tenia el convencimiento de su fuerza y popularidad, y queria libertar el trono, convertido ya en poder público, de la dominacion eclesiástica que sufría tres siglos hacia. No obede-

(1) Rigord, vida de Felipe Augusto.—(2) Id. ibid.

ció por lo mismo; y aprovechándose de la admiracion que inspiraba la proteccion de Inocencio para con un rey tirano de sus súbditos, violador del matrimonio y verdugo de su sobrino, hizo prometer á sus nobles y vasallos que le ayudarian en su resistencia. Once barones principales publicaron el siguiente manifiesto (1203). «Hago saber á todos que he aconsejado al Sr. Felipe que no haga paz ni tregua con el rey de Inglaterra como lo ha mandado ó aconsejado el papa. Prometo que si el papa se propasa á hacer al rey con este objeto alguna violencia, defenderé á este como á mi señor feudal con todo mi poder, y que no haré la paz con el señor papa, sino por medio de mi señor el rey (1).»

Aquel era el primer ejemplo de una contienda de potencia á potencia entre la Iglesia y sus primogénitos: Inocencio III conoció el peligro, y escribió á Felipe que no comprendia sus intenciones, pues solo habia predicado la paz como sacerdote cristiano. «No queremos, le dijo, abrogarnos el derecho de juzgar en lo tocante al feudo, sino solamente en lo que concierne al pecado. Es deber nuestro ejercer este derecho sobre el culpable cualquiera que sea (2).»

Siguió á la rendicion de los Andelys la toma de Falaise, de Caen, de Bayeux, de Seez y Lisieux, y Felipe fué por fin á sitiarse á Ruan. Los normandos conquistadores de Inglaterra despreciaban y odiaban á los franceses con quienes peleaban hacia ciento cincuenta años. Ruan era grande y fuerte: sus vecinos constituidos en municipalidad un siglo hacia, se habian enriquecido con el comercio, eran orgullosos, estaban bien armados, y «profesaban un odio eterno á Felipe (3).» Pero desesperada la ciudad por la cobardia del rey Juan, que no trataba de socorrerla, se entregó con condicion de que serian respetados los bienes, las personas, las leyes y los usos. Esta capitulacion terminó la conquista de la Normandía, que despues de 292 años de independencia, formó parte del reino de los franceses (1204). La Bretaña, como feudo de la Normandía, siguió su destino, y fué desde entonces vasalla inmediata de la Francia. La nacion normanda «sufrió mucho tiempo con indignacion el yugo de Felipe, pues no podia olvidar á sus antiguos señores (4);» pero el rey con su

(1) Dumon, *Corpus diplomat. t. I p. 429.*—(2) Cartas de Inocencio III, lib. VII.—

(3) Guillermo el Breton, *Filipida* cap. 8.—(4) *Id. ibid.*

destreza hizo enmudecer á los descontentos, y tan fácilmente se acostumbró la Normandía á ser francesa, que un siglo despues era la mas implacable enemiga de Inglaterra.

Sometiéronse tambien á las armas francesas el Poitou, la Turenna y el Anjou abandonados por su soberano como la Normandía, y no quedó á la casa de Plantagenet en Francia mas que Touars, Niort y la Rochela.

Después que Felipe hizo pública la superioridad de sus fuerzas, quiso ir mas léjos: resolvió hacer consagrar con el derecho lo que habia ganado con la violencia; y volvió á intimar á su vasallo á que compareciese ante el consejo de sus pares para dar cuenta en él de la muerte de su sobrino. Era un proceso enteramente nuevo. Solo la Iglesia se habia creído hasta entonces con derecho para acusar y castigar á los príncipes por sus crímenes particulares, y jamás el señor habia tenido el poder de averiguar la vida privada de su vasallo. Además ningun soberano habia sido llamado á comparecer ante sus pares, y en fin este mismo consejo de los pares, como Felipe queria constituirlo, no era mas que una innovacion sacada de las novelas de caballería, con la que se creia restablecer una institucion de Carlomagno. Pero era tanta la popularidad de estas tradiciones, que se creian históricas, tan general la idea que hacia del trono francés un poder público, y tal el horror que inspiraban los crímenes de Juan, que nadie reclamó contra la usurpacion de Felipe, y el mismo rey inglés accedió á presentarse al tribunal de los pares. Envió embajadores al rey de Francia pidiendo la restitution de Normandía y diciendo: «que se presentaria gustoso á su consejo para obedecer y defender su derecho si le daba un salvo conducto.— Con mucho gusto, respondió el rey; que venga en paz y con seguridad.» Los embajadores regresaron á Inglaterra, pero el rey no quiso exponerse á una aventura tan dudosa. No por eso dejaron de pasar adelante en su proceso los nobles y barones, y desheredaron á Juan de todas las tierras que poseia en el reino de Francia. (1).

Ignórase quienes eran los señores que componian el tribunal que pronunció aquella sentencia; pero es probable que estuvieran en él el duque de Borgoña y los barones que dependian in-

(1) Mateo París, histor. de Inglaterra, p. 725.—Guillermo de Nangis.

mediatamente de la corona; pues en la corte vivían los *pares*, los *magnates* y *optimatos* del reino de Francia. Creemos que en esta época fué cuando se regularizó el consejo del rey sobre el modelo del romanesco de Carlomagno, reduciéndolo á doce pares, de los cuales seis eran legos, como los duques de Normandía, de Borgoña y de Aquitania y los condes de Flandes, de Champaña y de Tolosa; y seis eclesiásticos, como el arzobispo de Reims y los obispos de Laon, de Noyon, de Beauvais, de Châlons y de Langres. De modo que el consejo de los pares se convirtió en una institución, los nobles principales estuvieron desde entonces reunidos en torno del trono formando el centro y la unidad de la Francia; y el derecho reemplazó á la fuerza.

Juan salió por fin de su apatía y desembarcó en la Rochela con un numeroso ejército. Se arrepentían ya de haber perdido su existencia nacional el Anjou, el Maine y el Poitou, y se sublevaron en favor suyo. Pero luego que llegó el rey de Francia, se dió prisa Juan á hacer una tregua, por la que abandonó la Normandía, el Maine, la Turena, el Anjou y una parte del Poitou (1206). De este modo acabó la dominación de los Plantagenets en el continente, que fueron para la Francia en adelante una familia extranjera. El trono Capeto adquirió además la preponderancia material, y ya no era la corona, como en tiempo de Luis VI, una idea ó un derecho, sino una potencia de hecho que tenía un reino que gobernar, no titular, sino efectivo.

La parte oriental de la Galia comprendida en el imperio, no tomó parte alguna en las contiendas de Juan y Felipe, porque se hallaba ocupada en las guerras de Felipe de Suavia contra Othon de Brunswick. Este á pesar de la protección del papa, había sido arrojado de Alemania y se había refugiado en Inglaterra; pero habiendo sido asesinado su rival, volvió y fué reconocido por los güelfos y los gibelinos (1208). El tercer pretendiente, que era Federico II, se quedó con el trono de las dos Sicilias.

La porción de la Galia que comprendía los países cercanos al Mediterráneo y los Pirineos, era lo mismo que la Galia alemana, extranjera para los reyes de la Francia y de Inglaterra. Presto iba á sufrir una terrible revolución que debía incorporarla al reino de Francia.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

Prefacio del Autor.	Pág. 7
-----------------------------	--------

LA GALIA INDEPENDIENTE

desde los tiempos mas remotos hasta el nacimiento de Jesucristo.

Cap. I.—Ojeada sobre el mundo antiguo.	11
Cap. II.—Conquista de la Galia por los romanos.	29

LA GALIA ROMANA

desde el tiempo de los Galos hasta 406.

Cap. I.—Principio del cristianismo y de los bárbaros.—(1 á 324).	46
Cap. II.—Triunfo del cristianismo é invasion de los bárbaros (312—406).	67

HISTORIA DE LA GALIA BÁRBARA.

(406—987.)

Libro primero.

Dominacion de los franco-neustrienses (406—687).

Cap. I.—Establecimiento de los bárbaros en la Galia (406—476).	89
Cap. II.—Clodoveo. (476—514).	104
Cap. III.—Hijos de Clodoveo. (514—561).	119
Cap. IV.—Fredegunda y Brunequilda. (561—613).	128
Cap. V.—Alcaldes de palacio. (613—687).	143

Libro segundo.

Dominacion de los francos austrasios. (687—843.)

Cap. I.—Pepino de Herstal, Carlos Martel, Pepino el Jorobado.(687—751).	156
Cap. II.—Pepino rey de los francos.—Conquistas y gobierno de Carlomagno. —Restablecimiento del imperio de occidente. (752—800).	173
Cap. III.—Imperio Occidental de los Francos. (800—843).	197

Libro tercero.*Principios de la nacion francesa y de la sociedad feudal.* (843-987).

- Cap. I.—Primer desmembramiento del Imperio. 217
 Cap. II.—Segundo desmembramiento del Imperio. (838-987). 237

HISTORIA DE LOS FRANCESES DURANTE EL RÉGIMEN FEUDAL.

Libro primero.*Los Capetos directos ó la Francia considerada en Estados feudales bajo la monarquía universal de la Iglesia, edad heroica del feudalismo.* (987-1328).

SECCION PRIMERA.

Establecimiento de la monarquía universal de la Iglesia. (987-1100.)

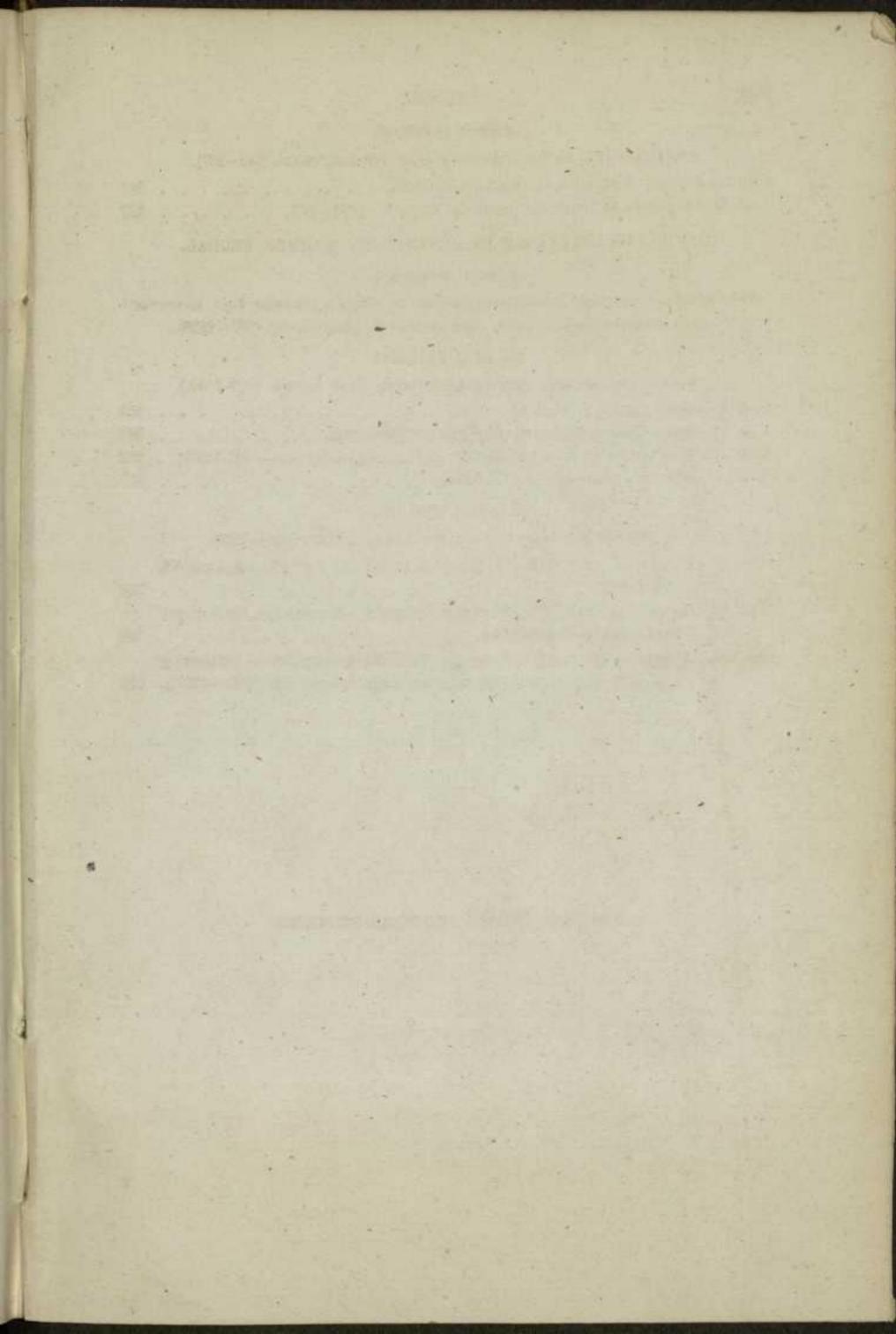
- Cap. I.—Ojeada sobre el sistema feudal. 251
 Cap. II.—Hugo Capeto, Roberto y Enrique I. (987-1060). 263
 Cap. III.—Los normandos, Gregorio VII y las municipalidades.—(1060-1087.) 282
 Cap. IV.—Primera Cruzada.—(1087 á 1099.) 307

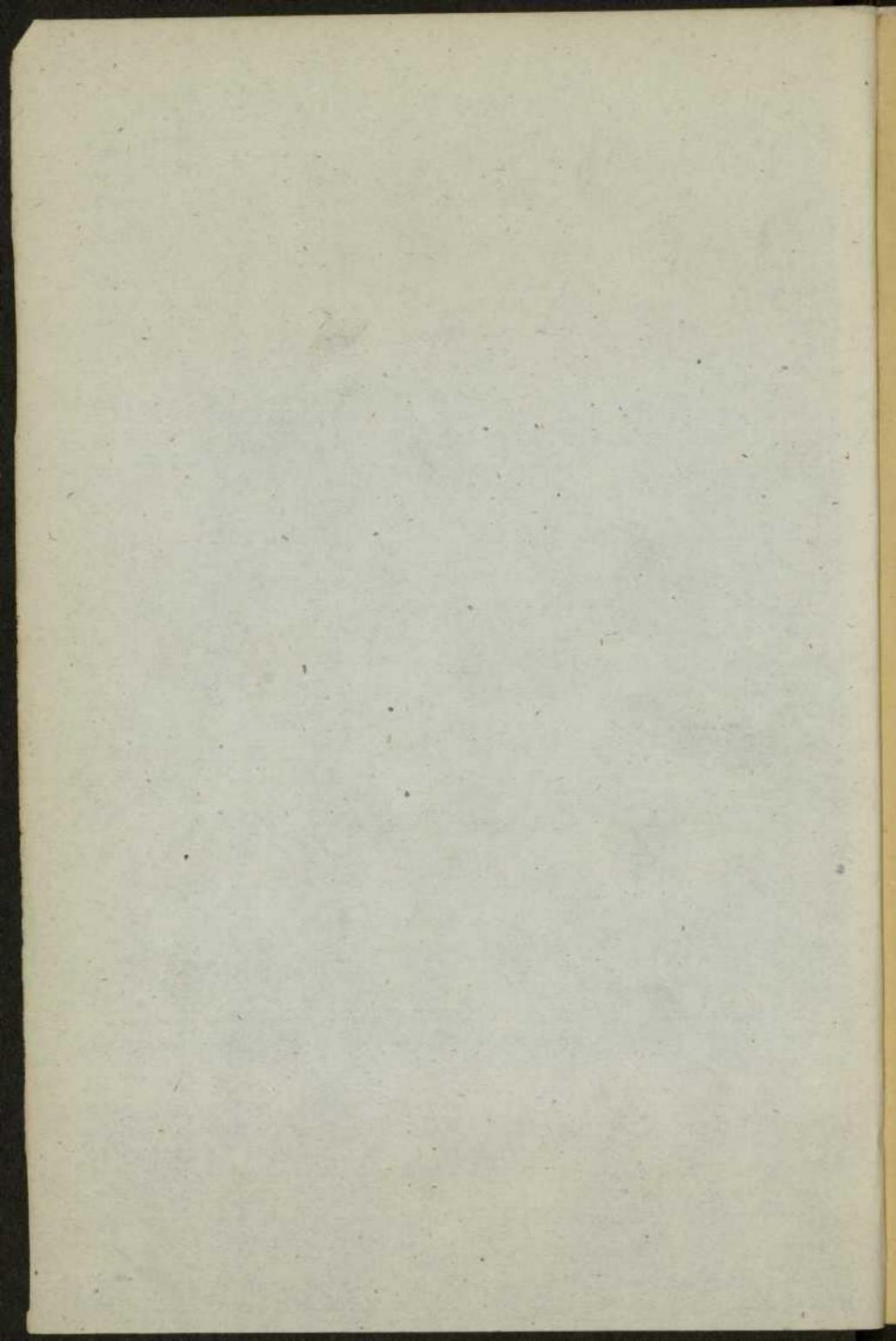
SECCION SEGUNDA.

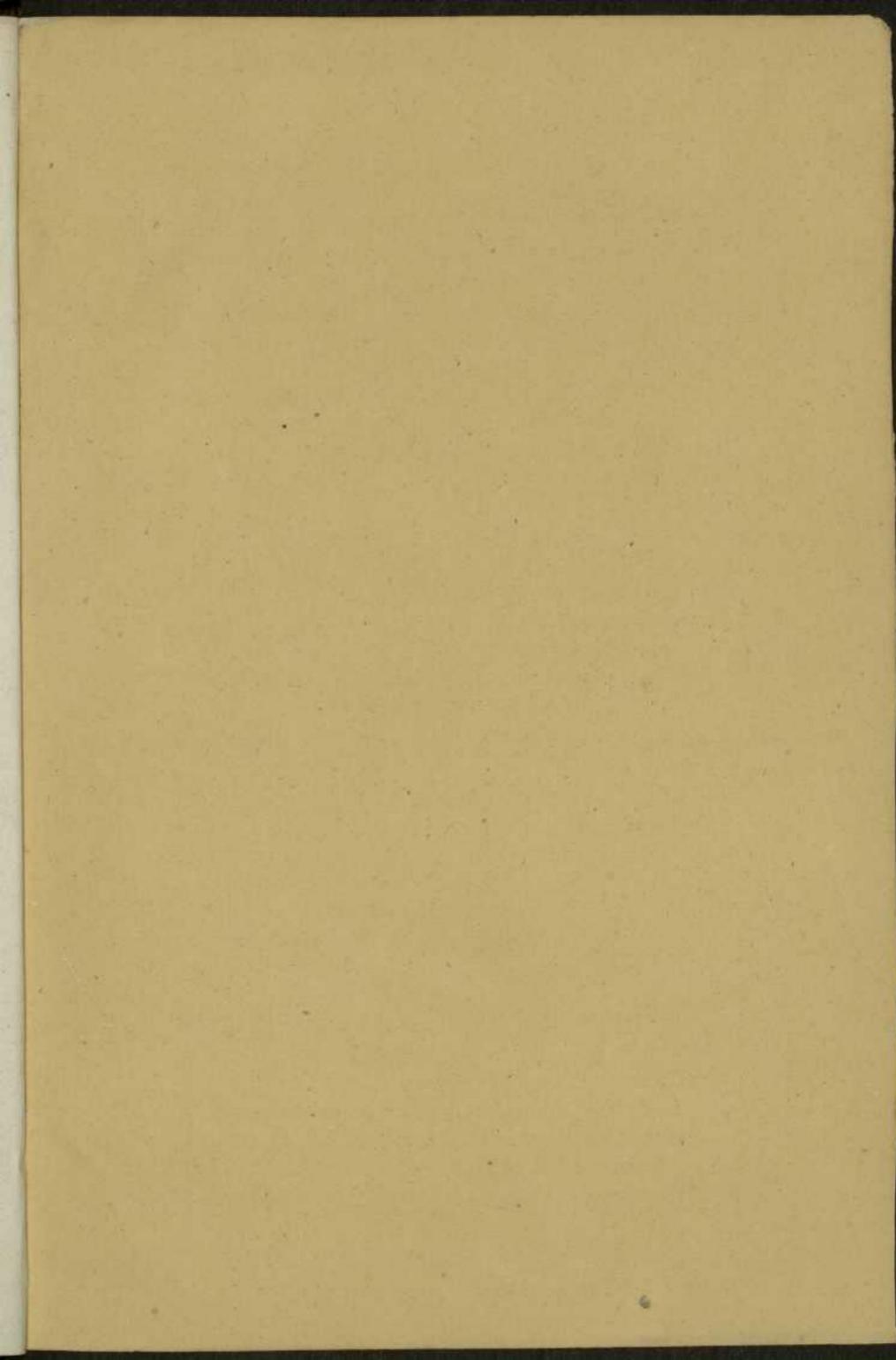
Apogeo de la monarquía universal de la Iglesia (1100-1229).

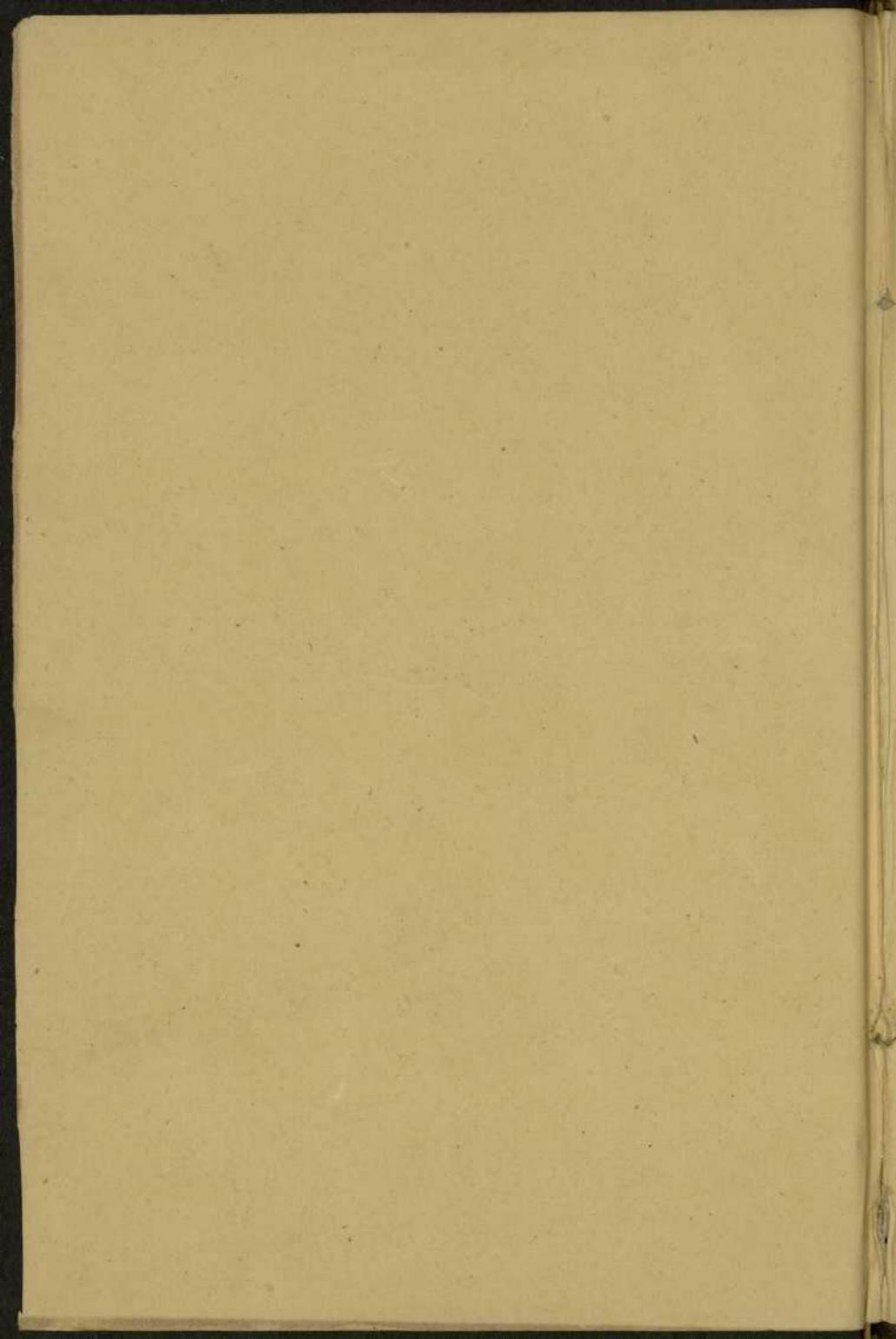
- Cap. I.—Progresos de la monarquía feudal en el reinado de Luis VI. (1100-1137). 322
 Cap. II.—Reinado de Luis VII.—Segunda cruzada.—Dominacion de Enrique Plantagenet—(1137-1180). 312
 Cap. III.—Progreso del trono en tiempo de Felipe Augusto.—Tercera y cuarta Cruzadas.—Decadencia de los Plantagenets (1180.—1207.). 365

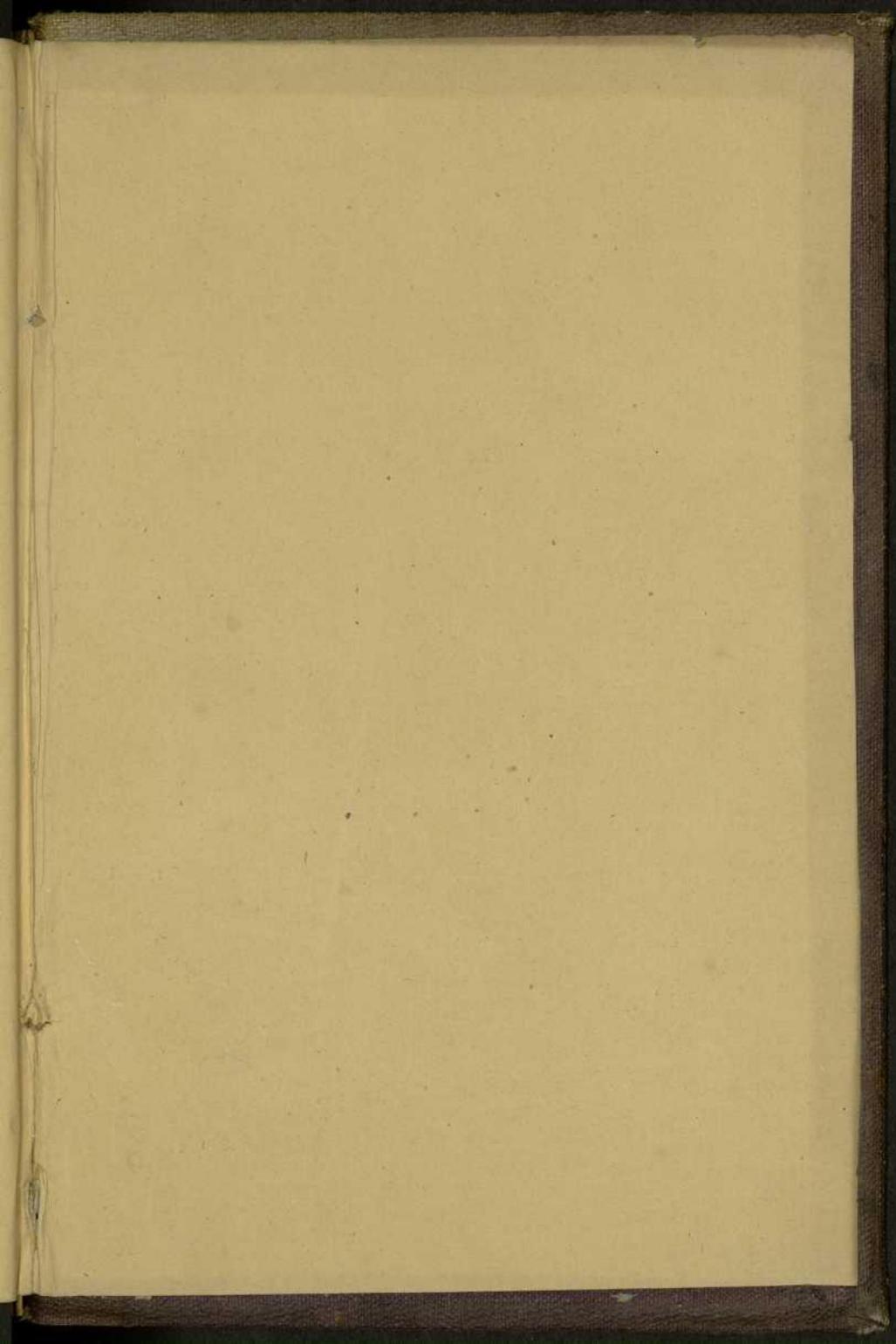
FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.













1

HISTORIA
DE
FRANCIA



16.123